

A dark, atmospheric photograph of a stone archway. A single glowing light fixture is mounted on the wall above the arch, casting a soft light. The archway is dark and shadowed, creating a sense of mystery and depth. The overall tone is moody and cinematic.

REBECA R. RODRÍGUEZ

LA
CÁMARA
OSCURA

La Cámara Oscura
Rebeca R. Rodríguez

Prohibida la reproducción de cualquier parte de esta publicación, así como su almacenaje o transmisión por cualquier medio, sin permiso previo del autor.

Título original:
La Cámara Oscura

© 1993, Rebeca R. Rodríguez.

Ilustración de cubierta:
© 2009, Rebeca R. Rodríguez.

A Yara
Porque creyó en mí desde el principio.

Nota de autor

Fue con catorce años cuando sentí la necesidad de plasmar esta historia en un papel en blanco. Así nació la primera parte de una trilogía.

Si he de ser sincera, creo que han sido muchos años los que he trabajado en ella, y tras constantes baches, muchas tardes bañadas en lágrimas, decepciones y diversas dificultades para trabajar en equipo, nunca tiré la toalla y me prometí que la terminaría.

Han sido dieciséis años (más de la mitad de mi vida) que no he dejado de creer en lo que hacía.

Mi pretensión con esta historia, es que consigas disfrutar de su lectura y sentir exactamente lo mismo que yo cuando la escribí: pasión.

Rebeca R. Rodríguez

Greensay, Canadá

El día se había levantado soleado. Por las calles de Greensay corría una débil brisa de verano, que en cualquier caso, siendo Canadá, resultaría fría para cualquier extranjero. Las carreteras se veían solitarias. Tal vez se debiera a que era domingo y la gente se levantaba un poco más tarde de lo habitual. Desayunarían, lavarían el coche, jugarían al béisbol o al *lacrosse* y posiblemente pasarían la tarde en el cine.

Sin embargo, en esa mañana de domingo, una familia se preparaba para soportar uno de los días más duros —y a la vez deseado— de sus vidas.

Maleen se organizaba con fingida tranquilidad, sabiendo que nadie en la urbanización estaba al corriente de lo que les esperaba los próximos dos días a su familia y a ella. Estaba segura de que nadie les vería marchar, pues los vecinos dormían aún.

Después de pensar durante diez minutos, Maleen se levantó del baúl, donde solía sentarse, para dirigirse hacia su amplio vestidor.

Tenía claro que no podía ir vestida con cualquier cosa. Era preciso mantener el gusto, aunque tampoco exagerar la ocasión. Tras buscar y desechar opciones de vestuario, Maleen se decantó por un traje de pantalón. Cuando terminó de vestirse, caminó hasta su espejo de pie y se observó. Pensó que así iba bien. Se acercó un poco más para ver su reflejo y observó las cicatrices que la vida le había causado alrededor de los ojos, reconociendo que por mucho que se arreglara no podía esconder la realidad. Aquellas arrugas le recordaron los acontecimientos que le hicieron envejecer con tanta rapidez.

Todavía frente al espejo, se preguntó si fue una buena madre o de lo contrario no hizo lo suficiente para evitar lo ocurrido en el pasado. Intentó convencerse de que estuvo en todo momento cuando la necesitaron. Incluso dejó en segundo plano su carrera para cuidar de sus hijos. Y aun así, temía haber fallado como madre.

Lo que Maleen no era capaz de ver es que fue una madre increíble, capaz y madura.

No obstante, el interior de Maleen albergaba tal inseguridad ese día, que por mucho que alguien le hubiera destacado lo bien que estuvo a la altura de las circunstancias, ella jamás lo vería.

Con la sensación de haber fracasado, dio la espalda a la imagen que le devolvía el espejo. Cogió el bolso y bajó las escaleras hacia el vestíbulo.

Allí encontró a su hijo Mathew, apoyado sobre el taquillón del siglo XV, con un gesto de derrota absoluta en el rostro. A Maleen le habría gustado poder decirle a su hijo que todo iba a salir bien. Que debía ser fuerte y no dejarse vencer por el abatimiento. Pero bien sabía que había pocas posibilidades de que se sintiese así.

Se acercó a su hijo y se acomodó a su lado. Una mirada y una sonrisa medio forzada consiguieron arrancarle otra a él.

Mathew echó mano a la corbata y la zarandeó con lentitud.

—Odio las corbatas —confesó con voz carente de vida.

—No es necesario que la lleves.

Maleen observó a su hijo. Recordó el momento exacto en el que dejó de ser aquel niño divertido y simpático que tanto quería la gente. Sí, Mathew cambió mucho en los últimos años. No había perdido del todo su humor, pero le costaba sacarlo a menos que se sintiera cómodo entre la gente.

Le encantaba el dibujo y a sus veintiocho años ya tenía una pequeña empresa dedicada al arte.

Siempre tuvo suerte con las chicas, que se maravillaban de su largo pelo castaño, que le llegaba hasta los hombros. Sus ojos almendrados eran la delicia de cualquier muchacha que le miraba. Sus facciones duras le hacían parecer más mayor de lo que realmente era. Su cuerpo musculoso era el resultado de varias horas de gimnasio diarias al terminar su jornada laboral.

—Estoy preocupado —dijo, con la cabeza agachada y mirando su corbata.

—No deberías estarlo —Maleen llevó sus manos hacia el cuello de Mathew con esfuerzo para alcanzarlo y le quitó la corbata con la delicadeza de una madre—. Ella estará bien. Estoy segura.

Ambos levantaron la mirada cuando escucharon pasos que provenían de la escalera.

— ¿Voy adecuado? —Preguntó Sean, el benjamín de la familia.

Sean era diferente a su hermano Mathew. No llegaba a entender el martirio de la familia ni por qué tanto ambiente fúnebre. Por eso, mostró una sonrisa y trató de levantar el ánimo a su hermano y a su madre.

El brillo de su rubio pelo hacía resaltar sus ojos azules. Siempre había sido cariñoso con la gente, pero al entrar en la adolescencia, comenzó a esconder su personalidad para evitar enfrentamientos desagradables con los compañeros de clase. Tenía una cara angelical, pero tras ella había un adolescente travieso y poco aplicado, algo que sus padres trataban de corregir.

Evitó una caricia de su madre para hacerse el mayor y trató de golpear en broma a su hermano Mathew. Éste cazó su mano al vuelo y le atrajo hacia él para que se mantuviera quieto.

— ¿Ya estamos todos?

La voz de Drumb resonó en el hall cuando bajaba las escaleras. Maleen se dio cuenta de que su marido era quien más nervioso estaba de todos.

—Pues vámonos.

Drumb era alto y musculoso. Acababa de cumplir cincuenta y cuatro años y a pesar de su apreciable barriga no mostraba interés alguno en ella.

Sus ojos azules —más intensos que los de su hijo Sean— eran la debilidad de Maleen. Tenía el pelo rubio oscuro, pero en sus patillas se apreciaban unas incipientes canas, dándole un aspecto más mayor y cansado.

Era el Comisario de Policía de Greensay. Y aunque su comisaría no era como las de las grandes ciudades, resultaba eficaz cuando se les pedía ayuda.

En definitiva, Drumb era un buen padre y siempre procuró que sus hijos crecieran con un notable respeto hacia el bien.

Pero con Jeriel no lo consiguió.

La familia salió de la casa y se dirigió al aeropuerto. Allí cogieron un vuelo hacia

Los Ángeles. Cuando llegaron, alquilaron un vehículo que les llevó a su destino: al Centro Penitenciario de Máxima Seguridad de Heachville.

La inmensa infraestructura rectangular que se alzaba, estaba rodeada por una barrera de alambre de espino, dándole un aspecto frío y peligroso. El color de la fachada era de un blanco impoluto que, al reflejarse el sol, cegaba los ojos. Las ventanas negras y con cristales tintados parecían ojos sin párpados, siniestros. Vigilando sin piedad cada milímetro de aquel lugar.

— ¿Cuándo sale? —preguntó Sean, angustiado por el sol.

—Tengamos algo más de paciencia. Estoy segura de que pronto sabremos algo.

— ¿Crees que estará bien? —Las palabras de Mathew mostraban su preocupación y en ningún momento apartó la mirada de las compuertas negras.

—Eso espero —contestó su madre con el mismo tono de voz.

Un minuto después, Maleen fijó la vista en el gran edificio y observó cómo se abrían las compuertas, dando fin a la incertidumbre de los Himphenton.

Ese era el gran día. El día en que Jeriel Jorden, su hija, quedaba libre de condena; una penitencia que duró muchos años. Años de ausencia de una hija cuyo posible error fue haber nacido. Un nacimiento que, para bien o para mal de muchos, no dejaría indiferente a nadie.

Año 1990

Asturias, España

Nací en un cuchitril español hace veintisiete años. En una de las pocas espesuras vírgenes que quedaban en Asturias. Poco se podría decir de aquel lugar mugriento. Salvo que allí viví durante tres años, hasta que mis padres se vieron obligados a mudarse por las denuncias que recibían del vecindario.

Nos maltrataban, tanto a mi hermano como a mí. Pero especialmente a mí. No era raro verme encerrada en un sótano, comiendo del propio suelo las sobras de los cerdos. O ser mordida por las ratas, cuando estas no tenían otra cosa que comer.

Durante cinco años viví en muchos lugares diferentes, pero jamás disfruté de ninguno de ellos.

Hartos de huir de la justicia, mis padres decidieron instalarse en Graines, un lugar donde decían que reinaba la paz y bajo esa mentira construyeron una casa en medio de un bosque. Estar escondidos les permitiría no solo huir de la justicia sino también traficar con las drogas —trabajo que desempeñaba Joseph, mi padre— con total libertad. No traficaba a gran escala, pero si ganaba lo suficiente como para alimentarnos y permanecer escondidos.

Nuestra nueva estancia podría haber mejorado el humor de mis padres. Rodeados por la naturaleza, contacto directo con el aire puro... con los animales salvajes... ver nacer antes que nadie las tormentas... pero no. Aquello no calmaba la maldad de mis padres porque en realidad lo que les llevaba a golpearme no era otra cosa sino la facilidad con la que me recuperaba de tales golpes. Apenas me rompían un hueso, éste comenzaba a cicatrizar y a los cuatro días no se encontraban indicios de rotura.

En cuanto a mí, era una niña delgada y con aspecto enfermizo que apenas si medía metro y medio. Nadie creería que me podía curar con tanta facilidad de la brutalidad de mis padres.

Recuerdo que una tarde de verano —de esas que todos recordamos por la calidez con la que nos abraza— Joseph regresó a casa tras hacer una buena venta y pudimos oírle llegar por la canción que canturreaba e inventaba a medida que se acercaba a casa.

Aquella tarde podría haber sido normal, tranquila. Pero el ánimo de Joseph cambió cuando descubrió que alguien había tocado la vitrina donde guardaba las armas. Pude escuchar cómo se acercaba de prisa hacia el salón para aclarar el asunto.

En el salón estábamos mi hermano y yo. Mientras él hacía los trabajos de la universidad yo me mantenía ocupada limpiando una figura metálica de mi hermano. Era un águila imperial sujetando un tridente entre sus garras, y como fondo tenía un ancla dorada. Era la insignia de un grupo de élite que mi hermano admiraba mucho.

Levanté un momento la mirada para observarle mientras él mordisqueaba un lapicero intentando averiguar el resultado de un ejercicio.

Yo nunca había ido al colegio. Mis padres no me lo permitían. Sin embargo, mi necesidad de saber y aprender me llevó a hacerlo por mí misma.

—Ciento veinticinco mil con trescientos dos. —Dije, indiferente.

Marcos me miró con el ceño fruncido.

— ¿Cómo has podido hacer la multiplicación más rápido que yo?

Me encogí de hombros.

—Vale, no contestes. —Me respondió mi hermano con una sonrisa.

Marcos tenía quince años más que yo. Con veintitrés años no tuvo más remedio que velar por mí ya que nadie más lo hacía. Se pasaba horas planificando fugas para marcharnos de aquel infierno que nos había tocado vivir. Su valentía y preparación física eran su baza más importante cuando tenía que pelearse con mi padre. Aunque no siempre conseguía ganar.

Mi hermano tenía el pelo negro azabache como yo, suave y fino. Sus ojos eran marrón oscuro que heredó de Joseph. Siempre envidió la falta de color en los míos. Decía que la extraña transparencia de mis ojos reflejaba mi corazón.

Marcos me acercó el cuaderno de forma cómica para que le ayudara con los ejercicios. Pero no pude hacerlo. Me quedé petrificada cuando Joseph apareció en el salón con un gesto frío en el rostro.

Marcos siguió mi movimiento y miró a Joseph. Mi hermano apretó los puños hasta coger un tono blanquecino. Los dos sabíamos que cuando Joseph tenía ese gesto significaba que nos debíamos preparar para una posible pelea.

— ¿Qué quieres ahora? —preguntó mi hermano con un gesto de enfado.

— ¿Quién ha tocado mis armas?

Durante unos segundos Marcos le miró con el rostro contraído.

— ¿Para qué íbamos a querer tocar tus armas?

El tono con el que habló mi hermano inició la discusión que yo no quería que diera a lugar. Me mantuve callada y esperé que mi hermano hiciese lo mismo.

—Yo no he sido. Y ella tampoco porque lleva toda la tarde conmigo —su rostro se relajó relativamente y bajó la mirada hacia sus ejercicios—. Así que ve a buscar otro culpable y déjanos en paz.

Su semblante pasivo no me engañó. Delataba unas ganas enormes de provocarle. No obstante, él sabía que debía callar porque normalmente era Joseph quien ganaba las contiendas. Sin embargo, su carácter orgulloso le pudo y continuó incitándole.

— ¿Por qué no usas tu tiempo en cosas más productivas que en inventar historias? Como por ejemplo... buscar un trabajo legal.

—Marcos, por favor... —tuve que meterme para pedirle que parase de provocar a

nuestro padre.

— ¡Cállate! —Gritó Joseph—. Estoy hablando con tu hermano.

Me quedé paralizada al escuchar su grito. Me mostré obediente y continué limpiando la insignia.

—Marcos, sé que intentas proteger a Jeriel pero te aseguro que no servirá de nada.

—Cogió una postura que le dio mayor envergadura y se dispuso a dar un paso hacia mí—. ¡Jeriel, ven aquí!

Mi hermano Marcos barrió todos los libros de la mesa con el brazo y cayeron al suelo desparramados. Se levantó enérgicamente, pisándolos y preparándose para otra pelea.

— ¡Ni se te ocurra tocarla!

Lo que más le molestaba a mi hermano era el hecho de que a Joseph no le importaba quien había tocado sus armas. Solo quería pegarme porque esa era su rutina. Supuse que Marcos ya estaba cansado de que ambos recibiéramos golpes.

Apretó los puños con fuerza y se preparó para recibir el primer impacto.

Los dos se contemplaban mientras yo pedía en silencio que ambos se calmaran. Eso no iba a ocurrir pero era lo único que podía hacer. Dos lágrimas serpentearon por mis mejillas. Mi rostro estaba marcado por el terror.

Mis ojos vieron como Joseph se abalanzaba sobre mi hermano con el puño en alto. Marcos permitió que lo golpeará para que cogiera confianza y el impacto sonó grotesco sobre su mejilla. Joseph volvió a levantar el puño para atizarle de nuevo pero esta vez Marcos le bloqueó, sujetándole con una mano del cuello y con la otra agarró fuerte su puño amenazante. Ambos cuerpos se zarandeaban en medio del salón cochambroso, a esperas de que uno de los dos ganase.

Deje caer la insignia sobre la mesa y corrí hacia un rincón para sentirme protegida. No perdí de vista un solo momento a mi hermano, sobre todo cuando pude ver cómo golpeaba a Joseph en la boca del estómago, obligándole a doblarse por el dolor.

Cuando se recuperó del golpe, Joseph le propinó un puntapié en la espinilla y sorteó otro golpe de Marcos mientras recuperaba el aliento.

Yo permanecí abrazada a mis piernas, respirando con nerviosismo y asustada por no saber qué hacer. Un movimiento ajeno a la pelea llamó mi atención obligándome a torcer el cuello y perder de vista a mi hermano. Bajo el umbral de la puerta pude ver a mi madre, Angélica, apoyada sobre el marco, contemplando la pelea sin expresión alguna en su rostro. No sé si fue la postura, el semblante carente de expresión o la frialdad con la que observaba todo la que me motivó a hacer lo que hice. Sea como fuere, me levanté con ímpetu del suelo y salí corriendo hacia la puerta de la calle. No pensé lo que hacía ni las repercusiones que traerían mi acción. Tan solo me dejé llevar por mi instinto y salí corriendo en dirección a la arboleda.

Marcos notó el fresco de la tarde en su espalda cuando la puerta de la casa fue abierta. Su concentración fue interrumpida y no vio el golpe directo que le encajó Joseph en el mentón. En realidad no le dolió tanto como esperaba. Su padre pegaba con fuerza pero no lo suficiente como para hacerle un daño irreparable. Marcos le clavó los dedos en los ojos y aprovechó el momento de ceguera de su padre para vigilar a Jeriel. Tuvo el tiempo suficiente para mirar a todos lados y ver que su hermana no estaba. Sus ojos se encontraron con los de su madre, apoyada en el marco de la puerta del salón y sin ganas de enfadarse por la pelea. Joseph refunfuñaba de dolor tratando de despojarse de las manos de su hijo. Pero Marcos no aflojó y le mantuvo aplacado. Miró hacia la puerta de la casa y la vio abierta, comprendiendo al instante lo que estaba sucediendo. Apartó a su padre de un fuerte empujón que lo tiró al suelo y corrió en busca de Jeriel.

Al salir de la casa sintió una ligera brisa que refrescó su rostro enrojecido por el esfuerzo de la pelea. Echó un vistazo al exterior y a lo lejos pudo verla corriendo por la arboleda.

— ¡Jeriel! ¡Vuelve ahora mismo! —Gritó antes de comenzar a correr tras ella—. ¡No me hagas ir detrás de ti!

Era inútil que gritara. Lo sabía. No conocía una persona tan obstinada como ella y de poco valdría que malgastara sus fuerzas en gritar.

Pronto ganó terreno. Los olores de las flores y los árboles impregnaban su piel cuando se rozaba con las ramas. Cuando apenas la tenía a un par de metros delante de él volvió a llamarla para que aminorara la velocidad.

— ¡Jeriel, espera! ¡Soy yo! —La espesura del bosque empezó a desaparecer y una explanada apareció frente a ellos. Mejor, pensó él, era más rápido en campo abierto. Sus piernas cogieron más velocidad y alargando el brazo alcanzó la camiseta de Jeriel, tirando de ella con fuerza.

— ¡No! —gritó ella cuando se vio rodeada por los brazos de su hermano.

— ¡Basta ya, Jeriel! ¡Quédate quieta!

Jeriel, de pronto, obedeció y paró de rebelarse. Se deshizo del abrazo de su hermano y se dobló para recuperar el aliento, algo que él también hizo.

— ¿Se puede saber por qué has huido? —esperó una respuesta de su hermana, pero no la obtuvo—. ¿Eres tonta? ¡Ahora, con mayor motivo, pensará que has sido tú!

— ¡Es que he sido yo! —confesó irritada.

— ¡¿Qué?! ¿Te has vuelto loca? ¿Por qué has hecho semejante estupidez?

—Porque estoy harta, Marcos. Ya no puedo más. No puedo esperar a que planees otra fuga que nunca tendrá éxito.

—Gracias por el voto de confianza. —Le reprochó jadeando.

— ¡Sabes que es verdad lo que digo! Nunca podremos escaparnos. Siempre nos descubren.

—Vale. No cambies de tema. ¿Por qué has cogido la pistola de papá?

—Yo que sé —dijo con amargura—. Se me pasó por la cabeza amenazarle o algo así.

— ¿Amenazarle? —Marcos sonrió cínicamente a su hermana—. Y después, ¿qué ibas a hacer? ¿Esperar a que hiciera caso a tu amenaza? ¡¿Realmente pensabas que eso iba a surtir efecto?!

—No lo sé, Marcos... estaba desesperada —respondió Jeriel casi sin fuerza.

Marcos le dio la espalda con un notorio gesto enfadado.

—Jeriel, te lo advierto. Si vuelves a cometer un error como este seré yo quien te pegue una buena tunda. ¡Tienes ocho años! ¡No puedes coger un arma! ¿Y si te hubieses disparado por error?

—Se habrían acabado los problemas en la casa de los Campoy, ¿no?

El rostro de Marcos se volvió vacío, sin gesto alguno.

—No vuelvas a decir algo así. Me haces daño.

Jeriel fijó sus ojos en la hierba sin poder pensar en nada. Si bien le molestaba tener que darle la razón a su hermano, no podía negársela. Joseph la emprendería con ella cuando regresaran a la casa. Notó que Marcos la cogía por los hombros de manera efusiva.

—Nos marchamos de aquí. Y esta vez es para siempre.

—No funcionará. —Dijo Jeriel convencida—. Nunca funcionan nuestras fugas.

— ¡Esta sí funcionará! Pero tenemos que disimular muy bien. No pueden sospechar nada.

Su experiencia pasada en las muchas fugas que planeó Marcos y que no funcionaron obligaba a Jeriel a ser negativa. No obstante, su hermano tenía fe en el éxito del siguiente plan y por eso ella contestó con resignación.

—De acuerdo.

Ambos miraron hacia el cielo y comprobaron que el sol se escondía.

—Tenemos que volver a casa. —Dijo Marcos mientras observaba más allá de los árboles. Con gran pesar agachó la cabeza sabiendo lo que les esperaba cuando llegaran—. Pase lo que pase, no te apartes de mí ni un solo instante.

Caminaron con los hombros caídos, arrancando algunas hojas de los árboles y haciéndolas añicos solo por resignación. Con una sensación de vacío, Marcos rodeó a su hermana con un brazo por encima de los hombros y la besó en la cabeza.

Al entrar en casa, Joseph les estaba esperando en su sillón con una sonrisa en los labios. Cuando Marcos cerró la puerta supo que había fallado a su promesa de proteger a Jeriel.

—La semana que viene.

— ¿Cómo? —pregunté confundida, a la vez que cogía de la mano de Marcos una pastilla para calmar los dolores de espalda.

—Será la semana que viene —repitió en susurros—. Nuestra fuga. Ya lo tengo todo planeado. Solo me queda preparar las mochilas con algo de dinero, ropa y un par de mudas para el viaje.

—De acuerdo.

—Tienes que levantarte de la cama y dar de comer a Rogelio. —Le miré suplicante—. Ya sé que te duele la espalda, pero si no das de comer al cerdo, papá te pega otra vez.

—Dale tú de comer.

—Yo tengo que talar madera.

— ¡Pero si queda mucho para el invierno!

—Me lo ha ordenado papá y no quiero dar pie a otra discusión. —Me destapó y dio dos golpecitos en mi delgada pierna—. Venga, cuanto antes lo hagas mejor.

—Odio a ese puerco.

Las tareas del sábado eran las más duras de toda la semana. No podía parar un solo minuto hasta que se escondía el sol. Mi padre me vigilaba desde la torreta que había levantado junto al pozo. También se fumaba unos cuantos cigarros y bebía cerveza hasta emborracharse.

Cuando llegó la hora de comer, en mi plato podía ver un puré de patata aguado y carne de lata caducada. Observé la comida con repugnancia. Levanté la mirada hacia los demás platos y envidié el bistec con patatas fritas acompañado de una ensalada de rábanos y canónigos. Si tan solo me diesen las sobras de esa rica comida me sentiría parte de la familia. Al menos ese día comía en la mesa y no en el frío suelo del sótano.

Observé a Joseph masticar un trozo de carne, disfrutándolo y bebiendo cerveza para ayudar a bajar por la garganta la comida. Entrecerré los ojos, notando que la rabia e impotencia me envenenaba la sangre.

—Dame tu plato.

No fue hasta que Marcos dejó de cortar su comida, dejando caer el tenedor sobre el plato, me di cuenta de que había sido yo quien dio esa orden a Joseph. Instintivamente fijé mi mirada en Joseph, que sonreía cínicamente. Dejó los cubiertos sobre la mesa y apoyó los antebrazos en el borde.

— ¿Perdona?

Mis padres se miraron el uno al otro y después clavaron sus ojos en mí, esperando a que me acobardara y pidiera perdón por mi atrevimiento. Y de veras que sentí esa cobardía en mi interior. Agaché la mirada, dudando qué hacer y levanté los ojos hacia Marcos. Éste me decía claramente con su gesto de advertencia que pidiera perdón y lo dejara estar. Que me comiera la porquería de comida que tenía en mi plato y que todo cambiaría cuando nos fugásemos. Pero no era él quien comía las sobras de los cerdos, ni a quien ultrajaban sus propios progenitores. Marcos estaba muy lejos de saber lo que se sentía en mi situación.

—No, no te perdono. —Dije con algo más de valentía. Pero lo cierto era que las piernas me temblaban de puro terror.

Terror que se acentuó cuando Joseph tensó los hombros y borraba la sonrisa cínica de su rostro.

— ¿Cómo has dicho?

—Quiero tu comida.

Ni yo podía dar crédito a las palabras que salían de mi boca.

— ¿Qué te dé mi comida? —Cogió el plato con enfado y lo acercó un poco hacia mí—. ¿Esto es lo que quieres, bicho inmundo? —Volvió a dejarlo donde estaba haciendo un ruido estrepitoso y me clavó la mirada con furia—. Ven a buscarlo si tienes huevos.

Entrecerré de nuevo los ojos y apreté con furia los labios.

—No necesito hacer tal cosa.

El plato se elevó de la mesa por sí solo y tambaleó en el aire, a escasos centímetros de la cara de Joseph. Todos se levantaron de sus asientos y arrastraron las sillas para alejarse un par de pasos de mí. El plato levitó hasta que se posó justo sobre la comida caducada.

—No vuelvas a hacer eso —dijo Angélica—. ¡No vuelvas a hacer eso! —Esta vez gritó asustada.

— ¡A mí no me das ningún miedo, maldito demonio! —Me gritó Joseph.

— ¡No vuelvas a llamarle eso! —Marcos saltó en mi defensa cuando Joseph me insultó de aquella manera.

De pronto, toda mi valentía se vino abajo y me sentí totalmente indefensa. Me encogí en la silla y agaché la mirada hacia la mesa. Apenas pude ver cómo mi padre avanzaba hacia mí a zancadas y me propinaba una bofetada que me tiró al suelo con silla incluida. Me arrastré corriendo hacia la pared y me acaricié la mejilla con las manos. Las lágrimas se derramaban de mis ojos si poder evitarlo. ¿Por qué le reté? ¿Por qué hice semejante estupidez?

Joseph caminó hacia mí y levantó el puño para volver a golpearme. La mano de Marcos evitó la agresión, que le sujetó fuertemente de la muñeca. Ambos se miraron a los ojos como si se tratara de un duelo.

—No volverás a pegarla —aseguró mi hermano. Tenía los ojos vidriosos y en ellos se podía leer que su paciencia se había agotado.

Le miré agradecida por su intervención y por alguna extraña razón sus simples palabras menguaron la estatura de nuestro padre. De pronto, toda mi existencia se llenó de esperanza.

Joseph se deshizo de la mano de Marcos con un tirón y se irguió frente a él. Todos nos quedamos en silencio, esperando el resultado de la situación que yo había iniciado. Pero Joseph tan solo se dio la vuelta y se marchó del salón. Juraría que vi decepción en sus ojos antes de verle desaparecer de la habitación.

No pude evitar mirar a Angélica, que respiraba con agitación y durante unos segundos no nos movimos ninguno de donde estábamos.

Cuando Joseph regresó al comedor descubrimos que no venía solo. Entre sus manos sujetaba una escopeta de doble cañón que no tardó en levantar apuntando hacia mi hermano.

— ¡Marcos! —Grité para avisarle.

Apenas pudo reaccionar a todo lo que estaba sucediendo cuando escuchamos la primera detonación. Por suerte mi hermano era rápido y pudo echarse a un lado. Mi padre tenía mala puntería pero los cuatro presentes sabíamos que no podría evitar muchos disparos más. Marcos corrió hacia la puerta de la casa y salió por ella.

— ¡Ahora, Jeriel!

Desde donde estaba cobijada pude ver cómo mi hermano corría hacia los árboles.

Estaba aterrorizada y temía moverme de donde estaba. Pero fue el miedo de sentirme sola e indefensa lo que me llevó a salir detrás de él. Me levanté del suelo e inicié una carrera para alcanzarlo, pero cuando estaba a punto de llegar a la puerta sentí que alguien me agarraba fuertemente del pelo y tiraba de mí. Grité con todas mis fuerzas por el daño que me estaba haciendo. Sentí otro empujón y me vi tirada de bruces sobre el suelo. Estaba horrorizada sabiendo que Marcos no estaba para defenderme. Conseguí darme la vuelta y pude ver a mi padre desde un ángulo que le hizo parecer un gigante. En un nuevo intento de alejarme de ellos y huir como mi hermano, me arrastré hacia la puerta. De pronto, noté un peso enorme sobre mi espalda y aullé de dolor cuando sentí el crujido grotesco en mi espalda. Supe en el momento que Joseph me la había partido en dos.

Mis piernas dejaron de tener vida y ya no pude seguir arrastrándome. Cualquier posibilidad de escapar se esfumó. Volví a sentir un inmenso dolor en la espalda cuando me levantó del suelo y me sujetó de manera que mi cara quedara frente a la suya.

—No eres tan poderosa como te crees.

Me zarandeó ignorando mis gritos de clemencia. El dolor que sentía era totalmente diferente a cualquiera que hubiese sentido y deseé morirme en ese mismo instante.

— ¡Me duele la espalda! —Grité—. ¡Mi espalda!

— ¿Por qué gritas por tu espalda cuando sabes que en unos días tus huesos estarán perfectamente curados? —Me preguntó Angélica con cinismo.

—Me duele mucho —conseguí decir. Sentí que me atrapaba una somnolencia extraña y que poco a poco mis brazos perdían fuerza.

Angélica me agarró y me tiró al suelo de un empujón. Volví a tener el suelo como única visión.

—Cállate, maldita zorra.

Me quedé quieta —entre otras cosas porque mi cuerpo no respondía— y esperé a que mi suerte me deparara el siguiente movimiento.

Cuando me dejaron salir del sótano para regresar a mi cuarto, resistí las ganas de echarme a llorar. Los ojos me dolían y dos semanas después aún me costaba andar. No obstante, mi espalda se recuperaba a gran velocidad.

Marcos no daba señales de vida. Y algo me decía que no lo haría nunca más. Me senté en el alfeizar de la ventana y miré por el cristal, esperando que su silueta se viera entre los árboles.

Observé con detenimiento cómo el verano llegaba a su fin. Los árboles ya no ofrecían la misma belleza que en el verano y las tardes eran más cortas.

Esboqué una mueca de dolor y me sujeté la espalda con la mano, masajeando la parte central de la columna. Traté de no pensar en el momento en que Joseph me rompió la espalda y, sobre todo, en lo que provocó aquel momento. Intenté no pensar en nada pero la ausencia de Marcos me debilitó, dejándome vacía por dentro. Era extraño que no se hubiese puesto en contacto conmigo. No obstante, los días pasaban y él no regresaba. En mi interior algo me decía que no iba a volver a ver a mi hermano. Atrás quedaron sus promesas y otras cosas que me llenaron de desazón. Fue en ese momento, frente a la ventana, que decidí olvidar a Marcos.

Me abracé las piernas con cuidado de no hacerme daño en la espalda y esperé a que la noche cayera para ver que sorpresa traía consigo.

Cumplir trece años no me hacía ninguna ilusión y menos aún el saber que sobreviví cinco primaveras más en aquella casa del infierno.

Aquel año Joseph y Angélica se empeñaron en darme una fiesta de cumpleaños, cosa extraña cuanto menos, pues jamás celebraron una.

De pronto me vi de manera absurda, frente al espejo, observando mis trece años recién cumplidos.

Había crecido cuatro centímetros pero mi desarrollo no era normal. Debería tener cuerpo de muchacha y sin embargo, apenas sí tenía dos bultos como pechos. No es que me importara, ni mucho menos. No tenía a diez adolescentes esperando en la puerta para pedirme salir el sábado. Pero me preocupaba la delgadez de mi cuerpo, sobre todo la falta de vida que había en mi piel.

Sin embargo, mi personalidad y temperamento sí habían cambiado. Desde hacía tiempo me enfrentaba a Joseph y Angélica con energía y sin amedrentarme mucho. Aunque las peleas no terminaban nunca a mi favor, me sentía más fuerte y rebelde. Me mostraba irritada y dispuesta a no dejarme vencer por mis padres. La sola idea de que quisieran celebrar una fiesta por mi cumpleaños me llenaba de ira.

Cuando vi entrar a Angélica en mi cuarto con una tarta en la mano, fruncí el ceño.

—Tu tarta de cumpleaños.

—¿Y qué quieres que haga con ella? —Pregunté con soberbia.

—Sopla las velas. Es tu fiesta de cumpleaños. La que tanto deseabas.

—¿Qué yo la deseaba? —Arqueé los labios con una mueca de asco, directamente dirigida hacia Angélica—. A mí me da lo mismo lo que hagas con tu mierda de tarta.

—Jeriel —comenzó diciendo con escasa paciencia—, sopla las putas velas y pide un deseo.

—¿Y Joseph? —Me extrañaba que no estuviera atizándome los riñones con el bate de béisbol por hablar de esa manera a mi queridísima madre.

—Trabajando.

—¿Ha sido idea tuya o de él? —Sonreí al ver que Angélica guardaba silencio—. Ya veo, estas gilipolleces solo se te ocurren a ti.

—¿Quieres soplar las velas y pedir el maldito deseo?

—¿Puedo pedirlo en voz alta?

—Haz lo que quieras.

—Muy bien —me acerqué a la tarta y miré a mi madre de soslayo—. Deseo... deseo... umm... deseo que mis padres mueran ahora mismo. —Le dediqué una sonrisa pérfida y soplé las velas.

Angélica explotó de ira y me abofeteó con fuerza en la mejilla. Me levanté de la silla donde estaba sentada y traté de parecer más fuerte de lo que parecía.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer?

Angélica arremetió contra mí varias veces, abofeteándome repetidamente en la cara. Habría continuado golpeándome de no ser porque el suelo comenzó a temblar bajo nuestros pies y las paredes hicieron lo mismo. Angélica se asustó y retrocedió varios pasos para alejarse de mí, mirándome estremecida.

—Deja de hacer esas cosas —no fue una petición, ni tampoco una orden. Fue puro terror lo que le llevó a decir esas palabras.

Huyó corriendo de la habitación y me quedé sola. Tenía los puños cerrados y traté de relajarlos. Notaba mi rostro rojo por la ira. Y por las bofetadas, claro. Mis labios estaban fruncidos. Poco a poco noté que esa rabia se disipaba en mi interior y con ella el temblor de la casa.

—No eres tan valiente cuando no está Joseph —susurré más para mí que para ella. Me acerqué a la tarta y pasé un dedo por la crema de fresa. La saboreé y, poniendo los ojos en blanco, decidí darme un festín en honor a mis trece años.

El empacho de la tarta me dio sed por la noche y tuve que levantarme de la cama para beber un vaso de agua. Al caminar por el oscuro pasillo de aquella maldita casa me di cuenta de que no había sonido alguno. Ni si quiera se oían cantar a los grillos, o a los lobos llamarse entre ellos para la caza. Era como si afuera, en los alrededores, la vida hubiese dejado de existir.

Me inquieté. No me sentí cómoda cuando llegué a la cocina. Me sentía vigilada y escuché en silencio. Después de unos segundos, ignoré mi estado de alerta tan absurdo, cogí un vaso del mueble y lo llené de agua de la nevera. Lo bebí de un trago. Volví a llenarlo y regresé a la habitación. De camino contemplé la luna desde la pequeña ventana. Hasta la luna parecía envuelta en un manto negro pese a no haber nubes. El mal presentimiento que tenía creció y noté un escalofrió a lo largo de la espalda. Traté de no dejarme llevar por tonterías y continué mi camino hacia la habitación. Nunca me gustó la oscuridad, sin embargo, mis ojos se acostumbraron pronto a ella.

El suelo crujió detrás de mí y supe que no estaba sola. Al girarme, asustada, divisé la figura de un hombre que no me resultaba familiar. Mi grito hizo despertar de pronto a todo el bosque. Antes de que el vaso tocara el suelo y se hiciera añicos, sentí un fuerte golpe en la cabeza y caí desvanecida.

Me pesaban los párpados y tuve que luchar por abrirlos hasta que lo conseguí. Me sentía agotada. Un fuerte dolor me presionaba la cabeza. Cuando conseguí despejarme del todo descubrí con terror que me encontraba atada a una silla. Miré a mi alrededor, atemorizada, y comprendí que estaba en una especie de cueva con las paredes de arena blanquecina. Gran parte de estas estaban salpicadas de sangre seca. No había mucha luz y la poca que me concedían un par de bombillas colgando del techo, me permitió ver lo suficiente como para saber que ese lugar no me resultaba familiar. Unos metros más adelante, mis ojos encontraron una mesa con grilletes. Casi por acto reflejo me pregunté dónde estaban mis padres; como si ellos tuviesen algo que ver en esto.

El olor fétido de ese lugar despejó mi mente y volví a examinar el sitio donde me encontraba para buscar una vía de escape.

Mi búsqueda se vio interrumpida cuando escuché a lo lejos el grito desgarrador de una chica. Me quedé muy quieta. Como si eso fuera a contestarme las mil preguntas que se amontonaban en mi cabeza. Quien quiera que fuese la persona que gritó, no estaba en mejor situación que yo.

Quizá debía estar más asustada —que lo estaba—, pero no lo suficiente teniendo en cuenta que había sido secuestrada y atada en un lugar desconocido. En el fondo sabía que si me dejaba vencer por ese enemigo llamado miedo, menguarían mis posibilidades de escapar.

Intenté desatarme, pero las cuerdas estaban muy bien anudadas. Aun así continué removiéndome para intentar aflojarlas a pesar de que la fricción de las cuerdas me dejaba la piel en carne viva. Los ojos se me llenaron de lágrimas a causa del dolor y pronto noté el calor de la sangre resbalar por mis muñecas. Después de casi cinco minutos desollándome la piel, escuché un ruido proveniente de la única entrada que había en aquella cueva. Al levantar la vista, la luz tenue me permitió ver la misma silueta que me atacó en la casa. Sentí como clavaba sus ojos oscuros sobre mí. Mi vista era buena y pude ver hasta el bronceado natural que brillaba en su rostro. Tenía las mejillas repletas de cicatrices. Tanto su estatura como la elegancia de su cuerpo me intimidaron y mis hombros se tensaron. Vestía completamente de negro, dando más agresividad a su ya impactante figura. Su mirada se tornó irónica.

No sabía quién podía ser pero tampoco deseaba averiguarlo. Lo único que yo quería era salir de allí con vida. Por ello, me concentré en las cuerdas y aceleré mi forcejeo cuando vi que se acercaba a mí.

Emprendí una lucha cuerpo a cuerpo contra la silla para liberarme y, pese a que me estaba descarnando literalmente las muñecas, estas cedieron, dándome la libertad deseada. Me puse de pie, tratando de huir. Él me agarró del brazo con fuerza y grité de dolor. Me abofeteó y me tambaleé. Me sujeté a la silla para no caer al suelo. Cuando conseguí mantenerme en pie me di la vuelta y le mordí con todas mis fuerzas para que me soltara. Escuché su quejido de dolor y me volvió a abofetear, esta vez tirándome al suelo. Allí me quedé, llorando con un sentimiento de impotencia y miedo.

—Tus padres tenían razón —oírle decir estas palabras, con un tono de voz frío y

sereno, me hundió más en mi miseria cuando comprendí que mis padres estaban metidos en este asunto—. Me dijeron que tuviera cuidado contigo. Que eras muy resbaladiza.

— ¿Quién eres? —Le pregunté, intentando ocultar lo asustada que estaba.

—Me llamo Chester Copernell. —Me miró de reojo mientras se colocaba unos guantes de piel en las manos—. Debes saber que tus padres me han contratado para que me encargue de la ceremonia.

— ¿Qué ceremonia? —Manteniendo el mismo tono de voz.

Se sentó en la silla que antes ocupé yo y continuó hablándome haciendo caso omiso a mi pregunta.

—Joseph dice que tienes una inteligencia especial. —Guardó silencio durante un instante—. Pero no me habían hablado de tu belleza. Lástima que solo sea un estuche decorativo.

— ¿Qué? —pregunté sin entender nada de lo que decía—. ¿Por qué?

—Porque vas a morir esta noche.

Tras aquella sentencia y por unos segundos, vi lo estúpida que había sido. Durante años había deseado morir y en ese preciso instante, que parecía que se iba a cumplir, me indignó caer bajo las manos de mis padres. Después de trece años de humillaciones, palizas y huesos rotos, parecía que lo habían conseguido.

No me resigné a esperar mientras esa sentencia se cumplía, pero pensé que poco podría hacer para evitarlo. Mientras pensaba en todo esto no me había dado cuenta de que mis mejillas estaban llenas de lágrimas.

—Pronto iniciaremos tu ceremonia, pero antes debo explicarte por qué estás aquí y lo que va a ocurrir esta noche. Toda esta información forma parte del ritual. —Hablaban como si contara un recuerdo, implacable. Respiró hondo y se concentró para hablar—. Durante años os hemos estudiado. Y tras muchas derrotas contra vosotros, nos hicimos fuertes para combatirlos. Ahora conocemos vuestras debilidades y nos valemos de ello para enfrentarnos a vosotros. —Hizo una pausa mientras miraba mi rostro absolutamente sorprendido por todas y cada una de sus palabras sin sentido—. Tus padres llevaban años planeando esto.

Mi mueca se tornó dolorida al escucharle. Años planeándolo. Intenté hablar pero él me hizo guardar silencio apoyando un dedo sobre sus labios.

—Jeriel, eres un demonio y tenemos que destruirte. Has martirizado a esta familia durante trece años y ha llegado el momento de acabar con esto.

Si tan solo hubiera tenido tiempo para que mi cerebro reaccionara a semejante acusación habría podido hacer algo propio de una víctima que quiere salvarse. No obstante, permanecí escuchando los delirios de aquel hombre.

—Y, aunque no lo creas, no eres el único caso. Hay muchos como tú. Lamentablemente —cruzó las piernas y se acomodó en aquella vieja silla— solo hemos encontrado tres demonios, si te incluimos.

— ¿Por qué creéis que soy un demonio? —Intenté dialogar con el hombre de negro. Traté de mostrar entereza, que no se me notara el miedo. Pero lo cierto era que apestaba a terror y que apenas me quedaban bazas para jugar en este tablero de ajedrez al que no había sido invitada.

—Esa manera de cicatrizar... te rompieron la espalda en dos. Deberías estar

postrada en una silla de ruedas y... sin embargo, aquí estás. Tratando de convencerme de que eres un ser humano capaz de dialogar con un desconocido cuando sabes que te quedan pocas horas de vida.

Volvió a guardar silencio, sabiendo que había descubierto mi juego y demostrándome que tan solo era una niña que trataba de adelantarme a sus pasos. Me observó detenidamente y continuó hablando.

—Durante siglos pensaban que con un exorcismo y un crucifijo se os destruía, pero trabajan inútilmente. Lo único que conseguían era abrir la puerta del cuerpo humano para dejaros escapar libremente y buscar un nuevo cuerpo que habitar. Por eso, tras años de estudio y experiencia hemos llegado a la conclusión de que hay que matar el cuerpo en el que habitáis. Es el único modo de liberar el alma.

Un movimiento a la izquierda me hizo volver la cabeza y descubrí a Joseph entrando en la cueva y caminando hacia nosotros con energía.

— ¿Qué hace desatada? —preguntó mi padre, sorprendido. Volví a la realidad y comprobé que vestía con una túnica negra. Se lanzó sobre mí y me levantó del suelo, cogiéndome por un brazo. Traté de soltarme pero de poco me sirvió—. No la dejes suelta. Es muy lista y se puede escapar sin que nos demos cuenta.

El hombre de negro pareció molestarse con el tono que usó mi padre para hablarle. Se levantó de la silla y le ayudó. Nuevamente, acabé atada en la silla.

—Vamos a comenzar ya —sentenció el hombre de negro—. Llama a los otros.

A los pocos minutos vi como Angélica entraba en aquella estancia tan grande, acompañada por Joseph y varias personas más que no conocía. Todos vestidos con túnicas negras. Entre ellos había un sacerdote que mantenía entre sus manos una caja larga y negra. Le seguían dos adolescentes que permanecían maniatados. Sus rostros aseguraban que no les estaba gustando mi ceremonia. No sabía la edad que tenían pero parecían mayores que yo.

Al chico le dejaron sentado en el suelo mientras un hombre corpulento le vigilaba.

Sin embargo, a la chica la llevaron directamente a la mesa con grilletes. Llevaba el pelo sucio y estaba muy asustada. Las lágrimas habían arrastrado parte de la suciedad de su cara. La muchacha forcejeó cuanto su cuerpo le permitió y aun así no le sirvió de nada. La arrastraron en contra de su voluntad y perdió la libertad cuando apresaron sus muñecas con los grilletes. No dejó de retorcerse con ímpetu sobre la mesa, gritando y suplicando, intentando escapar.

El hombre de negro se acercó a ella para mirarle los ojos a una distancia de apenas dos centímetros. Se quedó quieta.

Yo me mostraba expectante ante el circo que se habían montado, sin embargo, mi cuerpo no dejaba de temblar. Sentí un latigazo en el estómago cuando su mirada se posó en los pechos de aquella chica y los cubrió con sus manos, los manoseó y respiró profundamente; tras esto desabrochó los botones de la camisa, ignorando las palabras suplicantes de la muchacha, y dejó al descubierto el pequeño sujetador.

— ¿Eso es necesario? —preguntó alguien.

Chester debió de sentirse molesto porque miró hacia atrás con esa mirada de advertencia que empezaba a resultarme conocida. Yo deduje que la persona que interrumpió era uno de los padres de la chica.

—Silencio.

El sacerdote tomó posesión de la escena y ayudó a Chester a colocarse la túnica negra. Tras esto le mostró la caja negra que antes pude ver en sus manos. Del interior sacaron una daga con la empuñadura negra y mate; con un rubí grande engarzado en la parte superior; la hoja era del mismo color salvo por los laterales que brillaban como la plata. Chester volvió a tener el protagonismo del ritual y vi como sujetaba la daga, acercándola a la chica. Con un suave movimiento hizo que el sujetador se dividiera en dos, dejando al aire los senos. Se agachó sobre ellos y los olfateó como si fuera un perro.

Mis ojos se fijaron en el sacerdote que comenzó una especie de plegaria en otra lengua mientras sujetaba en alto un rosario. Supe lo que iba a suceder en breve. Contemplé como Chester cogía la daga con ambas manos y la elevaba al aire, donde la mantuvo unos instantes. La joven, que sabía lo que le esperaba, comenzó a gritar desesperada. El silencio que habitó de pronto en la habitación se convirtió en el testigo de un asesinato, cuando le clavó la daga con fuerza en el corazón, y con un leve movimiento, el cuello de la chica dejó caer su rubia cabeza; clavándome su mirada inerte y mostrando un reflejo de dolor.

Quedé paralizada por el miedo. Sentí como la orina se escapaba por mis piernas quemándome con su calor. Tras quitarle los grilletes de las manos y pies, llevaron el cadáver entre Chester y mi padre y lo metieron malamente en un baúl. Una mano y un brazo quedaron fuera, dando así una imagen más perturbadora aún.

No perdieron el tiempo y fueron a por el adolescente. Su mirada estaba muerta y ni siquiera luchó por escapar. Tampoco suplicó. Tan solo dejó que le ataran e hicieran lo que fuese con él. No quise ver una escena como la anterior; aparté la mirada y esperé en silencio cuando escuché la daga rajar la carne humana.

— ¡Una de las misiones ha sido cumplida! —El líder, Chester, levantó los brazos de forma dramática y les miró con una sonrisa. Los padres de los fallecidos agradecieron entre lágrimas la liberación que aquel hombre parecía haberles dado. Me resultó repugnante esa escena. Tras meter el cuerpo en otro baúl, Chester comenzó a caminar en dirección a donde yo estaba con una mirada malvada.

—No... A mí no... Yo no... —le supliqué—. No, por favor. —No se me ocurría otra cosa mejor salvo implorar por mi vida—. ¡No, Dios, no! ¡No me toquéis!

No me escuchaban. Me agarraron por las manos y piernas llevándome en vilo hacia la mesa.

— ¡Padre, no por favor! ¡No lo hagas, no soy ningún demonio! ¡Te juro que no volveré a hacer esas cosas! ¡Por favor! —Bramé en mi defensa.

Instantes más tarde los grilletes me robaron la libertad mientras Chester limpiaba la daga. Todos rodearon la mesa y el sacerdote volvió a recitar sus cantos. Chester levantó en alto aquel cuchillo dispuesto a clavármelo en el corazón y fue cuando mi mente buscó ayuda en Marcos. Imploré que apareciera para ayudarme como tantas veces hizo por mí y aun sabiendo que de nada serviría, seguí suplicando por mi vida. Mis deseos de ser rescatada por él me llenaron de ira al saber que jamás se cumplirían. ¡Maldito necio! Si no se hubiera marchado yo no estaría contando los segundos que me quedaban. Lloré por mi corta edad, por todo el daño que me hicieron mis padres en esos años. Grité como nunca lo hice antes y llegué a sentir el mayor vacío que puede profesar una persona: morir sola. Me retorcí en la mesa, no por intentar

escapar, sino por la ausencia de una vida digna como ser humano que era.

Traté de arrancar mis manos de los grilletes y encorvé mi espalda hasta que me dolió. Mi grito debió ser desgarrador porque todos se apartaron un paso hacia atrás. Menos él, que aún conservaba con firmeza la daga en el aire. Mantenía los ojos cerrados, y de haberlos abierto hubiese visto mi espectáculo. Comencé a tener convulsiones y sentí que algo se rompía en dos dentro de mí. Al principio creí que Chester me había matado pero resulto ser todo lo contrario. Estaba más viva que nunca. Llena de furia y de rencor. Me había sentido así en muchas ocasiones, pero esta vez fue más allá de lo que yo misma podía controlar.

Habría sido más fácil si no se hubieran lanzado sobre mí para sujetarme. Me gritaban que estuviese quieta y puesto que eso era lo que querían, así lo hice. Apenas respiraba y fue cuando ocurrió. En medio de un silencio estremecedor pudimos escuchar un lento chirrido procedente de los grilletes. Olía el terror emanar de sus cuerpos y escuché a mi madre gritar cuando los tornillos de las bisagras salieron lentamente. Con un golpe seco, estas se abrieron de par en par, devolviéndome la libertad. Volvieron a arrojarse sobre mí para que no escapase y aproveché el momento para utilizar mis habilidades. Un ruido ensordecedor hizo que la arcilla de las paredes se resquebrajara por momentos. Me volví a sentir libre cuando todos se alejaron aterrorizados y se cobijaron donde pudieron, temiendo un derrumbamiento. Menos Chester, que parecía no asustarse por el terremoto. Le observé como empuñaba con fuerza la daga hasta que se le pusieron los nudillos blancos y empujó directo a mi corazón.

Era el momento de llevar a cabo la misión más importante de la noche; no iba a dejar que un terremoto le apartara de su único fin: matar demonios. Sujetando bien la daga, presionó con ímpetu para clavársela en el centro del corazón. Sus ojos se abrieron con sorpresa al sentir una fuerza ingravida alrededor de sus manos, evitando que continuara con su misión. Sus manos temblaron al empuñarla con vigor, tratando de vencer esa fuerza invisible que le ganaba terreno. Comenzó a sudar y sintió que la túnica le sobraba pero no desesperó ni lo dio todo por perdido, sino que insistió en empujar la daga hacia abajo. La mandíbula le tembló y dos gotas de sudor cayeron sobre Jeriel. Todos sus esfuerzos resultaron en vano. Con pánico en los ojos pudo ver como la daga salía disparada de sus manos y se posaba lentamente en la de Jeriel.

Sin perder un segundo, Jeriel rodó por la mesa para huir de aquel desagradable lugar. No pudo avanzar mucho pues alguien la derribó al suelo tras golpearla en la espalda. Se giró un poco y consiguió verle la cara al agresor, que no fue otro sino Chester Copernell. Éste luchó por llegar a la mano de Jeriel, intentando inmovilizarla con su cuerpo en el suelo, pero ella fue mucho más rápida. Echando la mano hacia atrás, y reuniendo fuerza se la clavó en el hombro hasta el fondo. Su grito fue enmudecido por el terremoto y, aunque trató de sujetar a Jeriel antes de que se marchara de su lado, el dolor no se lo permitió. Cayó de espaldas, boqueando como un pez fuera del agua, tratando de reunir fuerzas para levantarse; pero tampoco pudo. Levantó un poco la cabeza para ver la gravedad de la herida y con sorpresa vio que la daga no seguía clavada en su hombro.

Jeriel aprovechó que todos estaban escondidos por miedo a que el techo se derrumbara, para correr hacia la única salida que veía. Se dijo a sí misma que no tenía miedo, que casi lo había conseguido; cruzaría esa puerta y tras ella estaría esperándole la libertad. Se sintió animada por sus propias palabras y continuó con su escapada hasta que una mano atrapó su muñeca. Al girarse pudo ver el rostro del clérigo, amenazándola con su rosario y sudando.

— ¡Detente, Arkêniat! ¡Hijo del mal! —Gritó el cura, con pánico en los ojos.

Jeriel se quedó boquiabierta al escuchar cómo la había llamado. Hasta le tenían un nombre y todo, pensó. La ira le invadió y sin pensar lo que estaba haciendo, arrastró la daga sobre el pecho del hombre con todas sus fuerzas. Apenas se paró a ver como el cura la miraba con sorpresa mientras sujetaba con sus manos la gran herida que le había causado.

Jeriel corrió de nuevo hacia la puerta. Con una sonrisa en los labios posó ambas manos en la hendidura que había por puerta y miró tras ella, pero toda su alegría se disipó al encontrarse con un pasadizo que iba de izquierda a derecha. Por la razón que fuese pensó que tras esa puerta estaba su libertad; un bosque, tal vez la ciudad o un pueblo. Pero solo encontró un pasadizo oscuro y arcilloso, capaz de absorber las pocas fuerzas que le quedaban para luchar. No sabía qué camino tomar y cada segundo que se tomaba para pensarlo, era el que le restaba de vida. Optó por el de la izquierda; la oscuridad del camino se hacía más intensa con cada paso que daba. Se arrimó a la pared para guiarse con una mano y con la otra intentaba buscar formas

inexistentes que le vinieran de frente. Poco a poco sus ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad y cuando creía que el pasillo se terminaba, sus problemas se agrandaron: se bifurcó en otros tres. Desesperada por no saber qué camino tomar, rompió a llorar. Sus piernas flaquearon y cayó de rodillas al suelo, dejándose vencer. No tardarían en encontrarla y cuando lo hicieran le arrebatrían la daga y se la clavarían en el corazón, como a los otros. Y todo porque no era capaz de tomar una decisión por sí misma.

Tres caminos: izquierda, centro o derecha. Uno de ellos era su pasaje a la libertad; posiblemente no a una vida mejor, pero sí sin ellos. Solo por eso hubiese valido la pena intentarlo. ¿Y porque no hacerlo? Si se equivocaba de camino lo intentaría por otro. Y si no, aún tenía la daga para irse de una manera más digna que no ser sacrificada como algo que no era. Con un impulso optó por ir hacia la izquierda. Corrió con urgencia mientras su cuerpo se lo permitiera y apresuró el paso. De pronto notó que le costaba más mover las piernas y que no podía correr como antes, y comprendió que el pasadizo había cambiado e iba cuesta arriba. Al girar en una curva se encontró con la sorpresa de que allí terminaba el camino. Solo tenía frente a ella una pared y un techo más bajo de lo normal.

— ¡No, no, por favor! —Suplicó mientras palpaba la pared arenosa.

Al tocar el techo con las manos, la daga que aún mantenía en ellas chocó sobre éste y el sonido que provocó fue metálico. Extrañada volvió a palparlo y tocarlo con los nudillos. No tenía tiempo para averiguar misterios pero del techo empezó a caer arena y bajo esta apareció lo que parecía una escotilla. Lo limpió del todo hasta poder ver más o menos lo que tenía sobre ella y en efecto eso era. Tenía una cerradura que intentó abrir a golpes con la daga, metiendo la hoja, pero no consiguió nada; era demasiado gruesa. Estaba haciendo demasiado ruido y acabarían encontrándola. Pensó deprisa. Era consciente de hasta qué punto podía hacer ciertas cosas y cuánto las dominaba. Dejó caer la daga al suelo y puso su mano sobre la cerradura; cerró los ojos con lentitud y escuchó como la cerradura cedía bajo su mano. Con una sonrisa en los labios, se preparó para empujar la puerta hacia arriba. Las bisagras empezaron a chirriar y Jeriel empujó con sus frágiles brazos hasta que ésta cedió hacia atrás de golpe, haciendo un ruido espantoso. Se arrastró hasta salir por aquel portón y cuando se puso de pie vio oscuridad. Pero también había una luna medio escondida por las nubes, y árboles; y la brisa acariciaba su cabello negro. Era libre.

Sabía que si miraba hacia atrás y veía el lugar donde la encerraron lo lamentaría el resto de su vida, pero si lo evitaba, también. Giró el cuello para ver dónde la habían mantenido secuestrada. Su boca se abrió con sorpresa al ver que detrás de ella había lo mismo que delante: árboles. Ningún indicio de pasillos o de cadáveres. Tan solo una puerta de metal en el suelo cubierto por el ramaje del bosque donde se encontraba. Allí no había nada.

No reflejó su consternación por más tiempo. Lo que tuviera que ser, sería. Sin más dilaciones corrió hacia el frondoso bosque a toda prisa.

— ¡Mierda! ¡Se escapa, se escapa! —Intentó gritar Chester Copernell entre jadeos, tratando de levantarse del suelo—. ¡Malditos inútiles! ¡Id a por ella!

El terremoto fue aminorando y Chester supo que Jeriel cada vez estaba más cerca de escaparse. Con el brazo casi colgando se acercó a Joseph con urgencia.

— ¡Tu hija se ha escapado, imbécil! Deja de esconderte como un gusano y ve a buscarla con esos otros. Yo voy a encender las luces para que veáis bien.

—Pero el terremoto...

— ¡El terremoto empezó a cesar en el momento en que Jeriel salió por allí! — Exclamó enfadado mientras indicaba con un dedo—. ¡Pero muévete!

Todos corrieron en estampida en busca de la muchacha. Mientras Chester caminaba en dirección al cuadro de luces, les daba indicaciones a gritos para que le oyeran.

—Estas instalaciones son como un laberinto, llenas de pasadizos que a su vez se bifurcan en pasadizos. —Cuando encontró el cuadro, abrió la caja y subió los interruptores, llenando de luz toda la instalación—. Solo hay tres salidas en todo el recinto y muy escondidas. Antes de que ella encuentre una, nosotros ya la habremos matado. —Una sonrisa se dibujó en su rostro. Tras esto, cerró el cuadro de luces y se unió a la búsqueda.

Antes de salir se fijó en el cura; estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada sobre la pared y la mirada inerte. Se acercó para observarle con más detalle donde pudo ver una gran hendidura en el pecho y un reguero de sangre que seguramente le provocó la muerte. Para asegurarse le colocó dos dedos en la parte izquierda del cuello pero no halló pulso. Bajó la mirada y se santiguó. Le cerró los ojos con las manos y le quitó el rosario que permanecía sujeto de su mano.

—A ver donde encuentro yo otro cura.

— ¿Qué le ha pasado? —preguntó una voz a sus espaldas.

Al girarse pudo ver al padre de los hermanos que habían sido sacrificados. Un hombre corpulento, calvo y con fama de bebedor. Normalmente Chester no mostraba diferencias a la hora de hacer su trabajo pero ese hombre no le caía nada bien. Había interrumpido durante la ceremonia y eso estaba totalmente prohibido. Aun sabiéndolo, lo hizo. Alguien que no respetaba las normas no era digno de su trabajo.

—Esto es obra de Jeriel —dijo secamente—. Y no me gusta nada.

—Pues tampoco te va a gustar esto.

Chester se giró de nuevo para mirarle con cara de pocos amigos. El hombre —del cual desconocía su nombre porque así lo exigía su trabajo— le indicó con una mano que le acompañara y eso hizo. Caminaron durante unos minutos por los túneles arcillosos hasta que Chester vio reunidos a todos. El corazón le dio un vuelco al ver a su gente formando un corrillo. Pensó que en medio estaba Jeriel tirada y muerta de miedo; esperando a ser aniquilada. De nuevo, una sonrisa se dibujó en su rostro. Pero en el de ellos solo había frustración. ¿Por qué? Caminó lentamente, porque así le gustaba hacerlo para dar más emoción al asunto y cuando llegó a ellos, todos miraron al mismo lugar. Caminó hasta curvar el pasillo y lo que vio le cambió la euforia por indignación. Una de las salidas estaba abierta de par en par y la daga permanecía tirada

en el suelo. De pronto la herida del hombro comenzó a dolerle de nuevo, de manera insoportable; pero se calló porque estaba enfadado.

—Ayudadme a salir. —Dijo con seriedad.

Angélica salió primero para poder tirar de su brazo sano mientras que los demás empujaban desde dentro. Una vez fuera, Chester sintió el frescor de la noche y escuchó el sonido del bosque. Angélica se puso a su lado esperando que dijera algo, que salieran en su busca o que le llevaran a la mansión a curar. Pero Chester se quedó allí, pensativo, con el semblante furioso y a la vez sarcástico, hasta que se decidió a decir algo.

— ¡Será hija de puta!

Mis piernas no fueron conscientes de lo cansado que estaba mi cuerpo, ni siquiera cuando crucé corriendo todo el bosque. Al llegar a la carretera continué por ella sin aminorar mucho el paso. Tampoco dejé de mirar por encima de mi hombro. Me faltaba el aire; aún tenía la sensación de que me perseguían, lo que me obligó a continuar. Estaba sudando a chorros y la ropa se me pegaba a la piel, provocándome incomodidad al caminar. No tenía idea de que hora era y a decir verdad, por muchas veces que hubiese caminado sola por los maizales hasta casa, esta vez era diferente. La simple idea de haber estado a punto de morir a manos de mis padres cambiaba todo el paisaje, convirtiéndolo en un lugar peligroso y totalmente incomparable para mí. Sentí frío en los brazos y me los abracé con las manos. Apenas si llevaba un pijama manga corta y unos pantalones de temporada que poco arroparían el desamparo que arrastraba con mis pies. Miré a ambos lados y al verme tan sola y decepcionada, no pude reprimir el llanto, preguntándome qué iba a hacer ahora.

Los maizales se movían estrepitosamente por el viento. Se estaba formando una tormenta y yo me encontraba en medio de la nada. Seguí caminando deprisa con las manos metidas en los bolsillos traseros tratando de no pensar en nada. La tormenta se volvió más enérgica al estallar fuertes truenos que me asustaron, movilizándome hacia un punto que aún no sabía dónde me llevaba. El viento me trajo el sonido de lo que parecían risas y música; no recordaba que fueran fechas para celebrar nada en ningún pueblo cercano; no obstante, pensé que lo más razonable era correr hacia allí. Evité pensar que estaba cansada y continué. Corrí casi sin fuerzas porque me dolía una pierna tras el largo recorrido por el bosque. Poco a poco me fui acercando a las voces y pronto divisé las primeras luces del pueblo. Apresuré el paso con esfuerzo y en escasos minutos dejé atrás los kilómetros de maíz para verme rodeada de casas bajas y edificios. El bullicio de la gente me resultó desagradable, prefiriendo apartarme a un lado y evitar los borrachos que buscaban un lugar donde agarrarse antes de caer inconscientes. Les miré con el ceño fruncido. Algo no encajaba en todo ese cuadro. A parte de que aquel pueblo no me sonaba de haberlo visto antes, allí ocurría algo que me mantuvo inquieta. La gente vestía diferente; con mangas largas e incluso gorros. Una mujer con el carmín corrido llevaba un vaso de tubo en la mano. Me golpeó en el hombro al chocar conmigo y acabé empotrándome contra algo. Al principio pensé que había colisionado con un escaparate pero al mirarlo comprendí que era un mapa dentro de un cristal. En medio de un plano ponía el nombre de una ciudad: *Greensay*. Todas las carreteras que aparecían en el plano estaban en otro idioma. Confusa, miré los carteles de los edificios para verificar que también lo estaban. Tras el desconcierto de encontrarme en un lugar desconocido reparé en el gentío, escuchando sus conversaciones. Comprendí qué era lo que estaba fuera de lugar. La muchedumbre hablaba en otro idioma. Sorprendida por el detalle volví al mapa de la ciudad y busqué sin saber el qué. Seguí con un dedo las carreteras tratando de buscar respuestas a tanta confusión hasta que en un rincón del plano encontré lo que buscaba.

—Canadá... —Susurré sin creérmelo—. ¡Estoy en Canadá! —Miré a ambos lados,

como si alguien fuera a darme una explicación a semejante suceso. En mi cabeza se agolparon multitud de preguntas que seguramente nadie me respondería. Volví la vista hacia el mapa de la ciudad y lo observé nuevamente, quizá para averiguar cómo había llegado desde España hasta Canadá. Aquella noche todo estaba resultando de lo más asombroso; no solo por el sacrificio sino porque se habían tomado demasiadas molestias tan solo para matarme.

Estaba segura de que no encontraría las respuestas en ese mapa y tampoco allí parada; lo mejor sería continuar caminando hasta que se me ocurriera algo; por el momento necesitaba encontrar algún lugar donde poder dormir unas horas sin temor a que me encontraran. Un lugar donde no corriese peligro. Poco a poco el bullicio de la gente se fue alejando a medida que cruzaba las calles y mis pasos se dirigieron a cualquier lugar.

Un relámpago llamó mi atención y detrás vino el trueno. La primera gota de la tormenta tropezó con la punta de mi nariz y a esta le siguieron unas cuantas más. Pronto se descargarían las nubes y yo no tenía donde cobijarme. Ignorando una vez más a mi cansancio volví a correr en línea recta en busca de un sitio donde resguardarme hasta el día siguiente.

Tras un largo recorrido acabé cruzando el pueblo y me encontré con otro bosque. Al principio pensé que no había hecho otra cosa sino dar vueltas y acabar en el mismo monte pero estaba tan cansada que no podría dar la vuelta y regresar. Me sentía muy débil y el estómago me gruñía por el hambre. Marché durante un rato más a paso lento, aguantando la suave lluvia que rociaba mi cuerpo; entonces me paré y me apoyé sobre un árbol, jadeante y desconsolada. Mi cuerpo había dicho *basta*. Las piernas me temblaron y noté como fallaban, cayendo de rodillas sobre la espesura del suelo. No encontraría un lugar donde resguardarme de la lluvia, eso lo sabía, por lo que me tumbé sobre la hierba, cerca de unos matorrales. Traté de dormir allí mismo, abrazada a mi cuerpo y hecha un ovillo, pero los recuerdos de aquella noche se amontonaron en mi cabeza, impidiéndome el sueño. Un par de lágrimas se mezclaron con el torrencial que caía en mi cara. Ahogándome en mis propios pensamientos, de cómo superaría el día siguiente y qué iba a ser de mí. Fui entrando en un estado de somnolencia, más por enfermedad que por sueño, hasta que éste se apoderó de mis músculos, calados por el frío de la lluvia, y finalmente me dormí.

—What's going on? Are you lost?

Al principio me costó abrir los ojos por el cansancio que tenía en el cuerpo pero la voz que escuché era tan fuerte que me arrastré en dirección a los matorrales, en busca de protección. Miré hacia arriba para ver a la persona que me hablaba y pude ver a alguien cubierto con un chubasquero oscuro y montado a caballo. No veía su rostro pero no hacía falta ser erudito para saber que era extranjero por su idioma. Aunque, dadas las circunstancias —que seguía sin comprender— la extranjera resultaba ser yo. Pese a estar aterrada no escapé y me quedé allí, esperando con cautela a ver qué pasaba. Permanecí quieta por si bajaba del caballo pero, bajo ese chubasquero que le daba un aspecto siniestro, solo recibí la mirada de unos ojos que la noche cubría. Temí que ese hombre trabajara para Chester Copernell y mis padres, y me hubiese seguido hasta encontrarme; después descarté la posibilidad al ver como acariciaba el cuello del caballo para apaciguarlo. Supe entonces que era un transeúnte sin más.

—No... no te entiendo —le dije algo acongojada y sin saber si sería capaz de comprenderme—. No hablo tu idioma.

—Are you foreing? —Preguntó el desconocido.

—Lo siento —meneé la cabeza a ambos lados—, no hablo tu idioma.

— ¿Eres latina? —me sorprendió escucharle hablar español pero con un fuerte acento, supongo que canadiense.

—Sí —contesté.

— ¿Argentina?

—Española.

— ¿Qué te pasa? ¿Te has perdido? —su voz era enérgica y más que preguntar parecía estar exigiendo. Abrí la boca y de ella solo salió un suave sonido—. ¡Contesta!

—Me... me he... perdido.

— ¿Quién te ha hecho esas heridas?

Fruncí el ceño y me miré. En mi camiseta quedaban algunos restos de sangre difuminados por la lluvia. Por un momento, reviví la escena de los chicos asesinados. Cerré los ojos y suspiré en silencio. La piel de mis muñecas estaba desgarrada debido al forcejeo. No podía contar nada de aquello a un extraño por lo que decidí soltar la primera tontería creíble, propia de un niño.

—Me he caído de un árbol.

—Ya, claro —contestó aquel hombre, no muy contento con mi respuesta. Me observó detenidamente unos segundos hasta que volvió a hablar—. ¿Dónde vives?

—No lo sé. —Divagué.

— ¿Cómo se llaman tus padres?

Se acabó. Me levanté del suelo y caminé en dirección contraria. No estaba dispuesta a seguir conversando con aquel señor al que no conocía de nada y que no paraba de preguntar por asuntos que solo me concernían a mí. Me aparté el agua de los ojos para ver mejor por donde iba y caminé unos pasos hasta que me vi casi atropellada por el caballo de aquel desconocido.

— ¡Te he hecho una pregunta!

—Déjame en paz.

— ¿Dónde vives?

— ¡Te he dicho que no lo sé! —empezaba a exasperarme. Entre tanto, intentaba marchar por otro lado, pero él no me dejaba, cortándome el paso.

— ¿Cómo que no lo sabes? ¿Cómo se llaman tus padres?

— ¿Y a ti que te importa, hijo de puta preguntón?

— ¿Sois todos así de groseros en tu país? ¡Intento ayudarte! ¡Si quieres volver a tu casa tienes que decirme como se llaman tus padres y donde vives! —su tono era mucho más severo que antes.

— ¿Acaso te he dicho yo que quiera volver a casa? —Contesté con un tono sarcástico.

— ¿Es que no quieres volver? —mi pregunta pareció suavizarle por unos instantes.

Aproveché para seguir caminando; por un lado quería evadirle pero por otro me sentía tan sola que la sensación de estar acompañada me hacía sentir mejor. Aun así, decidí acabar con aquella absurda situación.

—Estoy muy cansada y no tengo ganas de jugar al Trivial personal que te has montado. No te servirá de nada. —Miré un instante a esa sombra que escondía su rostro y me atreví a hacerle una última pregunta—. ¿Tienes algo de comida?

— ¿Tienes hambre?

—Sí.

Volvió a quedarse callado con aire pensativo. La lluvia resonaba sobre el chubasquero con sonidos fuertes y secos. El caballo esperaba quiero a la orden de su amo, de vez en cuando se movía algo para descansar las patas, hasta que un movimiento del desconocido le hizo relinchar.

— ¡No puedes quedarte aquí! —volvió a gritar—. ¿No ves cómo llueve? ¡Estás empapada y cogerás una pulmonía! —fue cuando comprendí que gritaba para hacerse oír por encima del torrencial que caía sobre nosotros—. Te vendrás a mi rancho, comerás algo y luego veré que hago contigo.

— ¡Y una mierda! —Dije con el mismo tono de voz—. No te conozco de nada y no pienso ir a la casa de un extraño.

No sé qué fue lo que dije pero el hombre soltó las riendas del caballo y sacó un pie de los estribos para bajarse. Si me quedaba alguna duda de que pudiese trabajar para Chester Copernell y mis padres, desaparecieron en el instante de verle descender del rocín. Su elegancia al moverse me lo confirmó; su manera de cuidar al caballo, de apaciguarlo y de mover sus hombros cuando caminó hacia mí. Todo aquello me dijo que ese hombre, aunque desconocido, deseaba ayudarme. Guardó una distancia prudencial entre nosotros y de pronto volvió a hablar.

—Tienes razón. Si ni siquiera me he presentado, ¿eh? ¡Qué falta de educación! —me dijo con un tono burlón. Se llevó una mano hacia la capucha y con un movimiento suave la dejó caer atrás, revelándome su rostro sin preocuparse por la lluvia—. Me llamo Nicolas. Nicolas Johnson.

Sin duda alguna Nicolas Johnson era un hombre enigmático. Su pelo era de color azabache, largo y rizado hasta los hombros; Las facciones de su cara resultaban como poco cautivadoras. Sus ojos eran pequeños pero de un negro tan electrizante que me llamaron mucho la atención. Su boca, de finos labios, prometía no sonreír a menudo. En conjunto, su rostro tenía cierto origen indio, dando un aspecto frío pero a la vez tan bondadoso que me confinaba tranquilidad. Tras quitarse el chubasquero, pude ver su cuerpo, claramente trabajado en un gimnasio.

Su rancho estaba en medio del bosque, totalmente apartado y escondido del pueblo, lo que me llevó a pensar que era un hombre solitario.

Mientras preparaba chocolate caliente con unos bollos para los dos, Nicolas no cesaba de mirarme. Yo me mantenía agazapada en un rincón del sofá pero sin mostrar miedo alguno. Observé todo a mi alrededor a la vez que me aferraba a la manta de cuadros azules que me había dado. Todo me parecía confuso. Y si ese misterioso hombre quería sonsacarme alguna información debería tener cuidado en las preguntas que formulase porque tampoco estaba dispuesta a hablar más de lo debido. Le vi coger las dos tazas de chocolate con una mano y con la otra una bandeja repleta de bollos. Caminó hasta el sofá.

—No son horas de comer dulces pero tengo entendido que si pasas una mala noche el chocolate va muy bien. —Trató de decirme con una sonrisa algo forzada. Me lancé en picado sobre la bandeja y agarré un panecillo dulce para lanzarle un mordisco—. Aún no me has dicho tu nombre.

—Ni te lo voy a decir —contesté con la boca llena—. En cuanto termine de comer esto me largaré.

—Tu ropa aún no se ha secado y sigue lloviendo—observó Nicolas con delicadeza.

—Pues en cuanto deje de llover me voy.

—No, verás. Antes quisiera hacerte unas preguntas.

—¿Acaso me has visto cara de famosa, Clark Kent? —Pregunté con cinismo.

Nicolas apretó los labios y respiró profundamente, posiblemente una muestra de que su paciencia había concluido, y con una sonrisa más que fingida se dirigió a mí.

—Oye, niña, ¿tú no tienes educación?

—¡Me cachis! —Contesté, chasqueando los dedos—. ¡Ya sabía yo que se me olvidaba algo!

El hombre se pasó una mano por la boca para exagerar su desesperación y agachó la cabeza con rudeza.

—Me da la sensación de que me lo vas a poner difícil —hizo una pausa—. Antes te pregunté quién te hizo esas heridas y no me contestaste. ¿Podrías hacerlo ahora?

—Esta sangre no es mía —contesté absorta en el panecillo.

—¿De quién es?

—No lo sé.

—Tus muñecas sangran y están desgarradas. ¿Eso tampoco lo sabes?

Dejé de masticar por un momento y le miré de reojo. No era cierto que mis muñecas siguieran sangrando, hacía rato que ya no lo hacían; pero sí que la piel estaba

desgarrada debido al forcejeo. Y también era muy cierto que a este hombre no se le escapaba ni una; sin embargo yo no hablaría de ello. Porque de hacerlo tendría que explicar muchas cosas de las que viví en la noche. Para evitarlo, volví a mi chocolate y cogí otro bollo.

Al parecer, como no consiguió respuesta de su anterior pregunta lo intentó con otra más sencilla

— ¿Cuántos años tienes?

—Ayer cumplí trece. —De pronto arrugué el entrecejo—. Creo...

— ¿Crees?

Las dudas volvieron mi mente. Lo último que recordaba antes del sacrificio era el golpe en la cabeza, en España, y cuando escapé me encontraba en Canadá. No entendía mucho de viajes pero sí sabía que uno así duraba muchas horas. Para quitarme de dudas decidí hacerle una pregunta.

— ¿Qué día es hoy?

—Miércoles, veinte.

— ¿De junio? —No pude evitar sentir un latigazo en el estómago al escuchar aquello.

—Sí. ¿Cómo te llamas? —volvió a preguntar.

—Jeriel —contesté casi por inercia, pensando aún en la fecha.

— ¿Qué más?

Regresé de mi letargo y mastiqué otro trozo de bollo mientras miraba a Nicolas. Verdaderamente todo lo que estaba sucediendo aquella noche era muy raro.

—Jeriel Campoy —contesté.

— ¿Y tus padres como se llaman?

Mi rostro se volvió triste y negué con la cabeza.

—Si te digo sus nombres me devolverás a ellos y me matarán...

Nicolas giró el cuello hacia la ventana al escuchar un trueno. Aún no había dejado de llover. En seguida volvió su atención hacia mí. Sé que le impactaron mis palabras pero no lo exteriorizó.

—Pero si no me dices lo que te han hecho no podré ayudarte.

—Ellos me han hecho esto... —expuse mis muñecas con tristeza.

—Ya. —Pausó un instante, tal vez pensando una vez más en la pregunta que iba a hacer—. Pero... ¿el qué?

— ¡Todo! —Grité— ¡Todo lo que soy es por su culpa! ¡Mírame! ¡Ni siquiera tengo a donde ir! Estoy sola...

El hombre cruzó una pierna y se sujetó el mentón, me miró con detenimiento y tras unos segundos tomó la palabra.

—Escúchame. Sé que acabas de conocerme y por cómo te muestras seguramente has pasado por una situación terrible, pero te prometo que aquí estas a salvo. —Respiró profundamente y frunció sus finos labios—. No sé qué te ha pasado esta noche pero te aseguro que puedes confiar en mí y contarme lo sucedido. Y una vez lo hagas, si es que decides hacerlo, te ayudaré cuanto esté en mi mano.

— ¿Y porque ibas a hacer eso? —pregunté aún desconfiada.

—Porque eres muy pequeña para vagabundear por ahí —sentenció.

Me acurruqué en la manta, miré hacia la ventana para ver como seguía lloviendo y

noté como el crepitar de ésta me relajaba hasta adormilarme. Apoyé la cabeza sobre el sofá y cerré los ojos un instante para descansarlos. Estaba tan cansada...

— ¿Te importa si me quedo a dormir en tu casa esta noche?

—No, no me importa. —Contestó él, cortésmente—. Pero antes tengo que llevarte al hospital a que te curen esas heridas. Tienen muy mala pinta.

—No te preocupes por ellas —dije casi dormida—, se curarán solas.

—Ya, claro —Respondió, incrédulo.

Escuché como se movía y recogía las tazas de chocolate.

—Voy a ver cómo va tu ropa.

Siempre me he sentido empática a un grado desagradable incluso para mí, pero con esas palabras supe que Nicolas no iba a dejar pasar este asunto hasta que no llegara al fondo de la cuestión.

— ¡Dios mío, Nicolas! ¿Eres consciente de lo que me has traído al hospital? Llevamos una hora haciendo pruebas a esa niña y ¡los resultados que nos van llegando son increíbles! —Exclamó Frederick Eydwich. Le temblaban las manos y apenas podía sujetar el informe que llevaba—. ¿Has visto sus muñecas? Estaban terriblemente dañadas y ahora... ahora...

— ¿Ahora, qué, Fred? ¿Qué es lo que ocurre? —exigió Nicolas, impaciente.

— ¡Sus heridas, Nicolas! ¡Sus heridas! ¿Te das cuenta de que éste acontecimiento choca totalmente con la ciencia y la medicina moderna? —Fred se paró en medio del pasillo y apoyó una mano sobre el hombro de su amigo Nicolas y le susurró cerca del oído—. Nadie puede ver esto... tenemos que ocultarlo, Nick. ¡Es increíble!

— ¿Me vas a contar de una vez por todas que es lo que ocurre?

— ¿Que qué ocurre? —Repitió con una gran sonrisa y volvió a retomar la caminata en dirección a la sala de curas, seguido por Nicolas—. Que esa niña... Jeriel... no es normal. Quiero decir... —Al ver el rostro irritado de su amigo decidió relajarse y comenzar desde el principio—. Le hemos limpiado las heridas de las muñecas y por la gravedad de éstas creemos que se ha visto expuesta a una situación muy peligrosa; tal vez estuvo maniatada y forcejeó hasta desatarse. El caso es que una vez limpias, la enfermera se acercó a ella para vendárselas y la escuchamos soltar una exclamación apagada. No, no, no. No me mires así, Nick —dijo al ver como su acompañante se exasperaba—. Espera a que te cuente todo. Nos acercamos a ver qué ocurría y ¡Dios mío! ¡Las heridas estaban desapareciendo! ¡Se estaban curando solas! ¿Entiendes lo que te digo? Cicatrizaban a una velocidad abismal. ¡Jamás, en toda mi carrera, he visto algo así!

Nicolas Johnson se paró en seco, observando a Frederick Eydwich con asombro y algo de confusión en respuesta a todo lo que le estaba contando. Se metió las manos en los bolsillos para tomar un gesto pensativo.

—Quiero ver eso, Fred.

Sin más que decir, reanudaron el camino y giraron a la derecha.

—Eso no es todo.

— ¿Hay más? —Inquirió Nick, sorprendido.

—Ya lo creo. Le hemos hecho varios test psicológicos porque sus respuestas no eran infantiles, acordes a su edad. Vale que los niños son cada vez más espabilados, pero esperábamos a una niña traumatizada por las condiciones en que la encontraste; pero lo cierto es que contestaba con una madurez aplastante. No solo eso. Ella habla de una forma... no sé cómo explicarlo... —se colocó bien las gafas por puro nerviosismo y volvió a pararse en medio del pasillo—. ¿Sabes que nunca ha ido al colegio?

— ¿Nunca? —preguntó Nicolas asombrado.

—Y asegura que sólo le enseñaron el abecedario, pero lo cierto es que ella misma leía las preguntas del primer test que le realizamos. ¿Cómo una niña que no ha ido al colegio y que nadie le ha enseñado a leer puede hacerlo con tanta fluidez?

— ¿Pretendes decirme que Jeriel tiene un coeficiente elevado?

—Más que eso. Le pusimos ejercicios de matemáticas comunes para su edad. Los hizo en un santiamén. Optamos por ponerle problemas más difíciles que no tardó en resolver correctamente. Te puedes imaginar como estábamos de exaltados. Así que por último decidimos ponerle una ecuación de las que nos ponían en la universidad ¡y encontró la solución en menos de tres minutos! —Resopló y tras quitarse las gafas para limpiarlas dijo—: esta muchacha ha hecho que me sienta un fracaso.

—Como todas las mujeres... —bromeó Nicolas.

Fred rio la gracia a su amigo, pero en seguida volvió al asunto.

—Esto se nos queda grande. Nuestro hospital no tiene los medios necesarios para hacerle los estudios adecuados a Jeriel. Nick, esto debes pasárselo a los tuyos.

— ¿Por qué? ¿Por qué la chica lee mejor que tú? ¿Por qué tiene un coeficiente elevado? ¿Cuántos niños hay así?

— ¿Y cuántos niños cicatrizan unas heridas que necesitan puntos de sutura en menos de siete minutos?

Nicolas Johnson frunció los labios y negó suavemente con la cabeza, a pesar de saber que su colega llevaba razón, que Jeriel necesitaba otro tipo de estudios. Pero su intención era protegerla, no tratarla de conejillo de indias. No obstante, si decidía hacer esa llamada, antes debía ver con sus propios ojos todo lo que Frederick le había dicho. Juntos caminaron hasta una pequeña habitación que parecía utilizarse más como trastero que como sala de curas. Al entrar en ella, Nicolas comprendió que allí nunca entraban con pacientes y que si llevaron a Jeriel fue para que nadie les viera con ella. Le gustó el detalle protector.

En una camilla algo desorganizada se encontraba Jeriel sentada, zarandeando las piernas mientras tres médicos y dos enfermeras pululaban a su alrededor. Al verle levantó una mano y le saludó. Parecía estar divirtiéndose con el circo que estaban organizando los internos ante semejante espectáculo el suyo y fue por ello que Nicolas Johnson se tranquilizó. Caminó hasta ella para verificar si tanto revuelo estaba justificado. Le sujetó una mano y prestó atención a su muñeca. En efecto, apenas se veían heridas en la piel. ¡Pero él estaba seguro de que necesitaban curas!

—Te dije que no te preocuparas por mis heridas —dijo Jeriel.

Nicolas levantó la mirada para observarla con detenimiento.

—Tú sabías que esto iba a ocurrir, ¿verdad?

—Doctor, los resultados del análisis de coeficiente de la niña —dijo una de las enfermeras.

Antes de que Jeriel pudiese contestar a la pregunta de Nicolas, Frederick abrió la carpeta y se dispuso a leerla en voz alta pero al ver lo que ponía en el papel no pudo hacer la broma que tenía pensado.

—No puede ser...

— ¿Qué ocurre? —dijo uno de los enfermeros.

—Cuatrocientos ochenta y cinco...

Como si fueran marionetas, todos giraron el cuello al unísono para mirarla, sin decir una sola palabra; porque, en realidad, no tenían nada que decir. Jeriel tenía el secreto para cicatrizar heridas que necesitaban semanas para curarse y nadie podía comprender, ni siquiera con los estudios de la medicina, como lo hacía. Y por eso, en su interior, Jeriel se sintió poderosa. Y se rio por dentro. Se rio de todos, porque por

una vez en la vida era dueña de ella misma y sentía que era capaz de controlarlo todo. Fue tal la euforia que empezó a pensar si, quizá, no hubiese sido tan mala aquella noche. Los rostros de los médicos, tanta confusión en ellos, le hizo sentirse superior y con una sonrisa en los labios, decidió dar su última estocada.

— ¿Queréis ver cómo me hago invisible?

— ¿Puedes hacerlo? —Preguntó en contestación uno de los internos.

—Joder, Nicolas. Vámonos de aquí —dijo Jeriel con mofa mientras se bajaba de la camilla.

—Antes de que te vayas —Frederick Eydwich se acercó a Nicolas Johnson, atropellando a uno de los médicos—. Le hemos hecho un análisis de sangre a la chica y está deshidratada. Necesita muchos líquidos.

—Lo tendré en cuenta —contestó él, sujetando a Jeriel por el hombro.

—Eso no es todo. También encontramos un alto contenido de Clonacepan.

— ¿Y?

—Es un sedante muy fuerte, Nick —Explicó dando por hecho que debía saberlo.

— ¿Y...?

— ¡Nicolas! ¡Encontramos en su sangre una cantidad de este sedante como para dormir a un caballo! La cantidad es aproximada a más de dos miligramos cada ocho horas.

Clonacepan. Muchas dudas se resolvieron en ese instante para Jeriel. Y la euforia que tenía desapareció para tornarse en confusión. Ahora sabía cómo había llegado a Canadá. Sin embargo, la duda más importante no estaba determinada: ¿Por qué?

—Vale. Entiendo que es importante. Pero, ¿qué quieres decirme con esto? —Continuó preguntando Nicolas.

—Que me han tenido sedada durante varios días. —Concluyó Jeriel.

Tras mucho pensarlo decidió hacer esa llamada y ponerse en contacto con sus superiores. Había prometido a Jeriel que la dejaría descansar, pero teniendo en cuenta los últimos acontecimientos tuvo que recurrir a su gente para ayudar a la chica. No había que ser muy inteligente para saber que habían intentado matarla.

El helicóptero en el que viajaban era bastante silencioso y quedaba menos de veinte minutos de viaje. Jeriel observaba el paisaje desde una pequeña ventanilla, con los ojos vidriosos por el cansancio, pero expectante a lo que pudiese pasar a continuación. Golpeaba suavemente el cristal con un dedo entre tanto pensaba en mil cosas, tantas, que le superaban. Sentía la mirada de Nicolas sobre ella, deseoso de saber los misterios que la rodeaban. Una leve sonrisa nació de sus labios y se giró hacia él.

—Haremos un trato —comenzó a decir con aire cansado—. Te contaré quien soy y luego harás tú lo mismo.

—¿Por qué habría de contarte quién soy? —contestó Nicolas con ojos simpáticos.

—Porque es lo justo... y quiero saber quién eres. Necesito saber en quien estoy confiando.

Nicolas apartó la mirada hacia el suelo y se relamió los labios.

—Tú primero. —Replicó.

Jeriel volvió la vista hacia la ventanilla y observó cómo las nubes les sobrevolaban como si fueran almohadas. Nunca pensó que las vería tan de cerca. Apoyó la frente sobre la pared de metal del helicóptero y decidió comenzar.

—Te podría contar lo que sucedió anoche, pero no entenderías nada. Así que debo retroceder unos cuantos años para que comprendas porqué mis padres hicieron todo esto. Por ejemplo el día en que nací. Desde ese día odiaron todo lo que se refería a mí, todo lo que yo era. Simplemente por ser yo. —Hizo una pausa para respirar hondo—. Mi primer recuerdo es una paliza a los cinco años. Me golpearon durante quince minutos con un cinturón. Desde entonces recuerdo todas y cada una de las bofetadas, de los insultos, de las palizas; cuanto más crecía más brutales eran. Hubo un momento que no les bastaba con pegarme, tenían que romperme huesos o torturarme, como por ejemplo, encerrarme en el sótano, sabiendo que no me gustaba la oscuridad. Si no hubiese sido por mi hermano... habría muerto hace mucho tiempo. El me protegía siempre que podía...hasta que dejó de hacerlo —cerró los ojos e hizo una mueca de dolor al recordar su huida—. Siempre me han querido ver muerta y creo que aprovecharon a que él huyó para acabar conmigo. Antes de que me encontraras yo vivía en España, ¿sabes? Allí fue donde recibí un golpe en la cabeza y cuando desperté estaba atada a una silla. En el que creí que era el día de mi cumpleaños. Mis padres me habían organizado una especie de fiesta, pero resultó ser un sacrificio humano. Vestidos con togas. Había un sacerdote que recitaba plegarias en otro idioma y también se hallaba entre ellos un hombre que me daba verdadero pánico. Desde esa silla pude ver cómo les quitaban la vida a dos chicos con una daga y cuando intentaron matarme a mí... pude escapar. Corrí durante horas hasta que descubrí que me encontraba en Canadá. Y te conocí a ti. El resto ya lo sabes.

Nicolas apoyó los codos sobre las piernas y se cubrió el rostro. Con un aspaviento trató de serenarse y la miró con el rostro lleno de dolor.

—Lamento que pasaras por todas esas atrocidades... Pero... ¿Por qué? ¿Por qué te odian? ¡Eres su hija!

—Has visto como cicatrizo. No es lo único que puedo hacer. —Le miró con nerviosismo—. Ellos creen que soy un demonio, o algo así, y quieren matarme por eso.

—¿Por qué cicatrizas más deprisa que el resto? —su voz se exalto sobremanera.

—No intentes comprender la demencia.

—Eso no es demencia, Jeriel. Es salvajismo. Y un delito.

Fuese lo que fuese, a Jeriel ya no le importaba. Estaba a salvo, gracias al cielo, y con una nueva vida.

—Tengo dudas. Dices que tienes un hermano, ¿dónde está él? ¿En España?

—Huyó... No quiero hablar de él.

—De acuerdo. —Aceptó sorprendido—. Otra duda que tengo es para que usarían el Clonacepan. Frederick dijo que te lo inyectaron en grandes dosis.

—Si —la muchacha se animó al escuchar eso y se colocó de cara a Nicolas—. Y creo que tengo algunas teorías con ese tema. Veamos, tú me encontraste el día veinte, ayer, y yo creí que todo sucedió en el mismo día. ¡Pero no es así! Mi cumpleaños fue el día dieciséis.

—Me he perdido.

—Cuando me golpearon en la cabeza, fue el día dieciséis, y en España. Pero cuando hui y me encontraste, habían pasado cuatro días. Lo que quiere decir que me mantuvieron todo ese tiempo sedada, para traerme a Canadá.

—Pero se tardan horas en venir desde España a Canadá, no días.

La chica frunció el ceño.

—Sí, eso mismo pensé yo. Algo se me escapa de todo esto. Hay muchos agujeros en toda esta historia, pero hay dos preguntas que no comprendo para nada.

—Por qué te tuvieron sedada esos cuatro días es una, ¿verdad?

—Sí —respondió con una mirada de soslayo—. Pero la otra es... ¿Por qué me trajeron a Canadá para matarme? Podrían haberlo hecho perfectamente en España. —Se recostó sobre el respaldo del asiento y resopló—. No importa, hoy no lo averiguaré.

—Me temo que no.

—Pero si averiguaré quien eres tú.

Nicolas arrugó el entrecejo al ver como Jeriel cambiaba de tema de conversación con tanta facilidad y sin preocupación alguna. Le habría gustado hablar más sobre el tema pero supuso que ese asunto estaba zanjado por el momento y decidió contar algo sobre él.

—¿Qué quieres saber?

—A que te dedicas, si estás casado, si tienes hijos... yo que sé... todo.

No pudo evitar mirarla con paciencia; no le gustaba hablar sobre su vida personal, sin embargo, ella le había contado un gran secreto y no podía defraudarla. En realidad, si le abría su corazón, aunque fuese un poco, lo hacía porque Jeriel le caía bien. Era una niña resabiada y con un aura enigmática; desfavorable para su edad,

pero aun así, simpatizaba con ella.

—Soy militar. Un SEAL. Me dedico a cumplir las misiones que nos encarga el gobierno. Procuramos mantener la paz.

—Ya, claro. Qué bonito suena. Por eso hay tantas guerras, ¿no? Porque buscáis la paz.

—Eres muy joven para comprender que...

—Que yo sepa en Canadá no hay bases militares de SEALs.

Nicolas se quedó boquiabierto al escuchar hablar a Jeriel con esa soltura sobre su cuerpo de fuerzas especiales.

—Sois estadounidenses, ¿no?

—¿Y tú como sabes eso?

—Me gusta leer.

—Ya... —La observó con desconfianza—. Nuestra base es de coalición. En realidad no hacemos gran cosa. La usamos más para entrenamiento que para otra cosa.

—Has dicho que te encargan misiones.

—Dejemos el tema.

—Vale —zarandeó las piernas cómicamente y volvió a la carga con sus preguntas—. ¿Estás casado?

—¡No! ¡No estoy casado!

—¿Por qué? Eres guapo.

La miró con estupefacción, sin saber cómo tomarse lo que acababa de escuchar.

—¿Qué?

—Y eres joven.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —preguntó exasperado.

—Claro. ¿Me llevas a tu base militar?

—No, a la que estoy destinado no —comentó bastante más calmado—. Te llevo a una donde te harán pruebas y estudiarán tu caso. Son especialistas.

—¿Van a hacer experimentos conmigo?

—No, por dios. Profundizaran sobre tu condición. Puedes estar tranquila, estaré a tu lado en todo momento.

—Eso espero, porque ya me han torturado bastante. —Bostezó con fuerza, colocando la mano sobre la boca—. Estoy agotada.

—Pronto podrás descansar. Ya hemos llegado —indicó con un dedo hacia la ventanilla—. Mira allí.

Sobre las frías aguas que bordeaban la isla de Devon se levantaba una gran muralla de metal que bordeaba casi una cuarta parte de ésta. A simple vista parecía el principio de una gran estructura, algo donde se hacían cosas muy importantes. La nieve cubría el resto de lo poco que se pudiera ver. Bajo ese manto blanco las instalaciones parecían un lugar tétrico, una fortaleza del terror. Eso pensó Jeriel.

—Ponte esto —Nicolas le acercó un abrigo polar—. Te quedará algo grande, pero es necesario. La temperatura ahí fuera es de veinte grados bajo cero.

El aterrizaje fue suave y cuando bajaron del helicóptero, Jeriel sintió que allí iba a suceder algo diferente a todo lo que vivió. A su alrededor brotaban arbustos y otras plantas que sobrevivían al frío de aquel lugar, pocos árboles se levantaban pero con fuerza suficiente para soportar la temperatura. A lo lejos vio a varias personas caminar

hacia ellos. Cuando les alcanzaron se saludaron con las cortesías pertinentes entre militares; un hombre mayor se acercó a Jeriel y con una sonrisa forzada comenzó a hablar.

— ¡Hola, Jeriel! Soy el General de Ejército Andrew Shaper. Me han dicho que eres una niña muy especial. ¿Desde cuándo eres una niña especial?

Los ojos de Jeriel se entornaron. Aquel hombre con etiqueta de General la estaba tratando como si tuviese cuatro años. Le habría dicho donde se podía meter sus preguntas absurdas pero por el cuello del abrigo de pieles asomaban varias medallas colgando de su pecho; optó por controlar su carácter.

—Hace mucho que dejé de ser una niña y preferiría que me tratase de otra forma. — Dijo cortésmente.

—Eso puedo arreglarlo, sí, señor. —La repasó de cabeza a pies como si tuviese ante él la caja de Pandora y su sonrisa se realzó mucho más—. Seguro que tienes hambre.

—No sabe cuánto —contestó ella con otra sonrisa cómplice.

—Mandaré a los cocineros que te preparen algo de comer y luego charlaremos sobre cosas de interés.

Shaper y Jeriel marcharon unos pasos adelantados, intercambiando gustos alimenticios; sin embargo, Nicolas se mantenía callado, preguntándose si había sido buena idea presentarle a Shaper.

Caminaron durante unos minutos hasta que llegaron a una puerta de unos doce metros de altura. Una fina capa de hielo cubría una especie de dibujo. Las puertas comenzaron a abrirse lentamente hacia fuera, haciendo retroceder a Jeriel; poco a poco, de su interior fue saliendo un delicioso calor y emanaba un olor a limpio, diferente a lo que ella conocía.

— ¿Entramos? —Preguntó el General.

No estaba decidida del todo, pero tampoco tenía nada que perder. Si Nicolas le había llevado allí era por su bien. Miró hacia atrás buscándole; cerciorándose de que estaba a su lado, y al encontrarse con esos ojos que decían la verdad, encontró desconfianza en ellos. ¿Por qué dudaba Nicolas? De nuevo se llenó de inquietud, pero al mirar hacia arriba y ver el increíble portón de acero blindado se le quitaron las dudas. Estaba ahí porque así lo había decidido ella. Frente a una puerta que daba a unas instalaciones subterráneas, igual que donde la tuvieron encerrada sus padres. La diferencia estaba en que nadie la tenía retenida, era libre de hacer cuanto quisiera. Podría darse la vuelta y marcharse o cruzar las puertas y ver con sus propios ojos lo que había dentro. Respiró hondo y tras haber tomado la decisión caminó hacia el interior de las instalaciones.

Nicolas Johnson pudo encontrar a Jeriel en una habitación casi desprovista de muebles, tumbada en una cama y con un suministro de suero por vía intravenosa. De sus ojos caían varias lágrimas, resultado de las pruebas que le realizaron durante varias horas. El militar se acercó con cautela hacia una esquina de la cama; hasta ese momento, las promesas que le hizo a Jeriel solo resultaron en un fracaso absoluto. Prometió dejarla descansar y no lo cumplió. Prometió protegerla y tampoco lo hizo. Poco pudo hacer por estar al lado de la joven. La condición de la chica era más que ambiciosa para tantos científicos militares y se apoderaron de ella como la araña que atrapa a una mosca en su tela mortal. Deseó no haber hecho nunca esa llamada y poder tomar otra decisión.

— ¿Cómo estás? —preguntó con el semblante preocupado. Apoyado sobre uno de los muebles esperó una respuesta.

—Me dijiste que me protegerías. —Le reprochó.

—No me lo permitieron, Jeriel.

— ¿Y ahora que pasará? ¿Qué harán conmigo? —la joven se estremeció.

—No lo sé, pero creo que nada bueno. Jeriel, tu capacidad para cicatrizar es impresionante y ellos trataran de averiguar cómo pueden...

—No es eso precisamente lo que les ha llamado la atención.

— ¿Cómo?

—Puedo hacer más cosas... ya te lo dije.

El Teniente se puso rígido pero no permitió que esas palabras interrumpieran lo que trataba de decirle.

—Creo que te quieren usar como arma militar. Es muy posible que te tienten con regalos y promesas. Lo harán porque saben que no pueden retener a una menor y la cantidad de problemas que tendrían si se supiera, serían muchos. Ahora no les conviene nada de eso. Es por ello que intentarán la vía más fácil: tentarte. —Se sentó en la cama junto a ella para continuar hablando—. No aceptes nada. ¿Me has oído, Jeriel? Nada. Por mucho experimento que quieran hacer contigo, no pueden. Están obligados a soltarte, pero ellos no saben que tú lo sabes. Así que, juegas con ventaja. Utiliza eso en su contra. Di que quieres que te adopten o lo que sea —estaba nervioso y se le notaba por la cantidad de palabras que trataba de comunicarle a la chica.

—Pero si ellos están ocultando todo... ¿Qué garantía tengo de que me vayan a escuchar?

—Me pondré en contacto con un abogado, si es necesario. —Se inclinó hacia ella con el deseo de que comprendiera la gravedad del asunto—. Jeriel, no dejes que sus palabras rimbombantes te compren porque solo conseguirás ser un conejillo de indias.

—Puedes estar tranquilo.

Una leve sonrisa nació de su rostro, pese a no estar acostumbrado a hacerlo; su intranquilidad no desapareció.

—Ahora voy a dejar que descanses un rato; lo necesitas.

—Sí, necesito dormir —aseguró con una voz cansada.

Nicolas se dio la vuelta para marcharse pero antes volvió a observarla para

prometerse que no dejaría que la utilizaran como una cobaya.

Tras diversas pruebas, descubrieron que cicatrizar no era el único secreto que Jeriel escondía. Fue su nuevo secreto el que les hizo centrar su atención en una chica de trece años. Cuando le preguntaron qué fue lo que hizo para huir de la situación como la que se vio metida, sencillamente contestó “abrí las esposas con la mente”. Pronto se pusieron a trabajar en la supuesta telequinesia de la muchacha y después de varios intentos con algún bolígrafo, vasos de agua, confirmaron que pudo moverlo varios milímetros de su lugar. Pero no era suficiente para ellos. Querían verlo salir disparado.

—Imposible. —Les contestó—. Solo ocurre cuando estoy enfadada.

Una sonrisa del científico le aseguró que conseguirían dominar su habilidad. Durante varias horas Jeriel estuvo expuesta a los caprichos de los científicos, exigiéndola que se concentrara y moviera los objetos que le enseñaban. Pero todo resultó en vano.

La presencia del General Shaper al entrar en la sala hizo que toda prueba se paralizara y, tras varios segundos de silencio, uno de los científicos se acercó a él, manteniéndose alejados de la chica.

—Señor, en efecto su cicatrización es mucho más rápida de lo que pensábamos. Le aseguro que es fascinante.

—Bien, bien. Quiero que analicen su ADN y averigüen por qué y cómo cicatriza tan deprisa.

—Hay más novedades, señor —susurró—. La muchacha tiene la capacidad para mover objetos con la mente.

— ¿Telequinesia? —preguntó asombrado.

—Solo hemos conseguido que un bolígrafo se desplace un par de milímetros. No es suficiente pero algo es algo.

—Dígame una cosa, doctor. ¿Llevan seis horas haciéndole pruebas y tan solo han conseguido que mueva unos milímetros uno de sus bolígrafos?

—No es tan fácil como cree. Es algo nuevo para nosotros y necesitamos probar más...—contestó en su defensa.

—Ya he escuchado suficiente. Dejen de hacerle pruebas.

—Pero señor... estoy seguro de que si seguimos...

—He dicho que finalicen las pruebas. Se viene conmigo.

El General Shaper se acercó a ella y con una sonrisa paterna le apoyó una mano en el hombro.

—Voy a sacarte de esta terrible sala para llevarte a otra donde estarás mucho más cómoda.

— ¿Van a hacerme más exámenes?

—No —aseguró comprensivo—. Se acabaron las pruebas.

Caminaron por el pasillo central, recubierto de una madera brillante y con gran gusto. Subieron unas escaleras que les llevó de nuevo a la primera planta que conoció cuando entraron en la infraestructura. Al girar el cuello hacia la derecha encontró una habitación repleta de juguetes y pizarras para pintar.

— ¿Hay niños aquí?

La sonrisa que mostró el General le hizo preguntarse qué diantre era lo que hacían en ese lugar, esperando una respuesta a su pregunta.

—Hemos llegado —eso fue lo que dijo tras mirarla de reojo e indicarla hacia una puerta—. Pasemos, por favor.

Lo primero que vio Jeriel al entrar fue a varios hombres vestidos con uniforme de ejército muy elegante; la observaban con estupefacción. Ignorando la sensación de formar parte de un circo, se sentó en una de las sillas que quedaban vacías. Mientras el General Shaper hablaba a los presentes ella observó la habitación en la que estaban. El gusto con que vistieron las paredes y suelos era recargado pero mantenía un gusto exquisito por los detalles de los muebles. Una gran pantalla de televisión permanecía en la pared que estaba frente a ella. A ambos lados, dos columnas de mediana estatura con una pequeña escultura desprovista de forma alguna. Las lámparas que colgaban del techo eran sencillas y rectangulares con un color oro resplandeciente. Habría seguido mirando cada una de las cosas que decoraban aquel lugar de no ser porque el General la llamó. Con un gesto de indiferencia contestó.

— ¿Perdón?

— ¿Qué te parece la idea de vivir en la base militar que yo dirijo?

— ¿Y porque iba a querer algo así?

—Es obvio —contestó con la sonrisa de un bufón—. No tienes donde vivir.

Jeriel le observó unos instantes, antes de replicar.

— ¿Para qué quieren que viva en una base militar? Podrían encontrarme otro lugar para recibir una educación y...

— ¡Pero esto sería mucho más emocionante, Jeriel! Rodeada de personas cuyo trabajo será protegerte.

— ¿Protegerme de quién? —Preguntó con cinismo.

—Puede que no lo comprendas por tu edad pero ahí fuera hay gente que pagaría por mantenerte esclavizada debido a tus habilidades. ¡Te utilizarían como conejillo de indias! —su voz sonó fuerte y convincente.

—Es curioso que diga usted eso; cuando hasta hace escasos minutos me han tratado de esa misma manera. ¿No será que tienen que protegerme de ustedes? Porque se me ocurren muchas razones para querer mantener a alguien como yo en una base militar. Por ejemplo... como arma militar.

Los presentes comenzaron a hablar entre ellos ofendidos por las insinuaciones de Jeriel, pero eso no hizo que bajara la guardia.

— ¡Eso es indignante por no decir que un insulto! —dijo furioso uno de ellos.

—Entonces, ¿qué quieren de mí?

—Protegerte —refutó Shaper—. Solo queremos eso: protegerte de la ambición del enemigo.

Jeriel sonrió con desfachatez para dejarle claro que no iban a convencerla tan fácilmente.

—Lo siento, pero no me lo creo. Puede que tenga pocos años pero mi coeficiente intelectual está por encima de todos ustedes y le aseguro que tanta palabrería no me va a persuadir para que hagan conmigo lo que deseen. —Concluyó con una mueca infantil.

Shaper la miró a los ojos durante unos instantes. Agachó la cabeza y comenzó a hablar.

— ¿Te dolió?

— ¿Disculpe?

— ¿Te dolió lo que te hicieron tus padres?

Jeriel se puso tensa y evitó sus ojos azules mirando hacia otro lado.

—Aguanté aquellas palizas pese al dolor que me ocasionaban. Claro que me dolió.

—No me refiero a las palizas. Muchos padres pegan a sus hijos todos los días, no eres la única maltratada, Jeriel. —Dijo pasivo—. Me refería a si te dolió que tus padres intentaran sacrificarte por culpa de su fanatismo.

La muchacha permaneció en silencio, sin perder de vista aquel hombre que había traído de vuelta un recuerdo que intentaba olvidar.

— ¿Qué quiere de mí? —Susurró dolida.

—Te entrenaremos como un soldado más y cuando seas mayor de edad, cuando crezcas y estés preparada, te ayudaremos a encontrar a tus padres y les daremos su merecido.

Los demás susurraron entre ellos. Sus caras de desconcierto reflejaban no esperar esa actitud del General. En ningún momento planearon tener que llegar a ese extremo para conseguir que Jeriel se quedara.

Shaper le mantenía la mirada a la chica, esperando una respuesta. Pero ya sabía cuál iba a ser, dio en el clavo con su estrategia. Los ojos de Jeriel se llenaron de avidez y Shaper continuó con su táctica.

—Te prometo que, llegado el momento, los destruiremos a todos.

—Acepto —contestó ella con seguridad.

Poco más se dijo en aquella sala y tras ultimar algunos detalles, Jeriel fue escoltada hasta donde se encontraba Nicolas Johnson. El Teniente caminó deprisa hacia ella, preocupado.

— ¿Cómo estás?

—Hemos hecho un trato —Contestó sin tapujos—. Me han ofrecido vivir en la base y ser adiestrada como soldado.

— ¿Qué? —cerró los ojos y trató de convencerse de que todo era una broma, pero al abrirlos pudo ver el rostro implacable de Jeriel, lo que le hizo entender que no estaba jugando—. ¿Pero te has vuelto loca? ¿Para qué quieres ser adiestrada?

—Cuando sea mayor...me ayudarán. Me ayudarán a encontrar a mis padres.

— ¿Encontrarles para qué?

De nuevo esa mirada que le hizo comprender hasta donde estaba dispuesta a llegar Jeriel.

—No, no puedes hacer eso. ¡La venganza no sirve de nada!

—A lo mejor tú no tienes de quien vengarte y por eso no sabes para que sirve, pero tengo que hacerlo, Nicolas.

— ¡No! ¡No tienes por qué hacerlo! Eso es lo importante, que no tienes que hacer nada salvo vivir tu vida.

—Pues elijo esta vida.

Durante varios minutos intentó persuadirla de la decisión que tomó pero le resultó imposible. El deseo de Jeriel de castigar a sus padres era tan grande que Nicolas

Johnson no consiguió que cambiara de opinión.

Con el fin de evitar una catástrofe de ámbito ilegal se presentó en el despacho del General Shaper; tal vez, si hablaba calmadamente con él, le haría comprender que Jeriel no debía ser usada como arma. Pero Shaper tampoco se dejó influenciar por Nicolas.

—Pero señor, usted sabe que retener a una menor es un delito grave.

—Nadie la está reteniendo, Teniente. —Conversó mientras sacaba un puro de una caja de madera—. Jeriel quiere estar con nosotros.

— ¡Porque usted la ha convencido!

—Lo cierto es que hizo falta bien poco para conseguirlo —dijo mientras jugaba con su puro antes de encenderlo. Para él, el ritual antes de fumar era importante; mucho más que las quejas de Johnson—. Vamos, Teniente. ¿Qué es lo que le molesta de todo este asunto?

— ¿Que qué me molesta? ¡Es una menor! —bramó—. ¡No puede usarla como conejillo de indias!

—Está exagerando. —Con una mano trató de quitarle importancia al asunto.

—Denunciaré este caso a protección de menores.

Shaper dejó su puro para mirarle fijamente a los ojos. No le gustaban las amenazas y menos de alguien como Johnson.

—Teniente... —dijo con calma—. Usted es uno de los mejores soldados que tengo en la base. Sabe cuándo debe mostrar valentía y cuando debe usar su frialdad para llevar a cabo con éxito cualquier misión. No se lo piensa ni por un momento si debe acatar una orden, pese a las complicaciones con las que se encuentre. Pocos soldados son tan eficaces como usted y no me gustaría perderle solo porque se le ha metido en la cabeza ejercer de padre con Jeriel.

—Disculpe, señor. ¿Me está amenazando con abrirme un expediente o deportarme?

—No, Teniente. Le amenazó con matarle —replicó fríamente. Pudo ver como Nicolas se estremecía ante sus palabras y eso le gustó—. No me ando con tonterías, usted lo sabe; y si me surge un problema no me molesto en esquivarlo. Lo elimino directamente.

El semblante de Nicolas se llenó de impotencia y sintió asco cuando el General apoyó una mano sobre su hombro.

—Como sé que es un profesional, confío plenamente en que sabrá guardar silencio.

—La gente hará preguntas cuando vea a Jeriel entrenar.

—Que usted contestará con evasivas.

—No se saldrá con la suya. Al final todo se volverá contra usted. —Sentenció Nicolas Johnson mientras trataba de sujetar su deseo de golpearle.

—Eso es problema mío —dijo secamente.

—Con el debido respeto, señor: Es usted una mancha para los nuestros. No merece los galones que cuelgan de su uniforme.

Shaper le observó durante unos instantes. Se preguntó si algún día Johnson dejaría de pensar como un hombre de valores y permitiría que el poder le sedujera.

—Voy a ignorar lo que ha dicho. Se tomará unos días libres. Llévase a Jeriel con usted para que recupere fuerzas y cuando vuelvan, ella comenzará su entrenamiento —ordenó—. Ahora puede marcharse.

Tras esa conversación y con la sensación de estar atrapado caminó hasta una sala donde pudo permanecer sólo un rato. Sus intenciones fueron inmejorables, desearle a Jeriel una mejor vida, pero en el mundo que le rodeaba tener buenas intenciones no era suficiente para vencer. Con actitud de derrota permaneció sentado preguntándose qué era lo que le esperaba a Jeriel. Puede que acabara matando a alguien o que la mataran a ella. O tal vez solo querían seguir experimentando con ella. Fuese lo que fuese, las cartas estaban sobre la mesa y Jeriel sería la nueva arma del gobierno.

Los días que pasé en el rancho junto a Nicolas fueron sin duda los mejores, en comparación con el resto de mi insignificante vida. Nick —como me pidió que le llamara— me permitió dormir cuanto desearé y no puso pretextos a la hora de darme de comer cuanto se me antojaba. Con él pude disfrutar de cosas con las que jamás pude deleitarme; como por ejemplo montar a caballo. Me enseñó a tratar a Goliat, su rocín de pura sangre, a cepillarle y a entenderme con él para que pudiese estar más cómodo cuando le montara. Sentir las crines acariciando mis brazos cuando cabalgábamos o notar sus ojos posados en mí eran sensaciones que me superaban. Nunca olvidaré los ratos tan bonitos que pasé cuando cabalgábamos al atardecer, por las llanuras del bosque donde me encontré.

Otras veces nos tumbábamos sobre la hierba fresca, por la noche, para contemplar las estrellas. Esa era la vida que siempre había deseado; sin miedos ni tener que mirar por encima del hombro temiendo que mis padres volvieran a pegarme. Con Nick me sentía protegida y, aunque no le consideraba un hombre cariñoso, podía notar muchas veces que me estaba cogiendo cariño, por los detalles que tenía conmigo y la atención que me mostraba.

Mientras Nick cortaba leña yo me distraía leyendo en la hamaca del porche un libro sobre los cambios de clima. Reconozco que no era lectura para alguien de mi edad pero desde muy pequeña me había llamado la atención todo lo que tuviese que ver con el mundo adulto.

La brisa de la tarde me acarició y aparté mis ojos del libro para disfrutar una vez más de aquel lugar tan deleitable. Frente a mí, a lo lejos, pude ver a Nick estrellar el hacha sobre los troncos de madera y cómo sus músculos se tensaban por la fuerza. Esa imagen fue la que me recordó a Marcos, cuando le tocaba talar las ramas de los árboles. Volví a entristecerme. Recordé aquel curioso gesto que siempre hacía al erguirse, sacudiendo la cabeza para apartarse los mechones de la cara; acto después recogía aliento en sus pulmones para exhalarlo deprisa y terminar humedeciendo sus labios, resacos por el calor. Sentí un latigazo en el estómago al tener tan presente a mi hermano después de tanto tiempo y traté de evitar que se me empañaran los ojos. Le echaba tanto de menos...

Nicolas silbó para llamar mi atención y al mirarle me hizo un gesto con la mano.
— ¡A comer! —Me gritó desde donde estaba.

En la entrada del porche, Nicolas apuntaba con su rifle en medio de la noche. Escuchaba atentamente los sonidos del bosque, tratando de definir cada uno de ellos. Su caballo se había puesto nervioso en el establo. Normalmente no recibía visitas y de hacerlo siempre le avisaban para que no acabase disparando a cualquiera. Alguien rondaba por sus tierras.

Yo me mantenía apoyada sobre una de las ventanas, mordiéndome las uñas, temiendo que algún intruso intentara entrar en el rancho. Sobre la repisa de la ventana dejé un revolver que le cogí a Nicolas sin que me viera. Él se negó a dejarme un arma, pero no iba a quedarme escondida sin tener una en mis manos.

Nicolas mantenía el rifle sobre su hombro, perceptivo a cualquier movimiento a su alrededor.

— ¡Estoy apuntando con mi arma! ¡No dudaré en disparar si no te dejas ver! — Gritó con total seguridad.

Al ver que nadie se delataba lanzó un disparo al aire. Junto a la detonación le acompañó el grito de los animales del bosque y yo me encogí por el susto.

— ¡La próxima vez no fallaré! ¿Quién anda ahí? —Le oí vociferar. Desde donde estaba pude escuchar como algunas ramas se rompían y el siseo de las hojas reveló que alguien se estaba acercando. Nicolas tenía el rostro frío, sin gesto alguno, se colocó mejor el arma y, torciendo un poco más el cuello para mejorar la comodidad, miró por la mirilla y preparó el dedo para disparar.

—Hijo de puta, no querrás matar a tus amigos, ¿no? —dijo una voz grave.

— ¡Me ha dado! ¡Me ha dado! —lloriqueó otra voz, pero parecía estar de broma.

—Cállate, gilipollas. Que pareces un niño pequeño —Volvió a decir la voz grave.

— ¿Queréis callaros de una vez? Vais a poner nervioso a Nick —comentó una tercera voz dulce.

—Oye blanco, a mí no me vengas con mariconadas —le contestó de nuevo la voz grave. ¿Quién era esa gente? Me pregunté—. ¡Eh, Nick! Capullo, no dispaes; que somos nosotros.

— ¡Si, somos nosotros! ¡Somos nosotros! No nos mates, solo venimos a violarte — la segunda voz comenzó a reírse de sus tonterías. Al momento se escuchó un golpe seco en medio de la oscuridad—. ¡Ay! ¿Por qué me has dado una colleja?

La absurda conversación que se originó en el interior de la arboleda hizo que Nicolas bajara el arma con exasperación y relajó la espalda; esperaba a que ellos se dejaran ver.

—Porque no has parado de decir chorradas durante todo el camino —refutó la voz grave—. Pero, ¿se puede saber qué haces con esas ramas?

Tras un meneo de arbustos, no muy lejos de Nick, aparecieron tres hombres totalmente diferentes en aspecto. Con un movimiento elegante, mi nuevo amigo, Nicolas, se colocó el rifle sobre el hombro, ahora sonriente. Desde luego que les conocía.

Un hombre negro y dos blancos se acercaron a él con andares muy peculiares. Uno de ellos llevaba varias ramas colocadas en el cinturón.

— ¿Qué haces con eso puesto? —Le preguntó Nicolas aguantándose una carcajada.

—Voy de incógnito. Soy un laurel.

Los cuatro rieron y se abrazaron mientras Nicolas les invitaba a pasar a la cabaña.

—A ver si haces un caminito hasta tu casa —se quejó el hombre negro.

La temperatura resultaba agobiante esa noche y nada más entrar, los visitantes se pusieron cómodos, quitándose las botas. Nicolas se precipitó hasta la cocina supongo que para sacar unas cervezas.

Los tres hombres comenzaron a charlar animadamente e incluso continuaron insultándose con confianza. Se notaba que habían bebido más de la cuenta y apenas se esforzaban por bajar la voz en su conversación. Ninguno se percató de mi presencia. Tampoco se percataron de que empuñaba un arma. La escondí tras la espalda. Nicolas apareció con las bebidas sujetas entre sus dedos, me miró y reparó en el problema que se avecinaba por momentos.

—Chicos... —comenzó a decir entre tanto dejaba las cervezas sobre la mesita de café— tengo que comentaros algo.

El hombre negro cogió una lata y comenzó a beber con ganas; al inclinar la cabeza hacia atrás me vio —ya era hora—. Giró el cuello para verme mejor y entonces empezó todo.

— ¿Y tú quién coño eres?

— ¿Y tú? —le pregunté yo.

— ¡Coño! —Dijo el más joven, que se desprendía de las ramas utilizadas—. ¿Ahora te ha dado por tirarte a menores, Nick?

—No seas bestia. Esta es Jeriel...

— ¡No jodas que es tu hija! —exclamó de nuevo, incorporándose del asiento y con la cerveza en la mano.

Nicolas dejó ver su gesto de impaciencia y se acercó a él con decisión.

—Dame eso —le arrebató el botellín de la mano y se apartó nuevamente—. Ya has bebido bastante. No les hagas caso, Jeriel. Están bebidos.

—Demasiado, diría yo. Ni siquiera se han dado cuenta de que tengo un arma en la mano. —La espoleé en el aire para que la vieran y aquello les despertó de la embriaguez.

— ¿Qué está pasando aquí? —el hombre negro levantó la voz a la vez que se ponía de pie. ¿Qué pensaban que iba a hacer? ¿Disparar?

— ¿Esto es un secuestro? —bromeó el más joven, levantando las manos a modo de rendición, pero su sonrisa cínica me ofuscó.

—No pasa nada —aclaró Nicolas—. Dame el arma Jeriel. Luego me explicas como te has hecho con ella cuando te dejé claro que no lo hicieras.

—Voy a por otra birra —dijo el listillo.

Relajé la mano con la que aguantaba aquel pesado revolver y me dispuse a entregarle el arma a Nick. Todo fue muy rápido, tanto que no lo vi venir. El gracioso cambió de dirección y se lanzó contra mí como si de un partido de fútbol americano se tratara.

— ¡Basta, Joke! ¡Déjala en paz! —Oí gritar a Nicolas, nervioso.

El amigo de Nicolas me sujetó la mano con fuerza para arrebatarme el arma. Se reía mientras me sujetaba con su cuerpo. Pero de pronto su semblante cambió. No

conseguía quitarme el arma; la sujetaba con fuerza, no sé por qué. Eso hizo que se enfureciera y me agarró de la espalda para tenerme totalmente a su merced. Me sentí acorralada por la violencia con que me encadenaba. ¿Cómo habíamos llegado a esto?

— ¡Suéltame, cabrón! —Grité. Conseguí darme la vuelta para ganar espacio entre los brazos de aquel idiota; al hacerlo perdí el equilibrio y caí al suelo, arrastrándole conmigo. La suerte no me acompañó al caer y quedé bajo su cuerpo, desprovista de toda posibilidad de huir.

El arma salió disparada hacia la chimenea y Nicolas vio la oportunidad de entrar de lleno entre los dos. Nos gritó que parásemos pero él no le hizo caso y me mantuvo presa.

—Vaya, Nick. Que ratas más grandes y peligrosas crías ahora.

— ¡He dicho que la sueltes! Le vas a hacer daño.

— ¿Más del que me iba a hacer ella? Porque es ella, ¿verdad? —me agarró del pelo y tiró hacia atrás. Grité de pura indignación por el trato que estaba recibiendo y ver que Nicolas no hacía nada para quitármelo de encima—. Una preciosa jovencita que ahora permanece bajo mi musculoso cuerpo. —Su sonrisa lasciva me produjo asco.

Nicolas se abalanzó sobre su amigo y le apartó de mí de un solo empujón. ¡Por fin! Me ayudó a ponerme de pie y acto seguido caminó en dirección al otro con decisión.

— ¡Eh, paz! —Trató de calmarle el listillo—. Solo... le estaba dando una lección.

— ¡Si vuelves a hacer eso...! —Comenzó a amenazar Nicolas, pero el muchacho levantó las manos hasta medio pecho tratando de calmar la situación—. ¿Por qué has hecho eso?

— ¡Me estaba apuntando con un arma! ¡Me estaba defendiendo!

— ¡Pero si no te iba a hacer nada! —Nicolas se agachó para coger el arma del suelo y la descargó—. Esto no es un juguete —vapuleo la pistola, mirándome con ojo censorador, y después la guardó en un cajón—. Ya hablaremos después. Ahora sentaos todos —nos ordenó con energía—. Tengo que hablar con vosotros. Tú también, Jeriel.

Me senté en el suelo y apoyé la espalda sobre la pared, mientras que los demás lo hicieron en los sofás. Una mirada hacia todos me hizo cuestionarme qué era lo que veía Nicolas en ellos para quererlos como amigos. No se parecían en nada a él y no podía imaginar a Nick borracho como lo estaban los otros.

Cuando empezó a hablar le presté toda la atención.

—No quiero volver a ver una escenita como esta. Ya te puedes relajar, Jeriel porque estos tres hombres van a ser tus compañeros en la base y en nuestro equipo; así que ya te puedes empezar a llevar bien con ellos. Y también va para vosotros.

—Espera, espera. —El hombre negro se incorporó para hablar—. ¿Me estás diciendo que esta niña va a entrar en la base y trabajar con nosotros?

—En efecto.

— ¡Pero si no es más que una cría! —exclamó el imbécil con el que me peleé.

—Si... pero el General Shaper cree que tiene cualidades que la hacen perfecta para entrar en nuestro grupo —contestó Nick claramente irritado.

—Ambos sabéis que eso es ilegal, ¿no? —Recalcó el hombre de color.

Nicolas me miró con una mirada de culpabilidad por haberme metido en todo esto pero en seguida la cambió por otra de indignación.

—A mí no me miréis, yo no tengo nada que ver.

—No pienso trabajar con esta mocosa —aseguró el imbécil.

—Pues entonces tendrás que dejar la base porque las ordenes vienen de arriba.

Hubo un silencio en toda la estancia en el que los presentes pudieron mirarse unos a otros sin entender que estaba sucediendo.

—Bien, Jeriel. Te voy a presentar a tus compañeros. Este de aquí es Carl Lewinson

[1]

pero le llamamos *Darkness* .

Al ver mi cara confusa, el nombrado decidió explicarse.

—Es porque soy muy negro y es imposible verme de noche. —una sonrisa exagerada dejó ver unos dientes intensamente blancos.

—Este de aquí es Adam Sawler pero nadie le llama por su nombre; como a la

[2]

mayoría de los soldados. Le llamamos Joke .

—Es porque cuento unos chistes geniales.

—Es porque te pasas el día haciendo el gilipollas —Le corrigió *Darkness*.

—Menos cuando me apuntan con un arma, guapetona. Entonces me vuelvo peligroso.

—No te estaba apuntando con nada —dije, aún indignada.

—Y este —continuó Nicolas fingiendo que no había escuchado nada— es Grace Fisher. Le llamamos tal cual porque es el único cuerdo de toda la base y merece ser llamado por su nombre.

—Hola —saludó el hombre con los ojos casi cerrados de sueño.

—Y ella es Jeriel. Tiene trece años y está bajo mi cargo. La encontré cerca de mis tierras.

Comenzó a narrarles la historia de cómo me conoció y en qué estado me encontró. A diferencia de lo que pude esperar, sus compañeros le escucharon con curiosidad y en varias ocasiones le interrumpieron para hacerle alguna pregunta. A continuación les explicó como acabé en manos de Shaper y lo que pretendía hacer conmigo. También les contó que era lo que me hacía especial y porqué mostraban tanta atención sobre mí los altos cargos.

— ¿Y se sabe porque cicatriza como dices? —quiso saber *Darkness*.

—No. No encuentran el porqué. Aguantan la teoría de que es un desarrollo debido a su coeficiente intelectual. Opinan lo mismo de la telequinesia.

— ¿Mueves objetos? —me preguntó Joke con curiosidad.

No tenía ganas de más discusiones, aunque ganas no me faltaban de meterle una bofetada. Asentí levemente.

—Increíble —susurró *Darkness*—. ¿Podemos verlo?

— ¡Chicos, no es un mono de feria! —no es que me molestara que sus amigos ardieran de curiosidad pero le agradecí la amonestación.

—Y además es tarde y tengo sueño —dije. No tenía ganas de hacer una actuación. Me levanté del suelo y me marché hacia mi cuarto. Mientras me alejaba pude escuchar un trazo de la conversación.

—Puede que esa chica sea especial pero sigo pensando que esto es una locura —sentenció *Darkness*.

Me giré por pura curiosidad. Vi como Nicolas agachaba la cabeza, pensativo. Seguía martirizándose por su mala elección de llevarme ante Shaper y seguramente lo haría toda su vida. Echó un sorbo a su cerveza para acabarla y se relamió los labios con aire cansado.

—Sí, es una locura.

Días después de aquella escena en el rancho de Nicolas, preparaba la maleta en la que apenas incluía pertenencias de valor. Un par de camisetas, un pantalón y un corazón lleno de dudas. Las vacaciones que me otorgó Shaper llegaron a su fin y debía volver a la base para comenzar con una vida llena de sorpresas, madrugones y dificultades. Cuando tomé la decisión de quedarme en la base todo me pareció interesante pero ahora que había disfrutado de unos días maravillosos junto a Nick, no estaba tan segura de querer convertirme en un soldado. La idea de entrar en un mundo de hombres me horrorizaba.

Nicolas llevaba un rato observando cómo doblaba con pesadez la poca ropa que tenía y la metía en la maleta. Se acercó a mí y me puso una mano sobre el hombro; giré el cuello para mirarle y arqueé una comisura con pesadumbre.

— ¿Estás bien?

— Sí.

— ¿Seguro?

— Si —repetí.

Nicolas dirigió sus pasos hasta la cómoda y colocó mejor los adornos que tenía sobre ella. Suspiró profundamente y sin mirarme dijo:

— Fue la decisión que tomaste, Jeriel.

— Lo sé.

— Ahora no puedes echarte atrás y no puedes decir que no te lo advertí.

— Eso también lo sé.

Un gesto triste acompañó su cara y tras mantenerse callado unos instantes, decidió que era hora de partir.

— Termina de hacer la maleta. Yo voy arrancando el coche.

Miré detenidamente el petate y al ver que ya no tenía nada más que meter en él noté cómo un sentimiento de soledad me estremecía la piel. Mi vida se resumía a dos camisetas y un pantalón.

Tras meterme en el coche, sentí que mi compañero me miraba y que en su corazón reinaba el mismo sentimiento que se apoderaba de mí por momentos. El sonido del motor sentenció que no había vuelta atrás y pronto el coche se puso en marcha hacia el helipuerto.

La mañana era fresca y despejada, realzando la belleza del paisaje.

—Esta será tu ropa: un uniforme de faena, otro de camuflaje, un uniforme de camuflaje nocturno; sus complementos de decoración y un pijama. No puedes llevar otra ropa que no sea ésta a menos que estés de permiso. Si en algún momento te encuentran con otro tipo de ropa que no sea la que se te ha entregado, recibirás un castigo. No se permiten drogas. Cada cierto tiempo se hacen inspecciones de las taquillas y habitaciones. Si encontramos algo sospechoso que no haya sido recetado por el médico de la base se te abrirá un expediente y recibirás un castigo severo. Mientras perdure el entrenamiento te levantarás a las cinco de la mañana sin excusa alguna. Si te retrasas un minuto recibirás un castigo. Tu habitación es la 11b—1. Rellena este formulario con este bolígrafo y cuando termines entrega ambos en administración. Siguiendo.

Miré perpleja al hombre que me acababa de soltar semejante retahíla. Abrí la boca para preguntarle algo; tenía muchas dudas referentes a lo explicado pero la hilera de personas esperando a ser atendidas era larga. El chico que tenía detrás de mí me dio un par de palmaditas en el hombro.

—Vamos, que no tenemos todo el día.

El rostro de aquel muchacho me sorprendió. No debía tener más de veintiún años. Por la razón que fuera siempre pensé que allí sólo encontraría a gente de la edad de Nicolas pero era obvio que estaba equivocada.

Me aparté de la fila con las manos repletas de ropa perfectamente empaquetada y caminé por los pasillos buscando la habitación, pero la desorientación me venció y paré en seco. Todos los caminos me parecían iguales. Tampoco me atreví a preguntar a nadie, ya que la gente me miraba de forma desagradable; sin lugar a dudas, yo estaba fuera de lugar. Dos chicos no dejaban de mirarme y reírse entre tanto se susurraban al oído. Supuse que estaban hablando de mí, lo que hizo que me sintiera más incómoda todavía. Pero el carácter asturiano que habitaba en mi interior no permitía que me hicieran sentir de tal manera.

—¿Qué miráis, imbéciles?

Los dos soldados dejaron de reírse al oír el insulto y caminaron en dirección hacia mí con intenciones notablemente amenazadoras. Al verles, entendí que debería haber mantenido la boca cerrada. Di dos pasos hacia atrás al ver que pretendían romperme la cara, lo que me dejó claro que en la base no importaba la edad que tuvieras y menos aún que fueses especial.

—¿Qué has dicho? —preguntó uno de ellos poniéndose delante mía y arrinconándome.

—¡Eh, eh, eh! Tranquilos. Que no quiero problemas. —Me vi en desventaja con las manos ocupadas sosteniendo la ropa.

—Pues no los busques, enana.

—¿Qué hace una cría como tú en la base? —preguntó el otro muchacho con una sonrisa vacilante.

—¿Y a ti que te importa? —contesté con carácter. Tampoco iba a dejar que me comieran terreno.

—No, si al final te vas a llevar una buenatunda.

—O a lo mejor os la lleváis vosotros dos. —Respondí una vez que reuní coraje para enfrentarme a ellos. Por momentos veía que la situación iba a terminar en golpes y por inercia comencé a estudiar la zona para conseguir salir del rincón donde me encontraba.

—Pretenderá asustarnos y todo —rio el primero socarronamente—. Mira enana, si tuvieses dos palmos más estaríamos en igualdad de condiciones pero viéndote me da la sensación de que voy a pegar a mi hermanita pequeña.

— ¿Ligando, chicos?

Cuando les iba a soltar una fresca escuchamos esa voz. Una voz que anteriormente me hizo sentir arcadas. Al mirar hacia un lado pude ver como Joke, el amigo de Nick, se acercaba a nosotros con chulería. Los dos muchachos se irguieron e hicieron el saludo militar al verle.

—Es una menor por si no os habéis dado cuenta. —Continuó diciendo.

—No, señor. Tan solo íbamos a lavarle la boca con jabón a la criatura. Acaba de insultarnos, señor —le explicó uno de ellos.

— ¡Porque os estabais riendo de mí! —les reproché seriamente.

—Bueno, bueno. Ya está bien —medió Joke—. ¿Qué haces aquí? ¿Buscas a Nick?

—En realidad no —me sentí más tranquila al ver que todo se había relajado—, me han dado esta ropa y también me han dicho que rellene este formulario; esta de aquí es mi habitación —sujeté el pilón de ropa con una mano para sacar con esfuerzo un papel del bolsillo con un numero—. Pero no le encuentro y esto pesa.

—Con que pesa, ¿eh? Dime una cosa, Jeri. —Hizo una pausa—, Porque puedo llamarte Jeri, ¿verdad?

—No.

—Dime una cosa, Jeri —continuó hablando, ignorando mi respuesta—: ¿Qué crees que has venido a hacer aquí? ¿Jugar a los puzles? ¿A las muñequitas? —con una sonrisa sarcástica esperó a que yo contestara; y mientras, disfrutaba viendo como los chicos se reían de mí.

Pero ya me habían humillado demasiado como para permitirlo por más tiempo, y más de un mequetrefe como Joke. Le miré con los ojos entornados y dejé que mi carácter asturiano fluyera por sí solo.

—Pues no precisamente. En realidad, el General Shaper me ha prometido que me enseñará a clavar un cuchillo de cuarenta centímetros en el estómago de un hombre sin que le dé tiempo a darse cuenta; y que hasta que ese momento llegue puedo ir practicando en los estómagos de mis padres.

Me miraron con sorpresa, estremecidos por la frialdad de mis palabras.

— ¿Vas a quedarte ahí o me vas a ayudar a encontrar mi habitación?

Joke arqueó una comisura de su boca y luego se relamió los labios. No pintaba bien.

—Vamos a hacer una cosa: te voy a acompañar y mientras, te comento como tienes que tratar a un Teniente. Porque eso es lo que soy. ¿Te parece buena idea?

—Me parece bien —concluí tratando de aparentar indiferencia a lo que había dicho.

El color de los pasillos era algo más claro que el de los uniformes que se utilizaban allí pero se notaba que era una tonalidad para relajar el ambiente. No sé yo si funcionaba. La testosterona se masticaba en la base. Mientras caminábamos me di

cuenta de que yo era el centro de todas las miradas.

—Te voy a decir un par de cosas mientras buscamos tu habitación. No intentes ir de listilla aquí —ni tan siquiera me miraba—. No todos son tan comprensivos como Nick. En este lugar, los soldados están esperando que les des una razón para pegarte una paliza y no se van a sentir intimidados ni por tu estatura, edad, ni por esas cosas que dices que haces. —Me miró de reojo un instante y de nuevo volvió a mirar al frente—. Esto es una base militar, Jeri, y tu estancia aquí puede convertirse en un infierno.

Subimos unas escaleras y después continuamos hacia la derecha. Un hombre rubio, con la constitución física más inmensa que había visto en la vida, me miró con aire asesino. Éste se paró en seco y no dejó de observarme. Los pelos de la nuca se me erizaron. Me pregunté donde diantre me estaba metiendo y si aún cabía la posibilidad de marcharme de allí. Volví a mirar hacia atrás y comprobé que aquella masa de músculos continuaba mirándome sin discreción alguna. Giré el cuello corriendo para evitar sus ojos inyectados en odio y me acerqué un poco más a Joke. No era de mi agrado pero después de haber visto aquel hombre todos me parecían corderitos.

—Y si vuelves a faltarme el respeto —continuó amenazándome Joke— te juro que te obligo a hacer quinientas flexiones delante de toda la base —se giró para advertirme—. En bolas. ¿A que ya no te parezco un imbécil?

Me quedé con cara de interrogación.

—Hemos llegado a tu habitación —acercó el rostro hacia mí para decirme algo de forma más privada—. Tienes suerte de que te haya tocado una de mujeres. Y digo que tienes suerte porque si te llega a tocar una mixta no dudes que acabarían violándote —se miró las uñas y fingió sacarse algo bajo ellas—. Estos chicos no ven mujeres de verdad durante meses y son capaces de todo. En esta habitación puedes esconderte, pero en los demás lugares tendrás que buscarte la vida. Así que, si quieres que te proteja será mejor que empieces por mostrarme más respeto. ¿Nos vamos entendiendo?

—Si —contesté, sencillamente.

—Pues ahora deja tu ropa en la litera de abajo y vente conmigo.

Al entrar pude ver dos literas metálicas y un armario del mismo material. Me pregunté dónde estaban el resto de los muebles que normalmente hay en una alcoba y luego llegué a la conclusión que para meter tiros al enemigo no se necesitaba mucho más. Dejé la ropa apilada sobre la litera de abajo y después le seguí nuevamente por los pasillos hasta que llegamos a otro cuarto igual, pero algo más grande. En el estaban Nicolas, Darkness y Grace. Estos dos últimos estaban tumbados en las literas manteniendo una conversación. Nicolas permanecía de pie mirando por la ventana, callado y pensativo.

—Ya ha llegado la salvadora del mundo —dijo Joke para llamar la atención de sus amigos.

Al girarse, Nicolas me clavó la mirada y adivinó que algo no andaba bien.

—¿Dónde has estado?

—Metiéndome en líos. —Contestó Joke.

—¿Estás bien? —me preguntó al ver que estaba muy callada. Luego miró a Joke, mostrando un gesto muy duro—. ¿Qué le has hecho? —Me examinó y terminó por

preguntarme directamente—. ¿Qué te ha hecho? Soy el Teniente y jefe del grupo; si te ha hecho algo debes decírmelo.

—Pues... me ha dicho que tengo que tratarle con respeto porque él también es Teniente.

Grace y Darkness comenzaron a reírse con flojera al escuchar aquello.

— ¿Teniente? Dios nos libre de semejante locura —exclamó Darkness.

—Así que Teniente, ¿eh? —continuó Nick mirándole cabreado—. Este insensato jamás llegará a Teniente en la vida porque su escaso cerebro lo usa para hacer bromas pesadas a niñas de trece años.

— ¡Eh, eh! Que he conseguido que no le partan la cara en su primer día en la base.

—Dijo en su defensa—. Teníais que haber visto la cara de acojone que tenía.

—No estaba asustada.

— ¡Ya está bien! —Exclamó Nick—. Os voy a decir una cosa a los dos: en mi equipo no quiero tonterías ni malos rollos. Ya podéis empezar a llevaros bien porque en un futuro no muy lejano es posible que vuestra vida esté en manos del otro; y no me gustaría ver como os hacen un consejo de guerra a ninguno por haber dejado morir a vuestro compañero tan solo por la tirria que os tenéis. —Se acercó a Joke y dijo—: ¿Me habéis entendido?

— ¡Que sí!

El Teniente soltó el aire con fuerza por la nariz y bajó la mirada hacia mi mano.

— ¿Ese es el formulario?

—Sí, me han dicho que tengo que rellenarlo.

Nicolas hizo un movimiento con la mano para que se lo entregase. Se lo di y le echó una ojeada.

— Primero tienes que leer los requisitos y normas que se exigen para entrar en el cuerpo y, si estás de acuerdo, lo rellenas y firmas. —Se sentó en una litera con aire elegante—. En realidad es un contrato.

—Vale, ahí dice —empecé a decir mientras ojeaba el formulario a su lado— que es necesario ser hombre y no mayor de veinticinco años. El segundo requisito lo cumplo pero el primero no.

—Realmente no reúnes ninguno de los dos requisitos porque eres menor de edad —me explicó Darkness con tranquilidad—. Pero eso a ellos les da lo mismo por lo que se ve. Escucha: ahora dejan entrar a mujeres en el cuerpo por lo de la igualdad de derechos. Pero que te quede clara una cosa: jamás te tratarán como una mujer sino como lo que estas a punto de ser, un soldado. No vas a recibir un trato mejor por ser una chica.

Me quedé pensativa unos instantes. No estaba mal eso de que permitieran entrar mujeres. Estaba segura de que muchas de ellas tenían más agallas que algunos hombres.

—Básicamente, el formulario dice que tu entrenamiento durará nueve meses. Son tres fases, a cada cual más dura y difícil. Ejercitarás tu cuerpo y mente; usarás balas de verdad en los entrenamientos. Tendrás que desactivar bombas de verdad en el menor tiempo posible. Te aseguro que te harán pasar un auténtico infierno y si superas esos nueve meses, pasarás a ser un miembro más de este equipo. Mientras tanto estarás bajo mi cuidado —continuó Nicolas—. Normalmente no se protege a nadie pero es

obvio que la situación es especial.

— ¿Por qué?

—Porque la gente se reirá de ti por tu edad. Te maltratarán y harán todo lo posible para que acabes marchándote. —Explicó Grace—. Por eso Nick hará el papel de protector. Todo el mundo le respeta y una sola mirada suya puede hacer que se caguen en los pantalones.

—Vaya... —susurré, mirando a Nick.

—Debes andar con pies de plomo porque te harán varias novatadas por ser menor y nueva. En eso podríamos protegerte por ser tus colegas de grupo, pero te daría mala fama; pensarían que eres débil y eso es carnaza para ellos. Lo mejor es que aceptes de buen grado lo que te hagan.

—Siempre y cuando no te hagan cosas penalizadas por la ley —advirtió Darkness.

Les miré algo molesta. No es que pensara que ese sitio era el país de las maravillas pero tampoco era necesario ponerse tan catastrofistas.

— ¿Me decís todo esto para que no firme el formulario? —pregunté.

—Te decimos esto porque si no te avisamos del lugar donde te has metido, acabarás muerta. —Espetó Nick, seriamente.

— ¿Tengo que recordarte que hace poco han intentado matarme?

—Eso fue un incidente apartado. Aquí te los encontrarás por docenas.

—No tengo miedo.

—Pues deberías, porque todos lo hemos tenido en algún momento. Además...

El General Shaper interrumpió en la habitación con su sonrisa de siempre. Los cuatro marines se irguieron para saludarle.

—Pueden relajarse. —Dijo cortésmente. Clavó sus ojos verdes en mí y supe que iba a soltar algún discursito—. Jeriel, una nueva vida comienza para ti.

—Ya veo, ya —contesté, refiriéndome a todas las advertencias que acababa de recibir.

—Lo que te voy a decir es confidencial —aseguró mientras cerraba la puerta—. Hemos manipulado cierta información para que Jeriel Campoy desaparezca definitivamente.

— ¿Cómo? —mi expresión fue de auténtica sorpresa.

—Vamos a darte una nueva identidad. Para ello hemos fingido tu muerte. Dentro de un par de horas saldrá en las noticias que una niña apareció muerta por los alrededores de Iver Shouth, cerca de donde te encontró el Teniente Nicolas Johnson. Un médico forense confirmará la aparición de tu cuerpo como inexplicable e imposible de reconocer. Al no ser denunciada tu desaparición se decidió por la incineración. Enviaremos esta información a todos los medios de comunicación de forma anónima para que se divulgue.

—Pero... —negué con la cabeza, repleta de dudas.

—Adelante, pregunta.

—Pero ¿por qué cambiarme la identidad? —pregunté confusa—. No lo entiendo.

—No sabemos si tus padres te están buscando, pero tampoco vamos a correr riesgos innecesarios. Esperamos que den por hecho que eres tú la niña fallecida.

Eché la cabeza hacia atrás al entender que todo aquello lo hacían para evitar posibilidad alguna de que me encontraran. Mis ojos se abrieron más y decidí que

aquello era una gran idea. No tendría que volver a pensar si estaban rastreando mi paradero y desde luego, dejaría de tener miedo.

Shaper me entregó una carpeta amarilla y, con un movimiento de cabeza, me indicó que la abriera.

—Es tu nueva identidad. A partir de ahora te llamas Jeriel Jordan —de nuevo le miré confusa—. Quise mantener tu precioso nombre, si te parece bien.

—Claro. —Respondí algo ausente.

—En esos papeles dice que has nacido en Atlanta y eres huérfana desde los dos años debido a un trágico accidente. Es muy típico, pero se obtienen buenos resultados. Tienes ciudadanía canadiense.

— ¡Joder! —proferí con una sonrisa.

Shaper quedó satisfecho al ver que estaba contenta.

—No estaría mal que lo leyeras con detenimiento y te lo estudiaras. Debes romper con tu pasado. Si tienes alguna duda, házmelo saber. Teniente Johnson —se giró hacia Nicolas con el rostro serio—. Déjele claro como es la gente aquí.

—Nos estábamos encargando de ello, señor. —Un pequeño ápice de rencor se vieron reflejados en sus ojos al dirigirse al superior.

—No esperaba menos.

Shaper se colocó la gorra bajo el brazo y salió de la habitación con aire vencedor. Al marcharse, todos pudimos respirar con más calma. Yo observaba con emoción la carpeta que contenía mi nueva identidad y Nicolas, al verlo, optó por decir algo convincente.

—Creo que no volverás a ver a tus padres jamás.

Que te lo crees tú, pensé.

Horas más tarde, a cuatrocientas millas , en Boston, se encontraba Chester Copernell preparándose un Bourbon con hielo, esperando que aquel néctar ambarino le calmase el dolor del brazo... O al menos le mitigara los pensamientos de su cabeza. Sujetó el vaso con la mano y se sentó en su sillón victoriano. Colocó los pies sobre la mesita de café y se relajó, soltando una exclamación de placer. Encendió la televisión y se dispuso a pasar los canales hasta encontrar algo de su agrado. Un sorbo del vaso le hizo recordar porque le gustaba tanto su vida y cuanto le costó conseguir lo que ahora poseía. Pero lo único que hacía pensando en lo duro que trabajaba era no recordar su última misión. Trataba de evitar preocuparse por ello, no obstante, seguía cabreado consigo mismo. En su larga carrera, jamás falló un trabajo que, como tantos, parecía tan sencillo. Tan solo tenía que matar a ese estúpido demonio con la daga bendecida. Tan relativamente sencillo como el que mata a un conejo para comer. Pero no solo se le escapó sino que para más inri, le hirió en el hombro izquierdo. Se lo miró con un gesto desagradable y maldijo el cabestrillo que lo sujetaba. Aquel trozo de tela le prohibía tener libertad de movimiento, algo que detestaba. Y le urgía recuperarse para poder terminar lo que empezó, porque no estaba dispuesto a permitir que algo tan insignificante como aquella niña le ganara una batalla. Por ello estaba preparando un plan para buscarla y perseguirla. Y cuando llegase el momento adecuado, la mataría. Sonrió al pensar en ello. Sí, claro que la mataría, pero antes escucharía de nuevo suplicar por su vida. Una carcajada silenciosa se vio interrumpida cuando prestó atención al noticiario internacional.

En el informativo aparecía un grupo de policías y una ambulancia en los alrededores del bosque de Iver South. Estaban ocupados en tapar el cuerpo de alguien con una sábana blanca mientras la cámara del reportero cerraba el zoom para hacer un plano más cerrado.

—...Por lo que se ha podido comprobar, el cadáver es el de una niña de aproximadamente trece años. Fue encontrada con la ropa desgarrada y varias partes de su cuerpo habían sido desmembradas. El forense ha declarado que se debe al ataque de un animal del bosque. Algo que nos ha dejado notablemente consternados ha sido enterarnos de que la víctima llevaba días viviendo en el bosque y que su cuerpo mostraba heridas y marcas de forcejeo antes de fallecer. Se ha encontrado una especie de refugio hecho con ramas de árboles cerca del cadáver y restos de raíces que posiblemente usaba para mantenerse alimentada. La policía trabaja para descubrir qué es lo que hacía una niña viviendo en un bosque, a la intemperie, con los peligros que viven en Iver South. No se ha podido reconocer la identidad de la víctima. Puesto que no hay indicios de que se haya denunciado su desaparición, el cuerpo de la adolescente ha sido incinerado y los miembros de la policía que se encargan de este caso han asegurado que no cesarán de buscar a los tutores legales para que expliquen por qué habitaba en el bosque como un animal salvaje más.

Chester sujetó el vaso con la mano herida y se cubrió la cara con la otra. La ira le

dominaba por segundos y sintió la necesidad de gritar. Con un puntapié lanzó la mesita de café en dirección a la televisión, pero falló. Se puso de pie y comenzó a respirar con fuerza. Era imposible que Jeriel hubiese muerto. ¡No podía ser! Él siempre terminaba su trabajo, de una forma u otra, pero lo hacía. Y ahora no podría hacerlo porque los animales del bosque se la habían comido. Se quedó pensativo, tratando de buscar una solución a su fracaso. Sin embargo no podía hacerlo; la escena del cadáver le revolvía por dentro y le exasperó más aún.

— ¡Hija de puta! —Gritó—. ¡Hija de puta!

Los movimientos bruscos le estaban haciendo daño y se llevó una mano al brazo herido, calmándose. Enfadándose no iba a conseguir nada. Se acercó al teléfono con prisa y decidió llamar a Joseph y Angélica.

Los soldados entrenaban sin queja alguna bajo el escaso calor de un sol canadiense, aguantando los gritos de sus entrenadores y sufriendo cómo el sudor pegaba sus ropas a la piel. El verano estaba resultando más caluroso de lo habitual en la base militar de Greensay; ni siquiera los escasos pajarillos que se posaban en las ramas de los árboles parecían soportarlo y volaban hacia los aspersores cuando regaban el jardín, para poder beber algunas gotas de agua fresca.

Observaba desde mi ventana cómo se preparaban los soldados y me pregunté si también tendría que hacer ejercicios tan duros como los que estaban llevando a cabo. Los cambios que habían transcurrido en mi vida el último mes eran de tal extremo que me provocaba vértigo. Seguramente, si me paraba a reflexionar sobre ello acabaría comprendiendo que entrar en la base fue un error, pero estaba segura de que algo bueno iba a conseguir a cambio, después del trato que hice con el General. Aunque era consciente de que la desesperación de no estar sola y tener un hogar donde dormir me llevó allí.

Unos pasos llamaron mi atención, distrayéndome de mis pensamientos. Al escuchar que alguien se acercaba a la habitación, me puse nerviosa. Crucé los brazos y esperé de pie, delante de la ventana.

Tres mujeres, a cada cual más diferente, entraron en la alcoba; y todas se quedaron mirándome con sorpresa.

—Amanda, ¿desde cuándo traes a tu hija a la base? —Preguntó una de ellas mientras masticaba chicle sin elegancia alguna.

— ¡Por Dios! Yo no podría tener una hija tan delgada. Oye, niña, ¿te dan de comer? —Preguntó una segunda.

—Pero, ¿de dónde ha salido ésta?

—Pregunta fácil con respuesta difícil —susurré—. Bastará con deciros que soy la cuarta inquilina de esta habitación.

Caminé hasta la litera para recoger mi ropa y la carpeta con la información que Shaper me entregó, pero la pierna de una de ellas me impidió el paso al apoyar el pie sobre la cama.

—No —dijo la que masticaba chicle—. No te dejaré pasar hasta que no me digas que coño hace una cría en la base.

—Mira, he tenido un día difícil y lo que menos me apetece es dar explicaciones de por qué estoy aquí; si quieres saberlo habla con el Teniente Johnson o con el General Shaper.

— ¿Para qué preguntar a nadie si estás tú? Venga, contesta.

Un vistazo rápido hacia esa mujer me hizo comprender que lo mejor era entablar conversación si quería empezar con buen pie. Volví a cruzarme de brazos y me apoyé sobre la litera.

—Muy bien. De dónde vengo no os lo puedo decir porque aún no me he leído mi nueva identidad, pero sí puedo deciros que si me la han dado es porque alguien muy peligroso me persigue. Qué hago aquí es una pregunta bastante absurda puesto que la respuesta es: lo mismo que tú. La única diferencia que nos marca es que el gobierno

creo que tengo... como lo llamaron...—me quedé pensativa unos instantes— ¡Ah, sí! “cualidades especiales”. Cualidades que ni tú ni nadie aquí tenéis; y por ellas estoy aquí. ¿Alguna pregunta más o puedo sentarme en mi cama?

— ¡Pues claro que tengo más preguntas, enana! —Exclamó la mujer del chicle en tanto me miraba con desagrado—. A ver, —meneó las manos para animarme a hablar— ¿qué cualidades son esas?

—Inteligencia. Agilidad. Y la tercera no es asunto vuestro. ¿Algo más?

—Vaya sarta de mentiras. Pero si eres un saco de huesos.

—He contestado y lo justo es que tú cumplas con tu parte. Así que, déjame pasar.

La mujer del chicle me echó un repaso de arriba abajo sin dejar de masticar pero al final acabó dejándome pasar.

—Tu litera es la de arriba, las demás están pilladas.

Con esa advertencia, recogí mis cosas y subí por la escalera. Al tocar el colchón me di cuenta de que mi nuevo lugar para dormir no era cómodo precisamente; se hundía demasiado con el peso del cuerpo. Aunque era mejor que el lecho en el que dormía en Asturias. Me senté con la espalda apoyada sobre la pared y abrí la carpeta para comenzar leer de mi nueva vida. En el expediente médico decía que era alérgica al marisco, cosa incierta; hice una mueca al ver cuántas molestias se habían tomado por inventar mi nueva identidad.

—Eh...

Aparté la mirada de la lectura y encontré a la mujer del chicle mirándome.

— ¿Qué nombre pone en tu nueva identidad?

Aquella pregunta me sonó más bien a presentación oficial y con una sonrisa infantil me acerqué gateando hasta ella.

—Jeriel Cam...Jorden. Jeriel Jorden. —Extendí la mano para saludarla.

—Tienes un nombre bonito —respondió a mi saludo estrechando la mano con firmeza—. Yo soy Carla Witter, pero has de llamarme Witter porque no soporto mi nombre. Y estas dos son Rita y Amanda Parker. Son hermanas.

La mujer que apretaba mi mano era impactante. Tenía el pelo negro, bastante corto y de punta; llevaba un pañuelo rojo alrededor de la cabeza, al estilo Rambo, y su cuerpo estaba marcado por unos grandes músculos. Su metro setenta y su envergadura le daba un aspecto hombruno e impresionante.

Sin embargo, Rita Parker era alta y delgada; también tenía un cuerpo musculoso pero no tan llamativo como Carla, y tenía tendencia a ir encorvada. Su cara larga y huesuda le daba un aspecto cómico al parecerse a un caballo. Su pelo era rubio, largo hasta mitad de la espalda y muy fosco, que escondía en una coleta. Miré sus pechos y me sorprendí al ver allí no había nada.

Su hermana, Amanda, era todo lo contrario. Sus grandes pechos era lo que más llamaba la atención de su cuerpo. Ancha de espaldas y diez centímetros más alta que Carla, le hacía tener un cierto parecido al armario que teníamos en la habitación.

Tras ser presentadas, volví a mi carpeta sin hacer caso a la conversación que mantenían mis nuevas compañeras. En el informe no explicaban las pruebas por las que tuve que pasar antes de ingresar en la base. Supuse que esa información era alto secreto. Separé la vista de la carpeta y miré a un punto muerto mientras pensaba. Los científicos que realizaron las pruebas sabían de mi cicatrización, pero lo que jamás les

conté era que a medida que crecía ésta era más rápida. Me pregunté qué ocurriría cuando fuese adulta y me hiciese una herida. ¿Sería instantáneo? Fruncí el ceño al ocurrírseme algo más interesante. ¿Y la muerte? ¿También sería inmune a ella? ¿O de lo contrario era como todo ser humano? No conocer el límite de mi capacidad para cicatrizar; me ponía nerviosa, especialmente por desconocer si podía exponerme al peligro sin miedo a morir. Debía averiguar todo eso para controlar mejor mis habilidades, porque cuando estuviese debidamente entrenada, me prepararía para llevar a cabo mi mayor deseo: vengarme.

Nicolas me encontró dormida en la litera, con el informe sobre el regazo. Acercó sus manos hacia la carpeta y la retiró con cuidado para no despertarme. Abrí los ojos algo alterada tras sentir el movimiento pero suspiré tranquila al ver que se trataba de él.

— ¿Qué pasa, Nick? —me senté sobre el borde de la cama, desperezándome.

—Son las siete. Hora de cenar.

— ¿Tan pronto? En España cenamos más tarde.

—Pero esto no es España —trató de hacerme entender—. Así que, a cenar. Y luego tendrás que meterte en la cama. Mañana te levantas a las cinco para comenzar tu entrenamiento.

—Como para olvidarlo.

— ¿No estás emocionada? —Preguntó con sarcasmo—. Si estabas deseando comenzar.

Le miré de reojo mientras bajaba por la escalera. Nick se sintió obligado a preguntar qué me pasaba.

—Que no me parece ni medio normal que me digáis qué vais a tratarme como un adulto y resulta que me mandáis a la cama prontito, como a los niños buenos. Para unas cosas si soy una niña, ¿no?

—Te equivocas —sonrió con tristeza—. Aquí nos acostamos todos temprano. No eres la única que se levanta a las cinco.

Le observé a medida que caminábamos por los pasillos en dirección al comedor. No entendía por qué la gente madrugaba si ya estaban entrenados. Bajamos la escalera para llegar al piso bajo y en el camino Nick saludó a unos cuantos soldados. La gente nos miraba con extrañeza; aparte de preguntarse qué era lo que hacía una menor en la base, seguramente no entendían por qué Nick trabajaba de niñera.

Al entrar al comedor, abrí los ojos con sorpresa. Cuando estuve comiendo con Shaper, al visitar la base por primera vez, fue en una sala privada; nada que ver con lo que tenía delante. Más de dos centenares de personas caminaban hasta los mostradores para coger su cena. Otros charlaban calmadamente mientras comían. Pude contar unas veinte hileras de mesas alargadas con sus respectivas sillas. En el fondo de la gran sala había varios mostradores y detrás de estos, los cocineros —que no eran otros sino también soldados— metían prisa a la fila para que dejaran paso una vez llena la bandeja.

La decoración del lugar era tan sencilla que le daba aspecto vacío y carente de vida. Las paredes estaban pintadas de un suave color vainilla y los suelos eran blancos, algo sucios por tantas pisadas.

Nick me indicó con un gesto que le siguiera y con dificultad conseguimos llegar a la fila para coger la cena. No conseguía acostumbrarme a las miradas curiosas de tantos soldados, que lograron ponerme a la defensiva. Mis ojos se clavaron en el rostro de uno de ellos y me estremecí. Anteriormente le pude ver con esa misma mirada en los pasillos cuando Joke me acompañó hasta mi habitación. Su rostro era ancho y cuadrado; su piel clara estaba dañada por largas horas bajo el sol. Llevaba el pelo

rubio platino, cortado a raso. Aunque estaba sentado, pude ver la gran corpulencia que se veía escondida tras una camiseta de tirantes anchos. Aquel hombre tenía algo que me causaba temor y me despertaba el instinto de supervivencia. Bajé la mirada y avancé en la fila para llenar la bandeja. Cuando me tocó el turno, el cocinero rellenó el recipiente de coliflor, puré de patata, ensalada, una naranja y una botella de agua. Una vez servidos cruzamos la zona para buscar donde sentarnos; hasta que Nick divisó a Joke y el resto de sus compañeros. Al dirigirnos hacia allí, giré el cuello para no perder de vista al soldado rubio y vi cómo se levantaba de su asiento en dirección hacia mí. Un gesto de alarma nació en mi rostro y pensé en avisar a Nick para que me protegiera; sin embargo, recordé lo que me dijo, que debía protegerme yo misma o de lo contrario me tomarían por un ser débil y me machacarían mucho más. Seguí caminando sin dejar de percibir cada movimiento y a esperas de poder defenderme.

Joke, Darkness y Grace nos saludaron con la mano a medida que avanzábamos. Charlaban entre risas mientras disfrutaban de su cena. Pero el rostro de Joke se alertó al ver como varios soldados se colocaban detrás de mí y el más grande se abalanzaba como un depredador.

— ¡Jeriel, no! —Le oí gritar a la vez que se ponía de pie.

Apenas pudimos responder al grito de alarma cuando sentí como un brazo me apresaba alrededor del torso y alguien me estampaba la bandeja sobre la cara. Muchos de los presentes imitaron a Joke poniéndose de pie para poder ver mejor la escena. Algunos se rieron de la situación.

Traté de quitarme el puré y la bechamel que tenía por todo el rostro pero no me dio tiempo y sentí un fuerte empujón en la espalda que me derribó al suelo. La gente se rio más y de pronto la sala se llenó de carcajadas.

— ¡Maldita sea! —Escuché rugir a Nick—. ¡Soldado, apártese de ella! ¡Es una orden!

Pero el soldado rubio no hizo caso. Al contrario, no apartó la mirada de mí, tirada en el suelo, humillada y con el rostro enrabiado.

— ¡Le he dicho que se aparte! —Nick se vio obligado a empujar a la gente que hacía corrillo y pronto el ambiente se caldeó—. ¡Que nadie se atreva a tocarla!

Miré a mi agresor con un gesto de odio. En ese preciso momento pude verle en todo su esplendor. Tal vez media más de metro noventa. Tenía el cuello muy ancho y rosado, y sus músculos eran inmensos. Sus ojos... aquella mirada me estaba retando a levantarme y enfrentarme a él. ¿Por qué? Tenía todas las de ganar. ¿O no?

El hombre se acercó un paso hacia mí, indicándome con un dedo.

— ¡No queremos débiles en este lugar! —exclamó con una voz fuerte.

La gente continuó azuzándonos a ambos para que hubiese pelea. ¿Por qué? Volví a preguntarme. ¿Un mastodonte contra una adolescente? ¿Querían ver cómo me partía en dos? Todos cantaban al unísono el apodo del soldado, que no tardó en dar una vuelta sobre sí mismo con chulería, animando con las manos a que la gente gritara más su nombre.

No pensé que la broma que me gastarían por ser novata iba a ser tan humillante, pero allí estaba, tirada en el suelo, y con el pelo y la cara impregnada de comida. Volví a sentirme en Asturias, con mis padres rodeándome y esperando a que me levantara para recibir más golpes. Si estaba allí era porque deseaba que mi vida cambiase para

mejor; no para ser el hazmerreír de nuevos aspirantes. Comencé a respirar deprisa, llevada por la ira de ver como todo el mundo se carcajeaba a mi costa. Humillada... ¡Dios! Humillada otra vez. Creo que nadie se dio cuenta de que la estancia y las paredes temblaban; los cristales de las ventanas retumbaban. Fue Nicolas el único que comprendió lo que estaba a punto de ocurrir, mirando a todas partes, sin entender hasta qué punto era peligroso.

El estrepitoso sonido se mezcló con los vítores y aplausos de la gente. Miré a mi alrededor buscando algo con lo que poder defenderme. El odio y la cólera crecieron, y clavé la mirada en una de las sillas. Levanté la mano con los dedos abiertos y la eché hacia atrás con un movimiento rápido. La silla se levantó del suelo y con rapidez salió disparada hacia mi mano, cogiéndola a tiempo antes de que me golpeará con ella.

— ¡¡Jeriel, no!! —Bramó Nick, callando las voces de todos.

Le oí pero no le hice caso. Embestí al soldado con la silla sin escrúpulo alguno, escuchando como algo crujía. Los soldados más cercanos saltaron hacia atrás al escuchar el impacto. Volví a golpearle de nuevo, y otra vez, y otra, sin escuchar las exclamaciones de todo el mundo. A cada golpe que le daba sentía que mi fuerza aumentaba, y la cólera con ella. Le sacudí en la espalda, en las piernas, escuchando como chascaba algún hueso. La silla se rompió y tan solo quedó el esqueleto metálico de ésta; pero eso no me paró y continué golpeando y golpeando con un gesto de frenesí en el rostro. Hasta que me cansé de atizarle y con un grito de rabia tiré los restos de la silla al suelo.

Se hizo un silencio en el comedor, los cocineros mantenían sus bocas abiertas por lo que acababan de presenciar. El resto de los reclutas hicieron lo mismo y los que se subieron a las mesas para ver mejor la pelea permanecían quietos, sin comprender lo que acababa de suceder.

Yo jadeaba con fuerza, mi rostro tenía un color escarlata por el esfuerzo y mis nudillos estaban blancos y tirantes por la fuerza acumulada. Al levantar la vista hacia los presentes comprobé que no había un alma que no me observase; me deleitó. ¡Estaba pletórica! Pasé los dedos por la frente para quitarme restos de puré y sacudí la mano para deshacerme de ello.

—Hacer caso a este tío —dije con el semblante serio—. No queremos débiles en este lugar —hice una pequeña pausa y después continué—. Y si uno solo de vosotros se atreve a ponerme las manos encima, acabará como él —indicé con un dedo al soldado, que permanecía semiconsciente, para conseguir más carga emotiva a mi éxito.

El bullicio volvió a la sala cuando varias personas entraron al comedor silbando con pitos, disponiéndose a poner orden; se sorprendieron al ver que nadie se movía y que todo el mundo miraba a la misma persona. Corrieron hasta mí y me tiraron al suelo, estirándome los brazos hacia atrás y esposando mis muñecas. Me resistí, pero no pude evitar ser detenida. Desde donde me encontraba, en el suelo y boca abajo, dirigí mis ojos hacia Nick. Éste apretaba la mandíbula y no se le veían intenciones de ayudarme.

Me levantaron del suelo de un tirón y me llevaron a empujones mientras trataba de zafarme de ellos. Al salir del comedor, vi al General Shaper, con el mismo semblante que Nick. Le vi hacer un gesto de aprobación y los soldados que me llevaban arrestada me empujaron de nuevo para que caminara.

—Llevadla a mi despacho. —Ordenó Shaper.

Me sacaron del comedor a empujones y me llevaron por los pasillos con los que ya comenzaba a familiarizarme. Seguimos por una zona que desconocía por completo y, tras un último pasillo de aquel inmenso laberinto, llegamos al final del todo, donde nos esperaba una puerta de roble maciza. No pasamos hasta que nos dieron permiso. Al entrar, el olor a jazmines —conocido para mí en aquella estancia— me llenó los pulmones. Estábamos en el despacho del General Shaper. Pude ver de nuevo la foto que tenía de sus nietos en un marco sobre el escritorio. Al igual que los muebles, con un gusto exquisito y todos del mismo color. Varias lámparas de pared daban luz, entregando una belleza que se juntaba con la de los jazmines que permanecían en un jarrón indianés. Le encontré sentado detrás de su escritorio y pude notar que su rostro no tenía nada que ver con el hombre que me trató anteriormente.

—Soldado, me han informado de que ha iniciado una pelea en el comedor.

— ¿Informado? ¡Pero si ha sido usted quien ha mandado que me esposen! — repuse enfadada.

— ¡Silencio! ¡Muestre más respeto a un superior! —me gritó Shaper.

Confusa, eché el cuello hacia atrás. No entendía porque de pronto me trataba así. Siempre fue agradable conmigo, aunque ambos supiéramos que solo era una mera formalidad para conseguir cuanto deseaba.

—Lo siento, señor —me disculpé, avergonzada.

— ¿Qué es lo que ha ocurrido? —me preguntó con un tono exasperado.

—Pues...

¿Y qué iba a decir? ¿Qué la base estaba repleta de gente con prejuicios? ¿Qué nada más llegar comenzaron a meterse conmigo y no pararon hasta que me calentaron de verdad? ¿Qué no pude controlar mi carácter? No podía manifestar semejante actitud infantil. Debía adelantarme a él con mis palabras para que la reprimenda no fuese muy grande.

—Señor, un grupo de soldados me atacaron sin previo aviso y tuve que defenderme —dije con una voz firme.

— ¿Defenderse? —Su mirada escrupulosa se clavó en mí y me sentí más extrañada por ser tratada de “usted”—. ¡Casi le mata! ¡Puede que Dooger se pase meses en el hospital! —continuó gritándome. Y ciertamente no me importaba lo que dijo. Apenas me sentía culpable de lo ocurrido—. ¿A eso lo llama defenderse? ¿De dónde ha sacado semejante fuerza? ¿Por qué tiene usted tanta fuerza?— dio un golpe sobre el escritorio para imponer más.

—Supongo que viene con el resto del paquete, señor. —No pude reprimir mis impulsos y acabé metiendo la pata. Él caminó hacia mí con rabia; vacilé un instante y di un paso hacia atrás para no ser atropellada por Shaper.

— ¿Me viene de listilla, Jorden? —me preguntó a tres centímetros escasos de mi rostro.

—No, señor... ha sido una desfachatez por mi parte.

— ¡Conteste! ¿Qué le hicieron?

—Señor, yase lo he dicho. —Desde luego no pensaba decirle que sentí satisfacción

al golpear a semejante gigante y ganar. Aquello me lo guardé—. Ese soldado me tiró al suelo sin razón alguna después de rebozarme por la cara mi propia comida. —Al ver el semblante de impaciencia y de absoluta incompreensión de “mi superior”, me vi obligada a mostrarme fuerte e inalterable—. Señor... no he entrado aquí solo para ser entrenada, sino también para tener una vida mejor a la que tenía. Y no pienso tolerar que nadie me utilice nuevamente como saco de boxeo, porque para eso me vuelvo con mi familia.

El General Shaper clavó sus ojos verdes en los míos y esperé algunos gritos más.

—Con que esas tenemos, ¿no? Muy bien. —Mostró un gesto malicioso—. Me da la sensación de que va a tener que aprender a base de disciplina —dirigió su mirada a los soldados, que esperaban de pie, para darles ordenes—. Que pase tres días en El Agujero con una sola comida al día.

— ¿Qué? —dije sorprendida—. ¿El Agujero? ¿Qué coño es eso?

—Lo sabrá cuando lo vea.

— ¡Eh, eh, eh! Señor, le prometo que pediré disculpas. Pero no me meta en ningún lugar, por favor. Solo me defendía.

— ¿Disculpas? —Se dio la vuelta hacia mí y me mostró una sonrisa cínica—. Esto es una base militar y aquí se solucionan las cosas con disciplina. Puede ahorrarse sus disculpas. —De nuevo miró a los soldados que me custodiaban y se dirigió a ellos—. Llévensela.

Me sacaron del despacho para rehacer el camino andado y cuando llegamos de nuevo a la bifurcación que daba al comedor, vi salir de allí a Nick y el resto de amigos. Sus rostros estaban expectantes cuando nos vieron seguir por el pasillo en vez de parar; continué caminando sin mediar palabra con mis carceleros. Las esposas empezaban a abrasar mi piel por el roce y me vi obligada a caminar sin oponer resistencia para que tirasen menos. Me indicaron que parase, frente a una especie de compuerta que me recordó a las de los submarinos y cuando la abrieron me dijeron que entrara. La primera impresión que tuve al ver lo que tenía frente a mí, fue la de estar a punto de bajar a un sótano. Una bombilla colgando del techo me dejó apreciar unas escaleras que bajaban y después un rellano, pero poco más. Por instinto miré a Nick para intentar averiguar en su rostro donde delante me llevaban. Lo que pude observar fue compasión hacia mí y supe que nada bueno me esperaba ahí abajo.

—Vamos —uno de los soldados me dio un empujoncito para que bajase las escaleras.

Intenté apartar de mi cabeza las imágenes del sótano donde mis padres me encerraban durante días y puse un pie en el primer escalón. Al menos en este había algo de luz, aunque no fuese mucha. Reuní algo de valor y bajé por las escaleras, custodiada por los hombres. Escuché cómo la puerta se cerraba detrás de nosotros. Al llegar al rellano descubrí que no terminaba ahí. Había un pasillo con paredes de cemento. Mi piel sintió el frío y la humedad de aquel lugar, erizándola. Tras caminar unos segundos, el pasillo nos obligó a girar hacia la derecha. Volví a sentir una quemazón a causa de las esposas y me pregunté para qué me las pusieron, si en este lugar no podía escapar.

El eco que producían nuestros pasos me ayudó a distraerme y no pensar tanto hacia dónde me llevaban. Pero entonces, como si aquel lugar hubiese leído mi mente, me

dejó ver la respuesta a esos pensamientos que intentaba evitar tener. Divisé varias puertas metálicas en las paredes, cada una era una cárcel. Todas tenían dos agujeros de un tamaño medio, uno arriba y otro en el medio. Menos la última cárcel, de frente a nosotros. La dimensión de su puerta era más pequeña en comparación y supe que aquello era un zulo.

Uno de los soldados se adelantó y pude ver con pavor como abría aquella puerta con unas llaves. La simple idea de verme allí encerrada me cortó la respiración y no tardé en temblar de puro miedo, hasta que el otro hombre me agarró de un brazo y trató de meterme.

— ¿Qué? No, no. Metedme en una de las otras —supliqué—. ¡No, no, no! ¡Ahí no, por favor!

Me arrastraron en contra de mi voluntad pero luché cuanto pude para evitar semejante locura. Me di la vuelta y traté de escabullirme por el lado derecho, sin embargo, me agarraron de ambos brazos y siguieron empujando. Aquella puerta pequeña se me antojaba como la boca de un tiburón, a punto de devorarme. Comencé a gritar y rebelarme, sacudiendo mi cuerpo para zafarme de sus manos. Uno de ellos me agarró de los pies, levantándome en vilo. Al verme atrapada como una rata en una trampa, con las manos esposadas a la espalda y decenas de plegarias en mi mente, grité cuanto mis pulmones me permitieron, escuchando cómo el eco de aquel sitio lo aumentaba exageradamente. Me revolví desesperada y liberé uno de mis pies, dándole una patada a mi opresor y lanzándole contra uno de los rincones. Si bien conseguí poner de nuevo los pies sobre la tierra el otro no dejó que me escabuliese y cuando su compañero se acercó de nuevo, me quitaron las esposas y me lanzaron brutalmente dentro del agujero. Mi cuerpo colisionó en el acto con la pared, dejándome claro que el zulo era diminuto. La puerta se cerró, creándome una oscuridad completa, y escuché como cerraban con llave.

— ¡Por favor, sacadme de aquí! —grité aporreando la puerta sin parar—. ¡Dejadme salir! —Oí como sus pasos se alejaban y grité por mi auxilio con más fuerza—. ¡No, por favor! ¡No os vayáis, dejadme salir!

A lo lejos se oyó el sonido de una puerta cerrarse y supe que me habían abandonado. El silencio que mis oídos percibieron después me llenó el cuerpo de puro terror y la claustrofobia no me permitió quedarme quieta. Palpé de prisa todas las paredes, tal vez buscando una salida o para asegurarme bien de las dimensiones del zulo. El Agujero. Era considerablemente pequeño. Tal vez mediría un metro de altura. Pero lo que me aterraba era su ancho. Apenas podía moverme y pensé como lo pasaría una persona adulta en ese lugar. Ni siquiera mis padres fueron tan sádicos cuando me encerraban en el sótano. Mi cabeza se llenó de recuerdos en aquel zulo, de cómo me tuvieron encerrada hasta dos meses; las infecciones que cogí y de la soledad que sentía. Y ahora volvía a estar en uno. Me pregunté si mi vida, por mucho que quisiera mejorarla, estaba destinada a este tipo de cosas. Cuando conocí a Nick pensé que viviría mejor pero estaba comprobando que solo había empeorado. Me llené de rabia por tanta injusticia hacia mi persona y golpeé la puerta metálica con fuerza, molestándome el ruido al colisionar con ella. Apoyé la espalda sobre ésta y flexioné las piernas para abrazarme a ellas. Descansé la cabeza sobre el portón y permití que dos lágrimas rodaran por mis mejillas. El llanto surgió en seguida y esta vez dejé salir

todo lo que llevaba guardando desde hacía tiempo.

Mi lamento me llevó a pensar en Marcos y en su ausencia. Durante tres años le mantuve prácticamente lejos de mis pensamientos; pero en esa soledad que me invadía, tuve la debilidad de dejarle entrar para que me acompañase. Recordé los grandes momentos que viví junto a él; en el embarcadero, cuando huíamos después de una gran discusión con mis padres, y nos lanzábamos al agua, permaneciendo sumergidos hasta que el oxígeno de nuestros pulmones se terminaba. Así tratábamos de evadirnos de tantos problemas, pero cuando emergíamos, seguían allí, rompiendo el hechizo que nosotros mismos inventábamos.

Vencida por mis miedos, por la melancolía y la rabia, me tumbé en el suelo y lloré lo que no hice desde que él se marchó.

—Marcos... —le llamé entre sollozos—. Marcos...

Minutos después, cansada de llorar, sentí que el sueño me invadía y me dejé llevar por él hasta que me meció lentamente, callando mi mente y mi garganta. Y me dormí.

Tuve un sueño diferente a todos. Me encontraba tumbada en una hamaca, en medio de un jardín muy grande, repleto de árboles y plantas con flores; meciéndome bajo el sol. Una brisa de verano oscilaba mis cabellos, desbordándose por los laterales de la hamaca. Desde allí podía ver diversos juguetes infantiles, aparcados sin uso alguno. Los gritos joviales de alguien me llegaron desde la derecha y al mirar encontré dos adolescentes de la misma edad riendo a carcajadas. Uno de ellos corría a los brazos de una mujer. Su sonrisa me dijo que era una persona muy feliz. Con el chico dándole un abrazo, le besó en la mejilla y le susurró al oído con cariño. Entonces, sus ojos se encontraron con los míos y su semblante cambió para mostrarme una inmensa ternura en sus ojos. La mujer de mi sueño se levantó y dejó a un lado a los dos adolescentes para caminar hasta donde me encontraba. A medida que lo hacía pude ver mejor los rasgos de su cara. Su pelo era castaño oscuro y le caía por encima de los hombros; en sus facciones varias arrugas alrededor de los ojos me demostraron el sufrimiento por el que estaba pasando, y sin embargo no le quitaban el atractivo que tenía. Su cuerpo era delgado y vestía con unos pantalones rectos, de color beige, con una chaqueta entallada a juego que acentuaba el precioso color ambarino de sus ojos. Cuando llegó hasta mí me acarició la mejilla con la misma ternura con la que me miró. Y entonces, en mi sueño, me vi a mí misma tumbada. Pero ya no tenía trece años sino que era una mujer. Mi cuerpo aún era muy joven pero con curvas bien formadas. Mis rasgos habían madurado. Iba vestida con un sencillo vestido de estampados florales. Me sorprendí a mí misma devolviéndole la caricia a aquella mujer desconocida, y pude notar que profesaba cariño hacia ella. La mujer posó su mano sobre la mía y me habló:

—*Te estoy esperando, hija mía.*

No supe el porqué, pero comencé a llorar con emoción y asentí a sus palabras. De pronto, y sin poder hacer nada por evitarlo, todo comenzó a desvanecerse a mí alrededor mientras yo extendía una mano para evitar que aquella mujer se marchara.

—*¡Madre! ¡Mamaaaaaaaaa!* —grité antes de perder aquella visión.

Cuando desperté sentí mi rostro mojado y descubrí que estaba llorando. Me sequé las lágrimas y me senté con la espalda apoyada sobre la pared, recordando que me habían encerrado en un zulo.

La soledad y la inmensa oscuridad del zulo me permitieron pensar en lo soñado. Estaba aturdida. ¿Por qué tuve ese sueño? ¿A quién estaba llamando como mi madre? Su rostro se me reveló de forma tan detallada que supe que no era el de Angélica. Además, mi madre nunca me hubiese tratado con cariño.

Fijé la vista hacia una pared que no podía ver por la oscuridad y entrelacé los dedos de las manos; suspiré con la sensación de estar más sola que nunca. Sin saber que hacer allí encerrada, esperé a que pasaran las horas.

Pero el tiempo no parecía transcurrir.

Mi cuerpo comenzaba a entumecerse y por más que intentaba cambiar de postura, las dimensiones del agujero no me permitían estar mínimamente cómoda. Claro, para eso estaba. Los pensamientos se agolpaban en mi cabeza sin orden alguno. Pensé en Nick y su sorpresa al ser llevada por aquella compuerta. Estoy segura de que sabía dónde iban a meterme. Me pregunté qué habría hecho después, una vez encerrada aunque no dudé un solo instante en que hablaría con el General para intentar sacarme de allí.

Una luz atravesó las rejillas de la pequeña escotilla que había en la puerta y mis ojos ardieron al haberme acostumbrado a la oscuridad. Intenté ver por ésta qué ocurría ahí fuera cuando escuche pasos que se acercaban. Un ruido seco hizo que me echara hacia atrás y vi como la escotilla se abría. La luz se derramó en el zulo, permitiéndome ver con claridad en qué lugar me habían metido. Resultaba más pequeño de lo que mi primera impresión me dejó percibir, hundiendo un poco más mi moral.

—Cógelo —escuché decir a alguien. Al mirar hacia la puerta vi como introducía un plato en el pequeño agujero y lo movía con cuidado para llamar mi atención.

Mi estómago rugió de pronto al ver aquel plato de metal y me lancé sobre él como un lince sobre su presa. Tal era mi hambre que, en la locura que comencé a sufrir, mis ojos vieron un buen estofado de carne; sin embargo, el sabor de aquella masa pastosa me devolvió a la realidad para saborear otra cosa sino puré de lentejas. Al menos a eso sabía.

El soldado se dispuso a cerrar la ventanilla pero fui rápida y evité que lo hiciese, parándolo con la mano.

— ¡Espera, espera! ¿Me dejas que vaya al baño? Me estoy orinando.

—Mea en el zulo —su voz sonó llena de resentimiento, como si yo le hubiese hecho algo.

Aparté deprisa los dedos de la escotilla antes de que me los pillara al cerrarla. El trato que se me estaba ofreciendo era espeluznante y dejé el plato sobre el suelo para replicar al soldado.

— ¡No pienso mear aquí! —Grité con fuerza, haciendo que mi voz resonara por toda la estancia—. ¡Es inhumano!

—Pues méate encima —le escuché decir a lo lejos. Volvió a sonar la puerta de entrada y cuando salió de allí lo hizo con un portazo.

Me dejé caer hacia un lado, malhumorada, y prometí mil formas de matarles a todos de pura rabia, pero mientras estuviese allí metida tendría que buscar la forma de hacer que pasara el tiempo más deprisa. Cogí el plato y comencé a comer con los dedos, aguantando el asco que me estaba dando aquella masa. Reí sarcásticamente al acordarme de mis temporadas encerrada en el sótano de la casa y que la forma de alimentarme era exactamente la misma. Tratada como un perro.

Cuando terminé de comer aquella bazofia dejé el plato en un rincón, a los pies, y me tumbé en posición fetal para intentar dormirme. Era la única forma de ignorar al tiempo. Puesto que no tenía nada más que hacer salvo pensar, decidí jugar con la idea

de vengarme de mis padres y aquello me ayudó a dormir profundamente.

La luz volvió a despertarme junto con el ruido seco al abrir la pequeña escotilla, con un plato asomando por ella. Me cubrí los ojos con las manos para evitar el escozor y giré la cabeza para que la luz dejara de darme en la cara.

—Eh, coge el plato —me dijo el soldado.

Mi cuerpo estaba terriblemente dolorido por haber dormido durante veinticuatro horas seguidas; los brazos y las piernas apenas me respondían, por lo que decidí no coger el plato. Pero el soldado lo aporreó contra la puerta metálica para captar mi atención y recogerlo. No me moví.

—¿Eh? ¿Sigues viva?

—Déjame en paz —susurré con desaliento.

Escuché como tiraba el plato dentro del zulo y cerraba la ventanilla, tras lo cual se marchó. Permanecí quieta y somnolienta, sin hacer caso a la comida y traté de dormir de nuevo; sin embargo, su olor despertó a mi estómago y decidí comer aunque fuese un poco. Al llevar la mano al plato comprobé que el contenido se había derramado en el suelo y maldije en voz baja. Mi mente y dignidad se negaban a comer del suelo pero mi estómago era el que mandaba en ese momento; por lo que me enderecé y recogí algo del alimento. Comí. Nuevamente una masa sin sabor alguno era lo que se me ofrecía. Continué masticando lo que fuese que estaba comiendo sin darme cuenta de lo humillada que estaba siendo. Cuando terminé volví a girarme, dando la espalda a la puerta y me recosté.

Las horas allí encerrada estaban dando su resultado cuando escuché la voz de mi hermano llamarme en susurros. Me decía que todo estaba bien, que él me protegería. Evité escucharle, era consciente de que comenzaba a alucinar. Traté de apartar su voz haciendo aspavientos con la mano, sin embargo, continuó allí martirizando mi corazón. Así que traté de imaginarme en otro lugar para evitarle y ayudar al tiempo a que pasara más deprisa.

Mi mente recreó el pico de una montaña, vestida de blanco a causa de la nieve, y en el precipicio me encontraba yo, luciendo un vestido que se confundía con su color. Mi pelo se veía embellecido con flores diminutas azul turquesa y mi semblante era el de una persona llena de paz. Extendí los brazos en cruz, sintiendo como la libertad se escapaba por todos los poros de mi piel, y con decisión dejé que el peso de mi cuerpo cediera lentamente hacia delante, precipitándome al vacío con gran velocidad. Mi cuerpo dejó de pesar entre tanto me despeñaba y me sentí un ángel a punto de desplegar sus alas y comenzar a volar. Atravesé las nubes sintiendo su frescor sobre mi cuerpo y de pronto, pude ver el suelo aproximándose a mí. Una sonrisa nació en mis labios y cerré los ojos para no ver como mi cuerpo se estrellaba contra él.

Me desperté alterada al escuchar como abrían el portón del zulo y tras esta aparecían varias personas. Me tapé los ojos con los brazos y esperé a que se acostumbraran a la luz. El General Shaper iba acompañado de Nick.

—Su castigo ha concluido —aseguró Shaper—. Teniente Johnson, llévela a la ducha.

Haciendo un esfuerzo abrí los ojos para ver cómo se alejaba con aquel andar que tan importante le hacía sentir. Busqué a Nick y le pude ver apoyado sobre una pared que quedaba cerca de otra cárcel. En su rostro pude percibir tristeza. Caminó hasta mí y me tendió una mano para ayudarme a salir de aquel sufrible lugar. No pude hacer otra cosa sino arrastrarme hasta fuera, donde me ayudó a ponerme de pie y evitar que me cayera por la debilidad de mis músculos agarrotados.

—¿Cómo estás? —Su voz apenas fue un susurro—. ¿Te encuentras bien?

No contesté. Emprendimos el camino para salir de allí y pronto estuve en los pasillos de la base. Nuevamente viendo los rostros aún desconocidos para mí de toda esa gente que juraban proteger el país. Caminaba encorvada y dando muestras de dolor en mi cuerpo por tantas horas en la misma posición. Llegamos en unos minutos frente a una puerta que Nick no dudó en abrir. Me indicó que pasara y dentro descubrí el baño de mujeres. Lo primero que pude ver eran tres bañeras algo viejas contra una pared, y a su derecha varias puertas que serían las duchas. Las paredes eran de azulejos con un color blanco, envejecido por el tiempo, y el suelo a juego. Las ventanas estaban provistas de persianas de madera fijas para que no se pudiese ver nada desde el exterior. Y en la pared de enfrente una larga hilera de taquillas metálicas, cada una con su candado.

—No sabía que se permitiesen bañeras en las bases militares. —dije como curiosidad.

—No sabes muchas cosas de lo que ocurre a tu alrededor. —me contestó algo serio. No quise hacer caso a sus palabras y caminé hacia la amplitud del baño.

Me giré hacia Nick, mirándole con incredulidad al ver como cerraba la puerta con él dentro.

—¿Qué haces? —Pregunté— ¿No irás a ver cómo me baño?

—Soy tu niñera, Jeriel —comenzó a decirme mientras se acercaba a una silla para acercarla a una de las bañeras. Abrió el grifo del agua para llenarla—, lo que significa que hasta mañana que comiences con el entrenamiento estas bajo seguimiento y tengo el honor de ser yo quien lo haga.

Al ver que no le agradaba lo más mínimo hacerlo, me acerqué hasta la bañera que gustosamente había elegido por mí, y decidí entrar en el juego que tanto estaba buscando.

—Mi niñera. —repetí.

—Desde que te conozco no he dejado de serlo —una mirada de aviso hizo que callara lo siguiente que deseaba decirle—. Desvístete y métete en el agua —sujetó uno de los botes de gel de baño que habían sobre una repisa y echó un buen chorro para que hiciese espuma.

Me quité la ropa con la que entré en la base, una camiseta y un pantalón, sucios por mi reclusión, y miré a Nick de reojo para ver si estaba mirando. Mi conciencia me dio un latigazo por haber pensado semejante tontería pues el pobre estaba más incómodo de lo que yo pudiese estar; parecía estar concentrado en buscar una razón para comprender por qué las taquillas eran rectangulares, o algo parecido. En realidad hacía todo lo posible para aparentar que no estaba allí. Aproveché la falta de atención que me otorgaba su respeto a mi cuerpo desnudo para sumergirme en la bañera y traté de cubrir con la espuma cuanto me fue posible para no dejar ninguna parte visible.

— ¿Por qué un baño y no una ducha rápida?

—Tienes los músculos agarrotados. Es mejor un baño.

Nicolas se sentó en la silla y cruzó los brazos y las piernas a la vez. Fue entonces cuando su mirada se clavó en mis ojos para intimidarme y continuar con sus ganas de discutir.

— ¿En qué piensas? —le pregunté.

—En muchas cosas, Jeriel —su tono era afilado—. Por ejemplo, en lo descuidada que fuiste cuando atrajiste por medio de la telequinesia aquella silla, con la que golpeaste a Dooger. Exponiéndote delante de todo el mundo. Sin mencionar, claro está, que le golpeases por una novatada absurda. También pienso en lo extraño que resulta que una chica de trece años tenga tanta fuerza. —Continuó—. En cómo este lugar te va a convertir en un ser monstruoso. En qué puñetas pasa por tu mente cada vez que alguien te cae mal. Pienso en muchas cosas, Jeriel. Pero sobre todo —enfaticó en estas últimas palabras— me pregunto qué fue de aquella niña que vivió conmigo en el rancho y que...

—Murió. —Le corté sin preludio alguno—. A las afueras de Iver South, ¿no lo recuerdas?

— ¡Sí! —Me gritó, regalándome un gesto de repugnancia—. ¡Y ha nacido un ser lleno de odio y venganza! Déjame decirte algo —levantó un dedo para amenazarme—: si continúas por ese camino te trataré como uno más en la base.

—Ese es su trabajo, ¿verdad, Teniente?

Me miró con soberbia, dejando claro lo mucho que le estaba ofendiendo mi actitud.

— ¿Te crees especial? ¿Crees que por tener esos... poderes puedes hacer lo que has hecho? Pues abre los ojos, ingenua, porque por presumir de lo que eres capaz te has pasado tres días en el agujero.

—Sí. Y también es posible que haya dejado a un gilipollas en una silla de ruedas —repliqué con la barbilla bien alta.

Mis palabras le hicieron perder los estribos y saltó de su silla para lanzarse sobre mí. Me agarró del pelo con fuerza y me hundió bajo el agua mientras me gritaba sin parar. No podía dar crédito a la actitud tan violenta de Nick. Luché para volver a la superficie pero me resbalaba en la bañera, y no conseguí hacer nada, salvo asustarme más, pensando que iba a ahogarme.

— ¿Es esto lo que quieres? —Gritaba— ¿Qué te traten de esta manera? Si atacaste a Dooger por tirarte la comida en la cara ¿qué me harías a mí? ¡Estúpida! —tiró de mi cabeza hacia arriba y por fin pude respirar oxígeno; abrí la boca para llenar los pulmones, ignorando que mi pelo cubría mi rostro y apenas podía ver nada de lo que ocurría a mi alrededor—. ¡Estúpida! ¡Lo único que conseguirás es que te maten!

¡Mírame! ¡He dicho que me mires! —Me agarró bruscamente la barbilla y me forzó a que mis ojos se encontrasen con los suyos, apartando mí pelo para que pudiese hacerlo mejor—. ¿Es esto lo que quieres de verdad? ¡Jeriel, en serio! ¿Quieres que la gente te trate de esta manera? —Su voz ahora era un susurro, sufriendo cada una de sus palabras—. ¿Por qué elegiste esta vida? Podrías haber vivido en paz, ¡tal vez en mi casa! y llevar una vida normal. ¡Pero no! ¡Preferiste esta mierda para convertirte en un ser monstruoso! —me soltó la cabeza con tanta fuerza que colisioné en el borde de la bañera.

Aún tosía por el agua que tragué y, aunque aún estaba sobresaltada, fingí ser fuerte y fría para enfrentarme a él.

—Prefiero esta vida, te lo aseguro. —Dije entre jadeos.

—Eso es mentira. Qué sabrás tú cómo es esta vida —me reprochó. Se acercó hasta la repisa donde estaban las toallas y me lanzó una a la cara con fuerza—. Sécate. Se acabó el baño.

Salí de la bañera, colocándome la toalla alrededor del cuerpo y volví a mirarle. Permanecía en la ventana con una mano apoyada en el marco y la otra en su cintura. Viéndole de espaldas me dio la sensación de estar sujetándose para no darse la vuelta y golpearme por pura rabia.

—Nick —le llamé—. No sé por qué razón lo haces pero pretendes ser un padre para mí y no me gustaría tener que recordarte que no lo eres. Ahora que estoy aquí, aprenderé a protegerme. Así que, deja de escoltarme.

Una risa cínica me dejó claro que no estaba de acuerdo.

—Si dejo de hacerlo aparecerás muerta en cualquier rincón de la base. —Se giró hacia mí con un gesto arisco—. Y no pretendo ser un padre para ti. Es solo que... no te entiendo, Jeriel. Cualquier persona que hubiese vivido lo que tú, desearía llevar una vida normal. En un hogar, recibiendo el amor que le fue negado. Sin embargo, tú solo piensas en vengarte de tus padres.

— ¿Sabes que es lo que más me molesta de ti? —me acaloré por sus palabras, por lo que deseaba para mí y así se lo hice ver—. Qué crees saber lo que me conviene o lo que pasa por mi mente, pero no sabes nada. ¿Acaso podrías decirme lo que sentí cuando aquel hombre me amenazaba con un cuchillo a la altura del corazón? ¿O lo que pasaba por mi mente cuando vi como mataban a dos chicos sin poder hacer nada para evitarlo? ¿Lo sabes? ¿Puedes decirme cuantas veces has visto un sacrificio? ¡Cuántas! —bramé—. ¿Cuántas veces te han roto los huesos del brazo con un bate de béisbol y al ver que estos se recomponían sin necesidad de un médico volvían a pegarte?

Nicolas se giró toscamente para contestarme y sacudiendo la mano en el aire me dijo:

— ¡Jeriel, ya sé lo que tus padres te hicieron! ¡No se trata de eso!

— ¡Tú no sabes una mierda! —Grité tanto que me hice daño en la garganta—. ¡Si sabes algo de mi vida es porque yo te lo he contado! Pero no te creas con derecho a decir que sabes lo que siento o cómo soy porque no tienes ni idea. El día que desees que te maten para que acaben por fin todas las palizas, entonces podremos discutir sobre lo que es el sufrimiento. Pero hasta entonces, no menciones un tema que desconoces por completo —mi rostro estaba cubierto de lágrimas. No soportaba llorar

delante de la gente y me afligí mucho más por ello, cediendo al llanto. Me di la vuelta para esconderme de sus ojos y cubrí mi rostro con las manos. Era tanto lo que viví en las últimas semanas que por mucho que intentase hacerme la dura, no había coraje al cual agarrarme. Permanecer encerrada tres días en un zulo lo hizo desaparecer y me sentí totalmente sola.

Sus manos se apoyaron sobre mis hombros, relajando mi aflicción, y pude comprobar que la discusión había finalizado para dar paso a su comprensión. Me abracé a su cintura, girándome, esperando algo de gratitud por su parte. Ésta vino acompañada con un abrazo que me dejó helada, pues no esperaba tanto de su parte. Me acarició el cabello con suavidad, mostrando el lado más humano que nunca dejaba ver.

—Solo busco algo de paz —murmuré.

Sus manos abrazaron cuidadosamente mi cabeza y noté como sus pulmones se llenaban de oxígeno para después soltarlo al suspirar.

—Aquí no la encontrarás, Jeriel.

— ¡Malditos sacos de mierda! ¡Sois la puta escoria del país! ¡Si alguien os ha dejado entrar en tan distinguido cuerpo es porque pretenden hacer de vosotros auténticos soldados de elite! ¡De todas formas me importa un cojón de pato si lo conseguís! Para mí siempre seréis escoria. ¡Nenazas! ¡El cuello bien estirado! ¡Que no vea un solo gesto de aburrimiento en vuestras putas caras u os obligaré a hacer quinientas flexiones bajo el calor de este jodido día!

El entrenador se presentó ante nosotros, los novatos, con la intención de animar a su nuevo equipo y parecía estar consiguiéndolo con sus palabras. Con su gorra de camuflaje y unas ganas tremendas de mantener firme a su nueva gente, se paseó delante de cada uno, limpiándose el sudor de su rostro negro; y tras poner las manos en la espalda mostró un gesto de cabreo. El hombre se acercó a una mujer aspirante y la miró con aversión para dejar claro que no le agradaba el grupo de ese año.

— ¡También va para vosotras, malditas Merisues! ¡Me producís tanto asco que en breve se me impregnará vuestro patético olor a lirios! Supongo que no hará falta deciros que vuestras tetas no moverán un solo pelo de mi cuerpo. ¡Si el entrenamiento es duro para vosotras no iré a animaros ni consolaros porque la puta realidad es que me importáis tanto como la santa de mi abuela! —Escupió con fuerza en el suelo, cerca de las botas de un novato y volvió a mirar a la mujer, esperando ver algún gesto de debilidad, pero esta se mostró inmune a los gritos del entrenador—. Así me gusta —murmuró.

El hombre permaneció callado un instante para sacarse algo que tenía entre dos muelas, despertando una mirada de curiosidad entre nosotros; cuando terminó de escarbarse adquirió de nuevo su postura de entrenador y caminó por la fila una vez más, mirándonos uno a uno con un gesto de repugnancia. Sus ojos se encontraron conmigo. Se inclinó hacia mí de forma cómica y tras examinarme como si no creyese lo que estaba viendo, volvió a erguirse; abriendo la boca con una mueca de sorpresa. Después miró a ambos lados, en busca de una respuesta y al no recibirla se dispuso a gritar nuevamente.

— ¡Debo haberme equivocado esta mañana al levantarme y venir aquí! ¡Mi intención era venir a la base, no a la guardería! —su voz resultaba atronadora—. ¿Qué cojones hace un puto bebé en mi campo de entrenamiento? ¿Me están gastando una broma o que es esto? ¡Te estoy hablando a ti, diminuto saco de mierda! —me gritó.

—Pues... —comencé— supongo que alguien quiere que me convierta en un soldado de elite.

El entrenador comenzó a reírse descaradamente a dos centímetros de mi rostro; su risa era tan exagerada que se veía claramente que estaba fingiendo.

— ¿Quién cojones va a querer algo así, pigmeo? ¡No contestes! ¿Aún no te ha quedado claro que todo esto me importa un cojón? ¡Contesta!

—Vale.

El sargento cerró la boca y abrió sus ojos saltones de par en par de tal manera que los soldados pensaron que se le saldrían de las cuencas. Miré de reojo a mis nuevos compañeros preguntándome si a ellos también les daba la sensación de que se había

puesto pálido. Cuando me disponía a preguntar al entrenador si se encontraba bien, éste abrió la boca y se dispuso a gritar.

— ¿"Vale"? ¿"Vale"? —con violencia se quitó la gorra de la cabeza y la tiró con todas sus fuerzas al suelo, pisoteándola con furor. Todos le mirábamos sin decir nada. Tan solo nos limitábamos a observar la locura de aquel hombre con la misión de entrenarnos—. ¡Mierda! ¡Joder! ¡Me cago en mi puta abuela! —Tras aquella actitud ridícula se dirigió otra vez a mí—. ¡Si no quieres que te rompa el cuello será mejor que me muestres más respeto! ¡Espermatozoide en miniatura!

—De acuerdo.

— ¡Cómo que de acuerdo! ¿Cómo cojones se llama, soldado?

—Jeriel Jorden.

— ¡Vaya mierda de nombre! Es tan ridículo como su estatura. Soldado Jorden, a partir de que diga "ya" me llamará señor. En ocasiones que "ya" aprenderá podrá llamarme señor. Incluso si está cagando se referirá a mí como señor. ¡Ya! ¿Ha quedado claro?

—Sí, señor —contesté tal y como me dijo.

— ¡Soldado, no le he oído! ¡Tiene la voz de un ruiseñor y yo mato todos los días a cientos de ruiseñores con un solo crack en sus malditos cuellos! ¡Repita!

— ¡Si, señor! —grité con todas mis fuerzas.

El entrenador relajó el rostro y se quedó callado, mirándome inexpresivamente.

—Muy bien, Jorden —repuso suavemente—. Tiene buenos pulmones. —Volviendo a los demás reclutas, echó la cabeza hacia atrás y continuó gritando—. ¿Ha quedado claro?

— ¡Si, señor! —respondimos todos al unísono.

—Muy bien —asintió varias veces con la cabeza sintiéndose complacido con el resultado de sus palabras, algo que ayudó a relajar el ánimo de los novatos—. Llegaréis a algo. ¡Y ahora, por putos novatos sin cerebro y por haberme cabreado vais a dar diez vueltas alrededor del campo! —ordenó gritando—. ¡Corriendo, nenazas, corriendo! —Azuzó con las manos a un par de jóvenes para que emprendieran la carrera—. ¿Qué coño creéis que es esto? ¿"Paseando a Miss Daisy"? —Observó cómo marchábamos por el camino de arena hacia el bosque preparado para entrenar y continuó dando órdenes—. Si alguien se rezaga le meto un palo por el culo para que parezca un polo de fresa. ¡A correr, gandules! ¡Carter, mi abuela corre más que usted, pedazo de maricón! ¡Y córtese ese pelo, que parece un Beatle!

Subimos una gran cuesta que nos conduciría hasta la zona preparada para entrenarnos a los novatos. Yo jadeaba con fuerza por no estar acostumbrada a correr semejantes distancias. Mis músculos todavía estaban agarrotados por haber permanecido tres días en el zulo, pero traté de no mostrar un solo ápice de dolor.

El día resultó agotador. Tras dar varias vueltas alrededor del campo, tuvimos que escalar paredes preparadas para ello y subir montículos de madera bastante resbaladizos.

Cuando terminó el entrenamiento me dirigí a las duchas para quitarme el sudor y calor del día. En cuanto tuve puesto el uniforme de faena, caminé hasta el comedor y alimenté a mi estómago, que tanto me reprendía. Desde que agredí al grandullón no había vuelto allí y me pregunté qué nuevas sorpresas me depararían esa noche. No

obstante, saber que tenía ventaja sobre el resto de los soldados gracias a mis habilidades me ayudó a estar más tranquila.

Al entrar, muchos soldados me miraron con sorpresa pero en seguida volvieron a sus platos de comida como si no hubiese pasado nada. Era lo bueno de aquel lugar, pensé, que todo el mundo olvidaba las cosas por falta de interés. Cogí mi bandeja de comida compuesta por pudín de carne, sopa espesa, un bollo de pan y una botella de agua, y me senté al lado de Nick. Mientras colocaba la bandeja en la mesa, pude comprobar que Joke me observaba con los ojos entornados.

—Has crecido desde la última vez que te vi. ¿Ya usas sujetador? —Preguntó socarrón.

—No empieces —le avisó Nick. Dirigió la vista hacia mí y preguntó—: ¿Qué tal con McNair? ¿Ha sido muy cruel con vosotros?

—Ese tío está mal de la cabeza, en serio —contesté—. Se ha pasado todo el día insultándonos.

—Pero lo hace con un toque de humor negro que lo vuelve gracioso —aportó Darkness con una sonrisa.

—El caso... es que no me cae tan mal como otros —dije, mirando a Joke para que pillase la indirecta.

Con una mueca de indiferencia en la cara, Joke continuó cenando.

Transcurrió un mes desde que comencé mi instrucción. Me encontraba sentada en uno de los bancos, observando el entrenamiento de los más veteranos. Era sorprendente que pudiesen moverse con tanto sigilo y rapidez; deseaba ser como ellos.

El sol pegaba fuerte y sin piedad alguna, pero las tardes eran más largas y, por lo general, apetecía hacer más cosas.

Sin embargo, yo estaba cansada ese día. El entrenamiento fue más duro de lo normal y deseaba que pronto fuesen las siete para irme a la cama. A lo lejos divisé la silueta de Nick, acercándose hacia mí con paso rápido. Le observé con detenimiento. Con cuanta elegancia caminaba. Su aspecto provocaba respeto, tan solo por la caballerosidad que desprendía.

—Hola, Nick. —Le saludé.

Él me agarró por el brazo y con un gesto frío y enfadado me levantó del banco para llevarme con él.

—Vamos, acompáñame.

—De acuerdo, pero puedes soltarme, que no soy un perro.

El Teniente me miró con advertencia y me soltó el brazo.

—El General Shaper quiere que nos presentemos en su despacho —me informó.

— ¿Qué hice esta vez?

—Nada —cuando llegamos al despacho, Nick llamó con los nudillos y esperamos a obtener permiso para entrar. Al hacerlo, Shaper se levantó de su sillón mostrando una sonrisa amigable. A su lado varias personas más esperaban sentados, con un aire de grandeza que me sobrevoló. Nick permaneció varios pasos por detrás de mí.

— ¡Pero bueno! —Expresó dando una palmada—. ¡Miren a quien tenemos aquí! Soldado, como ha crecido este último mes. Dentro de poco tendremos que encargarle ropa nueva.

—Señor —respondí con aspereza. Me molestaba enormemente que me hablase como si no hubiese ocurrido nada.

— ¿Cómo le va, hija?

—Bien, Señor. No puedo quejarme, pues apenas me mordieron las ratas en el zulo. —Contesté con un ápice de rencor—. Le agradezco que se interese por mi salud... un mes después.

—Bueno, soldado, entiendo que fue duro para usted pero ha de reconocer que merecía tal castigo —respondió, acariciando uno de los picos de su mesa—. Sin embargo, espero que no olvide quien manda aquí —esbozó una sonrisa donde se podía ver su actitud amenazante.

—Disculpe, General, pero... —la voz provenía de un hombre alto y delgado, su aspecto era el de una persona totalmente ambiciosa. El uniforme que llevaba era verde botella y en su solapa colgaban varias medallas de reconocimiento—...tal vez deberíamos ir al grano.

—En efecto —contestó Shaper—. Soldado Jorden, estos caballeros se han mostrado muy interesados desde que llegó a la base. Han visto cómo se esfuerza en el entrenamiento y...

— ¿Quieren que les haga una demostración de lo que soy capaz de hacer?

—Como pueden notar —explicó Shaper al grupo de visita— aún le falta mucha disciplina. Soldado, no interrumpa a menos que se le dé permiso para hablar. — Volvió a entornar su sonrisa falsa—. Como decía, estos caballeros vienen de América y nuestra base, al serlo también, va a trabajar con ellos. Nos han ofrecido su ayuda para darle el mejor adiestramiento del que disponen.

—Pido permiso para hablar, señor.

—Adelante.

—Creí que ya recibía entrenamiento, General.

—Pero no el adecuado para usted. Por lo que hemos decidido que la semana que viene comenzará otro tipo de entrenamiento adaptado a sus habilidades.

—Señor...

— ¿Si?

— ¿Quieren matarme de agotamiento? Apenas sobrevivo a la instrucción diaria como para soportar otro más duro, si cabe la posibilidad.

—No se preocupe por eso. Se le acortarán las horas de su actual entrenamiento para recibir el nuevo. Entrenará lo mismo que ahora.

— ¿Y qué tiene de diferente esa preparación? —pregunté algo más animada.

Del rostro de Shaper desapareció todo indicio de que hubiese existido sonrisa alguna, convirtiéndole en alguien más viejo.

— ¿Sabe lo que es un ejecutor?

Negué con la cabeza.

—No, señor.

—Teniente Johnson, ¿tendría la amabilidad de explicarle lo que es?

Nick avanzó un paso hacia delante con las manos en la espalda y dejó algo abiertas las piernas para mayor comodidad.

—Es un soldado especial que está por encima de los demás debido a su adiestramiento. Se le entregan misiones en las que su única alternativa es matar a todo cuanto se le ponga por delante para cumplirla. Los ejecutores no tienen escrúpulos. No se les permite sentir. Tan solo matar para llevar a cabo su misión con éxito.

Retrocedió nuevamente un paso y situó sus manos hacia delante.

Le miré confundida al escucharle y giré hacia el General con prisa. Al observar la emoción que albergaba su semblante comprendí que aquello iba en serio.

—Señor... ¿Quieren convertirme en una torturadora y asesina?

—No, soldado Jorden. Los ejecutores no asesinan, cumplen misiones. Y generalmente, son gente mala.

—Bajo su criterio, ¿no? —Repuse.

—Que es el único que vale para usted —respondió amenazante.

— ¿Puedo negarme a recibir semejante instrucción?

Shaper agachó la cabeza y cerró los ojos con impaciencia, acariciándose la nuca.

—Claro que puede negarse. Aquí no obligamos a nadie a hacer las cosas, pero... — hizo una pausa— me temo que entonces... no podremos ayudarla en el futuro.

La indirecta cayó sobre mí como un jarro de agua fría y comprendí que si no cedía a sus deseos, jamás recibiría ayuda para vengarme de mis padres. Me brillaron los ojos de puro rencor y, tras resoplar, tomé una decisión.

—Acepto.

No podía ver a Nick a menos que me diera la vuelta, algo que no pensaba hacer, pero estaba segura de que se le revolvió todo por dentro.

—No se hable más —terminó de decir Shaper con una alegría que dejaba ver a todos los presentes—. Me alegra que haya tomado esa decisión. Además, el Teniente Johnson estará con usted en todos sus pasos.

—¿Por qué, señor? —Pregunté intrigada.

—¿Cómo que por qué? —Dirigió sus ojos hacia él sabiendo que todos le miraban con expectación—. El Teniente Johnson es nuestro mejor ejecutor.

Ahora si era el momento de girarme para mirarle a los ojos y examinarle con escrúpulo para observar como Nick mantenía su semblante inalterable. Yo preocupada por lo que pudiera pensar de mí y resulta que él era mucho peor.

—Pueden marcharse —Nos invitó Shaper.

Caminamos en silencio con la sensación de ser dos desconocidos. Al llegar al cruce de pasillos Nick no pudo evitar decir algo.

—Con qué facilidad te vendes, Jeriel.

Antes de que pudiese expresar lo que pensaba de él, Nick cambió de rumbo y me dejó allí, sin ningún tipo de explicación.

La sala donde realizaría el nuevo adiestramiento resultaba muy oscura e increíblemente grande. Y el nuevo uniforme que utilizaría estaba a rebosar de bolsillos y compartimentos vacíos, pero que servían para guardar cargadores, armas blancas y provisiones alimenticias. Me sentía bastante cómoda con la libertad de movimiento que me daba. Alrededor de la cadera llevaba un arnés con tres armas de fuego: dos automáticas y, detrás, sujetaba una pistola de mayor envergadura. Saber que estaban armadas y listas para usarse me llenaban de una euforia sorprendente. Llevé mis manos a las caderas para tocarlas con suavidad, deleitándome con el frío del metal.

—No permita que la seduzcan —me dijo mi nuevo entrenador—. En realidad no son tan increíbles. Colóquese en el recorrido para comenzar con el entrenamiento.

Obedecí estimulada por mi propia emoción y caminé hasta la línea blanca trazada en el suelo. Durante casi dos horas mantuve el tipo como pude para evitar obstáculos que salían del suelo o del techo, abalanzándose sobre mí; tuve que agarrarme a una cuerda y cruzar en el aire un suelo lleno de pinchos para conseguir acceder a una sala blindada.

Tras aquel entrenamiento tan divertido tuve que marchar hacia el pabellón de deportes para dar mi primera clase de defensa personal. Hasta ese momento todo lo que había realizado fue el manejo de armas, agudizar mis sentidos y acostumbrar el cuerpo al movimiento. Pero poco a poco todo se iba complicando y resultaba más difícil aguantar lo que me esperaba. Como por ejemplo ser el objetivo de todos los golpes que me ocasionaba el entrenador y no se capaz de detener ninguno. Cuando conseguía aplacar algún movimiento me daba uno diferente por otro lado, reduciéndome al suelo, teniendo que soportar las risas de otros novatos.

Salí de allí con la sensación de haber sido golpeada por ocho hombres. Me dolían los músculos de las piernas, manteniéndolas algo arqueadas. Habría deseado que el día finalizase pero todavía me quedaba soportar tres duras horas bajo los insultos del sargento McNair.

— ¡Maldita sea, Jorden! ¿Le pesa el culo? ¡O me sube por esa cuerda hasta llegar al techo o le juro por mi abuela que me hace quinientas flexiones! ¡No se pare! ¿Se puede saber porque hace esos gestos con la cara? ¿Soy demasiado duro con usted?

— ¡No, señor! —grité bien alto mientras hacia el esfuerzo de trepar por una cuerda llena de nudos.

— ¡Me da pena, soldado! ¡Es usted un saco de mierda! —Se acercó hasta quedar bajo mis pies y continuó soltando improperios—. ¡Si algún día tengo una hija como usted, la ahogo en mis propios meados! ¡Mueva el culo! ¡Y usted, Carter! ¿Para qué coño cree que es esa cuerda? ¿Para dormir agarrado a ella? ¡Suba hasta el techo o me cago en mi abuela!

Entre jadeos, subí con más lentitud de la habitual. Me quemaban las manos y sentía que no podría hacer movimiento alguno. Traté de concentrarme en la tarea para ignorar la presencia del dolor y agarré con fuerza la cuerda un nudo más arriba.

— ¡Vamos, Jorden, que ya casi lo tiene! —Me animó McNair.

Tan solo quedaban tres nudos para llegar pero no pude terminar. Sonó el silbato que

avisaba de que el entrenamiento había concluido por ese día. Sentí un enorme alivio y agradecí en silencio que hubiese sonado. Soltando todo el aire de mis pulmones me abracé con las piernas a la cuerda y me coloqué boca abajo, deslizando mi cuerpo suavemente para no clavarme los nudos. Al llegar al suelo me enderecé, poniendo los pies en el suelo.

Un gesto de aprobación por parte del entrenador hizo que me sintiera útil, después de todo.

Todos los novatos caminamos hacia la puerta, preguntándonos algunos que habría de cenar; otros criticaban la dureza del sargento. Una sonrisa nació en los labios del entrenador, satisfecho por su trabajo.

— ¡Largaos de aquí, nenazas! —nos gritó antes de perdernos de vista.

Fui directa a las duchas y permanecí más de veinte minutos en una bañera, relajando todos los músculos antes de cenar. Durante ese tiempo pude pensar en todo cuanto había acaecido en mi nueva vida; aunque al principio pensé que mi decisión solo sirvió para empeorar las cosas, en realidad habían mejorado bastante. El entrenamiento diario resultaba terrible pero a la vez fortalecedor y cada día que pasaba me sentía más fuerte y confiada.

Salí de la bañera con cuidado de no resbalarme y me vestí para ir al comedor. Ahora no solo me dolía todo el cuerpo sino que me entró un sueño soporífero tras el baño relajante. Entrar en el comedor con las piernas algo arqueadas por las agujetas no resultó muy agradable. Muchos de los soldados presentes comenzaron a reírse. Joke, al verme, no perdió la oportunidad que se le presentaba para hacer uno de sus chistes.

— ¡Eh, Jorden! ¡No me digas que ya te han desvirgado! —exclamó bien alto.

Todo el mundo estalló en carcajadas sin dejar de mirarme. Mi cara estaba roja de vergüenza. Hice una mueca de dolor al sentarme y me sentí más molesta todavía al ver que Nick también se reía.

—Jorden, ¿no habíamos quedado en que yo sería el primero? —continuó Joke con esa sonrisa socarrona que tanto me irritaba.

—Vete a la mierda, imbécil. —Respondí sin mirarle a la cara, mostrando toda mi atención en la comida.

Nick se levantó un poco de su asiento para poner orden entre los presentes y al conseguir que la gente volviese a sus conversaciones intentó hablar conmigo.

—Venga, cuenta. ¿Qué te pasa?

—Tengo agujetas —revelé con seriedad.

—Es al principio —explicó Grace—, luego dejarán de dolerte. Realizas dos entrenamientos. Es normal que te duela todo.

— ¿Te quieres callar? —Se quejó Joke—. Estás estropeándome el momento.

—Joke, para —le dijo Nick. Luego se giró hacia mí para continuar hablando—. Me ha dicho McNair que no se te da nada mal el entrenamiento. Tiene muchas expectativas puestas en ti.

—Como todo soldado que se precie de darle una buena tunda —comentó Joke.

— ¡Que te den por el...! —Nick no me dejó terminar. Me tapó la boca a tiempo de escuchar mi soez y le echó una mirada de advertencia a Joke.

— ¿Se puede saber porque siempre os estáis peleando?

—Es muy sencillo —dije tras librarme de la mano de Nick—. Porque me da asco. Si

no se pasara el día esperando a que yo crezca para metérmela, tal vez solo me caería mal. Pero como es obsesión lo que tiene, solo puedo sentir asco hacia su persona.

Joke me miró seriamente. Después, sus ojos se clavaron en sus compañeros, intentando encontrar apoyo, pero estaban tan sorprendidos como él para decir algo.

— ¿Qué quieres decir con eso? —me preguntó.

—Que eres un pederasta. Eso es lo que quiero decir. Y te advierto una cosa — levanté el tenedor en dirección a él para resultar más amenazante—, si me pones la mano encima sin mi consentimiento, que de otra forma no puede ser, te dejo eunuco.

Nadie dijo nada. Joke tenía el rostro de color escarlata.

—Yo no... yo... —balbuceó— ¡Jamás haría algo semejante! Pero ¿por quién me tomas? Solo me meto contigo porque me divierte. ¿Cómo voy a fijarme en alguien que ni siquiera está formada? ¿Es eso lo que piensas de mí?

—Por supuesto.

—Pues —se levantó de la mesa enfadado y recogió su bandeja— te equivocas por completo.

Que Joke se marchara no consiguió que el ambiente se relajara; Darkness miraba repetidamente a Nick, esperando a que hiciese algo al respecto y Grace se puso a comer sin mediar palabra alguna. A Nick se le dilataron las fosas nasales debido al enfado que mostraba. Puso una mano en la mesa y me amonestó.

— ¡Te has pasado y mucho!

—Puede, pero así espero que entienda de una vez que me hace sentir incomoda cuando me mira con lascivia.

—Debes saber que no estoy nada de acuerdo con lo que insinúas. Son imaginaciones tuyas.

—Pues yo creo que no, es lo que pienso.

—Te equivocas. Le conozco muy bien y eso no es lo que pretende contigo. Solo es un juego. Eres novata, Jeriel, y esto no deja de ser una novatada. Esa acusación que has hecho es muy grave y si alguien ha escuchado y se la toma en serio, podría acabar con la carrera de Joke. Mide tus palabras la próxima vez.

Con la sensación de haber metido la pata una vez más, me levanté de la mesa y me marché a la cama.

Al día siguiente, después del entrenamiento de la mañana, busqué a Joke por los pasillos y las salas de ocio. Para mi sorpresa le encontré en un pequeño cuarto reparando un aparato DVD, cuidando todo movimiento para no romper nada o que se le escapase el soldador de la mano. Llevaba puesta una gorra al revés y unas gafas con una lupa en el cristal derecho. Aproveché el momento en que dejó su herramienta en la mesa para hablar con él.

— ¡Eh!

Joke levantó la cabeza y me miró con indiferencia, volviendo a su trabajo.

— ¿Qué quieres?

— Tenemos que hablar y aclarar un par de cosas.

Hizo el ademán con una mano para que me pusiera cómoda.

De pronto, Joke me pareció mucho más maduro. Sin embargo, no me fie del todo y seguí mostrándome a la defensiva.

— ¿Qué te pasa conmigo?

— No me ocurre nada contigo, Jeri. — No levantaba la vista de su DVD. Con una mano sujetó un rollo de estaño y con la otra el soldador, vertiendo con cuidado un par de gotas al derretirse.

— Tú dijiste ayer que no eras un pederasta. Así que dime porque me miras de esa forma tan desagradable.

— Chica, no te enteras de nada. — Levantó la vista, mirando por encima de las gafas.

— ¿Realmente crees que una cría de trece años puede ponerme cachondo?

— No sé. Dímelo tú.

— Y te lo voy a decir: No. — Pausó un instante para organizar sus palabras y después continuó—. Si te miro así es porque sé que te molesta. Si te humillo con mis bromas es porque sé que te molestan. Y si te insulto es porque sé cuánto te irrita. Solo eres la novata que sufre mis bromas. ¿Entiendes ahora?

— Pues no. ¿Qué te he hecho yo para que me trates así? — pregunté ofuscada.

— ¿Que qué me has hecho? — Sonrió con frialdad y relajó el cuerpo—. Más de lo que piensas. ¿Sabes lo que me costó entrar en la base? — Se clavó un dedo en el pecho aumentando el dramatismo de la conversación—. Tuve que hacer esfuerzos terribles para que aceptaran mi solicitud.

— ¿Y yo que tengo que ver con eso? — interpele alterada.

— ¿Que qué tienes que ver? — Se quitó la gorra con agresividad y no ocultó su irritación—. Mierda, Jeriel, aquí no te soporta nadie. Todos hemos luchado por entrar y tú, por tus chorradas sobrenaturales, has entrado sin esfuerzo alguno.

— ¿Y tengo yo la culpa? — la discusión llegó a un momento de furia por parte de los dos.

— ¡No! ¡Pero no pretendas que te tratemos como a un igual porque no lo eres para nosotros!

— ¡Ah, claro! Y por eso me miras como si quisieras arrancarme las bragas, ¿verdad?

— ¡Que no! ¡No te enteras de nada!

— ¿Por qué actúas así contra mí? —vociferé.

— ¡Porque me siento amenazado por ti! —confesó—. ¿Contenta?

Le miré con sorpresa al escuchar sus palabras. Habría esperado de cualquiera oír aquello pero de Joke, que tan importante y grande se consideraba en la base, no.

— ¿Que tú qué?

— ¡Joder, Jeriel! ¡Tienes un cerebro privilegiado, tu cuerpo hace que sanes en pocas horas! ¡Haces cosas con la mente que resultan escalofriantes! —llevado por la desesperación se levantó de su asiento para caminar y desfogarse—. ¡Haces que me sienta inseguro! Todos nos sentimos inseguros a tu lado. Incluso en este momento, que te tengo delante y me da la sensación de hablar con una tía de veinte años.

— ¿Y te excita? —continué con mi argumento.

— ¡Que no! —gritó—. ¡Te has emperrado en esa idea y no hay quien te saque de ella!

— ¡Porque es cierto! —sentencié poniéndome de pie frente a él.

— ¿Es eso lo que quieres escuchar? —sus ojos brillaban de rabia y sonreía grotescamente—. ¿Quieres que lo diga para quedarte a gusto? —Se acercó a casi un centímetro de mi rostro y me dijo—: No será mi boca la que lo diga —parafraseó sus palabras con furia y después me dio la espalda, alterado.

Me quedé sin palabras, mirando cómo le temblaban las manos por el enfado. Humedecí los labios y caminé hasta la puerta dispuesta a desaparecer de allí. Volví a observarle, viendo como regresaba a su asiento para continuar con lo que estaba haciendo. De veras, ese día Joke me resultó totalmente diferente, por la razón que fuese.

El frescor de la mañana de aquel día ayudó a los reclutas a llevar mejor la rutina y el cansancio. Los árboles se levantaron con el rocío impregnado en sus hojas y los pájaros bebían de estos con un suave gorjeo. El sol acariciaba suavemente el horizonte, llenándolo de colores naranjas y azules.

Y bajo el frescor de ese día, muy normal en un verano canadiense, muchos soldados, tanto novatos como veteranos, se congregaban en el patio superior para ver las luchas cuerpo a cuerpo de los principiantes contra los entrenadores. En una pista que anteriormente se utilizaba para el baloncesto, ahora estaba repleta de curiosos preparando sus apuestas para ver quien ganaba. En medio del circuito, rodeados de un gran círculo de personas nos encontrábamos McNair y yo, que permanecía en el suelo, pasándome una mano por el labio para retirar la sangre que emanaba de éste. Los vítores de los compañeros invitaban a que me levantase y arrollar al sargento para demostrar cuanto había aprendido en los casi tres meses que llevaba en la base.

— ¡Vamos, Jorden! ¡Levántate del suelo y dale su merecido! —me animó alguien desde el corrillo.

— ¡Que no crea que te tiene atrapada!

McNair les miraba y sonreía esperando a que me levantase del suelo. Sin embargo, no estaba muy por la labor de hacerlo.

— ¡Mierda, Jorden! ¿Se va a levantar o tengo que ir a recoger sus restos? ¡Creí que era más fuerte! ¡Menuda decepción!

—Señor, eso que ha hecho fue a traición. —Le amonesté entre jadeos—. Me ha pillado desprevenida.

El sargento caminó deprisa con el gesto nuevamente serio, inclinándose hacia mí.

— ¡Por la santa de mi abuela! ¿Cree que el enemigo tendrá en cuenta si está despistada?

—No, señor —reconocí—. Claro que no.

— ¡La matará en la primera ocasión que se le presente!

—No si me adelanto a sus movimientos —susurré.

Para sorpresa de los demás, me levanté del suelo gritando con aire guerrero y me lancé a la carrera contra McNair. Los presentes expresaron su emoción con exclamaciones y aullidos al ver como embestía al entrenador con todas mis fuerzas, derribándole en el suelo y cuando le tuve de rodillas le lancé dos puñetazos en los pómulos, rematando con una patada en el pecho que terminó con el hombre abatido sobre el granillo de la pista; comenzó a arrastrarse y toser con dificultad. Sus movimientos eran débiles y esto despertó la preocupación de todos. Me aproximé a él cuando escuché que la voz del sargento se volvía ronca y quebradiza.

—Señor... ¿se encuentra bien? ¿Llamo al médico de guardia?

El corrillo de gente seguía observando la escena, intrigados, levantando la cabeza para observar mejor.

—Señor... Dios, que he hecho... —levanté la cabeza buscando alguna solución.

McNair continuaba arrastrándose y pidiendo auxilio con gestos mientras trataba de ponerle de pie.

—Vamos, señor, le llevamos a la enfermería. No se encuentra... ¡Augh!

La gente retornó a las risas y a aullaron de pura emoción cuando volvieron a verme sobre el suelo y agarrándome el estómago, mientras McNair se levantaba ligeramente y con una sonrisa satisfactoria.

—Eso le pasa por imitar a Teresa de Calcuta —dijo un par de pasos, acercándose a mí, y volvió a gritarme—. ¡Jorden, si vuelve a ayudarme la mando directamente a casita! ¡Jamás ayude al enemigo!

—Pero usted no es el enemigo, señor —tosí varias veces y respiré profundo para recuperar el aliento.

—Como si lo fuera, Jorden, como si lo fuera. ¡Cuánto tiene que aprender, pigmeo!

— ¡No me llame pigmeo! —grité ofendida.

— ¡Le llamo lo que me sale de los cojones! —soltó una gran carcajada.

Rugí de rabia y me levanté corriendo para lanzarle varios golpes que éste no tardó en bloquear.

— ¡Retaco! —Continuó agredíendome verbalmente viendo cómo esto me estimulaba para golpear más fuerte—. ¡No llega ni al lavabo y tiene que usar un taburete! —Evitó varias patadas pero ya me había cabreado más de la cuenta—. ¡Vale, vale! ¡Se acabó la pelea!

Me aparté lentamente con una sonrisa en los labios. Cuando el sargento se puso de pie nos miramos los desperfectos de la pelea y contamos varias heridas tanto en el rostro como raspaduras del granillo. Al acercarme mejor, advertí algo en el pómulo de mi entrenador que me paralizó el cuerpo. Buscando una respuesta a lo que estaba viendo me miré los nudillos y con terror comprobé que los tenía llenos de heridas. Abrí los ojos con sorpresa y después miré a McNair.

— ¿Qué le pasa, Jorden? ¿Por qué tiene esa cara de susto?

Retrocedí unos pasos sin perderle de vista; no comprendía nada de lo que estaba ocurriendo. Salí corriendo, tratando de huir y esconderme.

Mientras me alejaba de allí, pude escuchar la conversación que mantuvieron:

— ¿Pero qué mosca le ha picado a esta cría? ¿Qué cojones tengo en la cara para que haya salido en estampida?

—Señor, ¿no lo nota? ¿No nota nada en la cara? —inquirió uno de ellos.

— ¿Notar qué?

— ¡Señor, las heridas de su cara están desapareciendo!

Corrí hasta encontrar un lugar en la base donde nadie pudiese encontrarme ni preguntar qué había sucedido. Recordé que en la base había un pequeño almacén y me encerré en él. Me senté en el suelo, temblando como una hoja, y evitando llorar. Miré los nudillos de mi mano, cicatrizando las heridas con rapidez; la cerré formando un puño y volví a extenderla. Era la primera vez que sentía miedo de mis propias habilidades. Fueron tantas las preguntas que se golpearon dentro de mi cabeza... sin embargo, no pude responder a ninguna. Jamás pensé que pudiese sanar a otra persona con solo rozar nuestras heridas. En aquel cuartito fue cuando descubrí lo poco que sabía de mi propio cuerpo y me pregunté si había algo más que debiese descubrir.

Cuando le contaron lo ocurrido al General Shaper no dudó un solo momento en llamarme a su despacho para descubrir toda la verdad sobre el asunto. Cuando entré pude verle sentado sobre su sillón con una cara de satisfacción. Nada en el despacho había cambiado, ni siquiera el olor a poder que se masticaba entre esas cuatro paredes. Caminé lentamente hasta el centro del despacho y esperé a que Shaper hablara.

— ¿Por qué no me dijo que podía sanar a las personas? —fue directo al grano para pillarme por sorpresa.

—Porque no lo sabía, señor.

El General se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre el escritorio, entrelazando las manos.

—Cuénteme lo que ocurrió.

—No mucho. Sencillamente estábamos entrenando y... de paso divirtiéndolo a los compañeros con las luchas cuerpo a cuerpo. Cuando finalizamos pude ver como las heridas del sargento McNair desaparecían igual que las mías. Le aseguro que no pretendía armar semejante revuelo, señor. —Dije en mi defensa.

Shaper sonrió de oreja a oreja.

—No quiero que se disculpe, sino más bien que analice lo ocurrido. Porque si es cierto lo que ocurrió ayer... ¡Puede hacer grandes cosas! —exclamó exaltado.

Le miré con los ojos entornados. Era joven e inexperta pero no me consideraba alguien que no se enterara de las cosas y en efecto, sabía que Shaper trataba de comprarme nuevamente. Las palabras de Nick, semanas antes, sobrevolaron mi cabeza y decidí mostrarme dura en vez de permitir una vez más que me utilizara a su antojo.

—Querrá decir que usted puede hacer grandes cosas con mi situación.

—No del todo —dijo levantándose del sillón—. ¿Es consciente de que sanó a un hombre? ¡Por el amor de Dios! ¡Reflexione sobre su poder! —Shaper me miraba con los ojos brillantes de satisfacción.

—Ese *poder* del que me habla hizo de mi vida un infierno. No encuentro razón alguna para sentirme orgullosa de él —levanté el mentón y continué—. Además, dudo mucho que pueda sanar a nadie. No creo en esas cosas.

—No puede negar que usted lo hizo.

—Y no lo hago, pero tampoco me llena de emoción como a usted. No es consciente de los problemas que me puede acarrear este asunto, ¿verdad?

—No le acarrearé ningún problema porque la protegemos. Se lo dije el primer día.

— ¿Protegerme? —refuté—. ¿Cómo me protegió de Dooper?

—Eso fue culpa suya.

— ¡No, señor! Empiezo a estar harta de sus intenciones y palabras que se borran en el aire. No va a comprarme nunca más. Si pensaba que podría sacar beneficio alguno de lo que sucedió ayer, saque esa idea de su cabeza porque no ocurrirá. Estas habilidades las usaré para beneficio propio. Y si no tiene nada más que decir, pido permiso para marcharme.

Shaper mantenía los ojos clavados en mí, intentando intimidarme.

—Muy bien, Jorden. Si eso es lo que quiere... puede marcharse —me dio la espalda pero antes de que marchara me dijo algo más—: tómese el resto del día libre. Parece usted algo irritada.

—Con ese gesto de amabilidad no va a comprarme.

—Jorden —se giró, acercándose a mí de forma intimidante; sus ojos verdes reflejaron aquella faceta malvada; la de un General que nota cómo se vuelcan los planes pensados con antelación—, a ver si aprende que aquí quien manda soy yo. Si le digo que se tome el día libre, acata la orden y punto. Márchese.

Pensé que debía obedecer por mi propio bien y salí de allí inmediatamente. En el camino hasta la habitación me pregunté qué iba a hacer durante todo el día. La base no era un lugar muy entretenido que se dijera y acabé aceptando la idea de una tarde aburrida en una alcoba con dos muebles como decoración. Antes de llegar recordé que en el otro pabellón había una biblioteca y dirigí mis pasos hacia ella. Cuando la encontré, descubrí que no era una sencilla biblioteca sino el paraíso de los libros. La sala era grande y estaba repleta de estanterías metálicas en hileras y por orden de secciones. De unos altavoces dispersados por los rincones, se escuchaba una música suave y relajante; contrariamente a lo que siempre pensé de los militares, me di cuenta de cuanta importancia se le daba allí a la cultura. Recorrí los pasillos buscando algún libro que me llamase la atención pero encontré nada. En realidad no sabía a ciencia cierta lo que buscaba para leer; continué atravesando los pasillos, acariciando el lomo de las obras literarias hasta que llegué a una sección que captó toda mi atención. Bajo el letrero de *Ciencia* un montón de libros dirigidos a su estudio permanecían en línea y por orden alfabético. La gran mayoría de los libros no me interesaban pero en mis manos terminó uno titulado “*Superdotados: ¿Don o maldición?*”.

Con el libro bajo el brazo, fui directa al comedor donde me senté con provisiones para el almuerzo. Comencé leyendo el prólogo y al rato descubrí que había leído casi tres cuartas partes de su contenido.

De pronto sentí cómo unas manos apartaban mi melena. No tardé en reconocer quien era el que estaba detrás de mí; solo por el aroma que desprendía su colonia y el cálido tacto de su piel me hizo sonreír.

—Hola, Nick.

Cuando se sentó a mi lado, pude ver una vez más los rasgos de aquel que siempre me protegía, pasara lo que pasara. En esta ocasión llevaba su pelo negro azabache suelto y engominado hacia atrás con el resto de sus rizos, húmedos por una ducha reciente, cayendo sobre sus hombros. No iba vestido con el uniforme de faena, sino que llevaba un polo azul claro y unos vaqueros.

—Veo que no soy el único con el día libre. ¿Qué lees? —Levantó la tapa de libro y leyó el título—. Muy propio de ti.

—Estoy preocupada.

—¿De veras? —preguntó con ironía.

—No encajo en ningún perfil de superdotados que aparecen en el libro.

—No me extraña nada. —Repuso con un gesto flojo—. No creo que haya mucha gente que pueda hacer las cosas que tú. Tendrían que estudiar un nuevo perfil basado exclusivamente en tus habilidades.

Le sonreí con paciencia y volví a la lectura.

—Te propongo algo. —Dijo Nick, arrastrando el libro hacia él—. ¿Qué te parece si tú y yo —cerró suavemente sus tapas para evitar que siguiera leyendo— nos vamos por ahí a pasar la tarde?

— ¿Nos dejan salir? —pregunté con un aspaviento de emoción.

—Esto no es una cárcel, muchacha. Claro que podemos salir. ¿Te apetece?

— ¡Claro! ¿Dónde iremos?

—Tú cámbiate de ropa que de eso ya me encargo yo.

Al levantarme del asiento nos encontramos con Joke, que no tardó en aproximarse con una sonrisa pícara.

— ¿A dónde vais? Es hora de comer.

—Tenemos el día libre y esta jovencita y yo —apoyó las manos sobre mis hombros— nos vamos a pasarlo fuera.

— ¿Los dos solos? —preguntó el joven sorprendido.

—Sí ¿Por qué?

—Por nada —Joke se acercó a Nick con la intención de hacer uno de sus chistes—. No la machaques mucho, ¿eh?

—Eres un crío, Joke. —Le dijo como respuesta a su grosería.

Nick y yo emprendimos el camino hasta las habitaciones pero antes, giré el cuello para ver a Joke.

— ¿Por qué hace eso, Nick?

Nick dejó salir el aire por la boca con fuerza.

—Porque está celoso.

El día acompañaba a la emoción que sentía por volver a caminar bajo un cielo despejado y con un sol radiante. No corría ninguna brisa pero ni siquiera el fresco podía ensombrecer mi alegría. Comimos en un restaurante italiano a las afueras de Greensay y después caminamos descalzos por la blanca playa; disfrutando del graznido de las gaviotas y escuchando el sonido de las olas rompiendo contra las rocas.

Entramos en el cine a ver una comedia. Nunca había ido al cine y aquella tarde pude entender por qué era tan famoso ese arte. Finalizada la película, acampamos en un parque, tumbados sobre la hierba y observando las estrellas que ya se dejaban ver al final del día. Aquel momento hizo que recordara los días en el rancho y sentí nostalgia por no poder pasar más tiempo allí. El silencio del atardecer manifestó en mi interior un malestar que había nacido días atrás y pensé en comentárselo a Nick.

— ¿Alguna vez has pensado en dedicarte a otra cosa?

— ¿Te refieres a dejar la base y buscar otra profesión?

—Sí. Mecánico, repartidor... soldador...

— ¿Por qué lo preguntas?

Me puse de lado y comencé a jugar con la hierba mientras hablaba. Comenzaba a refrescar y sentí que se me erizaba la piel.

—No se... a veces pienso que me equivoqué entrando en la base.

—Lo sé, y te lo dije. Que este no era lugar apropiado para alguien como tú.

—Pero es que esto me dará la oportunidad de vengarme —me excusé.

—Sabes lo que pienso sobre ese tema en concreto. —Contestó con firmeza.

—Reconozco que me dejé comprar por Shaper —dije, algo triste.

—Y ahora te arrepientes.

—Debería estudiar como todos los niños de mi edad. —Pensé en voz alta. La idea de ir a un colegio se me antojaba como algo espectacular. Poder conocer gente de mi edad; disfrutar de las actividades extra escolares... cosas que para otros niños eran un aburrimiento, para mi eran algo indispensables en la vida.

—Algo que a Shaper no se le ha ocurrido, desde luego —Nick se metió en la boca una brizna de hierba—. Debería tener más cuidado contigo, porque si le pillan con una menor en la base... se le acaba la carrera. —Suspiró lentamente—. Ojalá sucediera.

— ¿Por qué estás tan en contra de que esté en la base?

— ¿Porque ese no es lugar para un menor! —rebatí—. Algún día te arrepentirás, te lo aseguro.

— ¿Tú lo has hecho?

—No, nunca. Yo ingresé en la base a los diecinueve años. Era un crío pero sabía mejor que tú lo que quería.

Ambos callamos un instante. Los grillos comenzaron a frotar sus alas, emprendiendo el cortejo hacia la hembra y en los alrededores sonó una suave melodía que conseguía de aquel lugar más belleza.

—Yo soy madura y sé lo que quiero, Nick.

— ¿Tú que vas a ser madura? —Nick me miró con el ceño fruncido y una gran sonrisa en los labios—. Que seas tan inteligente no quiere decir que la sabiduría y madurez vengan incorporadas. Eso te lo da la experiencia. De momento no eres más que una cría resabiada —dijo con intenciones de chincharme.

— ¿Si? Pues para Joke no lo parezco, desde luego.

El Teniente observó durante unos segundos el gesto de desagrado que se asentó en mi rostro. Al mirarle, percibí que para él era el momento de hablar sobre ciertas cosas.

—No estoy de acuerdo con la actitud de Joke —comenzó diciendo. Le contemplé con intención de escuchar lo que estaba a punto de decir—. Jamás le había visto comportarse así y siempre diré que no es lo más apropiado para un soldado pero...— pausó un momento para pensar lo que iba a decir—Verás Jeriel, aunque antes haya dicho que eres una cría resabiada, no es lo que pienso en realidad. Ni yo ni nadie. Tus trece años son cronológicos pero emocionalmente parece que tienes más. —Enfatizó—. Tu frialdad y capacidad para enfrentarte a ciertos problemas, como por ejemplo los tres días que pasaste en el zulo, hacen que la gente te vea como una persona adulta. Y eso es lo que creo que le pasa a Joke; que no ve a la adolescente que eres, sino a alguien mayor. No me parece descabellado que se sienta atraído por esa parte madura que muestras en ocasiones —giró el cuello para mirarme con detenimiento y descubrí que me daba vergüenza lo que estaba comentando sobre mí. Esperaba que no lo notase—. No estoy diciendo que esté de acuerdo con su actitud; pero Joke no es tan mayor, después de ti es el más joven del equipo. Y es lógico que tarde o temprano acabe fijándose en ti. Eres muy guapa. Y eso atrae a los chicos.

Aquello me obligó a pensar de otra manera sobre mi compañero. Tras la última conversación que tuve con Joke me pareció diferente, parecía querer distanciarse de mí para evitar problemas después de la acusación que hice contra él.

—Puedo comprenderlo hasta cierto punto pero... en la base podría tener problemas si la gente acaba pensando que es un desequilibrado o peor, un pederasta.

—Pero no lo es, Jeriel. —Dijo, tajante.

—Ya, pero imagínate que un día se le cruzan los cables y me hace algo.

—Jamás te haría nada malo. No está enamorado de ti porque vive con los pies sobre la tierra. Pero cuando crezcas más, acabará rindiéndose a tus pies, te lo aseguro. Nunca te hará daño. De todas maneras, él es consciente de que apenas estás en edad para sentir nada por nadie, por lo que no creo que vaya más allá de un juego para incordiarte.

Noté un ardor suave sobre mis mejillas. Evitando que Nick lo viese, me puse boca abajo para disimular, pero mi silencio no hizo más que delatarme y me miró con una expresión fruncida. Escondí la cabeza bajo mis hombros y ese fue mi error, demostrando a Nick que había metido el dedo en la llaga y con una gran sonrisa ante lo descubierto se incorporó del suelo para sentarse.

— ¡No! ¡No me digas que ya piensas en chicos!

—Calla, que me da vergüenza.

— ¿Pero es uno en especial o todos? ¿Es alguien de la base?

— ¡Deja de preguntar! —respondí con malhumor fingido.

—Sabes que a mí me lo puedes contar.

Tras una breve pausa, accedí.

—Bueno, tengo trece años. Es normal que me fije en los chicos.

Nick levantó una ceja y aguantó las ganas de reír.

—Pues empiezas pronto.

—A veces pienso —mi sonrisa se apagó un poco— que mi cuerpo no va unido ni a mis pensamientos ni a mis sentimientos.

—Eso se puede discutir, desde luego —tomó la misma seriedad que yo y suspiró. Le miré confundida y aguanté la mirada hasta que conseguí que se explicase—. Me siento algo incómodo por decir esto, pero en los últimos meses has metido un buen estirón y tu cuerpo comienza a coger forma de mujer.

— ¿Sí, verdad?

—Sí. Hoy mismo he hablado con Carla para que venga contigo al pueblo un día y compréis cierta ropa para ti.

Instintivamente eché una mirada hacia mi pecho y comprendí porqué lo decía. El tamaño había aumentado considerablemente y estuve de acuerdo en comprar la ropa nueva. Sonreí mirando a Nick, sorprendiéndome de que supiera tantas cosas sobre adolescentes pero no quise saber el porqué. Tan solo me limité a sentirme orgullosa de que por una vez en mi vida alguien me tratara como a una hija y se preocupase por todo lo relacionado a mi crecimiento. Por fin, alguien me tenía en cuenta.

El invierno llegó sin previo aviso cubriendo la base con una gruesa capa de nieve, dándole un aspecto frío y solitario. Las pisadas en el suelo se mezclaban unas con otras, ensuciando el manto immaculado; aquel día el sol concedió unos rayos débiles, despertando el gorjeo de los pájaros que se posaban en las ramas de los árboles para beber el agua que caía al deshacerse la nieve; un sábado que parecía presentarse ocioso para muchos; sin embargo, otros aprovechaban para preparar la decoración de la navidad, incluso escribían cartas a sus familias, en busca de consuelo y dando una pizca de ánimos hacia los que estaban lejos. Algunos preparaban el petate ansiando marcharse de la base y desconectar durante los días de permiso.

En la habitación prevista para el ocio se levantaba una nube de humo sobre las cabezas de los jugadores. Una mesa de Póker repleta de fichas, cartas, ceniceros con cigarros a medio consumir y algún que otro recipiente de comida. Al fondo, la mesa de billar se mostraba enfadada por no ser aceptada como diversión ese día. Tres o cuatro soldados permanecían de pie, observando la partida que se daba esa tarde, a esperas de ver quien daba la baza más sorprendente.

Nick permanecía callado, sin dejar de mirar sus cartas, preparando su jugada. Siempre que jugaba procuraba mostrar un semblante serio e incapaz de reflejar sensación alguna. En realidad, ese era el as que guardaba bajo la manga, que nadie era capaz de saber que cartas podía tener. No se consideraba buen jugador y la suerte no siempre le acompañaba; pero los años de experiencia que le dieron los sábados durante dieciséis años le proporcionaba buenas manos. A pesar del peso que parecía tener entre los presentes su destreza con las cartas, no podía evitar sentirse ofendido por ver como yo me manejaba tan bien con un juego que acababa de descubrir.

—Voy —jugó a la vez que me miraba.

—Voy —Imitó Grace.

—Las veo y subo veinte —aposté.

—¿Estás segura? —preguntó algo confuso.

—Sí, claro.

—Es mucho dinero.

—¡Juega o calla! —respondí con aires de ganadora.

—De acuerdo, igualo la apuesta y subo otros veinte.

—Yo no voy, chicos —Grace dejó las cartas sobre el tapete y posó las manos detrás de la cabeza—. Menuda paliza.

—Las veo.

—Muy bien —repuso Nick. Una sonrisa comenzó a dibujarse en sus labios totalmente seguro de haber ganado casi cien dólares. Dejó a la vista su mano y disfrutó al ver como chasqueaba la lengua, apoyándose sobre el respaldo—. ¿Quieres que echemos otra? ¿O ya te he ganado todo el dinero que te he prestado? —nos miramos fijamente.

—Paso, ya me has fulminado bastante.

Al levantarme hacia la nevera para coger un refresco no pude evitar mirar a Joke. No había querido jugar, algo raro en él, y se mantenía apartado de todos junto con

Darkness; hablando animadamente. Estaba segura de ser la culpable de su actitud.

Abrí una lata de cola y me acerqué al sofá, sentándome en el reposabrazos con aire desenfadado y escuchando la conversación que se traían entre manos.

— ¿Qué vas a llevar puesto para esta noche?

—Ni siquiera sé que es lo que pasa esta noche, como para saber lo que me voy a poner —eché un trago al refresco y esperé a que alguien me contara que iba a ocurrir.

— ¿No te has enterado? —Darkness interrumpió en la conversación sin poder creer que nadie me hubiese dicho a qué se debía semejante celebración—. Nuestros soldados regresan de una misión que ha durado casi ocho meses en Omán.

— ¿Y por eso celebramos?

— ¡Pues claro! Cuando un soldado vuelve de una misión es como si regresara de la guerra.

— ¡Yuhuuuuuuuu! ¡Por fin ligaremos! —gritó Joke con emoción, estirando los brazos en el aire. A su lado dos soldados más jóvenes se unieron a su festejo personal y se abrazaron dando saltos.

—Pues supongo que no iré —continué diciendo, tratando de ignorar la alegría de los otros tres— porque no tengo nada que ponerme salvo el uniforme de faena.

—No te va a resultar tan fácil escaquearte, Jeriel —dijo Nick—. Me he encargado de comprarte algo para esta noche.

Ignorando las risas de los demás, fijé los ojos en mi Teniente y sonreí. Una vez más Nick estuvo a la altura de un padre atento.

— ¿Por qué tengo que ir?

—Porque no pienso perderme esta celebración, y no voy a dejarte sola en la base con los soldados de guardia.

—Puedo arreglármelas yo sola —insinué.

—Te vienes y punto. —Sentencio el Teniente.

Me puse de pie para salir de allí. Al pasar cerca de Nick, mostré mi carácter y protesté.

—Como para pedirte consejos.

Nick recogió el periódico actual y lo extendió para leer las noticias más destacadas. Sin levantar la mirada del papel dirigió sus últimas palabras hacia mí antes de que desapareciera.

—Salimos a las ocho; estés lista o no.

Frente al espejo del baño, mis compañeras y yo observábamos con desagrado el vestido que Nick me proporcionó para la noche de celebración. La prenda era de una tela tiesa y con forma acampanada que me llagaba por encima de los tobillos. El color era grisáceo y sin vida alguna. Carla meneó la cabeza negando lo que sus ojos estaban viendo.

— ¡A qué monja le habrá robado éste hábito!

—No lo hace a posta —le defendí; alisé la tela del escote que me llegaba hasta casi el cuello—. Solo intenta protegerme.

—Pues así no sales a la calle.

Se movió deprisa por el baño guardando algunas cosas en el neceser.

—Pero tengo que llevar algo, Carla. —Le hice comprender.

—Tú tranquila que Amanda tiene algunas prendas que te puedas poner.

Fruncí el entrecejo preguntándome qué clase de ropa utilizaría una mujer soldado para ir de fiesta. Me llevé una grata sorpresa cuando me mostró un vestido con un largo adecuado. Me quité deprisa el atuendo de Nick y corrí a ponerme el de Amanda. La gasa del vestido se deslizó delicadamente sobre mi cabeza hasta ajustarse en mi cuerpo. El color era burdeos, muy elegante, y en el escote nacían dos finas hendiduras que caían haciendo aguas. El traje realzaba mis curvas y ajustaba a la altura del pecho, dándome aspecto de alguien mucho mayor. No tenía calzado adecuado para combinarlo y tuve que ponerme los zapatos del uniforme de gala, pero incluso con ellos puestos me vi realmente bonita frente al espejo. Carla se acercó y me cepilló el pelo hasta dejarlo liso y suave. Apoyó las manos sobre mis hombros y dijo:

—Jeriel, esta noche Nick va a tener que hacer una guardia extra para que no se te acerque nadie.

Seguramente Nick se enfadaría por el cambio de vestimenta pero esa noche no me importaba en absoluto. Tomaría un par de refrescos y me sentaría en un rincón, lejos de todos, siendo ignorada y deseando serlo. Las fiestas no eran más que una forma de recordarme mi último cumpleaños y que Nick no se hubiese percatado de ello me decepcionó un poco.

Cuando salimos fuera del pabellón, muchos soldados jóvenes mostraron interés en mí, acercándose para hablar y tratando de parecer divertidos. Ser el centro de atención me animó y conversé con cada uno de ellos sin más intención. Al mirar hacia la derecha pude ver como Nick me observaba con censura; traté de centrarme en lo que decía uno de los chicos pero al ver que no dejaba de vigilarme, caminé hacia él.

—Suéltalo o reventarás —le dije en voz baja.

—Ese no es el vestido que te he comprado —aseguró con una falsa sonrisa.

—Sí, me he dado cuenta —sabía que lo mejor era seguirle la conversación cuanto pudiese o acabaría dándome un pescozón—. Este permite que respiren los poros de mi piel. Hoy estás muy guapo —le coloqué bien el cuello y la corbata para mostrarme amistosa; Nick no había terminado de amonestarme y apartó mis manos con un aspaviento.

—No voy a preguntar quién te ha dejado este vestido pero te aseguro que como te

vea coqueteando con los soldados te reviento la cabeza como a un coco.

Me reí ante tanta brutalidad.

—Sí, sí. Ríe. Pero te quiero ver toda la noche con los ojos mirando hacia el suelo.

—De acuerdo.

A los pocos minutos cuatro autobuses interrumpieron en el recinto; los soldados dejaron escapar la euforia que les dominaba sabiendo que la fiesta acababa de comenzar. Los más jóvenes subieron en tropel, ocupando los asientos y dispuestos a beber cuanto sus cuerpos aguantaran de pie. Nick me sujetó suavemente del brazo y se sentó en el asiento exterior. El alboroto que prepararon los soldados hizo que mirase hacia atrás para ver cómo se preparaban unos canutos de marihuana. Negando con la cabeza volvió a mirar al frente y cruzó los brazos. Yo no dejaba de sonreír al ver como mi protector sufría por no poder darles una reprimenda.

Los autobuses comenzaron a moverse, dando por inaugurada la fiesta. La gente aplaudió sonoramente, exclamando con vítores, dejando ver la necesidad de salir de vez en cuando a despejar la cabeza. Por un día dejábamos atrás los fusiles y los uniformes del campo de batalla. Por un día éramos civiles.

Joke permanecía sentado en la barra bebiendo con lentitud una soda con hielo. Para él todo tipo de diversión estaba más que lejos esa noche; llevaba dos horas pendiente de que los hombres no se propasaran con Jeriel. No podía evitar verla como un ciervo en plena época de caza, rodeada de más de cien acechadores dispuestos a llevársela como trofeo. Si alguien sabía de qué eran capaces los soldados en una noche de desenfreno, era él. Sabía que tras muchos meses lejos de las familias, apartados del mundo y privando sus cuerpos de diversión y sexo, la gente perdía el norte. Y era consciente del peligro que corría entre tanto hombre sediento de lujuria.

Se suponía que Nick se haría cargo de la situación pero nada más llegar a la carpa desapareció y no le quedó más remedio que mantener la vista fija en ella.

La muchacha decidió sentarse en un rincón, apartada de todo el bullicio que se estaba ocasionando, recostada en su silla y esperando a que la fiesta concluyera para poder marchar a casa. Para matar el tiempo echó un repaso a la carpa, buscando sus detalles. La buena iluminación le permitió ver con claridad como habían decorado con gusto optando por objetos navideños, incluyendo el árbol. Las cuatro paredes tenían colgadas un hilo de cable con bombillas diminutas de colores variados, que parpadeaban al son de los villancicos y las canciones que la orquesta cantaba. Los estandartes no faltaban, con la insignia dorada más preciada para los Navy SEALs; Los jardines no eran menos y también disfrutaban de farolillos de papel de seda colgando de los árboles, dando una luz tenue y romántica para pasear con el ligue de esa noche.

No obstante, todo aquello no le llamaba la atención a Jeriel. A su alrededor la gente estaba completamente borracha, hablando con las botellas de vino y champán vacías, a modo de mujeres comprensivas. Jeriel se negó a permanecer por más tiempo observando semejante decadencia y buscó a Darkness. Le pudo encontrar fumando y bebiendo un Gin Tonic junto con varios soldados más. Le tiró de la manga para llamar su atención y consiguió que éste la mirara.

— ¿Dónde están los soldados que tenían que regresar de la misión?

— ¿Cómo? —el ruido de las risas no le dejaron escuchar.

—Que dónde están los soldados que vuelven.

— ¡Ah, ellos! No te preocupes por eso. Vuelven mañana o pasado. ¡Depende de cómo ande el tráfico en el aire! —estallaron en carcajadas sin tener en cuenta la incomodidad de la joven.

— ¿Y por qué no les hemos esperado para celebrarlo con ellos?

—Chica, cuanto te queda por aprender —una mueca divertida de Darkness ensombreció el semblante de Jeriel—. Esto no es más que una excusa para salir a tomar unas copas.

— ¡Pero tu dijiste que cuando un soldado regresa se le trata como si volviese de la guerra! —llena de rabia dio un golpe fuerte sobre la barra y se marchó.

— ¡No te lo tomes tan a pecho, mujer! —Darkness continuó bebiendo y fumando con sus colegas, y pronto se le olvidó el tema.

Jeriel atravesó con paso rápido la carpa hasta el perchero y recogió su abrigo. Salió

hacia los jardines sin pensar dos veces a dónde le llevaría el camino de piedras. El frío abofeteó su rostro pero ni siquiera eso hizo que cambiara de opinión, continuando por el pasaje. A doce metros encontró a un soldado completamente borracho, abrazado a un árbol y llorando desconsoladamente. La imagen se le antojó triste y se preguntó cuál era la razón que le provocaba esas lágrimas, aunque pronto descubrió que el motivo era el mismo que le hacía sentir vacía por dentro: la soledad. Parecía estar escuchando las palabras de Nick, cuando insistía en decirle que algún día se arrepentiría de alistarse en la base. Pues bien, ese momento acababa de suceder. Y es que de una manera u otra, tarde o temprano, tenía que ver las cosas como eran realmente. Que fuera de la base no tenía a nadie a quien acudir. Dejó atrás al muchacho entre lágrimas para continuar por la empedrada, y a medida que avanzaba, más sola se sentía. Hasta que llegó a un punto en el cual descubrió que por mucho que recorriese no la llevaría a ese sitio que tanto ansiaba tener. No había un hogar donde la chimenea estuviese encendida, ni un hermano que avivara el fuego, esperando su regreso para abrazarla; mucho menos unos padres que la obsequiaran en navidades con algún regalo. No, en vez de eso estaba atrapada. Atrapada en un mundo de hombres y que, aparte de lo que pudo pensar un día, no le aportaba nada bueno. Las lágrimas se derramaron por sus mejillas, impidiendo que pudiese ver con claridad hacia donde caminaba. Tras limpiarse descubrió que se había alejado demasiado y terminó perdiéndose. Miró hacia todos lados pero no vio el paseo de piedras que podría indicarle el camino de vuelta. En vez de eso descubrió a Joke a lo lejos; permanecía erguido al lado de un árbol y con las manos guardadas en los bolsillos. De manera instintiva, miró a su alrededor, tal vez buscando un lugar por el cual huir pero tan solo veía los árboles perdiéndose en la oscuridad de la floresta. Joke avanzó entre la distancia que les separaba de manera cuidadosa para no asustarla. Cuando llegó hasta ella pudo descubrir que sus ojos derramaban lágrimas.

—No deberías andar sola por aquí.

— ¿Me has seguido? —su interés se centró en él en vez de darle prioridad al hecho de haberse separado demasiado de la gente.

—Claro que te he seguido. Esta noche estás haciendo muchas tonterías —observó con ojo crítico su indumentaria de esa noche para demostrarle que esa era una de ellas. Intentó acercarse más a ella pero ésta retrocedió instintivamente.

—No debes temer; no voy a hacerte nada.

— ¿Entonces por qué me has seguido?

—Porque te has alejado demasiado y no quiero que te ocurra nada —fijó sus ojos en el suelo, esperando que la muchacha se relajara y después volvió a mirarla—. ¿Por qué lloras?

Jeriel le dio la espalda para evitar que la viese sollozar pero lo cierto era que, ahora que se sentía acompañada, sus ganas de gritar por la vida tan devastadora que había llevado crecían por momentos.

—Mi vida es una mierda —dijo con desprecio. Esperó a que Joke le dijese lo contrario, tal vez animarla, pero guardó silencio, deseando que explicase por qué; así que se vio alentada a hacerlo. Se dio la vuelta para mirarle a los ojos y sacó cuanto tenía dentro—. Desde que entré aquí no he hecho más que meter la pata. He confiado demasiado en mi misma. ¿Y que he conseguido? Sentirme más perdida. ¿Me he creído

superior a todos pero lo cierto es que mis habilidades no me convierten en alguien mejor! —El sollozo se hizo más fuerte a medida que se desahogaba—. ¡Ni siquiera ese deseo de venganza me hace sentir más viva!

Joke escuchó cada una de sus palabras, sintiendo la pena que llevaba a la muchacha porque en más de una ocasión él también había sentido ese dolor tan profundo.

—Ni siquiera tengo a donde ir... estoy atrapada en este lugar del demonio ¡y mis expectativas de poder salir son escasas! —estalló de nuevo en lágrimas.

—Tal vez... —medió Joke con la intención de animarla— tal vez cuando seas mayor de edad puedas marcharte.

— ¡A donde! —exclamó—. No tengo donde ir... ni tengo familia, ni dinero. ¡No tengo nada!

Joke se sintió contagiado por la pena que causaba Jeriel y se acercó para abrazarla, y que supiera que no estaba sola. Dejando a un lado las diferencias que pudiese haber entre ellos, la joven accedió a su muestra de comprensión y se aferró con fuerza a su abrigo, escondiéndose en su pecho. Apoyó su barbilla con tristeza sobre la cabeza de Jeriel y pensó en una manera de retirarse sin ofenderla, por miedo a que alguien les viera. Lo habría hecho de no ser porque notó el calor de su aliento sobre su cuello, estremeciendo todo su cuerpo y despertando un fuego que tan solo le traería problemas. Echó el cuello hacia atrás, luchando por huir de allí y dejar de sentir el calor que su piel emanaba; cerró los ojos y se movió para alejarse, pero de pronto sintió los labios de Jeriel posarse sobre los suyos y advirtió como el placer despertaba y recorría por su cuerpo como un río acaudalado. Cediendo al poder de un beso, su lucha por huir se vio rendida. Abrió suavemente la boca y deslizó con cuidado la punta de su lengua, sin pensar que era lo que estaba haciendo. Si un simple beso no tuviese tanta fuerza sobre las personas Joke habría reparado en como Jeriel cedió ante la dulzura que estaba demostrando, permitiendo aquella caricia. Sus bocas bailaron bajo la tenue luz que les llegaba de los farolillos, y la luna, siempre presente, les bautizó con su sonrisa. El placer despertó en Joke la pasión de un hombre con restricciones durante mucho tiempo y abrazó a Jeriel con fuerza, besándola con formidable pasión. Olvidó por completo a quien tenía entre sus brazos y de los problemas que podría acarrearle esa situación de verles alguien. Lo olvidó todo para dejarse llevar por aquel inmenso placer. Notó el fuerte palpitar del corazón de Jeriel y si hubiese abierto los ojos habría visto —y no solo sentido— como le abrazaba de la misma manera. El batir de alas de algún pájaro nocturno le desconcentró, encendiendo un botón rojo en su cerebro y devolviéndole a la realidad. Como si estuviese abrazando una columna de metal ardiendo se apartó bruscamente de su lado y le dio la espalda para evitar encontrarse con sus ojos. Se llevó las manos a la cara y comenzó a injuriar sobre su propia persona.

—No puedo creerlo... como he podido... ¡seré hijo de puta!

Sin embargo, Jeriel se sentía libre y envuelta en un aura de placer; sus labios palpitaban de deseo, incitándola a repetir. Se acercó lentamente hacia Joke y trató de rodearle con sus brazos, pero Joke se apartó de nuevo.

— ¡No! —gritó alarmado—. ¿Pero qué haces? ¿Te has vuelto loca? ¿Por qué me has besado? —La actitud de Jeriel provocó el enfado en Joke—. ¿Quieres que me metan en la cárcel?

— ¡No! —exclamó. De pronto sintió una vergüenza atroz al encontrarse con los ojos azules de Joke—. Pensé... que buscabas esto al seguirme hasta aquí.

— ¿Qué? ¡Yo no te he seguido por eso! Pero ¿por quién me tomas? —La mirada retraída de Jeriel no consiguió que Joke se tranquilizase, sino que la observó un momento hasta que decidió hacerle una pregunta que despertó sus sospechas—. ¿Por qué me has besado, Jeriel? ¡Tú me odias! ¡Desde el primer día! —se le ocurrió un porqué tan descabellado que palideció—. Sé lo que intentas... ¡Pretendes decirle a todos que he intentado aprovecharme de ti!

— ¿Qué? —gritó ella.

— ¡Lo tenías planeado! ¡Quieres vengarte por todas las humillaciones que te he hecho pasar!

— ¡Te has vuelto loco! —dijo crispada—. ¡Yo no pretendo vengarme de nada! ¡Si lo quisiera hacer no utilizaría estas artimañas!

—No... ¡Tú! ¡Tú estás loca! Vas a acabar conmigo, ¿verdad? —Caminó deprisa hacia ella y le agarró con fuerza del brazo—. ¡Es eso lo que quieres!

Jeriel trató de librarse de su mano zarandeándose pero lo único que consiguió fue hacerse más daño del que ya le hacía él. Le gritó que le soltara pero Joke estaba perdiendo los estribos por momentos al sentirse ultrajado. Tuvo que decidir hacer algo deprisa o las cosas se pondrían más feas de lo que ya estaban, así que agarró la barbilla de Joke con determinación y le miró con decisión.

— ¡Escúchame! —Joke trató de apartarle la mano pero ella no lo consintió—. ¡No! ¡Escúchame! Deja de inventar historias en tu cabeza porque no he pretendido en ningún momento nada de lo que dices. Solo me he dejado llevar por el momento exactamente igual que tú. —Le soltó al ver que se tranquilizaba—. Lo mejor es que olvidemos este error y no se lo contemos a nadie. —Respiró más templada y decidió ser sincera—. Además, yo no te odio.

— ¡Venga ya, Jeriel!

— ¡Es cierto! No voy a negar que durante mucho tiempo me has caído fatal... pero las cosas han cambiado últimamente —se sobrecogió al darse cuenta de lo mucho que habían cambiado y continuó—. Sí, han cambiado. —Sus ojos se posaron unos segundos en el manto verde que crecía del suelo y después se irguió, estirando el cuello y levantando la barbilla para resultar impasible—. ¿Vas a quedarte ahí, martirizándote por lo que ha pasado? ¿O me vas a acompañar hasta la carpa?

El soldado la miró fijamente, absorto en sus pensamientos, abrumado aún por lo sucedido. Tras pasarse una mano por el rostro se giró un poco, reaccionando.

—Si... vamos.

Caminaron uno al lado del otro sin mediar palabra hasta que encontraron el camino de piedras que les conduciría de nuevo a la fiesta. Joke mantenía la vista en el suelo, incomodo por lo sucedido; sin embargo, Jeriel mantenía la mirada fija en el frente, sin una mueca en su semblante.

—Siento haber perdido la cabeza —se disculpó Joke manteniendo el tono de voz bajo.

— ¿Cuándo? —Preguntó Jeriel—. ¿Cuándo me has estrujado contra ti mientras me absorbías o cuando me has acusado de ultraje?

El joven se paró en seco, confundido.

— ¿Cómo puedes mostrar tanta frialdad después de lo que ha pasado? ¡Haces que me sienta incomodo! Como si me hubiese aprovechado de ti.

—Pero no lo has hecho —repuso ella—. Esto ha sido cosa de dos —pausó un instante, escuchando cómo la suave brisa traía el bullicio de la fiesta—. Y nadie debe enterarse de esto.

Joke chasqueó la lengua.

— ¡Intento decirte que me siento mal, Jeriel!

—Joke —le miró indiferente a sus últimas palabras y le dijo—: ¿Quieres que te sometan a un consejo de guerra?

—No —solo pensarlo le estremeció.

—Pues entonces —se levantó el cuello del abrigo para resguardarse del frío— ya puedes fingir que no ha pasado nada porque será la única forma de que te libres.

El día de Navidad llegó y en la base se masticaba el espíritu tan común en estas fiestas. Nevó durante toda la noche levantando una gran capa de nieve que cubrió la entrada de los pabellones. Con la gran nevada llegaron los soldados de Omán y se preparó una gran bienvenida en la sala de actos. El ponche y los entrantes desaparecían de las mesas que colocaron al final del salón. La música que sonaba era suave y melódica, y todos vestíamos el uniforme de paseo para dar la bienvenida.

Sin embargo, yo no acudí a la fiesta. Después de mi anterior experiencia decidí evitar un nuevo encuentro para celebrar algo que no tenía que ver conmigo.

Sentada en mi litera, desenvolví los regalos que me habían hecho mis colegas de equipo. Ver cuatro paquetes envueltos con el mismo papel me hizo imaginar a los cuatro peleándose con el celofán para empaquetarlos y que quedasen vistosos. Elegí el más grande y pesado y retiré el papel. Resultó ser un libro muy grueso titulado *El señor de los anillos*. Dentro del libro encontré una tarjeta navideña con un paisaje de una casa nevada. Al abrirla reconocí la inconfundible letra de Grace:

Cuando leas este libro descubrirás que hubo otras personas que también aguantaron una carga muy pesada. Tal vez en estas páginas encuentres la fuerza de voluntad necesaria para sobrellevar la tuya.

*¡Feliz Navidad!
Con cariño: Grace*

Tras ojearlo un momento lo dejé a un lado para coger otro regalo, también pesado pero pequeño y redondeado. En su interior me encontré un pisapapeles de cristal con la catedral de Oviedo en medio. Agité la esfera y de pronto se vio repleta de trocitos blancos simulando la nieve. Abrí el sobre para leer su tarjeta y sus palabras me llegaron al corazón.

Nunca olvides de donde procedes. La tierra donde naces te da la personalidad. Y tú tienes mucha. No la derroches con aquel que no la merece.

*Feliz Navidad.
Darkness*

Recogí otro regalo y al abrirlo arqueé una comisura. Era un marco con una foto de Nick y mía en el rancho. Nos la hicimos a un metro de distancia y estaba desenfocada pero era muy divertida. Volví a sentir nostalgia por aquellos días pasados. Dando un suspiro busqué la tarjeta de felicitación de Nick pero no encontré ninguna. Me quedé extrañada; deseaba algunas palabras de mi amigo, aunque fuese una amonestación diciéndome que me esforzase más en el entrenamiento.

Decidí abrir el último regalo que supuse era el de Joke. Tras quitarle el papel encontré una caja de madera de cedro alargada, rodeada a lo largo del ancho con una fina línea dorada. Al abrirla encontré lo más bonito que había visto en mi vida: la réplica en miniatura de una espada samurái; revestida con una fina tela de organza de color rojo para protegerla. La aparté y cogí la miniatura entre mis dedos. No debía de

medir más de diez centímetros pero era tan bonita como las auténticas. Parecía de plata y la empuñadura tenía piedras engastadas de colores que se reflejaban en mis ojos. En la hoja había inscrito algo en japonés que no supe leer. Busqué la tarjeta y la abrí. Tan solo hallé dos renglones:

*Olvidemos el pasado.
Feliz Navidad.
Joke.*

Aparté hacia un lado todo menos la espada y me tumbé sobre la cama. Continué mirando la réplica, dándole vueltas con los dedos para que se reflejaran en mi rostro sus diferentes colores. Fijé la mirada en el techo y suspiré. Que confusa me sentía de pronto con Joke. Hasta hace unos días mis sentimientos hacia él eran pura aversión y ahora le veía tan distinto... siempre me había tratado fatal, humillándome, y de pronto todo había cambiado. Le sentía más cerca y comprensivo. Como el día de la fiesta, aquella noche estuvo tan comprensivo que me dejé llevar por unos sentimientos que desconocía en mi interior. Aquel beso, la manera en como cedimos a esa locura y nos aprisionamos con la fuerza que nos dio el placer. Al recordarlo, un calambre atravesó todo mi cuerpo obligándome a preguntar por qué él y no otro. ¿Por qué Joke precisamente para descubrir la sensación de la atracción? ¿Por qué un hombre que me doblaba la edad para disfrutar del primero de tantos placeres por explorar? No lo supe, pero con ese beso sentí que estaba preparada. Ya no era una niña. Atrás había quedado esa chica temerosa, aquella que aún era tratada como alguien que debía ser protegida. Consciente de mi potencial y de cuanto podía usarlo en beneficio si lo deseaba. Pero ese no era el asunto a tratar. Lo que me martirizaba era Joke y por qué ahora me agradaba pensar en él. Volví a mirar su regalo y suspiré.

La puerta de la habitación se abrió, sobresaltándome; Nick entró bruscamente en ella y puso un gesto de paciencia al verme allí tumbada.

—Imaginé que estarías aquí. ¿Qué haces?

—Abrir los regalos. Gracias por la foto —le dije con una sonrisa de agradecimiento.

—Me alegra que te haya gustado. Pensé que desearías tener un recuerdo del rancho.

—Pero no tiene tarjeta —le puse pucheros.

—Esas cosas no se me dan bien. —Dio una palmada para zanjar esa conversación

—. Baja de ahí, tienes que venir a la fiesta para presentarte al resto del equipo.

—No quiero ir. —Dije tajante.

—¿Por qué?

—No se me ha perdido nada allí.

—Jeriell, estás muy poco sociable —me reprochó.

Puesto que no tenía excusa para no ir salvo un “no me apetece” me llevó hasta la sala de actos donde todo el mundo sonreía y comía. Charlaban animadamente, supongo que sobre las muchas guerrillas que habían vivido, las heridas de bala que recibieron y las catástrofes que sus ojos pudieron ver en sus cortas vidas. Caminé lentamente al lado de Nick en dirección a nuestros compañeros de siempre, pero esta vez estaban acompañados por tres desconocidos. Reían como nunca les había visto. Darkness agarraba por el hombro a uno de ellos, algo bajito, no dejaban de sonreír y

se me contagió su expresión. Giré el cuello hacia la derecha y observé al General Shaper acompañado por un grupo reducido de varios hombres vestidos de gala.

Y entonces el tiempo se paró para mí. El oxígeno desapareció. La gente dejó de existir en esa sala y noté como mi cuerpo pesaba más de lo normal y mis pulmones se cerraban. El corazón comenzó a dolerme hasta no soportarlo y sentí morir. Y el porqué estaba a veinte metros de distancia. Escuché como una voz lejana me llamaba por mi nombre. Deseaba gritar auxilio pero la confusión y el pánico no me dejaban, sintiendo que me hundía en un mundo sombrío como la muerte. Fue cuando noté que alguien me sujetaba por detrás antes de que cayera al suelo y volví a sentir que mis pulmones se abrían, advirtiéndome como se llenaban de aire. Cuando fui consciente de todo a mí alrededor descubrí a Nick sujetándome con el semblante asustado.

— ¡Jeri, que te ocurre! —pude escucharle decir.

—No puede... ser... —balbuceé.

Mis ojos, desorbitados por el pánico, miraban al soldado que permanecía al lado de Shaper. No todo el mundo en la sala se había dado cuenta de mi estado pero poco a poco se alarmaron, creando un corrillo que no hizo otra cosa sino agobiarme más. Pero yo solo tenía ojos para él.

—Es imposible... —continué diciendo—. No puede... ser —levanté un brazo e indiqué con un dedo hacia el soldado. Para entonces todo el mundo estaba pendiente de mí, incluido *él*. Nick y el resto de mis compañeros giraron sus cuellos hacia donde mi mano indicaba y Nick no tardó en preguntar.

— ¿Quién es? ¿Qué ocurre? ¡Por dios, contesta! —me gritó, zarandeándome.

— ¡Jerieeeeeeeeeeeeeeeel!

Aquel grito hizo que todo el mundo se volviese hacia el dueño de la voz, que se había percatado de mi presencia y comenzó a caminar deprisa hacia mí. Traté de ponerme de pie con la misma rapidez para huir de allí cuanto antes pero Nick me sujetó con la intención de descubrir que estaba sucediendo de una vez por todas. Al ver la gravedad del asunto, el terror que leía en mi rostro, llevó una mano a su espada decorativa.

— ¡Jeri, quien es! ¿Quién es?

—Es... él...

— ¡Quien!

—Es...mi... ¡Mi hermano!

La lucha entre levantarse y quitarse a Nicolas de encima no ayudaba para nada a Jeriel, que no dejaba de mirar al que decía ser su hermano. Meses atrás, para mí habría sido divertida la situación y habría disfrutado metiéndome con ella, pero ahora mismo me daban ganas de acercarme y apartar a todos de un manotazo para que la dejaran en paz. Su rostro escarlata revelaba una mezcla de odio y vulnerabilidad que reflejaba el estado en que se encontraba emocionalmente. Me puse al lado de Jeriel y contemplé más de cerca cada movimiento que se daba en aquella sala. Marcos dando empujones para llegar a su hermana; Nicolas apartándole de ella, en su afán de protegerla hasta la muerte. Jeriel crucificándolo con su mirada. Darkness con los ojos abiertos por no comprender nada. La gente boquiabierta ante semejante espectáculo. Grace con la mirada perdida en alguna copa de ponche. Y Shaper con los ojos inyectados en sangre ante tanta satisfacción...

— ¡Dejarme abrazar a mi hermana! —vi como intentaba hacerse paso entre el gentío pero Nicolas trató de impedirselo a toda costa—. ¡Jeriel, dime que eres tú!

— ¡Espera, espera! —Mi Teniente y amigo sujetó a Marcos de los hombros—. ¿Tú, su hermano? ¡Pero si te conozco desde hace años! ¿Cómo es posible?

Pero Marcos no le escuchó, escabulléndose de él. Al alcanzarla intentó rodearla con sus brazos pero al contrario de lo todos pudimos esperar, Jeriel le empujó.

— ¡No me toques!

Marcos se quedó petrificado al escuchar decir eso; no sé cuánto tiempo llevaban separados pero por lo que parecía, varios años, Marcos esperaba un abrazo, sin embargo lo que recibió fue el rechazo delante de la gente.

— ¿Pero qué te ocurre? ¡Soy yo! ¡Tu hermano! —exclamó suplicante.

— ¿Mi hermano? ¿Mi hermano? —Volvió a empujarle con más brutalidad—. ¡Sí! ¡Mi hermano! El que salió corriendo y no miró hacia atrás, dejándome a la suerte con esos dos psicópatas. El que se olvidó de su hermana mientras ésta necesitaba ayuda. ¡Y yo pensando que a lo mejor estabas muerto! ¡Te marchaste sin mirar atrás, Marcos! ¡Ese es mi hermano! —parecía que Jeriel llevaba mucho tiempo deseando decir aquello y que, ahora que le tenía delante, estaba dejando salir un resentimiento aletargado por mucho tiempo.

Y sus duras palabras estaban haciendo huella en Marcos, que tenía el rostro de color carmesí. Estoy seguro que le habría gustado esconderse bajo una de las mesas repletas de canapés o mejor, tener esa discusión en una habitación a solas pero el estilo de Jeriel era decir las cosas delante de todos. Yo lo sabía mejor que nadie. Bajo la mirada acusadora de Jeriel, agachó la cabeza y esperó a que dejara de gritar para poder decir algo.

—Por favor, hablemos de esto en privado.

— ¿Hablar? —Enarcó la comisura con cinismo—. No hay nada de qué hablar. En lo que a mí respecta, llevas tres años muerto.

Tras su sentencia que a todos nos dejó boquiabiertos, Jeriel dio media vuelta y caminó hasta desaparecer de la sala.

Trascurrió un buen rato antes de que Nick y Joke me encontraran en la habitación, en un rincón, limpiándome el mar de lágrimas que surcaban por mis mejillas. El Teniente se acercó hasta mí de manera cautelosa e intentó acariciar mi largo pelo pero me aparté bruscamente.

—No me toques —sorbí la nariz después de mirarle de reojo.

—Debes escuchar lo que Marcos tiene que decirte... hay toda una historia detrás de todos estos años.

—Que se muera... —dije con gran resentimiento.

—Con esa actitud no vas a ninguna parte —intentar razonar conmigo en un momento así era de locos, y Nick lo sabía—. Hemos estado hablando con él y te aseguro que el chico lo ha pasado muy mal.

Me puse de pie con movimientos violentos.

— ¿Y cómo se supone que tengo que responder a eso? —grité—. ¡Te recuerdo que es a mí a quien intentaron asesinar en un sacrificio!

— ¡Haciéndote la víctima no vas a conseguir nada! —medió Joke sintiéndose crispado con mi actitud.

Le miré de arriba abajo con escrúpulo.

— ¡Tú cállate que nadie te ha pedido hablar!

— ¡No! ¡La que se tiene que callar eres tú! Siempre te quejas de que te tratan como si fueses una niña. ¡Pues deja de comportarte como tal y enfréntate a los problemas como lo haría un adulto! ¿O ahora si te vas a refugiar en tus trece años? —Le miré humillada ante el peso de sus palabras—. Habla con él. ¡Está destrozado! Ha sido tan doloroso para él como para ti.

— ¿Si? ¿Eso te ha dicho? —Sonreí divertida, olvidándome de las palabras anteriores de Joke—. Y si tan destrozado estaba, ¿por qué no regresó a por mí?

— ¡Porque te creía muerta!

Guardé silencio.

—Eso es mentira.

—Yo le creo Jeriel —aseguró Nick—. Lo que nos ha contado... tiene mucha lógica. Pero no seré yo quien te lo cuente. Tienes que escuchárselo decir a él.

Les miré sin poder creer que no estuviesen de mi parte. De Joke no me dolió tanto pero Nick... me partió por dentro que no me diese el apoyo que tanto necesitaba en ese momento. Las lágrimas me empañaron los ojos y la ira llenó mi corazón, lo que me llevó a decir cosas de las que tal vez me arrepintiese después.

—Mi hermano me abandonó. Si un hubiese sido por mis habilidades habría muerto. No quiero saber nada de él ni de su sufrimiento.

La discusión fue interrumpida por la presencia de Marcos con el rostro compungido a esperas de ser recibido por mí. No hizo bien en mostrar esa actitud pues me envalentonó. Aparté con un empujón a los dos y caminé hasta mi hermano. Me tomé mi tiempo en observarle y ver cuánto había cambiado en los últimos años. Su tez estaba más oscura gracias al sol y mostraba un corte de pelo que, junto con el traje de paseo, le realzaba la belleza que ambos habíamos heredado de Angélica. Con aire

déspota repasé a mi hermano de arriba abajo y decidí humillarle más.

—Que elegante vas. Se te ve sano, ¿sabes? ¿Has ahorrado mucho dinero con este trabajo? Debes vivir de puta madre con los ahorros. Lo que me lleva a pensar que mientras tu vivías aquí a todo tren yo tuve que aguantar tres años más de palizas y un intento de asesinato. Porque creo que no te has enterado —solté una risotada falsa—; justamente cuando saliste corriendo como el cobarde que eres, ¿sabes qué fue lo que me hizo tu madre? —me acerqué escrupulosamente a él para intimidarle—. ¡Me rompió la espalda en dos!

Nick y Joke alzaron el cuello al sorprenderse de una información que desconocían. Marcos derramó de sus ojos unas lágrimas que no me convencieron.

—Pero lo más escalofriante de todo fue lo que me dijo después, cuando me levantó en vilo y yo me quejé del dolor que sentía —continué sonriendo con malicia—: “Que más te da, si dentro de unos días te recuperarás”.

—Jeriel... por favor... —me suplicó Marcos.

— ¡No, no, no! Espera, que aún hay más. —Las ganas de contarle todas las cosas que me habían ocurrido por su culpa eran tan grandes que no permití siquiera que hablara—. Tus padres me odiaban tanto que cuando decidieron deshacerse de mí lo hicieron a lo grande. ¡Intentaron matarme en sacrificio! —Comencé a jadear con fuerza y por fin exploté de rabia—. ¡Maniatada a una mesa con grilletes y a punto de ser acuchillada por un psicópata! ¡Vaya! Por tu mirada de sorpresa diría que no sabías nada de esto. ¡Pero qué injusta es la vida! ¡Que yo tuviese que soportar estas cosas solo porque mi hermano fue un cobarde!

— ¡Yo no sabía que iban a hacerte todo eso!

— ¡Si te hubieses quedado no habría ocurrido nada de aquello! ¡Cómo te atreves ni siquiera a excusarte! Eres patético —me falló la voz al venir el llanto y me marché de allí deprisa.

Mis pasos me llevaron hasta la vigía, cerca del gimnasio, donde la línea del horizonte se veía clara y de un color naranja, mezclado con el del azafrán. Donde el mar jugaba con uno y permitía ver el principio de su inmensa belleza. Allí, mirando hacia la lejanía. Fue donde desprecié a mi hermano. Porque tarde o temprano muchas personas en la base se preguntarían cómo era posible que ambos hubiésemos terminado en la misma base, en Canadá. Cómo terminé yo en ese país no tenía respuesta, pero qué hacía Marcos en la base sí lo sabía. Maldito el momento en el que no encajé antes las piezas. Y maldito él. Maldito por no volver a buscarme. Maldito entre todas las cosas.

Nunca llegué a comprender por qué había bañeras en los servicios pero aquel día me vinieron de perlas para darme un baño con mucha espuma y poder relajarme. Al entrar, el olor a humedad mezclado con el de jabón llenó mis pulmones. Caminé arrastrando los pies, ahora que no me veía McNair, y llegué hasta mi taquilla de donde saqué gel, un uniforme limpio y dos toallas de diferente tamaño. Me di la vuelta y fui directa hasta la bañera, abrí el grifo y me senté en el borde, mirando hipnotizada el chorro burbujeante de agua caliente. Mis pupilas se dilataron mientras pensaba en la traición de Marcos y la desfachatez que tuvo en pensar que le perdonaría sin más. También pensé si Shaper sabía algo de todo esto, si él estaba al tanto de que Marcos era mi hermano. Cerré los ojos y suspiré fuertemente.

Eché de prisa un buen chorro del gel que no tardó en convertirse en espuma. Me agarré el pelo por mechones hasta que lo tuve todo sujeto y lo apreté en círculos hasta que conseguí hacer un moño sólido. Por fin pude quitarme aquel uniforme del diablo que tanto me agobiaba, dejando mi cuerpo en libertad. Al meter el pie en el agua me estremecí y no tardé en sumergir el resto, disfrutando de esa caricia que me daba la espuma. Cerré los ojos de puro placer al notar como mis músculos se relajaban y pensé que no estaría mal hacer lo mismo pero en un hogar propio. Alargué una mano hacia una de las toallas y cogí la más pequeña. La empapé y me la puse sobre los ojos, relajándolos y permaneciendo quieta. Intenté dejar mi mente vacía de pensamientos, pero Marcos parecía no querer marcharse de mi cabecita. Resoplé enseñando los dientes al volver a pensar en él. Y pensé en la bofetada que deseaba darle de no ser porque me abrirían un expediente por golpear a un soldado sin razón.

Aún con la toalla en los ojos, me erguí un poco al escuchar cómo la puerta del baño se abría, sin embargo, quien fuera no medio palabra alguna. Pero me resultó incómodo. Me apetecía estar sola. Volví a apoyar la cabeza en el borde de la bañera y respiré gradualmente. Di un respingo al percibir que la persona que había entrado se sentaba cerca de mí. Retiré de prisa la toalla de la cara y me sorprendí al ver a mi lado a Joke.

—Pero ¿estás tonto? ¡Este es el baño de las chicas! ¿Tú cerebro puede percibir que me estoy bañando?

—Mi cerebro puede percibirlo pero lo ignora con tranquilidad —respondió sin darle importancia.

—¿Se puede saber qué quieres?

—Es obvio. Saber cómo estás.

—¿Y tienes que entrar en el baño de las mujeres para preguntármelo?

—Parece que cuando estas delante de más personas te pones como un basilisco, así que —se estiró un poco para aparentar que había ganado la partida— he pensado que aquí estaríamos mejor.

—A veces me pregunto que hay dentro de tu cabeza. —Pausé un momento, asegurándome de que no se me viera nada tras ningún agujero que dejase la espuma—. Estoy bien.

—No es cierto. Estás echa mierda y necesitas desahogarte con alguien.

— ¡Ah, ya veo! Y crees que ese alguien eres tú. ¿He de recordarte que la última vez que me desahogué contigo acabamos besándonos?

Joke contuvo la respiración ante mi pregunta.

—No querrás que ocurra de nuevo, ¿verdad? Porque si es así... eres más tonto de lo que pareces.

El soldado me miró con los ojos entornados, deduzco que harto de ser insultado.

—Vamos a ver. Creo que tengo que aclararte un par de cosas. —Se colocó de manera que estuviese más cómodo y se tocó la nariz, me hizo gracia ese gesto—. Sé que tu hermano te ha jodido la vida apareciendo de pronto pero no te da derecho a pagarlo con todo el mundo. Te recomiendo que no te cierres en banda por lo ocurrido porque eso te perjudicará. Eso por un lado. Por otra parte, deja de pensar que cada vez que me acerco a ti pretendo acostarme contigo o algo así porque te sorprendería saber que eso jamás ha pasado por mi mente. Lo que ocurrió, aparte de ser un error, fue una tontería y no le he dado más importancia de la que tiene; cosa que tú tampoco debes hacer. —se inclinó un poco hacia mí—. Deja de verme como ese pretendiente pervertido que crees que soy porque jamás he tenido interés en ti.

Imité su gesto y me acerqué a él.

— ¡Eso es mentira y lo sabes! —le reproché.

—No, no es mentira —negó con la cabeza a la vez que sonreía.

—Sabes que sí. Tu forma de besarme el otro día te contradice —apoyé de nuevo la espalda sobre la porcelana de la bañera y lancé mi estocada final—. Tú sientes algo por mí.

Joke resopló.

—Eres muy joven. No puedes atraerme. —dijo intentando convencerse—. Si fuese así... ¿sabes en que me convertiría?

—Ambos sabemos que no me ves como una niña de trece años —el semblante de Joke se transformó al oír mis palabras—. No quieras engañarme. Ni tampoco te engañes a ti mismo. No ganas nada haciéndolo.

Joke cruzó los brazos en el borde de la bañera y descansó la cabeza sobre estos, a escasos centímetros de mi mano. Pasamos un par de minutos en silencio. Un tiempo que ayudó a Joke a pensar lo que iba a decirme y que esperaba que no acabase en discusión.

—No sé qué piensas de mí. —Comenzó—. Ni si quiera sé que es lo que piensan mis compañeros de mi comportamiento, pero esto jamás me había ocurrido. Estoy muy confuso —levantó la mirada hacia mi esperando una respuesta pero tan solo le mostré el rostro de alguien que le escuchaba con atención. Eso le reconfortó—. No es agradable luchar por estos sentimientos. Hace un tiempo mi único cometido en esta vida era incordiarte cuanto pudiese pero cuando diste el estirón comencé a verte de otra manera.

Me habría gustado decirle que a mí me pasaba exactamente lo mismo pero pensé que no era buena idea interrumpirle. Seguí escuchándole porque en muchas cosas me sentía identificada con las palabras de Joke.

—Cuando te miro, veo el cuerpo de una adolescente que muestra madurez para algunas cosas. A veces me dejas alucinado —volvió a pausar y levantó la cabeza—. Aunque otras veces te mereces un sopapo bien dado. —Sonrió al ver como yo giraba

la cabeza hacia otro lado ignorando su comentario—. Sin embargo, no puedo evitar sentirme sucio, un degenerado. Jamás he soportado los abusos a menores y no voy a ser yo quien los ponga en práctica.

—Espera un momento —le interrumpí—. Estas mezclando cosas. Ni eres un perverso ni has abusado jamás de mí. No es para tanto, Joke.

— ¿Qué no es para tanto? Jeriel, ¡te besé! ¡Te he acosado!

— ¡Eso no es cierto! —negué enérgicamente—. ¡Yo te besé a ti! ¿Y cuándo me has acosado tú a mí?

—Lo hice, Jeriel. —Susurró avergonzado. Escondió la cabeza entre sus brazos dándose golpecitos contra la bañera de forma cómica.

— ¿Cuándo?

—Cuando nos conocimos en el rancho de Nick —apenas se le oía con el rostro oculto.

—Umm... ya recuerdo —dije asintiendo con una sonrisa—. Estabas como una caba, Joke. Y te recuerdo que llevaba un arma en la mano. Todos estábamos un poco pasados de cuerda ese día.

Joke descubrió su rostro y me miró.

— ¡Pero fue acoso!

— ¡Qué dices! —Me echó a reír—. Estabas en actitud defensiva. Yo no lo considero acoso.

Se puso serio y encogió los labios.

—Con esto no me ayudas. No quiero sentir atracción por una menor.

—Pero, ¿por qué?

—Porque el sistema jurídico me pone la etiqueta de pederasta. Y no la quiero.

— ¿Y qué etiqueta me pondrían a mí? —pregunté instintivamente—. ¿Qué se supone que soy yo? ¿Una golfa?

— ¿Y por qué deberían ponerte tal etiqueta?

—Porque no eres el único que siente cosas. Pero a diferencia tuya no intento apagarlos sino comprenderlos. Tengo el cociente intelectual más elevado que se conozca y hago cosas que resultan sobrenaturales. He vivido situaciones en mi vida que me han hecho madurar obligatoriamente. Junta todo eso y ¿qué obtienes?

—Un engendro —bromeó Joke. Sonreí.

—Joke, aquel beso posiblemente significó más para mí que para ti. Créeme si te digo que aquella noche sufrí un cambio tremendo. —Mi rostro resplandecía mientras contaba mis sentimientos—. Como si pasara de adolescente a mujer. Pero la gente solo verá que tengo trece años. Y está mal visto que una cría de trece años mantenga una relación con quien sea. ¡Y me parece bien! ¡Pero no en mi caso! Porque soy diferente. Ahora quiero saber cómo es... dormir al lado de una persona, o pasear de la mano de alguien bajo la luna... no se... quiero vivir esas cosas. Contigo, por ejemplo.

Joke tragó saliva a causa de mis últimas palabras.

— ¿Estás diciendo que... sientes algo por mí?

—Puede. Pero no te voy a engañar. Tiene mucho que ver el despertar sexual que estoy experimentando. Todo esto ha ocurrido muy deprisa.

Esa confesión no era la que él esperaba y creo que le dejó muy mal sabor de boca. Con gran disimulo volvió a apoyar la cabeza sobre sus brazos.

—De todas formas —Continué hablando. Joke movió los ojos con la sensación de que iba a decir algo bueno— desde el beso no puedo dejar de pensar en nosotros.

Aquello fue música para sus oídos. Si, algo sentía por él. Posiblemente, Joke no lo supiese con exactitud, pero algo estaba naciendo entre nosotros dos. Se acurrucó más entre el hueco que quedaba entre sus brazos y la bañera y sonrió. Aproveché para posar mi mano delicadamente sobre su nuca. Un escalofrío punzante recorrió todo mi cuerpo al contacto con su piel. Y creo que para él fue algo parecido pero su lenguaje corporal me decía que no estaba bien. Que no debía estar permitiendo que sucediera. Sutilmente apartó mi mano con cuidado de no sentirme rechazada. Aunque fue incapaz de hacerlo y la enterró bajo sus manos grandes y alargadas, acariciándola.

—Joke. —Le llamé—. No voy a permitir que luches contra tus sentimientos. Es antinatural.

—No quiero hacer nada de lo que después me arrepienta —dijo con el rostro compungido—. Pero no quiero perder tu amistad. Si es que alguna vez fuimos amigos.

—Lo somos.

—Dejemos de llevarnos mal.

—Trato hecho.

—Y sal del agua. Tienes que estar como una pasa —se puso de pie y se dio la vuelta para no mirar.

—Debería volver a mi habitación. —Dije una vez terminé de vestirme.

Joke se dio la vuelta.

—No hemos terminado de hablar.

Ante mi mirada confusa Joke trató de explicarse.

—Tenemos que hablar de tu hermano.

—No tengo ninguna intención de hablar sobre él.

—No quiero hablar de ello para convencerte sino para saber cómo estás.

Más que una súplica fue un consejo.

—Se suponía que íbamos a planear una fuga. Una de tantas —narré con tristeza—. Días antes, la desesperación me llevó a cometer una locura y eso condujo a Marcos a idear nuestra marcha. Pero todo se complicó y en vez de marcharnos juntos me dejó allí, con mi padre empuñando un arma y aplastándome la columna vertebral con su pie. Me recuperé en pocas semanas pero pasé meses esperando el regreso de Marcos hasta que acepté que nunca más volvería a verle. —Clavé fijamente mis ojos transparentes en los de Joke y pausé unos segundos—. Mi hermano es un cobarde y no voy a permitir que entre en mi vida otra vez cuando me costó tanto aceptar su marcha. Es tan grande el odio que siento hacia él...

—No creas que no comprendo tus sentimientos pero Marcos tiene algo que contarte.

—No voy a escucharle.

—Entiendo —dijo algo triste. La habitación donde estábamos era la misma en la que me escondí cuando me asusté al ver cómo las heridas de McNair cicatrizaban. Me pareció un buen lugar para evitar a la gente. Joke estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en la puerta; tenía una pierna flexionada y la otra totalmente estirada. Sus brazos estaban cruzados y sus ojos no dejaban de examinarme. Yo permanecía a su lado, sentada con las piernas en cruz. Llevaba el pelo tras las orejas pero me caía hacia delante cubriendo parte de mis mejillas—. Lo que no comprendo —continuó diciendo Joke— es como ambos hayáis acabado en la misma base militar. Aún estoy sorprendido.

—No hay mucha sorpresa en esto —aseguré—. Es más bien una cuestión de espacio y de intereses personales.

—¿Cómo?

Suspiré. Era el momento de explicar lo que realmente hacía mi hermano allí.

—A mi hermano siempre le llamaron la atención los grupos de las Fuerzas Especiales, en especial los Navy. Se compraba revistas que hablase sobre ellas, rellenaba cupones para comprar cosas como insignias, tazas, camisetas. Lo quería tener todo. Hasta que decidió que esa sería su profesión. En la universidad se inscribía a todas las actividades extraescolares que tuviesen que ver con desarrollar el cuerpo. Quería tenerlo perfecto. No estaba mal porque así cuando me pegaba Angélica y Joseph, él les zurraba de lo lindo —dije sonriendo—. No pensé que lo dijese en serio. Creí que solo era una obsesión pasajera. Y cuando huyó jamás se me pasó por la cabeza que fuese a ingresar en el cuerpo. Yo pensé que había muerto. Cuando le vi aquí... me dieron ganas de matarlo.

—¿Pero porque aquí? ¿Por qué en Canadá?

—Es sencillo. De entrar en algún cuerpo de fuerzas especiales Marcos no entraría en cualquiera, solo en este. En España no existe este grupo ya que su origen es estadounidense. Son suposiciones mías pero seguramente viajó hasta Estados Unidos e ingresó en el cuerpo. —Me rasqué la cabeza mientras pensaba—. No olvidemos que esta base es estadounidense y está en coalición con Canadá; y aunque tenemos un acuerdo para ayudar si ese fuera el caso, realmente estamos aquí porque no cabemos en las bases americanas. Es muy posible que le trasladaran por su dominio con el

francés. —Volvió a surgir un silencio entre los dos hasta que lo rompí con una risotada—. Mi hermano me abandonó por una insignia.

—Insisto en que habléis. Las cosas no pasan porque sí. Ahora estáis juntos y es la única familia que tienes. Es muy triste que estéis peleados.

— ¡No! —exclamé—. Me tenéis harta con este asunto.

—Vale, vale —trató de calmarme.

—Además, me largo de este lugar. Abandono el ejército. Estoy harta de todo esto.

— ¿Qué? —preguntó asombrado y comenzó a reírse—. Jeri, acepta esto: Shaper jamás dejará que te marches.

— ¿Por qué? —pregunté quejosa.

—Porque eres su bien máspreciado. Su rata de laboratorio —me miró con sus ojos azules y dio la sentencia—. Nunca saldrás de aquí. No sabes hasta donde llega la mano de Shaper.

Apenas quedaban unas semanas para que mi adiestramiento terminase y así poder recibir el distintivo dorado. No podía creer que ya hubiese pasado tanto tiempo desde que subí por primera vez en aquel helicóptero con Nick para rellenar el formulario que me convertiría en un novato de cuadrilla. Tantas cosas sucedieron desde entonces...

La segunda fase del entrenamiento resultó ser un verdadero infierno. Si bien la primera era más bien por tierra y se centraba en camuflarse entre la selva, el manejo de armas pequeñas, aprender a usar el cuerpo y motivarlo; ejercitarlo y aprender defensa personal, esta no fue más fácil. Nos enseñaron a nadar a gran velocidad y de manera silenciosa en aguas con unas temperaturas nada agradables. Aprendimos a repeler el ataque del enemigo bajo agua. Durante el entrenamiento, los instructores nos creaban las máximas dificultades como taponarnos la entrada de aire de los tanques de buceo o cogernos de los pies cuando subíamos a tomar el aire. Aprendimos deprisa a valernos por nosotros mismos jugando sucio como hacían nuestros maestros. Lo más difícil era no cometer errores. Al segundo volvías a casa.

Todos esperaban que yo fracasara pero se sorprendieron al ver como pasaba mis pruebas esquivando las maldades de los entrenadores. No creo que quisieran que me marchase a casa sino que les habría gustado ver alguna de *esas cosas* que hago. La tercera fase consistía en familiarizarse con las peculiares tácticas bélicas de los SEALs. Puesto que las técnicas de navegación a ciegas ya las habíamos aprendido ahora nos concentraríamos en la colocación de explosivos marinos y terrestres. El manejo de todo tipo de armas y trucos de camuflaje para estas. No se podía decir que nos aburriésemos.

Sin embargo mi entrenamiento personal continuaba y ese día Shaper me envió una notificación pidiendo que me presentara en su despacho de inmediato. Puesto que la nota no decía más tuve que dejar lo que estaba haciendo y me dirigí hasta allí. Apenas estuve dos segundos en su despacho cuando el General me indicó que le acompañase. Nuestros pies nos llevaron por el pasillo central hasta que pasamos por otro que me era familiar. Uno de los dos soldados que siempre iban pegados al trasero de Shaper abrió con una llave la puerta que estaba frente al almacén que solía usar como refugio cuando algo salía mal. El pasillo era algo largo y enfrente había otra puerta metálica. Observé las paredes. Estaban forradas con moqueta de color gris perla igual que el suelo. Nuestros pasos se escuchaban amortiguados al contacto con ella.

— ¿Qué coño de lugar es éste? —pregunté mientras pasaba los dedos por la moqueta de la pared.

—Cuide su lenguaje, Jorden —me amonestó Shaper.

—Perdón, señor. ¿Qué lugar es éste?

—Ahora lo verá.

Tras esa puerta un nuevo pasillo apareció con un ascensor. Entramos a él y pude ver que solo era de bajada, no había paradas. Las puertas se cerraron con nosotros dentro y comenzó el viaje hacia las profundidades de la tierra. De los cuatro que éramos ninguno hablaba y esto me incomodaba, así que decidí romper el hielo.

— ¿Por qué no conocía esta parte de la base?

—Hay muchos lugares que no conoce de la base, soldado Jorden.

—No parece tan grande y además, me conozco todos los recovecos de este lugar — meneaba las manos con nerviosismo y no paraba de hablar, como si a ellos les importase algo lo que estaba diciendo—. Cuando me aburro me pongo a buscar escondites.

—Debería dejar de hacerlo —echó la cabeza hacia atrás para mirarme con el cuerpo totalmente estirado, como si tuviese tortícolis. Digno de un General—. No está bien eso de buscar *recovecos* —enfaticó la última palabra.

— ¿Que quiere? Soy una niña. Los niños hacen eso cuando se aburren.

El ascensor parecía haber llegado por fin.

—Usted ya no es una niña —me contestó mientras esperaba a que los otros dos abrieran las puertas. Me habría gustado decirle que estaba de acuerdo con sus palabras pero me callé.

Salimos del ascensor y nos encontramos en un cuadrado enmoquetado de la misma manera que el anterior y con una puerta acorazada. Al acercarnos a ella pude ver una caja metálica a la derecha. Me acerqué más y observé una pantalla con colores luminosos y letras. Miraba asombrada aquel cacharro. Shaper puso su dedo pulgar sobre la pantalla y una especie de láser comenzó a leerle el dedo. En el lado derecho apareció la palabra “aceptado”.

— ¿Pero qué coño es esto?

—Jorden, segundo aviso. —Me reprendió por segunda vez—. Es un sistema de reconocimiento biométrico.

—Aaaaaaam.

—Lee las huellas dactilares. Si estás en la base de datos, te deja entrar.

— ¿Y si no?

—Salta la alarma.

La puerta comenzó a abrirse con un ruido fuerte y esperamos a que hubiese espacio suficiente para entrar. El grosor de la puerta me asustó. Ni una bomba de las que usaríamos en el entrenamiento la tiraría abajo. Cuando entré supe que jamás volvería a ver algo como lo que tenía delante. Nada superaría aquello.

— ¿Pero qué coño...?

Delante de mí tenía una gran sala, enorme, como tampoco la pudiese haber imaginado. En su conjunto era tan blanca debido a la iluminación que parecía haber sido difuminada con el dedo por un pintor pero si te acercabas a cada una de las mesas donde trabajaban las casi trescientas personas que podría haber allí, la iluminación era perfecta para su comodidad. Las máquinas que rodeaban las paredes eran inmensas y sus luces me deslumbraban. Varias pantallas verdes reflejaban cosas para mí desconocidas hasta entonces. El ambiente estaba cargado y, pese al aire acondicionado, hacía calor. Giré sobre mi misma estupefacta ante lo presente. La gente caminaba deprisa de un lado a otro. Unos con tazas de café, otros con montones de archivos y carpetas de colores. Los que estaban sentados tenían auriculares en las orejas y hablaban con alguien por ellos.

—Bienvenida a Cloe —dijo Shaper con una gran sonrisa de orgullo—. Esta es nuestra sala de espionaje secreto. Desde aquí desciframos códigos secretos,

encriptaciones y... lo más importante —se acercó a mí y me susurró al oído—: en este lugar se hacen cosas que nadie debe saber.

— ¿Por qué se llama Cloe?

—Decidimos bautizarla y ponerle un nombre. No tiene mayor importancia.

—Una sala de espionaje... —me mantuve callada mientras examinaba de nuevo cada centímetro de la sala por si había dejado algún detalle. Todo el mundo parecía saber cuál era su trabajo. Menos yo—. Señor, ¿qué se supone que hago aquí?

—Su entrenamiento no solo se basa en aprender a usar armas y explosivos. —Me dio la espalda sin dejar de hablar—. La enseñaran a manejarse con un ordenador y con el tiempo recibirá clases para instruirse y entrar en las bases de datos. Con los años estará debidamente entrenada, viajará por todo el mundo cumpliendo misiones que muchos desearían poder realizar y ganando mucho más dinero del que gana ahora.

— ¿Ahora? —mis sentidos dejaron de estar embotados por sus palabras al escucharle decir eso último—. Yo no recibo ningún dinero. ¿De qué me habla?

— ¡Claro que no recibe nada! Es muy joven todavía. El Teniente Johnson lo está guardando para cuando usted sea mayor de edad.

¿Mayor de edad? Menuda tontería. Yo ya era mayor de edad. Nadie se podía hacer una idea de lo muy feliz que me sentí al saber que tenía dinero y de pronto mi idea de marcharme de allí dejó de ser solo un pensamiento. Comencé a cavilar una forma de hacerlo, como cuando vivía en Asturias, y sonreí grotescamente.

—O sea, que me tengo que sentar aquí, aprender a usar uno de estos aparatos y ganar una pasta, ¿no?

No podría definir la cara que puso Shaper al escucharme pero no fue de aprobación precisamente.

—No es tan sencillo como cree. ¿O le ha resultado fácil el entrenamiento de todos estos meses?

—No, la verdad es que no —contesté sinceramente.

—Pues esto requiere darle a la sesera, así que cuanto antes se ponga mejor. —Se giró y llamó a un muchacho con un chasqueo de dedos—. El cabo primero Marshall se encargará de su instrucción. Es un cerebritito como usted —me guiñó el ojo cínicamente—. Así que llévense bien.

Dio media vuelta en dirección a la puerta acorazada pero fui detrás de él y le pregunté:

— ¿Yo también voy a tener un pase de esos con el dedo pulgar?

— ¡Si, Jorden, si! —Contestó con muy poca paciencia—. ¡Póngase a trabajar! ¡Por todos los santos! —me agarró por el brazo pero no me hizo daño alguno—. Por cierto —parecía haberse calmado—, si alguien le pregunta, conteste con evasivas. Nadie debe saber que existe Cloe. Nadie. Ahora a trabajar.

Volví hasta el cabo primero y le seguí hasta lo que supuse denominaría su despacho. Era una especie de mesa blanca como la nieve pero repleta de latas de refresco y trozos de patatas fritas desperdigadas. Algún que otro envase de zumo y qué sé yo qué más porquerías.

Los informáticos tenían mala fama en la base y para colmo esta sala estaba repleta de ellos. No hizo falta que nadie me dijese que debía guardar el secreto de que ahora

pertenecía al grupo, aunque fuese novata. Me senté a su lado. Llevaba el pelo rapado al dos y apenas se le veía una fina capa de pelusa pelirroja que contrastaba con su bata blanca. Era delgado y no muy alto para ser un hombre. Su tez era muy blanca y pecosa y sus ojos eran claros. Tartamudeaba un poco, aunque apenas se le notaba; pensé que serían los nervios. Aquella tarde se me pasó volando escuchando con interés y practicando todo lo que me enseñó.

Al llegar casi a las nueve subí corriendo hacia el comedor antes de que cerraran y justo cuando entraba con las prisas de comer me choque contra alguien en el pasillo. Mi corazón se encogió al ver que se trataba de Marcos. Esta vez no salí huyendo; me quedé mirándole un poco acongojada. Porque si mi decisión de salir de la base y marcharme se cumplía... ¿con quién iba a hacerlo sino con mi hermano? Pero ¿cómo olvidar su traición? ¿Y si Joke tenía razón y esto no era otra cosa sino mi última oportunidad para solucionar las cosas?

—Hola —me saludó.

—Hola —contesté con la voz rota.

Mi nueva actitud le llevó a acariciarme la mejilla. Esa caricia me devolvió muchos recuerdos del pasado, tantos que dolió. Sin ser consciente de lo que me rodeaba contesté a su contacto sujetando su mano con la mía. Mis ojos se humedecieron y me aparté alarmada.

—No puedo, Marcos... —le dije casi en un susurro—. No estoy preparada.

Mi hermano asintió con tristeza. Escondió las manos en los bolsillos de su pantalón y retrocedió un paso para darme cancha.

—Entonces hablaremos cuando lo estés.

Entró en el comedor con la sensación de haber ganado terreno en nuestra relación. De hecho, lo había conseguido, no cabía duda. Le vi sentarse con una sonrisa satisfactoria al lado de un grupo que me resultaba muy familiar. Dooper estaba entre ellos y prácticamente recuperado. Dejando a un lado a mi hermano llené mi bandeja y me senté en el sitio de siempre, junto a Nick. Los nuevos integrantes del equipo eran simpáticos pero totalmente diferentes al resto. Estaba Charles, que apenas reunía veintidós dientes en total y siseaba de forma peculiar por los agujeros. Su pelo rojizo y manchas en la piel hacían de él una caricatura de la desgracia. Era enérgico al hablar y muy agudo con sus comentarios pero a mí me incomodaba su presencia.

Luego se encontraba Alfredo Montenegro, que provenía de familia mejicana y su acento le convertía en un muchacho encantador. Su aspecto era el de alguien bajito y grueso en musculatura. Siempre llevaba puesto un pañuelo rojo alrededor del cuello y tenía un tic nervioso en un ojo. A diferencia de lo que pudiese creer de su tierra, era rico en cultura y su conversación resultaba muy agradable.

Para terminar el equipo estaba Carlton Price, que no hablaba, no opinaba, no gesticulaba y no se molestaba cuando le hacían burla. A Joke le ponía nervioso.

Nick me observaba mientras masticaba lo que aquella noche decidieron llamar espinacas a la crema pero a mí más bien me parecía bazofia de cárcel. Empecé a sentirme incomoda bajo su mirada y fruncí el ceño.

—¿Qué?

—¿Dónde te has metido hasta ahora?

—Entrenando —mentí.

— ¿Entrenando después del entrenamiento? —apuntó muy agudo Darkness.

—Que vosotros seáis unos vagos no significa que tengáis que incluirme en el grupo.

—Respondí.

Mis compañeros me abuchearon en broma y Nick sonrió. Al parecer me salió bien la jugada.

—Vas a caer enferma.

—No te preocupes.

—Casi no duermes, Jeriel.

—De acuerdo, de acuerdo —intenté tranquilizarle porque no dejaba de tener razón.

Estaba exhausta de tanto trabajar y necesitaba dormir mucho, así que hice una promesa que pensaba cumplir—. No entrenaré más horas que las estipuladas. Oye —dije, llenando la cuchara de aquella masa verde—, ¿de cuánto dinero dispongo?

La pregunta no fue para que todos me mirasen con los ojos abiertos. Si uno gana dinero lo justo es querer saber cuánto. El que más me impresionó fue Nick, que con esas facciones indias resultó llamativa su expresión.

— ¿Qué? —Inquirí.

— ¿Ya muestras interés por el dinero? Pronto empiezas —me señaló Darkness.

—Te asombraría saber el interés que tiene por ciertas cosas —soltó Joke. Mi mirada le hizo ver al momento que había sido un error que abriese la boca.

— ¿Cómo sabes que tienes dinero? —apuntó Nick.

—Me lo dijo Shaper.

—Como no —Nick tiró sobre la bandeja el trozo de pan que sostenía en la mano con bastante carácter—. Dispones de setenta mil dólares.

— ¿Qué? —preguntaron todos al unísono.

Nick levantó los hombros. Fue un gesto muy gracioso.

— ¿Qué queréis?

— ¡Es una pasta! —exclamó Darkness.

—Nosotros no ganamos ese dinero en tan poco tiempo —replicó Grace.

—Vamos a ver —Nick se puso serio pero no perdió ese toque burlón—. ¿Tenéis un coeficiente intelectual que os cualifique como posible arma militar?

—No —dijeron a la vez.

— ¿Movéis cosas con la mente?

—No —volvieron a repetir.

— ¿Cicatrizáis instantáneamente?

—No.

— ¿Podéis sanar con esa cicatrización de la que carecéis?

—No.

—Entonces —dijo inclinándose sobre la mesa manteniendo el mismo tono— jamás ganareis en vuestras patéticas vidas lo que esta jovencita ganará en tan solo un año de su vida. Una mente privilegiada como la de Jeriel tiene su precio. Haceros a la idea de que somos insignificantes a su lado —me miró de soslayo con una muy leve sonrisa en sus labios.

—Por mi os regalo mis maravillosas cualidades.

—A la mierda —dijo Joke dando un manotazo sobre la mesa—. Mañana pido un aumento de sueldo. Mi mente también es privilegiada.

—Tú solo sirves para pensar en tonterías —arremetió Darkness para zanjar el tema.

—Me voy a la cama —metí los enseres en la bandeja. Tuve que soportar un quejido de Nick por la penosa cena que había hecho. Últimamente me alimentaba muy mal pero estaba tan cansada que apenas tenía fuerzas para comer.

—Esto se tiene que acabar —me dijo—. Vas a caer enferma.

Volví a prometerle que me alimentaría mejor y dormiría más, y salí de allí para dormir plácidamente siete horas de un tirón.

Al día siguiente, tras mi rutinario entrenamiento con McNair, me dirigí hasta Cloe y con una sonrisa coloqué mi dedo pulgar sobre la pantalla. El láser leyó mi huella aceptándola y abriendo la compuerta. Al entrar volví a sentir la sensación de formar parte de algo muy grande pero en el fondo supe que no era otra forma de jugar con un fuego que seguramente me quemaría. Caminé hasta Marshall y me senté a su lado. Éste me sonrió como respuesta a mi *buenos días* pero lo cierto era que le interesaba más el aparato con el que jugaba que yo. A su derecha tenía una caja negra con un montón de cables, tantos que parecía un tendido eléctrico, y no paraba de teclear e introduciendo clavijas en el ordenador.

— ¿Qué haces? —pregunté con sencillez.

—Descodificar claves y mensajes.

— ¿Yo voy a aprender a hacer eso?

—Claro, como todos.

— ¿En qué consiste el juego?

Marshall me miró con ojos vidriosos, posiblemente resultado de una noche de insomnio, y después a la caja negra.

—No es complicado usarlo, pero sí has de tener mucho cuidado al hacerlo porque podrían rastrear tus movimientos y entonces es cuando te meterías en líos. En realidad con darle a este botón —me indicó cual era— comienza a funcionar. Lo más fácil es descubrir las contraseñas. Mucho de lo que hacemos es meternos en bases de datos pero algunas veces como puro ocio nos metemos en páginas Web para robárselas a sus dueños —le miré con aprensión por la forma de divertirse que tenía—. Para ello tienes que introducir en la página una contraseña. Yo no la sé porque no soy el dueño así que usaré mi maravilloso decodificador y la averiguaré. En este caso usaremos otro botón, el que está al lado —lo pulsó y una ventanita se abrió en la pantalla del ordenador—. Bien, esta ventana es para introducir la contraseña pero yo no lo haré, lo hará él, así que voy a cambiar este par de clavijas —mover algunos cables y pulsó de nuevo el botón. De pronto, en la ventana comenzaron a cambiarse los asteriscos por letras hasta que apareció la palabra *refrescante*—. Menudo imbécil, poner eso como contraseña. Bueno, pues ya está. Hemos entrado en la página.

— ¿Ya está?

—Se podría decir que sí. Ojo, este decodificador es muy sencillo pero para tonterías como robarle la contraseña a un Web master. Meterse en bases de datos es más complicado. Y te vuelvo a repetir que si te pillan puedes tener verdaderos problemas.

— ¿Cómo te pueden pillar?

—Queda un registro de lo que haces en cada ordenador. Si es tu trabajo lo que haces no tienes por qué eliminarlo. Pero si es ilegal... tienes que deshacerte de ello. Pero te digo una cosa, que te pillen aquí haciendo cosas... no sería el peor de tus problemas. Sino que te rastreen fuera de aquí —mi frente se frunció al escucharle—. Si alguien sabe lo que hacemos... acabaremos todos con la soga en el cuello. Así que mucho cuidado con jugar a los espías, soldado. —Miró a la pantalla y después a mí—. ¿Le borramos la página a este pardillo?

—Pues no —dije con tono cortante.

Me había picado la curiosidad con el aparato y deseé probar un poco. Le pedí a mi compañero que me dejase entrar en alguna página Web pero no me dejó. Sin embargo, si me dio un buen pilón de libros a leer sobre espionaje, libros de instrucción relacionado con Criptología para leer. Quedaban ocho semanas para la graduación y esperaba que los leyese antes. Las horas pasaron lentas y aburridas porque no me dejaba tocar aquellos aparatos que tantas cosas podían hacer y cuando salí de Cloe fui directamente a la biblioteca. Allí podría leer con la tranquilidad que en otro lugar no encontraría. Mi cansancio cada vez era mayor y los tecnicismos que leí consiguieron dormirme con el libro en el regazo.

Las dos semanas siguientes no fueron muy buenas. El entrenamiento estaba llegando a su fin y cada vez me exigían más. Mi cuerpo estaba cansado y mi mente, a veces, se saturaba. Frente al ordenador que me habían asignado para hacer las primeras pruebas intentaba mantenerme despierta con un vaso de café. El decodificador era muy antiguo y ni siquiera funcionaba como era debido pero me bastaba para hacer las pruebas. Las clavijas no era lo más difícil, al fin y al cabo llevaban un patrón. Lo que más me preocupaba era que siguieran el rastro. Con el mío no tenía problemas pues eran ensayos pero más adelante no lo serían y temía cometer errores. Di un sorbo a eso que se esforzaban en llamar café y tecleé la siguiente dirección Web que aparecía en la lista de ejercicios. De momento tendría que conseguir averiguar el nombre de usuario y contraseña de sus webmasters y robárselas en el menor tiempo posible. No fue difícil y cuando ya llevaba varios ejercicios iguales comencé a aburrirme.

—Esto es horrible.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marshall con un soniquete de incomodidad, que no se acostumbraba a ser mi niñera.

—Necesito acción. Esto es un rollo —di un golpe sobre la mesa que casi volcó el vaso de café—. No podéis esperar que me pase todos los días metiéndome en páginas y robando contraseñas. Necesito... necesito... montar la tercera guerra mundial —me cubrí la cara con las manos desesperada por el aburrimiento.

—Shaper no ha perdido el tiempo contigo, desde luego. —Sonrió—. Pero lo siento, te quedas donde estás y a robar contraseñas.

Maldije en voz baja y después acabé el café. Me levanté a por otro con la única intención de matar el tiempo esperando que llegase la hora de la cena. Estaba desesperada por salir de allí pero parecía que las manillas del reloj no se movían y por más que intentaba centrarme en el trabajo no lo conseguía. Al lado de la máquina de café, cogí un vaso desechable y comencé a llenarlo. Observé cómo la gente empezaba a marcharse, frustrándome más aún el saber que me quedaban dos horas para irme. Cogí el recipiente y volví al asiento. Marshall me miró y sonrió.

—Ahora vengo, voy al baño.

Como si a mí me importase a donde fuera. Di otro sorbo y sujeté el listado de ejercicios ya casi terminado. Las risotadas de una pareja llamaron mi atención, levantando la cabeza. Caminaban hacia la salida después de una larga jornada de trabajo. A lo lejos vi como Marshall se metía en el baño con un par de colegas, charlando animadamente. Pensé que la cosa les llevaría tiempo y que me aburriría aún más. Pero una lucecita se encendió en mi cabeza decidiendo que no estaría de más echar una ojeada al trabajo de Marshall para ver qué era lo que realmente hacía. No perdí el tiempo en pensarlo y me senté en su silla aprovechando que la gente estaba más ocupada en recoger para marcharse que en lo que hacían los demás. Pendiente de la puerta del baño de hombres comencé a mirar las páginas que tenía abiertas y como tenía colocadas las clavijas. Todo eran bases de datos que no entendía mucho. Decidí entrar en una de las carpetas del escritorio del ordenador llamada material *clasificado*.

Volví a mirar hacia el cuarto de baño pero de allí no salía nadie. En la carpeta encontré un montón de documentos informatizados. Al abrir uno se abrió una ventanita pidiendo una contraseña.

—Mierda —mascullé. No podía arriesgarme a cambiar clavijas sin tener suficientes conocimientos y menos delante de la gente. Me vi obligada a cerrar todo y volver a mi asiento antes de que Marshall me pillara con las manos en la masa.

Cuando volvió, sentí que mi cuerpo sudaba más de lo normal y pensé que me iba a descubrir, pero nada ocurrió.

Llegó la hora de salir de Cloe y lo hice con dos sensaciones diferentes, feliz de poder ir a cenar y después dormir, y con la adrenalina nadando por todo mi cuerpo; por haberme iniciado en el juego de los espías. Un juego que no había hecho más que empezar para mí.

Si quería descubrir que era lo que se cocía en el ordenador de Marshall debía hacerlo en horario nocturno. Y puesto que después de tres cafés mis ojos permanecían abiertos como los de un búho me levanté de la cama y bajé por las escaleras de la litera con el mayor cuidado posible para no despertar a mis compañeras.

Salir de las habitaciones de madrugada estaba prohibido debido al toque de queda y podía llevarme alguna bronca; pero nunca había respetado las normas. Aproveché los rincones oscuros para esconderme hasta que llegué al sistema de reconocimiento. Una vez abrí la compuerta blindada se me borró todo gesto de la cara al ver que Cloe no estaba vacía de personal como pensé.

Apenas estarían trabajando seis o siete personas, tal vez alguna más, con sus ojeras trasnochadoras, las corbatas mal puestas, los botones de las camisas desabrochados y montones de vasos de café por las mesas. Por un momento, me sentí presa del pánico pero después pensé que debía actuar con normalidad y que tal vez pasaría desapercibida, siendo una más del grupo. Caminé hasta la cocina y preparé un poco de leche caliente. No me senté en mi sitio sino en el de Marshall, aunque no sin temer que alguien se percatara y diera el grito de alarma. Pero nada ocurrió. Encendí el ordenador y se me presentó el primer problema. Requería contraseña. No lo pensé dos veces y utilicé el maravilloso artilugio que había caído entre mis manos. Incluso al propio aparato le resultó difícil averiguarla de lo compleja que era. Una vez dentro fui directamente a la carpeta que anteriormente ojeé y abrí un documento llamado *Brannagh*. Hice doble clic y éste se abrió. En él aparecía una carta escrita a máquina en el que hablaba sobre el nombramiento del presidente de los Estados Unidos, Lean Brannagh. No era muy antigua y se mostraba al gobernante como una gran persona para dirigir el país. Levanté la mirada para asegurarme de que nadie me observaba y continué leyendo. En la carta se animaba a los jefes militares que votaran por él; si lo hacían, tendrían el favor del presidente en un futuro venidero. Sonreí con cinismo al ver tantos intereses personales alrededor. La carta no decía mucho más. En realidad no comprendía porque estaba en una carpeta protegida con contraseña. Estaba claro que algo escondía y estudié bien el documento. Pensé si en la propia carta no habría un código cifrado, entre las palabras o las letras. De ser así, no lo descubriría jamás. Seguí buscando con los ojos hasta que encontré un pequeño cuadrado en la parte inferior de la carta, justo al lado de una palabra. Era muy pequeño, pasaría desapercibido para los ojos. Al poner el ratón sobre él, el cursor se convirtió en una mano diminuta con un dedo señalando. Hice clic. Se abrió una página Web con la bandera del país estadounidense y volvió a pedirme otra contraseña. Me pregunté cómo podía haber gente que se dedicara única y exclusivamente a hacer este tipo de trabajos. Aburrida de tanta contraseña utilicé de nuevo el aparato; en la pantalla se abrió un archivo, parecido a una carta escrita a máquina y la fecha era de hacía seis meses. Eché una mirada a mi alrededor para cerciorarme de que nadie me observaba y comencé a leer la carta.

A medida que leía, mi estómago se revolvía cada vez más. Mi rostro, descompuesto por una mezcla de dolor y sorpresa, de confusión y miedo, se veía reflejado en la

pantalla del ordenador, dejando ver que lo que acababa de descubrir podía iniciar una guerra. La curiosidad me llevó a seguir leyendo pese a saber que acababa de meterme en un gran lío. Con los ojos enrojecidos se me olvidó donde estaba y continué descubriendo los secretos que habían guardado en aquella base militar durante años.

La sensación de mareo y náuseas me avisaron de que iba a vomitar y, si no salía de allí, lo haría sobre el teclado o en la inmaculada alfombra. Apoyé los codos sobre la mesa y me sujeté la cabeza, tratando de respirar profundamente. Un par de lágrimas trazaron una línea brillante sobre mis mejillas. Tras limpiarlas, decidí que era el momento de marcharme de allí. Un dolor palpitante se concentró en la zona occipital de mi cabeza y el sudor frío apareció. Apagué el ordenador y me puse de pie, sujetándome al mostrador cuando me flaquearon las piernas. La vista se me nubló y creí que iba a desmayarme. Con movimientos muy lentos caminé hacia la puerta y al mirar el reloj dorado que había sobre la puerta acorazada caí en la cuenta de que llegaba tarde al entrenamiento. McNair me amonestaría seguramente, pero en ese momento no me importaba. Tan solo quería que aquel malestar desapareciera.

Una vez salí de allí, me aferré a la pared para no caerme. Me costó bastante tiempo hacer el recorrido hasta salir del pabellón, pero cuando lo hice y respiré aire puro me sentí liberada. Por primera vez en mi vida, después de haber leído aquellos documentos, supe lo que era tener un peso enorme sobre mi conciencia, y la necesidad de contarlo hacía que me sintiese todavía peor. La culpabilidad creció en mi interior por haber indagado donde no debía. Mi estómago no pudo soportar más y vomité en la arena del suelo. Me limpié los labios con la manga y me dirigí hasta el entrenamiento a trompicones. A lo lejos pude escuchar los gritos de McNair obligando a alguien a hacer una tabla doble de flexiones. Cuando alcancé a mi pelotón, el sargento posó sus ojos sobre mí y las fosas nasales se le dilataron. Caminó en dirección hacia mí con un notable cabreo.

— ¡Maldita sea, Jorden! ¡Ya está haciendo una tabla de cincuenta flexiones con un solo brazo! ¡A mi entrenamiento no se atreve a llegar tarde ni el mismísimo Papa! — La agresividad con la que gritaba era diferente a los demás días, le había enfadado de veras—. ¿Me ha oído? ¡Muévase, coño! —Me agarró por el brazo, arrastrándome hasta la fila de soldados y se irguió—. Ahora me vais a escuchar con atención. Si alguien vuelve a tomarse la libertad de pasar por alto un entrenamiento me lo tomaré como algo personal y os haré la vida imposible. Podéis ser unas nenazas y no conseguir veinte abdominales seguidas o poner muecas de dolor cuando llevéis treinta minutos corriendo, pero jamás voy a permitir que me faltéis el respeto llegando tarde. Porque os puede costar muy caro. ¿Me habéis entendido?

— ¡Sí, señor! —gritaron al unísono con cautela.

Pero yo apenas escuchaba sus palabras y no respondí con el resto de compañeros. Los parpados me pesaban y me tambaleaba en la fila. McNair se dio cuenta de ello y se acercó más a mí, a grandes pasos, aferrándome de nuevo por el brazo. Acercó su rostro al mío hasta quedar a escasos milímetros de rozarme.

—Jorden, me está tocando los huevos. Llega tarde y aún por encima que no pide disculpas tiene las narices de no responder con el resto de los compañeros. ¡He dicho que si lo ha entendido! —Gritó amenazante mientras me zarandeaba para que reaccionara.

Sin pensar ni tan siquiera lo que hice, agarré del cuello al sargento. La situación

hizo que mis compañeros susurraran atónitos la locura que acababa de cometer, mirándose unos a otros y buscando una explicación para mi actitud.

—Jorden, suélteme si no quiere que le sometan a un consejo de guerra —me advirtió con una voz glacial. Esta vez no se trataba de un par de insultos para que espabiláramos. Agarrar a un superior como lo estaba haciendo podía acarrear la vuelta a casa o algo peor. Oscilé y el sargento lo notó; también notó la fiebre que emanaba mi piel bajo la ropa, pero no cedió terreno y se mantuvo desafiante—. Jorden, por las buenas o por las malas. Suélteme o le rompo el brazo.

— ¡Vamos, Jeriel, suéltale! —exclamó uno de los soldados en tono de súplica.

— ¡Carter, creo que no le he pedido que interfiera! —Vociferó el sargento—. Último aviso, Jorden. —Recobró ese tono de voz que nunca había escuchado—. Suélteme o le someteré a...

—Es una farsa... —susurré casi sin fuerzas.

— ¿De qué cojones habla?

—Todo... es una... tapadera.

Noté como la fuerza de mi cuerpo desaparecía y las piernas se me doblaban al no responder. Un fuerte mareo me apresó y todo se volvió oscuro. McNair sujetó a tiempo mi cuerpo y evitó que me desplomase en el suelo. Me cogió en brazos y sin hacer un solo comentario emprendió el camino hacia la enfermería.

El Teniente Nicolas Johnson se ocultaba del sol bajo la sombra que le proporcionaba el techado mientras apuntaba en un informe las puntuaciones de destreza que su grupo conseguía en el entrenamiento de tiro. Los integrantes a ejecutores no estaban mal, había talento y buena intención; pero desde hacía unos años la gente no se esmeraba todo lo necesario para conseguir semejante puesto. No sabían a lo que se exponían los miembros que se presentaban a dicho trabajo y por ello se les exigía tanto de sí mismos. Observó a uno de los muchachos y puso una mueca de impaciencia.

—Aston, no baje tanto el codo cuando sujete el arma. Eso empeora su puntería.

El instruido obedeció y pudo ver como el Teniente llevaba razón al notar una clara mejoría en su puntería.

Nicolas le dio la vuelta al lapicero para borrar con la goma su anterior marca y escribió una nueva. Colocó la carpeta bajo un brazo y miró el cronometro para ver cómo iban de tiempo. Animó un par de veces a los chicos y después continuó observando.

Un joven soldado interrumpió en el entrenamiento jadeando con fuerza; hizo el saludo de visera para mostrar respeto a su superior y después se agarró el estómago para recuperar el aliento.

—Señor... —comenzó entre sofocos—. Traigo un mensaje urgente del sargento McNair. Se trata del soldado Jorden.

Nicolas se irguió al escucharle y mostró preocupación.

— ¿Qué ocurre con ella?

—La han ingresado en la enfermería —recuperándose, trató de ser eficiente para entregar su encargo—. Ha entrado con mucha fiebre y el sargento McNair me ordenó que le avisara inmediatamente.

Nicolas se movió hacia su ayudante y entregó la carpeta.

—Hágase cargo de los chicos hasta que termine el entrenamiento.

Se pusieron en marcha hacia la enfermería y Nicolas no dejó de pensar que aquello solo se debía al exceso de trabajo y el poco descanso que se había tomado Jeriel. Cuando llegó a la sala de espera, encontró a McNair hablando con el General Shaper. Solo su presencia le producía verdadera aversión, pero evitó que se reflejara en su semblante.

— ¿Qué ha ocurrido? —preguntó una vez se acercó a la pareja.

—El soldado Jorden se ha desmayado en mi entrenamiento —contestó McNair—. Le ardía la piel y pensé que lo mejor era traerla aquí para que le bajasen la fiebre.

—Ha hecho usted bien, sargento —apreció Shaper.

—Maldita sea, esto ha ocurrido por tanto entrenamiento. —Se dirigió a Shaper—. La está explotando. ¡No es más que una niña! Exigen demasiado a alguien que aún está formando su cuerpo.

—Vamos, Teniente, no es para tanto. Exigimos de ella lo que creemos que puede aguantar. —Repuso con calma—. Habrá cogido un virus estomacal.

—No me preocupa exactamente su agotamiento, que eso le puede pasar a cualquiera

—McNair se llevó las manos a la espalda y caminó pensativo, disfrutando del sonido amortiguado que hacía su calzado sobre el suelo de la enfermería—. Lo que me preocupa en sí fue la actitud de la joven antes de desmayarse. —Se giró hacia ellos y continuó—. Me agarró del cuello y antes de caer inconsciente susurró unas palabras que carecen de sentido para mí.

— ¿A qué se refiere, sargento? —Preguntó Shaper, curioso.

—Dijo algo así como “todo es una tapadera”. ¿Significa algo para usted, Teniente? Nicolas negó lentamente con la cabeza, pensativo.

—No, no tienen ningún sentido para mí. Estaría delirando debido a la fiebre.

Shaper se llevó una mano a la barbilla y se la acarició débilmente. Para él tampoco tenían gran significado pero tratándose de Jeriel optó por cerciorarse de algunos asuntos.

—Han de disculparme, tengo que encargarme de algunas cosas. Si hay cambios en el estado de la muchacha, no duden en avisarme.

Sus pasos sonaron de la misma forma que los de McNair a medida que se alejaba de ellos.

Caminó hasta llegar al ascensor que le llevaba a Cloe. Una vez estuvo frente al dispositivo de seguridad, colocó su dedo sobre él y esperó a que la gran puerta le dejase paso hasta su estancia favorita. Como siempre, con su elegante traje verde botella y tantas medallas colgando de la solapa, se acercó hasta la mesa de una mujer joven que no tardó en mostrar una sonrisa más bien fingida.

—Quiero que me dé un informe de los movimientos que ha hecho el ordenador de la soldado Jorden y de sus entradas y salidas en Cloe.

—En seguida, señor.

No esperaba acertar en su presentimiento pero tampoco podía quedarse con los brazos cruzados. Las palabras mencionadas por Jeriel habían despertado su curiosidad y necesitaba saber qué había estado haciendo.

La joven administrativa le entregó un par de folios y tras leer la actividad del ordenador sintió una liberación enorme al ver que no había nada fuera de lo normal. Echó un vistazo a los horarios en los que había trabajado en Cloe y todos le parecieron adecuados. Hasta que llegó al último. Shaper miró a la secretaria que le proporcionó la información.

— ¿Qué hacía Jorden a las tres de la madrugada en Cloe?

—No lo sé, señor. Mi turno había terminado a esa hora. Puede que el soldado Marshall sepa algo. A veces se queda hasta tarde trabajando.

El General gruñó levemente y se dirigió hasta el lugar donde se adiestraba la chica. El escritorio estaba perfectamente ordenado, a diferencia de su compañero, que tenía fama de tener todo lleno de porquería. Marshall no estaba en su asiento como debería y Shaper se enfadó por la poca eficacia que mostraban algunos soldados tras la gran oportunidad que se les daba. No le quedó más remedio que esperar a que se dignara a hacer acto de presencia.

No tardó mucho en salir del cuarto de baño junto con otros compañeros, entre risas y un poco de jaleo. Al ver que el General estaba esperando se mostró nervioso y su defecto en el habla se acentuó.

—Señor. Buenos días.

— ¿Qué hacia Jeriel aquí a las tres de la mañana? —ni siquiera contestó al saludo del soldado. Tan solo se limitó a averiguar lo que estaba sucediendo.

—No lo sé, señor. Ignoraba que hubiese estado hasta tan tarde.

—Vamos, relájese que no ocurre nada. ¿Ha notado alguna irregularidad en el carácter del soldado Jorden?

—No señor —confesó más tranquilo—. Nada raro.

Shaper respiró profundamente.

—Aunque... ahora que lo menciona...creo que alguien ha utilizado mi ordenador.

— ¿Cómo dice?

—Encontré un vaso de leche a medio terminar en mi escritorio y yo no bebo eso. Solo tomo infusiones. Puede que lo haya dejado alguien sin darse cuenta. Pero también he notado que mi teclado no estaba colocado como lo dejo yo.

Shaper notó de nuevo pesadez en el estómago, sospechando de Jeriel. Exigió a la misma administrativa los últimos movimientos del ordenador de Marshall y leyó una anomalía entre las tres y las cinco de la madrugada. En el informe se detallaban los documentos que habían sido abiertos y ordenó al cabo que abriese dichos archivos. Ambos quedaron estupefactos al descubrir de qué información se trataba.

—Señor, le aseguro que yo no entré en esos documentos. —Se apresuró a decir el soldado, asustado por las represalias que pudiese tomar el General contra él.

Shaper levantó la cabeza y sus labios mostraron una mueca de asco al atar cabos.

—Lo sé —respondió. Parecía sumergido en sus pensamientos pero una vez dejó de estar abstraído giró el cuello hacia el soldado—. Cambie su contraseña. Parece que alguien ha trabajado en su ordenador sin su permiso.

—Sí, Señor.

—Imprima los documentos que se han abierto.

—Sí, Señor.

Con los informes en la mano se encaminó hacia su despacho, donde podría leer tranquilamente que era lo que Jeriel había descubierto. Con paso lento llegó hasta su sillón de cuero, acomodándose. Abrió la carpeta amarilla y se dispuso a leer por encima los archivos. Su rostro envejeció diez años al comprobar la información, cerró los ojos y resopló.

—Así que me has desenmascarado, jovencita —su cuerpo perdió fuerza y relajó todos los músculos, algo aturdido—. Esto lo cambia todo, Jeriel. Todo.

Se recostó en la butaca, observando un punto definido, procurando pensar sin distracciones y tras esa pausa acercó la mano hacia el teléfono, dispuesto a hacer algunas llamadas.

Pasé varias horas en la cama; después de haber descansado, sentía que el aburrimiento se apoderaba de mí. En la televisión, que reposaba sobre una repisa en la pared, no echaban nada interesante y tampoco me apetecía leer. No me preocupaba saber que me había desmayado por agotamiento, ni tampoco saber que media base se preocupaba por mi salud. Estaba nerviosa tras mi descubrimiento. A lo mejor, pensé, nadie se daba cuenta de que había fisgoneado y mi vida no corría peligro. Necesitaba salir de allí, tal vez hablar con Shaper y confesarle lo descubierto; asegurarle que no diría una palabra. No, aquella era la idea más estúpida que había pensado. Lo mejor sería fingir.

Me despojé de las ásperas sábanas. Salí de la cama y con un plan entre manos de lo más infantil me acerqué a la ventana con la intención de salir por allí. Al levantar la persiana contemplé unas nubes oscuras, prometiendo una gran tormenta. Sin embargo, no fue suficiente para acallar mi deseo de escaparme de la enfermería. Empujé la ventana hacia arriba cuando escuché como se abría la puerta de la habitación. El susto fue grande, en especial cuando pensé en la posibilidad de que fuese Shaper, pero al girar el cuello descubrí a Joke con la boca ligeramente abierta al haberme descubierto con las manos en la masa.

—Si sales por esa ventana te persigo hasta que caigas otra vez inconsciente. —Me amenazó con una sonrisa desafiante.

Pensé en ignorarle y salir de la habitación pero recapacité y me planteé que a lo mejor Joke me salvaba del aburrimiento.

—A la cama —me ordenó. No me quitó el ojo de encima mientras obedecía y caminaba de vuelta, chasqueando la lengua—. ¿Sabes que te has librado de una buena? McNair ha decidido olvidar tu ataque contra él.

—Yo no le atacué, fue un reflejo debido a mi malestar.

Joke me observó detenidamente, sus ojos se posaron en mi camiseta de tirantes que se ceñía sobre mis pechos. Apartó la mirada deprisa, avergonzado, y continuó hablando.

— ¿A dónde ibas? —Hizo un gesto hacia la ventana.

—Me aburro.

—Pues a partir de mañana vas a aburrirte más aún.

— ¿Por qué lo dices?

— ¿Realmente no sabes qué día es hoy?

— ¿Debería saberlo?

—Pues sí. Hoy ha sido el último día de entrenamiento.

— ¡Caray! ¡Es cierto! Y he llegado tarde... —hice una mueca.

— ¿Tarde? ¡Pero si te lo has perdido entero!

—Porque estoy enferma... —traté de excusarme.

—De cualquier modo, los novatos se han llevado una buena reprimenda gracias a ti. McNair les ha hecho pagar tu falta.

Sonreí a Joke sin sentirme culpable. McNair les habría reprendido hubiese faltado yo o no.

— ¿Te das cuenta? —Continuó Joke—. El viernes serás oficialmente un Seal y te harán entrega del distintivo dorado. Pero aún tendrás que pasar por la “semana infernal” y un periodo de prueba para poder llevarla sobre la solapa. —Se acercó a mí con cautela, siempre guardando el espacio para no agobiarme—. Así que, ya puedes recuperarte pronto porque el fin de semana que viene estaremos de fiesta.

Ambos sonreímos como dos colegiales. Al percatarse de ello, Joke bajó la mirada y raspó la sábana con una uña.

— ¿Cuándo es tu cumpleaños?

—Dentro de dos meses. Pero si lo preguntas para celebrarlo, la respuesta es: no.

— ¿Por qué? Cumple catorce años.

—Te recuerdo que como regalo de cumpleaños mis padres intentaron matarme. No necesito celebrarlo —aseguré.

El silencio reinó entre nosotros. A lo lejos se escuchaba las canciones militares de los soldados, recitándolas con alegría mientras corrían alrededor del campo de arena. Tras ese silencio, Joke trató de romper el hielo.

—Estaba pensando —se puso nervioso y jugueteó con la sábana de la cama, enrollándola en sus dedos— que podías venirte el fin de semana que viene a mi casa de la playa. Como vamos a estar de fiesta, tendremos permiso... y bueno... me preguntaba si querrías venir. Allí podrás descansar cuanto quieras.

— ¿Solos? —inquirí asombrada.

—Sí, ¿por qué no? Somos amigos. Eso reforzará nuestra amistad.

—Pues... pensándolo bien, no es mala idea. Podré descansar y desconectar un poco de la base. —Me mostré absorta un instante y después le miré con un brillo diferente en los ojos—. Vale, acepto la invitación.

— ¡Estupendo! —exclamó emocionado—. No te arrepentirás. Es un lugar muy bonito y tranquilo.

Nos miramos largo rato, sin saber que decirnos. No hacía falta hacerlo, parecía estar todo dicho.

La gala estaba preparada para la presentación de los nuevos Seal. La ceremonia tendría lugar a las doce de la mañana. En los jardines de la base levantaron una plataforma donde las banderas americanas y canadienses se encontraban en el fondo. En medio de la tarima un soldado probaba el sonido del micrófono para que no fallase a mitad del discurso que Shaper daría. Frente al escenario, había largas hileras de sillas revestidas con elegantes lazos azules, blancos y rojos imitando los colores de ambas banderas. A primera vista, todo parecía tranquilo en el recinto; pero dentro, en las habitaciones, cundía el pánico, en especial para los graduados como yo.

Frente al espejo del cuarto de baño, me peleaba con mi mata de pelo intentando recogerlo en un moño para poder colocarme la gorra. Pese a que me gustaba estar siempre lo más presentable posible tenía que reconocer que no se me daba bien arreglarme el pelo. Me habría gustado llevarlo suelto, como siempre, o en una coleta, pero Carla aseguró que estaría mal visto presentarme con la cabellera cayendo sobre la espalda y que por tanto debía sujetarlo en un moño a la altura de la nuca. Lo intenté de todas las maneras: sujetándolo con horquillas, con un lapicero, con las dos cosas juntas... pero siempre se caía lacio. Cansada de no obtener resultados dejé el cepillo sobre el lavabo.

Apoyé las manos sobre la porcelana y respiré profundamente, dejando caer la cabeza. Estaba nerviosa. Durante toda la semana me mostré callada y alterada a cualquier ruido que escuchase a mi alrededor. Hasta ese día no me encontré con Shaper por los pasillos pero tenía la sensación de que todos y cada uno de los integrantes en la base confabulaban contra mí, bajo las órdenes del General. La sensación de intranquilidad no me permitía dejar de estar alerta a cualquier movimiento.

Y luego estaba la Gala. Puesto que tuve que guardar reposo en la enfermería hasta que me recuperé, me perdí los ensayos para la condecoración del Budweiser. Mientras miraba mi reflejo en el espejo, reflejando un rostro de inquietud con unas visibles ojeras, me pregunté qué diantre debía hacer al subir a la tarima. Con la duda de una inexperta en galas sociales, recogí las horquillas y el peine para correr hacia la habitación donde pude encontrar a mis compañeras ya vestidas con el uniforme de gala y terminando con los detalles.

—¿Todavía estás así con el pelo? —preguntó Carla mientras se colocaba los zapatos de tacón.

—Es que no me sale el moño. —Le extendí las horquillas para el peinado suplicando con pucheros que me ayudase. La mujer aceptó encantada y en seguida se puso manos a la obra. Mientras soportaba los tirones al colocarme las horquillas decidí preguntarles qué era lo que tendría que hacer al subir al escenario.

—Colocarte en la fila de soldados. —Respondió Carla con un par de horquillas entre los labios—. Y cuando te nombren caminas hasta Shaper y recoges tu insignia y el diploma.

—¿Y ya está?

—¿Qué quieres? ¿Dedicárselo a tus amigos?

Carla colocó la gorra con solapa sobre mi cabeza y a partir de ahí tuvimos una visión más completa de mí, vestida como una autentica militar. Me acerqué al espejo del armario y observé el reflejo de alguien sin sonrisa.

—Parece que tengo cincuenta años.

— ¿No querías parecer mayor? Pues ya está. Ahora no tienes tiempo para lamentaciones. ¡Llegamos tarde!

Las cuatro mujeres salimos al exterior y el sol nos bañó con sus rayos. La ceremonia había comenzado y corrí hacia la tarima, subiendo con cuidado de no tropezar con los tacones. Una vez arriba, me acerque a uno de los compañeros y allí me quedé, con el semblante angustiado por los nervios. Desde allí podía tener una perspectiva más amplia de todo. En el atril se encontraba Shaper, dando su discurso para los nuevos soldados, manteniendo su falso gesto de satisfacción.

Entre la gran muchedumbre que permanecía sentada en las sillas, esperando con anhelo que se nombraran a sus familiares, busqué a mis compañeros de equipo. En una de las filas encontré a Carla junto a su marido; un hombre que jamás mantenía conversación con nadie y que parecía bastante agresivo. Detrás de ésta se encontraban Nick, Joke y el resto del equipo. Nick se mostraba interesado en escuchar el discurso pero los demás hablaban entre ellos.

Volví a mirar a todo el gentío y las sonrisas que permanecían marcadas en sus rostros. Todos orgullosos del patriotismo que se masticaba en aquella escena. Sentí que solo yo estaba fuera de lugar. Me hacía ilusión recibir el Budweiser, aunque solo fuese por todo el esfuerzo del entrenamiento y las horas de sueño sacrificadas para llegar hasta donde me encontraba. Pero no por ser soldado. Jamás encajé bien el patriotismo y mucho menos sentía deberle algo a ese u otro país. En especial después de lo descubierto en Cloe; cada mes que había pasado en la base más repugnancia sentía por todo lo que conllevaba ser soldado bajo las órdenes de un manipulador y un asesino. Necesitaba salir de allí como fuese y para ello era indispensable la aprobación del General Shaper; convencerle de que no era tan necesaria en la base como él creía. ¿Pero cómo hacerlo? Giré lentamente el cuello en dirección a él para escuchar parte de su discurso.

—...En un día que para todos los soldados es importante, pero mucho más para Estados Unidos y éste país que forma parte de una coalición. Hoy América y Canadá se vuelven a vestir de gala para dar la bienvenida a veintiocho soldados que han soportado todo tipo de barreras...

Mis ojos se perdieron en mis pensamientos e imaginé que, hablando con él, explicándole que mi vida allí no tenía sentido, sería suficiente. Tal vez decirle que sentía la necesidad de ser adoptada y tener por fin una familia que me respetase y me diese cariño. Aquella idea me llevó a mirar de nuevo a la gente, agitando pequeñas banderillas con el instintivo dorado dibujado. Allí vi padres, madres, hermanos y esposas. Novios y amigos. Todos orgullosos de alguien que esperaba en la tarima para ser nombrado. Sin embargo, entre toda esa gente no encontré a nadie que realmente estuviese orgullosa de mi. Un vacío se colocó en la boca de mi estómago, como siempre que me sentía sola. Irremediablemente busqué a Marcos entre todas aquellas cabezas, necesitando su calor de hermano; algo que yo misma le había negado desde que nos reencontramos. Me costó encontrarle pero pude verle cerca de Krugger. No

me miraba ni parecía querer hacerlo; absorto en el discurso.

—...Bajo tribulaciones impensables. Bajo situaciones imposibles. Se esforzarán por luchar. ¡Por nuestro pueblo! ¡Por el país! Con su sacrificio, con su empeño, entregaremos a todas las personas un manto de protección. Lucharán contra el enemigo. ¡Y vencerán! ¡Porque ustedes son los Navy Seals! Bienvenidos al cuerpo de elite más importante del mundo.

La gente prorrumpió en aplausos, levantándose de las sillas y vitoreando el nombre de los nuevos soldados. Algunos lloraban llevados por la emoción, otros aullaban por los graduados. Pero nadie lo hacía por mí. No en el modo que deseaba.

Shaper se acercó a una mesa junto con algunos superiores, dispuesto a hacer la entrega de la insignia tan valorada ese día y el diploma. Después de comprobar que todo estaba preparado volvió al micrófono y se dispuso a nombrar al primer privilegiado.

—Marlon Washington.

El muchacho hizo el saludo de visera y caminó enérgico hacia Shaper. El General le colocó la insignia en la solapa y después le entregó su diploma. Tras estrecharle la mano con fuerza, el joven volvió a la fila.

Le miré de reojo, impaciente porque me tocase de una vez por todas y terminase todo. Me sudaban las manos y el cuerpo me temblaba. Pero no era por la insignia ni todo aquel circo. La razón era que temía estrechar la mano a un asesino y descubrir que Shaper supiese algo. Porque de ser así, ya podía cavar mi propia tumba.

La fila fue avanzando y recogiendo el Budweiser. La gente no paraba de aplaudir a uno y otro a medida que subían a la plataforma mientras que yo no dejaba de pensar. Como por ejemplo en qué hacer con la información desenmascarada. ¿Le denunciaba para que lo llevaran a juicio? ¿O de lo contrario callaba, convirtiéndome en cómplice de tantos delitos cometidos? En caso de exponer lo conocido, ¿qué haría después? Más preguntas se formularon en mi cabeza, como por ejemplo si el gobierno sabría algo de las andanzas de Shaper y sus contactos. Seguramente no.

El soldado que permanecía a mi lado regresó de recoger su Budweiser con una expresión de incalculable felicidad. Yo era la siguiente. Tras escuchar mi nombre levanté la mano con los dedos muy juntos y los coloqué sobre la visera, saludando como lo exigía el protocolo; y caminé con pasos seguros hacia el General Shaper. No quería achantarme delante de él y mucho menos que percibiera un solo síntoma de debilidad en mí. Mostré mi mirada más fría a mi superior. Shaper me mantuvo la mirada y levantó un poco las comisuras de sus labios, aparentando astucia. Se tomó su tiempo para colocarme la insignia sobre la solapa. Después, con aire poderoso, me hizo entrega del diploma sin perder de vista mis ojos grises. Sus manos arrugadas pero con una manicura perfecta ocultaron la mía y la apretó enérgicamente.

—Enhorabuena, Jorden. —Sus ojos brillaban de manera electrizante, y aquella sonrisa... esa media sonrisa me lo dijo todo, haciéndome abrir los ojos de par en par y obligándome a tragar saliva—. He de decirte que jamás pensé que llegarías tan lejos. Me has impresionado.

En los nueve meses que llevaba en la base, tras inscribirme como soldado, jamás me había tuteado mi superior. Eso y el tono con que lo hizo, heló mi sangre para comprender que era una indirecta. El hombre que tenía delante me había descubierto y

con sus cuatro palabras supe que estaba perdida. Volví a saludar conforme al protocolo y me giré con la sensación de parecer un robot; volví a la fila, deseando alejarme de aquel hombre. ¿Qué pensaba hacer conmigo? ¿Matarme? Si lo pensaba fríamente no podía hacerlo, me necesitaba de una forma u otra. Entonces, ¿a qué venía esa mirada?

Finalmente, Shaper dijo algunas palabras más por el micrófono y dio paso a la comida. Todo el mundo se levantó eufórico de sus sillas; los nuevos Seals bajaron de la tarima para ser abrazados por sus familiares y enseñando el bien máspreciado que acababan de concederles. No obstante, yo bajé con el rostro sombrío, los ojos entrecerrados y cansados; harta de toda aquella pantomima. Al bajar las escaleras y hacerme paso entre la gente conseguí salir de la muchedumbre, y al levantar la mirada encontré a mi hermano a lo lejos. Permanecía de pie, esperando a alguien, haciendo círculos con el pie sobre el césped del recinto y con un gesto vulnerable.

Ese gesto fue el que me hizo pensar en algo descabellado; en algo que me paralizó instantáneamente: Desde luego, Shaper no me mataría, por intereses propios; pero sí podrían levantar la mano sobre Marcos para mantenerme avisada.

Tal vez había llegado el momento de romper el silencio con mi único familiar.

A decir verdad no tenía la más remota idea de cómo exponer el asunto a Marcos y no parecer una chiflada; ni siquiera sabía si mi teoría tenía algo de peso o no era más que un poco de histeria provocada por la mirada de Shaper. De cualquier manera, debía avisarle y me aparté del gentío para caminar hacia las mesas de comida, donde se encontraba mi hermano. Mis labios se arquearon al verle dudar sobre que comida coger. No me vio acercarme. Cogí un plato y me puse a su lado mirando la comida.

— ¿Me recomiendas el pudín? —pregunté con toda la naturalidad del mundo.

Marcos dejó de masticar para observarme con sorpresa. Tragó la comida con algo de dificultad, tal vez extrañado de que su hermana le hablase.

—Lleva remolacha y a ti no te gusta. —Sus ojos marrones me observaban entre maravillado y asustado por verme convertida en un Seal. Desde que nos reencontramos no hablamos más que un par de veces pero sé que se moría por saber qué era lo que me llevó a Canadá y entrar en la base—. Aunque deberías probar el pastel de carne.

Acepté la sugerencia de mi hermano y puse un poco en un plato. Estiré el brazo para coger un tenedor y me di la vuelta para observar a la gente. Apoyándome un poco sobre la mesa llevé el tenedor lleno hasta la boca y degusté admirablemente. El sol nos daba de lleno y era consciente de que con sus rayos mis ojos se volvían casi blancos; una mirada fría y escalofriante, algo que no era nada nuevo para Marcos.

Continué comiendo en silencio al lado de mi hermano hasta vaciar el plato. Los gritos y las risas llegaban a nosotros, incomodándome, y pensé que aquel no era el lugar adecuado para explicarle qué era lo que estaba ocurriendo a escondidas de todo el mundo. Me limpié los dientes con la lengua de la manera más educada posible y tras dejar el plato sobre la mesa, cogí una servilleta para limpiarme las manos.

—Tenemos que hablar —dije secamente mientras miraba a un lado y a otro. No quería que nos escuchara nadie—. Sígueme.

Marcos hizo lo propio con una sensación en el cuerpo de lo más emocionante. Seguramente pensaba que quería hacer las paces con él y eso le mantuvo alegre. Traté de no mostrarme muy efusiva, sino todo lo contrario, distante y fría, para que no se hiciera ilusiones.

Le llevé hasta mi escondite preferido, el almacén de limpieza. Durante un tiempo pensé que allí estaba segura cada vez que huía de algo o de alguien; pero después de saber que la puerta de enfrente conducía a Cloe, un mundo aparte de todo lo conocido, ya no sabía dónde encontrar paz.

El ambiente en la habitación estaba cargado de polvo y humedad. Me apoyé en una de las encimeras, escudriñando a mi hermano.

— ¿Qué ocurre?

—Tal vez corras peligro —dije con total convicción.

— ¿Cómo? —Eché el cuello hacia atrás, intentando comprender.

—He estado trabajando para Shaper de manera secreta. Estoy recibiendo un entrenamiento a parte del correspondiente —di un par de pasos hacia la derecha y pensé unos segundos lo que iba a decir—. Eso me ha llevado a descubrir cosas que se

han hecho en la base... cosas terribles.

— ¿Un entrenamiento a parte? —Su rostro se llenó de arrugas al contraerlo por la confusión—. ¿Pero qué coño...? Vamos a ver —intentó relajarse porque de otra forma no comprendería nada de lo que le estaba contando—. No sé a qué te refieres pero en todas las bases hay algo de corrupción. Trafico de alcohol, algo de drogas, cosas de contrabando...

— ¿Matar a todo un pueblo con un gas venenoso? —dije con total frialdad.

Marcos se quedó petrificado ante mis palabras.

— ¿Has descubierto eso? —Se acercó a mí con un brazo extendido—. ¿Qué más has descubierto?

—Eso no importa ahora —contesté de manera insensible—. Lo que importa es que estás en peligro.

— ¿Por qué yo?

Chasquéé la lengua, viendo que mi hermano no entendía nada.

—A mí no me harán nada. Me necesitan. Pero tú... —suspiré con fuerza, ensanchándoseme las fosas nasales y volví a quedarme callada unos segundos—. Has de tener cuidado a partir de ahora. Shaper no se andará con tonterías y si descubre que le he estado espiando serás tú quien pague por mis errores.

—Eso quiere decir que estás preocupada por mí —sonrió y no entendí por qué.

— ¡Esto es serio, Marcos!

—Claro que es serio, por eso estás preocupada.

Miré a mi hermano con dureza. No me gustaba que mis sentimientos se viesan revelados y me sentí algo violenta.

—Tú trata de protegerte y no dejes de mirar a quien tienes a tus espaldas. Y no cuentes nada de lo que te he dicho. —Caminé hacia la puerta con la intención de marcharme. Lo habría hecho deprisa pero mi hermano me sujetó del brazo antes de que pudiese salir.

—No me apartes de tu vida, Jeriel —suplicó compasivo—. Nos necesitamos mutuamente. Yo te necesito.

Callé por un momento, pensando qué hacer; qué decirle; qué no decirle. La situación me llevó a mirar a mi hermano con severidad.

— ¡Me abandonaste, Marcos!

—Fue un error. ¡Un error! —se llevó las manos a cabeza desesperado por no ser comprendido.

—Un error que casi me costó la vida.

— ¡Lo siento! —se movió nervioso, sin más palabras que decir que esas dos.

— ¡Con un “lo siento” no se solucionan las cosas, Marcos! —no quería gritar ni tampoco ser violenta con él. De hecho, aunque dolida por recordar el pasado, me sentía liberada hablando con él de una vez por todas sobre ese tema que para mí se había convertido en un tabú—. ¿Tienes idea de lo que viví aquella noche?

— ¡No! ¡Y nunca lo sabré! Porque no me dejas llegar a ti —estaba abatido. Temía no poder convencerme de que le perdonase—. Por favor, Jeriel, por favor. —Descansó sus manos sobre mis hombros, tal vez intentando con ese contacto llegar a mi corazón, frío como un témpano de hielo—. Déjame formar parte de tu vida otra vez. Dame una oportunidad.

Noté como mi coraza se rompía en pedazos. No podía negarlo, le necesitaba tanto como él a mí. Pero en mi interior algo me lo impedía.

—No lo sé. Tengo que pensarlo. —Mis ojos se empañaron de lágrimas por culpa de un error del pasado, por mi necesidad de hacer justicia con todo el que me hacía daño, porque era testaruda y me costaba dar mi brazo a torcer.

— ¡Pensar qué! —Apartó sus manos de los hombros para sujetarme la cabeza con delicadeza—. Soy tu hermano, Jeriel. ¡Tu hermano!

Negué con la cabeza, apartándome de él.

—Necesito pensarlo. Aún guardo mucho rencor.

Marcos dejó caer la cabeza, vencido por mi tozudez, y se rindió.

—No puedo contigo, Jeriel. Eres irremediable. —Su aspecto se volvió duro y enfadado—. Te vuelvo a decir lo mismo que la vez anterior. Cuando estés preparada para aceptarme como tu hermano que soy, ya sabes dónde estoy.

Abrió la puerta a punto de marcharse pero antes dijo algo más.

—Espero que cuando lo hagas, si todo lo que me has dicho antes es cierto y corro peligro, no sea demasiado tarde.

— ¡Eso es chantaje emocional! —le recriminé.

La conversación terminó en el momento en que Marcos cerró la puerta con fuerza, quedándome sola en aquella habitación llena de polvo y cajas de cartón.

Nada salió esa mañana como yo esperaba. La gente seguía disfrutando de la gala, acompañando a sus familiares, siendo acompañados a su vez. Pero yo vivía mi condecoración sola, como siempre había estado. Me senté en una de las encimeras, dejando las piernas colgando y rompí a llorar, cansada de sentirme así.

Joke no pudo evitar seguir a Jeriel y su hermano desde una distancia prudencial. Llevaba toda la gala observándola, sin saber muy bien la razón. Estaba inquieto y a la vez se sentía un poco acosador.

Al ver como Jeriel se acercaba a su hermano y hablaba con Marcos se interesó en lo que estarían hablando y les siguió hasta la habitación. Una lástima no poder entrar con ellos y escucharles lo que se decían. Tampoco es que fuese una cotilla, pero se sentía contento de verles juntos. Se quedó a una distancia moderada, esperando a que salieran del cuartito y poder hablar con Jeriel para ultimar los detalles del fin de semana en su casa. Se apoyó sobre la pared, colocando un pie sobre ésta y comenzó a mirarse las uñas de las manos como único entretenimiento. Alguien llegó corriendo por el pasillo, obligándole a levantar la vista de su distracción. Pudo ver a Patrick, el soldado raso destinado en la cocina, con su novia, regalándose mil besos y otras caricias sin cortarse de que estuviese él delante. Joke meneó la cabeza levemente hacia los lados cuando pensó que era de dominio público que aquella pelirroja de pechos pequeños se la había pegado con unos cuantos soldados de la base y alguno que otro de fuera. Y el muy lerdo no se enteraba de nada.

Patrick levantó la mirada un momento y se encontró con la de Joke. Se sonrieron de forma cómplice y el primero le susurró a su novia algo al oído. La pelirroja, llevada por sus palabras, se giró hacia atrás, encontrándose con Joke y se unió a las sonrisas; pero la suya fue lasciva. Joke pudo ver que masticaba un chicle de la misma forma y pensó que lo que tenía frente a él era una autentica fulana. Se sorprendió de sí mismo al darse cuenta de que esa situación ya no le daba morbo alguno. Les vio desaparecer entre risas y cuando todo se quedó tranquilo de nuevo volvió a su única distracción. Suspiró sonoramente al pensar en que Jeriel no era como la novia de Patrick, aunque también era cierto que no tenía mucho mundo y aún era muy joven. Ya espabilaría, pensó.

Comenzó a escuchar una conversación acalorada proveniente de la habitación donde se encontraban Jeriel y Marcos. Ya están discutiendo, pensó Joke. No podían estar juntos en la misma habitación sin discutir. Aunque no se acercó para escuchar mejor, sí agudizó el oído para enterarse de la razón por la que increpaban. Por lo de siempre, porque iba a ser. Luego la discusión se tranquilizó y después Marcos volvió a levantar la voz.

La puerta se abrió y Joke vio como Marcos salía hecho un basilisco, cerrando la puerta con fuerza. Él no le vio debido a la rabia que llevaba encima y desapareció del pasillo como un rayo. Joke se quedó quieto, sin moverse. Con la misma postura que tenía desde el principio. Y no para no ser descubierto, sino porque estaba sorprendido de ver que del rostro de Marcos caían dos lágrimas que juraban lo mal que se lo estaba haciendo pasar Jeriel. Esas dos lágrimas hicieron que él mismo sintiera ganas de darle un buen bofetón a Jeriel. Se movió de la pared con intención de darle una reprimenda y obligarla a que de una vez por todas dejara de machacar a Marcos. Lo habría hecho, de veras que sí, sino fuera porque la escuchó llorar amargamente desde donde estaba. Entonces pensó que no había escuchado la conversación al completo y

que antes debía preguntar. Escondiendo los labios y suspirando, caminó hasta la puerta de la habitación y abrazó el pomo con la mano, girándolo hasta que cedió. Al abrir y entrar en el cuartito, se encontró a una Jeriel observadora, sentada en una encimera con las piernas colgando y los zapatos de tacón a medio poner, el rímel corrido por las lágrimas, pero observándole; el rostro de Jeriel se encogió de nuevo, llenándose de lágrimas otra vez.

—No, no soy Marcos. —Dijo Joke con una sonrisa triste—. Lo siento.

La joven muchacha rompió en un llanto desgarrador, tal vez realzado por la presencia de su amigo, negando con la cabeza y sin saber por qué lo hacía.

Joke se acercó a ella lentamente hasta asirla de los hombros de manera cálida, deseoso de acompañarla en su angustia. Quería demostrarle su afecto, decirle que las cosas no son tan importantes a menos que se le den excesiva atención. Que estaba ahí para lo que necesitase. Quería abrazarla con fuerza y darle la seguridad que ahora mismo no parecía tener. Y lo hizo porque era su amigo. Pasó sus brazos por debajo de los de ella y la abrazó suavemente. El roce de ambas chaquetas y el llanto de la joven fue lo único que quebrantaba el silencio de la habitación, mugrosa y llena de polvo. Pero no importaba, porque el olor que emanaba el cuello de Jeriel era tan immaculado que obligaba a Joke a cerrar los ojos de puro deseo. Le acarició la cabeza con sumo tacto, intentando calmarla para poder hablar y que se desahogara.

—No puedo... —alcanzó a decir la chica—. No puedo hacerlo.

—¿No puedes hacer qué? —trató de averiguar él.

—Perdonar a Marcos.

Joke apoyó la barbilla sobre el hombro de Jeriel un instante mientras pensaba en las palabras que quería decirle.

—Porque no lo intentas.

—¡Claro que sí! —Se quejó.

—No, no lo haces.

—Sí que lo hago, Joke.

—Si lo hicieras lo habrías conseguido hace tiempo.

—No es tan fácil. —Dijo entre sollozos.

La mirada azul de Joke fue tan tierna que acongojó más a Jeriel.

—No lo es porque no eres capaz de ponerte en su lugar, Jeriel. Solo piensas en que te abandonó. En lo mucho que pasaste por aquella temporada, pero nunca te has parado a pensar que era lo que pasaba por su mente. Lo que sufrió él al dejarte. Qué le llevó a hacer algo así.

—Si... pero... —se sorbió la nariz y Joke le limpió las lágrimas que caían por sus mejillas— aún guardo mucho rencor.

Joke hizo una pausa larga, agachando la cabeza y mirando al suelo.

—Esto es una base militar, Jeriel. A veces nos destinan a misiones suicidas, de las cuales en ocasiones no todos regresan —volvió a pausar para hacer fuerza a lo que iba a decir—. ¿Sabes lo que es perder a un familiar?

—No —sintió que se le partía algo por dentro al saber hacia donde llevaba Joke la conversación.

—Pues yo sí. Y es algo que te deja una herida que jamás cicatriza. Y teniendo en cuenta que aquí estamos expuestos a la muerte con más frecuencia que el resto del

mundo, deberías plantearte vencer ese rencor tan absurdo que sientes; porque, Dios quiera que me equivoque, pero si un día os pasa algo a uno de los dos, el otro no podrá soportar el remordimiento de conciencia.

El rostro de Jeriel se llenó de arrugas al volver a llorar, sobre todo al recordar la mirada de Shaper y las sospechas que habían nacido en su interior.

— ¿Cómo lo hago? —preguntó suplicante.

Joke rodeó su rostro con las manos, sintiendo el calor de las lágrimas al contacto con su piel, y se acercó a ella poco a poco, hechizado por su belleza y por el aliento que emanaba de su boca. Sus ojos, ese gris rozando casi el blanco, que parecía hipnotizar a todo aquel que los miraba fijamente. Y sus labios, gruesos, con una línea natural que los perfilaba, mostrándolos más sensuales. Acarició el labio inferior con el dedo pulgar sin percatarse de que Jeriel jadeaba silenciosamente, esperando el tan deseado beso, tal vez para repetir el de la noche de la fiesta; su primer beso. Joke se apartó lentamente para evitar el error. Se alejó de ella unos pasos y le dio la espalda, colocando una mano en la nuca.

—Entablado una relación con él. Hablando, Jeriel. Poco a poco. —Se mostró algo nervioso y arrepentido, pero continuó hablando—. Sin forzar las cosas. Siendo natural pero deseándolo.

Jeriel bajó de la encimera y se acercó a él por la espalda. Pensó en abrazarle, demostrarle sus sentimientos, pero no habría sido una buena idea. Suspiró hondamente, después de tanto llanto, y decidió preguntarle algo.

— ¿Sigue en marcha la idea de ir a tu casa?

Hubo un silencio que no le gustó.

— ¿Qué ocurre, Joke?

—No lo sé... —temía darse la vuelta después de haber estado a punto de volver a besarla. La habitación era pequeña e invitaba al deseo en un día de celebraciones como ese—. No sé si es buena idea. Yo...

—No te entiendo... Dices que le dé una oportunidad a mi hermano pero tú no se la das a tus sentimientos.

—Es diferente —dijo, dándose la vuelta para defenderse—. Yo estaría cometiendo un delito.

—No, si yo consiento.

—Aunque tú consintieras seguiría siendo un delito.

— ¡A la mierda con la ley y sus malditas normas!

— ¡Esas leyes están para proteger a los menores! —exclamó entre dientes.

— ¡Pero yo no entro en ese grupo! —levantó la voz para dejarlo claro una vez más.

El silencio volvió a ser protagonista en la habitación y los dos soldados se mantuvieron callados un par de minutos, hasta que ella volvió a hacer la pregunta.

— ¿Iremos a la playa?

Joke se quedó pensativo, frunciendo los labios.

—Sí, ve a hacer el petate.

No tenía un amplio vestidor como siempre deseé, pero la ropa que había ido consiguiendo a lo largo de esos nueve meses en la base fue suficiente para poder marcharme un par de semanas a cualquier lugar. Fui acomodando las camisetas y vaqueros en el petate que llevaría ese fin de semana en la playa. Algunos calcetines y más mudas de repuesto por si acaso. Un abrigo y pijamas más o menos recatados.

La habitación permanecía bastante tranquila sin la presencia de mis compañeras. Seguramente estarían fuera, festejando. Continué doblando los calcetines e introduciéndolos en la enorme mochila, pensando lo bien que lo pasaría en la playa con Joke. Porque no importaba la pequeña discusión que habíamos tenido hacia un rato. Le convencería tarde o temprano para que venciese sus temores. Debía hacerlo, porque me moría por besarle. Me descubrí a si misma sonriendo como una tonta y sacudí la cabeza soltando una risita divertida.

Nicolas entró en la habitación, sorprendiéndome, y me imitó arqueando las comisuras hacia arriba. Había pocos hombres que vistieran con tanta elegancia el uniforme de gala como lo hacía él. Parecía como si el traje le hiciese una reverencia, adaptándose perfectamente a su cuerpo. Los rasgos indios quedaban algo escondidos bajo la visera pero se pronunciaban los huesos de su mandíbula, realzando su atractivo. Apoyó el omoplató sobre la pared y me observó cuidadosamente.

— ¿Qué haces? —preguntó con sencillez.

—La maleta —respondí sin perder la sonrisa—. Iba a escribirte una nota en cuanto terminase pero ya que estás aquí te lo diré en persona.

— ¿Qué ocurre?

—Me voy este fin de semana a casa de Joke.

La sonrisa de Nicolas desapareció al instante y sus mejillas se volvieron del color del infierno. Le miré extrañada; tuve que aguantarme la risa porque parecía un gato con la cola erizada. Escondí los labios para evitar soltar la carcajada.

— ¿Qué pasa? —pregunté finalmente.

—No puedes ir. —Señaló entre asustado y dictador.

— ¿Por qué?

—Porque Joke... ¡correrías peligro!

— ¡Pero qué dices! —esta vez me eché a reír.

—Jeriel, conozco a Joke mucho mejor que tú, y créeme, siempre ha sido algo mujeriego.

— ¿De veras? No tiene pinta de ello.

— ¡Porque ahora esta atontado contigo! ¡Y eso es lo que me preocupa! —Se acercó para intentar deshacer el petate con disimulo—. Joke... es lo que es. Un buen chico, entregado a su uniforme, pero le va mucho... la marcha. ¿Me entiendes? Y sabe que no debe tocarte pero no deja de ser un hombre y si pierde los papeles se lanzará a tu cuello, y tú... —se cubrió la cara con la mano de forma muy dramática—. Madre mía...

Volví a reír con fuerza y le puse una mano en el brazo.

—Tranquilo, Nick. Joke tiene tanto miedo de sí mismo que es capaz de castrarse

con tal de no cometer un delito.

—Tampoco quiero eso para mi amigo.

—En serio, no pasará nada. —Me di la vuelta y volví a meter las cosas que Nicolas había sacado del petate; mi rostro se ensombreció de pronto—. Solo me lleva a la playa para que desconecte un poco de todo esto. He pasado mucho los últimos meses.

—Si lo compartieras con los demás la carga sería más leve.

—Hay cosas que deben ser enterradas bajo tierra y que solo el tiempo se encargará de desenterrarlo, si así debe ser —apunté, pensativa.

Sentí la mirada de Nicolas sobre mi espalda.

—A veces me pregunto qué es lo que hay dentro de esa cabecita tuya.

Muchas cosas, pensé. Cerré la cremallera y me coloqué el petate sobre la espalda. Nicolas me hizo sitio para que pudiese pasar y el perfume de ambos se mezcló, llamando mi atención. Le eché una ojeada de arriba abajo con una sonrisa algo maliciosa.

—Qué guapo estás hoy. ¿A quién quieres llevarte a la cama?

El Teniente puso los ojos en blanco.

—Me va a venir bien un par de días sin tener que soportarte. Lárgate ya.

Caminamos por el pasillo central donde se concentraba un grupo de soldados. Entre ellos se encontraba Joke, que esperaba con el macuto sobre uno de los hombros, y riendo las bromas que se hacían unos a otros. Se había quitado el uniforme de gala para vestir una camiseta y unos vaqueros desgastados y rotos por las rodillas, ensalzando la perfecta silueta de su cuerpo.

—Ah —exclamé al verle vestido de calle. Nicolas giró un poco la cabeza, sorprendido por mi expresión. Se apartó de mí y caminó hacia Joke con su constante elegancia.

— ¡Joke! —le llamó con una gran sonrisa que todos sabíamos lo que significaba—. Amigo mío —los demás soldados sonreían. Joke miraba a su Teniente con el entrecejo fruncido. Sabía lo que le esperaba. De súbito, Nicolas le agarró por la entrepierna con fuerza y le empotró contra la pared; le dijo al oído, no amenazante pero si con advertencia—. Te quiero como a un hermano, eres mi mejor amigo. Lo sabes. Pero como saques el caramelo de su envoltorio te lo arrancó de cuajo cuando vuelvas.

— ¡Que sí, que sí! ¡Qué voy a portarme bien! ¡Nicolas, que me dejas eunuco!

Los soldados se carcajaban sin poder parar al verle tan vulnerable y yo tampoco pude evitar incorporarme a las risas.

— ¿Ha quedado claro?

— ¡Si, si, si!

—Muy bien —aceptó, soltándole. Al ver que el muchacho sudaba le dio dos palmaditas en los hombros—. Ya podéis marcharos.

Joke recogió la mochila del suelo y tras mirar con recelo a su compañero se marchó de allí perjurando, seguido de mí, que no dejaba de reírme en silencio.

El viento golpeaba sobre nuestros rostros a medida que recorriamos la carretera. El tiempo no estaba de parte nuestra, que amenazaba con llover y estropear el tan deseado fin de semana en la playa. Las nubes desperdigaban de vez en cuando alguna que otra gota de agua, terminando en la luna del jeep. El atardecer cayó sobre nosotros antes de tiempo debido clima; sin embargo, ni esas nubes oscuras, repletas de furia, ni el mal día que había pasado, podían ensombrecerme, y mucho menos a la emoción que sentía en mi interior. Era la primera vez que salía más de cinco horas fuera de la base.

Joke permanecía callado, atento a la carretera, pero dentro de él albergaba la misma sensación; supongo que deseaba volver a casa.

Cuando el mar apareció en el paisaje coloqué el brazo en la ventanilla y apoyé suavemente la cabeza sobre él, disfrutando del hermoso golpeteo del aire y respirando el aroma a salina que me llegaba.

Joke me observaba con una suave sonrisa en los labios, convencido de que el fin de semana sería especial para mí.

A lo lejos comencé a divisar una casa blanca que a medida que nos íbamos acercando iba creciendo de tamaño. Entramos en un camino de piedras que me llamó la atención por la blancura que desprendía. El repiqueteo que produjo el coche al atravesarlo sonó en su parte trasera y lo sacudió repetidamente hasta que llegamos a nuestro destino.

La casa era grande y la pintura blanca parecía bien cuidada. Se componía de dos pisos y terminaba en una buhardilla revestida de un tejado negro. La entrada estaba decorada con unas escaleras sencillas, provistas de dos farolillos de exterior. Al lado de la puerta de la entrada pendía un molinillo *Feng Shui* de tubos y campanas.

Salimos del coche y noté que Joke me observaba mirar el mar y sus olas, bravas por la ventisca. Mientras yo permanecía hipnotizada por su belleza, Joke fue a la parte trasera del jeep para sacar las cosas e instalarnos cuanto antes. Dejó los macutos en el suelo y caminó lentamente hacia mí, colocándose justo detrás. Imitándome, fijó la vista en el horizonte. La luna asomaba y el sol se resistía a marcharse, reflejando sus tenues rayos sobre las aguas canadienses. Joke apoyó las manos sobre mis hombros con delicadeza y los masajeó.

—No me digas que no habías visto nunca el mar —susurró cerca de mi oído.

—Si —respondí con una sonrisa suave—. Vivía cerca de él. Pero parece que su paz y belleza nunca es suficiente.

— ¿Te trae recuerdos?

—Sí.

— ¿Buenos o malos?

—Ambos.

Los dos guardamos silencio para escuchar el lenguaje de las olas al romper en la playa; y mientras, las gaviotas se despedían con graznidos para volver a sus nidos.

—Vamos dentro. Empieza a hacer fresco.

Los tablones de la escalera rechinaron al contacto de mis pies. Sentí que una nueva aventura iba a comenzar en mi vida y atravesé el marco de la puerta con la sensación de ir en cuclillas. Lo primero que advertí una vez dentro de la casa fue el contraste entre los muebles en colores negro y blanco. Daba sensación de limpieza y ahora que me fijaba, no parecía llevar meses sin ser visitada. Todo estaba limpio, colocado en su sitio y se notaba el detalle en cada rincón. Los sofás perfectamente alineados con la alfombra de piel de oso blanco artificial que permanecía en el suelo, frente a la chimenea. De las paredes colgaban cuadros con gusto y varias velas decorativas en algunos muebles. Alguna que otra lámpara de diseño, y un par de jarrones enormes con palos de bambú y otras plantas. Dos candelabros negros reposaban sobre una mesilla de mármol blanco y en medio, la foto de dos personas mayores. Encima de la chimenea también pude ver otros dos, pero algo más pequeños. Sonreí al tener una visión completa del piso bajo.

—Menudo picadero —dije en medio de una sonrisa picaresca.

—No, no, no —trató de excusarse Joke—. A primera vista puede parecerlo, pero ni mucho menos es un picadero. Si lo dices por las velas... me gusta el ambiente romántico que añaden.

— ¡Es un picadero! —insistí divertida.

—Que no —repuso con paciencia.

— ¿A cuántas mujeres te has traído aquí para aprovecharte de su inocencia?

—A menos de las que puedas contar con la mitad de los dedos de una mano.

—Por supuesto.

—Calla y sube las escaleras —subimos a la planta de arriba para llegar a una **habitación**—. Aquí descansarás. Te he provisto de sábanas limpias y en el armario hay un par de mantas, por si tienes frío. —Lo abrió para cerciorarse de que en efecto estaban allí y volvió a cerrarlo—. La puerta tiene cerrojo, por si te sientes más cómoda, pero esta zona es más o menos segura, así que no hay nada por lo que preocuparse.

—De acuerdo. ¿Puedo asearme? Quiero quitarme este uniforme.

—Sí, claro. El baño está enfrente. No tiene pérdida.

Recogí el petate del suelo y lo coloqué sobre la cama, sacando de él ropa de diario. Me dirigí hacia el baño, dispuesta a disfrutar de una ducha de verdad, en un lugar que no lo pisaran más de veinte mujeres diariamente. Antes de cruzar por la puerta del baño le di dos palmaditas en el abdomen a Joke, que no dejaba de seguir cada movimiento que hacía.

—No tardo mucho.

Cuando terminé y abrí la puerta, me encontré a Joke, allí plantado de pie. Sintió vergüenza y se puso rojo.

— ¿Qué te ocurre?

Se vio acorralado ante una pregunta tan sencilla. No contestó porque en realidad no hacía falta. Sujetó entre sus dedos un mechón de mi pelo mojado y lo deslizó lentamente entre ellos.

—A veces me pregunto qué pasaría si mandase todo al garete y te hiciera caso.

—Que serías feliz —pausé—. Y yo también.

Clavó sus ojos azules en los míos, intentando ver más allá de lo que podían reflejar y comprendimos que hiciésemos lo que hiciésemos siempre habría alguien que lo vería mal. Sujetó mi rostro entre sus manos y se acercó a mis labios. Cerré los ojos, esperando el tan deseado beso, pero se apartó lentamente, dejándome con las ganas de sentir sus labios sobre los míos.

— ¿Te apetece dar un paseo por la playa antes de que anochezca del todo?

—Me encantaría.

El anochecer se volvió más frío de lo que esperábamos. Nos cobijamos en ropa de manga larga y caminamos por la orilla del mar en torno al sonido relajante de las olas del mar. Joke permanecía encogido a causa del frío pero yo estaba bien, gracias a mi abrigo.

—Jeriel.

Levanté la barbilla a modo de respuesta y esperé a que continuase.

—Hace mucho tiempo que deseo preguntarte algo.

— ¿Cómo qué? —pregunté curiosa.

—Cosas que podrían dañarte —respondió.

—Quieres saber cosas de mi vida antes de llegar a Canadá. ¿No?

Joke asintió.

—Puedes hacerlo, sin miedo.

Cogió aire y se acercó para sujetar mi mano entre las suyas, y continuar caminando por la arena.

— ¿Por qué tus padres te odiaban tanto como para intentar matarte?

Resultaba curioso que tan solo dos personas hubiesen preguntado aquello.

—No lo sé. —pausé un instante para deleitarme con el contacto de su mano, fría al igual que la mía—. Al menos no exactamente. Mis padres demostraban con su actitud que no andaban muy bien de la cabeza. No solo por las palizas, por ese deseo de que sufriese, sino porque... a veces, sin venir a cuento, rezaban. Rezaban a un dios que no es el habitual. Y los silencios que guardaban a veces cuando yo entraba en alguna habitación donde estuviesen ellos. —Volví a pausar para coger aliento—. Eso, y el intento de sacrificio, me llevaron a pensar que formaban parte de alguna secta.

— ¿Una secta? —Joke me miró muy sorprendido.

—Sí, creo que sí. No sé mucho sobre esos temas pero según ellos querían limpiar mi alma de un demonio. Hasta donde sé eso es un exorcismo. Pero en un exorcismo no se mata a la persona endemoniada, sino todo lo contrario, lo que pretenden es protegerla y salvarla. Sin embargo, mis padres querían matarme. —Suspiré con fuerza—. Lo deseaban todos los presentes.

— ¿Te pegaban mucho?

—Te aseguro que las palizas no era lo peor, porque al cabo de unos días me recuperaba, así que lo llevaba más o menos como una rutina. Pero cuando me encerraban en el sótano... me aterraba. Soportar cómo las ratas se alimentaban de mi carne hasta que conseguía apartarlas de mi cuerpo... dios mío, aquello si era doloroso.

Posé mi mirada en Joke y vi dolor en su rostro.

—Estoy bien —le aseguré para tranquilizarle.

—No, no estás bien.

Sorprendida, pestañeé un par de veces.

—Ansías la venganza.

— ¿Y qué?

—Sé que estás en la base para aprender a defenderte y así poder matarles.

—Por supuesto.

— ¡Pero eso no está bien, Jeriel!

— ¿Me vas a salir con el ego patriota? —intentaba bromear para dejar claro que la conversación no debía convertirse en discusión.

—Jeriel, la venganza no lleva a ninguna parte. No está bien desear algo así.

Me detuve y le miré a los ojos.

— ¿Y qué está bien? ¿Dejar que se salgan con la suya? —Continué la marcha pero algo más acelerada. Me sentía algo violenta—. Cometieron un delito conmigo y tendrán que pagar.

— ¡Pero la ley está para juzgarles! —dijo con una voz casi suplicante.

Me giré con la intención de defenderme.

— ¡La ley no existe! —Levanté la voz dejándome llevar por la discusión—. ¡Si existiera no habrían omitido la decena de denuncias que impusieron sobre ellos por maltrato! —Me di cuenta de que estaba demasiado alterada y traté de calmarme—. No, Joke. No existe, así que tendré que hacerme cargo yo misma.

— ¿Y qué conseguirás con eso? ¿Crees que vengándote te sentirás mejor?

— ¡No solo es venganza! —refuté—. También es justicia. Justicia personal.

—Sea lo que sea, Jeriel, no te hará feliz. —Sus palabras sirvieron para zanjar la discusión.

Ambos miramos al horizonte sobre las aguas, esperando a que uno de los dos dijese la siguiente palabra. Un silencio incómodo se apoderó de nosotros y no subíamos como romperlo. El aire azotaba nuestros rostros, levantando la arena de la playa, y obligándonos a cerrar los ojos. Cuando la ráfaga de viento amainó Joke volvió a sujetarme la mano.

— ¿Cómo te sientes? Ahora que te encuentras tan lejos de ellos.

Resoplé.

—Libre. Aunque a veces les siento tan cerca de mí que temo volver a verles. —Me detuve un momento para pensar y sin quererlo me dejé llevar por los sentimientos—. Ha sido tanto el daño causado que temo no poder seguir adelante.

Joke se acercó a mí con lentitud y pasó sus manos por mi cintura, advirtiéndome que mi cuerpo se estremecía.

—Lo harás —aseguró.

Serpenteó con las manos hasta rodear mi rostro con ellas y me contempló como jamás lo había hecho. Exento de temores. Esta vez no acercó sus labios lentamente hacia los míos. En esta ocasión lo hizo con seguridad y me besó. Sentí cada uno de las corrientes eléctricas que me proporcionaba el placer de tenerlos junto a los míos. Provocando nuestros cuerpos. Reivindicando nuestro derecho a amar y ser amados. Y deleitándonos en el juego que su lengua acababa de comenzar para unirnos en una pasión descontrolada. En el momento en que su cuerpo pidió más se apartó de mí, jadeando sobre mi boca.

—Esto nos traerá problemas.

—No, si lo ocultamos —respondí, intentando tranquilizarle. Imité su gesto y sostuve su cabeza entre mis manos, obligándole a agacharla para darle un dulce beso en la frente—. Vamos dentro. Se avecina una tormenta.

Pasada la media noche, una tormenta de aire azotó el pueblo de Preenton que prometía traer consigo un buen chaparrón. Algunas zonas quedaron incomunicadas. No fue el caso de la casa de Joke, pues no tenía teléfono en ella para no ser localizado cuando estaba de permiso.

El viento azotaba las paredes de madera con fuerza y el aire se colaba por las hendiduras de las puertas y ventanas, silbando como un fantasma. Los muebles del salón permanecían callados, temiendo que el viento se enfadase con ellos y los lastimase. Tan solo el molinillo *Feng Shui* se enfrentaba al fuerte vendaval, repiqueteando con fuerza; tal vez riéndose de su fuerza.

La tormenta no dejaba dormir a Joke. Tampoco el saber que Jeriel estaba en la habitación de enfrente. Llevaba una hora dando vueltas en la cama, preguntándose si ella dormía o permanecía despierta. La manta parecía estorbarle y se liberó de ella, dejando su torso al descubierto. Colocó un brazo bajo la nuca y miró a un techo apenas visible debido a la oscuridad de la noche. Pensó porque diantre estaba allí sólo cuando podría dormir al lado de Jeriel, abrazando su cintura, oliendo el aroma que desprendía su cabello y disfrutando del calor que emanan dos cuerpos cuando se abrazan. Sintiendo su respiración.

Recogió aire en sus pulmones y lo dejó salir sonoramente. No estaba seguro de lo que iba a hacer pero tampoco se arrepentiría de ello. Se levantó de la cama y caminó sigiloso hasta llegar a la puerta. Abrió con cuidado de no hacer ruido y recorrió en pocos pasos el pequeño vestíbulo. Al posar la mano en el picaporte reparó en la posibilidad de que a Jeriel no le gustase la idea de compartir la cama con él. Posiblemente lo vería como algo descarado por su parte. No importaba, pensó. Si le echaba volvería a su cama y punto. La puerta cedió al girar el picaporte y entró lentamente, deteniendo sus pasos cuando crujía la madera del suelo. Poco a poco se fue acercando a la cama, donde Jeriel permanecía de espaldas a él, arropada con la manta y los brazos fuera de esta. El contacto de las sábanas con sus manos, al retirarlas, se le antojó provocativo, erótico. Una vez dentro se cubrió con las ropas y se acercó a Jeriel cuanto pudo, pasando la mano por su cintura, esperando que no se despertara. Aproximó la nariz a su cabello largo que descansaba sobre la almohada, y recogió su fragancia, deleitándose en ella.

—Estabas tardando en venir.

La voz de Jeriel le cortó la respiración y alejó la cabeza de ella en un impulso natural. Una risita ronca surgió de su garganta y Joke comprendió que no estaba sorprendida.

— ¿He de deducir que me esperabas? —preguntó en un susurro.

—Te daba diez minutos más. De no venir me colaba en tu cama.

Al sentirse aceptado se acurrucó más a su cuerpo, teniendo claro que no le molestaría. Besó varias veces su hombro y apoyó la barbilla en él. No hacía falta decir nada más, seguramente ahora podría dormir. Respiró profundamente, satisfecho de su decisión, y cerró los ojos.

— ¿Cómo se mantiene un noviazgo en una base militar?

La pregunta de Jeriel consiguió que se dibujara una sonrisa en su rostro; sin abrir los ojos decidió responder.

—A escondidas y en las duchas.

Fue divertido notar las sacudidas en su pecho, provocadas por la risa de la joven. En ese momento se dio cuenta de lo acertado que fue apartar sus temores de la mente y optar por vivir su historia de amor. Volvió a olerle el pelo. Tenía una ligera esencia a frutas que no fue capaz de descifrar, tal vez manzana. Pasó el otro brazo por debajo de la cintura y cuando la tuvo totalmente rodeada comprendió que era poseedor de una joya única.

—Apenas sé nada de tu pasado. ¿Me contarías algo?

—¿Evitamos los flirteos amorosos?

—Por supuesto.

—No hay mucho que contar. Me crié en una preciosa casita, a las afueras de Edmonton, con todos los caprichos que estaban a mi alcance, aunque fui a una universidad pública de Alberta. Mi padre murió de un derrame cerebral cuando yo tenía quince años; y mi madre falleció hace cuatro años en un accidente de tráfico.

Jeriel se quedó petrificada. Y sintió vergüenza al darse cuenta de que su arrogancia le hizo pensar que solo ella había sufrido tanto dolor.

—Que trágico... —dijo en un susurro—. No sabes cuánto lo siento.

—Sí, yo también. —Joke le dio un beso en el pelo—. Especialmente por mi madre, que no cesó de animarme a terminar los estudios pese a ser un vago para ello. No lo hice, y para mí es una espina clavada en el corazón. Siento que se lo debo. Se lo debo a ambos. Me dieron una infancia muy bonita. —Hizo una pausa—. Qué más puedo decirte. No tengo hermanos. Y, bueno, cuando me vi solo en mi antigua casa la vendí porque todo me recordaba a ellos. Me marché de allí a los veintidós y me alisté en los Seals. Es lo mejor que he hecho en toda mi vida porque los siento como mi familia.

Jeriel se removió un poco y suspiró emocionada escuchando su breve historia.

—¿Y qué estudiaste? —Preguntó, curiosa.

—Eso también lo omitiremos —su voz sonó burlona.

—¿Por qué? Quiero saberlo.

—No quiero que lo sepa nadie, es parte del pasado.

—¿Ni siquiera se lo vas a contar a tu novia? Además, seguro que Nick lo sabe.

Joke volvió a sonreír al escucharle decir la palabra “novia”. La emoción le embaucó un poco, provocando que la abrazase más fuerte.

—Lo sabe —continuó, retornando la conversación—. Pero es que te reirás.

—¿Cómo voy a reírme? Menuda falta de respeto —contestó ella con tono burlón.

—No se lo contarás a nadie, ¿verdad?

—Si no quieres que lo sepa nadie, no. —Respetó su decisión.

—Bueno, pero no te rías. —Pausó largamente, preparándose para decirlo. Sabía que iba a ocasionar algún chiste pero aun así decidió compartirlo—. Estudié veterinaria.

Jeriel se sentó en la cama de un brinco y estalló en carcajadas, lo que provocó que Joke chasqueara con la lengua para advertir de su incomodidad.

—¿Veterinaria? ¿Eres veterinario? ¡Qué surrealista, por favor! —la oscuridad no era completa en su habitación y pudo comprobar que Joke se sentía avergonzado—. ¡Vale, vale! No me río más. Además, es una profesión preciosa. Pero... es que no te

pega nada. Veterinario y soldado...

—Ya te he dicho que no terminé los estudios, así que no soy veterinario.

—No es tan malo, la verdad. Hay cosas peores. Pero sigue guardándolo en secreto o en la base te crucificarán por ello.

—Lo sé —parecía estar incómodo.

—Aclárame una duda que tengo —prosiguió ella—. ¿Qué se siente al meterle un termómetro por el culo a un perro? —volvió a estallar en carcajadas, esperando la respuesta molesta de Joke.

Éste, sin embargo, se limitó a gruñir porque sabía que lo hacía sin mala intención.

—De acuerdo —se repuso de la risa y decidió no meterse más con él—. Ya lo dejo.

Se dio la vuelta para estar frente a Joke. El brillo de los ojos era lo que más destacaba en la oscuridad, por tanto centró la vista en ellos. Rozó su nariz con la de él y le abrazó de la misma forma. La tormenta parecía ponerse más brava, golpeando fuertemente contra las ventanas. Jeriel aproximó sus labios a los de Joke y le besó cálidamente. Sabía que su inexperiencia quedaría al descubierto pero no podía evitar querer besarle y sentir nuevamente esa pasión que albergaba en el corazón de Joke. Apoyó una mano sobre su mejilla y continuó besándole, sin miedo al rechazo. Él la necesitaba, no había duda de ello, y tras un par de besos Joke sintió que despertaba en su cuerpo el deseo y el calor. No tardó en responder a sus caricias y se giró sobre la cama para colocarse sobre ella. La besó. La besó con lentitud, ofreciéndole su lengua, jugando con la de ella, despertando en Jeriel el deseo.

—Si el cielo existe —dijo con voz suave— estoy a punto de descubrirlo.

Sus manos sujetaron el bajo de la camiseta que llevaba puesta y la elevó sobre su cabeza para quitársela, dejando al descubierto el cuerpo de una mujer desarrollada. Nunca pensó que bajo el uniforme militar pudiesen esconderse dos pechos tan llamativos; redondos e inmaculados. Jeriel comenzó a respirar deprisa, tal vez por temor a que no le gustase lo que veía.

—Son preciosos —aseguró para tranquilizarla—. Perfectos.

Deseó besarlos; pero no lo hizo. No había llegado el momento de intimar tanto. Pero continuó explorando su cuerpo mientras ella se lo permitiera.

—Cuando quieras que pare, dílo.

Jeriel asintió.

—Tu piel es aterciopelada —susurró, acariciando con los labios la clavícula—. Invita a ser besada. —Fue bajando hasta la altura de su abdomen. Sus dedos encontraron un pequeño montículo que no debía estar allí. Fijó bien la mirada y comprobó que se trataba de una pequeña cicatriz, gruesa, más suave que el resto de la piel—. ¿Qué te pasó?

—Me apalearon —respondió ella, casi sin aliento.

—Cabrones.

Acercó sus labios a la cicatriz y la besó. Rehízo su camino y permaneció acostado sobre su hombro, rozándolo con el aliento, sintiendo cómo se estremecía la piel de Jeriel al contacto. Ella acarició lentamente con sus uñas la espalda del soldado y ambos notaron como él se excitaba. Le sorprendió sobremanera que Jeriel fuese tan erótica; lo disfrutó. Saber que era así le animaba a continuar con ella y no dejarse vencer por sus propios diablillos. Pero de continuar con ese juego de caricias que

habían comenzado, acabaría haciéndole el amor y aún no quería caer en la tentación. Se lo prometió a Nick. Se apartó de Jeriel con elegancia y volvió a colocarse a su lado.

—No es esto lo que tenía planeado para este fin de semana.

—¿Y qué era lo que tenías planeado?

—Conocernos mejor. Además, si te hago el amor, Nick me deja eunuco.

Jeriel rio al recordar la escena justo antes de marcharse juntos de la base. Cerró los ojos, asintiendo, y le abrazó.

—Entonces dormiremos.

—De acuerdo —susurró él—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Algo húmedo le despertó. Abrió los ojos con lentitud y encontró los de Jeriel, mirándole mientras le besaba y trataba de introducirle la punta de la lengua en la boca. Se dejó hacer, separando los labios, permitiendo que jugase con él cuanto quisiera. Le pasó las manos por la espalda y comprobó que aún seguía desnuda; sus pechos se mantenían sobre sus pectorales, blandiendo su feminidad. Sonrió ante la gratitud que sentía por tenerla a su lado. El fresco de la mañana erizó la piel de la chica, arrimándose más a él para recoger su calor. Joke tiró de la manta y la abrigó, algo que agradeció Jeriel con un gemido delicioso. Colocándose bajo ella, la abrazó delicadamente, rozando esa piel que comenzaba a volverle loco.

—Buenos días, soldado —saludó la chica, que no cesaba de besar su cuello.

—Buenos días —contestó Joke mientras disfrutaba de sus caricias—. ¿Qué hora es?

—Las doce de la mañana.

— ¡Que tarde!

Un sonido largo y brusco sonó en medio de la conversación, callando a ambos un instante.

—Nena ¿eso es un alíen o es que tienes hambre?

—Tengo mucha hambre —respondió escondiendo su rostro de vergüenza.

—Pues tendremos que desayunar. No quiero que digan que encima de pederasta no alimento a mis víctimas.

Jeriel volvió a reír por su broma y se dejó caer a un lado de la cama, ocultando su desnudez con la sábana.

— ¿Comeremos aquí? —quiso saber ella.

—No —Joke salió de la cama y elevó los brazos hacia arriba para estirar la espalda

—. Te llevaré a un restaurante estupendo. ¿Te gustan los cangrejos de río?

—Me encantan.

La playa estaba sucia de algas tras la tormenta de aire y su paisaje no era el mismo que el día anterior. A lo lejos vimos un par de palmeras algo desquebrajadas. No era raro que hubiese tifones en aquella zona costera, aunque por suerte no fue importante y pudimos disfrutar de una buena comida y un paseo por la arena del mar.

Disfruté sintiendo como mi cuerpo se tambaleaba al hundirse mis pies bajo la tierra mojada. Caminaba por la espuma que creaban las olas al morir en la playa, deleitándome del cosquilleo en la piel. Levanté la mirada y observé a Joke unos metros por delante, con las piernas introducidas en el agua hasta casi las rodillas, buscando conchas o a saber qué. Al agacharse para desenterrar algo, se mojó la parte trasera del pantalón de lino, transparentándole las nalgas; solté una risita tonta. Fuera lo que fuese que encontró, lo arrastró dentro del agua para limpiarlo y lo miró con detenimiento. Se dio la vuelta para mirarme y alzó la mano, descubriendo su trofeo. No alcanzaba a verlo pero imaginé que sería una concha o algo parecido. Joke continuó en la búsqueda de tesoros y yo continué contemplando el paisaje. Eran tantas las veces que había pisado el mar y siempre tenía la misma sensación de libertad. No creía que hubiese nada en el mundo que pudiese alejarme de aquel sentimiento.

Cerca del rompeolas divisé un movimiento que captó mi atención. Di un paseo hasta que llegué a las piedras y observé como una gaviota moribunda se retorció casi sin fuerzas en un intento de salvar su vida. Seguramente el fuerte viento del día anterior la azotó hasta casi matarla y acabó allí. Permanecí un instante a su lado, sin dejar de mirar cómo se le iba la vida. Sentí verdadera lástima por ella. Giré el cuello en dirección a Joke para cerciorarme de que seguía absorto en la búsqueda de conchas y después volví a observar al ave. Sus ojos pedían clemencia y a la vez suplicaba que acabase con su sufrimiento. Habría sido lo más fácil, pero yo era incapaz de matar un animal. Volví a mirar hacia Joke, con mi semblante serio y me agaché en cuclillas para sujetar la gaviota entre mis brazos. El ave no se resistió pero sí se retorció de dolor al ser elevada del suelo. La abracé con fuerza sobre mi pecho; permanecí así un par de minutos hasta que sentí que la fuerza de mi cuerpo disminuía un poco; el corazón me latió más lento durante escasos segundos y sentí desfallecer. El animal inició una pequeña lucha entre mis brazos, deseando zafarse de aquel infranqueable abrazo. Siseé, tratando de calmarla, y así ocurrió. Se quedó tranquila y la coloqué entre mis manos, cuidando que las alas estuviesen en su lugar. Acerqué mis labios hasta el oído del ave y susurré unas palabras. Levanté mis manos al aire, aun sujetando la gaviota y la lancé al aire viendo como abría sus alas y emprendía el vuelo hacia sus congéneres, completamente recuperada.

Una vez más, observé a Joke y me cercioré de no haber sido descubierta. Me sentí bien después de lo que acababa de hacer. Poco a poco fui recuperando la energía utilizada en curar a la gaviota. Inicié el camino hasta mi novio y fingí no haber hecho absolutamente nada.

Joke permanecía todavía en el agua con las piernas levemente abiertas y las manos cerradas sobre las caderas, pensativo.

Caminé hasta él y coloqué mis manos sobre su trasero, mojado.

—Se te va a congelar el culo. —Le avisé. Como respuesta recibí una risa ronca. Rodeé su cintura, apoyando la cabeza sobre su espalda, descubriendo que sentirle respirar era tan bello o incluso más que el paisaje que se mostraba ante nosotros. Por fin era mío; por fin había claudicado ante el deseo y el amor. Ahora solo nos quedaba vivirlo y madurarlo juntos. Joke abrazó mis manos, deleitándose de la misma forma y suspiró satisfecho—. Siento que te quiero, Joke. —Mi confesión no me avergonzó, pero si esperé que él no se sintiese agobiado ante mi declaración.

A diferencia de lo que pudiese estar pensando, Joke se dio la vuelta y me miró profundamente, disfrutando de mis mejillas sonrojadas. El abrazo fue apasionado, igual que su beso, y supe con total claridad que él también me quería.

A media tarde del domingo me encontraba deshaciendo el petate, nuevamente en la habitación de la base militar. Lo hacía con desgana después de haber pasado un fin de semana como aquel. Posiblemente pasarían meses hasta poder deleitarme de una manera tan libre junto a Joke. La rutina regresaba a mi vida como cruel acechador, sin otro remedio que aceptarla.

Alguien tocó con los nudillos a la puerta y al levantar la vista encontré a Nick bajo el umbral con un gesto amistoso, pero muy triste.

— ¿Qué tal? —comenzó preguntando—. Te veo más alta.

—Puede que sea así —afirmé con una sonrisa.

—Espero que hayas encontrado esa paz de la que me hablaste.

—En efecto. He descansado mucho.

Me habría gustado decir que encontré mucho más, que conseguí un tesoro que anhelaba desde hacía tiempo y que por fin algo bueno había ocurrido en mi vida.

—Sé que ha pasado algo entre vosotros —parecía haber leído mi pensamiento y me sonrojé—. ¿Qué cómo lo sé? Joke está diferente —dio un par de pasos mirando a un punto perdido y dijo—: Es transparente y no sabe fingir. Aparte de que el brillo de sus ojos ha regresado.

—No sabía que hubiese perdido el brillo de sus ojos. De todas formas, no ha pasado nada de lo que debemos arrepentirnos —traté de convencerle para evitar que me soltara un discursito de los suyos.

—Puede —dudó—. Pero ocurrirá. Y será cuando tenga que interponerme si no sois capaces de controlarlos.

Dejé caer con desgana la camiseta que trataba de doblar desde que Nick apareció en mi habitación y le miré compasiva.

—Nos queremos —aclaré—; deberías asumirlo.

—Algún día lo haré. —Pausó unos segundos, aclarando sus ideas, y volvió a hablar—. Hay algo que debo decirte y no es bueno.

Mi rostro se ensombreció al ver como se le tensaban los hombros.

— ¿Qué ocurre?

—Ha pasado algo en tu ausencia —comenzó diciendo—. Ven conmigo.

Obedecí a mi Teniente con el ceño fruncido, preguntándome que diantre había sucedido para tenerle tan preocupado. Sus pasos nos dirigieron hasta la habitación de éste, donde encontramos no solo a los componentes del equipo sino también a Carla y el resto de mis compañeras de habitación. Joke permanecía sentado en una de las camas, con las palmas de las manos juntas y sobre sus labios. El semblante de los demás no era muy diferente, provocándome una urgencia que no me gustó nada.

— ¿Se puede saber que está ocurriendo aquí?

Nick cerró la puerta para procurar una un poco de intimidad.

—El viernes por la noche alguien entró en vuestra habitación, Jeriel. —Asintió al ver como mis ojos se abrían de par en par—. Volcaron los colchones y la ropa de vuestro armario. Buscaban algo pero por lo que nos ha dicho Carla no se han llevado nada.

— ¿Y porque harían algo así? —comencé a sospechar de la persona que más problemas podría darme en ese momento, sin embargo, continué con la conversación, esperando una respuesta que rechazara mis temores.

—No tenemos ni idea, pero desde luego buscaron a conciencia.

—Habrá una investigación, ¿no? El hecho de que no se hayan llevado nada no excluye que sea un delito.

—Tampoco lo sabemos, Jeriel.

— ¿Cómo? —pregunté exaltada, imaginando lo peor—. ¿Es que no habéis denunciado el allanamiento? —me dirigí directamente a Carla, que parecía ser la más fría y responsable de las tres. La mujer evitó mi mirada, contestando a mi pregunta—. ¿No puedo creerlo! ¿Pero qué coño os pasa?

—Íbamos a hacerlo, Jeriel —interfirió Nick, al ver que me estaba alterando con la situación—, pero ocurrió algo que captó toda nuestra atención. —Colocó las manos sobre mis hombros y suspiró—. Marcos está en el hospital. Le han pegado una paliza.

Sentí que mi cuerpo perdía fuerza. Mi rostro se desencajó por el temor de que le hubiesen hecho algo irreparable. Lo primero que pregunté fue por su vida, algo que Nick no tardó en responder.

—Está fuera de peligro aunque tiene tres costillas rotas, la mandíbula dislocada y una pierna rota.

Respiré con dificultad.

— ¿Por qué no fuisteis alguno a casa de Joke para avisarme? —estaba enfadada de que hubiesen esperado dos días para darme la noticia. Joke participó en la conversación para responder a mi pregunta.

—Nadie sabe dónde está mi casa, Jeri. Ni siquiera ellos.

Sacudí la cabeza. No era el momento de discutir ni tampoco de buscar culpables. Me moví de prisa para ir al hospital. Cuanto antes llegara antes vería a mi hermano. Una mano sujetó mi brazo, evitando que pudiese continuar. Miré a Nick para ver qué pasaba.

—Hay algo más. —Nick se acercó al armario y de uno de los cajones sacó un sobre negro, entregándomelo—. Encontraron esto al lado de Marcos.

Del interior saqué una tarjeta del mismo color, dura y rasposa al contacto. En medio de ella aparecía escrita una palabra en color blanco: “*Cuidado*”.

Mis sospechas cobraron vida al leer la tarjeta, comprendiendo qué era lo que me estaban queriendo decir. Arrugué el papel hasta reducirlo a una simple pelota, pensando que aquella era la cara de Shaper. Porque estaba segura de que había sido él. La necesidad de ir a buscarle y golpearle hasta desahogarme era imprescindible.

—No sé qué puede significar esa nota —Nick interrumpió mis pensamientos para iniciar otros en mi cabeza.

—Yo sí sé lo que significa —dije entre dientes—. Significa que acaba de comenzar una guerra contra Shaper.

— ¿Shaper? —Darkness habló por primera vez, sin entender ese cambio tan brusco en mí—. ¿Qué tiene que ver él?

—Demasiado —contesté.

Nick trató de calmar mis humos, volviendo a sujetarme de los hombros.

—Vamos, chica. Él está bien. Se recuperará.

— ¡No! ¡Nada está bien! —grité—. ¡No comprendéis nada!

— ¿Y qué hay que comprender, según tú? —Sé que Nick no soportaba que gritara, cuando trataba de mostrar que sabía más que los demás—. ¡Vamos, ilústranos!

Me ofendí ante su actitud, menguando mi paciencia.

— ¡Esto es un aviso! —Levanté el trozo de papel, enseñándolo a los demás—. Me está amenazando porque le he descubierto.

— ¿Qué has descubierto, Jeriel? —quiso saber Nick.

— ¡Es un asesino! —exclamé, tratando de que comprendieran de una vez por todas—. Me está coaccionando para que no hable.

— ¿Pero te estás escuchando, muchacha? —reprobó nuevamente—. ¡Vamos, mujer! Seguramente haya sido un ajuste de cuentas por algún trapicheo que tuviese entre manos. ¡Aquí todos tenemos algo que esconder!

—Puede que hayamos estado varios años separados pero conozco a mi hermano y sé que nunca se metería en líos.

—Jeriel —Nick juntó las manos, adoptando una postura de rezo y trató de razonar conmigo—, ese hombre me cae peor que a ti pero la acusación que has lanzado sobre él es grotesca y carente de pruebas. Tiene un expediente imaculado y no puedes conjeturar así, por las buenas, solo porque estás asustada.

— ¿Carente de pruebas? —Dije con odio—. ¿Quieres pruebas? ¡Tengo pruebas! ¡No tenéis ni idea de lo que se esconde en esta base! ¡Es una tapadera! Bajo el suelo que ahora mismo estamos pisando hay una sala secreta donde se llevan a cabo misiones que te harían vomitar. ¡Todas dirigidas por Andrew James Shaper! Tu General con un expediente imaculado. —Dije con asco. Permanecí callada un instante, observando sus rostros sorprendidos—. Y le he descubierto —continué—. Por eso ha mandado que le peguen una paliza a mi hermano. Para avisarme de que me mantenga callada.

Se hizo un silencio sepulcral en la habitación, mirándonos unos a otros, buscando un gesto que dijese que todo lo escuchado no era más que una exageración mía. Nick se adelantó.

— ¿Y tú como sabes todo eso? —Me escudriñó durante un instante.

No supe que contestar. La advertencia de Shaper para que mantuviera en secreto sus andanzas hizo mella en mí en ese instante. De contarles algo, tendría que ser cuidadosa o les pondría en peligro también a ellos.

—Recibí un entrenamiento especial. A escondidas vuestras.

Nick se acercó a mí con los ojos entornados. Conocía mi entrenamiento como ejecutor porque estuvo delante cuando acepté la propuesta. Pero de lo demás, no.

— ¿Qué clase de entrenamiento?

Guardé silencio unos segundos.

—Espionaje —confirmé, temiendo la reacción tanto de Nick como la de Joke.

El Teniente sonrió con desprecio, soltando el aire de sus pulmones con fuerza.

—Por qué no me sorprende.

—Tenía que hacerlo.

— ¡Claro que tenías que hacerlo! ¡Para estar debidamente entrenada y poder vengarte de tus padres!

No pude hacer otra cosa sino darle la espalda ante el peso de sus palabras.

— ¡Y como tu curiosidad no tiene límite, hurgaste donde no debías! ¿Me equivoco en algo, Jeriel Jorden?

Volví a mantenerme callada, con la mirada clavada en el suelo.

—No —contesté—. No te equivocas.

Nick caminó nervioso por el poco espacio que quedaba en la habitación. Con el cuerpo lleno de rabia, regresó hasta mí y con un dedo amenazante me dijo lo que pensaba.

—Tu hermano está en el hospital porque no eres capaz de mantenerte apartada de los problemas.

— ¿Crees que no lo sé?

— ¿Quién más sabe todo esto? —la voz grave de Darkness captó la atención de todos.

Me sentí abrumada por tener tantos ojos sobre mí, esperando una respuesta.

—Los aquí presente.

— ¿Y qué vamos a hacer? —inquirió Grace.

— ¡Nada! —exclamé—. Esto es un asunto entre Shaper y yo.

—Nos acabas de hacer cómplices al contárnoslo. Y no me gusta nada —ratificó Darkness.

—Esta conversación no ha tenido lugar. ¿Me habéis entendido?

—No te metas en más líos —me ordenó Nick con el rostro encendido.

—Ya estoy metida en un buen lío.

Dando por terminada la conversación, salí de allí con paso decidido, dispuesta a enfrentarme a Shaper. No obstante, a cada paso que daba más grande se hacía la sensación de no conseguir nada si le desafiaba. No haría más que empeorar las cosas. No. Antes de actuar tenía que ver los ojos de Shaper para eliminar las pocas dudas que me quedasen; y para eso debía fingir.

Al llegar al despacho del General relajé mi rostro de la ira que sentía y fingí una mueca de tristeza y dolor. Agarré el picaporte con la mano y entré sin pedir permiso.

Encontré a Shaper sentado en su sillón de piel, preparándose un puro cubano. Cuando sus ojos me encontraron, el General me observó con escrúpulo; sentí cómo las entrañas se me encogían al ver la calma que mostraba ante mi presencia.

—Señor —comencé diciendo—. Mi hermano...

— ¿Qué ocurre, Jorden? —la tranquilidad con que me habló dejó claro que mis ojos empañados no le ablandaban en absoluto.

—Le han pegado...

—Lo sé, Jorden, lo sé.

Le aguanté la mirada ante la franqueza con la que me habló.

— ¿Por qué no se me notificó?

—No dejó una dirección cuando decidió marcharse sin permiso.

Le habría contestado un par de cosas sobre donde podría meterse su permiso, sin embargo, traté de sujetarme y seguir con mi farsa.

—Tengo que ir a verle, me necesita.

Shaper me miró indiferente. Tras una bocanada a su puro dejó salir el humo por la nariz, escondiendo su rostro impávido.

—Creí que no quería saber nada de su hermano. Después de que la abandonara con

esa frialdad.

—¿Y cómo sabía todo eso si jamás le dije nada?

—Pero señor... es mi hermano.

Los ojos claros del General se clavaron en los míos, mostrando su lado más siniestro e indagó en mi rostro buscando una verdad que yo procuraba esconder. No encontró nada salvo una joven terriblemente preocupada por su único familiar. Que buena soy.

—¿Quién querría hacer daño a su hermano?

—No lo sé, señor.

Shaper se levantó de su sillón para acercarse con bastante lentitud, escudriñando cada uno de mis frágiles movimientos. Me estrechó entre sus brazos, fingiendo una aflicción compartida, sin ser consciente de las náuseas que me estaba provocando y de cuanto estaba teniendo que aguantar para no clavarle su abrecartas en la base de la nuca.

—Claro que puede ir a verle. Hágalo ahora que todavía es pronto.

—Sí, señor —me limpié las lágrimas y aproveché para estirarme la ropa mientras él me acompañaba hasta la salida.

—Ordenaré que un jeep la lleve hasta su hermano.

—Gracias, General.

Fuera de su despacho me apoyé sobre la pared, respirando aceleradamente, y sonreí en mi interior. Porque al darme permiso para ir a ver a mi hermano, no fue consciente —ni tan solo por un momento— de lo clara que había dejado su participación en su agresión; y de que él mismo acababa de sentenciar su propia muerte. Sentí que una maldad irracional despertaba en mi interior. Esa de la que tantas veces me habló Nick y que tantas otras me instó a aplacar. Mi cerebro iba a diez mil por hora y en apenas unos minutos ya tenía elaborado un plan de venganza que ni yo misma era consciente del grado que alcanzaría.

Shaper continuaba de pie en medio de su despacho, con el puro entre los dedos, humeando cada poro de su mano. Se trasladó a su cómodo asiento. Jugó con el cubano en su boca, relamiéndolo y mordiendo algunas briznas de tabaco. Recostándose sobre su sillón, permaneció varios minutos totalmente quieto, observando los hilos del humo que nacían del extremo de su habano. Su mente no dejaba de pensar ante la visita de Jeriel. Repasó la cantidad de dinero que había invertido en esa mocosa resabiada y las pocas recompensas que le había dado. Descubriendo todos y cada uno de sus secretos, incluso los de otros altos cargos que participaron con él; guardados durante años, procurando que su mierda no les alcanzara. Y ahora, porque una cría jugaba a ser espía y les había descubierto, tanto su carrera como su vida corrían peligro. Su subconsciente y su miedo no paraban de decirle que una niña de trece años no se convertiría en un problema mayor. ¿Quién la creería en caso de que hablase?

—Nadie —susurró al silencio de la habitación.

Aun así, temió. Por la mirada que encontró en los ojos de Jeriel cuando golpeó brutalmente al soldado hasta casi matarle. Por la frialdad con la que hacía las cosas. Pero sobre todo, por aquellos ojos carentes de color y de calidez, que despertaban en él un frío tembloroso.

Se irguió hasta alcanzar el teléfono con la mano. Marcó un número de memoria y esperó a que alguien le hablase al otro lado.

—Aquí el soldado Benton. ¿Dígame? —contestó una voz aburrida.

—Habla el General Shaper.

—Señor, ¿en qué puedo ayudarle? —hubo un cambio drástico en su voz al saber que era el General Shaper.

—Voy a mandarle un trabajito —volvió a jugar con el puro, introduciéndolo entre sus labios, saboreando su aroma amargo.

—Lo que usted ordene, señor.

—Dentro de un rato el soldado Jorden volverá por el camino de piedras que hay justo a la entrada de la base. Quiero que se escondan y cuando regrese del hospital le den un pequeño susto.

— ¿En qué consistirá, señor?

Shaper sacó el habano de su boca y lo observó con lascivia, acariciando el nacimiento redondo de éste con su dedo pulgar.

— ¿Cuánto hace que no está con una mujer, Benton?

—Ni lo recuerdo, señor —confesó el hombre con un hilo de avidez.

—Pues disfrútenla usted y sus amigos.

—Bien, Señor.

—Benton —continuó Shaper, ignorando el morbo que demostró su ayudante—. No quiero que mi nombre salga a relucir pero déjenle claro lo que sucede cuando uno mete las narices donde no le llaman.

—Por supuesto, señor.

—Buenas noches.

La decoración del hospital militar no era muy diferente a los demás. Las paredes estaban pintadas de un color verde tan claro que apenas se notaba. En un hospital normal las salas de espera estarían abarrotadas tanto de pacientes como de visitas, y los médicos caminarían deprisa; en un hospital militar las habitaciones no solían estar abarrotadas.

Me mantenía en silencio con los brazos apoyados en el mostrador, esperando que me indicaran la habitación donde se encontraba mi hermano. Mis manos temblaban y sudaban ligeramente, ansiosa por verle y decirle que no se preocupase por nada.

La enfermera rechoncha se acercó a mí con movimientos campechanos y sonrió.

—Habitación quinientos doce. Acaban de inyectarle un sedante para que pueda dormir, así que no tardará mucho en caer rendido. Date prisa, hija.

Entré en el ascensor con rapidez, acelerada por las palabras de la enfermera y pulsé el botón número cinco, observando cómo se cerraban las puertas. Una suave música, de género clásico, sonaba dentro del pequeño cuadrado. No estaba mal para relajar los nervios.

Al llegar a la quinta planta busqué la habitación doce donde pude encontrarle tumbado en la cama con una pierna escayolada en cabestrillo. Varias vendas cubrían sus costillas y otra más escondía las heridas de su cabeza. La mandíbula tenía una inflamación exagerada que desencajaba el rostro de Marcos. Una vía intravenosa de suero le mantenía hidratado. Al ver su aspecto tan terrible no pude hacer otra cosa sino cubrirme la boca con la mano, sintiendo que yo era la responsable de todo aquello.

—Jeri... —Marcos alargó una mano hacia mí cuando se dio cuenta de mi presencia. Recorrí el trayecto hasta la cama y me senté a su lado, limpiándome las lágrimas de los ojos. Le abracé, con el corazón compungido; sobre sus hombros dejé salir un suave lamento—. No estoy tan mal como parece —aseguró para tranquilizarme.

Me enderecé, más tranquila, y le acaricié la barbilla con cuidado.

—No hables porque te dolerá.

—Me han metido sedantes como para dormir a un rinoceronte. Si me volviesen a pegar no lo sentiría.

—Todo esto es por mi culpa, Marcos —dije con el rostro fruncido.

—Que tendrás que ver tú en todo esto. —su voz sonaba como si tuviera un trozo grande de pan metido en la boca.

Agaché la cabeza a modo de disculpa, esperando tener agallas para contar mi secreto.

—Shaper te ha hecho esto —una risa burlona nació de la garganta de Marcos y continué hablando—. Le he cabreado.

—No digas tonterías, ni siquiera estaba delante cuando me golpearon.

—Claro que no —contesté levantando la cabeza—. Ya se cuidará de que no le puedan relacionar con todo esto.

—¿Por qué iba a hacer algo así? —los sedantes comenzaban a hacer su efecto en el cuerpo de Marcos y pude ver cómo se le iban cerrando los párpados.

—He descubierto cosas... cosas que podrían crear una guerra entre Canadá y Estados Unidos, incluso con otros países. He averiguado historias del pasado que podrían costarnos la vida, Marcos.

— ¿Has husmeado donde no debías, Jeriel? —apenas podía hablar sin arrastrar las palabras.

—Si —confesé.

Me levanté de la cama y caminé hasta mitad de la habitación. Tras un corto silencio giré para mirar a mi hermano a los ojos.

—Es mi trabajo. ¿Recuerdas cuando te dije que podrías estar en peligro? —no esperaba que contestase—. Esto es lo que temía que te hiciesen. —Hice un gesto agresivo con las manos y continué—. ¡Quieren asegurarse de que guardo su secreto! Porque si sale a la luz todo lo que descubrí, no tengo ni idea de lo que puede ocurrir. —Me extrañó que Marcos no estuviera gritándome por meterme donde no me llamaban. Me giré para mirarle y vi que el sedante se había apoderado de mi hermano. Me senté a su lado, y le acaricié la nariz—. Pero no importa, Marcos, porque estoy ideando un plan para salir de aquí.

Algo más tranquila después de ver a Marcos, salí del hospital para volver a la base. El jeep esperaba en el mismo lugar donde me dejó y pronto nos pusimos en marcha de camino a casa. No medié ni una sola palabra con el conductor, un soldado frío y tajante; sencillamente apoyé la frente en los hierros del coche y esperé a que llegásemos a la base. Lo primero que haría sería ir a la biblioteca para centrarme en Shaper. Allí podría pensar con claridad. Urdiría un plan para asegurarme de que nada malo nos hiciese tanto a mí como a los míos.

Impulsándome, salí del coche de un salto y me marché por el camino de piedras. Ya había oscurecido y tener que cruzar la pequeña arboleda hasta llegar a la base me ponía nerviosa. Recuerdos del pasado. Fantasmas del pasado. Siempre estarían allí, y siempre brotarían en mi mente cuando menos me lo esperase.

Casi no vi el movimiento que hubo a mi izquierda. El impacto sobre la nuca hizo que tropezara y cayera de bruces sobre el suelo. Me llevé la mano a la zona afectada y exclamé al sentir quemazón. Estaba sangrando. El mareo no fue muy fuerte y permitió que me diese la vuelta para ver el rostro del agresor. Encontré a tres soldados con una sonrisa que no me gustó nada. Trataban de rodearme. Esto iba a ser mucho más que un golpe en la cabeza.

— ¿Qué hacéis, imbéciles?

Uno de ellos comenzó a quitarse el botón del pantalón y bajarse la bragueta. Reaccioné tarde, tratando de darme la vuelta y ponerme de pie, pero uno de ellos me golpeó en la espalda para volver a tirarme al suelo. Apoyó su cuerpo sobre mí, aprisionándome, y restregó su cadera sobre mis nalgas, dejando claras las intenciones de los asaltantes. Sentí repugnancia y temor. Mucho temor. Iban a violarme. Esto era nuevo para mí. Traté de darme la vuelta para enfrentarme cara a cara con él hombre que tenía encima. El intento fue fallido cuando mis manos se vieron agarradas por uno de los agresores; tenía mucha fuerza, y me inmovilizó del todo con su cuerpo y sus manos. Alguien me tiró del pelo, echándome la cabeza hacia atrás, y tuve que soportar con náuseas cómo me restregaba la lengua por la mejilla. Había sufrido muchas humillaciones en la vida, pero esta las superaba todas y si no hacía algo me violarían los tres.

Pero estaba muerta de miedo y lo único que se me ocurrió hacer fue retorcerme debajo de aquel pesado cuerpo, consiguiendo quedar cara a cara con él. Estuve a punto de escaparme de sus manos, sin embargo, resultó ser muy ágil y evitó sus intentos, atrapándome a tiempo. Busqué a mí alrededor alguien que pudiese ayudarme pero en el camino solo estábamos nosotros cuatro y la base quedaba algo lejos para que alguien pudiese escuchar mis gritos. Noté que las lágrimas se derramaban alrededor de mis ojos.

— ¡Socorro!

El que me tenía sujeta con su cuerpo me abofeteó repetidamente. Grité por puro instinto. Me tapó la boca y se acercó a escasos milímetros de mi cara.

— Si abres la boca otra vez te corto la lengua — me amenazó con una voz grave.

Aparté la mirada de esos ojos azules llenos de lujuria. Pero ¿es que no veían que yo

solo era una niña? Claro que no, hacía tiempo que dejé de parecer una niña. Generalmente, mi físico atraía a muchos soldados.

El soldado trató de abrirme las piernas con sus pies pero se lo puse difícil, luchando por evitar la violación.

— ¡Ayudarme, joder! —Gritó a sus compañeros que observaban ávidos la escena—. Esta zorra tiene mucha fuerza.

Los dos restantes se agacharon y entre todos me sujetaron las piernas y brazos para que el primero pudiese llevar a cabo su tarea. Me sentía totalmente expuesta. El que se mantenía sobre mí colocó sus manos sobre mis pechos y los magreó, divirtiéndose al ver mi intento desesperado por evitarlo. Con mucha fuerza el hombre consiguió romper mi camiseta hasta dejar a la vista mi sujetador. El muy cerdo sonrió con lujuria a sus compañeros. Una gota de saliva goteó sobre mi vientre desnudo.

Notaba cómo la sien me latía y las muñecas también, por la fuerza con la que me sujetaban. Yo estaba temblando y totalmente aterrada.

El soldado se relamía, observándome, agachando la cabeza para pasar la lengua por mi ombligo.

Sentí un desprecio especial por aquello. Supe que las próximas caricias de Joke ya no serían igual para mí y posiblemente no le permitiría que hiciese lo mismo nunca más. Deseé matar al soldado por robarme algo tan íntimo y convertirlo en algo sucio y aterrador.

De pronto el violador paró en seco y se incorporó con el rostro impávido, observándome con maldad.

—Tenemos un mensaje para ti, Jorden. —Aquellas palabras despertaron todos los mis sentidos y le miré con atención—. Esto es lo que pasa cuando metes las narices donde no te llaman.

El soldado se recostó sobre mí y continuó besando mi cuerpo semidesnudo. Al notar que me quedaba quieta y dejaba de forcejear, se centró en mis pantalones para quitármelos. No hice nada por evitarlo.

Porque para mí, la violación había pasado a segundo plano al recibir ese mensaje. Mis ojos permanecían quietos, mirando a las pocas estrellas que se veían en el cielo.

Shaper, pensé. Estaba dispuesto a todo con tal de dejarme claro quién era el que mandaba en la base, y entre sus planes no solo estaba apalear a mi hermano sino también destrozarme la vida con un acto tan brutal como era una violación. Mi rostro se llenó de odio y rabia, cediendo a las lágrimas que se juntaron en mis ojos.

Eché la cabeza hacia atrás cuanto pude y grité en medio de la madrugada, dejando salir todo el odio. Los árboles que nos rodeaban comenzaron a quebrarse, rompiéndose la corteza y saltando con fuerza sobre nosotros. Los soldados observaron el extraño suceso, viendo como la arboleda se rompía por la mitad. Volvieron sus cabezas hacia mí y pudieron ver como jadeaba con intensa fuerza, con los ojos casi en blanco. Seguramente pensaron que me estaba dando un ataque epiléptico y temieron que muriese; esa no era la orden, supongo. Durante un instante sentí que me miraban con temor. El soldado que estaba sobre mí comenzó a gritar cuando ejercí con mi mente una presión inmensa sobre sus manos. Volví los ojos para verle y su gesto en la cara me decía que el dolor era insoportable. Bien. Todos escuchamos como los huesos chasqueaban al quebrarse por dentro. Su aullido casi

superó al mío e intentó apartarse de la extraña fuerza que le estaba destrozando las manos.

— ¡Mis manos! ¡Mis manos! —gritó temeroso—. ¡Por favor, ayudarme! —miró directamente a sus colegas, que no comprendían lo que estaba sucediendo.

De pronto el soldado salió lanzado por el aire y chocó con el tronco de un árbol, cayendo después al suelo. Su cuerpo quedó en una postura poco natural, con las piernas abiertas y un brazo torcido hacia atrás.

Los otros dos soldados se apartaron de mí nada más ver lo sucedido. Nunca me habían visto en acción pero desde luego habían escuchado muchas habladurías sobre mis habilidades.

— ¿Cómo has hecho eso? —uno de ellos sacó una navaja del bolsillo trasero y su compañero le imitó, colocándose ambos en postura de ataque.

Me levanté lentamente del suelo, segura de mí misma, ignorando que mi ropa interior estaba a la vista, y les miré con frialdad.

—Es un truco de magia. ¿Queréis que os enseñe como lo hago? —contesté con sarcasmo. Levanté una mano y ejercí fuerza con ella. Una de las navajas salió disparada hacia mi mano. Ahora era yo quien controlaba la situación. Levanté la otra mano e hice lo mismo para conseguir la siguiente navaja—. Ahora estamos igualados —sonreí fríamente.

Sin preámbulos lancé uno de los cuchillos contra uno de ellos, clavándosela justo donde quería, en el hombro, y me abalancé sobre él, lanzándole varias patadas que aprendí en mi entrenamiento. Recibí un par de golpes que me dolieron, pero no cedí espacio y puse en práctica cuanto me enseñaron durante mi estancia en la base. Cuando tuve a uno de ellos en el suelo continué con el otro. Este no me resultó tan difícil pues estaba atemorizado. Me acerqué a él, lentamente, para asustarle más. No tenía claro qué hacer con él, matarle no podía, me complicaría demasiado la vida, y dejarle marchar de rositas tampoco. Qué coño, estos tíos no eran mi problema. Le di varios puñetazos hasta dejarle inconsciente. Miré al infinito, intentando pensar. El fresco de la noche acarició mi cuerpo y descubrí que estaba a medio vestir. Llevé mis manos a los pantalones y los abroché los botones. Con la camiseta poco podía hacer, rota por la parte delantera. Hice un nudo con las dos puntas y traté de esconder mi ropa interior todo lo posible.

Giré el cuello, encontrándome a lo lejos con la carretera donde, minutos antes, me dejó el jeep. Respiré profundamente con un gesto de enfado porque sabía que mi plan se había acelerado mucho más deprisa de lo que esperaba. No tenía mucho tiempo. Eché otro vistazo a los agresores, inconscientes, y comencé a correr en dirección hacia la base.

Mis cuatro compañeros se despertaron al escuchar cómo se abría con ímpetu la puerta de su habitación y alguien encendía la luz. Nick se irguió en la cama frotándose los ojos con las palmas de las manos y los fijó en la persona que invadió la habitación en medio de la noche: Yo. Se bajó de la litera para preguntar qué era lo que ocurría pero no le di tiempo. Le llamé con un chasqueo de dedos, captando toda su atención.

— ¿Qué pasa? —Preguntó Darkness somnoliento.

—Nick, quiero que me des todo el dinero que he ganado en la base. —Ordené.

— ¿Para qué quieres...?

— ¡Que me lo des! —mi grito no dejó indiferente a ninguno, mirándome desconcertados.

— ¿Qué ocurre? —Nick sabía que algo me había sucedido en el transcurso de la noche—. ¿Por qué necesitas dinero? —Bajó la mirada hacia mi camiseta y abrió los ojos al verla rota; escondí mi vergüenza con los brazos—. ¿Qué te ha pasado? —Caminó hasta la puerta y cerró con cuidado de no hacer ruido. Al girarse para mirarme nuevamente, su pelo rizado onduló en el aire, metiéndolo detrás de las orejas para que no le molestase. Le indiqué con un gesto que debía apresurarse a mi petición. Sin pensarlo dos veces se acercó al armario y buscó entre los cajones.

—Yo tenía razón —comencé a decir—. Shaper sabe que le he descubierto. Mandó que pegaran a mi hermano y esta noche ordenó que me diesen un mensaje clarísimo. —Mis ojos se humedecieron de pura rabia al recordar lo que había sucedido un rato antes—. Han intentado violarme.

— ¿Qué? —preguntaron tanto Nick como Joke. Darkness abrió los ojos, desperezándose de inmediato y Grace se llevó una mano a la boca, ocultando su sorpresa. Joke fue el único que intentó arrimarse a mí pero no le dejé.

— ¡No me... toques! —le advertí, enseñando los dientes. Su rostro se alarmó y retrocedió un paso—. Nick, el dinero, por favor.

Nicolas sacó de un cajón una cartilla de banco. Se acercó para dejármela en la mano y esperó a que le explicase que estaba ocurriendo.

— ¿Qué es esto? ¡Necesito dinero en metálico!

— No guardo dinero en la base —me dijo.

— ¡Pues necesito dinero en efectivo! —Al ojear la cartilla leí la cantidad a la que ascendían mis honorarios—. Y mucho más que esto.

—Puedo dejarte dinero pero has de contarme que está ocurriendo, que tramas hacer y desde luego, tendrás que esperar a mañana para que te lo entregue.

— ¡Van a matarme! —Aseguré con rabia—. No tengo tiempo para esperar.

Nick respiró profundamente y cubrió su boca con una mano, pensativo. Le noté afligido.

—No tengo dinero aquí. Y ellos tampoco.

Darkness se sentó en una de las camas y negó con la cabeza.

—Chica, no sé qué es lo que ha ocurrido esta noche pero me temo que no realizarás el plan que has tramado.

Eché las manos a la cabeza, desesperada, y traté de pensar en algo sin perder

demasiado tiempo. Todo se volvía en mi contra y comenzaba a sentir angustia en el estómago. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que los soldados avisaran a Shaper de lo ocurrido?

Una idea nació en mi cabeza y no me paré a pensar si era la adecuada. Viendo que el tiempo apremiaba me dirigí nuevamente a mis amigos.

—Necesito vuestras cartillas. Haré una transferencia desde Cloe. Os devolveré el dinero. Lo prometo.

No quise perder más tiempo en disculpas. Me dieron sus cartillas y con un par de pasos llegué a la puerta, saliendo por ella con decisión. Giré la cabeza y miré a Nick.

—Vamos. Acompáñame.

Nick observaba con sorpresa aquella zona de la base, desconocida para él. No era la primera vez que veía una sala de espionaje pero ignorar la existencia de ésta en su propia base, donde tanto entregó, le parecía incluso descabellado. Los ordenadores, las mesas, cada una de las lámparas, todo le parecía un ultraje a tantos años de sacrificio; eran razón suficiente para hundirle en la desazón. Un lugar subterráneo, totalmente insonorizado, para cometer los delitos más grotescos que uno pudiera imaginar.

Sus ojos buscaban una razón para semejante mentira y lo único que encontró fue veracidad en todas las cosas que le conté sobre Shaper. Muchas cosas cobraban sentido en ese momento para él, ahora que estaba dentro de esa jaula en la que yo me metí hace tiempo.

Y mientras él seguía observando los fantasmas de los que tanto le hablé, yo permanecía sentada en uno de los ordenadores, enchufando clavijas de codificadores para activarlos. Cuando conseguí entrar en la misma base de datos donde hallé la información que provocó todo este lío, me dispuse a imprimirla. Hice una copia de seguridad en varios disquetes. Mientras la información salía impresa en papel, accedí a otro ordenador para entrar en la base de datos del banco y una vez preparada me limité a introducir los nombres de mis amigos. A medio camino mi mente hizo un giro y tuve una idea mucho mejor que la de sacar dinero de las cuentas de mis amigos.

—Shaper. —Susurré.

Observé a mi compañero, absorto en la lectura de las páginas impresas, y le llamé en susurros.

— ¡Eh, Teniente! —Nick levantó la vista de las hojas que permanecían en sus manos y esperó a que hablase—. ¿La base trabaja con el banco Intervia?

—Sí, todos tenemos cuenta en él. —contestó mientras se acercaba a mí, curioso.

—Pero no es un banco militar, ¿no?

—Claro que no. Cualquiera civil puede tener cuenta en él.

—Estupendo. —Le di la espalda y continué con lo mío. Levanté la mirada y me cercioré de no estar levantando sospechas entre los trabajadores nocturnos. Apenas había dos o tres personas y estaban lejos. Dudo que se hubieran percatado de nuestra presencia. Introduje el nombre del General y en apenas un par de minutos estaba dentro de su cuenta bancaria. Una gran sonrisa se dibujó en mi rostro al ver la inmensa cantidad de dinero que acumulaba en ella—. ¿A cuántos has tenido que matar para llenar las arcas? —Susurré. En ese momento no me importaba. Mi única intención era cogerle algo de dinero para seguir adelante con mi plan. Si alguien debía pagar por todo lo ocurrido era Shaper y no sentí remordimiento alguno cuando transferí dos millones de dólares en mi cuenta. Una vez terminado mi pequeño hurto accedí al historial del ordenador y eliminé las pruebas que pudiese dejar. Eso me daría un margen para moverme. Me paré en seco, con la boca abierta. Recordé que cuando husmeé entre los documentos que ahora estaba imprimiendo no eliminé mis movimientos en el ordenador—. ¡Por eso me descubrió! —Exclamé en un susurro—. ¡Pero qué estúpida fui! —Me prometí a mí misma que jamás volvería a cometer un

error como ese. Apagué el ordenador y volví al otro para ver si ya había terminado de imprimir.

—Aún no —comentó Nick.

—No podemos perder más tiempo —cancelé el resto de la impresión y también eliminé los movimientos en aquel computador. Metí los papeles impresos en una carpeta y salimos de allí cuanto antes.

— ¿Qué vas a hacer con todo eso? —quiso saber Nick.

—Asegurar mi vida.

Regresamos a la habitación. Todos seguían levantados. Joke mostraba preocupación en su rostro. Me acerqué a él y le puse una mano en el brazo.

—Tienes que llevarme a tu casa.

— ¿Ahora? —preguntó—. ¿Sabes la hora que es?

— ¿Y tú sabes lo que me hará Shaper si me encuentra con toda esta información?

—Levanté las carpetas con la intención de terminar aquella absurda discusión—. Vamos.

En el camino hacia la casa de la playa, pude relajarme, sintiendo el aire fresco en mi rostro, despejando las ideas y acelerando un plan que no estaba segura de que saliese bien. Al llegar, el primero que nos dio la bienvenida fue el Feng sui, resonando con brusquedad al contacto con el viento. Decenas de recuerdos con Joke sobrevolaron mi cabeza. Los despejé. No era momento de romanticismo. Dentro de la casa hacía frío. Me abracé con las manos, tratando de entrar en calor.

—Necesito que guardes esto en un lugar seguro —le acerqué la carpeta y esperé un movimiento por parte de Joke; sin embargo, por cómo me miraba imaginé que necesitaba alguna razón para hacerlo—. Nadie conoce esta casa salvo nosotros dos. Es el único lugar que se me ocurre. Será temporal. Hasta que idee un escondite mejor.

Con un suspiro Joke aceptó ayudarme. Cogió la carpeta y la observó.

—Tengo una caja fuerte en el sótano.

—Allí estarán seguras.

Joke desapareció bajo el umbral de la cocina y aproveché para sentarse un momento en el sofá. Cerré los ojos y a mi mente volvió al recuerdo de los tres soldados intentando violarme. Sentí que mi piel estaba impregnada de depravación. Quise llorar pero aquella noche no tenía lágrimas para derramar, había demasiado en juego como para dejarme llevar por los sentimientos. Joke volvió a aparecer con una bolsa negra entre las manos que no tardó en entregarme. Le observé confundida e introduje la mano para ver su contenido. De la bolsa saqué trescientos mil dólares y una pistola automática y una caja de munición. Levanté la mirada, perpleja, y me encontré con los ojos azules de Joke.

—Es todo el metálico que guardo en casa. El arma es para que te protejas.

—Gracias, Adam. —Acepté, inmensamente agradecida.

—No sé qué es lo que está pasando pero desde luego es algo gordo. —Suspiró de nuevo—. Sea lo que sea y hagas lo que hagas, tienes mi apoyo incondicional.

—Gracias —repetí.

Me habría gustado decirle cuanto le quería pero callé para emprender el viaje de vuelta. Solo quería dormir un rato para estar nueva al día siguiente y poder enfrentarme a lo que me esperaba mañana. En un par de minutos estábamos de vuelta a la base.

Mis deseos se vieron truncados cuando dos soldados nos cortaron el paso a medio camino de mi habitación. Habían informado al General Shaper y venían a por mí. Todo había acabado.

—El General Shaper quiere verla, soldado.

Joke permanecía a mi lado, atento por lo que pudiese ocurrir; no obstante, le tranquilicé y me marché en compañía de los soldados. En el camino, me froté las manos, nerviosa, planificando lo que iba a decir una vez delante del superior. Cuando entramos en el despacho de Shaper, encontré a un hombre con los ojos enrojecidos por la falta de sueño; le habían sacado hacía poco de la cama. Evitó el saludo militar para no parecer falsa porque sus ojos me decían que sabía más de lo que aparentaba.

—Déjenos solos —ordenó el General.

El despacho se quedó en silencio cuando ambos soldados salieron de allí y esperé de pie a que mi superior hablase.

—Estoy verdaderamente cabreado.

Si, lo sabía todo. Pensé en cómo llevar la conversación para metérmelo en el bolsillo.

—Quiero hablar con usted —Aseguré.

—¿Realmente cree que está en condiciones para pedir algo semejante? —preguntó alterado.

—No lo sabrá si no me escucha.

—Es usted peor de lo que imaginaba. ¡Guárdeme más respeto!

—¡A la mierda, Shaper! —Perdí los estribos y me dejé llevar por la situación y la aversión que sentía hacia ese hombre—. ¡A la mierda con el protocolo! ¿Y qué si he descubierto su pasado? ¿Qué pensaba que iba a hacer? ¿Una declaración en la prensa?

—Usted es mucho más peligrosa de lo que aparenta ser —contestó enseñando los dientes.

—¡Por el amor de Dios, General! ¿Qué gano delatándole? ¿Me lo puede explicar? ¡Lo único que conseguiría sería echar tierra sobre mí!

—¡No tenía permiso para acceder a toda esa información! —vociferó apuntándome con un dedo.

—¡Estaba aburrida! ¡Me tenía día tras día con el soso de Marshall! Hasta usted habría hecho cualquier cosa por matar el tiempo. Además, —continué hablando, más clamada— si no deseaba que me encontrase con toda esa información mejor que no me hubiese llenado la cabeza con ideas de espionaje.

Shaper recorrió el camino hasta mí con zancadas largas, me sujetó por los brazos y me zarandó con violencia.

—¡No le permito que me hable así!

—¡Cometí un error! —grité mientras me deshacía de él y le apartaba—. ¡Pero, joder, piense bien las cosas! ¡No puedo hacer nada! ¡No voy a hacer nada! Además, esa gente está muerta. ¿Qué me importa a mí lo que haya hecho? No me repercute en nada.

—No me va a engañar tan fácilmente —aseguró—. Usted trama algo.

— ¡Joder, le estoy diciendo la verdad! No me interesa perder su gratitud. Le necesito para llevar a cabo nuestro trato.

— ¿Qué trato? —preguntó indignado.

—Vengarme de mis padres —confesé—. ¿Es que no se acuerda? Me prometió que me ayudaría.

—Me temo que ese trato está roto, Jorden. —Sonrió pérfidamente y negó con la cabeza.

— ¿Por qué? ¿Es que piensa matarme? ¡No puede! ¡Me necesita!

— ¿Puede explicarme para qué?

—Solo usted sabe porque ha invertido tanto dinero para que yo reciba entrenamiento, señor. —Ese era un tanto para mí y ambos lo sabíamos.

— ¡Si, demasiado! ¡Y no he recibido nada más que humillaciones por su parte!

— ¿Humillaciones? —Continué gritando, con el rostro enrojecido por la furia—. ¡Que yo sepa no le mandé a nadie para que le pagara una paliza ni le violase!

—Así trabaja el gobierno militar —sus ojos se llenaron de satisfacción al ver que sacaba el tema.

— ¡No! ¡Así trabaja usted y su chusma! ¿Tantas medallas para un trabajo tan rastrero? ¿Qué honor hay en mandar violar a una niña?

Las cosas se calmaron al instante y ambos guardamos silencio durante un instante. Continué.

—Señor, solo tenía que hablar conmigo y decirme que cerrara el pico —dije suplicante—. ¿Por qué tanto daño cuando sabe que soy fácil de comprar?

Mi argumento comenzó a hacer mella sobre Shaper, empezó a desinflarse lentamente; posiblemente acabaría reconociendo que su actitud fue exagerada pero aun así, algo me decía que no me creía del todo.

—Sé que no soy un soldado ejemplar, pero dígame. ¿Cuándo le he fallado? Nunca, y lo sabe.

El General se quedó pensativo, buscando algo que decir hasta que le vino un posible problema a la cabeza.

— ¿Alguien sabe lo que ha descubierto?

—No —respondí sin paciencia—. ¿Cómo iba a contar algo semejante?

— ¿Y a sus compañeros?

— ¿Para ponerlos en peligro? No, el mensaje que me mandó con Marcos me quedó bastante claro. Y dudo que nadie me hubiera creído.

—Eso es cierto. Mi expediente es ejemplar, Jorden. —Dijo con tono de advertencia.

—Y seguirá siéndolo, señor, porque yo no voy a decir nada.

Shaper volvió a pensar que hacer y decir, pero nuevamente me adelanté.

—Señor, estamos en el mismo barco —mi voz sonó a súplica, intentando convencerle de que no debía temer por nada—. Pero necesito saber que no va a volver a atacar a mi hermano. Necesito saber que cuento con su confianza. No puedo pasarme la vida mirando por encima de mi hombro —esperé a que tomara una decisión.

— ¿La merece, Jorden? —preguntó con los ojos entornados. No contesté en seguida; hice una pausa, mirando al suelo y suspirando.

—Si —aseguró—. La merezco.

Shaper observó la madera de su mesa y le dio varios golpecitos, dando muestra de que estaba pensando qué hacer. Sus ojos me miraron de reojo para tomar una decisión resolutiva.

—Le voy a dar una última oportunidad, Jorden —su rostro era firme y severo, sus pulmones aguantaban el oxígeno y no se sintió mejor hasta que lo expulsó hacia fuera—. Solo una más. Deje de curiosear de una vez por todas o me temo que se pasará los próximos diez años en el Agujero.

La amenaza no me intimidó pero agaché la cabeza, demostrando que asumía el posible castigo. Me dejé caer vagamente sobre uno de los sillones y dejé colgando los brazos alrededor de éste. No era una postura permitida estando delante de un superior, sin embargo, Shaper no me dijo nada. Allí, tirada como un despojo, con la camiseta anudada para ocultar mi vergüenza, comprendió cuan débil era en ese momento.

—Parece agotada.

—Creo que he consumido todas las energías de mi cuerpo.

—Volverá a caer enferma sino se cuida.

—Me cuidaría si no mandasen cada dos por tres que me golpeen, señor —la acusación fue clara pero no buscaba comenzar otra discusión, ahora que las cosas se habían calmado, y el General lo entendió como tal, ignorando mis palabras.

Con su elegancia sobrevalorada cargando a las espaldas rodeó la mesa y se sentó en un borde sin dejar de mirarme. Tenía ojeras profundas bajo los ojos y parecía que el brillo de sus ojos estaba desapareciendo por momentos.

—Necesita descansar —llenó los pulmones de aire y asintió con la cabeza—. Tómese unos días libres.

—Mis vacaciones no son hasta dentro de dos meses, señor —apunté, algo asombrada.

—Sí, es cierto. Pero necesito que tenga cargadas las pilas para su primera misión.

Me erguí del sofá con los labios levemente abiertos por la inesperada información.

—¿Va a mandarme a una misión tan pronto?

—Desde luego, yo creo que ya está preparada.

La simple idea de comenzar con misiones elevó mi adrenalina al máximo. Una emoción que no supe advertir consiguió arrancarme una sonrisa de los labios y me imaginé lejos de allí, vestida con el uniforme de tierra y empuñando un fusil. Ojala fuese mañana, pensé.

El movimiento del General me sacó de mis pensamientos y observé cómo se sentaba de nuevo en su trono.

—Será mejor que nos vayamos a dormir.

—Sí, señor. —Me levanté con una energía renovada, aproximándome a la puerta de salida cuando el General me llamó—. Diga, señor.

—Nada de rencores. ¿De acuerdo? Y no cuente nada. Invente algo si le preguntan por qué la he llamado a mi despacho.

Volví a sentir pesadez en el cuerpo, recordando una vez más lo sucedido pero asentí.

—Márchese, Jorden.

—Buenas noches.

Sin embargo, esa noche decidí no dormir. Me mantuve sentada en el suelo de mi habitación de cara a las literas, con el semblante vacío de sentimiento alguno, vestida

con una camiseta de tirantes y un sencillo chándal gris, estudiando a fondo el plan definitivo. Mis ojos casi blancos recuperaron el brillo que perdieron semanas anteriores y bajo la oscuridad centellearon al mismo tiempo que nacía una sonrisa diabólica en mi rostro que jamás demostraría delante de un solo ser humano.

Meses después...

Maleen se levantó algo afligida a causa de un mal sueño. No solía hacerles mucho caso pero en esa ocasión fue diferente. Un escalofrío la invadió tras recordar la pesadilla. Una chica encharcada en sangre, pidiendo auxilio, cobijada en algún lugar que no llegó a distinguir, sin embargo, estaba iluminada por la luz de unas velas. Su rostro era blanquecino y joven, con el pelo largo y negro. Ojos claros como la luna; y entre sus brazos protegía el cuerpo de un ser humano que, en envergadura, la superaba. Lo que llamó su atención fue el dolor que habitaba en el rostro de la joven, tan necesitada de cariño.

Cerró los ojos y respiró tres veces con lentitud hasta llenar sus pulmones y vaciarlos. Luego alargó un brazo hasta la caja de pañuelos de papel y cogió uno para secarse las gotas de sudor que serpenteaban por su cuello. Acercó las piernas hasta el borde de la cama y se mantuvo pensativa, con la cabeza agachada y los ojos cabizbajos. Ese día no se había levantado esperanzador para ella. Juntó los dedos pulgares de los pies y los frotó a causa del frío del suelo. Dejó caer un poco la cabeza hacia un lado y sintió ganas de llorar. A decir verdad, lo habría hecho de no ser por el grito de alegría de su hijo que llegó hasta ella y la obligó a levantarse con esmero para ver que ocurría. La madera del suelo estaba helada y levantó los pies exclamando algunos quejidos al caminar hasta la puerta. Su hijo y su marido llegaron antes, entrando en tropel, casi arrollándola. Matt se lanzó sobre la cama como un bruto. Los ojos brillantes de emoción.

— ¡Ha nevado, mamá! —Exclamó él adolescente—. ¡Está todo blanco! Hay, al menos, una capa de un metro.

—Hijo, nieva a menudo. No entiendo tanta emoción.

Matt puso un gesto de indiferencia.

— ¡Dios, tenemos que hacer muñeco de nieve!

— ¿No eres mayorcito para muñecos de nieve?

— ¿Prefieres que me fume un porro a escondidas? —Matt levantó un lado del labio.

—Vale, vale —respondió ella con resignación—. Muñeco de nieve, entonces. Pero después de clase, hijo —sugirió Maleen.

—Que no vaya. Así jugaremos con la nieve antes de que esa panda de niñatos del barrio la ensucie —comentó Drumb socarronamente. Matt miró maravillado a su padre por la idea tan ingeniosa que tuvo.

—De eso nada —contestó ella, más enérgica—. Matt, vístete y baja a desayunar. Y tú —dirigió una mirada de enfado a su marido— dúchate que tenemos prisa. Como me hagas esperar me voy sola.

El hombre obedeció con una mueca tristonca, sujetó a su hijo por los hombros y marcharon juntos hacia las escaleras.

—Hagamos lo que dice la jefa.

En la cocina, Maleen mantenía en una mano un periódico escrupulosamente doblado mientras en la otra aguantaba una taza de café rezumando su estupendo aroma. Leía con atención las noticias de la página diez mientras le servían unas tostadas francesas, un zumo de naranja natural y un café bien caliente.

Matt la miraba expectante. Solía calcular el tiempo que transcurría en el ritual de su madre al pinchar un trozo de tostada, meterlo en la boca, masticarlo, tragar, volver a empezar y todo ello sin dejar de leer su diario.

—Un minuto y diez segundos.

—Matt, te he dicho mil veces que no me cronometres —le advirtió con una mirada de reojo, pero no pudo evitar sonreír.

—Es curioso.

—Come tus tostadas.

—¿Cómo lo vais a coger?

—¿El qué? —frunció el ceño al no entender la pregunta de su hijo.

—El niño.

—Matt, los niños no se cogen. Se adoptan.

—¿Cómo lo vais a adoptar?

—Aún no lo sabemos. Supongo que nos presentarán algunos y posiblemente, por tener una vida acomodada nos dejarán elegir. Pero eso no ocurrirá hasta dentro de unos días. Primero hay que rellenar más formularios.

—¿Más? Pero si lleváis meses con el papeleo.

—Requiere tiempo.

—¿Y porque no os dejáis de chorradas y tenéis uno propio?

Maleen dejó su café sobre el plato y apartó un poco el periódico para hablar seriamente con Matt.

—Te lo he dicho mil veces. No puedo tener hijos por mi problema de diabetes.

—¿Pero tu caso no es tan grave! Puedes tenerlo perfectamente —discutió.

—Puedo, pero podría tener dificultades en el parto y no quiero dejar a mis hijos huérfanos —notó que comenzaba a levantar la voz por lo que trató de calmarse—. Hay muchos niños que necesitan un hogar y nosotros podemos dárselo. No voy a arriesgarme cuando tengo ciertas facilidades para adoptar.

—Bueno, tenemos pasta. Podemos adoptar mil niños —concluyó Matt.

—No presumas de nuestro dinero —no le regañó pero no le gustó nada el tono que usó para hablar así de la calidad de vida que llevaban. Nunca la había usado.

—Si no lo hago. De hecho, me repugna. En el instituto me insultan por ser rico.

—Pues pégalas una patada en los cojones, verás cómo dejan de molestarte —Drumb interrumpió en la cocina con uno de sus comentarios sarcásticos y lo que consiguió fue una mirada fulminante de su esposa.

—¡Eso! Anima a tu hijo a que sea un vulgar maleante. —Levantó la mano y casi la dejó caer sobre la taza de café, haciéndola tintinear—. Vaya policía que estás hecho.

—En este país falta justicia para esos mocosos que les corroe la envidia —afirmó mientras se colocaba la servilleta en la pechera de la camisa.

—Papá, no te olvides del muñeco de nieve —dijo Matt por lo bajo a su padre.

—No dejaré de pensar en ello todo el día. —Una sonrisa de complicidad selló un pacto entre los dos.

El camino hacia Montawa era algo pesado por las curvas de las montañas pero Maleen estaba emocionada e impaciente por llegar al centro de adopción. Sabía que no iba a volver a casa con un bebé en el asiento trasero; que aún quedaba un tiempo para eso. Sin embargo, era tan grande el deseo de tener un hijo más, que el pensar en ello arrancó una gran sonrisa de su rostro. En su opinión, era tan válido adoptar como dar a luz, el amor era el mismo. El instinto maternal nacía de un modo u otro y la necesidad de proteger a un ser indefenso estaba al mismo nivel, hubiese salido de sus entrañas o no. Esa era la forma de pensar de Maleen, y le importaba un comino lo que pensarán los demás.

Las primeras paredes acristaladas del centro aparecieron al pasar una curva. Se extendían sobre la arboleda reflejando la luz del sol por encima de las montañas blancas. El paisaje parecía sacado de un cuento de hadas y a medida que se acercaban más claro le quedaba a Maleen que los niños que vivían allí estaban bien cuidados. El edificio tenía una forma rectangular inmensa de tres pisos. Acristalada y con pasillos de paseo en todas las plantas. El tejado era grisáceo con detalles blancos que envejecían delicadamente su fachada blanquecina. Un camino les condujo hasta la entrada de tan precioso lugar y aparcaron. Al salir del coche escucharon los gritos de niños jugando y divirtiéndose. Siguieron el camino hacia arriba, hipnotizados por el bullicio, hasta llegar a la gran mansión. De cerca imponía de veras, las columnas de la entrada eran delgadas y no servían para otra cosa sino para sujetar un cartel de metal que juraba “En nuestra libertad radica el éxito de nuestro futuro”. A Maleen le pareció bonito. Cruzó por debajo de él y se agarró del brazo de Drumb que no dejaba de mirar jugar a los niños con la nieve.

Una mujer joven y regordeta salió por la puerta principal y acudió a ellos con movimientos vigorosos.

—Señores Himphenton, les estábamos esperando —estrechó la mano a ambos y les invitó a que siguieran tras ella—. ¿Ha sido pesado el viaje?

—No mucho, la verdad.

Caminaron hasta dentro donde les acogió un agradable calor hogareño. Maleen ya conocía el lugar de antes, pero se habría parado de nuevo a verlo si no fuese porque la mujer les indicó que caminasen junto a ella hasta el despacho de la directora. Al acceder encontraron a Helen Kishword, sentada detrás de su mesa y con una taza de café en la mano. A su alrededor todo eran pilas de carpetas amarillas y marrones que la mantenían absorta. De no ser por su secretaria no se habría dado cuenta de que tenía visita.

— ¡Oh, disculpen, señores Himphenton! Acaban de traerme nuevos historiales y estaba recopilando información para los psicólogos del centro. —Carraspeó y prosiguió—. ¿Han traído los papeles que les pedimos?

—Creemos que sí —Drumb mostró los papeles y los entregó a la directora. Mientras ésta les echaba un vistazo Drumb tuvo tiempo de observar a la mujer que tenía delante. Se veía claramente que deseaba tener todo bajo control. Aquello no era malo en sí, pero tal vez en su caso era obsesivo. Lo corroboró por como alineaba las

carpetas, todas mirando hacia el mismo lugar, por colores y pudo comprobar que cada hilera guardaba el mismo montón de carpetas. Iba muy maquillada para ser tan mayor, colores tierra y rojizos, a juego con su traje de chaqueta y zapatos negros de calidad. En cualquier otro caso, estos detalles le importarían un comino a un hombre, de hecho no se fijaría en tantas cosas, pero su trabajo como policía le exigía detalles. Y tras hacerle una radiografía visual a Helen Kishword llegó a la conclusión de que su vida se centraba en los niños y nada más. Fuera de esas paredes no había mundo para ella.

—Parece que está todo en orden —asintió la directora con la cabeza sin perder de vista los papeles. De súbito levantó la cabeza y les miró inquisitivamente—. He de comentarles que debido a su estatus social vamos a permitir ciertos privilegios. Podrán elegir. Si lo desean daremos un paseo por el centro y les comentaré el caso de los más pequeños.

Al levantarse de la mesa una buena pila de expedientes cayó al suelo, desperdigándose por éste. Drumb y Maleen se agacharon a recogerlos de la forma más ordenada posible.

—No, no se preocupen —dijo la directora algo incómoda por el percance—. No hace falta que los coloquen, ya lo haré nuevamente cuando terminemos la visita.

— ¿Son todos huérfanos? —preguntó Maleen, curiosa.

—No todos, algunos son abandonados. A estos debemos darles más atención porque han vivido cosas terribles que pueden dar fruto negativo en un futuro.

—Vaya... —Maleen la observó con preocupación. Agrupó algunas carpetas y se las entregó. Al recoger más se fijó en la foto de un historial. —Dios mío...—el rostro que aparecía la paralizó. Guardaba un gran parecido con la muchacha de su sueño. Al verla, todos los recuerdos de aquella pesadilla surgieron. Ver otra vez esa mirada fría la intimidó. Abrió la carpeta sin preocuparse por si estaba permitido o no y leyó su nombre y edad—. Jeriel Jorden. ¿Realmente tiene trece años? Parece mucho mayor.

— ¡Oh, ese diablillo! Me tiene los nervios desquiciados —su tono de voz resultó agresivo y violento para Maleen—. Ha sido llegar al centro y tiene a todo el mundo histérico.

— ¿Es mala?

—No exactamente —respondió la directora—. Jeriel no debería estar aquí. No es el lugar adecuado para ella. Es un problema para nosotros y nosotros para ella.

— ¿Por qué?

—Ella es... diferente a todos. No se ajusta a un perfil. Es muy inteligente.

— ¿Y eso la convierte en un problema?

—No, pero que una niña de trece años nos supere a todos en conocimiento nos descoloca. No la podemos ayudar absolutamente en nada.

— ¿Necesita algún tipo de enseñanza especial?

—Lo que necesita es una buena mano que la dé disciplina. Si son tan amables —sonrió con la mejor de sus sonrisas, le quitó el informe de las manos con suavidad y lo colocó sobre la mesa— comenzaremos con la visita guiada.

Meses antes...

Pese a que la noche pasó lenta y no dormí absolutamente nada, si tuve tiempo para pensar en todo cuanto había acontecido en mi vida los últimos días. El intento de violación abrió una pequeña herida en mí pero como con todo, la cerraría a fuerza de presión. Tenía que centrarme en otras cosas en ese momento y debía tener la mente despejada.

Lo primero que hice esa mañana fue caminar hasta la zona donde se congregaban los soldados que entendían de informática. En las bases militares solo tenías que pegar un poco la oreja para enterarte de quien vendía cosas ilegales o lo que podrían proporcionarte por cierto dinero sin que se enterase nadie. Por eso me dirigí hacia allí y busqué a un muchacho moreno de metro noventa. En un pequeño taller encontré a seis soldados no mayores de veinticinco años. Mantenían su atención en un ordenador roto y entre tanto charlaban de sus cosas. Tres eran morenos, uno rubio y el resto castaños. Me di cuenta de que no habían recaído en mi presencia por lo que me dispuse a preguntar directamente por mi objetivo:

— ¿Quién de vosotros es Bryan Murder?

Los seis levantaron la cabeza al unísono y se echaron para atrás como si lo que estuviesen haciendo fuera ilegal. Levanté una ceja al observar como uno de ellos tapaba con un trapo fino el ordenador.

—Soy yo —dijo el que estaba sentado. Se levantó y dejó que viese su altura y hombros anchos.

—Necesito algo y me han dicho que hable contigo.

El muchacho ladeó la cabeza hacia la derecha y me observó de arriba abajo—. ¿Tú eres Jorden, no?

—En efecto —contesté con calma.

— ¿Es verdad que haces todas esas cosas que se cuentan? —me pareció que intentaba que hiciese una demostración o algo así. No era raro a estas alturas, pero mi método fue otro.

— ¿Es verdad que eres el dios de la informática?

Una risita por parte de sus compañeros le hizo ver que debía despacharlos para charlar más tranquilamente, algo que yo estaba esperando. Cuando me quedé a solas con él, le noté tenso. Algo a mi favor. Comencé con mi plan de una vez por todas.

— ¿Tienes contactos en el exterior? —me acerqué a una de las estanterías y acaricié sus libros; tenían algo de polvo. Me limpié los dedos en el uniforme con discreción.

—Depende de quién lo pregunte.

Me di la vuelta y le observé con una mirada irónica.

—Yo.

—No, no tengo. —Supe al instante que estaba mintiendo por cómo se le había tensado el cuello. Levanté las cejas y sonreí, perdiendo de vista sus ojos claros. Levanté una pierna y coloqué mi pie sobre una de las sillas sin cuidado alguno, escuchando rechinar la madera por su vejez. Levanté el bajo de mi pantalón y de la

bota saqué un fajo con cinco mil dólares que no dudé en colocar sobre el ordenador que manipulaba. De pronto su atención se vio sorprendida por esos billetes casi nuevos y me miró con los ojos bien abiertos.

— ¿Seguro?

Bryan dudó un instante pero al final no tuvo más opción que ceder al poder del dinero.

—Tengo algunos pero no te servirán de gran ayuda.

— ¿Por qué crees eso? —indagué un poco más.

—Normalmente me vienen con fajos de trescientos dólares a lo máximo y piden un arma sin registro u otras cosas ilegales, pero... cinco mil dólares solo los trae alguien que va a armar una gorda.

Me acerqué a él hasta oler su aroma y traté de intimidarle con mis ojos entreabiertos pero no dejé de sonreír; no quería asustarle.

—Pues escíbeme una lista de contactos.

Bryan Murder obedeció, cogiendo una libreta y un lápiz. Escribió deprisa nombres con direcciones. Estoy completamente segura de que no era uno de esos soldados que se dejaban agasajar por otros y menos por alguien como yo; de haber sido otra la situación, me habría insultado por mi chulería. Pero cinco mil dólares eran mucho dinero y puede que temiera que me echase atrás.

— ¿Esos contactos... tienen contactos?

—Desde luego, pero no puedo acceder a ellos. Tendrás que buscarte la vida.

— ¿Crees que me costará mucho conseguirlo? —pregunté con un pequeño ápice de malicia.

Murder me miró tenazmente y decidió contestar.

—Desde luego que no. —Echó una ojeada a la lista y levantó la cabeza en dirección a mí—. ¿Qué tipo de contactos buscas?

—Todos. —Sentenció con claridad.

La conversación terminó con mi última palabra y esperé unos minutos hasta que el lapicero de Murder dejó de rasgar el papel de su libreta. Con un tirón suave desprendió la hoja y me la entregó. Hice una mueca con la boca y la doblé varias veces hasta hacerla casi desaparecer. La escondí en mi sostén y me acerqué a la puerta. Casi había terminado allí pero antes de marcharme me volví y le miré de la misma forma punzante y le dije:

—Si le cuantas esto a alguien serás el primero en caer.

No esperé a ver su reacción ni la expresión de su cara. Salí de allí como si nada hubiese ocurrido y continué por mi camino.

Los desayunos en la base nunca fueron de mi santa devoción pero si el estómago despertaba te importaba poco que la mermelada para las tostadas viniese en porciones de plástico; aunque tampoco sabía lo que era la mermelada de verdad. Puede que por eso le encontrase gusto a aquel potingue envasado. Las tostadas empezaban a enfriarse y mi café llamaba a mi paladar con ese olor tan peculiar que siempre me fascinó. El humo que rezumaba me prometía un equilibrio entre el pan casi frío y unos sorbos deleitables para mañanas tan frías como aquella. Ese día me sentía bien, pese a que la noche anterior mi integridad física estuvo en juego. Pero las cosas habían salido mejor de lo esperado. Me sentía aliviada.

A lo lejos puede ver cómo Nick se acercaba a mí con paso apresurado. Tenía una mueca congelada en su rostro. Lo interpreté como posibles problemas. No descarté que quisiera saber más cosas sobre lo ocurrido en el camino de piedras, o podría ser que hubiese discutido con Shaper. No, Nick no era tan estúpido de cometer ese error; y por otra parte ya estaríamos todos encerrados en algún zulo. Llegó hasta mí e hizo un pequeño hueco alejando la silla que tenía a mi lado para hablar conmigo.

—Deja eso y vente conmigo —nunca escuché el tono de su voz tan duro y agresivo.

—¿Qué ocurre?

Se aproximó a mí hasta obligarme a echar atrás el cuello.

—Tenemos una reunión con Shaper y otros altos cargos dentro de diez minutos.

—Pero, ¿para qué?

—Vamos —contestó tajante y sin contestar—. Tienes que ponerte ropa formal.

Me vi obligada a despedirme de mi sencillo desayuno y acompañar a Nicolas. No tardé en vestirme con el uniforme color marino, recogerme el pelo como pude en un moño mal organizado y corrí tras él hasta llegar a la sala de reuniones. Nick no me comentó absolutamente nada de lo que ocurría pero al llegar a la estancia comprobé que se nos iba a explicar una misión; tal vez fuese a la que se refirió Shaper la noche anterior.

Ya estuve allí anteriormente, donde me compraron con palabras bonitas y venganzas futuras. Por la razón que fuese sentí una punzada en el estómago y noté que mis sentimientos se veían golpeados por el remordimiento. Volví a observar la sala, su mesa alargada que posiblemente costaría un cuarto de millón. Las sillas a juego. Las lámparas elegantes con dorados y colores madera. Demasiado cargado para mi gusto. En algunas de las sillas estaban sentados el resto de mi equipo y otras figuras que eran desconocidas para mí. Shaper lideraba la mesa con una sonrisa astuta y bajo sus manos guardaba una carpeta negra con la insignia de los Navy Seals en el centro. Observé a los demás y vi que todos tenían una carpeta igual. Las pantallas estaban encendidas con un logotipo como salvapantallas y fue cuando tuve claro que me iban a explicar mi primera misión. Reuní coraje y me senté al lado de Darkness, esperando a que aconteciese lo que tenían previsto ese día para mí.

—Podemos empezar. —Ordenó Shaper—. Jorden, quiero presentarles al Teniente General Alfred Carrington, el Coronel Mathew Callahan y el comandante Wayne Sheriman. Nos ayudan con las misiones y se preocupan de...

—Ponen la pasta.

Hubo una serie de carraspeos de garganta ante mi falta de educación y agaché la mirada en un acto de culpabilidad. Shaper prosiguió sin hacerme caso.

—Usted nunca ha estado en una reunión como ésta así que básicamente le diré que está usted aquí para conocer la que será su primera misión en el cuerpo de las fuerzas armadas de los Navy Seals.

—Entiendo, señor.

—El Coronel Callahan tomará la palabra.

Un hombre con grandes entradas en el pelo se aclaró la garganta y abrió la carpeta que permanecía bajo sus manos.

—Como bien saben, algunos de nuestros hombres regresaron a casa tras una misión arriesgada en Omán. Nuestra intención era reunir información del enemigo y nos encontramos con la sorpresa de que en sus manos guardan un disquete con la información de un atentado contra el presidente de los Estados Unidos. Por lo que hemos descubierto, en ese disquete se encuentra el punto de ataque, la estrategia militar, la fecha y hora del asesinato, etc. Necesitamos recuperar ese disquete y evitar el atentado que nos involucraría directamente en una guerra.

—Pero ¿no consiguieron el disquete? —pregunté con la cara repleta de sorpresa.

—No, Jorden. Esa es nuestra misión.

—¿Y cómo saben que toda esa información está en el disquete?

—Tenemos contactos en Omán que, por una suma de dinero, han estado dispuestos a dar información. No obstante, sabemos que eso es lo que contiene el disco, pero no sabemos cuándo será el atentado.

Me sonó a cuento chino, la verdad, pero no quise indagar más en ese asunto. Me interesaba hacer otra pregunta.

—De acuerdo, pero si ya sabemos lo que pretende el enemigo... ¿para qué necesitamos el disquete?

Shaper agachó la cabeza demostrando que le estaba sacando de sus casillas.

—Necesitamos pruebas para demostrar lo que pretenden hacer. Jorden, la idea es robarlo, dar una rueda de prensa con las pruebas en la mano, notificar las intenciones de Omán y tener advertido al mundo entero de lo que podría avecinarse si no evitamos la catástrofe.

—Y quedar como reyes —reliqué.

—También servirá para avisarles de que si tratan de dañar a nuestro pueblo tomaremos represalias. —Continuó Callahan.

Yo seguía llena de dudas y no iba a parar de preguntar hasta ver saciada mi curiosidad.

—Y tras esa rueda de prensa... ¿Ellos se quedarán callados? ¿Creen que no harán nada? Porque ellos también podrían dar una rueda de prensa alegando que no estaban implicados en ese asunto, que en su país no hubo existencia de ese disquete. Que podrían haberlo creado ustedes para tener una excusa oficial para entrar en su país y robar lo que fuese.

El comandante Sheriman meneó la cabeza mientras se reía irónicamente de mí. Supuse que iba a preguntar qué tipo de riquezas podría tener un país repleto de arena.

—Como, por ejemplo, petróleo. —Dije antes que se adelantara. Esa fue mi estocada

final. Los presentes se pusieron nerviosos y Shaper comenzó a tener un color rojo carmesí en la cara que me obligó a tranquilizarme—. Así que necesitan el disquete para demostrar que tiene pruebas de tal ataque.

—En efecto, Jorden. Sabía que lo comprendería —el Coronel Callahan nos animó a que abriésemos las carpetas y continuó—. Este es el informe de la misión. En ella encontrarán el objetivo de cada uno de ustedes. El plano del lugar donde se encuentra el disquete y nuestra estrategia militar. Los puntos rojos que ven en el plano son ustedes, podrán contrastar sus nombres en cada uno de ellos y ese será el lugar donde deban estar colocados para que la misión tenga éxito. Agradeceríamos que no usaran sus nombres para comunicarse entre ustedes. Usarán apodos. Pueden elegirlos ustedes mismos.

—Pido permiso para hablar, señor.

—Vaya, ¿ahora le da un brote de buena educación, Jorden? —insinuó Shaper. Ignoré el comentario y pregunté por una nueva duda.

—No he podido evitar el darme cuenta de que siete de los ocho puntos rojos están estratégicamente escondidos y uno de ellos se encuentra en el centro de la zona. Me pregunto... ¿Por qué ese punto rojo se llama Jeriel Jorden?

—Porque será donde se ubique usted en esta misión.

Su frialdad al decírmelo me dejó helada. Esperé a que alguien explicase qué pasaba allí. Al no ver participación de ninguno de los presentes me vi obligada a decir algo que ya sabíamos todos.

—Me verá todo Omaní que esté cerca en esa zona.

—Jorden, Jorden —dijo Shaper apacible—. No está tan desprotegida como cree. Mire el plano y vea las cajas que la cubren.

—¿Qué contienen esas cajas? —clavé mis ojos en la fotografía hecha por satélite del lugar y en efecto vi unas piezas de madera pero no se visualizaban bien.

—Posiblemente alimentos secos o armas. Si son esto último debe tener cuidado con las detonaciones.

Mi preocupación quedó clara en mi semblante y respiré profundamente. No me sentía nada protegida en la misión. Shaper cambió su mueca de la cara y habló más para mí que para todos los presentes.

—Jorden, sus compañeros están colocados estratégicamente para protegerla mientras usted cumple con su trabajo.

—¿Qué trabajo? —Caí en la cuenta de que aún no se me había notificado cual era mi objetivo en esta misión y verme en medio de un posible caos me preocupaba. Necesitaba saber más.

—Llegados a este punto les pediré que observen la foto que incluye el informe —nos invitó Callahan con educación.

Encontré lo que buscaba. Era la foto del disquete y sentí verdadera vergüenza del gobierno por poner en peligro tantas vidas por un trozo de plástico.

—Está escondido en un lugar casi inaccesible. En realidad.... Nadie podría robarlo porque físicamente es imposible. —Se giró y con un mando a distancia de la televisión dio comienzo a unas fotos realizadas con el satélite. En ella aparecía una estancia prácticamente invisible debido a su oscuridad—. Son las mejores fotos que hemos podido sacar. La llamamos La Cámara Oscura.

—Que ingenioso —susurré a Darkness. No recibí la respuesta deseada, sino que me miró de reojo con dureza y continuó observando la pantalla.

—Si la observamos con detenimiento veremos que guarda un secreto.

Todos acercamos más la cabeza para buscar eso que él llamaba secreto y Joke fue el primero en hablar.

— ¡No hay suelo! —levantamos todos la mirada y nos miramos unos a otros. Joke volvió a la fotografía—. Pero hay una entrada con una base de aproximadamente... ¿un metro cuadrado?

—A primera vista ha ganado el peluche, soldado Sawler. —Callahan se levantó de su asiento y se puso al lado de la pantalla. De un bolsillo sacó una especie de varita delgada que deduje era para indicarnos con ella—. En realidad si tiene suelo, pero no sabemos a qué profundidad está. —Hizo una pausa y levantó la varita metálica, apoyándola en el centro de la pantalla—. ¿Ven esto?

—Parece una columna en el centro de la nada —comentó Darkness.

— ¿Lo que hay encima de ella es una caja de cristal? —pregunté insegura.

—Ahí está nuestro objetivo: el disquete. Resumiendo el asunto, nuestro disco está en medio de una sala completamente a oscuras, no tiene suelo y es físicamente imposible alcanzarlo y robarlo —me miró asiduamente y sonrió—. Solo usted puede hacerlo, Jorden. Por medio de telequinesia.

El silencio que sobrevoló la sala resolvió muchas dudas de los últimos meses. Fue cuando todos comprendimos qué era lo que yo hacía en una base militar y porqué me habían aguantado hasta ahora. Sin mí, estaban perdidos.

—Esa es la razón por la cual la colocaremos en el medio de ese lugar. Llevamos casi un año estudiando esta misión, desde que usted llegó aquí, y tenemos claro qué hacer. —Callahan caminó pequeños pasos sin dejar de hablar—. Esa zona está totalmente vigilada, las veinticuatro horas del día. Pero sabemos que a las doce treinta y cinco de la noche los cuatro hombres que custodian la entrada y la zona hacen un cambio de turno. Ahí entrará usted en acción y accederá a la Cámara Oscura para robar el disquete.

— ¿Cómo se supone que entraré allí? ¿Y cómo atraeré algo a mis manos si no lo veo?

—Se le proporcionara material adecuado para ello.

Resoplé con fuerza, estaba abrumada por la información tan frágil que se me estaba dando.

— ¿La puerta guarda alguna medida de seguridad especial?

—Un código de seguridad del que disponemos.

Mi mueca debió hacerle gracia al tal Callahan porque sonrió y a continuación explicó algo más.

—Ese disco es imposible de robar, no necesitan unas medidas externas cuando la propia Cámara ya de por sí es una trampa.

—No tiene lógica —comenté tras sacudir mi cabeza—. No es imposible robar ese disquete. De hecho, se me ocurren varias formas de robarlo sin tener que usar mi telequinesia.

— ¿Cómo cuáles?

Una sonrisa cínica me dijo que aún quedaba información sobre esa sala, pero

contesté.

—Tenemos pistolas de largo alcance que disparan ventosas. Con una buena precisión podríamos dar alcance a la caja de cristal y conseguirla sin tanto quebradero de cabeza. O incluso montar una polea por medio de ventosas de alta seguridad. Podría atravesar la sala montada en un arnés y cogerlo.

—Una gran idea, sin duda —dijo el Coronel—. Pero no funcionaría.

—¿Por qué?

Callahan volvió a sujetar el mando a distancia y apretó un botón que inició una simulación de la Cámara Oscura.

—Hemos estudiado durante meses esta sala y en las paredes encontramos diminutos puntos negros. Al principio no sabíamos que podría ser hasta que descubrimos que son sensores láser que detectan el movimiento. Están dispersados por toda la infraestructura y si hiciéramos lo que usted ha sugerido, atravesaríamos los sensores, activando las medidas de seguridad. Las verdaderas medidas de seguridad. —Enfatizó en sus últimas palabras—. Esto es lo que ocurriría si usted se moviera unos centímetros. —La simulación virtual presentó un muñeco poco elaborado y haciendo un sencillo movimiento más o menos rápido toda la Cámara se llenó de rayos rojos. El monigote quedó reducido en pedazos, cayendo al suelo en una pequeña montaña de carne simulada—. Moriría al instante. —Me confirmó el Coronel.

La sala de reuniones se quedó en silencio durante unos segundos que a mí se me antojaron eternos. Lo explicado por el Coronel me puso la carne de gallina y tuve que tragarme mi orgullo para gritarles lo que pensaba de ellos y de su maldita misión. Escondí mi rostro tras las manos y esperé a que alguien dijese algo, pero parecía que todos habían perdido la capacidad de hablar. Surgieron muchas dudas en mi cabeza, preguntas interminables, pero solo hice una.

—¿Cuánto dura el cambio de turno hasta que los soldados vuelven a sus puestos?

—Noventa segundos, que son exactamente los que tiene usted para entrar en la Cámara y robar el disquete.

—¿Se ha vuelto loco? —grité sin darme cuenta de dónde estaba y a quién gritaba.

—No, no me he vuelto loco. —El tal Callahan se sentó plácidamente en su asiento y me clavó la mirada—. Aunque podríamos hablar con los Omaníes para que le diesen un poco más de tiempo para robarles algo tan valioso.

Pocas cosas soporto en la vida como que se burlen de mí; es algo que me irrita de veras. Resoplé mientras buscaba una explicación en los ojos de Shaper. Algo que dijese que me estaban tomando el pelo. No conseguí lo esperado.

—Jorden, no es para tanto.

—¿Qué no...? —Empecé a balbucear y me sentí niña por primera vez en mucho tiempo—. Señor, no estoy preparada para algo así. Ni siquiera sé hasta qué punto puedo controlar mi telequinesia porque nunca lo he intentado —mis compañeros aguardaban en silencio, expectantes a cada palabra que se decía en la sala. Pero Nick me preocupó. Mantenía la cabeza agachada, con la mirada vacía; sus brazos descansaban en la mesa y movía los pulgares con rapidez—. ¡Yo no puedo...! —me sentí derrotada por mí misma—. No puedo hacerlo, señor. No conozco mis habilidades.

—Lo sabemos, Jorden. Apenas ha sacado partido de ellas. —me confirmó Shaper

con ánimo. Se levantó enérgicamente de su asiento y se acercó a una ventana para mirar a través—. Es por ello que tendrá tres días para entrenar su capacidad para mover objetos.

— ¿Tres días? —vociferé con fuerza. Esperé la amonestación por parte de Nick pero ni se inmutó—. ¿Qué coño voy a hacer yo con tres días? —Golpeé la mesa con la palma de mi mano, entre enfadada y abrumada por tanta presión—. ¡Joder, ya podría haberme hablado antes de esta misión! O se podrían haber centrado en mis habilidades en vez de mandarme hacer el gilipollas con esos reclutas.

—Lo intenté. Pero usted me dio un rotundo no.

Recordé esa conversación, cuando sané las heridas de McNair. Chasquéé la lengua.

—General, no puedo hacer esto con tan poco tiempo.

—No lo dé todo por perdido antes de empezar, Jorden. —Dejó de mirar por la ventana y dirigió sus ojos hacia los míos—. Sabemos de lo que es usted capaz y estoy seguro de que la entrenaremos a tiempo para la misión.

—Pero señor... usted no lo comprende. Las únicas veces que he conseguido hacer algo con mi mente estaba muy enfadada.

Shaper clavó su mirada de forma más penetrante.

—Pues habrá que buscar una forma de que lo haga sin enfadarse.

Hundí la cabeza entre los brazos y comencé a reírme. Parecía tan sencillo para ellos que solo la intención me resultaba patética.

—Es imposible —dije negando con la cabeza—. ¿Quiere que lo intentemos? Adelante, hagámoslo. Pero fracasaremos.

—Eso ya lo veremos, Jorden —por primera vez sentí que mi superior trataba de darme ánimos y me hizo sentir ridícula. Si él, que no tenía ni idea de cómo funcionaban mis habilidades, aseguraba éxito en la misión, no me quedó otra sino aceptar con un movimiento cada una de sus palabras. De cualquier otro modo, no podría negarme a cumplir esa misión. Una sonrisa nació de sus labios, raro en él, y animado continuó hablando—. Comenzará su entrenamiento mañana por la mañana. Hemos recreado La Cámara Oscura en nuestras instalaciones y se desplazará a ellas con la intención de trabajar duro hasta conseguir lo deseado. Tres días con sus tres noches para descansar. —Hizo una pausa—. De momento, todo el equipo se tomará la tarde libre para hacer lo que deseen. Tienen permiso. Y usted, Jorden, cuando termine el entrenamiento se tomará unos días de vacaciones, porque la necesito totalmente descansada para la misión. Cuando regrese de las vacaciones, usted y su equipo marcharán hacia tierras omaníes y llevaran a cabo la misión encabezada por el Teniente Nicolas Johnson. —Volvió a pausar para cerrar su carpeta con la información detallada minutos antes—. Esto es todo. La reunión ha concluido. Pueden desalojar la sala.

Al salir de la sala nos separamos por grupos. Mi equipo y yo nos fuimos por la derecha, en dirección a las habitaciones. Me estremeció ver como en sus rostros se dibujaba la derrota antes de que la misión se realizase. No me extrañaba nada. Caminé más deprisa para alcanzar a Nick. Guardaba las manos en los bolsillos y la cabeza algo agachada, igual que en la sala de reuniones. Decidí abordarle para saber qué era lo que le preocupaba, aunque, sinceramente, ya lo sabía.

— ¿Qué opinas sobre todo esto?

—No opino nada. Mi trabajo consiste en dar órdenes al equipo que está bajo mi mando —contestó áspero.

—Ahora no te pongas metódico. Quiero saber qué opinas.

Nick se paró en seco y me empujó contra la pared, quedándose muy cerca y clavándome la mirada. Me quedé atónita.

— ¿Que qué opino? ¡Que tú te metiste aquí! ¡Eres responsable de todo lo que te ocurra! No es asunto mío si acabas hecha pedazos, si te violan, si te matan, porque tu solita vas buscando los problemas.

En conjunto, su rostro parecía colérico pero sus ojos negros me confesaron que tenía miedo. Le examiné estupefacta. Un hombre de treinta y cuatro años, grande y fuerte, temía lo que le pasara a una muchacha como yo.

—Estás asustado —susurré—. Crees que voy a morir.

Nick se apartó y continuó caminando hasta su habitación. Miré al resto de mis compañeros, en especial a Joke, y pude ver la misma nube oscura sobre su semblante. Dentro de la habitación traté de continuar con la discusión, tratar de hacerle comprender que la situación no era tan grave como él creía. Nick caminaba de un lado a otro, buscando algo entre los cajones y parecía no encontrarlo.

— ¿Qué te ocurre? —pregunté con algo de desesperación.

Al escuchar mi pregunta se irguió lentamente, con el rostro encendido y me miró, frunciendo el ceño.

— ¿Por qué tuviste que hacerlo?

—Hacer ¿el qué? —Creí comprender a lo que se refería y puse los ojos en blanco—. Si vas a volver a decirme que no debí entrar en la base, déjalo.

— ¡No me refiero a eso! —exclamó impaciente—. ¿Por qué tuviste que hurgar entre los documentos de Shaper?

Me quedé callada.

— ¿A qué viene eso?

Nick se acercó a mí con resolución. Hizo el ademán de sujetarme por el brazo pero retrocedí un par de pasos para evitarle.

—Eres la única que no ha comprendido nada de lo sucedido en la sala de reuniones, ¿verdad?

— ¿De qué hablas?

Se quitó la chaqueta con furia y la lanzó contra una de las literas. Respiraba con fuerza. Pocas veces le había visto así.

— ¡Shaper quiere matarte! —Lo dijo como si fuese lo más predecible del mundo

pero a mí me sonó a sentencia—. Quiere que mueras en esta misión. Así dejarás de ser un problema para él.

Me quedé de piedra. Y tardé unos instantes en reaccionar al duro golpe que sus palabras me dieron en la boca del estómago. Nick lo tenía tan claro que tal vez fue eso lo que me asustó.

—Estás equivocado. Hicimos un trato...

—Pero ¿en qué mundo vives? —Gritó con más fuerza—. ¡Estamos hablando de Shaper! ¡El nunca hace tratos, solo da órdenes!

Ver la afirmación de sus palabras en el rostro de mis compañeros me hundió el alma y sentí miedo.

—Pero tenemos un trato... —repetí casi sin fuerza en la voz.

—Te ha comprado, Jeriel. Te tiene en sus garras —más palabras que me herían por momentos, obligándome a que me diese cuenta de cuan equivocada estaba y que, nuevamente, había confiado demasiado en mi inteligencia. Se me empañaron los ojos de pura rabia y deseé golpear a Shaper hasta matarlo, aunque seguramente ni siquiera eso me tranquilizaría en un momento de tanta frustración.

—Eso ya lo veremos. —Repuse con dureza—. No me va a vencer. Entrenaré sin relajarme y traeré el disquete a la base.

—Jeriel —me llamó Darkness—, ese disquete no lo conseguirás ni siquiera con tu telequinesia. —Agachó la cabeza y negó con ella—. Es imposible.

Tras esa larga discusión hubo un momento de calma en la que pudimos decidir hacer algo con nuestra tarde libre. No teníamos cuerpo para celebraciones pero tampoco queríamos quedarnos en la base solo porque las cosas se hubieran torcido. Tras varias opciones decidimos ir a una casa que tenía Darkness en el norte de Greensay y hacer una barbacoa para olvidar la sensación de fracaso que teníamos todos. Antes de marchar pasamos por el hospital para ver a mi hermano.

Aunque tenía más color en las mejillas, su carácter estaba agriado; cosa extraña en él.

—Estos capullos me están matando de hambre —gruñó en alto sin inmutarse por la enfermera que entraba y salía de la habitación—. Insisten en darme comida sin sal.

—Marcos, la sal no es buena para la gente que está hospitalizada —intenté aclararle con una mueca sarcástica—. Cómete esto, vamos —sujeté el cuenco con la papilla de cereales que le habían dado y acerqué una cuchara rebosante de aquel mejunje hasta su boca.

—No quiero comer esta mierda. No sabe a nada. Es como comer alfalfa líquida.

—Habrás comido tu mucha alfalfa en tu vida como para saber cuál es su sabor. Vamos, come.

—No. Esto es una mierda —me enseñó los dientes y después se arrepintió al sentir un calambre en la mandíbula—. Porque no puedo moverme, que sino asaltaba la cocina.

—Si no puedes masticar nada. No sé porque te quejas. Te cuidan muy bien.

—Como se nota que no eres tú la que come esta porquería.

—Te recuerdo que he comido cosas peores, Marcos. —Mi argumento, recordando lo mal que me alimentaban mis padres, hizo mella en él. Abrió la boca para que le metiese la cuchara. Saboreó con desgana, pero al menos comió, dejándome más tranquila.

Tragó sin dejar de mirarme con preocupación en el rostro y deseé que dijese cuanto antes lo que estaba pasando por su cabeza.

— ¿Me has perdonado?

Su pregunta me obligó a bajar la mirada. Le volví a mirar y le observé con cautela. Dejé salir el aire de mis pulmones con lentitud y meneé la cabeza a la vez que me mordía los labios. Habían ocurrido tantas cosas desde que nos reencontramos que me sentí desorientada durante un instante.

—Es obvio que las cosas han cambiado pero me costará olvidar tu falta de responsabilidad, Marcos. Supongo que empiezo a perdonar, porque de no ser así no estaría en esta habitación dándote de comer.

—Estas aquí porque me han pegado una paliza —apresuró a decirme, tal vez echándomelo en cara—. Porque si no las cosas seguirían igual que antes.

—Me lo dices como si estuviese haciendo algo malo. Fuiste tú quien se largó. Ni siquiera me mandaste una maldita carta. Ni una llamada, Marcos, ni una.

— ¿Pero cómo qué no? —el rostro de Marcos se encendió y trató de erguirse en la cama pese al dolor que estaba sintiendo en la pierna—. ¡Te mandaba dos cartas por

semana! ¡Incluso te envié regalos!

—No recibí nada de eso —contesté conmocionada.

— ¿Os mudasteis de nuevo?

—No.

—Entonces no le des más vueltas. Papá y mamá las tirarían para que no tuvieses contacto conmigo. —Me sorprendió la frialdad con la que lo dijo y que me mirase como si tampoco fuese tan importante.

Por momentos mi ira fue creciendo en mi interior y mis manos se cerraron en un puño que acabaron golpeando la bandeja de comida, derramando todo el contenido del bol sobre ella. Los cristales comenzaron a temblar. Sabía que necesitaba calmarme o armaría una buena en el hospital, sin embargo, era tal la impotencia de no poder hacer nada contra ellos que me consumía por dentro.

—Jeri, los cristales. Relájate muchacha, que nos vuelas por los aires a todos. ¡Jeri, los cristales!

Nick entró alterado en la habitación, supongo que al escuchar el golpe que le di a la bandeja. Echó una ojeada y me vio con la cara llena de furia. Al ver que los cristales temblaban se acercó a mí y colocó una mano en mi hombro, relajando mi temperamento lo suficiente como para que la habitación no estallase. Marcos nos miraba, durante años vivió directamente mis habilidades y me di cuenta de que seguía sin acostumbrarse al fenómeno de mi mente.

— ¿Qué ocurre? —quiso saber Nick.

—Teniente, —comenzó a decir Marcos, siempre tan respetuoso— en realidad no ha ocurrido nada. Tan solo hemos revivido un poco el pasado. Pero todo está bien.

— ¡No! —grité—. ¡Nada está bien! ¡Podría haber vivido estos últimos cuatro años contigo de haber recibido esas cartas y en vez de eso solo he sufrido calamidades! ¡Mi odio hacia ti lo provocaron ellos! Si hubiese leído una sola carta, ¡solo una! me habría escapado para estar a tu lado.

—Jeri, es absurdo que te lamente por lo que podría haber pasado. Creo que nada habría cambiado, así que no le des más vueltas.

Suspiré frustrada, y solté el aire con tristeza. Puesto que mi hermano había dicho una verdad como un templo decidí optar por hacerle caso y me senté a los pies de la cama.

Mi hermano echó un vistazo a su comida, derramada por toda la bandeja y se dibujó una queja en su semblante.

— ¡Mierda, Jeri! Que lleve toda la mañana renegando de esta mierda no significa que no fuese a comerlo.

—Lo siento —le dije—. ¿Por qué no me dijiste antes lo de las cartas?

— ¿Cuándo? Si era acercarme a ti y te ponías a gruñir.

Quedé más hundida aún ante esas palabras. Me di cuenta de cuan egoísta fui durante esos meses en los que mi hermano se moría por contarme lo ocurrido y yo no le dejé. Me sentí despreciable. Y me prometí en ese instante que todo iba a cambiar en cuanto a nosotros se refería, hablaría con él todos los días y escucharía su versión. Que menos, después del trato que le di durante tanto tiempo. Le miré y comprobé que en sus ojos había más vida que antes, supongo que por tenerme a su lado nuevamente. Esboqué una sonrisa, algo mecánica, por volver a recuperar la sensación de tener a

alguien de mi sangre que me quería sin contemplaciones. Me puse de pie y caminé hasta mi hermano, dándole un beso en la frente que agradeció inmensamente.

—Mañana vendré a verte —dije con la voz templada—. Come todo lo que te den, ¿me oyes?

—Vale.

Nick y yo caminamos juntos hasta el pasillo del hospital y nos reencontramos con el resto del equipo, que esperaban ansiosos de salir de allí para disfrutar de un día de permiso. Salimos todos juntos del hospital en dirección a casa de Darkness y sin palabras prometimos pasarlo bien. Pese a las circunstancias que nos rodeaban.

La casa de Darkness se encontraba en una pequeña urbanización de clase media, las casas formaban una hilera y disfrutaban de un jardín agradecido, repleto de arbustos con flores y árboles llamativos. Descubrí lo mucho que me gustaban los colores.

Al entrar en la casa sentí la misma sensación acogedora que en la de Joke, vestida de muebles con estilo y sin que faltara la chimenea. Los muebles eran algo rústicos y de algunos rincones colgaban macetas con plantas de interior.

El jardín era grande y estaba mustio a causa de la estación en la que nos encontrábamos, pero guardaba parte de su encanto. La barbacoa era de piedra y cerca de ella se encontraba una mesa de hierro con sillas y bancos. Pese al fresco que hacia decidimos quedarnos fuera. Mientras Darkness preparaba la carne para cocinarla, Joke dispuso bebidas para todos. El ambiente empezó a animarse gracias al alcohol y pronto olvidamos la realidad que nos esperaba al regresar a la base.

Me senté en una silla y crucé las piernas, observando la forma tan sencilla que teníamos para desinhibirnos de nuestra profesión. No habían uniformes esa tarde, solo gente normal con ropa normal. Sonrisas y chistes, canciones subidas de tono y risas. Sonreí, porque a pesar de estar a disgusto en la base, momentos como estos no los pude vivir en otro momento. Eché de menos a mi hermano. Le habría gustado estar aquí, estoy segura.

Posé mis ojos en Joke. Estaba entretenido contando uno de sus chistes, mientras Darkness reía exageradamente, enseñando esos dientes blancos que tanto contrastaban con el color de su piel. Las risas atronadoras surgieron cuando Joke terminó de contar el chiste. Un vaso se derramó como consecuencia pero todos continuaron riendo y charlando, sin darle importancia.

Observé bien a Joke, tratando de memorizar sus facciones. Su pelo rubio estaba algo más largo de lo habitual y le caía un mechón por la frente, realzando más su belleza masculina. Sus ojos brillaban a causa del alcohol que había ingerido, pero le daba tanta vida que parecía estar pletórico de felicidad. Giró el cuello y sus ojos azules se encontraron con los míos, arrancándome una sonrisa llena de complicidad. No esperé a que pillara la indirecta y me levanté de la silla para ir a un lugar más íntimo. Bajo el dintel de la puerta trasera giré el cuello para volver a mirarle. Joke dejó su bebida en la mesa y caminó con soltura a unos metros de distancia. Sabiendo que venía detrás mía fijé mis pasos a una velocidad prudente para que me persiguiera y le guie hasta una habitación. Entré nerviosa y lo primero en lo que me fijé fue en la cama que aguardaba silenciosa. Pensé si estaría bien hacer el amor en una casa ajena y después llegué a la conclusión de que debía esperar a que viniese Joke para tomar una decisión conjunta. No tardó en atravesar la puerta y cerrarla con cuidado de no hacer ruido. Volvimos a mirarnos. Caminó hacia mí y me abrazó la cintura lentamente. De pronto, me arrimó a él cuanto pudo y ambos sentimos el rápido latir de nuestros corazones. Me observó fijamente con la mirada de un hombre enamorado y besó mis labios fervientemente, desprendiendo sus manos de mi cintura para explorar mi cuerpo con desesperación. Me empujó suavemente hacia la pared para apoyarnos en ella. Noté como sus manos reptaban por debajo de mi jersey y sentí varias punzadas

en el interior de mi estómago, volviéndome loca de deseo. Quise responder de la misma manera y abracé su rostro con mis manos, dejándome llevar por el intenso cosquilleo que percibían mis labios al sentir los suyos. Sus manos acariciaron mis pechos por debajo de la ropa y me pareció algo descarado por su parte, pero aun así, le dejé hacer. De pronto paró y se apartó de mí un poco.

—¿Qué ocurre? —quise saber.

—Si seguimos, no podré parar. Y no quiero hacerlo contigo teniendo a Nick a tan poca distancia.

—Es verdad. Te machacaría. —Advertí con una risita.

Agachó la cabeza, dándose cuenta de que iba a tener que despedirse de mi cuerpo una vez más.

—Que lastima —dijo apenado, acariciando mis brazos con delicadeza.

Salimos al jardín un par de minutos después y nos unimos a las risas de nuestros compañeros, que no habían dejado de beber un instante. La tarde pasó deprisa y comimos hasta saciarnos. Cuando la noche cayó sobre nosotros recogimos todo y marchamos hasta la base, recordándonos la misión que realizaríamos días después. Sin embargo, no teníamos la misma sensación de ahogo que nos invadió tras la reunión con Shaper.

No cenamos ninguno, pero si nos reunimos en el comedor para hablar sobre la misión. Mis compañeros me dieron consejos que habían aprendido tras varios años de experiencia.

—No quiero que te hagas la heroína en ningún momento —me advirtió Nick—. En cuanto tengas el disquete, si lo consigues, te das media vuelta y caminas hacia mi punto de encuentro. Te lo advierto, no quiero heroicidades —repitió—. Lo que menos me apetece es traer tu cadáver a la base y darle ese gusto a Shaper.

—No te preocupes, si todo sale bien, ni siquiera se enterarán de que hemos estado allí. —les aseguré mientras escribía algo en una servilleta de papel.

—Dios te oiga —susurró Darkness.

Recogí mi bandeja con el vaso de leche a medio terminar y me levanté de la silla.

—Me voy a la cama. Mañana me espera un día bastante duro.

Aproveché a que Darkness tenía distraído a Nick para acercarme a Joke y entregarle con disimulo la servilleta doblada. Me despedí de todos y me acerqué a la barra para dejar la bandeja. Desde allí pude escuchar la conversación que mantenían entre ellos. Aparenté estar ocupada para hacer tiempo y oír lo que decían.

—La van a matar —dijo Nick con una voz sombría.

—Yo confío en ella —continuó Joke, que no dejaba de toquetear la servilleta que le di. Supongo que nervioso por leerla cuanto antes.

—Yo no —le confirmó Nick, algo que me molestó sobremanera—. Ya has visto la explicación virtual. Un movimiento más rápido de lo normal y acabará echa puré. Esta misión es imposible.

—Teniente —le llamó Darkness—, no sé si se habrá dado cuenta de a quien tenemos en el equipo.

—¿A qué te refieres?

—He visto a esa chica cicatrizar alguna que otra herida en cuestión de minutos, y son muchas las veces que me he preguntado si recibiera una bala...

— ¿Qué insinúas?

— ¿Sinceramente? No lo sé. Pero me pregunto si una bala puede matarla antes de que su cuerpo haya cicatrizado la herida causada.

— ¿Insinúas que pueda ser inmortal?

—No lo sé, Teniente. Tan solo hago conjeturas.

—Pero eso es imposible.

—También es imposible mover objetos con la mente, y ella lo hace.

—No voy a comerme el coco de cien maneras diferentes —replicó Joke—. Bastante tengo ya con buscar una forma de que Jeriel no muera. Me voy a dormir.

Era el momento adecuado para marcharme de allí y lo hice saludando a algunos soldados de otros equipos. Nadie vio como me marchaba a la habitación y nadie supo qué cosas pasaban por mi cabeza en ese instante. Las conjeturas de Darkness no eran nuevas para mí; yo también me había preguntado mil veces hasta donde llegaba el fenómeno de mi cicatrización. Pero la conversación entre mis compañeros abrió una nueva esperanza en mi interior. Porque si llegaba a ser cierto que tenía un cuerpo inmortal significaría que ya estaba preparada para buscar a mis padres y vengarme de ellos. Nada podría pararme. Pensé que no lo sabría hasta después de concluir la misión.

Recorrí el camino hasta el cuarto de baño y saqué la nota que me había dado Jeriel. La desdoblé con cuidado de no romperla y pude reconocer su letra desgarrada escrita a lápiz.

La habitación de mi hermano es la 13—c1; te espero en ella a las doce.

J.J.

Sonreí como un niño pequeño y ni siquiera sabía por qué. Tras salir del baño me fui a la cama y me puse la alarma del reloj a la hora acordada. Mi intento por dormir un rato antes de ir a nuestra cita fue imposible. Estaba nervioso. Me preguntaba qué era lo que querría decirme Jeriel a esas horas. Mi imaginación voló y pensé que a lo mejor deseaba contarme algún secreto de tantos que guardaba. Aunque también pensé en que... a lo mejor... querría que nos enrolláramos.

El tiempo pasó casi sin darme cuenta, entre tantos pensamientos, dudas y recuerdos. Eran casi las doce y mi corazón latía deprisa, impaciente por verla. Quitó la alarma del reloj y esperé un poco antes de ponerme en camino. Pensé la conversación que tuvimos en el comedor. No es que creyese que Jeriel pudiera ser inmortal, pero su cicatrización me permitía mantener algo más de calma. Tenía claro que si la herían, ella jugaba con ventaja; lo mirásemos como lo mirásemos. Pero hasta el punto de burlarse de rayos láser... preferí no seguir pensando en ello y me levanté de la cama con cuidado de no despertar a nadie.

La habitación de Marcos estaba en otro pasillo y aunque sabía más o menos por donde caía, me costó encontrarla en la oscuridad. Cuando alcancé a verla coloqué la mano en el picaporte y miré a mi izquierda y derecha para cerciorarme de que no había nadie en los pasillos. Con lentitud abrí la puerta y dudé un poco antes de entrar. No había ruido en ella, tampoco luz. Todo estaba en paz. Hasta que escuché un ruido gutural que me pareció más un chiste que otra cosa. Me quedé paralizado, temiendo haberme equivocado de habitación o que no estuviese vacía. Decidí quitarme de dudas.

— ¿Quién anda ahí?

—Yo.

Escuchar su voz me relajó al instante y sonreí.

— ¿Por qué estamos a oscuras? —pregunté en voz baja sin saber la razón.

—Enciende.

Obedecí de forma inconsciente y apreté la llave de la luz que tenía a mi derecha. La habitación se iluminó suavemente y encontré a Jeriel sentada en una silla con las piernas cruzadas. Llevaba una camiseta de tirante ancho de color caqui y los pantalones de faena a juego. De no ser por la ropa militar habría pensado que Jeriel era una señorita de buena cuna. Su espalda recta sobre el respaldo de la silla, la pose que mantenía sentada, resultaba digna de una dama. Me pregunté donde habría aprendido a resultar ser tan femenina, tan elegante, o si le salía natural.

— ¿Qué hacemos aquí? —pregunté con un tono dispar. No dejaba de mirarme,

clavando sus ojos en los míos, y con un aura seductora que me provocó por dentro.

—El compañero de mi hermano pidió permiso para vivir fuera y Marcos está en el hospital. —Descruzó las piernas con un movimiento lento y se levantó de la silla, acercándose a mí de la misma manera—. Lo que nos deja la habitación vacía y sin miedo a que nos pillen.

Mis ojos se cerraron un poco, y estoy seguro de que brillaron ante el significado que contenían sus palabras. Su voz había tomado un tono seductor que me resultó excitante y me arrancó una sonrisa pícaro.

— ¿Qué estas sugiriendo?

Sus manos rodearon mi rostro con seguridad y acercó su cuerpo al mío hasta robarme toda intimidad, apoyando sus pechos sobre mi abdomen, haciendo que me estremeciera.

—Basta ya de prohibiciones —susurró sin dejar de mirar mis labios; su rostro rebosaba deseo, llevándome por un camino que deseaba tanto como ella—. Hazme el amor, Adam.

Recibí una respuesta en mi entrepierna al escuchar una súplica como aquella. Mi cuello se tensó y comencé a sentir ese calor abrasador que tanto me deleitaba. Mis manos se movieron con iniciativa propia y abrazaron sus caderas, acercándolas a las mías. Deseando que sintiera como nacía la pasión en mi cuerpo. Mis manos recorrieron el suyo sin disculpa alguna hasta rodear sus mejillas. Acerqué mi boca a la suya y, soltando el aliento apresurado que nacía de mi apetito sexual, la junté a la suya hasta entrelazarnos en un beso frenético. Quise aferrarla más a mí pero nuestros cuerpos nos lo prohibían y eso despertó más aún mis ganas de poseerla; por aceptar la entrega de su virginidad, de su cuerpo, de tanto amor que guardaba para mí.

Se adelantó en los movimientos, sacando mi camisa de pijama de los pantalones y desabrochando cada uno de los botones con prisa. Esperé a que se deshiciera de ella y después me quitó la camiseta de tirantes, haciendo tintinear las chapas que colgaban de mi cuello. Las agarró con una mano y tiró de ellas suavemente, obligándome a inclinarme hacia ella. Acaricié su espalda con mis manos, escuchando el roce de las ropas que tanto nos importunaban. Sentí como se estremecía bajo las caricias. Estaba tan segura de lo que quería... de cada movimiento, de donde debía tocar para hacer que estallase. Recorrió mi espalda de arriba abajo con sus uñas, delicadamente, causándome un cosquilleo placentero que me hizo recordar a todos los santos que conocía. Sus labios se apartaron de los míos y los colocó sobre uno de mis pezones, besándolo y lamiendo, forzando mis gemidos.

—Santo cielo... ¿Dónde has aprendido estas cosas?

—En la sección para adultos de la biblioteca.

Su comentario me arrancó una risotada. Y después decidí ser yo el que dominara la situación, apoyándola sobre la pared más cercana. Acaricié sus pechos, sin más ropa que la que llevaba, aunque soy consciente de que no con la misma suavidad que ella, pero ver como levantaba la cabeza de puro placer me llevó a pensar que no le parecía tan mal. Cogí los bajos de su camiseta y se la saqué por la cabeza, dejando sus pechos libres. Deseaba tanto volver a verlos, tenerlos cerca de mí y hacerlos desaparecer bajo mis manos. Así lo hice, eufórico de emoción. Volví a besarla para evitar parecer un buitre y me perdí entre la mezcla de sensaciones. Empecé a sentir que me sobraba el

resto de la ropa y me la bajé toda a la altura de los tobillos. Me apresuré a quitarle sus pantalones. Ella fue más lista y con un par de movimientos los sacó de sus pies, dándoles una patada para apartarlos de nuestro camino. Pisó mi ropa para que pudiese hacer lo mismo y pronto quedé totalmente desnudo.

La abracé por la cintura y comencé a llevarla hasta la litera de abajo, donde aguardaba una cama vacía. La tumbé con cuidado y me puse sobre ella para que sintiese mi desnudez. De forma natural abrió sus piernas, aceptando mi cuerpo y abrazándolo con seguridad.

—¿Estas nerviosa? —pregunté mirándola a los ojos.

—Claro.

—No lo parece.

Comencé un camino hacia abajo con mi boca, besando cada milímetro de su piel, hasta tropezar con sus braguitas. Me concentré en ella y zigzagueé con un dedo sobre la tela que cobijaba su pubis, estremeciendo todo su cuerpo. Observé como cubría su rostro con las manos, más por desesperación que por vergüenza. Su actitud me llevó a despojarla de la única prenda que quedaba en su cuerpo. Ante mí se descubrió una imagen que deseaba ver desde hacía algún tiempo; una espesa mata de pelo color azabache. Me sentí pletórico, a punto de estallar.

—Iré despacio para que no te duela.

—No me importa el dolor.

De pronto, recordé que hacía pocos días varios soldados la asustaron con un intento de violación. Me sentí fatal por acordarme de semejante momento y temí por ella. Repté por encima de su cuerpo, suspendido sobre mis brazos, hasta tener mis ojos frente a los suyos y le dije:

—Jeriel, si en cualquier momento sientes la necesidad de parar, por lo que sea, dímelo y me detendré. Te lo prometo.

Sus dedos se entrelazaron entre mi pelo, atrayéndome hacia ella, y sonrió.

—De acuerdo. Continuemos.

Cuando desperté, Joke permanecía abrazado a mi cuerpo. Recordé que estábamos desnudos y respiré profundamente. Levanté la vista hacia la ventana y vi los primeros rayos del sol de la mañana. Serían poco más de las seis y recordé con tristeza que antes de empezar el entrenamiento debía ducharme y desayunar. En realidad, deseaba empezar para conocer mejor mis habilidades. No obstante, en el lugar tan estupendo que me encontraba, deseaba mandarlo todo al cuerno y permanecer al lado de Joke toda la mañana. Su respiración dejaba un suave calor en mi nuca, provocando una sensación deleitable. Acurruqué la cabeza entre las sabanas y reviví la noche anterior. Las descargas eléctricas en mi estómago... el sudor emanando de nuestros cuerpos... La noche resultó maravillosa en todos los aspectos y deseé repetir.

Me di media vuelta, quedando cara a cara con mi amante, y le observé con detalle. En su rostro había paz y deseé besarle. Acerqué cuidadosamente mis labios a los de él y los posé suavemente, entregándole una caricia leve que no tardó en dibujar una sonrisa en el rostro de Joke. Extendió un brazo para atraerme más hacia él y sentí como mis pechos se apretaban a su cuerpo. Después, apartó un poco su rostro para poder ver mis ojos y descubrió un brillo libidinoso.

— ¿Te dolió mucho? —me preguntó con la voz ronca.

—Supongo que lo normal —respondí con el mismo tono—. No quiero ir al entrenamiento.

—Pero tienes que hacerlo —su mano acarició mi espalda desnuda, sorprendiéndome con un latigazo de placer—. Si te pierdes la instrucción podría darse una hecatombe. Recuerda que no tienes mucho tiempo hasta que nos vayamos a Omán.

Me removí entre las sábanas y con un movimiento vertiginoso me coloqué a horcajadas sobre él. Sentí su desnudez bajo mi cuerpo, quería tenerle dentro de mí otra vez.

—Terminaré sobre las cuatro. Después quiero ir a ver a mi hermano. Llegaré sobre las seis —fijé la vista en sus ojos azules—. Luego podríamos volver aquí —me agaché para besarle.

—Estaré aquí a las seis en punto —aseguró entre jadeos.

Un beso apasionado selló nuestro plan y tras unos cuantos arrumacos nos pusimos en marcha, cada uno a su tarea.

Antes de desayunar me di una ducha para comenzar el día despejada. En el comedor pude disfrutar de un croissant bien caliente con mantequilla y mermelada, acompañado de una taza de café. Mis pensamientos volvieron a la noche anterior, bajo los brazos de Joke. Habría recordado cada movimiento, cada beso, sus caricias... pero como siempre, alguien tenía que interrumpirme. A lo lejos vi a Nick acercándose a mí. Temiendo que me obligara a salir de allí, engullí lo que quedaba del croissant a toda velocidad y sorbí el café de un trago para ayudar a bajar la comida por la garganta.

—Bien hecho —dijo Nick—. Porque te quiero en quince minutos en la pista de aterrizaje. Ponte el uniforme de entrenamiento.

— ¿A dónde vamos?

—A la bahía de Qwita. —Dio media vuelta y sin mirarme siguió caminando—. Date prisa.

Sin duda alguna, me repetí una vez más que por muchas cosas impactantes que viera siempre habría algo que seguiría sorprendiéndome. Como la bahía de Qwita, por ejemplo; en las aproximaciones a la zona glaciaria, su manto de nieve nos proporcionaba una barrera para caminar y poder llegar a la base. La tormenta de nieve nos retrasaba. Yo caminaba con esfuerzo a la vez que soportaba como la ventisca golpeaba mi rostro. El abrigo polar no conseguía que mi cuerpo entrase en calor y temblaba violentamente. Antes de agachar la cabeza para refugiarme del increíble viento giré el cuello hacia atrás para comprobar que el piloto había conseguido aterrizar el helicóptero. No podía creer que nos hicieran volar con esta tormenta. Era un suicidio. Pero llegamos.

Continuamos un camino que se nos hizo largo y pesado. No muy lejos pudimos ver un gran hangar en medio de la nieve con una puerta de una envergadura de quince metros; su color negro se difuminaba con el de la nieve y bajo la frialdad del manto blanco parecía una gran boca negra.

La escasa seguridad que procuraba el lugar me sorprendió. Tan solo pude ver dos cámaras colocadas en diferentes puntos del portón. Casi ipso facto, las puertas empezaron a abrirse para darnos acceso.

Una mueca terca nació en el rostro de Nick.

Al entrar, agradecemos el calor que emanaba la calefacción y pronto amainó el temblor de nuestros cuerpos. Esperamos en silencio, acosados por la soledad del lugar donde aguardábamos. Durante ese corto periodo de tiempo pude observar mejor el lugar en el que nos encontrábamos. Las cuatro paredes estaban revestidas por madera fina y brillante, escandalosamente cuidada. El suelo, metálico pero con aspecto fibroso, realzaba el color de las paredes. En una de ellas se encontraba la entrada al interior del edificio. Esto no era más que una sección de seguridad. La única puerta que había era de acero blindado, con un único dispositivo de huellas dactilares semejante al de Cloe. Aún con este complejo artilugio de seguridad, me pareció escasa para este lugar.

Pasaron un par de minutos hasta que la puerta blindada se abrió y por ella salieron varias personas. Fue fácil identificar a uno de ellos. Era el hombre que permaneció sentado mientras a mí me convencían de convertirme en ejecutora. No recordaba su nombre y desconocía su rango en el ejército; sin embargo, por la cantidad de medallas que colgaban de su solapa entendí que era de los que daban las órdenes allí.

—Les estábamos esperando —comenzó a decir el superior—. Soy el Coronel Neil Callahan. Bienvenidos a nuestro centro de investigación. Por favor, siéntanse como si estuvieran en su casa.

El Coronel me examinó con gran interés, tal vez preguntándose si sería realmente capaz de salvar su mundo. Su rostro no me engañaba: me veía con un uniforme que, para él, jamás vestiría con suficiente honor.

Una mirada de recelo acompañó sus palabras:

—Acompáñennos, si son tan amables.

Nos paramos frente al dispositivo de seguridad donde el Coronel colocó su dedo

pulgar. La luz se volvió verde, y un ruido metálico proveniente de la puerta nos avisó a los presentes de que se estaba abriendo.

Al acceder a la otra estancia, pudimos comprobar que dentro se ocultaba más de lo que parecía a primera vista. La decoración del nuevo pasillo era diferente, más lujosa, con lámparas vistosas en el techo, y frontales sobre los marcos de las puertas. El suelo repiqueteaba a madera nueva bajo las suelas de los zapatos. A la izquierda, un par de metros más adelante, se levantaba una puerta doble que permanecía abierta de par en par. Siguiendo los pasos del Coronel, la alcanzamos; allí descubrimos una especie de sala de estar. Una chimenea de porcelana blanca alumbraba alegremente, repiqueteando el color rojo de las llamas.

En el interior pululaban decenas de niños y adolescentes. Abrí los ojos con sorpresa al verles trabajar en puzles o jugar a la diana. Algunos sencillamente charlaban alrededor de la chimenea, otros pintaban en cuadernos.

— ¿Esto es un colegio? —pregunté maravillada.

—En realidad es un centro de investigación. Pero tratamos a nuestros *sujetos* como al resto de las personas. Les enseñamos educación, cultura y muchas más cosas.

Continuamos el camino, encontrándonos con varias aulas de estudio, bibliotecas y los laboratorios.

—Todos nuestros *sujetos* llevan una vida normal. Estudian, tienen exámenes, aprueban, suspenden... en fin, una vida normal.

— ¿Y por qué se refiere a ellos como *sujetos*? —mi mirada inquisitiva no dejó descontento al superior.

—Es un adjetivo, nada más. —Se sintió incómodo ante mis ojos escudriñadores.

—Y dígame, Coronel —continué, intentando sonsacarle información—: Esos laboratorios que hemos pasado de largo... ¿sirven para algo más que para excusar los gastos de un gobierno que no termina de abastecer a su pueblo?

— ¿A qué se refiere, Jorden? —la sonrisa que mantenía el superior desapareció pero no dejó de tener una mirada cínica que no molestó en esconder.

— ¿Les echan lejía en los ojos a los *sujetos* para ver su comportamiento? ¿O tienen otro fin?

El Coronel Callahan empezó a reflejar su incomodidad. Se giró para darme la espalda y con una sonrisa sonora, muestra de su fastidio, trató de quedar por encima de mí.

—Me advirtieron de su soberbia, Jorden. No me cogerá por sorpresa.

—Supongo que no contestará a mi pregunta.

—Coronel —se interpuso Nick, como siempre interrumpiendo las mejores conversaciones—, dejando a un lado la actitud altanera del soldado Jorden, podríamos continuar con la guía.

En el pasillo central, frente a una fuente decorativa, permanecía un muchacho rubio con ojos azules, apoyado sobre el dintel de una puerta. Mantenía los brazos cruzados y los ojos entornados. Demostraba rechazo ante las palabras que había escuchado salir de la boca del Coronel. Le alcanzamos mientras la conversación tomaba expectación para los visitantes.

El Coronel Callahan se encontró con la mirada crítica del muchacho y, sin guardar la intimidad, le preguntó:

— ¿Qué haces aquí? —su voz no resultó agresiva, ni violenta. Sino todo lo contrario, simpática hasta la falsedad—. Deberías estar con los demás. —Apoyó su mano sobre uno de sus hombros y con una sonrisa paternal le animó a marchar de allí—. Vuelve a la sala y disfruta de la película.

Los ojos claros del muchacho se llenaron de odio y con paso lento se alejó del grupo.

—Prosigamos —aceleró el superior.

La guía turística terminó minutos más tarde.

Mantuve las manos engarzadas a la espalda y esperé pacientemente lo próximo que harían en aquel lugar. El Coronel adoptó la intención de marcharse y volver a sus quehaceres, pero antes se acercó a uno de los soldados que le acompañaban y le dio órdenes.

—Caballeros, esto es todo lo que hay que ver. El soldado Logan les acompañará hasta su habitación.

— ¿Habitaciones? —pregunté, confusa.

El Coronel y su gente marcharon mientras que Nick y yo, junto con otro soldado, acompañábamos a Logan.

Al entrar en una de las habitaciones, el olor a naftalina sobrevoló la estancia mientras observábamos cada uno de los rincones de la habitación. Era acogedora, con cortinas azules sencillas y edredones gruesos a juego. En cada cama, había dos mantas dobladas al detalle y un gran armario ocupaba casi toda una pared.

El soldado se despidió de nosotros y cerró la puerta para que tuviésemos algo de intimidad.

— ¿Por qué nos han dado la habitación? Solo vamos a estar unas horas, ¿no?

—No, Jeriel —respondió Nick—. Vamos a pasar aquí tres días.

— ¿Vamos a dormir aquí?

—Sería una pérdida de tiempo ir y venir, ¿no crees?

—Me lo podías haber dicho antes.

— ¿Por qué?

—Porque he quedado con Joke.

Nicolas giró la cabeza mostrando los ojos entornados.

— ¿Se puede saber para qué?

—No, no se puede. —Contesté con recelo.

Nicolas se giró, dándome la espalda e ignorando mi mal humor y comenzó a deshacer su petate.

—Pues busca un teléfono y avísale de que vas a faltar.

—No he traído ropa para cambiarme —tiré el abrigo sobre una de las camas—. Ya te vale, Nick. Luego soy yo la irresponsable.

Dejé mi mochila de viaje —sin ropa de viaje— en la cama con soberbia y lo abrí, imitando los movimientos de mi compañero.

— ¿Qué haces? —preguntó él.

—Deshacer la mochila en la cual no llevo ropa de viaje porque no me has dicho nada de que fuésemos a estar tres días de vacaciones.

—Ni hablar. Esta es mi habitación. Coge la de al lado.

Me enfadé mucho más. ¿Acaso estaba despreciando mi compañía? Recogí mis cosas

y cuando estaba a punto de cruzar la puerta, la voz de Nick paró mis pasos.

—Te voy a dar un consejo. Mientras estés aquí, muéstrate humilde y guarda el protocolo. Te podrían someter a un Código Rojo y esa es una de las peores situaciones que puede vivir un soldado.

—¿Peor que un intento de violación? ¿O definirías eso como un Código Rojo?

Nick se quedó mirándome fijamente.

—No vayas de listilla conmigo. —Volvió a darme la espalda, sacando los calcetines de su macuto—. Vamos, vete a dar una vuelta antes de comenzar el entrenamiento.

El comedor se basaba en buffet libre, con una barra alargada repleta de bandejas con comida. Los olores se mezclaban unos con otros pero predominaba la lasaña gratinada con queso. Algunas mesas ya estaban ocupadas por los habitantes del centro.

Me acerqué a las bandejas y llené una con espaguetis a la carbonara, una manzana y un cartón de leche. Busqué con la mirada una mesa que estuviese libre y me senté. La comida era deliciosa, con un suave sabor a orégano.

Me centré tanto en la comida que no vi cómo alguien se acercaba a mi mesa.

—Hola.

Al levantar la mirada descubrí al muchacho que anteriormente vimos en el pasillo, con el cual el Coronel habló amistosamente. Me observaba de forma indiscreta. Sus ojos azules mostraban un ápice de prepotencia pero también de curiosidad. Su pelo rubio caía divertido hasta mitad del cuello, cuidadosamente capeado, resaltando sus rizos dorados.

—Hola. —Respondí al saludo.

— ¿Está ocupado éste sitio? —preguntó señalando con un dedo.

—No. Adelante.

Colocó en la mesa su bandeja y se sentó sin retirarme la mirada, poniéndome nerviosa.

—Aidan Callahan —me acercó su mano para que la estrechase. Fui educada y respondí al saludo—. ¿Eres nueva?

Le miré con algo de frialdad. Sentía que estaba invadiendo mi espacio vital y procuré no darle mucha cancha.

—Estoy de paso.

El muchacho puso un ligero gesto de desilusión. Intentó que no se notara y se llevó una gran pinchada de pasta a la boca. Masticó con fuerza, mirando a la mesa, pero cuando tragó su bocado alzó de nuevo la mirada hacia mí.

—Como muchos aquí. —Enrolló unos cuantos espaguetis ayudado por una cuchara sopera y continuó con la conversación—. ¿Eres superdotada?

—Sí —confesé sin mucho interés—. ¿Tú?

El chico elevó la vista de nuevo pero esta vez con gran sorpresa.

— ¡Ah, no, no! —Meneó una mano para quitarse importancia y evitar malos entendidos—. Estoy de visita, nada más. —Volvió a engullir parte de la comida, sorbiendo un fideo que le quedó colgando—. ¿Y tú?

—Vengo a entrenarme —ser sincera no iba a crearme problemas, pensé.

— ¿Eres soldado?

—Sí.

—Pareces joven para serlo.

De pronto, desconfié, como si hubiese descubierto mi verdadera edad, y me urgió buscar una excusa para no tener que dar más explicaciones de las debidas a un extraño.

—Tengo veintiún años, así que no soy tan joven.

Mientras Aidan procuraba intimidarme con su profunda mirada yo me mantenía maravillada por el delicioso sabor de los espaguetis.

— ¿Qué coeficiente tienes?

—cuatrocientos ochenta y cinco.

Aidan dejó caer el tenedor en la bandeja, desperdigando algunas gotas de salsa. Tardó unos segundos en reaccionar.

—Aquí el más elevado es de doscientos y pensamos que es una pasada.

—Mejor que sea así —contesté, jugueteando con la comida—. No es lo mejor del mundo ser tan diferente.

—No creo que seáis tan diferentes al resto. —Se limpió un colmillo con la lengua, no era muy educado que digamos—. Solo entendéis las cosas antes y mejor.

—Sí, supongo —refleje tristeza en mi rostro.

— ¿Tienes novio?

Alcé la mirada con los ojos muy abiertos y en mis labios nació una sonrisa cínica. No podía creer que me hubiese preguntado eso un desconocido.

— ¿Qué? —inquirió él—. Es una pregunta normal y corriente.

Sacudí la cabeza para quitarme la cara de tonta que se me había puesto.

—Claro que tengo novio.

—Vaya por dios. Y supongo que será soldado...

—Supones bien —no sé por qué pero la conversación acababa de captar toda mi atención.

— ¿Qué edad tiene?

— ¿Y a ti que te importa?

—Venga, mujer. Si es por matar el tiempo...

Suspiré, dándome por vencida, y afirmé con la cabeza.

—Tiene veintiséis.

Aidan chasqueó la lengua.

—Una pena. Voy perdiendo puntos.

— ¿Para qué? —quise saber. Presté suma atención a la respuesta que fuese a dar.

—Para conquistarte.

Solté una risotada.

—Chico, te sobra testosterona.

El muchacho hizo un sonido gutural y continuó comiendo, meneando la cabeza de vez en cuando.

— ¿Hoy entrenas?

—Sí, dentro de una hora.

—Y, ¿a qué hora terminas?

—A las nueve.

— ¡Perfecto! Te recogeré en la sala de juegos y te enseñaré los alrededores.

— ¡Ni hablar! —exclamé sonriente.

— ¿Por qué?

— ¡Porque tengo novio! Además, ¿Qué alrededores, si aquí solo hay nieve?

— ¿Y qué? ¿No podemos pasar un rato, juntos, como dos amigos? —levantó un dedo para destacar algo importante—. Y no solo hay nieve. Tenemos una cabaña estupenda a la entrada del bosque.

—No puedo, de verdad.

—Sí que puedes. Y debes. Entrenar y solo entrenar no es bueno. Hay que buscar algo de ocio.

Acabé dándome por vencida. Un poco de distracción no me vendría mal.

—De acuerdo, de acuerdo. Iremos a dar una vuelta.

—Bien —terminó por decir una vez que me convenció.

En la sala de juntas me sentía, de forma irremediable, absurda. Rodeada de personas importantes en el oficio, explicando lo importante que era que la misión se cumpliera con éxito, sin ningún tipo de errores y dejando claro que el peso del mundo estaba bajo mi persona. No podía quejarme delante de ellos para no parecer débil; no obstante, me estaban agobiando.

Neil Callahan hablaba sin parar con un tono autómatas. Daba cortos paseos por la habitación para dar más fuerza a sus palabras. Pensé que carecía de talante pero sus ojos me decían que alguna vez lo tuvo.

—No conocemos a dedillo la instalación donde se encuentra el disco pero el satélite nos ha permitido ver que su seguridad interna es efectiva cien por cien. Hemos conocido cámaras espeluznantes y esta no es de las peores; sin embargo, su frialdad es tan terrorífica que cuando oímos hablar de usted, soldado Jorden, nuestras esperanzas se vieron reforzadas. Si usted no lo consigue... nadie en este mundo podrá hacerlo. Y el resultado será una guerra tras la muerte de nuestro presidente de su puesto.

—Eso... deme ánimos —Susurré, agachando la cabeza.

—Hemos reconstruido la Sala Oscura con la diferencia de que ésta si tiene suelo. No obstante, si toca alguno de los infrarrojos se activará el mecanismo de seguridad.

—¿Han replicado los rayos láser? —exclamé con la alarma reflejada en el rostro.

—No, Jorden. Nuestro mecanismo de defensa es un poco más... sencillo y pueril —una sonrisa absurda se dibujó en su rostro para revestir su comentario.

—Bueno, pues —me recosté sobre el sillón en el que estaba sentada y sonreí de la misma manera— ¿Cuándo empiezo?

—Cuando termine esta reunión —ordenó tajante el Coronel. Hice un gesto apacible con las manos y esperé a que ese momento llegara—. Estaremos vigilándola desde la habitación continua, a través de un espejo. Nos pondremos en contacto con usted por medio de un micro que se le entregará en breve. También tendrá a disposición prismáticos de visión nocturna y... nuestro apoyo moral.

—No me cabe ninguna duda —volví a susurrar.

—Ahora creo que puede ir a entrenar, Jorden —comentó con cinismo—. La reunión ha concluido.

El suelo tenía una fina capa de nieve que se quedaba pegada en las suelas de los zapatos a medida que avanzaba hacia la zona de entrenamiento. A mí alrededor podía ver cuatro paredes en medio de una zona descampada; de arena, como las que encontraría en Omán. No había nada de nieve en ella. Increíble. Cerca de estas habían varias cajas alargadas y, justo al final, lo que supuse que sería La Sala Oscura. Se prolongaba casi cien metros detrás de la única puerta que se veía a priori.

Caminé lentamente, estudiando la zona. Desde luego, estaba impresionada por la similitud de los lugares. Cuando llegué a estar frente a la puerta metálica introduje el código que me entregaron. La estructura de la puerta era absurda, delgada y endeble. Imaginé que, si la puerta de Omán era igual, podría tirarla con una patada. Chasquéé la lengua al recordar que eso alarmaría a los Omaníes. En vez de pensar tonterías me concentré en mi entrenamiento y retrocedí un paso para abrirla hacia fuera.

—*Antes de que entre* —escuché una voz desde el auricular— *debe guardar su posición sin moverse y permanecer en silencio en todo momento.*

Avisé con un movimiento de cabeza de que había entendido las instrucciones y procedí a entrar sigilosamente para amortiguar el sonido de mis botas. Cerré tras de mí y la oscuridad me cegó de pronto. En la sala no vi ningún infrarrojo pero sí algunos brillos que flotaban por el aire. No debería ver absolutamente nada. Pero lo cierto era que veía diminutos destellos. Pensé si no sería parte de mis habilidades. Levanté la mano hacia los prismáticos y los coloqué sobre mis ojos. Lo que apareció delante de mí hizo que tragara aire con fuerza, y sentí que mi ánimo se reducía a simples cenizas. Las líneas rojas se entrecruzaban entre ellas dejando espacios demasiado pequeños. Exhalé el aire de mis pulmones y dejé caer los hombros.

— ¡Es imposible! —susurré derrotada. El miedo me invadió hasta el punto de hacerme temblar las piernas. Mi respiración se aceleró y se me colocó un nudo en la boca del estómago. El sudor que caía por mi cuello me produjo la necesidad de salir de allí cuanto antes. Con el rostro arrugado di media vuelta y abrí la puerta para salir por ella; pero antes me quité los prismáticos para que la luz no me cegara.

—*Pero ¿qué hace?* —Alguien interrumpió por el auricular que llevaba en el oído, agravando más la sensación de pánico—. *¡Vuelva a la sala y cumpla su misión!*

Con un movimiento agresivo introduje los dedos en el oído y saqué el pequeño artilugio, dejándolo caer sobre mi hombro. Comencé a caminar nerviosa, con las manos en la cabeza y maldiciendo en español. El aire frío que entraba en mis pulmones era como un manantial que se esmeraba en relajar mi cuerpo; sin embargo, el temor no cesaba.

A lo lejos pude escuchar unos pasos que corrían en mi dirección. Al girar el cuello vi a Nick acompañado de dos soldados más.

— ¿Qué ocurre? —gritó mientras me alcanzaba.

Permanecí callada. Su mano se posó en mi hombro para obligarme a dar la vuelta pero le evité, apartándome.

— ¡Vamos, soldado! ¿Qué ocurre?

—Es... es imposible —contesté agitada—. Voy a morir, Nick.

—Jorden...

— ¡Es imposible! ¡Te digo que es imposible!

—No seas negativa.

Clavé la vista en él al escuchar salir de sus labios una frase tan contradictoria con su forma de pensar sobre todo este asunto.

— ¡Los espacios que dejan los infrarrojos son muy pequeños! ¿Quieren que haga pasar por ahí un disquete y en tan solo minuto y medio? ¡Minuto y medio, Nick! ¡Es imposible!

Nicolas agachó un poco la cabeza y permaneció callado unos instantes.

—Si pierdes la fe no nos queda nada.

— Pero ¿cómo voy a guardar la fe si voy a terminar troceada como un cerdo?

—Yo creo en ti —confesó sin levantar la cabeza. Consiguió captar mi atención y esperó una respuesta por mi parte.

—Antes no. —Repuse más relajada.

—Pues ahora sí. No me queda más remedio porque no quiero perder una amiga — con ímpetu, levantó la cabeza y apoyó con fuerza sus manos en mis hombros—. Vamos, Jeriel. Vuelve ahí dentro y demuestra que eres única en nuestra especie. Que puedes sabotear las leyes de la naturaleza y que tu poder te convierte en alguien que puede hacer posible algo que no lo es.

Suspiré con desasosiego y afirmé con un movimiento de cabeza. No me quedaba más remedio.

—De acuerdo. Lo intentaré —emprendí de nuevo el camino hasta la puerta metálica y antes de entrar giré el cuello para decirle unas palabras a mi amigo—. Pero ve preparándote, porque voy a morir.

Respiré profundo y abrí la puerta nuevamente. Tras colocarme tanto los prismáticos como el audífono, entré en aquella Cámara del Infierno y esperé a relajarme. Los rayos rojos volvieron a aparecer y no me quedó otra sino estudiar las envergaduras de los triángulos y cuadrados que dejaban los infrarrojos. Frente a mí, a unos sesenta metros, una columna nacía de en medio, utilizada como base para aguantar una caja transparente de cristal. Dentro de ella me pareció ver una manzana verde en vez de disquete.

— ¿Una manzana? —susurré.

—*Ese es su objetivo. Si la consigue, podrá disfrutar de su sabor.*

Abrí la boca y entorné los ojos. Me sentía vulgarmente insultada. Tras unos instantes pensando, decidí no atraer la caja porque resultaba demasiado grande para poder introducirse por los huecos. Opté por abrir la caja y sacar la manzana. ¿Cómo hacía para abrir algo cuando nunca lo había hecho? Me bloqueé durante varios segundos y traté de recordar cuales eran mis pensamientos cuando, en un pasado que parecía tan lejano, provocaba que las paredes temblaran; o cuando sané aquel pájaro moribundo. Entonces, recordé algo que me ayudó al instante.

— ¡Los grilletes! —Me maldije a mí misma por no haber recordado antes aquella terrible noche, frente a mis padres y lo que estuvo a punto de ocurrir de no ser porque actué deprisa.

Inmortalicé el momento. Lo reviví en mi memoria, como si estuviera proyectándolo igual que un video casero, y sonreí cuando recordé que tan solo tuve que imaginar en

mi mente lo que deseaba hacer. ¿Ocurriría de nuevo? Me agité en el sitio y estiré el cuello, sintiéndome más animada. Cerré los ojos y pensé en la caja transparente. Imaginé que se levantaba la tapa, así de sencillo. Un clic resonó en medio de la sala, produciendo un suave eco. Al abrir los ojos pude ver que la tapa permanecía levantada. ¡Lo había conseguido! Mis ánimos crecieron, de pronto. Eufórica, por el escaso trabajo que me estaba costando, extendí el brazo en dirección a la columna de mármol y fijé la vista en mi objetivo. La manzana se removió en su sitio, como si se negara a abandonar la caja pero no tuvo más remedio que ceder a mí, y tambaleándose comenzó a emerger de la caja. Su cuerpo verde y rechoncho se elevó unos centímetros en el aire y comenzó a moverse en mi dirección.

Paré un instante la fruta en medio de la nada. Me sorprendí de lo fácil que era mover los objetos; nunca lo intenté por el rechazo que sentía hacia mi don. Salvo cuando Nick me llevó por primera vez ante Shaper y me hicieron pruebas para ver mi telequinesia. Ni si quiera me molesté en probar a usar mis habilidades, supongo que por la cantidad de palizas que me trajeron en consecuencia. Sin embargo, ahora que veía claramente lo divertido que resultaba, me arrepentí de no haber aprovechado el tiempo para aprender más sobre mí misma. Respiré una vez más hasta llenar los pulmones y emprendí el viaje de la manzana, surcando las líneas rojas.

La tarea de evitar tocarlas no fue tan fácil. Al principio traté de ir lenta para asegurar mi trabajo. Mis ojos mantuvieron la mirada fija en el objeto, viendo cómo se doblaba a mi orden, primero despacio, luego deprisa; volaba como un pájaro evitando los disparos de un cazador.

Un fuerte dolor se centró entre la frente y la nariz, presionando mi cabeza e interrumpiendo mi concentración. Una lástima, pensé, ahora que comenzaba a divertirme. La manzana vaciló un instante al sentir ese malestar y aminoré un poco la velocidad. Me llevé una mano al ceño, donde me dolía, mientras que con la otra ordenaba a la fruta continuar.

Un líquido denso surgió de mi nariz y se formó una gota de sangre, derramándose sobre mis ropas.

—Pero ¿qué coño...? —susurré, sorprendida de tener una hemorragia. La nariz me derramó varias gotas más hasta crear un hilillo fino y rojizo. Para entonces, mi concentración se rompió del todo y la fruta aceleró en recto hasta atravesar los infrarrojos—. ¡No! —Grité, molesta conmigo misma.

Se activó una alarma llenando la sala de luces rojas y un ruido insoportable. Miré a todas partes, preguntándome que ocurriría a continuación.

El primer impacto recayó en mi sien y a éste le secundaron muchos más. La sala se llenó de un desagradable sonido silbante. Mi cuerpo se vio intensamente apedreado, sintiendo como la piel se me resquebrajaba con los impactos. Cubrí mi cabeza con los brazos de manera instintiva para evitar que, lo que fuese que me estaba golpeando, no me fracturara el cráneo. Destrozada por los golpes, caí al suelo; pero ni de esa manera pude evitar seguir siendo apedreada. Mi nariz goteaba sangre y con cada golpe sentía que me fueran a romper los huesos. ¿Qué coño estaba pasando? Con la cabeza agachada, protegiéndomela como podía, pude ver de refilón que el suelo se llenaba de bolas de acero del tamaño de una nuez. ¡Hijos de mala madre! Me habría gustado gritarles que pararan aquella tortura; que había pillado la indirecta de lo que ocurría al

fallar; pero me mantuve callada, esperando que cesara todo.

Instantes después, el sonido silbante fue cesando y las bolas de acero también dejaron de golpearme. Al intentar moverme para incorporarme, el magullamiento rugió en todo mi cuerpo; me lo pensé mejor y decidí quedarme quieta, gruñendo en voz baja.

La puerta por donde entré yo se abrió y apareció Nick acompañado de varios soldados. El Teniente corrió en mi ayuda, sujetándome con cuidado.

—Vamos, Jeri, intenta ponerte de pie.

—Pero que hijos de puta que sois... —mascullé en cuanto les tuve cerca—. Casi me matáis.

—Para conseguirlo necesitarían mucho más que bolitas de acero. —Dijo Nick con una sonrisa obligada.

Me puse de pie, tambaleándome, y traté de caminar.

—Me duele. —Miré de reojo a mi compañero buscando recriminación por haber fallado pero no encontré nada de eso—. La he cagado.

—No esperarías conseguirlo a la primera.

Detrás de nosotros apareció el Coronel Callahan. Su larga cara mostraba decepción y a la vez le brillaban los ojos expectantes a lo que acababa de ver momentos antes.

—Ha fallado, Jorden.

—No me joda —susurré al mismo tiempo que me agarraba al cuello de Nick. Mi sarcasmo no alteró en absoluto al Coronel, una lástima. Agachó los ojos y esperó unos segundos a contestarme.

—La próxima vez que le sangre la nariz, deje que brote y no pierda la concentración. No tenemos mucho tiempo.

—Pues se va a tener que esperar a verme en acción, porque yo necesito descansar un rato.

—Jorden, eso no es factible. Tenemos mucho que hacer.

—Pues hágalo usted si tanta prisa le corre —me puse en marcha, cojeando y sujeta a Nick. Los calambres que me daban en las piernas pedían reposo y eso hice.

El frío de la nieve caló mis huesos doloridos. Mientras llegábamos a mi habitación conversé con Nick sobre lo conseguido.

— ¿Lo has visto?

— ¿El qué?

—Como he interferido contra las leyes de la gravedad.

—No es la primera vez, Jeriel.

—Pero nunca me había sentido tan libre... tan poderosa.

— ¿Te sientes superior porque mueves objetos con la mente?

— ¿Estas de guasa? —una mueca de dolor se fijó en mis labios—. Vamos, reconócelo. Ha sido genial.

—Sobre todo cuando te has puesto a sangrar como un cerdo. —Dijo con sarcasmo.

Le observé con reticencia, esperando que de una vez reconociese las cosas.

—De acuerdo —contestó suspirando—. Has estado bien.

— ¿Solo bien?

—Cuando consigas que el sistema de seguridad no te rompa todos los huesos del cuerpo, entonces diré algo más aprobatorio.

—Capullo... —Le susurré con una sonrisa empapada en sangre.

Ya en mi habitación, me recosté con cuidado en la cama y tapé mi cuerpo con una manta. Toda mi euforia se desvaneció cuando comprendí con cuanta facilidad perdí la concentración. Nick me acompañaba, como siempre, protegiéndome; permanecía en silencio, con la mirada perdida en un punto que yo no veía.

—No has fallado, Jeriel. —Comenzó a decirme con calma—. Que no lo hayas conseguido a la primera no quiere decir que hayas decepcionado nuestras expectativas. Al menos no las mías. —Sujetó con suavidad las chapas que colgaban de su cuello y las toqueteó—. Estuviste cerca de la meta, en mi opinión más de lo que esperábamos.

—Pero no resulta suficiente para ellos.

—Eso no debe preocuparte. No conocen hasta qué punto tus habilidades crecen por momentos. Yo sí, llevo viéndolo meses. Estoy seguro de que lo conseguirás. —Se levantó con elegancia, estirando su cuerpo—. Descansa un rato. Vendré a recogerte dentro de una hora.

Desapareció tras atravesar el umbral de la puerta. Al quedarme sola, volvió un hilo de emoción. Por primera vez usé mis habilidades de forma libre, no llevada por el odio ni el miedo. Y eso me hizo ver las cosas con más positividad. Estaba segura de poder conseguirlo. Ahora sí. Tan solo tenía que trabajar duro esos tres días. Me acurruqué con cuidado entre la comodidad de la cama y traté de descansar.

De nuevo en la sala, a oscuras y con los prismáticos sobre los ojos, me preparaba para continuar con el ejercicio. Esta vez fui más rápida y la manzana se vio obligada a evitar las líneas rojas con más esmero. En realidad era como un perrito que, si bien deseaba cooperar en el paseo, se resentía por la idea de ser obligada a hacer algo que no le apetecía. Si yo quería que girase a la izquierda, ella deseaba hacerlo hacia la derecha. La manzana renegó de mí, impávida tirana, y pese a que el poder ejercido sobre ella era impactante, la fruta optó por desobedecerme. De nuevo tocó uno de los sensores y la alarma se activó.

Maldije en voz alta y, esta vez, dispuesta a no ser golpeada nuevamente, salí de la sala corriendo como una cobarde. El frío de Qwita golpeó mi rostro, y esperé pacientemente hasta que el sistema de seguridad cesara de vomitar las malditas bolas de acero.

En la espera, vi aproximarse a dos soldados. No necesitaba que me dijese que el Coronel deseaba hablar conmigo, por lo que me encaminé hacia ellos para evitarles el paseo y presentarme ante el superior.

Al fondo de la estructura rectangular había otra puerta. Al acceder por ella descubrí una pequeña habitación con una mesa de mandos. Varias personas, incluidas Nick y el Coronel Callahan, la rodeaban y esperaban pacientes por mí.

Justo en la pared había un cristal rectangular que daba paso a la sala donde yo maniobraba, pero en vez de ver La Cámara Oscura a oscuras, se veía como con mis prismáticos de visión nocturna. La sensación de ser observada como un maldito mandril me molestó y mi actitud, antes tranquila, cambió a una más irritada.

—Vaya mierda de dispositivo que han preparado. Me van a matar a golpes.

—Deje de quejarse, Jorden —replicó el Coronel—. Dígame. ¿Qué ha pasado?

— ¿Que qué ha pasado? —repetí con una sonrisa sarcástica—. Que he vuelto a fallar. ¿Qué va a pasar?

El Coronel meneó la cabeza, incómodo y se apoyó en un lado de la mesa.

—Tenemos tres días para conseguirlo y parece que no se lo toma en serio.

— ¿Que usted tiene tres días para conseguirlo? ¿Y que hace que no entra ahí para intentarlo? —La sonrisa prepotente del Coronel terminó por cabrearme. Sabía que estaba ofendiendo el protocolo pero aquel hombrecillo larguirucho y con cara de creerse Dios irritaba cada poro de mi piel—. ¡Aquí la única que se está dejando el pellejo soy yo! Así que no me venga con prisas que la que va a ser troceada como un cerdo es aquí *la mua*.

— ¿Ya ha terminado de quejarse?

— ¡Sí!

—Vuelva a la Cámara y ponga más ganas.

Resoplé con furia y obedecí.

Lo intenté otras cuatro veces sin un solo resultado positivo. Al contrario de lo que se esperaba, lo hacía cada vez peor y mi enojo creció.

La fruta no ponía de su parte. Si no fuese un objeto carente de vida propia habría pensado que se rebelaba a mí. Dispuesta a doblegarla volví a intentarlo.

En la oscuridad proporcionada a conciencia de aquella sala, levanté la mano derecha para, esta vez, conseguir que mi orden fuese obedecida. Sin embargo, a pesar del esfuerzo, la ira devoró mi concentración y una vez más la manzana se salió con la suya, atravesando los infrarrojos con un giro sobre sí misma.

— ¡Joder, no!

La Cámara rugió en colores y un sonido infernal repiqueteó por toda la estancia. Me moví deprisa para darme la vuelta y salir de allí; pero en el último momento, cuando casi podía sentir las esferas de acero acercarse a mi nuca, me giré para hacer frente al dispositivo de alarma. Levanté deprisa la mano y con toda mi energía conseguí que aminoraran su velocidad hasta quedar inertes en el aire. Todas y cada una de ellas flotaron ingravidas, como si se mantuvieran sobre un líquido espeso y transparente.

Sudaba por todos los poros de mi piel. Intentaba mantenerme de pie como podía, bajo la luz rojiza que la alarma causaba. La presión que sentía a mí alrededor no me resultaba desconocida. Recordé que fue la misma sensación que tuve justo cuando Chester Copernell trataba de clavarme una daga en el corazón. La misma sacudida tanto en el interior de mi cuerpo como en mi mente. El corazón me latió deprisa y de pronto sentí que en mi interior todos esos recuerdos resucitaron el odio. Odio, hacia todo lo que me rodeaba, a lo que me esperaba en un futuro. Rabia, por no haber utilizado antes este don contra Chester; por no haberle hecho sufrir como lo hizo él conmigo. Y regocijo. Por el descubrimiento de mi propio poder, de saber que con esto me temerían y que disfrutaría cada momento, cuando viese cómo la gente bajaría la mirada ante mi presencia. Entonces, recordé al General Shaper y su maldita prepotencia. Habría pagado lo que fuese por que estuviera delante, observando mi gran momento y ver como demostraba un poder inimaginable. Pero en ese momento, cuando más segura estaba de mi misma, en mi mente se proyectó la imagen del General, con su traje color verde botella y sus medallas colgando de la solapa. De pie, detrás de su escritorio, fumando un puro cubano, y de sus finos labios profería una simple frase que despertó mi cólera:

—*Eres mi marioneta.*

—No... —susurré en lamento. Negándome a la verdad.

Exclamé un grito desgarrador. No de miedo ni de lamento, sino de odio y rencor.

Tras esto, todas las esferas de acero que luchaban por llegar a mí y romperme en pedazos salieron despedidas con increíble velocidad hacia el cristal que separaba ambas salas, haciéndolo añicos. Vi cómo se protegían, agachándose al suelo. Las esferas golpearon contra los ordenadores, agujereándolos, destrozándolos. La salita pequeña se llenó de chispas y humo. Durante un minuto no pudieron ver lo que pasaba; tosían agobiados por el humo. Cuando éste se esparció por la Cámara, dejando visibilidad en la pequeña habitación que yo había destartado, los soldados pudieron levantarse del suelo. Se miraron expectantes unos a otros, buscando una respuesta en los ojos de los demás.

—Dios mío... —susurró alguien—. ¡Dios mío!

Una vez roto el silencio comentaron sorprendidos lo que habían presenciado.

— ¿Habéis visto la onda expansiva?

—Claro que si —dijo el Coronel.

Aún fascinados por lo sucedido, asomaron las cabezas por el gran agujero que había

dejado el cristal roto y me vieron a mí: permanecía de rodillas en el suelo, con el cuerpo medio caído hacia delante y la cabeza a medio agachar por puro cansancio. Respiraba lentamente y con dificultad. La camisa de mi uniforme estaba encharcada en sangre que derramaba mi nariz. Levanté lentamente la cabeza hacia ellos, dejando ver un rostro vencido por el agotamiento. Comencé a caer pesadamente hacia un lado, sintiendo que las fuerzas me abandonaban.

— ¡No! —Escuche gritar a Nicolas. Con un salto ágil, colocó un pie sobre el marco del cristal y atravesó la Cámara en mi busca. Sus pies tropezaron con las esferas y cayó de bruces contra el suelo. Gateó hasta verse liberado de las bolas y me alcanzó. Me sujetó entre sus brazos, zarandeándome para que reaccionase—. ¡Por el amor de dios, despierta! —Sus manos se llenaron de sangre al acariciar mi mejilla y me dio golpecitos con suavidad—. Vamos, chica, reacciona.

Me moví un poco.

—Nick... —pude decir.

—Por hoy se acabó —aseguró el Teniente totalmente entristecido por el aspecto que tenía. Levantó la cabeza para dirigir sus palabras al Coronel y repitió—: ¡Por hoy se acabó!

Me cogió en brazos y se irguió de manera ágil. Se giró un poco para ponerse cara a cara con los demás y al ver que no reaccionaban tuvo que ser él quien dijese algo.

— ¿Van a decirme donde está la enfermería?

No me interesaba el contenido del libro que tenía en mi mano pero mientras esperaba aquí sentado, en la enfermería, a que despertara Jeriel, era lo más parecido a estar ocupado.

Eché un vistazo a la cama y descubrí en su rostro algo angelical. Me hubiese engañado de no conocerla a fondo y recordé que de ángel tenía poco. La muchacha se removió en el colchón; no por un mal sueño, sino por dolor. Sus brazos reflejaban moratones amarillentos a causa de las esferas de acero, pero ninguna herida.

El sol entraba por una de las ranuras de la persiana de madera. Posiblemente era el último rayo de ese día y radiaba sobre ella como si de un espíritu celestial se tratara. Me reí de mi propio pensamiento.

Jeriel abrió los ojos poco a poco. Normalmente, cuando no le daba el sol, el color de sus ojos era de un gris blanquecino. Pero ese rayo de sol los volvió brillantes, transparentes, casi. Decir que se te erizaba la piel, era quedarse corto.

Sus ojos se posaron sobre los míos y curvé mis labios en una suave sonrisa, repleta de resignación y a la vez de cariño, aunque a veces quisiera negármelo a mí mismo.

— ¿Qué tal te encuentras?

—Molida —me aseguró—. Dios mío, apenas puedo moverme. Me duele todo. —Vi cómo se sentaba en la cama con esfuerzo y se apartaba el pelo de la cara—. ¿Cuánto llevas aquí?

—Bastante tiempo —sujeté el libro y lo levanté para enseñárselo, excusando mi aburrimiento.

— ¿Una novela? ¿Tú?

—Has dormido mucho. Tenía que rellenar esas horas con algo.

Nos quedamos en silencio, escuchando a lo lejos la jauría de los niños jugar con la nieve. Hubo un par de minutos en los que cada uno pensaba en lo suyo. O quizás... ambos pensábamos en lo mismo. Jeriel me miro con fuerza en esos ojos que brillaban como los de un gato en la oscuridad.

— ¿Qué voy a hacer?

Esperé un tiempo relativo para que se explicara más, pese a saber lo que intentaba decirme.

— ¿Qué se supone que debo hacer con mi vida? Después de lo que ha ocurrido esta tarde en la Cámara...

—No tengo la respuesta a esa pregunta —me incliné hacia delante para acercarme a ella y tener una conversación más íntima—. Pero sí tengo un consejo que darte —entrelacé las manos y agaché la cabeza. Pocas veces demostraba mi vulnerabilidad ante alguien—. Debes trabajar en tu propia personalidad para evitar que ese poder que tienes no lo malgastes haciendo daño.

— ¿Y porque iba a usarlo para el mal?

—Porque es lo que llevas pensando desde que has descubierto que ahora puedes usarlo a tu antojo.

Jeriel agachó la mirada, síntoma puro de haber dado en el clavo. Su vergüenza se convirtió en mi baza para convencerla de no dejarse llevar por los demás.

—Ahora mismo estarán reunidos, haciendo una lista enorme de las cosas que puedes conseguir para ellos. En el entrenamiento que te podrían ofrecer para convertirte en lo que más ansían en esta vida: el soldado perfecto. —Pausé un par de segundos—. Sé que nunca te venderás a menos que saques algo de provecho —pude ver cómo esas palabras la herían un poco pero continué con mi consejo—. Pero si un día lo haces, pensando que cuando estés preparada podrás vengarte de tus padres, será demasiado tarde. Estarás atrapada en su tela de araña y no podrás escapar. Tu poder te convierte en una mosca que se ha desorientado y si no cuidas tus pasos, acabarás enredada en esa tela. Jeriel —me acerqué un poco más para dar fuerza a mis palabras—. Tu poder te convierte en alguien frágil. Ellos lo saben, yo lo sé y creo que tú también. Es por ello que te aconsejo que no uses ese increíble don para desatar verdaderas atrocidades. Ni las de ellos ni las tuyas propias.

—Pero si no lo uso... creo que es un desperdicio.

—Porque te sientes indestructible.

—Si... —la sonrisa que se dibujó en los labios de Jeriel no me gustó nada. La convertía en dueña de sus decisiones y eso era peligroso.

—De momento, entrena para la misión y una vez realizada... si vuelves viva —realcé esta frase a modo de advertencia— deberías plantearte tu futuro.

Jeriel me miró con algo de pena, tal vez porque eso resultara un duro trabajo para ella.

—No te vendas, Jeriel. —Fue mi última recomendación.

Acaricié un lateral de mi cuerpo con lentitud, escondiendo la cabeza entre las sábanas por el placer que me provocaba recordar cada instante que pasé la noche anterior con Joke. Me recosté un poco más sobre la cama y chasquéé la lengua al recordar que no le vería en un par de días. Con desgana miré el reloj para ver la hora y con la misma actitud me levanté de la cama al descubrir que eran las nueve. El dolor que tenía en el cuerpo era terrible pero tuve que ignorarlo. Caminé hasta la ventana; intenté mirar a través pero las láminas de madera apenas me dejaban ver nada. Ya no habían niños jugando con la nieve. La noche había caído y descubrí que allí, en la Bahía de Qwita, por la noche el paisaje era mucho más desolador. Susurré unas palabras sin apenas ganas, sin sentido hasta para mí, y tras ver lo triste que era aquel lugar por fuera, decidí pasear por las habitaciones de ocio.

Me vestí la bata que me habían entregado y marché por el pasillo enmaderado. El olor a limpio impregnó mis pulmones y descubrí que aquella era una fragancia nueva para mí. En la base de Greensay usaban mucho la lejía. Este olor era diferente, suave, pero se agarraba a la garganta.

Continué hasta llegar al comedor y al oler la comida las tripas me tronaron brutalmente. Entré, haciendo caso mi estómago, y cogí una bandeja repleta de verdura y carnes. Recorrí el comedor hasta llegar al asiento del final y, tras hacer un par de muecas de dolor al sentarme, disfruté de un buen banquete. Mientras preparaba un bocado perfecto en el tenedor con zanahoria, pepino y carne, noté que alguien se acercaba. Al levantar la vista vi a Aidan con cara de resignación.

— ¡Virgen santa! —Me di una palmada en la frente al acordarme de que había quedado con él a las seis—. ¡Me he olvidado por completo!

—Ya veo —se sentó justo en frente mía y comenzó a comer—. ¿Tratas a sí a todos tus pretendientes?

Me ruboricé un poco.

—Tuve un accidente en el entrenamiento y necesitaba descansar —mi excusa no sonó del todo convincente pese a ser verdadera.

— ¿Qué ha pasado?

—Uf, demasiadas cosas.

— ¿Ya estás mejor?

—Si... —Mi voz se volvió desconfiada y mis respuestas también—. Me recupero pronto.

—Pues levanta el trasero —se puso de pie con una gran sonrisa en los labios. No esperó a que preguntara que delante se proponía. Sencillamente me cogió de la muñeca y tiró para que saliese de mi cómodo rincón.

—Pero la comida...

Aidan no quiso escucharme y me llevó por el comedor casi a rastras. Recorrimos varios pasillos hasta llegar a una puerta que terminamos por cruzar. La habitación en la que nos encontrábamos era de colores verdes, lleno de burletes vistosos pero que recargaban la decoración. Aidan se movía por ella con facilidad y buscó en un armario con velocidad.

— ¿Esta habitación es tuya? —quise saber.

—Sí.

— ¿Por qué no compartes literas como la gran mayoría?

—Porque ser el hijo del Coronel debe servirme para algo, ¿no crees? —Frunció la cara al no encontrar lo deseado y arremetió la mano sin ver lo que buscaba. Al sacarla, dos guantes de nieve permanecían agarrados con fuerza—. ¡Aquí están!

Yo permanecía con los ojos un poco cerrados. Lo que acababa de decir Aidan me había sorprendido por completo.

— ¿Eres el hijo del Coronel? —hice una pausa. Al ver que no me hacía caso volvió a preguntar—. ¿De Neil Callahan?

—En efecto. —Descolgó dos abrigo polares de sus perchas y cerró el armario. Al ver mi cara de expectación pensó que debía decir algo al respecto; no obstante, creo que no se le ocurrió nada—. ¿No lo sabías?

Continuaba mirándole con cara de sorpresa.

—Tu padre es un gilipollas. —Dije sin pensar. Al momento me di cuenta de lo fuera de tono que había estado pero en ningún momento lo lamenté. Era lo que pensaba y punto.

—Menuda novedad. —Avanzó un par de pasos hacia mí, cargado con los abrigo y me colocó uno de ellos en los brazos—. Esto para ti. Y esto también —me dio los guantes que había encontrado en el fondo del armario y se puso los suyos—. Ponte todo esto, que fuera hace un frío que pela.

Obedecí. Aidan me agarró de nuevo por la muñeca y tiró de mí hacia la salida. Me dolían las costillas, los brazos, hasta la mandíbula. Pero reconozco que me apetecía salir un rato.

— ¿Adónde me llevas?

—A la cabaña. —Antes de cruzar el umbral de la puerta, Aidan se giró de sopetón y levantó un dedo a modo de advertencia—. No vayas a pensar que porque mi padre es un gilipollas yo también lo soy, ¿eh?

Esa respuesta no me la esperaba. Mi perplejidad desapareció y nació una sonrisa que demostró lo interesante que se estaba poniendo todo de pronto, en la Bahía de Qwita.

El frío azotó con fuerza nuestros rostros, engullendo poco a poco el calor que nos daba el abrigo polar. Corrimos por la espesa nieve, evitando caernos y riendo de vez en cuando, hasta que llegamos a la cabaña.

Dentro hacía el mismo frío que fuera. En la única habitación que había se amontonaban los utensilios que diariamente usaban los jóvenes habitantes del centro. Los olores se mezclaban con el de la madera; las cenizas de la chimenea desprendían la esencia de una hoguera disfrutada. Las mantas se levantaban en un montículo, dobladas con descuido. Las luces no eran precisamente las mejores, pero al menos permanecían colgadas en la pared. El suelo estaba sucio aunque no lo suficiente para cómo debería estar. No creo que los chicos limpiaran la cabaña. Los comics se amontonaban en una mesa de madera que estaba rodeada con cuatro sillas. Una caseta adecuada para que los chicos se escaparan un rato de tanto estudio y experimentos. Allí, en esa pequeña choza levantada con desinterés, dejaban de ser parte de probetas para convertirse en humanos. Me pareció triste que gente con tan privilegiado cerebro se contentara con tan poco.

—Es decepcionante —unas palabras que apenas se escucharon con el fuerte viento que golpeaba sobre las ventanas.

Aidan se mostraba ocupado en encender la chimenea, con cuidado de no ahogarla. Sopló para avivar la pequeña llama que no tardó en crecer y devorar el papel de periódico apelotonado. El chico se giró un poco para ver qué hacía yo.

Continuaba observando la cabaña como si nunca hubiese visto una.

—Puedes sentarte si lo deseas. —Volvió a soplar—. Yo ya termino.

Obedecí por inercia y me senté sobre un tronco que había en una de las paredes. No podía negar que era un sitio divertido. Diferente. Me resultaba fácil imaginar a una docena de chicos y chicas riéndose de los superiores, o de los científicos. Incluso de ellos mismos. Todos allí metidos, tal vez coqueteando y preparando el terreno como lo estaba haciendo Aidan en ese momento. Una vida que ellos posiblemente calificaban como buena; sin darse cuenta de que eran ratas de laboratorio. No, la cabaña solo era una forma de adornar la pésima vida que llevaban. Una manera de engañarlos y usarlos como marionetas.

—Por eso tengo que hacerlo —susurré absorta en mis pensamientos.

Esta vez Aidan sí escuchó mis palabras. Se giró de cuclillas para mirarme.

— ¿Cómo?

Salí del ensimismamiento, cerrando los ojos con fuerza y abriéndolos para enfocar directamente al azul de los de Aidan.

—Pensaba en voz alta.

Se puso de pie y limpió sus manos en el pantalón. Se sentó a mi lado con un toque presumido y de su bolsillo sacó un paquete de cigarros. Le dio un par de golpecitos a la base para que saliese el filtro de uno de ellos y lo cogió, ofreciéndomelo.

—Nunca he fumado. —Reconocí, sujetándolo con mis dedos.

—Pues ya eres mayorcita para probarlo —inició el mismo proceso con el paquete y se metió uno en la boca. Con chulería apretó el botón del mechero y encendió el cigarro. Sin apagar la llama lo acercó a mi boca con prudencia, esperando a que introdujese el cigarro entre mis labios—. Absorbe el humo y échalo deprisa.

Traté de llevar a cabo las indicaciones pero el humo se asentó en mi garganta y me obligó a toser con desesperación.

—Ya le pillarás el tranquilo.

Lo intenté de nuevo. En esta ocasión no me atraganté tanto.

—Mola —asentí con la cabeza, una nueva experiencia en mi vida. Le observé unos instantes, estudiando cómo sujetaba el cigarro con el dedo pulgar y el índice. Parecía embrujado por las llamas del fuego, pensando en algo que le hacía brillar los ojos.

— ¿Cómo te mantienes viva en una base llena de tíos?

Fruncí el cejo.

—Quiero decir... que no habrán muchas mujeres en el ejército y menos tan guapas. Me imagino que tendrás mucho cuidado de evitar encontronazos. No sé, los tíos del ejército están locos, ¿no?

Recordé al instante el momento en el que los tres soldados enviados por Shaper trataron de violarme. Mi rostro se puso serio. Suficiente para que Aidan atara cabos y llegara a una conclusión.

— ¡Oh, dios mío! —exclamó cuando imaginó que alguien pudiese haberme herido.

—No, no. No ocurrió —ambos pensábamos en lo mismo, no había duda—. Por suerte pude deshacerme de ellos a tiempo.

— ¿Les pegaste una paliza?

— ¿Por qué deduces eso?

Aidan echó una calada y tardó unos segundos en exhalar el humo de sus pulmones.

—Es obvio que si te han traído aquí para entrenar es porque tienes algo especial. En este centro solo entra gente con un don. Así que, deduzco que ganaste tú.

— ¿Qué don crees que tengo? —Pregunté.

—No lo sé. —Encogió los hombros—. Dímelo tú.

Ojeé a Aidan de arriba abajo, y alcé la barbilla, orgullosa de mí misma.

—Más que decírtelo, te lo voy a enseñar. —Tiré mi cigarrillo al suelo, a unos dos metros de distancia y levanté la mano en el aire. Centré mi mirada en el pequeño canuto, consumiéndose por la brasa. El cigarro se revolvió un poco en el suelo, no por negación ni rebeldía, sino porque estaba vulnerando una vez más la gravedad. Levitó hasta alcanzar la altura de nuestras cabezas y comenzó a flotar en dirección a nosotros. Con lentitud se fue acercando, como un fantasma en los dibujos animados de Scooby Doo y se posó en mis labios, cerrándolos alrededor de él para que no se cayera al suelo. Miré de reojo a Aidan. Su mandíbula permanecía abierta. No dejaba de mirar perplejo el cigarro. Su cara me provocó una risotada y eso asustó más al chico. Se levantó del suelo con ímpetu y se echó una mano a la cabeza, peinando sus rubios cabellos.

—Hostia, esto es muy... demasiado... dios mío...

—Tranquilo, soy inofensiva.

Aidan levantó un dedo indicando el cigarro. Su cara mostraba un gesto infantil.

— ¿Cómo lo has hecho?

—Telequinesia —respondí sencillamente. Eché otra calada al cigarro. Me gustaba la sensación de ahogo que provocaba el humo en mis pulmones y de libertad cuando lo expulsaba de ellos. Aidan titubeó bastante antes de volver a sentarse a mi lado, lo que volvió a provocar una risotada mía—. Te he dicho que soy inofensiva.

—Ya, pero... —dudó un par de veces; pero al final acabó sentado a mi lado, algo estirado. Fijó la vista en el mismo punto que yo, en el fuego. El viento intentaba colarse por las pequeñas hendiduras del suelo pero el calor que emanaba el fuego prohibió que se fuera un solo grado de la cabaña, ahora caliente. Aidan fue recuperando la confianza en mí y, tras acomodarse, se giró para preguntarme algo—. ¿Tu entrenamiento tiene que ver con esto?

—Por supuesto.

—No quiero imaginar para qué coño te está entrenando mi padre. —Su voz sonó despectiva, llena de odio. Algo que me impresionó.

—No quieras saberlo. —Me llevé el cigarro a la boca para echar una nueva calada pero Aidan me paró de pronto.

—Coges mal el pitillo —me lo quitó de la mano y trató de enseñarme. Lo sujetó con el índice y el pulgar—. Así lo cogemos los chulos como yo —me hizo gracia su sinceridad—. Y así lo sujetáis las mujeres. —Lo colocó entre el índice y el corazón—. Esta es la forma habitual de sujetarlo, no solo para vosotras, también para los hombres.

—Vale —recuperé mi cigarro casi consumido y le imité—. Es más difícil. Temo aplastarlo.

—Te acostumbrarás.

Fumamos pausadamente, él de manera acostumbrada, yo con la novedad.

— ¿Por qué odias a tu padre? —pregunté sin reparo.

— ¿Qué te hace pensar que le odio?

—Ví cómo le mirabas en el pasillo; cuando nos enseñaban las instalaciones.

Se puso rígido ante mis palabras. Me contó que, horas antes, en el pasillo, habían discutido una vez más por la negación de su padre ante la carrera que había elegido. El derecho no era algo que aprobara una familia como la de los Callahan, me dijo.

—Mi padre es un cabrón —sujetó con fuerza la colilla y con la presión de sus dedos lo lanzó a la chimenea, acertando en el medio. Un par de chispas se desprendieron de ella y coletearon hasta desaparecer—. No hay más que decir.

— ¿Y por qué estás aquí?

— ¿La verdad? —Se agarró las rodillas con las manos e inclinó el cuerpo hacia delante—. No tengo ni idea. Supongo que si mi padre dice “te vienes” he de obedecer.

Todo en su vida había sido dirigido por su padre. Incluso perder la virginidad a los quince años fue una obligación. El señor Callahan decía que un verdadero hombre no esperaba al amor verdadero. Eso no existía, algo que descubrió con su ex mujer, que le abandonó por su tendencia a obligar a las personas a hacer lo que ordenaba. Una de esas obligaciones fue que su hijo mantuviera relaciones sexuales con una fulana de lujo veinticinco años mayor que él. Lo que no aprendió esa noche lo hizo con chicas que entraron y salieron de su cama desde el instituto hasta la universidad. Para él, ni siquiera era un juego. Formaba parte de una educación mal dirigida contra la que deseaba luchar. La primera muestra de rebeldía llegó el día en que se matriculó en derecho. Su padre le dijo que la justicia la otorgaba el ejército y no cuatro mequetrefes disfrazados con una túnica negra. Pero Aidan Callahan no pensaba así. No lo consideraba unos principios morales, sino un “joderte como pueda”. Y el derecho fue su primera buena mano. Aidan no creía en la justicia. Llevaba muchos años conviviendo con su padre como para dejarse engañar, pero fue un jarro de agua fría para su progenitor. Primera partida ganada. Y su segunda buena jugada estaba a su lado. Matando su primer cigarro. Cuando la vio la primera vez supo que le había robado el corazón de manera absoluta. Sin embargo, tras la información que Jeriel le había proporcionado sobre ella misma, sentía un poder dentro de él que rugía por momentos. Le gustaba, eso estaba claro, pero la necesidad de hacer pagar a su padre tanto por la vida que le había dado como el malestar infligido a su madre, era cuantioso. Acostarse con Jeriel y después notificárselo sería un buen golpe para su padre. Descubrió su aversión hacia ella en una conversación que mantuvo con otros superiores antes de la cena. Ese fue su gran momento para iniciar un nuevo acto de rebeldía.

Mantuvo la mirada fija en los ojos de Jeriel y llevado por un impulso, a consecuencia de sus recuerdos, la agarró del cuello con una mano y la acercó para besarla. Jeriel colocó una mano en su pecho y ejerció fuerza para evitar el contacto. Apartó como pudo la cara y se alejó.

—Ya te dije que tengo novio.

—De acuerdo —primera cagada en su plan. No importaba. Tenía más días por delante—. Lo siento.

Jeriel se levantó del tronco de madera, pensando que evitar su cercanía le obligaría a no ponerse pesado.

— ¿A qué universidad vas? —preguntó para evitar el silencio que se había interpuesto entre ambos.

—A Harvard —bajó la mirada, una vez más se sentía insatisfecho con su vida—. ¿Y tú?

—Yo soy militar, ya lo sabes.

—Pero ¿te vas a dedicar toda la vida a ello?

—No —su respuesta fue tajante. Tenía claro que en un corto espacio de tiempo haría algo diferente.

—Entonces, estudiarás una carrera.

—Supongo.

—Pues ya puedes darte prisa. Para cuando te pongas a ello serás muy mayor.

—No lo creo —dijo acompañando con una sonrisa—. No tengo veintiún años. No debería confesarte mi edad porque ellos quieren que lo oculte. —Apoyó un brazo sobre la repisa de la chimenea y agradeció el sopor del fuego que le azotó la cara—. Voy a cumplir catorce.

—No es cierto.

Jeriel se dio la vuelta, mirándole de forma implacable. Eso bastó para sacar de dudas al muchacho.

—No me estás mintiendo, ¿verdad?

—No.

Aidan repasó de arriba abajo el cuerpo de Jeriel, preguntándose por qué estaba tan desarrollada. Al momento, se sintió un cerdo por haber intentado ligársela. Era una menor y eso era un delito. No creía en la justicia pero tampoco tenía porqué meterse en líos.

La chimenea comenzaba a ahogarse y Jeriel echó otro tronco para avivarla.

— ¿Qué hace una cría en una base militar? —Aidan dejó caer su pregunta sin darse cuenta de lo que le molestó a Jeriel.

—Para empezar, no soy una cría —replicó tajante—. Y para continuar... ¿tú qué crees?

Aidan abrió los ojos con sorpresa al llegar a una conclusión.

— ¡Te están usando como arma militar!

—En efecto —los ojos claros de Jeriel buscaron las llamas del fuego para esconder su furia.

— ¡Están violando unos cuantos artículos de la ley!

—Eso no lo sé, pero soy consciente de mi situación.

— ¿Y lo permites?

—Por supuesto. Tengo mis razones.

— ¿Cuáles?

Jeriel le miró con astucia y negó con la cabeza. Ese tema era personal y no pensaba hablar de ello con el hijo del Coronel Callahan.

—Es tarde —concluyó—. Mañana me levanto a las cinco y aún tengo que cenar. — Se colocó los guantes de nieve y se dispuso a salir de la cabaña. Antes de hacerlo entregó unas últimas palabras a Aidan—. Mañana le diré a alguien que te entregue la ropa que me has dejado.

—De acuerdo —Aidan no estaba allí con ella, en la cabaña; había sido absorbido por el baile de las llamas, manteniéndole lejos de todo y pensando en lo hablado con Jeriel. Un ruido le hizo salir de su letargo, descubriendo que se encontraba solo en la choza. Jeriel se había marchado. Fue cuando su mente se preguntó qué diantre se proponían con una menor superdotada y con la capacidad de mover objetos. Se preguntó qué era lo que estaba cavilando su padre, teniendo un arma tan peligrosa en sus manos.

El entrenamiento esa mañana no fue muy diferente al del anterior. Durante dos horas continué fracasando en el intento de conseguir la manzana; no por no dominar mi don, sino por falta de precisión a la hora de esquivar los rayos. La nariz me sangraba de vez en cuando y eso me distraía del trabajo.

En la Cámara reinaba el silencio. Apenas sí se escuchaba mi respiración, suave y tranquila. Mi mano, delicadamente contraída en el aire, guiaba a mi preciada fruta por los confines de la denominada “tecnología inteligente”. La manzana recorría con gracia el camino elegido por mí, saltando rayos rojos, evitando otros, no dejándose persuadir por ellos. De pronto, la preciosa fruta verde estalló en mil pedazos, atravesando decenas de infrarrojos y llenando de luces, una vez más, cada milímetro de la sala.

Al saber lo que venía después de ese ruido ensordecedor, salí en estampida de la Cámara. En la intemperie, a las siete de la mañana, la temperatura era de veinte grados bajo cero. El frío golpeó mi cara con furia, reflejo de mi humor en ese momento.

—No he tocado ningún sensor —pensé en voz alta. Me apoyé sobre la puerta para descansar el cuerpo. Las esferas golpeaban el acero de esta, provocando ruidos secos al colisionar. Maldita sea, estaba completamente segura de no haber fallado.

El frío me obligó a ponerme en marcha hacia la pequeña habitación de observación para aclarar lo ocurrido. Sin llamar, abrí la puerta y entré, recuperando vitalidad al recibir el calor de la calefacción. Los presentes giraron sus sillas, mirándome como si me hubiese equivocado de habitación. Al mirar al espejo por el que me observaban, pude ver a través de él como más de una docena de soldados portaban unas máquinas que jamás había visto para absorber las esferas. Así que, así era como mantenían limpia la sala después de que sonara la alarma. Cerré los ojos, despreocupándome, y dije:

—El sistema de seguridad funciona mal —comencé a quitarme los guantes rasurados que llevaba para que no me sudaran las manos—. Tienen que revisarlo.

El Coronel emitió un sonido gutural parecido a una risa.

—¿Cómo ha dicho?

—La manzana ha explotado sin que tocara ningún sensor —expliqué sin bajar la guardia; mi seguridad demostraba responsabilidad hacia mi trabajo—. No puedo trabajar en condiciones así.

El Coronel tardó un poco en asimilar mi entereza pero su experiencia y edad no iban a permitir que le aplacara.

—¿Y no ha pensado que a lo mejor sí ha fallado, como el resto de las veces?

—No.

Callahan respiró, armándose de paciencia.

—Esa cámara ha sido diseñada por los mejores, construida por los mejores y revisada por los mejores. Es perfecta. No tiene fallos —hizo una mueca rebosante de prepotencia—. Así que la que ha fallado es usted.

—Que argumento más convincente —expresé con un ligero retintín en mi voz—. Pero no es suficiente. Preciso que la revisen una vez más.

Neil Callahan terminó por perder la paciencia.

— ¡Nadie va a revisar nada! —gritó—. No hay ningún fallo. ¿De acuerdo?

—No, no estoy de acuerdo. La manzana no ha tocado ningún sensor. ¡Vamos muy bien.

—Jorden, estoy perdiendo la paciencia y eso no es bueno para nadie. ¡Vuelva a su trabajo!

Podría ser el Coronel Neil Callahan; tener nueve condecoraciones colgando de su solapa y ser el mandamás del centro. Y, sin embargo, a mí me importaba bien poco. Puesto que la conversación había pasado a discusión, opté por continuarla.

— ¿Qué es lo que no le deja ver más allá de lo que ordena? ¿Su corta percepción de las cosas o el traje de orgullo que se ha calzado hoy? ¡Es usted un arrogante!

— ¡Lárguese de aquí! —Vociferó el Coronel—. ¡Vuelva a su trabajo!

— ¡No pienso volver a esa cámara hasta que no la revisen!

— ¡Soldado Jorden! —La voz prominente del Teniente Nicolas Johnson se escuchó por encima de la jauría que habíamos armado los dos—. ¡Haga lo que el Coronel Callahan le ha ordenado!

Esa orden directa de mi Teniente relajó por completo mi actitud; me sentí humillada por él y agaché la cabeza.

—Sí, Teniente. —Sujeté un guante con una mano y con la otra me puse el que restaba. Salí de la sala sin hacer apenas ruido y fuera, rodeada una vez más por el paisaje blanco desolador, dejé escapar mi rabia—: Nicolas Johnson, si tienes madre, me cago dos veces en ella, maldito zoquete.

Rehaciendo otra vez mis pasos, abrí la puerta para entrar en la cámara. La escasa luz que entró en ella me permitió ver que estaba limpia. No había indicio alguno de esferas de acero.

— ¡Que rápidos son!

Mirando a lo lejos vi la columna de mármol con la caja de cristal encima. Ya estaba harta de intentar algo que, a esas alturas, no debía ser un problema y sin embargo no había obtenido un solo resultado positivo. Cerré la puerta detrás de mí y me preparé para repetir todo.

Una nueva manzana voló por la estancia, ladeándose de un lado a otro, evitando las luces, sintiendo mi orden; pavoneándose del que la observara. Risueña en su viaje hacia mi mano. Dos metros antes de llegar a su destino, la dejé flotando en el aire.

No quería fallar una vez más; dejé a un lado el tiempo y me preocupé de que la manzana llegara sana y salva. Levanté unos diez centímetros la fruta para evitar la zona donde anteriormente se había activado la alarma y busqué un nuevo trayecto como ruta. Diez rayas rojas y era mía.

Recordé a Marcos y lo poco que le gustaban mis enfados. Cuando lo hacía, las paredes temblaban, los cristales explotaban y todos los objetos salían disparados de un lugar a otro. Si ahora viera a lo que me dedicaba pondría el grito en el cielo.

Ese fue mi último pensamiento antes de que la manzana se posara sobre mi mano. Redonda, grande y posiblemente jugosa. Me habría gustado pegarle un mordisco. Al fin y al cabo, ese era el premio si la conseguía. No obstante, se me ocurrió una idea mejor.

— ¿Pueden oírme? —pregunté en voz baja por el micro.

—La oímos —contestó alguien por el pinganillo. De fondo se escuchaban vítores y aplausos, que supuse, iban dirigidos a mí.

—En ningún momento confiaron en mí —apreté la manzana entre mis dedos y observé el brillo que desprendía—. Con el debido respeto: que les den por el culo a todos y que la disfruten. —levanté el brazo y con impulso arrojé con fuerza la fruta, atravesando los infrarrojos. Acabó aplastada en el nuevo cristal por el que me observaban. Los pedazos chorreaban por el vidrio como una babosa, dejando un surco de zumo.

Salí de allí corriendo y cerré la puerta para evitar las esferas.

Me sentía plena. Realizada. Las esperanzas para cumplir la misión con éxito habían crecido. Y con ellas la seguridad en mi misma. Algún día me vería preparada para enfrentarme a fantasmas del pasado y tal vez así, solo tal vez, en mi interior reinaría una paz embriagadora.

Dos soldados aparecieron en el momento menos necesitado, interrumpiendo mis pensamientos. Sus rostros eran brutales; grandes y vulgares. Sus cuerpos a juego con el resto. Uno de ellos se aproximó.

—Soldado, el Coronel precisa verla en la sala de observación.

Me iba a echar una charla, estaba segura. Tras la vulgaridad que había soltado en la Cámara, seguramente me amonestaría. De todas maneras, no puse objeción alguna para entrar en una sala con calefacción y así evitar el puñetero frío que hacía.

Caminé delante de los soldados, con seguridad y sin ningún tipo de intimidación.

Al acceder a la pequeña habitación, las voces de los presentes guardaron silencio. No habría podido describir lo que reflejaban sus rostros, tal vez porque pensaban en el increíble poder que guardaba en mi mente.

Me quité los guantes con parsimonia.

— ¿Y bien?

El primero en romper el silencio fue Callahan.

—Ha aprobado por los pelos.

— ¿Qué dice? He estado cojonuda —aseguré con aire prepotente.

—Pero se ha excedido en el tiempo autorizado.

—Un detalle sin importancia que arreglaré con más práctica.

— ¿Cree que podrá volver a hacerlo? —Preguntó Callahan.

—Claro —contesté, esta vez con tono reconciliador.

—Pues póngase a ello.

Salí sin rechistar y caminé en línea recta, directamente a la cámara.

Aquella mañana lo volví a conseguir varias veces más. Prácticamente lo tenía dominado. Sin embargo, lo que más me costaba era controlar el tiempo. Tendría que trabajar duro para conseguir el minuto y medio.

A la hora de comer hice una parada en el teléfono público para llamar a mi hermano. Llevaba días sin verle y estaba segura de que me lo reprocharía. Me equivoqué, en parte. No fue aquello lo que me echó en cara.

—Quiero creer que durante estos años has aprendido a contar.

— ¿Por qué dices eso?

—Sé lo de Joke y tú.

Guardé silencio y aguanté la respiración.

— ¡Te dobla la edad! Trece años, Jeriel. ¡Trece años!

—Marcos...

— ¿Se puede saber qué coño haces saliendo con tíos? Deberías estar jugando a las muñecas.

—Pero, ¿qué dices, chico?

—Cómo te ponga una mano encima, te juro que lo mato. Eso si no lo ha hecho ya... —Marcos pausó un momento, intuyendo lo qué significaba mi silencio—. ¡Oh, dios mío! ¡Os habéis acostado!

—No... ¡No! —intenté fingir, pero me pilló desprevenida toda esta conversación.

— ¿Pero te crees que soy imbécil? ¡Por dios, que eres una cría!

Dejé salir el aire de mis pulmones con exasperación. Me cansaba tener que repetir una y otra vez que no era una cría. En vez de hacerlo decidí refutar ese argumento contra él.

—Te recuerdo que tú pediste la virginidad a la misma edad.

—Eso fue diferente. Nos mudábamos a otro lugar y no volvería a ver a Alicia. Además —esa última palabra no me gustó. Significaba que iba a replicar con algo que me sacaría de mis casillas—, yo soy un tío.

— ¡Serás capullo! —exclamé—. Deja de refugiarte en las diferencias que esta sociedad ha impuesto entre ambos sexos. Sabes que no lo soporto.

—Cómo te quedas embarazada...

—Te convertirías en tío. Vamos —dije con voz reconciliadora—, sabes que soy diferente a los demás. Y, aunque no necesito que me apoyes, si es necesario que guardes el secreto. Si Nick se entera le mata.

—Pues a lo mejor se lo digo.

—No, no lo harás —repuse con un tono dulce.

—Qué remedio. Dios, os voy a matar a los dos. ¿Cuánto tiempo vas a estar allí?

Le confesé dónde me encontraba y a qué me dedicaba ahora. A diferencia de lo que pensé, Marcos no pidió explicaciones tampoco lo aceptó de buenas maneras, pero creo que me daba un poco por perdida.

—Vuelvo pasado mañana, por el medio día.

— ¿Te pasarás por aquí?

—Claro.

—Nos vemos, entonces.

La línea se cortó en seguida. Iba a colgar pero lo pensé mejor y marqué el teléfono de la base de Greensay. Pedí que me pusieran con Joke. La espera fue larga, y cuando escuché la voz de mi novio pude percibir que no se alegraba mucho de escucharme.

— ¿Qué te ocurre?

—No me avisaste de que te irías varios días.

— ¡Porque no lo sabía! Me enteré al llegar.

—Aun así me molesta.

—Lo siento, de veras. Pero no ha sido cosa mía.

—Más lo siento yo. Tenía preparada una velada preciosa en la habitación de tu hermano.

—Apuesto a que era muy íntima y romántica.

Escuché cómo resoplaba Joke.

—No sabes cuánto te echo de menos.

Respiré profundamente. Yo también le extrañaba. No le dije que Aidan me pretendía, eso le habría molestado mucho y solo conseguiría ponerle nervioso. Tras un corto silencio, Joke decidió cambiar de tema.

—¿Qué tal el entrenamiento?

—Duro. Pero he conseguido el objetivo.

—Me alegra saber eso. Significa que las posibilidades de que acabes troceada en la misión van menguando.

—Todo va a salir bien. —Le aseguré, totalmente convencida de ello.

Nos despedimos sin palabras bonitas y yo fui directa al comedor. Ese día me apetecían lentejas y me puse un buen plato. Me senté donde siempre, en un rincón lejos de todo el mundo. Mientras comía observaba a la gente. Pese a sentir que aquellos niños estaban en una cárcel parecía que en sus rostros había felicidad. Estaba confusa. ¿Por qué ellos, con tan poco, con una vida miserable, —rodeada de lujos y seguridad, pero miserable— eran felices y sin embargo yo no? Meneé la cabeza.

Miré hacia la derecha, a la barra donde repartían la comida y encontré a Aidan preparándose un buen banquete. Al girarse, buscó a alguien entre el gentío y cuando sus ojos se encontraron con los míos, sonrió. Caminó en dirección hasta mi mesa y sin pedir permiso se sentó en frente.

—Que aproveche —sin mediar más palabras se puso a devorar la comida.

Le miré extrañada, con una sonrisa divertida. Encogí los hombros y me dispuse a imitarle.

Al terminar el entrenamiento a la friolera de las diez de la noche, pensé que despejarme un poco no me vendría del todo mal. Nick caminaba a mi lado, con el semblante relajado. Veíamos las cosas con más ánimo desde que había conseguido el objetivo con éxito. Cuando llegamos al comedor, Nick mostró un gesto confuso al ver que no entraba con él en el comedor.

— ¿A dónde vas?

Me giré y me quedé callada.

— ¿No vienes a cenar?

—He quedado.

Se giró del todo para tenerme de frente y con el ceño fruncido trató de sonsacarme información.

— ¿Con el hijo del Coronel?

Abrí más los ojos, sorprendida. ¿Cómo podía saber nada del hijo de Callahan? ¿Nos habría visto? Tampoco debía importarme mucho; no había pasado nada entre nosotros.

—Si —me limité a contestar.

Nicolas sonrió.

—Ten cuidado con él. Es un rompecorazones. Y me da que va a por ti.

No iba mal encaminado, desde luego. La pregunta era: ¿Cómo diantre lo sabía él?

—No te preocupes, lo tengo controlado.

Nicolas lanzó una de sus miradas repletas de astucia.

—Ya, claro.

No hice caso a su desconfianza. Continué el camino hasta que llegué a la cabaña. Estaba vacía. Se suponía que si no estaba muy cansada tras el adiestramiento, nos veríamos allí. Me extrañó encontrar la cabaña sin ni siquiera la chimenea encendida. Paseé dentro de ella; las suelas de mis botas resonaron sobre la madera, y decidí esperar por si Aidan se había retrasado.

La cabaña era pequeña. Dudaba que pudiesen entrar más de quince personas apelotonadas. Si eso era lo que llamaban diversión, prefería buscar otra forma de hacerlo.

La puerta de la cabaña se abrió estrepitosamente. Las ondulaciones del cabello rubio de Aidan se asomaron. Su rostro tenía el color de la escarlata. Parecía venir sin aliento y cuando entró en la estancia se acercó deprisa. Me sujetó de la muñeca y tiró de mí.

—Corre, ven.

Por un momento estuve a punto de decirle lo mucho que me molestaba que me tratara de esa forma, pero me callé. Corrimos por la nieve con cuidado de no caernos al hundírsenos los pies.

Al poco rato estábamos en una sala que no había visto anteriormente. Miré a Aidan y le pregunté con los ojos dónde estábamos.

Mientras, Aidan se acercaba a la puerta y cerraba con cerrojo.

—Es una sala de relax de los mandamás —hizo un gesto con la mano hacia el cerrojo de la puerta—. Si nos pillan aquí, nos matan —sonrió ante la posibilidad de

que ocurriese.

Se quitó el abrigo y lo dejó caer al suelo, pero antes sacó un paquete de cigarros de un bolsillo. Me tendió uno, que acepté sin regañadientes. Acercó el mechero con la llama encendida y esperó a que yo absorbiera para que el tabaco ardiese.

Se sentó en el sofá y colocó los pies sobre la mesa de mármol blanca, sonriendo y disfrutando cada momento rebelde que mostraba para molestar a su padre.

—Ahora sé cómo viven estos hijo putas —el cigarro dentro de su boca hizo que su voz sonase más madura. Echo la cabeza hacia atrás y suspiró sonoramente.

Yo todavía observaba con pulcritud la habitación. Una televisión enorme, brillos nacarados en los objetos de decoración, un color relajante de pintura en las paredes y un mueble bar enorme.

—Por mucho que mires van a seguir ahí.

Me senté a su lado y eché una calada al cigarro. Aidan me imitó. Hizo el ademán de tirar la ceniza al suelo pero al darse cuenta de que no estaba en la calle se levantó para buscar un cenicero. Recorrió el mueble hasta que encontró uno con forma de águila imperial y lo cogió con desgana.

—Estoy hasta los cojones de los Navy Seals.

Ignoré el comentario porque no era consciente del todo de cómo debía ser la vida con un padre como el que tenía Aidan. Y también porque yo sentía un poco lo mismo.

Vi como Aidan volvía a levantarse, esta vez directo al mueble bar. Sacó una botella de champán que posiblemente costaría más que nuestras vidas juntas, y dos copas, llevándolas hasta la mesa.

—Está caliente, así que ya puedes beberlo con calma.

—No podemos beber.

—¿Por qué?

—Somos menores.

—No me jodas —sujetó el cigarro entre los dedos y frunció el ceño mientras quitaba el envoltorio al corcho. Soltó un par de tacos y acabó preguntando al aire por qué tenían que ponerlo tan difícil para echar un trago—. Ya tengo bastante con las normas de mi padre —dijo en respuesta a mis palabras. El corcho salió despedido de la botella pero no derramó espuma—. ¡Woala! —Tumbó ligeramente el vidrio y derramó el contenido en las copas hasta llenarlas—. Además, las normas están para incumplirlas.

—Sí, eso dicen —susurré mientras sujetaba la copa con cuidado. Acerqué a los labios la bebida burbujeante y cuando mi lengua saboreó el cosquilleo tan maravilloso que hacía, junto con su sabor, pensé que era lo más delicioso que había probado.

La copa se vació y otra le siguió. Con los cigarros igual.

—Bebe más despacio, Jeriel —me dijo Aidan al cabo de un rato.

—Es que está muy rico —respondí con la ingenuidad de alguien que bebe por primera vez. Pronto tuve calor y me quité la parte de arriba del uniforme hasta quedarme con la camiseta de tirantes.

Charlamos un rato antes de que se nos subiera demasiado el alcohol a la cabeza. Hablamos de tonterías, como todos los adolescentes embriagados. Reímos y guardamos silencio.

—Ya no bebo más —aseguré Jeriel. Mi voz sonaba pesada, me costaba hablar con

coherencia—. Se me ha subido demasiado deprisa.

—Te dije que estabas bebiendo muy rápido.

A él también se le había subido el champán a la cabeza pero no iba reconocerlo. Se acomodó en el sofá para tener una excusa y acercarse más a mí. Me observó. Sentí el rostro acalorado a consecuencia del alcohol. Miré a Aidan. Me clavaba la mirada y después la bajó hacia mi boca. Pude ver el brillo excitante en sus ojos antes de que se abalanzara sobre mí.

Jeriel no se encontraba bien. La sensación tan rara que provocaba un exceso de alcohol la volvía vulnerable. Si no, no estaría permitiendo que Aidan la besara el cuello a su antojo. Por un lado, deseaba frenarle. Pero por otro, ese cosquilleo que terminaba centrándose en el estómago, como corrientes eléctricas, le encantaba. Poco a poco, el muchacho se fue acercando a lugares prohibidos. Sus cabellos ondulados acariciaban el principio de sus pechos, mientras intentaba bajar el escote de la camiseta. Sus labios, suaves y calientes, la besaban con increíble destreza. Sabía lo que hacía. Y lo hacía a la perfección. Notó como su cuerpo cedía a la pasión con el contacto de esos labios. No conseguía centrarse en lo que estaba ocurriendo, el alcohol en sus venas la mantenía en una especie de nube y lo único que su cuerpo la pedía era dejarse hacer. Sintió varias sacudidas en su cuerpo. Cuando abrió los ojos se descubrió con el pantalón de camuflaje bajado hasta las rodillas y veía como Aidan se pegaba con las botas militares para sacarlas de sus pies. Miro su ropa interior. Bragas azules con encaje a los lados y en medio un fino lazo que decoraba la prenda. No era ropa para una chica de trece años. No, era ropa de adulta, elegida por Carla. Volvió a cerrar los ojos, ignorando lo que estaba sucediendo. Una mano abrió sus piernas desnudas con delicadeza y por inercia hizo fuerza para cerrarlas. Abrió los ojos una vez más para ver a su amante. El muchacho la miró con una interrogación en el rostro, sin embargo, acto seguido, continuó con sus intenciones. No dejaba de besarla. Poco a poco Aidan se fue recostando sobre ella. Jeriel jadeaba suavemente. Como si la orden no la diese ella, sus piernas se abrieron lentamente, dejando paso al chico. Echó la cabeza hacia atrás y jadeo con fuerza. Esos labios fueron ascendiendo hasta su rostro, besando sus mejillas, sus ojos... El rostro del muchacho se posó sobre el suyo, besando su boca e introduciendo su lengua. Aidan cogió aire y volvió a la carga, entregando besos entrecortados por todo su cuerpo. Jeriel los aceptó, cerrando los ojos de placer. De nuevo, sus labios se centraron en su boca, saboreándolos hasta saciarse. Buscando el máximo deleite.

De pronto, Jeriel paró. Algo iba mal. No sabía muy bien qué era pero desde luego no le gustaba. Esos labios eran perfectos, sabían jugar. Pero no eran los que besaron sus labios por primera vez. No eran los que amaron su cuerpo por primera vez. No era la misma piel ni el mismo calor. Esos movimientos eran desconocidos para ella. Esos besos no eran los de Joke.

Abrió los ojos y vio el rostro confuso de Aidan.

— ¿Qué ocurre? —preguntó jadeante—. No irás a rajarte...

Jeriel puso una mano en su pecho para evitar el contacto. Intentó cerrar las piernas pero con el cuerpo de Aidan sobre ella no podía.

—Por favor, aparta. —Dijo con suavidad.

Aidan obedeció al instante. Su rostro estaba embriagado por la bebida y el placer.

— ¿Te encuentras bien?

No, no parecía encontrarse bien. De hecho, tenía ganas de vomitar pero intentó calmarlas.

—Ay, dios, ¿qué he hecho? —se llevó la mano a la cabeza. Le dolía. Y sentía el

pulso en la sien izquierda. Levantó la vista hacia Aidan. En conjunto, su rostro parecía confundido, pero sus ojos no mentían. Brillaban por la desesperación del placer—. No puedo hacer esto, Aidan.

— ¿Por qué?

Parecía que la embriaguez había desaparecido, al menos un poco. O a lo mejor solo estaba dando una tregua para que fuese consciente de lo que acababa de hacer. En ese mismo momento se sintió una zorra. Había estado a punto de acostarse con otro.

Una lágrima se le escapó y rodó por su mejilla.

—Oh, dios —gimió.

Aidan levantó su mentón con dos dedos suaves y repletos de avidez.

—Ven... quiero que seas mía.

— ¡No! —Gritó Jeriel. Aidan se echó hacia atrás con cuidado de no perder el equilibrio. No lo consiguió y quedó de rodillas, con las piernas abiertas y el pantalón a medio calzar—. No soy tuya.

Aidan lo intentó de nuevo, esta vez con más cuidado.

— ¡Que no, joder! —volvió a chillar ella.

—Vale, vale —no podía decir más. Sabía que el juego se había terminado. Se puso de pie, tambaleó, y se subió los pantalones para esconder su orgullo. Se sentó al lado de Jeriel con mucho cuidado. No estaba el horno para bollos. Menudo carácter tenía la niña, pensó. Escuchó llorar a Jeriel un rato, guardando las distancias para no llevarse una bofetada. En cierto modo, no entendía porque tanto drama por unos cuernos sin consumir. Luego pensó que él se sentiría igual de amar a alguien y después se sorprendió de lo mucho que le gustaba Jeriel. Suspiró con dramatismo.

Supo tres cosas aquella noche. Que Jeriel lo estaba pasando mal por su infidelidad. Que esa noche más le valdría mantenerse quieto y callado. Y que se había enamorado de ella.

—Cojonudo —susurró.

Cuando abrí los ojos, la luz de la sala me atravesó, despertando una resaca descomunal. Estaba boca abajo, en el sofá. Temía moverme por si me daban nauseas. Nunca había tenido una resaca. Bueno, nunca había bebido. Coloqué una mano en el sofá y traté de levantarme. Busqué a Aidan. Allí estaba, en el sofá continuo. Dormido y con el semblante relajado. Su pecho desnudo se levantaba a un ritmo lento y pausado.

Me senté en el sofá y enredé los dedos en mi pelo negro. Dejé caer la cabeza por encima de las piernas. Me sentía una zorra miserable. ¿Con qué cara me ponía delante de Nick, le explicaba dónde había pasado la noche y trataba de que creyera que no había pasado nada?

Meneé la cabeza, ahogando mis sentimientos con el recuerdo de esa noche. Me maldije a mí misma. Porque solo yo era culpable. Respiré profundo y me levanté del sofá, recogiendo mi ropa y vistiéndome. Al hacerlo, me llegó una fragancia que no era nueva para mí. Mi cuerpo olía a sexo. La poca autoestima que me quedaba se evaporó con esa esencia. Me delataba a distancia.

Cuando me hube puesto las botas militares, salí de la sala sin hacer ruido para no despertar a Aidan. Más me valía, no fuera que se pusiera pesado conmigo. Al cerrar la puerta, me apoyé sobre ella. El fuerte dolor de cabeza me taladraba hasta el interior.

—Y encima tengo que entrenar —susurré, decaída.

Primero me duché. Tenía que quitarme la culpabilidad de encima como fuese. Luego me sequé el pelo a medias y lo recogí en un moño alto. No pensaba usar la gorra ese día. Y cuando me sentí algo más entera fui hacia la habitación para coger el equipo completo e ir al entrenamiento. Al entrar, vi a Nick sentado en mi cama, con las manos entrelazadas y los dedos pulgares moviéndolos nerviosos. Su rostro parecía cansado, con ojeras.

Paré en seco y me sujeté al marco de la puerta para no perder el equilibrio. Me puse nerviosa y tragué saliva.

— ¿Dónde has pasado la noche?

¡Así se hacía! Sin rodeos. Es la mejor forma de dejar las cosas claras.

Balbuceé. No sabía que decir. Si le contaba todo pero luego le decía que no había pasado nada, me gritaría durante al menos quince minutos. Por varias razones. Estaban allí para entrenar, no para hacer amigos ni otras cosas. Y aparte de eso, estaba Joke. Seguramente eso sería lo que le sacaría de sus casillas. El pobre de Joke. Él pasándolo mal en Greensay y yo poniéndoselos con otro. Cuanto me gritase Nick me lo merecía. Estaba esperando una respuesta y yo no la tenía.

—Con Callahan —contestó Nick. Bueno, al menos no tuve que ser yo la que confesara. En cierto modo agradecí que fuese tan intuitivo.

—No ha pasado nada —mentí. No se lo iba a creer ni de broma.

—Ya, claro.

Era obvio: no se lo creyó.

—Espero que no tengas que lamentarte de nada, porque si es así me parece que la vamos a liar cuando llegemos a Greensay.

¿Lamentarme? Claro que tenía mucho que lamentar. Lamentaba haber entrado en la base. Haber conocido a toda esa chusma. A Aidan. Ponerle los cuernos a Joke. Sí, me lamentaba de muchas cosas.

El gesto duro de Nick prometía muchas cosas y ninguna buena. Se acercó a mí y me dio la mochila con mis cosas de mala manera.

—Preséntate en el entrenamiento. Tienes que conseguir los noventa segundos.

Fin de la discusión. Nicolas salió de allí con su paso elegante. Pero en sus hombros se notaba la contrariedad que sentía dentro de él.

Supuse que ya estaba más que harto de mí y para ser sincera, tenía razones para sentirse así.

Los vítores y aullidos de los soldados en la habitación de observación llegaban hasta mí; me llenaban de euforia. Contemplé mi mano, sujetando una manzana con fuerza. Ya había encarcelado muchas como ella con mis dedos. Eso no era novedad. Pero si era la primera vez que lo conseguía en ochenta y siete segundos. Y después de esa vendrían más, estaba segura.

Suspiré y esperé nuevas órdenes que no tardaron en llegar.

—Soldado —la voz solo se escuchó en el audífono que llevaba en la oreja—. Acuda a la sala de observación.

Sin más palabras. Era una orden y había que acatarla. Sin embargo, era una orden diferente. Sabía lo que me esperaba al abrir la puerta. Más vítores y un orgullo henchido.

Caminé por la nieve hasta la puerta trasera y mientras tanto, pensaba qué decir al entrar. “¡Aquí está vuestra heroína! La que os va a salvar el culo de esos Omaníes”. Y qué más. Alcanzar mi objetivo no me separaba de la muerte inminente que me esperaba en las tierras de Omán. Para qué andarse con remilgos.

Abrí la puerta y me recibieron con aplausos. Eso fue suficiente para mostrar una sonrisa de oreja a oreja. “Claro que sí, adoradme, malditos plebeyos”.

— ¡Aquí está nuestra heroína! —Alzó con su voz el Coronel.

Más aplausos. Ni siquiera tuve que decirlo yo. ¡Qué gozada!

—Y eso que dijo que era imposible.

En un principio no supe de donde venía esa voz, pero la reconocí y sabía de quien era. Miré hacia la izquierda y pude ver la figura de Shaper. Con la sonrisa que mejor sabía poner cuando quería aplastar a alguien con un sencillo razonamiento. No sé en qué momento llegó a Qwita, pero esto no estaba previsto.

Su presencia congeló mi sonrisa. La sonrisa, los músculos y todo. Me quedé a medio subir las cuatro escaleritas que daban acceso a la sala. No me había dado cuenta de lo tranquila que había estado sin él. Y ahora, todo volvía a ser lo mismo. Maldije en silencio.

—Parece que no esperaba verme, soldado.

—Pues no, señor.

Aclarado, ¿no? Caminé hacia uno de los asientos y me senté para descansar un poco.

—Le quedan otras tres horas de entrenamiento antes de la comida. Está tardando —sus ojos miraron a la puerta de salida, invitándome a salir quisiera o no.

Como siempre tan cariñoso. No me quedó más remedio que obedecer. No tenía ganas de enzarzarme en una discusión. Bastante tenía con silenciar mis demonios internos.

Accedí otra vez a la sala y durante horas demostré que cuando conseguía saltar una barrera no había nada que se me interpusiera.

—Me ha costado encontrarte —me aseguró Aidan—. Espero que no estés huyendo de mí.

—Algo así.

—Ayer me quedó todo claro, Jeriel. —Suspiró con tristeza—. No voy a volver a intentarlo.

—Gracias.

—Pero... —temí que continuara—. Me gustaría ser tu amigo. Quiero seguir en contacto contigo.

—¿Y alimentar tus esperanzas? No me parece bien. Bastante daño he hecho ya.

Aidan agachó la mirada y volvió a levantarla fijando sus ojos azules sobre los míos.

—No voy a volver a verte, ¿verdad?

Una pausa larga ayudó a contestar.

—No lo creo.

Aidan mantuvo la mirada con unos ojos vidriosos. Le acababa de romper el corazón. Creo. Dejó caer los hombros y miró la comida que tenía en el plato. En ese momento su estómago estaba cerrado, no iba a comer.

—¿A qué hora te vas?

—A las seis.

—¿Nos despedimos?

—Sí —no me convencía mucho. No sabía si era lo mejor, pero después de haberle roto en dos imaginé que se lo debía.

—Bien —jugueteeó con la comida sin ganas—. Tenía preparado un regalo para luego pero creo que es mejor dártelo ahora.

Me brillaron los ojos. Me encantaban los regalos. Como a todo el mundo, supuse, pero para mí era diferente. Apenas los recibía.

Aidan se metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón y de él sacó una tarjeta. Me la acercó y gustosamente la cogí. Era un carné de identidad falso. La foto no era muy antigua —que no quise preguntar de donde la había sacado—, se me veían los rasgos más maduros y el nombre era el de otra persona.

—¿Qué es esto? —pregunté con una sonrisa llena de incertidumbre.

—Tu nuevo carné. Ahora tienes veintiún años y podrás acceder a todos los bares y discotecas que te plazca. Y como casi los aparentas, nadie te pondrá pegas.

—Es una identificación falsa.

—Sí.

—¿Cómo la has conseguido?

—Tener un padre Coronel te permite tener contactos dispuestos a hacerte favores.

—No le dirán nada, ¿verdad?

—Ni de coña. Son colegas míos.

Le di la vuelta a la tarjeta plastificada y lo remiré varias veces, asintiendo.

—Parece de verdad.

Aidan sonrió. Se alegraba de haber dado en el clavo con el regalo.

—“Amanda Garden” —leí en voz alta—. Suena bien. Me gusta. Pero esto es un

delito.

—Bah, no te pasará nada. Si te pillan en una discoteca y ven que es falso no van a investigar, chica.

Pasó más de media hora cuando me di cuenta de que llegaba tarde al final del entrenamiento.

—Mierda, tengo que irme.

Recogí mis enseres y me levanté corriendo.

— ¡Espera! —Exclamó Aidan—. ¿Nos vemos a las seis en la cabaña?

—Claro.

Me estaba despidiendo de mi sala particular a base de humillarla. Las cuatro paredes habían intentado romperme los huesos una y otra vez, sin conseguirlo. Sin embargo, no terminaba de reírme en sus narices, robándole la fruta repetidamente en menos de noventa segundos.

Mi entrenamiento había concluido exactamente como todos esperaban. Ya estaba preparada.

Salí de aquel lugar tan oscuro y me quité el equipo de encima. Lo dejé todo en la sala de armas y me marché a mi habitación para hacer el petate.

Me senté en la cama, confusa. Por un lado estaba eufórica tras terminar el adiestramiento como era debido. Pero luego tendría que enfrentarme a la Cámara Oscura. La de verdad. Nada de bolas de metal. No. Tecnología aterradora.

Sentí de golpe la presión de mi futuro en la misión y se convirtió en terror.

Alguien tocó la puerta con delicadeza. Era Nick.

—Salimos en veinte minutos.

Esas fueron sus palabras, solo esas; y desapareció. Estaba distante. No podía reprochárselo, teniendo en cuenta lo poco que me había esmerado en explicarle que solo quería a Joke. A saber lo que pensaba Nick que había ocurrido la noche anterior.

No perdí más tiempo. Me coloqué el abrigo y los guantes, amarré mi mochila en uno de los brazos y fui directamente a la cabaña.

La encontré vacía. Suspiré hondo y llegué a la conclusión de que Aidan había preferido no despedirse.

Caminé por la cabaña a modo de despedida. Aquel lugar tan pequeño llegó a significar mucho para mí. No solo por los momentos que había pasado con Aidan. Aprendí a fumar, bebí alcohol...a esconderme de los demás. Era un sitio donde la gente se sentía libre de los experimentos de esa gente. Si, era un buen refugio, al fin y al cabo. Acaricié la chimenea impregnando mi dedo de hollín. Los comics habían sido colocados en una pila sobre la mesa y a su lado había un papel apoyado sobre ellos. Di un par de zancadas y lo sujeté entre mis dedos.

*Sal de la cabaña y ve a la parte de atrás. Sigue hasta el final.
Estaré allí.*

Aidan.

Hice lo pautado y salí de allí corriendo. Cuando giré en la esquina encontré huellas en la nieve, mostrándome el camino hacia Aidan. Lo seguí deprisa. No me quedaba mucho tiempo y tampoco quería cabrear a la gente teniendo que esperarme. Cuando salí a la intemperie, el paisaje se volvió de postal. El mar se extendía de forma infinita y Aidan permanecía en medio, con un abrigo de pieles enorme que cobijaba su cuello y parte de la cara. Se había vestido elegante para despedirse de mí. Eso me honró. Mantenía las manos resguardadas en los bolsillos y parecía disfrutar del frío azotando su rostro. Observaba el mar en silencio.

Me acerqué a él haciendo ruido al clavar los pies en la nieve. No quería asustarle, sin embargo, no parecía que me hubiese escuchado llegar.

—Hola.

—Hola —apenas se le escuchó con la brisa—. Supongo que este es el final.

Guardamos silencio un momento, viendo romper las olas en las rocas que nacían del despeñadero.

—Me has dado más de lo que podía pedir, Jeriel —me miró, sus ojos estaban húmedos—. Creo que me has hecho madurar.

¿En tan poco tiempo? Bajé la mirada y sonreí levemente. Se estaba poniendo muy sentimental.

No le vi venir. Aidan me sujetó con pasión las mejillas. No esperó un instante por temor a que me apartara, y me besó. Intenté evitarle, no quería ser culpable de más cuernos. Pero pensé que Aidan se había colado por mí y que no podría cambiar ese hecho, así que cedí un poco y dejé que me diera el último beso. Fue violento con sus movimientos, había mucha pasión en él y saboreó su último contacto conmigo todo cuanto pudo. Trató de encadenar su lengua con la mía pero eso ya me pareció demasiado. Traté de separarme, sin embargo, no me dejó. Sujetó mi cintura y me apretó a su cuerpo, olvidando que los abrigos nos mantenían separados.

Un hilo de cordura le obligó a soltarme. Fue algo ardiente, como si nuestras bocas se hubieran fusionado. Ambos jadeábamos pero él por miedo. Se acabó.

—Vete, Jeriel —se le quebró la voz. Esperé que no se echara a llorar porque no sé actuar en momentos así—. No me olvides nunca.

Retrocedí unos pasos. Realmente le estaba destrozando. Había calado en su corazón y ni me había dado cuenta. Si antes me sentía culpable, ahora estaba derrotada.

—Aidan...

— ¡Vete! —Suplicó—. ¡Vete, Jeriel! ¡Por favor!

Ante la agonía que estaba mostrando Aidan, hice caso. Corrí, rehaciendo el camino de pisadas y busqué la pista de aterrizaje. Allí estaba el helicóptero, esperando. Dispuesto a poner fin a este episodio de mi vida que jamás debió ocurrir. Llegué jadeando, con la sensación de tener los labios impregnados de pecado, y la cara sonrosada.

En un coro de personas esperaban el Coronel Callahan, Shaper, Nick y otros dos soldados de Greensay.

Me despedí secamente del Coronel. Me repugnaba un ser como él, tan arrogante. Pero le había entregado sus ojos a Aidan como herencia.

Aidan.

Agité la cabeza para romper ese pensamiento y subí al helicóptero detrás de Shaper. Nick se sentó a mi lado, como siempre y me miró expectante.

—Mañana empiezan tus vacaciones —me recordó con voz suave—. ¿Qué vas a hacer?

—Descansar.

No esperaba una fiesta a mi regreso en la base y no la hubo. No obstante, mis compañeras de habitación si me dieron la bienvenida. Carla me sujetó una mano con maneras masculinas y me dio un golpe suave en el pecho.

—Ya me han contado que has dado problemas de actitud.

Encogí los hombros y sonreí.

—Así me gusta, que huevos tienes.

—¿Nada nuevo por aquí? —pregunté.

—Qué va. Todo congelado. No ha habido cambios.

Eso era bueno. La última vez que salí de la base, asaltaron la habitación y casi mataron a mi hermano.

Les conté todo lo relacionado con el centro. Mis suposiciones de que allí experimentaban con los niños y lo que había vivido los últimos tres días. El tema de Aidan lo ignoré por completo.

La gente ya estaba en el comedor, preparándose para comer. Pensé en ir casi a última hora, cuando el comedor estuviera vacío. Necesitaba darme una ducha antes de comer nada.

Me sorprendió que todo se mantuviera igual que cuando me marché. Parecía que hubiese pasado una eternidad fuera de casa.

Me acerqué directamente a una ducha y desnudé mi cuerpo, sintiendo que se me ponía la piel de gallina. Aún tenía el frío de Qwita en los huesos.

Dejé la pastilla de jabón sobre la repisa y abrí el grifo con cautela para que el chorro de agua fría no me cayese encima. Pronto se caldeó y me coloqué bajo la lluvia, notando como el agua caliente me proporcionaba esa sensación tan relajante y limpia.

Al fondo escuché que la puerta de los baños se abría y después se cerraba. No hice caso y continué con mi deliciosa ducha; en mi maldito hogar. Me mojé el pelo y apoyé las manos sobre los azulejos, dejando que el agua se derramara por la espalda. Encorvé la columna y menéé la cabeza, buscando que el agua me proporcionara todo el relax posible.

Alguien repiqueteó la puerta de la ducha, cortando de golpe mi momento de relajación.

—Ocupado —levanté la voz para que pudiese escucharme bajo el sonido del agua al pasar por las cañerías. Mandaba narices. Cinco duchas vacías y tenían que llamar a la mía.

—Soy yo.

La voz de Joke se escuchó débil, casi no le entendí. Giré la cabeza hacia la puerta y, tras quitar el cerrojo, la abrí. Detrás estaba él, desnudo y con los ojos llenos de alegría. Me puse roja de vergüenza por mi desnudez. Sus movimientos fueron rápidos y se coló dentro de la ducha por si le pillaban allí. Joke se mantuvo callado unos instantes entre tanto me miraba emocionado.

Mi rostro se encogió y no pude reprimir una lágrima. Le acaricié las mejillas, notando el crecimiento de la barba. Que culpabilidad tenía en mi interior. Allí estaba él, con la más deleitable de sus sonrisas y yo llorando por mi traición.

Joke se preocupó al verme llorar; se acercó a mí y me sujetó la barbilla con los dedos.

—Ya está —siseó con delicadeza y juntó su frente con la mía. Notó el calor que me había proporcionado el agua a la piel. Suspiró con media sonrisa—. Ya estamos juntos otra vez.

Durante unos segundos nos miramos de forma penetrante. Tres días separados, una eternidad. Parecíamos no saber qué hacer. Joke inició el camino, clavando sus ojos en los míos, y acarició la piel de mi espalda desnuda con suavidad. A esta caricia le siguió un beso en mi hombro y después me acercó a él con lentitud. Apoyó la cabeza sobre mi oído y susurró unas palabras.

—Te quiero...

Cerré los ojos lentamente, con la sensación de no merecerle. Tenía la certeza de que Joke quería poseerme y tras unos segundos para pensar si realmente debía dejar que me amara sin antes contarle lo que le había hecho, dejé que ocurriera. Fue bastante frenético pero a ambos nos gustó. Mi remordimiento me dio tregua un rato y pude charlar con Joke antes de que se marchara.

—Quiero pasar la tarde contigo, Jeriel. En la habitación de tu hermano.

—De acuerdo —acepté—. Pero tengo que hacer algunas cosas antes. —Joke se disponía a salir de la ducha; antes de eso le dije algo—. Llévate las cartas.

—No tengo intención de jugar a las cartas, cariño.

—Pero habrá que hacer pausas, digo yo.

—Las llevaré —levantó una ceja—, aunque no vamos a usarlas.

Lo último que pude ver antes de que desapareciera de la ducha fue su trasero desnudo aún contraído por el ejercicio.

En una mano tenía el permiso de vacaciones y en la otra unas monedas sueltas. Frente a mí una cabina de teléfono, de las antiguas, rodeada de cristal. Entré y marqué un número. Esperé a que lo cogieran.

—Banco Intervía. ¿En qué puedo ayudarle? —La voz de la operadora sonaba aburrida.

Antes de responder pensé que lo mejor sería fingir una voz algo infantil. Así lo hice.

—Hola, me llamo Jeriel —hasta a mí me resultaba patética—. Tengo una cuenta corriente en su banco. Quería sacar dinero pero no puedo hacerlo porque estoy en el colegio. Me preguntaba si podría ir mi hermana en mi nombre y sacarlo ella.

—¿Es usted la titular? —qué manía de tratar a todo el mundo de usted.

—Sí.

—¿Su hermana no está como segundo titular?

—No, esa cuenta es mía.

—¿Su hermana es mayor de edad? —y el polígrafo ¿dónde se lo había dejado?

—Claro.

—Entonces deberá firmar un permiso para que su hermana pueda acceder a la cuenta y sacar el dinero en su nombre. Debe traer el permiso escrito y firmado, su carné de identidad y el de su hermana.

—¿Ya está? ¿Así de fácil?

—Así de fácil —que rica, en esa frase sí que le puso ganas a la cosa.

—¡Oh, muchísimas gracias! —bravo, Jeriel. Menudo teatro—. La enviaré mañana a recoger el dinero.

—Gracias, buenas tardes.

Corté la llamada antes de que pudiese despedirme. Buenas tardes, zorra aburrida, quise decirle. Demasiado tarde.

Mis pasos siguientes fueron hacia la biblioteca, donde pedí papel, lápiz y un sobre. Me senté en una mesa alejada de las escasas personas que visitaban esa parte de la base, y comencé a escribir.

—“Yo, Jeriel Jorden, con...”

Paré de escribir y me metí el lapicero en la boca. Pensé que darle un toque infantil a mis palabras lo haría todo más creíble.

—“...con carné de identidad... y total conocimiento de lo que escribo, doy permiso a mi hermanastra, Amanda Garden, para acceder a mi cuenta y sacar todo mi dinero menos setenta mil dólares”.

La leí un par de veces y la firmé. Luego doblé el papel y lo introduje en el sobre, sellándolo con el pegamento humedecido. Besé el pico de éste y sonreí al pensar en Aidan, por el arma tan peligrosa que me había concedido sin ni siquiera saberlo.

Al terminar con esta tarea, saqué dos mil dólares del escondrijo donde guardaba parte del dinero que me dejó Joke y los metí en una bota. Caminé directa al encuentro de Bryan Murder, el soldado que me facilitó la lista de contactos. Estaba allí, dónde sino, entre cadáveres de ordenadores. Bryan me miró con cara de lelo, la que tenía, pobre muchacho. Levanté el pie y lo coloqué sobre una mesa, sacando de ella los dos

mil dólares y tirándoselos al regazo.

— ¿Y ahora qué quieres? —preguntó mientras me miraba.

—Consígueme un pasaporte con estos datos —Le entregué un papel que el chico no tardo en abrí y leer.

— ¿Y qué foto pongo? —resultaba extraño que accediera a las órdenes de una mocosa como yo. Pero dos mil dólares son razón suficiente para hacerlo.

—Consigue una mía. —Me giré para marcharme. Antes le dije algo—. Ya sabes, eres una tumba.

Joke tenía el ceño fruncido, algo cabreado, como un niño. Y entre sus manos un montón de cartas que formaban un abanico. Le ganaba por cuatro a uno y sobre la cama había un montón de monedas como bote. En la base, o se jugaba con dinero de verdad o no merecía la pena. Pero si se jugaba con dinero, que nadie se enterase o se nos caía el pelo por timbas ilegales.

—No me apetece seguir jugando.

—Vamos, cariño. Si ya casi te tengo arruinado.

—No me gusta este juego.

—Porque siempre pierdes.

—Quiero otra sesión de amor.

—Tu como siempre pensando en lo mismo.

Joke tiró sus cartas sobre el montón de monedas y refunfuñó.

—¿Qué quieres? —pregunté con paciencia.

—Ya sabes lo que quiero.

—Y yo quiero ganarte.

—¿Qué pasa? —preguntó molesto—. ¿No te ha gustado lo de antes?

—Mucho.

Joke puso sus manos sobre las monedas y las cartas, y las arrimó hacia él mirándome con suplica.

—Eh, deja eso ahí —avisé en broma—. Eso lo he ganado limpiamente —me acercó las cartas de nuevo y con una seña le indiqué que cogiera las suyas.

—¿De veras te gustó lo de antes?

—Creo que mis gemidos lo dejaron claro. “Chinchón”. —puse una carta al revés sobre las monedas y le enseñé mi abanico de cartas.

—No puedes tener “Shinshon”. Acabamos de empezar.

—Míralo. —Tendí con más claridad las cartas.

—Es imposible.

—Joke, no empieces —repliqué—. Mira las cartas. Todas del mismo palo y números correlativos. Habrás barajado mal.

—Yo barajo mejor que nadie —vale, tenía el orgullo herido.

—Pues entonces te he ganado.

—¡Tú has hecho trampa!

Estallé en carcajadas. Tenía mal perder y siempre me acusaba de lo mismo.

—¿Jugamos a otra cosa en la que no pierdas nunca?

Mi novio gruñó grotescamente, enseñando los dientes.

—¡No! Quiero la revancha —barajó de nuevo, a conciencia, y repartió—. ¿Crees que saldrás ilesa de la misión?

—Totalmente —cambiamos algunas cartas del montón y de las desechadas—. Todo va a salir estupendamente —Por supuesto, pensaba justo lo contrario, pero eso no se lo dije a Joke—. “Chinchón”.

—¡Como que “Sinshon”! ¡Como que “Shinson”! llevamos dos minutos de partida —me miró con desconfianza—. Te las estás escondiendo en algún lado.

Carcajeé a lo bestia. Me encantaban los cabreos de Joke.

Éste se puso de pie, rígido.

—Donde las guardas —Comenzó a manosearme por todas partes, fingiendo que buscaba cartas ocultas—. En las tetas, seguro. Todo lo guardáis ahí.

Continué riendo sin parar, me estaba haciendo cosquillas.

— ¡Que no he guardado nada, mal perdedor!

Aquello le provocó más.

— ¡Vamos, tramposa! Dámelas o... o te quito la ropa y te dejo en bolas.

—Que amenaza más sugerente. No sabes perder, chico. ¡No, no me quites la ropa!

Me arrebató la camiseta de tirantes, dejando mis pechos al descubierto. Jadeé por el forcejeo.

—Dámelas o sigo.

—Quita lo que quieras —dije con una risita—. No encontrarás nada más que lo que buscas.

Bueno, su juego había quedado al descubierto. Para que seguir con la farsa. Joke quitó el gesto infantil de su rostro y esbozó otro totalmente seductor. Se quitó la camiseta dejando su torso a la vista. Lo mismo hizo con el pantalón. Se colocó sobre mí, en la cama, y trató de dominarme. No obstante, me adelanté y giré para quedar sobre él. Joke levantó la cabeza para besarme y yo puse una mano en su pecho para evitarle. Después, tras una mirada gatuna, me agaché lentamente y relamí sus labios. Joke captó las intenciones que llevaba y se dejó hacer, cerrando los ojos.

Levanté los fuertes brazos de mi novio y atrapé sus muñecas, consiguiendo que Joke se sorprendiera por la increíble fuerza que tenía. Mi objetivo era el cuello, posé sus labios en él y lo besé cálidamente, escuchando suspirar a Joke. Estaba a mi merced. Entonces, comencé a succionar hasta que la piel se tornó roja, casi morada. “Eres mío”, quise decirle tras haberle marcado, sin embargo, me limité a hacerle el amor con dominación.

Las prisas me pusieron nerviosa. Tenía mucho que hacer ese día y ya eran las ocho de la mañana. Me vestí con descuido y antes de salir de la habitación dejé una nota sobre la almohada. Caminé de puntillas y cerré la puerta con cuidado de no hacer ruido. Empecé deprisa el camino hacia mi alcoba. No disponía de tiempo para perderlo. Una vez en ella, me metí debajo de las literas y levanté, con la ayuda de una navaja, un baldosín del suelo. Allí había estado escondiendo durante un tiempo todo lo necesario para esta noche. Me había costado muchas horas de sueño hacer un pequeño agujero para esconder mis efectos personales. De él saqué una carta, la cartilla del banco, el carné falso que me dio Aidan, mi nuevo pasaporte, también falso y por supuesto, los miles de dólares que me había prestado Joke, junto con la pistola. El pack completo. Lo metí todo en la mochila y descarté meter algo de ropa en ella. De momento no la necesitaba.

Fuera llovía a cantaros. Mejor, borraría mis pisadas. Corrí todo lo deprisa que me permitieron las piernas, sin preocuparme de cómo el agua embarrada me manchaba los bajos del pantalón. Llegué hasta el camino de piedras. Más adelante, cruzando el bosque, me encontraría con la autopista. Volví a acelerar. La espesa cortina de agua me hacía ver borroso. No importaba, sabía cuál era el camino. Seguí por la espesura hasta que empecé a divisar la autopista. Decidí parar para recuperar el aliento. Dejé caer la mochila a mis pies y me doblé dolorida. Quedaba poco para llegar y la lluvia no me resultaba agradable. Corrí de nuevo, revitalizada por el pequeño descanso. Cuando mis pies pisaron la gravilla de la carretera me sentí aliviada. Ya estaba hecho. No podía dar marcha atrás. Ahora solo tenía que levantar el dedo y esperar a que algún coche párese.

El primero pasó de largo, ignorándome. Maldije un par de veces y continué caminando a la derecha de la carretera. No hacía mucho frío pero el agua calaba mis huesos. Pasó otro coche que también me ignoró. El chapoteo de mis botas era desagradable. No me gustaba nada la lluvia y menos cuando se trataba de caminar bajo ella. Alguien pitó a mis espaldas. Al girar el cuello vi una camioneta blanca y vieja. No veía bien al conductor pero parecía mayor. El señor se inclinó hacia el asiento del acompañante y abrió la puerta, invitándome a subir.

Estaba decidida. Giré sobre mi misma y caminé hacia la camioneta.

— ¿Hacia dónde vas? —en efecto, era mayor. No obstante, tenía cara de buena gente.

—Hacia el centro —Levanté la voz para hacerme escuchar bajo el torrencial. El agua me caía por la cara a chorros y mi pelo estaba pegado a mis mejillas pero no me lo aparté, cuanto más escondida tuviese la cara menos se fijaría en mí.

—Sube. Te llevo.

No mediamos muchas palabras, no hacía falta. El autostop es así. Uno pide que le lleven, el otro acepta y santas pascuas. ¿Para qué ser educada si no le iba a volver a ver?

Cuando llegamos al pueblo observé con un gesto de cansancio las calles por donde pasábamos. Solo había estado una vez en el centro. La verdad era que resultaba

pintoresco. Se notaba que el ayuntamiento se esmeraba por mantenerlo impecable.

El conductor me dejó en la calle más comercial, justo lo que necesitaba. Bajé del coche y saludé al hombre con una mano dándole las gracias.

Había cesado de llover. Y yo estaba totalmente calada. Ahora sí, mi imagen tenía que cambiar totalmente.

Aún no habían abierto las tiendas así que podría ir al kiosco y comprar tabaco. Me había gustado aquella tontería. Aproveché para comprar provisiones para el camino; cuando fue la hora me dispuse a ver escaparates. Eran tiendas caras en su mayoría. Había de todo en esa calle, pero solo necesitaba ropa. Alguna muda para pasar desapercibida y poder quitarme el uniforme militar. Me paré frente a una tienda y observé el modelo del escaparate que me había robado la respiración. En ningún momento pensé en comprarme algo semejante, pero aquel atuendo mejoraba mi plan. Un precioso conjunto rojo de chaqueta entallada y falda cortísima, complementada con una pamea roja y un lazo ostentoso de color negro. Con ese traje nadie me rechistaría. Justo lo que necesitaba. Entré en la tienda y eché una mirada rápida. El establecimiento pecaba de lujos y los empleados parecían agentes de Merill Streep. Una de ellas se acercó regalándome una preciosa mirada de desprecio ante mi destartalada presencia.

— ¿Puedo ayudarla en algo?

El tono repipi y con un toque de repugnancia me tocó las narices. Haz tu trabajo y deja de juzgar a la gente por su indumentaria, pensé.

— ¿Podría sacarme una talla de este traje?

La dependienta me miró bruscamente. ¿Qué pasaba? ¿Los militares no podíamos vestir bien? Odiaba a la gente que iba de rica cuando lo único que tenían era un trabajo asqueroso y mal pagado en una tienda llena de trapos de marca.

—Por supuesto.

Sentí que me estaba enfundando un disfraz. Me gustaba vestir bien pero eso era pasarse. Me quedaba estupendo pese a todo. Parecía una señorita adinerada, adulta, con ganas de dejar claro quién era yo. Pues vamos allá. Salí del vestidor con la pamea en la mano y la mochila y ropa en la otra.

—Me lo llevo puesto.

Ahora me miraba de otra manera. Con el símbolo del dólar en la pupila del ojo. ¿De verdad era tan superficial la gente?

La dependienta me cortó las etiquetas y se las llevó en la mano para cobrarla.

—Disculpe. ¿Tienen cabina de peluquería?

Todas las tiendas de ricachonas tenían, esa no podía ser menos.

—Claro.

Dicho y hecho. Me llevaron a la parte de atrás y allí me encontré con un hombre joven negro bastante amanerado. Vestía un pantalón de piel de cocodrilo blanca y brillante; una camisa azul eléctrico. Los primeros botones estaban desabrochados, dejando ver el principio de una mata de pelo rizado. Me observó con crueldad estética y negó con la cabeza.

—Tu pelo pide unas mechas a gritos.

—Pues dámelas. —Dije sonriente.

A la hora y cuarto salí de allí totalmente disfrazada. Me habían puesto mechas

cobrizas y mi pelo ahora llegaba por la mitad de la espalda, con las puntas repletas de bucles. Mi rostro estaba sutilmente maquillado, pero con un rojo magenta en mis generosos labios. Ahora aparentaba más de veinte años. Perfecto.

Una de las cosas buenas de las tiendas de ricachones era que si pedías que llamaran a un taxi, lo hacían. Y cuando salí de allí me estaba esperando uno. La vida era muy diferente de no tener dinero a sí tenerlo. Así funcionaba todo.

—Lléveme al banco Intervia.

Y además, todo el mundo me respetaba con la mirada. El taxista ni siquiera susurró cuando le di la orden. Sencillamente puso el coche en marcha y me llevó a mi destino.

Antes de bajar del coche le pedí algo al conductor.

—Voy a necesitarle para más viajes. Espéreme aquí.

El banco Intervia era vistoso, no obstante, sin lujos desbordantes. Era un banco de militares, no exclusivamente, claro, pero todos los soldados de la base de Greensay tenían una cuenta abierta en él.

Fingí ser una mujer rica. Mis pasos eran todo lo elegantes que me permitía mi escasa experiencia. Los tacones los tenían dominados; no era la primera vez que los calzaba. Pero andar como la hija de un gran empresario era otra cosa. Había que llevarlo en la sangre, y yo no era tal cosa.

Los zapatos repiquetearon al subir las escaleras de mármol. Noté que algunas personas que salían del banco me miraban embelesados. Entré por la puerta giratoria, como los grandes, y al estar dentro me paré frente al vestíbulo con la espalda muy recta.

Si iba como Jeriel Jorden jamás me darían el dinero sencillamente por ser menor y además dejaría constancia en el intento. Como Amanda Garden no podrían sospechar nada, al menos durante un tiempo que me permitiría avanzar en mi plan.

Entre los cinco empleados que trabajaban en sus mesas, elegí al que tenía cara de haberse perdido en algún momento de su vida. Parecía débil y tímido. Con la elegancia que llevaba seguramente le intimidaría.

Caminé en dirección a él, con la cabeza erguida y la espalda recta. Solo me faltaban cuatro perritos YorkShire, caminando con sus diminutas patitas y habría sido escena de película. Los tacones continuaron resonando sobre el suelo de mármol. ¿Quién podría pensar que aquella joven era un Navy? Mi disfraz era perfecto.

—Buenos días —regalé una sonrisa seductora y puse ojitos gatunos, esperando que el muchacho se dejara embriagar por mi belleza. El joven levantó la mirada y abrió la boca, engatusado. *Touché*.

—Buenos días —de momento todo iba bien—. ¿En qué puedo ayudarla?

Me senté en la silla que había frente a la mesa y con cara simpática empecé mi gran actuación.

—Ayer mi hermana llamó al banco para darme consentimiento y poder sacar dinero de su cuenta. Ahora desea que lo mantenga en mi banco.

—¿Tiene consentimiento escrito para ello?

—Sí, claro. —Me di cuenta de que comenzaban a sudarme las axilas. Saqué del bolso un sobre y varias cosas más para agilizar las cosas y salir de allí cuanto antes—. El consentimiento, su carné de identidad y el mío. —Lo dejé todo sobre la mesa. El joven lo recogió y comenzó a repasarlo con minuciosidad. Eso me preocupó. No

quería que lo hiciese. La espalda también comenzó a sudarme. Tenía que parar aquello cuanto antes—. Me dijo que a lo mejor lo necesitaban. ¡Es tan lista! Ya lo decía mi padre, que triunfaría en todo. Murió hace tres meses, ¿sabe? —el joven levantó la cabeza para mirarme. Pude leer en sus ojos que le importaba bien poco—. Ni siquiera pudo verla cumplir los catorce añitos —una lágrima tan falsa como el carné que me había regalado Aidan rodó por mi mejilla. Eso ablandó al muchacho; sacó un pañuelo del bolsillo de la solapa y me lo entregó. Me enjuagué los ojos y se lo devolví—. Ay, que lastima —susurré.

—Lo lamento.

—Yo también. Teniendo una hija tan joven... por suerte, nos tiene a nosotras. A mamá y a mí.

El empleado abandonó su tarea de mirar los carnés. Eso me alivio al instante. Porque de haber seguido mirándolos habría tenido que inventar una historia de porque Jeriel y Amanda se parecían tanto pese a ser hermanastras.

El joven leyó el consentimiento y procedió a teclear en su ordenador. Su rostro se volvió de un tono verdusco al reflejarse la pantalla.

— ¡Vaya! —exclamó el muchacho.

— ¿Qué ocurre? —traté de manifestar tranquilidad, al menos la adecuada para ese momento; sin embargo, por dentro mi corazón latía demasiado deprisa.

—Debe esperar un momento, por favor —el joven se levantó de su asiento y caminó en dirección a un hombre alto y con el pelo canoso. Supuse que se trataba de su jefe. Si había descubierto algo tenía la esperanza de poder solucionarlo deprisa. Si no, tenía que salir de allí corriendo y reestructurar el plan. Mierda.

El joven empleado volvió sus pasos acompañado del señor mayor. Respiré profundamente y traté de quitar la cara de susto que tenía. Saqué de mi bolso una barra de labios y un espejo, fingiendo estar acicalándome. Y qué puñetas, intentaba relajarme como podía.

—Buenos días, señorita Garden. —El hombre mayor tendió la mano para saludarme.

—Buenos días —se la estreché con tal de que todo aquello acelerara.

—Soy el director del banco Intervia. Tengo entendido que desea retirar dinero de la cuenta de su hermana.

— ¡Oh, no, no! El deseo es de mi hermana.

—Entiendo. Verá, señorita Garden, la cuenta corriente de su hermana asciende a más de dos millones de dólares. Es mucho dinero.

—Si, en efecto. Ella me pidió que sacara tan solo dos millones.

— ¿Y porque quiere sacar tanto dinero su hermana?

Aquella pregunta me la esperaba. Era consciente de que no me iban a dar el dinero sin preguntar antes para qué era. Suspiré sonoramente. Con un ademán les pedí que se acercaran a mí, cosa que hicieron con el ceño fruncido.

—Deudas —susurré. Miré a ambos lados, buscando algún indicio de que alguien pudiese escucharme. Teatro, puro teatro—. Es comprometedor lo que voy a contarles, así que les pediré total discreción —hice una pausa y continué hablando—. Papá nos ha dejado como testamento un montón de deudas, pero no dejó dinero para pagarlas —volví a mirar a ambos lados, asegurando la intimidad—. Estamos reuniendo dinero

entre mamá, la peque y yo para poder pagarlas. Nosotras le dijimos que ella se mantuviese al margen. ¡Pero es un ángel! Insistió en ayudar para pagarlas —volví a derramar unas cuantas lágrimas para dar más realidad a mi farsa—. Es un regalo de Dios.

Los dos empleados me miraron con cara de no estar creyéndoselo mucho. No había funcionado mi teatro. Y necesitaba ese dinero ya. De acuerdo, lo intenté por las buenas. Vayamos a por las malas.

—Caballeros, ayer mi hermana escribió un consentimiento para que sacara dinero de su cuenta y me lo entregaran. Tienen en su poder, el permiso, su firma, su DNI y todo cuanto precisan para darme el dinero. No me gusta el trato que me están dando y si me hacen perder más tiempo haré una llamada a mi madre para que cancele todas las operaciones que tiene en este banco y nos marcharemos a otro donde nos den mejor trato que Intervía.

—¿Quién es su madre?

—La viuda del Coronel Albert Garden.

Me quedé inmensamente callada. Acababa de cometer la mayor de las locuras.

Sus rostros se volvieron cetrinos y yo estaba intensamente acojonada.

El Director se sintió con ganas de continuar hablando sobre el tema y tuve que intervenir.

—Caballeros, tengo mucha prisa.

—Oh, por supuesto. —El hombre se sonrojó por el corte. Lo siento, así son las cosas.

En cuestión de veinte minutos estaban tramitando mi dinero.

—¿Cómo quiere que se lo entreguemos?

—En billetes de mil dólares.

Tuve que esperar algo más para que me entregasen el dinero. Por uno de los pasillos del banco caminaba un hombre con una bolsa negra con mi dinero. Me hicieron entrega de la susodicha tras firmar algunos papeles y no tardé en despedirme de los empleados del banco.

—¿No tiene miedo de que le roben la bolsa? —me preguntó el más joven.

Le observé con seriedad. Por un momento olvidé mi teatro y pensé en la respuesta a esa pregunta. Si alguien intentaba robarme, desde luego pagaría por su atrevimiento.

—No —contesté fríamente.

Giré sobre mis talones y salí del banco con la misma elegancia con la que entré pero con el carácter acelerado. Al verme fuera noté que mi corazón se relajaba y suspiré con fuerza al verme liberada de la presión que acababa de sentir.

El taxi me esperaba como pedí. Al sentarme en el coche tuve miedo otra vez. Temía que investigaran y me cogieran.

—Lléveme a Preenton, de prisa —mi voz sonó fría y temblorosa.

El coche se puso en marcha y a cada centímetro que recorría más lejos me sentía del peligro. Cuando giramos la calle todo mi temor desapareció. Entonces centré mi atención en la bolsa de dinero y comencé a meterlo en la mochila de viaje. No me molesté en esconder mi acción del taxista.

Las calles permanecían transitadas por un buen número de personas. El ambiente que desprendía la ciudad era animador. Todo el mundo iba de allí para acá,

resolviendo sus pagos, las compras, algo de diversión...

Pensé en la base. Seguramente a esas horas me estarían buscando como locos. Por ello sentí la urgencia de acelerar mis movimientos. Pero cada cosa debía hacerse con minucioso cuidado para que no me pillasen antes de tiempo.

—Pare en esa papelera que hay enfrente —le dije al conductor.

El taxista obedeció y bajé la ventanilla, sacando por ella la bolsa que me habían dado en el banco, y la tiré a la papelera.

En el entrenamiento nos enseñaron que todas las bolsas que se utilizaban en los bancos para grandes sumas de dinero llevaban chips de seguimiento con el que se podría perseguir a alguien en caso de robo. Teniendo en cuenta que había sacado dos millones bajo un nombre falso y una interpretación que resultó un desastre, debía deshacerme de la bolsa cuanto antes.

Una vez en Preenton le indiqué al conductor el camino hasta la casa de Joke. Antes de continuar con mi plan debía hacer algo en la casa de la playa.

Al bajar del coche, el olor a salitre inundó mis pulmones. Echaba de menos aquel lugar. Me quité los tacones para sentir como mis pies se hundían en la fina arena, mojada por la lluvia. Me coloqué en la ventanilla del copiloto y dirigí unas palabras hacia el conductor.

—Espéreme aquí. No tardaré mucho.

Con la mochila a cuestas caminé hasta la casa de Joke. Parecía tan lejano el fin de semana que pasamos juntos... Una sonrisa se dibujó en mis labios, entregándome a mis recuerdos con él. Frente a la puerta, abrí mi bolso y de él saqué un juego de ganzúas. Antes de utilizarlas miré hacia el taxi. Desde allí no podía ver lo que me proponía hacer.

Las ganzúas hicieron su trabajo sin problema alguno. Dentro de la casa todo seguía igual de limpio y ordenado. Me pregunté quién delante la mantenía así.

Mi objetivo en ese lugar era la caja fuerte de Joke. Sabía que estaba en el sótano de la cocina. No me gustaban los sótanos; sudaba cuando veía uno. Pero en él se encontraba toda la información que robé sobre Shaper. Debía recuperarla para desvincular a Joke de la lista negra del General. Cuando el superior descubriera todo lo que me había llevado, —que lo haría— pondría la base patas arriba para encontrarla. El siguiente lugar donde buscarían es en casa del amante de la ladrona.

Las escaleras hacia el sótano era como todas: oscuras y hacia abajo. Busqué el interruptor y cuando lo encontré todo se llenó de luz. La gran estancia estaba cargada de un olor ácido. Costaba respirar. En una parte del sótano había un pequeño tragaluz que daba al exterior, pero permanecía cerrado. Fijé mis ojos en los bultos que se apilaban por todas partes resguardados con telas gruesas para que no cogiesen polvo. No sabía exactamente donde tendría Joke la caja de seguridad, así que fui levantando las telas una por una. Me encontré con la sorpresa de que bajo una de ellas permanecía nueva, limpia y brillante una *Harley Davidson*... no entendía de motos pero pensé que aquel automóvil era lo más bonito que había visto jamás. Lo cubrí de nuevo, maravillada y continué buscando la caja fuerte.

Normalmente se colocaban en paredes o bajo el suelo; no encontré indicios de tal cosa y empecé a desmoralizarme. Me apoyé sobre el mostrador que servía a modo de taller de bricolaje, cargado con herramientas. Si en las paredes no estaba solo quedaba

la opción de que estuviese en el suelo. Fui baldosa por baldosa, golpeándolas con los talones y escuchando el sonido que este hacía. Entre la Harley y algunas cajas descubrí un sutil hueco donde no había nada. Caminé hasta allí y golpeé la baldosa. Sonó diferente, algo hueca, aparte de que a su alrededor no había lechada. La levanté con cuidado y bajo ella encontré lo que buscaba. Cuando viese a Joke le daría un par de consejos para esconder una caja fuerte de una manera menos obvia.

Me centré en la combinación de la rueda. Había varias formas de abrir una caja fuerte casera, pero la menos escandalosa era agudizar el oído. Me puse de rodillas con miedo a mancharme la ropa y acerqué la oreja a la rueda. Desconocía la combinación, sin embargo, sabía cómo averiguarla. Por lo general eran tres pares de números. El trabajo de averiguar los números era complicado. El giro de la rueda sonaba igual al moverse por los números, solo cambiaba un poco el sonido al llegar al número correcto. Comencé a girar la rueda lentamente, escuchando con atención y evitando que nada de lo que pudiese oír en otro lado me molestase. Primero lo hice a la izquierda. Sonaba como un castaño de dientes pero más metálico. De pronto algo sonó diferente. Ya tenía el primer número: 20. Giré hacia este número cuatro veces, tratando de quedar exactamente en el número en la cuarta vuelta. El siguiente número lo averiguaría del mismo modo pero hacia la derecha. Descubrí el número 19, en esta ocasión tres vueltas y quedando exactamente en el número, como la otra vez. Ya tenía dos números. Me quedaba el último. De nuevo hacia la izquierda giré con sumo detalle hasta que chascó el prodigioso dígito: 50. Dos vueltas y perfeccionando la postura en la última. Al conseguir la combinación, los quince centímetros de acero de manganeso se abrió levemente.

Miré mi reloj y descubrí que había tardado demasiado. Esperaba que el taxista no se hubiese marchado por puro aburrimiento.

Al levantar la puerta de acero mis labios se abrieron con lentitud. Dentro había un par de armas, joyas y diamantes, y gran cantidad de acciones y valores. Mi ceño se frunció confuso. Acababa de descubrir que mi novio era rico y nunca me había dicho nada. ¿De dónde habría sacado los diamantes y las joyas? Dejé a un lado todo aquello y encontré lo que había ido a buscar. Una bolsa con toda la información robada de la base. Lo saqué y lo dejé a un lado. De la mochila saqué los trescientos mil dólares que me había dejado Joke y los introduje en la caja, junto con las joyas y demás. Cerré la caja, dándole una vuelta a lo loco en la rueda y metí en la mochila lo que me pertenecía. Volví a esconder la caja fuerte bajo la baldosa, coloqué otros embalajes sobre esta y salí de la casa corriendo.

El taxista continuaba allí, fumando un cigarro.

—Lamento haber tardado tanto —contesté con falta de oxígeno—. Tuve que dar de comer a los gatos.

—No se preocupe, el taxímetro sigue contando.

Asentí.

—¿A dónde la llevo ahora?

—Al aeropuerto.

Desperté con una sensación de paz que jamás había experimentado. Por primera vez sentía que algo me motivaba a levantarme por las mañanas. La monotonía parecía estar desapareciendo desde que Jeriel formaba parte de mi vida.

Aún me pesaban los parpados; la noche anterior me había dejado exhausto. Permití que descansaran un poco más hasta despejarme del todo y mientras, con la mano, busqué el cuerpo desnudo de mi novia. Mi mano acarició la sábana áspera, sin embargo, no encontré indicios de Jeriel. Abrí apresuradamente los ojos y giré el cuello en la dirección donde se suponía estaba ella. Lo encontré vacío, arrugado y con una pequeña nota sobre la almohada. Supongo que la cogí por instinto, ya me imaginaba lo que podría decir en ella. Todas las notas que se dejan sobre la almohada dejan constancia de malas noticias o de ausencias. Aún imaginando lo que contenía la carta, eché una ojeada a toda la habitación por si estaba mi novia presente. Nada, no estaba. Presté atención a la hoja y la desdoblé, reconociendo la letra de Jeriel.

Eres lo mejor que me ha pasado. Sin embargo, hay cosas que exigen mi atención.

Te quiero.

J.J

Leí por segunda vez la carta con el ceño fruncido. ¿A qué se refería con esas cosas? ¿Qué cosas podían requerir su atención? Desde que Jeriel y yo iniciamos nuestra relación supe que jamás sabría lo que pasaba por su mente. Siempre guardaría secretos. Supongo que, por su forma de ser, lo aceptaba de buenas maneras. Y si no era así, tampoco tenía más opciones.

Me levanté de la cama y me desperecé ruidosamente. Los rayos del sol entraban por las ranuras que dejaban las persianas y algunos de ellos bañaron mi cuerpo desnudo, acariciando mi piel con su calor. Me rasqué la entrepierna aprovechando que Jeriel no se encontraba presente. De estar, me habría llevado una colleja.

Recogí mi ropa del suelo; estaba desperdigada por la habitación. Esto me hizo recordar las sesiones de amor que compartí con ella, siempre tan receptiva.

Una vez vestido salí de la habitación de Marcos. Tras saludar a un par de compañeros con los que me crucé fui directo a las duchas. Lo primero que hice fue descargar la vejiga y después me acerqué a una ducha comunitaria. Allí encontré a Nick, frotando una pastilla de jabón y deleitándose por el calor del agua.

— ¿Qué hay, Nick?

Mi Teniente sonrió levemente; sin embargo, recuperó su semblante serio.

— ¿Qué tal fue el partido? —pregunté por sacar un tema de conversación mientras me duchaba.

—Ganamos por tres puntos.

—Estupendo —sonreí.

—Espero que tengas una buena explicación para oler a sexo de esa manera.

Los músculos de mi cara se tensaron. ¡Maldita sea! Debería haber cubierto mi cuerpo con algo de colonia, o meterme en una ducha individual. Mi olor delataba mi noche de placer con Jeriel y Nick no era imbécil. Se percataba de todo. Si no mentía, me pegaría una paliza allí mismo. Y si lo hacía, pisaría una de las pocas normas que hay entre amigos. No tuve elección.

—Nick, te aseguro que no es lo que crees.

— ¿Y qué es lo que se supone que creo?

—Que me he acostado con ella. No es así. —No tenía más elección que mentir.

—Más te vale —Nick se giró hacia mí, amenazándome con la mirada— porque si me entero de que lo has hecho te parto las piernas.

Tragué saliva. Tras ese rostro serio y elegante, con facciones indias; tras ese carácter constantemente tranquilo, habitaba un hombre que si requería convertirse en un asesino, lo hacía. Esos eran los buenos soldados. Los que te sorprendían. Nick lo era. Y su amenaza iba totalmente en serio.

— ¡OFICIAL EN LA DUCHA!

Alguien gritó para advertirnos de que un superior entraba. Todos nos sorprendimos, no solía ocurrir. Giramos el cuello en dirección a la entrada de los baños y al ver al General Shaper nos estiramos e hicimos el saludo de visera.

Shaper echó un vistazo en general, buscando a alguien. Su rostro se encogió de asco al ver tanto hombre desnudo.

—Santo cielo, que tenga que encontrarme con este cuadro nada más empezar el día —le escuché decir.

Sus ojos se clavaron en nosotros dos y caminó decidido hasta nuestra ducha. Por cortesía cerramos los grifos para no mojarle el uniforme.

—Buenos días, General —saludó Nick educadamente.

— ¿Dónde está Jorden?

— ¿Perdón, señor? —Nick parecía sorprendido ante la pregunta. En realidad, yo también. No era necesario entrar en las duchas para buscar a una mujer.

— ¿Dónde está Jorden? —esta vez separó las palabras para que le entendiésemos mejor.

—Le aseguro que aquí no, señor —dije con una sonrisa—. Nos habríamos percatado de ello.

Nadie rio mi gracia. Seguramente porque no la tuvo. O tal vez porque Shaper me estaba taladrando con su mirada de advertencia.

—Guárdese sus estúpidas bromas para otro momento, Sawler.

—Sí, señor. Lo siento, señor.

Noté que mi rostro se enrojecía y me ardía la vergüenza.

—Teniente Johnson, puesto que tengo la absoluta certeza de que tiene más sesera que su compañero, ¿le importaría responder a mi pregunta?

—Señor, me temo que no sé la respuesta. No sé dónde está el soldado Jorden. Estará durmiendo o tal vez disfrutando de un baño relajado.

—No, no está ahí. —Levantó la mano, haciendo un gesto para que Nick no continuase hablando—. La hemos buscado por todas partes y no la encontramos. ¿Tiene la menor idea de...? —de pronto se calló. Miró de reojo a la gente. Deduje que

su pregunta no debía hacerse delante de tanta gente. Siempre escondiendo secretos. Como Jeriel—. Teniente Johnson, haga el favor de presentarse en mi despacho en veinte minutos. —Hizo una pausa y fijó la vista sobre mí—. Y traiga al bufón de la base con usted.

Tuve que soportar su humillación. Le vimos salir de allí con paso acertado y fue cuando conseguí relajarme.

—Dios, como odio a ese hombre —susurré.

—Lo que no sé es como no te odio yo a ti —le miré confundido. ¿A qué venía eso ahora? Debió leerme el pensamiento porque contestó con claridad—. No he conocido a nadie más insensato que tú.

—Adelante, continúa el trabajo de Shaper y mina mi moral.

— ¡Por el amor de Dios! ¡Cállate y termina de ducharte!

Nicolas tocó con los nudillos a la puerta del despacho del General; esperamos hasta que nos dieron permiso para entrar. Dentro encontramos a Shaper enfurecido, con las cejas muy juntas y un visible deseo de gritar a alguien. Nos quitamos las gorras para saludar y nos quedamos de pie esperando no sabíamos el qué.

—Necesito saber dónde se encuentra el soldado Jorden.

Nick suspiró. Daba muestras de que esto iba a ser complicado. No teníamos ni idea de donde se encontraba Jeriel, pero tampoco había indicios de que no se encontrara en la base.

—Con el debido respeto, señor, no sabemos dónde está. No hemos hablado con ella esta mañana.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio, Johnson?

—Desde que volvimos del centro de investigación, señor.

—¿No fue a cenar?

—No, señor.

—¿Y a desayunar?

—Tampoco.

—¿Es que esa criatura no se alimenta? —La voz de Shaper se elevó desmesuradamente. Eso si eran indicios de problemas. En el momento, relajó algo el rostro; parecía querer aliviar su carácter para poder pensar mejor—. De acuerdo, ¿tienen idea de donde puede estar?

Me quedé pensando. En realidad no tenía ni idea de donde se encontraba Jeriel. Solo sabía lo que decía su nota. Y eso era poco más que nada.

—¿Les comentó algo? —Shaper seguía con su interrogatorio. No sabía si conseguiría algo. Y a decir verdad, no estaba seguro de querer contar nada sobre la nota—. ¡Por los clavos de nuestro señor Jesucristo! ¡Algo les habrá contado!

—No, señor —dijo Nick—. Me temo que no.

—Anoche no durmió en su habitación —aseguró Shaper. Aquellas palabras me pusieron tenso. No tenía ni la más remota idea de cómo lo había averiguado. Tal vez preguntando a sus compañeras de litera. Daba lo mismo. Que Shaper supiese aquello me comprometía a mí. Shaper se levantó de su cómodo sillón y se me acercó insinuante. Dios, por mi propio bien debía callar. Si el General descubría mi relación con Jeriel me abrirían un expediente—. Sawler, usted no sabrá algo ¿verdad? Le veo muy callado.

He de reconocer que Shaper me acongojaba. Sabía lo dura que podía ser su mano. Pero a decir verdad, me preocupaba más la reacción de Nick si contaba dónde pasó Jeriel la noche; en especial porque hacía poco rato le había asegurado que no me acostaba con ella. Mi corazón latía con fuerza, temiendo que alguno pudiese escucharlo. Cuando entras en el ejército prometes cumplir el código de honor. Y eso implica no mentir a un superior. Había dos presentes en el despacho. A uno ya le había mentado.

Respiré profundamente, algo mareado, y dije lo que sabía.

—Señor, la soldado Jorden pasó la noche conmigo.

Hubo un momento de silencio. Nada se movió salvo el cuello de Nick para escrutarme con su mirada fulminante. Miré a uno y luego a otro. ¿Qué esperaba? ¿Qué me aplaudieran? Mi carrera acababa de terminar y posiblemente me esperaban años de cárcel.

— ¿Con usted? —Shaper despertó de su sorpresa.

—Sí, señor.

—A lo mejor estoy malinterpretando sus palabras, soldado. ¿Me está diciendo que ayer mantuvo relaciones con el soldado Jorden?

Me costó contestar, pero lo hice.

—Si... señor.

Shaper se acercó más a mí intimidándome. A decir verdad, lo estaba haciendo.

—Soldado Sawler, ¿se está tirando a una niña de trece años?

Dicho así me convertía en un pederasta. No les iba a culpar, posiblemente, ante la ley lo fuese. Si conocieran a Jeriel como yo no pensarían eso. Aunque, quien daba por hecho que pensaban que era un pederasta era yo. Tal vez mi conciencia estaba volviendo a la superficie. En cualquier caso, tenía que responder a mi General.

—Sí, señor.

— ¿Es consciente de que es una menor?

—Sí, señor.

— ¿Y que merece que le abran un expediente?

—Sí, señor —estaba asustado.

— ¿Y de que puede ir a la cárcel?

—Claro, señor. —Respondí algo acobardado—. De todas formas —me aventuré a decir— ella consiente nuestra relación, sino pregúntele.

— ¡No, soldado! ¡No puedo preguntarle nada porque no tengo ni la más remota idea de donde cojones se encuentra!

Me picó el oído derecho debido a su grito. Pareció relajarse al momento; algo que agradecí. Se apartó de mí para caminar por el despacho en silencio. Entre tanto, aproveché para mirar a Nick. Su mandíbula rechinaba de lo tensa que la tenía. Sus ojos estaban fijos en un punto distante. Me temía lo peor.

—Mientras se la tiraba —Shaper resurgió de su silencio, obligándome a mirarle— ¿no le comento nada de que fuera a salir de la base?

—No me comentó nada. Cuando desperté ya no estaba.

Shaper sonrió agresivamente y después fijó la vista en mi amigo.

— ¿Qué le parece? Su amiguito le está metiendo la zambomba a la niña de sus ojos. Y por su cara tengo la sensación de que usted no lo sabía.

—Si hubiera sabido algo habría remediado tan depravada situación, señor.

Tragué saliva.

Shaper nos miraba, en parte divertido. Parecía disfrutar del momento tan incómodo que se estaba dando en su despacho.

— ¿Saben qué? Me importa una mierda si el bufón que tengo delante pone a cuatro patas a Jorden y la obliga a rebuznar mientras se la mete por el culo. Lo único que me interesa ¡es saber dónde cojones está la soldado Jorden! —Su rostro se volvió de color escarlata tras vociferar. Parecía no entender que nosotros estábamos en la misma situación que él.

—Me temo que no podemos ayudarle —Nick fue tajante.

—Pues si se enteran de algo ya pueden correr aquí y decírmelo.

—Claro, General.

—Señor —me aventuré a decir—. ¿Va a abrirme un expediente?

—No.

Al principio me sentí confuso. Tenía una confesión de mi propia boca por lo que podrían juzgarme sin problema. Luego comprendí por qué no me denunciaría. Si lo hacía, tendría que dar explicaciones de por qué tenían un soldado de trece años en una base militar. Y ahí es donde terminaría su carrera en el ejército. De una forma u otra, me había librado de un gran castigo.

—Lárguense de mi vista.

Nick y yo hicimos el saludo de visera y salimos del despacho. Sentí una gran liberación al volver a ver los pasillos pintados con color crudo. Pero ahora me tocaba enfrentarme al silencio de mi amigo.

—Por favor, dime algo —le supliqué.

No lo hizo. Y no le culpé por ello. Hasta yo me odiaba en ese momento. Continuamos caminando por los pasillos hasta llegar a nuestra habitación. Dentro estaban Darkness y Grace. No me dio tiempo a ver qué estaban haciendo pues un fuerte dolor se centró en mi ojo. No vi venir el puño de Nick y su fuerza me hizo tambalear hasta perder el equilibrio y caer al suelo. Me arrastré hasta un rincón, algo acobardado y confuso. Nick jamás debía ser subestimado. Era apacible en todo momento menos cuando tenía una razón para sacar el ejecutor que había dentro de él. Yo le había dado unas cuantas.

Volvió a embestir contra mí, partiéndome el labio. No tuve ocasión de defenderme, en parte porque me había arrinconado yo mismo; y también porque algo me decía que merecía ese castigo.

De nuevo me golpeó y habría continuado haciéndolo si no hubiese sido porque mis compañeros le sujetaron.

— ¡Tú sabías que nos estábamos acostando! —Intenté defenderme con palabras una vez que le mantuvieron alejado de mí—. ¡Lo sospechabas!

Mis palabras enfurecieron más aún a mi amigo y me asentó una patada en el estómago. Estuve a punto de vomitar por el dolor, pero resistí.

— ¡Teniente! —Gritó Darkness—. Su actitud pone en peligro su cargo en la base —le mantenía sujeto por la espalda, con un brazo por debajo de la axila. Grace se interponía entre nosotros para evitar que me golpeará más—. ¡Vamos, déjale ya!

— ¡Debí matarte cuando empecé a sospechar, maldito degenerado!

— ¡Mierda, Nick! ¡La quiero!

Esto me dio una pequeña tregua. Nunca habría expresado mis sentimientos delante de mis amigos de no verme obligado. Apaciguó un poco el ambiente.

—Sabes perfectamente que ella ha dado sentido a mi vida. ¡Lo sabes!

Mis compañeros soltaron a Nick al ver que se relajaba. No me gustó la idea. Podría atacarme de nuevo. Plantó su mirada de advertencia para decirme algo.

—Si la dejas embarazada te juro por mis antepasados que te mato. Te lo juro.

Hubo un corto silencio, suficiente para recomponerme. Me levanté del suelo y me toqué la herida del labio. Sangraba mucho. Ni que decir del dolor que tenía en el ojo.

—La quiero, Nick. Y nadie nos va a separar.

No sé qué fue lo que dije pero el Teniente giró lentamente la cabeza y me miró con esa frialdad sátira, dejando claro que tenía un As en la manga.

— ¿De veras crees eso? Déjame decirte que te equivocas. En estos momentos te estará poniendo los cuernos igual que hizo cuando estuvimos en el Centro.

Me quedé paralizado. Y desconcertado.

—Sí, Joke. Sí. Nada más ver al hijo del Coronel le faltó tiempo para acostarse con él.

En mi interior nació una ira que desconocía y me lancé sobre Nick sin pensar en las consecuencias que podrían acarrearle eso. Le sujeté de la pechera y le empotré contra la pared.

— ¡Estás mintiendo! —Grité repleto de rabia.

—No, Joke —permanecía tranquilo, permitiendo que yo le agrediese; lo que significaba que me estaba diciendo la verdad—. No te miento. Lo sé porque no durmió en su habitación. Se pasó los tres días escondiéndose con él.

—Mientes —quise gritar pero solo conseguí que mi voz se quebrara, pareciendo un lamento.

—No. Vi deseo en sus ojos y no hizo nada por quitárselo de encima.

Le solté y me aparté un poco. ¿Qué podía hacer? ¿Emprenderla a golpes con él por el acto traidor de Jeriel? Miré hacia el suelo, dolido emocionalmente. Jeriel me había traicionado. Y lo peor de todo eran nuestros encuentros amorosos desde su vuelta. Recordé el momento en la ducha, o la noche que pasamos juntos en la habitación de Marcos. Suspiré tras notar una sacudida en el estómago.

—Por eso no la encuentran —continuó diciendo Nick—. Porque se ha ido. Apuesto que se ha fugado con él.

—Imposible. Ella me quiere —lo dije para convencerme de ello.

—Claro. ¡Te quiere porque eres el único que le ha dado trescientos mil dólares que ahora mismo se estará gastando a tu salud! —Vociferó—. ¡Maldita sea! Nos ha engañado a todos —su rostro rezumaba impotencia.

No entendía como había llegado a esa conclusión pero desde luego, sabía mucho más que yo sobre lo que ocurrió en ese centro. Tal vez por eso fue que le creí.

—Vamos —Nick respiró profundamente, evitando pensar más en Jeriel, y me indicó con la mano—, te acompañaré a la enfermería.

Le miré desafiante. Me había ocultado información que por nuestra amistad debió contarme. Le odiaba en ese momento. Les odiaba a los dos.

—Vete a la mierda.

Esa fue mi manera de dejar claro lo humillado que me sentía. Y con esas palabras me marché de allí dando un portazo; en dirección a la enfermería para que me curasen el ojo y el labio. Habría deseado que también pudiesen curar mi corazón destrozado.

Pagué el taxi y le di una buena propina al conductor. Coloqué la mochila en la espalda después de quitarme la pamela de la cabeza. No era muy estético que dijese la mezcla de estilos.

Caminé por la Terminal hacia las señoritas de las ventanillas. Nunca había estado en un aeropuerto y me sentía emocionada. Observé a las operadoras y busqué a una que no tuviese pinta de hacer muchas preguntas. Me fijé en una mujer que rondaría los cincuenta años. La descarté al pensar que con esa edad podría ser madre. Las madres tienen un sexto sentido y se percatan de todo. Dos puestos más a la izquierda había una mujer joven, con la mirada perdida y el pelo recogido en un moño. Intentaba estar digna para un trabajo como el suyo, pero la falta de brillo en su pelo mostraba descuido. Sus movimientos eran desaliñados, faltos de interés. Era perfecta.

Me dirigí a ella, convencida de que ni se fijaría en mi cara.

—Buenos días.

—Buenos días, ¿qué desea? —sus palabras salieron de su boca como si fuese una máquina expendedora. Había acertado con ella.

—Quiero un billete para el próximo avión que salga.

—Un momento.

La joven mujer tecleó en su ordenador a gran velocidad y en unos segundos levantó la mirada.

—El próximo avión parte hacia Japón en veinte minutos. ¿Le parece bien ese?

Saqué de mi mochila la lista de contactos que me facilitó Bryan Murder y ojeé entre los nombres y direcciones. Una sonrisa fría nació de mis labios.

—Me parece perfecto.

Transcurrieron seis días desde que Jeriel desapareció sin dejar rastro alguno. Shaper emprendió una investigación para buscarla; que no sirvió para nada. Nadie la había visto salir de la base. Interrogaron a Aidan Callahan pero no consiguieron la información que deseaban. Si el joven hubiese contado algo sobre el regalo que le hizo a Jeriel, en cuestión de horas la habrían acorralado y devuelto a la base por la fuerza. Aidan no sabía nada de ese plan, ni siquiera lo sospechó. Y de haberlo sabido, jamás habría abierto la boca.

En las agencias de viajes y aeropuertos tampoco pudieron ayudarles. Era como si Jeriel nunca hubiese existido. Al concluir el sexto día de su desaparición tan solo obtuvieron un informe vacío.

Por otra parte, Joke no mediaba palabra con Nick salvo para cosas estrictamente necesarias. No le perdonaba no solo haberle ocultado la infidelidad de Jeriel, sino el contárselo a modo de reproche. No soportaba las mentiras y para él era lo más parecido a una.

A parte de todo eso, se mostraba preocupado ante la ausencia de Jeriel. Quería verla para exigirle una explicación sobre su traición. Y entre otras cosas, sin Jeriel la misión se iría al traste y la buscarían por desertora.

Joke se mantenía ocupado limpiando las duchas y retretes. Ese era el castigo que le habían confinado por estar acostándose con Jeriel. No fueron duros, a decir verdad. Pero tampoco era agradable limpiar la suciedad de los demás.

Mientras rascaba con estropajo los azulejos del suelo, escuchó como unos pasos se acercaban. Si pensaban que podrían entrar y pisarle lo fregado andaban listos.

—Aquí no se puede entrar —avisó sin apartar la vista del suelo—. Ve a los baños de la segunda planta.

—No pretendo ensuciar tu trabajo.

La voz de Nicolas resonó con eco.

Joke levantó la mirada hacia la entrada de los baños.

—¿Qué quieres?

Nicolas caminó a la derecha y se apoyó sobre las taquillas.

—Creo que deberíamos hablar.

Joke suspiró. Dejó caer el estropajo en el cubo de agua con jabón y se puso de pie. Esperó a que Nicolas fuese el primero en hablar; él no tenía por qué dar explicaciones de nada.

—Lamento haberte pegado. Me dejé llevar por el enfado —hizo una pausa notoria—. Sabes que no soy violento.

—Lo sé —el semblante de Joke reflejaba lástima.

—En cuanto a lo demás... tal vez lo exagerara.

Joke levantó la mirada y la fijó sobre Nicolas.

—¿A qué te refieres?

—Pues que no tengo ni idea de lo que pasó entre Jeriel y ese muchacho. De hecho, no sé si pasó algo.

—¿Te lo inventaste? —su cara de sorpresa alertó a Nicolas, que no tardó en

explicarse.

—No, no. Más bien conjeturé. —Volvió a guardar silencio un momento—. No durmió en su habitación y puesto que no parecía despegarse de ese chico, pensé en lo peor.

— ¡Nick! —exclamó Joke, con desesperación.

— ¡Lo siento! —Su voz sonó a súplica.

— ¿Tienes idea de la aversión que he sentido hacia ella estos días?

—He cometido un error.

Joke caminó pensativo con cuidado de no pisar lo que había fregado. Era un alivio escuchar de la boca de Nicolas que no tenía idea de lo que había sucedido. No exculpaba a Jeriel de estar desaparecida. Tampoco de haber pasado tiempo con un chico en el centro. Al menos le quedaba el beneficio de la duda.

— ¿Crees que volverá? —preguntó con miedo de conocer la respuesta, olvidando el grave error de su amigo.

—Si te soy sincero, Joke... me temo que no tengo respuesta para tu pregunta.

Los nervios se masticaban en el equipo de Nicolas Johnson. Sin Jeriel presente no se podría llevar a cabo la misión y sino recuperaban el disquete, las consecuencias podrían ser terribles.

Por la mañana entrenaban y por la tarde buscaban quehaceres que mantuviesen ocupadas sus mentes para evitar pensar en problemas.

El pelotón corrió campo a través durante horas, escalando los obstáculos de cuerda, entre otros, dejándose el pellejo en cada paso que daban. El sol se puso cuando terminaron el entrenamiento; agotados, caminaron hasta las duchas. Una vez en ellas disfrutaron de la limpieza que les otorgaba el agua fresca y el jabón. Durante casi todo el día olvidaron la razón que les llenaba de pesadumbre. Sin embargo, cuando sus mentes dejaron de estar ocupadas, los problemas volvieron. Darkness fue el primero en mostrar su inquietud.

—Teniente, ¿cómo se supone que vamos a realizar nuestra misión sin Jorden? —
Trató de que en su voz no se mostrara un solo atisbo de nervios.

Nicolas fue claro en su respuesta.

—No lo sé —no quería parecer cenizo, y aun así le resultaba agotador volver a pensar en los problemas que estaba levantando Jeriel.

—Pero el General tendrá un segundo plan, ¿no?

En el ambiente se notaba más ánimo mientras se quitaban los resquicios de un día agotador.

—Creo que Shaper está más asustado que nosotros. Seguramente, si Jorden no aparece, tendrán que anular la misión —se jabonó la cabeza con esmero; de sus rizos mojados caía la espuma bajo el agua limpia—. Y entonces —prosiguió— es cuando Shaper la pagará con nosotros. Yo que vosotros empezaría a rezar.

Hubo un silencio después de que el Teniente terminara. Era obvio que ese comentario no les hacía mucha gracia.

— ¿Sabéis lo que creo? —Se aventuró a preguntar Grace—. Que Jeriel se asustó y ha huido.

—No creas que no lo he pensado —aseguró Nicolas—. Y si esa fuese la razón me decepcionaría bastante. Os aseguro que Jeriel puede completar la misión. Deberíais haberla visto trabajar en el centro —no se percató de la pasión que estaba poniendo en sus palabras—. Nos dejó a todos con la boca abierta —durante un instante sonrió al recordar los tres días en el centro pero de nuevo su rostro se volvió fúnebre—. ¿Dónde estás, Jeriel? —susurró.

— ¿Y no se os ha ocurrido que tal vez se haya ido de vacaciones? —Todos dejaron de jabonarse para mirar a Montenegro, el hombre bajito que había realizado la pregunta—. Tenía permiso, ¿no? Firmó el registro de salida como todo el mundo.

— ¿De vacaciones? —preguntó Joke.

—A lo mejor se ha ido a pasar unos días con su familia —continuó el mejicano.

—Jeriel no tiene familia salvo Marcos —Nick le corrigió sin interés alguno—. Y sigue en el hospital.

—Entonces, puede que se haya ido a un hotel. Ninguno de nosotros pasaría sus días

de permiso en la base. Ella no iba a ser diferente. Caballeros —Montenegro alzó la voz para hacerse notorio—. Me decepciona saber que he sido el único en pensar algo tan sencillo y lógico como es el alejarse de la base para descansar. —Aseguró Montenegro.

Nicolas se sintió ofendido. ¿Por qué no se le ocurrió a él?

— ¿Y con quien iba a pasar esos días? —preguntó Joke, reiterando que Jeriel no tenía familia.

—Puede que sola. A lo mejor quería pensar.

— ¿Pensar? ¿El qué? —insistió Joke.

—Joke, esa jovencita tiene muchas cosas en la cabeza.

Joke frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No, me lo habría dicho —objetó.

— ¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque soy su novio —total, ¿para qué fingir que no lo era? Algunos miembros del equipo lo sabían y el resto se enteraría con el tiempo.

—Joke, —comenzó Darkness—. Si te crees que Jeriel te va a prometer lealtad, vas listo. ¿Has visto el caso que le hace a Shaper? Para Jeriel no hay normas ni ataduras.

—Lo cual es curioso —agregó Grace—. Se supone que la armada te cambia. La disciplina, el código de honor; se arraigan en tu corazón y sientes respeto por la insignia. Sin embargo, en Jeriel no ha hecho mella alguna.

—Normal, es tan obstinada como cualquier otra mujer.

Todos soltaron una risa floja ante el comentario de Darkness.

Cenaron con un ánimo diferente; tras llegar a la conclusión de que Jeriel podría haberse marchado de vacaciones, la moral aumentó.

Las conversaciones se mezclaron con el ruido de los platos al chocar, los tenedores al llenarse de comida y los cuchillos al cortar la carne.

Ese momento les devolvió la unión que una vez tuvieron antes de que el soldado McCorman falleciera en una antigua misión. Desde aquel día el equipo sintió que había fallado. No importaba saber que la culpa fue del compañero por no revisar todos los pasillos de aquel cuartel enemigo. No, todos se culpaban de su muerte. Y de aquel día nació la desconfianza por miedo a volver a fallar. Miedo que se incrementó al unirse Jeriel al grupo, una resabiada de trece años jugando a ser un Navy.

Pero esa noche, en la cena, mientras todos disfrutaban de una agradable charla repleta de chistes y alguna obscenidad que otra, recuperaron la moral.

Tres soldados entraron en el comedor. A simple vista no parecía raro; entraban y salían a medida que terminaban de cenar. Sin embargo, ellos no fueron directos a los mostradores donde servían la comida. Caminaron con paso autómatas hacia la mesa donde se encontraba Nicolas y con firmeza elevaron su mano hacia la frente para saludar.

—Permiso, Teniente Johnson.

Nicolas levantó la mirada hacia los tres soldados, terminando de masticar con calma el contenido de su boca. Tragó y se limpió la boca con la servilleta de papel.

—Dígame, soldado.

—Teniente, han encontrado al soldado Jorden.

Varios tenedores resonaron sobre los platos y todo el equipo de Nicolas permaneció en silencio, esperando a que su Teniente dijese o hiciese algo. Éste se mostró silencioso, sin moverse, pensativo; sus ojos brillaron de una forma peculiar.

Con rapidez se levantó de su silla y no esperó a los tres soldados. Empezó el recorrido en dirección al despacho de Shaper. Al primero que habrían notificado sobre el suceso sería a él. Sus pasos fuertes y decididos giraron por un pasillo mientras su mente trabajaba. ¿Dónde habría pasado esos días? hizo el ademán de parar en seco cuando se le ocurrió una pregunta que solo pensarla le daba escalofríos. ¿Y si la habían encontrado muerta? Eso respondería su ausencia los días pasados. Sintió que las piernas flaqueaban ante esa posibilidad. Sus ojos volvieron a brillar, temiendo lo peor.

Se acercaba al despacho de Shaper y desde lejos escuchó unas voces alejadas. Provenían de allí, cuanto más se acercaba, más claras las escuchaba. Shaper gritaba literalmente y Jeriel le replicaba en el mismo tono.

Era la primera vez que Nicolas se alegraba de que la muchacha desobedeciera el protocolo. Hacerlo significaba que estaba bien. Habiéndose esfumado el peso que nació en su interior, llamó con los nudillos a la puerta.

— ¡Pase! —se oyó gritar a Shaper.

Nicolas entró tranquilo en el despacho. Sus ojos se posaron en Jeriel, que dejó a un lado su discusión para sonreírle. Estaba diferente. Más madura y realmente bonita.

Llevaba un vestido corto y ajustado de color rosa palo; intensificaba el frío gris de sus ojos. Su pelo estaba más corto y tenía mechas cobrizas. El rostro lo tenía sofocado por la disputa. Nicolas se dio cuenta de que Jeriel había crecido en todos los aspectos. Su cambio era notorio. Sus labios se arquearon levemente y sus ojos sonrieron al verla tan repleta de vida.

Sin embargo, Shaper era todo lo contrario. Su semblante estaba malhumorado y de color escarlata por el esfuerzo al gritar. Su interrupción le vino de perlas para recuperarse.

—Siéntese, Johnson.

Nicolas obedeció volviendo a centrar su atención en Jeriel. ¡Realmente estaba preciosa! En su piel se veía el resultado de haber tomado el sol. No estaba tan cetrina.

La voz de Shaper impidió que pudiese continuar con su immaculado proceso de observación y giró el cuello para escuchar al General.

— ¿Qué le parece, Teniente? Nuestro soldado más joven ha regresado y espera que no la amonestemos por haberse marchado —su voz radiaba enfado e impaciencia.

—Le repito que marché de vacaciones. Usted me dio permiso.

— ¡Pero no para marcharse de la base!

— ¿Desde cuándo hay que pedir permiso para eso? ¿A cuántos les da autorización para salir de la base en sus vacaciones? ¡Es un derecho propio! Además, firmé en el registro de salida.

—Su caso es diferente.

—Claro que lo es —contestó ella con arrogancia—. A usted lo que le pasa es que pensaba que me había escapado y la misión se iría al traste.

Shaper levantó una mano y la indicó con un dedo.

—Cuidado, Jorden. Está pisando territorio peligroso.

— ¡Pero General! ¡Eso llevo haciéndolo desde que tuve la desgracia de conocerle!

— ¡No se atreva a hablarme así! Puedo acusarla por subordinación.

—Hágalo —contestó ella sin interés.

— ¿Ah, sí? —Shaper levantó una ceja y la observó con astucia—. Eso supondría abrirle un expediente.

— ¿Y que conllevaría? —ambos eran conscientes de que lo preguntaba con desinterés.

—Le podríamos quitar el honor y la insignia.

Jeriel sonrió pérfidamente.

— ¿Realmente cree que ese trozo de oro significa algo para mí? —Por supuesto que sí. Era lo único que respetaba sencillamente por las horas de entrenamiento y angustia que le habían costado. Se la había ganado a pulso. Y desde luego negaría por encima de todo lo que sentía, en especial a Shaper—. ¿Cree que me sujeto a un patriotismo? —No, y todo el mundo lo sabía. Para ella el patriotismo significaba atarse a la debilidad de creer en la fuerza y poder del ser humano; algo que tan solo era una fachada—. Ábrame todos los expedientes que desee, que me la trae floja.

— ¡Ya basta! —Gritó el General enérgicamente.

Jeriel colocó las manos en son de paz. Tampoco quería cabrearle más.

—De acuerdo, General —sí, su voz apacible ayudó a que Shaper se relajara un poco—. ¿Quiere decirme algo más?

— ¡Por supuesto! Quiero saber en todo momento donde está. Cuando come, cuando caga, cuando se acuesta con el soldado Sawler. ¡Todo! —al ver como el rostro de Jeriel enrojecía de vergüenza atacó vilmente—. ¿Se sorprende de que lo sepamos?

Jeriel se mantuvo callada.

—Jorden, aquí me entero de todo —se acercó a ella tratando de intimidarla—. De todo. —Con un dedo indicó a ambos—. Pueden marcharse.

Jeriel no deseaba pasar más tiempo bajo la mirada crítica de Shaper; se dio la vuelta y salió de allí enseguida. Su estómago le indicó el camino hacia el comedor pero la mano de Nicolas sujetó su muñeca, evitando que diese un paso más.

— ¿Y ahora qué? —Se quejó ella.

Nicolas tiró de ella hacia su habitación.

— ¿Podemos hablar en otro momento? Estoy muerta de hambre.

—Ya cenarás más tarde.

Esas fueron las palabras que mediaron hasta que llegaron a su habitación. Dentro se encontraba el equipo al completo, esperando la llegada de Nicolas. Con un pequeño empujón la obligo a entrar y cerró la puerta para tener intimidad.

—Muy bien —comenzó, dándose la vuelta y mirándola fijamente. Sus ojos negros estaban algo cerrados, escrutando—. Ahora dime dónde has estado.

Jeriel ignora que todos los presentes se mantuvieran absortos en mirarla.

—Ya lo has oído, de vacaciones.

Nicolas giró la cabeza hacia la derecha, con una sonrisa algo despectiva y mucha paciencia. Volvió a mirarla.

—Jeriel, si Shaper se conforma con esa explicación me parece estupendo, pero yo no. Dónde, exactamente.

— ¿El dónde es tan importante?

—Jeriel... —lanzó un primer aviso.

—En Seattle —se apresuró a contestar con el mismo aguante.

— ¿Has estado en Seattle?

— ¿Por qué no dijiste nada? —inquirió Grace.

—Le dejé una nota a Joke.

—Donde no explicaba nada —contestó él.

Jeriel se fijó en las marcas que tenía su novio en el rostro. Se preguntó con quien se habría peleado, pero lo dejó para más tarde.

—Bueno, tenía prisa.

— ¿Prisa? ¿Para qué?

—Para comprar mi billete de autobús.

—Y si compraste un billete, ¿Por qué no encontraron ningún resguardo cuando te buscaron?

Jeriel encogió los hombros. Sabía el porqué, pero se lo guardaría para ella.

—Pagué en metálico.

Nicolas sopesó su respuesta y trató de buscar algún ápice en su rostro que confirmara que estaba mintiendo. No vio nada salvo mucha tranquilidad.

—Eres una irresponsable, Jeriel —aseveró Nicolas—. Nos has tenido a todos con el alma en vilo, temiendo que te hubiese pasado algo.

— ¿Por qué iba a pasarme nada?

— ¡Porque Shaper intentó matarte!

—Pero eso es parte del pasado —aclaró ella— y si para mí eso está olvidado, cuanto más para vosotros.

Jeriel se adelantó unos pasos en dirección a la puerta. Para ella la conversación había terminado.

—No vuelvas a marcharte sin avisar —le ordenó Nicolas—. Si lo haces, te verás metida en líos de los que no podré sacarte.

—Buenas noches —dijo ella en respuesta.

La puerta de la habitación de Marcos se cerró conmigo y con Joke dentro. Mostré una sonrisa que reflejaba cuanto le había echado de menos. No obstante, él no sonreía. Mantenía las manos guardadas en los bolsillos, serio y sin ganas de juegos.

— ¿Quién es Aidan Callahan?

Mi sonrisa se borró al instante, tensando los músculos de la cara. Sentí que me derrumbaba al escucharle pronunciar un nombre que él no debía conocer.

— ¿Qué te ha contado Nick?

— Que posiblemente hayas tenido una aventura con él.

Cerré los ojos. Por un lado odiaba a Nick por tener la lengua tan larga. Y, sin embargo, por otra parte, pensaba que tarde o temprano Joke se habría enterado. Por mucho que intentase olvidar aquellos días en el centro, mi conciencia no me lo permitiría.

— Nick no puede saber nada porque en ningún momento me vio con él.

Joke se relajó un poco, tal vez esperando que no hubiese pasado nada en aquel centro.

— Pero si, algo ocurrió.

Percibí que le fallaban las fuerzas ante mi confesión. Lo que él no sabía era que la misma sensación corría en mi interior.

Le costó unos segundos reaccionar y cuando lo hizo, permitió que su dolor saliese en la forma que deseara.

— ¿Cómo has podido hacerme algo así?

Abrí la boca para tratar de explicarme y contarle lo ocurrido pero Joke no me lo permitió.

— ¿Cómo has podido traicionarme de esta manera? — Caminó deprisa hasta alcanzarme y me sujetó de los hombros, zarandeándome—. ¿Te acostaste con él?

— ¡No, Joke, no!

— ¿Se supone que he de creerte?

— Puedes hacer lo que quieras.

— Ni te atrevas a mostrarte ofendida — me amenazó con un dedo para que no continuase por ese camino—. ¿Qué pasó entre vosotros?

— Pues... — miré de un lado a otro, evitando encontrarme con sus ojos; me avergonzaba lo que estaba a punto de confesar—. Estaba borracha... yo...

— ¿Borracha? — preguntó atónito.

— Escucha — posé mis manos en el pecho de Joke para tranquilizarle un poco — lo que te voy a contar no es para excusarme. Bebí demasiado y me abotagó los sentidos. Es cierto que ese chico me pretendía, pero has de saber que le dejé claro que tu existías y de mi amor por ti.

Joke soltó una risa despectiva.

— ¡Es cierto! Lo que pasa es que no se dio por vencido.

— ¿Y porque no le evitaste, Jeriel? — había crítica en sus ojos, pero también súplica.

Le di la espalda.

—Porque me enseñó lo que es vivir.

Joke se mantuvo callado, confuso por mis palabras. Volví a girarme para mirarle a los ojos y hablar con franqueza.

—Me enseñó que las normas no siempre han de cumplirse, pese a que alguien las imponga. A veces, es divertido ignorarlas. —Evité el gesto de sorpresa de Joke y continué—. Me enseñó el delicioso sabor que tiene el champán. Lo entretenido que es esconderse para fumar tabaco y pasar el rato en estancias prohibidas. Joke, —mis palabras se convirtieron en un peso demasiado grande como para no dejarlas salir— me enseñó lo que es ser adolescente. Algo que desconocía. Tener un cerebro privilegiado no me convierte en una persona adulta y madura, pero aquí es lo que me obligan a ser. ¡Y yo no quiero! Deseo hacer las cosas que hacen los adolescentes. ¿Tan egoísta soy por lo que pido?

Joke tragó saliva cuando terminé de hablar. La pasión que había visto en mí al hablar le asustó.

— ¡Pero eso no te excusa para que me traiciones, Jeriel!

Agaché la cabeza a modo de arrepentimiento. Un suave movimiento de Joke me obligó a levantarla, percibiendo como en su cabeza se ideaba otra pregunta.

— ¿Te has enamorado de él?

Sonreí suavemente. Esa pregunta tenía fácil respuesta.

—No. Aidan solo ha representado para mí lo que he deseado desde que tengo uso de razón: una vida normal.

—Y si solo significaba eso para ti, ¿Por qué te liaste con él?

—Porque estaba borracha.

— ¿Le besaste? —de nuevo se sintió alterado al no sentirse contento con mi respuesta.

—No.

—Entonces, te besó.

—Sí.

Mi respuesta rompió la hombría de Joke, cubriendo su rostro con una mano.

— ¿Por qué, Jeriel? ¿Por qué? —Descubrió su rostro para seguir preguntándome—. ¿Te gustó? ¿Le correspondiste? ¿Que más te hizo!

—No estoy dispuesta a hablar por pura vergüenza y arrepentimiento. Pero no sucedió gran cosa.

— ¡Dios! —Exclamó Joke con rabia. Caminó hasta la pared y descargó su ira sobre ella golpeándola con el puño.

— ¡Joke, estaba borracha! —le volví a explicar.

—No te excusa —susurró. Estaba completamente hundido, con la frente apoyada en la pared y deseando que esa conversación no se estuviese dando—. Después de liarte con él hicimos el amor. ¿Cómo pudiste mostrar tanta frialdad?

Me quedé callada unos instantes ante el inmenso peso de sus palabras.

—Porque te quiero. Mi error me dejó clara constancia del amor tan profundo que siento hacia ti. —Mis ojos se llenaron de lágrimas—. Te pido que me perdones. Ya no que continúes a mi lado, porque creo que no estoy en condición de pedir algo así. Pero perdóname, por favor.

Joke se volvió y me miró con los ojos llenos de odio.

— ¿Quieres que te deje? ¿Es eso?

—No, no quiero.

—Pues yo no sé si podré perdonarte.

Me acerqué a él y le abracé la cintura, apoyando mi mejilla en su pecho.

—No hay maneras suficientes para expresar el amor que te tengo.

La piel de Joke se estremeció al entrar en contacto con mi calor corporal. Deseaba crearme y perdonarme, pero se sentía traicionado y humillado. Me apartó de su lado, sujetándome por los hombros, y miró mis ojos donde pudo ver sinceridad. Finalmente, optó por la vía más propia en su caso: caminó hasta la puerta y se marchó de allí.

Un mes después

Jamás había visto aquella necesidad de amor en unos ojos. No podía permanecer más tiempo en la cama; hacía rato que el sueño se había marchado. Colocó las piernas en la orilla de la cama y se sentó en ella. Enredó sus finos dedos en el cabello despeinado y dejó caer un poco la cabeza. Suspiró, casi derrotada, y se apartó el pelo de la cara.

Era incapaz de apartar aquel rostro de su mente. Unos ojos tan claros que parecían lunas; fríos como un témpano de hielo bañado con los rayos del sol. ¿Quién era aquella joven? Se preguntó. ¿Y porque soñó con ella hacía meses? Posiblemente había conexión entre su sueño y la visita al centro de adopción, y sin embargo, desconocía la razón. Aunque en su interior algo le decía que, posiblemente, la respuesta no fuese tan difícil.

Caminó hasta el vestidor y comenzó la tarea de elegir el traje que llevaría a trabajar. Iría de rojo, tal vez así animaría su estado. Se pintaría un poco los ojos, algo suave, nada de excesos. Frente al espejo, cogió un cepillo y lo pasó por sus cabellos marrones. Se paró en seco al verse reflejada. Sus ojos, de color whisky, reflejaban un alma vacía, carente de una necesidad que solo Dios y la naturaleza había otorgado a la mujer. Su deseo por tener un hijo era tan poderoso que sentía tener unas cadenas atrapando su cuerpo, esclavizándola y prohibiéndola su gran necesidad. Observó cómo sus ojos derramaban varias lágrimas. Y al verlo, precedió un llanto que silenció.

¿Cómo era posible? ¿Cómo había llegado a semejante situación? Se había esforzado para que su enfermedad no agravara. La tuvo a raya desde que se la diagnosticaron. Y sin embargo, no pudo hacer nada para ser vencida. ¿Ese era el precio por llevar una vida sana? ¿No poder tener más hijos? ¿Hasta dónde llegaba la mano de la justicia que empleaba la naturaleza sobre los inocentes? ¿Por qué ella, que deseaba una gran familia, no debía engendrar más hijos? Otras mujeres, drogadictas, sidosas, con vidas desarraigadas, lo hacían sin preocuparse de las consecuencias. Le parecía tan injusto verse en la obligación de no tener más hijos a cambio de seguir viva. De ningún modo, aquello no era justicia.

El cepillo se resbaló de entre sus dedos y rodó un par de veces por la moqueta. No se encontró con fuerzas suficientes para agacharse y recogerlo. A pesar de ello, flexionó las rodillas y las apoyó sobre el suelo. Extendió una mano hasta el cepillo y lo atrapó con fuerza. Jadeó. No por agotamiento sino por el dolor que corría por sus venas.

Si, la adopción era la siguiente elección para aumentar la familia. Y por mucho que se esforzara en creerlo, no era lo mismo. Llevaban meses preparando los papeles para adoptar. En realidad, todo estaba listo para tener un miembro más. Pero ¿a quién elegir? ¿Por qué la agonía y crueldad de tener que hacerlo? ¿Quién era ella para decidir cuál de los niños sin hogar sería el elegido y llevar una vida como Dios mandaba? ¿No era ya suficientemente grande su dolor como para sumar más peso sobre ella?

Su rostro, empapado en lágrimas, reflejaba claramente el malestar que su conciencia

le concedía.

Se acabó. No dramatizaría más sobre el tema. Las cosas estaban claras y por mucho que llorase, la vida era así de cruel. Si quería hijos tendría que adoptar y punto. Iría al centro con su marido, escogerían el que más necesidad tuviese y le darían la mejor vida que pudiesen. Y si venía el juicio final, ya le rendiría cuentas Dios.

Se levantó del suelo y limpió las lágrimas de la cara con la mano que tenía vacía. Volvió a reflejarse en el espejo para terminar de peinarse.

De nuevo, el rostro de Jeriel Jorden regresó a sus pensamientos, como una serpiente reptando dentro de su cabeza. De nuevo, esa fría necesidad de amor en unos ojos que hipnotizaban.

— ¿Quién eres, Jeriel Jorden? —su pregunta tenía respuesta y era ella quien debía contestarla. En su interior lo tuvo todo claro.

Un mes antes...

La luz que se colaba por las rendijas de la persiana me indicó que ya era de día. Arrugué la nariz con desagrado y bajé de la litera de un salto.

Otro día más en la base. Me ducharía, me pondría el uniforme de faena y entrenaría unas horas. Por la tarde pensaría que hacer y seguramente, al no encontrar labor alguna los nervios me atacarían el estómago. Apenas quedaban cuarenta horas para emprender el viaje a Omán. Una misión repleta de agujeros que seguramente tendría que rellenar a base de improvisar. ¿Realmente Shaper estaba engañando a tantas personas? ¿Nadie se daba cuenta de su verdadero propósito?

El aburrimiento me llevó al hospital para ver a mi hermano. Le habían quitado la escayola y el cabestrillo; lo que le dio libertad de movimiento. Pronto le darían el alta y tendría mucho trabajo para recuperar la forma física. Hasta que eso no llegara, procuraría alargar sus dolores.

—Son las vacaciones más extrañas que he tenido.

Me senté a su lado en la cama y le acaricié la mandíbula.

— ¿Sigue doliendo?

—Tengo molestias, pero voy bien.

— ¿Cuánto tiempo seguirás hospitalizado?

—Unas dos semanas; aunque si puedo alargarlo, lo haré —se dibujó una sonrisa traviesa en su rostro, esperando que le diese el visto bueno. Hice algo diferente; algo que le sorprendió. Me tumbé a su lado y con mi cuerpo le empujé para que me dejase más espacio. Marcos se fue un poco a la izquierda y me dejó hueco. Se sintió más cerca de mí que nunca; como respuesta me pasó el brazo por encima del hombro y me acurrucó muy cerquita de él.

—Jeriel...

Hice un gesto gutural en forma de pregunta.

— ¿Me has perdonado? —tembló un poco esperando la respuesta.

—Por supuesto —estuve a punto de sonreír cuando escuché cómo mi hermano respiraba con tranquilidad; eliminando sus temores para siempre—. ¿Recuerdas Asturias?

— ¿Quién puede olvidar la tierra de la que proviene uno? —su voz sonó suave, repleta de nostalgia.

— ¿Recuerdas lo fría que estaba el agua?

—Sí.

— ¿Y cuando íbamos a pescar?

—Querrás decir cuando yo iba a pescar porque nunca conseguiste sacar un pez del agua.

—Me daba pena matarlos —escondí la barbilla en el hombro de mi hermano.

—Recuerdo la cometa o el árbol tan grande en el que nos subíamos al caer la tarde.

—Con el polen revoloteando en el aire.

Marcos sonrió melancólico.

—Si —pausó largamente, temiendo decir lo que pasaba por su mente—. Y después me marché.

Me puse tensa y permanecí callada un instante.

— ¿Cómo es posible que fuésemos a parar a la misma base? —pregunté con el ceño fruncido.

—Es algo que me he preguntado demasiadas veces y nunca encuentro respuestas. A decir verdad, —giró el cuello hacia mí y buscó comodidad en la almohada— yo sé cómo llegué a la base. Pero tú...

—Yo tampoco. Es uno de los muchos agujeros que hay en la historia. Tengo algunas teorías, pero claro... solo son teorías.

— ¿Cómo cuál?

Me animé con la charla y comencé con algo que llevaba casi un año rondando por mi cabeza.

—Creo que Joseph y Angélica pertenecen a una secta.

— ¿Por qué piensas eso? —Marcos estaba asombrado por la rapidez con la que contesté; se le notaba en la suave arruga que le nacía en la frente cuando había preocupación en su interior.

—Bueno... aparte de que intentaran sacrificarme porque pensaban que era un demonio... supongo que por nada.

A Marcos no le gustaba mi sarcasmo.

— ¿Nunca viste indicios religiosos en ellos? —pregunté.

— ¿Cómo crucifijos, velas y cosas así?

—Tener crucifijos no denota formar parte de una secta, los usa mucha gente y las velas lo mismo, Marcos. Me refiero a que vieses interés por las sectas o por los sacrificios humanos. ¿Había libros en casa referentes a estos temas?

— ¿Libros? Jeriel, el único que leía en casa era yo y tengo otros gustos.

—Pues algo de esto tiene que haber.

— ¿Por qué ese empeño?

Me incorporé de mi hueco para mirarle a los ojos.

—Porque intentaron sacrificarme. Y los sacrificios humanos están relacionados con sectas. —Me tomé unos segundos para respirar con calma—. Hasta la daga tenía indicios satánicos.

— ¿Y qué vas a hacer al respecto?

Volví a tumbarme y acurrucarme al calor de mi hermano.

—En primer lugar, investigar y descubrir porque me trajeron a Canadá. Luego entender lo del sacrificio. Y después... matarlos a todos.

— ¿Qué? —la postura de Marcos en la cama cambió por completo al escucharme decir eso. Se removió con rapidez y se irguió un poco en la cama—. ¿Y no te basta con que les metan en la cárcel?

—Claro —esboqué una sonrisa que tranquilizó a mi hermano. ¿Para qué discutir sobre un tema que tenía tan claro? No sabía si era consciente de que le estaba mintiendo, que la cárcel no era una opción.

Una enfermera de mediana edad irrumpió en la habitación y se acercó a todas las camas para hacer su ronda. Sentí que estaba molestando. Me despedí de mi hermano y marché de nuevo a la base.

—Jorden, en una hora te quiero lista. Vestida de uniforme, desayunada y en el pabellón de armas. Tenemos que cargar el equipo en el helicóptero.

Nick intentó ocultar los nervios, al igual que yo, dando órdenes a diestro y siniestro a todo el mundo. No podía engañarme, estaba terriblemente asustado.

Me levanté con una pesadez en el estómago insoportable, incapaz de meter algo en él que no fuese para calmarlo. Me senté a la orilla de la litera y esperé unos segundos para relajarme. Me invadía el pánico. Miré mis manos. Temblaban sobremanera. ¿A quién quería engañar? Aquel trabajo no estaba hecho para mí. Teniendo la corazonada de que hoy era el último día de mi vida bajé de la cama y me fui directa a la ducha para ahogar todo el temor que pudiese. Ni siquiera los chorros de agua caliente caldeaban mi estado. Escondí mi desnudez rodeando mi cuerpo con una toalla y con otra me sequé la cara, con movimientos muy lentos. Supongo que alargaba el ir a la sala de armas. Una vez allí, prepararíamos el equipo y partiríamos al país de la muerte.

El calor concentrado en los baños me sofocaba, así que me vestí y salí de allí sin poder evitar lo que a continuación iba a ocurrir. Antes de ir a la sala fui a mi habitación a recoger dos *Tanto* que compré en mi viaje, quería incluirlos en mi equipaje.

En el pabellón encontré a mi equipo preparando todo. Limpiando las correderas y el cañón de sus armas; preparando decenas de cargadores para cada uno; granadas de humo, incendiarias y normales. Todo un abanico de posibilidades para matar al enemigo. Algún que otro cuchillo que llevarían en las botas. Y mientras lo preparaban todo... se masticaba en fracaso en la sala.

—Voy a conseguirlo —dije sin pensar. Mis compañeros levantaron la cabeza para mirarme sin apenas gesto en sus rostros. Sé que Joke intentó sonreír, pero le falló el esfuerzo—. En serio, chicos. Voy a conseguirlo.

Darkness metió un par de semiautomáticas en su bolsa con ímpetu.

—Más te vale, Jorden. Porque no quiero perder otro compañero.

Sonreí ante esas palabras tan llenas de afecto. Suspiré hondo y me acerqué a la taquilla de donde cogí una bolsa negra y emprendí la faena de armarme hasta los dientes. Alcancé con mi mano un mapa electrónico y lo incluí en mi lista de cosas para llevar a Omán. No estaría de más por si nos veíamos obligados a tomar otra ruta. Acto seguido recogí entre mis manos los *Tanto* y cuando iba a meterlos en la mochila Nick me paró la mano.

—No están permitidas esas armas.

Le miré de soslayo y continué con lo que me proponía.

—Teniente —comencé a decir con un tono más que irrefutable— mi mejor estrategia de lucha es con dos armas blancas. No me importa si se permiten o no. Me las llevo porque si la misión se complica las necesitaré. Y será la única forma de salir de allí con vida.

Estaba segura de que no le había convencido, pese a ver que sus ojos negros buscaban alrededor de nosotros por si me habían visto meterlas en el macuto. Después suspiró nervioso y continuó lo que estaba haciendo.

—Que nadie te las vea —su voz fue un susurro, ocultando su irresponsabilidad ante lo que representaba en la base. Qué más daba, pensé, aquí de lo que se trataba era de salvar el culo.

Alguien entró en la sala. El sargento Roberson al que había visto en un par de ocasiones y ambas sentí la necesidad de huir al escuchar su voz estridente. Era rubio, con el pelo cortado a cepillo y tantos hoyuelos en la cara que se podía ver a través de ellos.

—Teniente, el helicóptero espera. —Gracias al cielo fue rápido y se marchó de la misma forma.

— ¿Estáis listos?

Miré de nuevo mi mochila, cerciorándome de haber incluido todo en mi equipo. Armas, cargadores, alguna bomba de mano, chicles, comida prensada, cuchillos cortos, tridentes de escala, pintura para la cara, mis *Tanto*...sí, estaba preparada. Los demás asintieron con la cabeza.

—Caballeros —me pareció que Nick pretendía darnos un discurso para animarnos; me resultó algo tonto teniendo en cuenta que las posibilidades de que todo saliese bien era de un cincuenta por ciento—, no voy a soltaros un discurso para llenar vuestros corazones de esperanza —vaya, yo que esperaba que lo hiciese—. Porque la esperanza es para aquellos que no confían en sí mismos y buscan algo que llene ese vacío. Nosotros no somos así. Tenemos una misión estrictamente ensayada y cada uno sabe lo que tiene que hacer en cuanto llegemos a tierras desconocidas. No quiero heroicidades por parte de nadie. Nuestra misión es clara: conseguir el disquete sin que se percaten de nuestra presencia. En caso de que ocurra, no quiero un solo ápice de duda: dispararemos a matar. Y eso va por todos —sus últimas palabras iban dirigidas a mí, supongo que porque no me veía capaz de matar a nadie. En realidad, ni yo misma sabía si podría hacer tal cosa—. Les quiero de vuelta en treinta horas de una sola pieza. Y con la misión completada. En marcha.

Todos nos movimos con urgencia hacia el helicóptero donde encontramos a Shaper y al Coronel Callahan acompañados por varios superiores más. Mantenían una buena distancia para evitar la turbina de la inmensa aeronave. Deduje que deseaban ver como su plan se realizaba a pasitos pequeños. No esperamos y subimos al helicóptero. La primera en hacerlo fui yo. Me sujeté con las manos a ambos lados de la puerta y apoyé un pie en la entrada. Antes de subir miré a Shaper con esa mirada que me caracterizaba. Con astucia, resentimiento y con un coraje inmenso después de averiguar qué era lo que Shaper se proponía de verdad en Omán. Su respuesta a mi mirada fue implacable. Había éxito en sus ojos, y mucha crueldad. ¿Habría descubierto alguno de mis movimientos? Subí al helicóptero con la sensación de que ganase quien ganase, todos perdíamos. Me senté en una esquina al fondo y dejé mi mochila bajo las piernas atándola con el cinturón diseñado para ello. Después até el mío y lo ajusté debidamente para que no me oprimiese. Me sorprendió que Joke se sentara a mi lado. Lo hizo sin mostrar sentimiento alguno en su rostro, estaba serio y, aunque trataba de ocultarlo, parecía muy preocupado. El resto de mi equipo se fue colocando en los asientos hasta que estuvimos todos preparados para partir. Una sacudida nos indicó que estábamos dejando tierra firme y que el helicóptero se elevaba. Me sujeté a mi sitio, algo nerviosa. No temía caerme de él, estaba fuertemente

atada, pero aquella agitación me hizo ver la realidad tan clara como una playa caribeña: nos dirigíamos a Omán. No sé por qué lo hice, pero comencé a rezar en silencio.

El viaje se hizo muy largo pero ya estábamos llegando. Apenas quedaban veinte minutos para dejarnos caer al mar y proseguir nuestro viaje en una lancha hinchable. Nos movimos deprisa para preparar el equipo y vestirnos de negro. Aún quedaban dos horas para que comenzase a amanecer. La oscuridad sería nuestra aliada. Saqué la pintura negra y me pinté la cara, impregnándola con aquel viscoso maquillaje. En las mochilas incluimos un pequeño tanque de aire comprimido, de una hora de duración, por si nos veíamos obligados a bucear. Todas las posibilidades eran pocas.

—Soldado Jorden —me llamó Nick—, controle eso.

No entendí a qué se refería. Un gesto suyo me indicó hacia la mano izquierda. La miré y observé con sorpresa que me temblaba desmesuradamente. La agarré fuertemente con la otra y el temblor se dirigió a mi sistema respiratorio. Comencé a jadear entrecortadamente. Sorprendida por mi incapacidad para controlarme miré a Joke, buscando alguna alternativa. Sus ojos se templaron y colocó una mano sobre las mías. Al instante me relajé, ignorando el ligero mareo que tenía. Respondí a su caricia y atrapé su mano con las mías. Le miré con tristeza, con la sensación de no saber qué era lo que estaba ocurriendo en su cabeza.

—Pase lo que pase en Omán, no quiero bajar del helicóptero sin saber con certeza si seguimos juntos —me dijo Joke.

Mis ojos amenazaron con llorar y no podía permitirlo cuando apenas quedaban tres minutos para lanzarme al mar.

—Tú decides. —Dejé claramente todo el peso sobre él pero en mis ojos había súplica. Tal vez eso le pusiera las cosas más fáciles para decidir.

—Estamos juntos —sentenció tras unos segundos en silencio. Sonreí intensamente.

—La lancha está preparada, Teniente.

La voz del soldado determinó que debíamos saltar en breve. El mar nos esperaba abajo con el deseo de engullirnos. Nos desabrochamos los cinturones y caminamos hacia la puerta del helicóptero. Entre todos lanzamos al agua un enorme bulto y observamos cómo se hundía bajo el mar. A los pocos segundos brotaron centenares de burbujas de aire y bajo ellas apareció el bulto inflándose y formándose en una barca negra que se confundía con la oscuridad de la noche; un pequeño motor sobresalía en su parte trasera.

— ¡Muy bien, muy bien! —Gritó Nick—. ¡Caída libre, señores!

El primero en saltar fue Darkness, que no temía nada. Le siguió Montenegro y Grace. Luego me llegó el turno. Me acerqué a la puerta y vi que la distancia era importante. Si me lo pensaba dos veces jamás me tirarían y tendría que hacerlo Nick. Bajo ningún concepto permitiría esa cobardía en mí, así que me moví deprisa y dejé que la gravedad hiciese su trabajo. Tensé mi cuerpo hasta dejarlo totalmente en vertical y en menos de tres segundos el mar me engulló sin meras contemplaciones. Luche para salir a la superficie y coger oxígeno nuevamente. En el transcurso sentí bajo el agua como el resto de mis compañeros se dejaban caer y hacían el mismo esfuerzo que yo. Cuando llegue al exterior llené mis pulmones de aire y seguí forcejeando conmigo misma para evitar que mi equipamiento me hundiese al fondo

del mar.

Nadamos en dirección a la lancha y poco a poco nos fuimos subiendo todos. La oscuridad se puso de nuestra parte y pudimos llegar a la playa sin ser vistos. En el momento en que nuestros pies pisaron su arena, los cinco sentidos de cada uno de mis compañeros se pusieron en alerta máxima. Escondimos la lancha tras unos matorrales y nuestras manos fueron ocupadas con nuestras armas. Yo llevaba un M16 de calibre 5, era más liviano que otros fusiles. Me sentía cómoda con él. Y a mis espaldas me acompañaban mis *Tanto* ancladas en sus fundas y con la ayuda de un arnés cruzado.

Eché un vistazo a mí alrededor y llegué a la conclusión de que aquella tierra era pobre y áspera. La playa no era bonita, estaba repleta de rocas de arena con agujeros en los que seguramente se cobijaban bichos espeluznantes.

Caminamos sigilosamente, ocultándonos entre las rocas, intentando alejarnos de la playa. Nick sacó un mapa electrónico y buscó las coordenadas donde estaba La Cámara Oscura. Según las indicaciones estábamos cerca. Corrimos sin perder el estado de alerta por si nos encontrábamos con sorpresas. Me fijé en como trabajaban mis compañeros. Hacían todo por inercia, no parecía que tuviesen miedo. Llevaban años cumpliendo misiones, y seguramente carecían de temor. Yo estaba aterrada y por mucho que intentase convencerme de que todo iba a salir bien no lo conseguía. Fui detrás de Nick que nos guiaba por un pequeño sendero rodeado de desierto. Me repugnaba aquella tierra arenosa. De pronto, Nick elevó el puño al aire y todos nos paramos, vigilando cada ínfimo sonido. Frente a nosotros, a unos cincuenta metros se levantaba un extenso muro formado por arena blanquecina. Desde aquí no lo veíamos pero el muro se extendía creando un rectángulo; dentro estaba La Cámara Oscura.

Tomé comprensión de que en escasos minutos tendría que enfrentarme a centenares de rayos láser. Mi cuerpo sudaba desmesuradamente, pegando la camiseta interior a mi piel y haciéndome sentir incómoda.

Nick extendió un dedo hacia el cielo y después al frente, indicando que nos moviésemos con sigilo. Nuestros movimientos no se oían, éramos como serpientes preparadas para engullir a nuestro enemigo. ¿Nuestro enemigo? Me pregunté. ¿Qué enemigo? ¿Qué nos habían hecho?

En todo el camino hasta el muro no encontramos una sola casa; ningún edificio. Nada que indicase vida de ciudad. Me sorprendió, la verdad, pero si yo gobernase un lugar como ese, no querría tener a mis hijos cerca de una zona tan peligrosa.

Sacamos nuestros tridentes para escalar y comenzamos a trepar por el muro, cada uno cerca de su punto de vigilancia; menos Joke, que se quedó en tierra. Apenas asomamos nuestras cabezas por encima de la tapia, donde vimos varias cajas de madera desperdigadas dentro del recinto. Estábamos lejos unos de otros, así que activamos nuestros transmisores y recibimos órdenes de parte de Nick.

—*Todos a sus puestos* —susurró—. *Little Jhon, engancha tu cuerda al arnés.*

Así hice. Cogí de mi cinto una cuerda y la enganché al arnés de mi uniforme. Le lancé la cuerda a Joke. Éste la agarró y enrolló un par de vueltas en su cintura. Antes de deslizarme hacia abajo, Nick me dio la posición de los omaníes que vigilaban la zona. Ocho hombres en total protegiendo un trozo de plástico. Me resultó tan absurdo que me reí.

—*Little Jhon, actúe a mi orden.*

Las piernas me temblaron. Todo me temblaba. Si en ese preciso momento me hubiesen dado a elegir continuar o no, me largaría nadando si era necesario. Me acordé de Marcos; si me pasara algo, no creo que pudiese superarlo. También recordé el coraje que reuní, no solo soportando mi dura convivencia con Joseph y Angélica, sino también al escapar de las manos de Chester Copernell. ¿Qué habría sido de él? No me importaba mucho en ese momento. Pero tendría cojones haber evitado morir bajo sus garras y que ahora me matase una sala asesina.

—*Adelante.*

La orden de Nick congeló mis pensamientos. Confié en que mi Teniente y el resto de compañeros tuviesen controlados a los soldados y comencé a deslizarme suavemente al interior del habitáculo. Apenas se escuchaba el rasgueo de la cuerda sobre el muro arcilloso. Tuve que controlar mi respiración porque podrían escucharla. Mis pies tocaron el suelo e inmediatamente me desenganché la cuerda; pese a ir vestida de negro, que aún no había amanecido y no se veía nada, me resguardé detrás de una de las cajas.

—*Quédese ahí hasta nueva orden.*

Volví a obedecer. Hasta que los omaníes no se congregaran fuera para fumarse un cigarro yo no podría moverme. Los minutos se me hicieron eternos y el sudor caía a gotas por mi cara. Eché un vistazo para calcular la distancia desde donde me encontraba hasta la puerta de La Cámara. No estaba muy lejos.

De nuevo pensé en Chester Copernell. ¿Qué estaba haciendo aquí, perdiendo el tiempo, cuando podría estar buscando a ese asesino? Pronto, me dije, muy pronto.

—*¡Little Jhon, adelante!*

Corrí hacia la puerta e introduje el código. Ésta era muy endeble; podría haberla derribado de una patada.

La puerta se abrió con un clic más sonoro de lo que esperaba. Con un movimiento bajé mis oculares y entré en la sala muy lentamente. La puerta se cerró de la misma forma.

Al ver lo que tenía frente a mí, lo que me rodeaba, me quedé sin respiración. Una inmensa manta de rayos rojos. En la sala donde entrené no cruzaban tantos, por lo que las figuras que formaban no eran tan pequeñas. Pero estaba segura de que el disquete cruzaría sin problemas.

Inicié el cronómetro. Noventa segundos desde ese momento. Extendí mi mano hacia la caja, exactamente igual a la de Qwita, y ésta se abrió sin problema.

Como si de una pluma se tratara, el disquete se elevó, levitando como un fantasma tímido. Me resultó extraño no ver una manzana, tantas veces destruida por mis errores. Aun así, me sentí preparada y, emocionada, la atraje hacia mi mano con soltura. Se movía ligero entre los huecos que dejaban los infrarrojos y ambos nos adentramos en una carrera donde el premio era el deleite de trabajar en equipo. Mientras lo hacíamos me pregunté qué estarían sintiendo mis compañeros ahí fuera. ¿Qué el disquete había tocado algún sensor y la sala me había asesinado? Joke seguro que no se tranquilizaría hasta verme salir de allí.

Obligué al disco a permanecer quieto en medio de la nada y levanté mi mano para ver cuánto tiempo me quedaba. Habían transcurrido sesenta segundos y aún me quedaba más de medio camino. Mascullé entre dientes algún que otro impropio y

me vi obligada a acelerar el fabuloso viaje del que estaba disfrutando mi objetivo. Sencillamente voló como un ángel pero para mí no era suficiente. Me impacienté y la oprimí más aún, procurando no tocar ningún sensor.

Un sonido débil procedente de mi cronometro me aviso de que mis noventa segundos habían finalizado. Si ya estaba nerviosa, esto lo incrementó. Los omaníes estarían apagando sus cigarros a medio fumar y volverían a sus puestos para continuar su guardia. Y yo, aquí, encerrada en cuatro paredes sin suelo y con la maravillosa tecnología de convertir a un ser humano en una montaña de carne.

Mientras pensaba, el disco voló como Superman, evitando la muerte, viajando en zigzag, arriba y ahora abajo. Derecha, izquierda, de nuevo arriba; otra vez abajo. Formando una coreografía de movimientos. Y tras todo esto, se posó en mi mano. Buen trabajo, chico. Ahora larguémonos de aquí.

La puerta se abría también desde dentro pero sin código. Había un picaporte que no tardé en abrir y salí a toda hostia de allí. Aún era de noche pero los primeros rayos de sol alumbraban aquel repugnante país. Hice un movimiento para correr hasta la caja que anteriormente ocultó mi presencia cuando escuché unas voces de alarma. Miré al frente y con lo poco que divisaron mis ojos pudieron descubrir a un omaní gritando como una hiena y escondiéndose tras otra caja. Llevaba un en sus manos y sin embargo no disparaba contra mí.

Corrí cuanto pude en dirección a la dichosa caja. Sabía que era un error esconderme tras ella pero no tenía muchas más opciones. Me tiré al suelo cuando ya casi había llegado a mi barricada y rodé como una profesional hasta quedar resguardada. Desenfundé una de las cinco armas semiautomáticas que llevaba encima procurando mi seguridad y asomé un poco la cabeza aun sabiendo que muchos soldados la habían perdido por ese movimiento tan novato.

Varios soldados omaníes corrieron a la llamada de su compañero y pude comprobar que pedían refuerzos por walkie talkie. Esas eran malas noticias para mí y mi equipo. Al pensar en ellos me percaté de que no estaban en sus puntos estratégicos. Tras el transmisor no había nadie. Pulsé el botón de mi walkie y les pedí ayuda.

— ¡Mei dei, mei dei! ¡Teniente, tengo problemas! ¡Mei dei! —me di cuenta de que temblaba atrocemente. Que me descubrieran no era parte de la misión. Volví a intentar ponerme en contacto con Nick—. ¡Mei dei, mei dei! ¡Maldita sea! ¡Tengo a ocho omaníes dispuestos a matarme! ¿Alguien puede escucharme?

No, nadie me oía...o al menos eso parecía. Apenas se percibía un rasgueo en la transmisión. Hubo un instante en el que pensé si no me habrían dejado allí tirada. Estaba asustada, no podía moverme de mi sitio porque era lo único que me mantenía con vida. Los omaníes seguían gritando en su idioma y las voces cada vez se escuchaban más cercanas. Se estaban aproximando. Quería pensar y tomar una decisión, pero era incapaz. Me sentía sola, como la noche en que Copernell y mis padres me tuvieron acorralada. Debía salir de allí por mis propios medios. Cuando lo hiciese ya me plantearía qué había sucedido con mis compañeros. Cogí mi mochila y me limité a sacar el mapa electrónico. Busqué alternativas para huir de allí con vida. El indicador de la pantalla fue buscando coordenadas mientras yo no perdía mi estado de alerta.

El audífono rasgó de nuevo con más intensidad y volví a intentar ponerme en

contacto con mis compañeros.

— ¡Teniente! ¡Teniente! ¿Puede escucharme?

La voz distorsionada de Nick me llegaba a trompicones; era obvio que estaba allí. Su señal se fue aclarando hasta que me llegó una frase bien clara.

— *¡...Y salga de ahí cagando leches!*

Emocionada por escuchar su voz susurrante pero intensamente alarmada, me removí y apreté el transmisor para hablar.

— ¡Teniente, me tienen rodeada! ¿Qué hago?

— *¡Llevo un buen rato avisándola de ello, Little!*

— ¡No oía nada! ¡No oía una mierda!

— *De acuerdo, de acuerdo* —intentaba tranquilizarme, lo sé, pero seguramente él lo necesitaba más, pese al temple que mostraba en su voz—. *Little Jhon, el pánico no es la mejor solución. Respire hondo y suelte el aire.*

Así hice.

— *¿Tiene el disquete?*

—Afirmativo, señor; en mi mano.

—*Pues guárdelo y siga mis instrucciones.*

Lo metí en uno de los bolsillos del pantalón y volví a respirar para tranquilizarme.

—*Soldado, los tenemos a todos en objetivo. De momento, solo gritan y tratan de acercarse a usted. Vamos a deshacernos de ellos.*

¡No, error! Me moví intranquila y apreté de nuevo el botón.

— ¡No! —Grité con fuerza—. ¡No les disparéis! ¡Ni se os ocurra disparar dentro del recinto!

— *¿Qué?* —Casi pude palpar la confusión que mis palabras le produjeron—. *¿Se ha vuelto loca? Están en actitud opresiva. Las órdenes de la misión son claras.*

— ¡Que no, Jefe! ¡No puede disparar!

— *¿Por qué?* —Me gritó.

Me coloqué algo más cómoda para contestarle.

— ¿Acaso no se ha preguntado porque salen fuera para fumar? ¿Por qué no me han metido ya cien balas en el cuerpo? ¿Por qué este inmenso habitáculo no tiene techo?

—*Little Jhon, no tengo tiempo para sus adivinanzas* —me censuró. Me impacienté por ver que no entendía la gravedad del asunto y decidí ser clara.

— ¡Joder, Teniente! ¡Las doce cajas! ¡Doce cajas son igual a doce bombas nucleares!

El transmisor no me entregó voz alguna, seguramente porque Nick se había quedado helado o bien por qué pensaría que me había vuelto loca.

— *¿De qué está hablando, Little Jhon?* —Nick me hizo esa pregunta con la voz tan calmada que me asustó.

— ¡Señor, no voy a pararme a explicarle el verdadero motivo de esta misión cuando tengo ocho omaníes rondándome! ¡Sáqueme de aquí!

—*Little Jhon, sino les disparamos no veo posibilidades de...*

— ¡Ni se le ocurra disparar contra ellos, joder! O desapareceremos todos del mapa terráqueo.

—*Déjeme pensar.*

— ¡Y una mierda!

No era respuesta para un Teniente que se veía tan apurado. Yo también me puse a pensar. Eché otra ojeada hacia los omaníes y solo vi una salida posible: la entrada principal de aquel rectángulo de arena.

—Teniente —dije tras apretar el botón del transmisor—, voy a salir de aquí por mis propios medios.

— *¡Ni se le ocurra! ¡Little, es una orden!* —Casi se ahogó al hablar con tanta rabia. Sabía lo que me proponía y trataba de evitarlo.

Le ignoré. Enfundé nuevamente mi arma en su lugar y me llevé las manos por encima de la espalda de donde saqué mis *Tanto*. Las hojas hicieron un ruido al chocar que me resultó deleitable. Las crucé entre ellas, delante de mi cara. Cerré los ojos y respiré sin estar segura de lo que iba a hacer. Arrodillé una pierna, previniendo que los omaníes viesan mis armas y asomé un poco la cabeza para ver cuántos eran en total y dónde estaban colocados. Eran demasiados, dios mío. Realicé un plan de ataque en mi cabeza esperando que no se movieran mucho de su sitio. Jamás había matado a nadie y ahora pensaba enfrentarme a ocho del tirón.

Sin más dilaciones, me puse de pie y coloqué mis armas estratégicamente, como un samurái. Camine hacia ellos mostrándome ofensiva y esperé a que reaccionaran antes de que lanzase el primer corte.

Supongo que el asombro de ver a alguien tan joven como yo enfundando tantas armas y una insignia de oro no les permitió hacer nada salvo quedarse quietos. Mejor, a mi favor. Su actitud me llenó de seguridad. El factor sorpresa, siempre tan amigo. Sentí que mis sentimientos desaparecían y que solo quedaba el depredador que hay en cada ser humano. Estaba carente de sensaciones, solo había hielo en mi corazón. Tan diferente a la noche que me intentaron matar. Dios mío, el miedo había desaparecido. Mis pies pisaban con firmeza el suelo de aquel lugar, levantando pequeñas nubes de polvo. Mi mirada, fría y cruel, les hizo retroceder; hablaban entre ellos, asustados. No entendía nada de lo que decía pero seguro que estaban pidiendo ayuda a su dios.

Elevé un poco más mis *Tanto* y de improviso comencé a correr hacia ellos, dispuesta a terminar con sus vidas.

Gritaron, alarmados. Sacaron de sus túnicas varios cuchillos dispuestos a defenderse. Eso me hizo gracia. Me lancé al primer omaní degollando su cuello con una de las hojas de mis espadas. La sangre me salpicó en la cara; caliente, muy caliente. Al caer al suelo el cuerpo sin vida los demás omaníes se abalanzaron sobre mí. Uno de ellos me lanzó un cuchillo a distancia; pude verlo a tiempo y apartarlo con mi mente lejos de mi corazón. Entretanto le clavé ambas espadas a otro en el esternón, escuchando como cortaba y rompía sus órganos internos. La saqué con violencia hacia arriba, rasgando su carne y aparté el cadáver con un movimiento. Giré sobre mí misma, protegiéndome con las hojas y creando un círculo que segó dos cuellos; lancé unas cuchilladas antes de que cayeran. Uno de los que quedaban con vida empleaba muy bien el cuchillo de cuarenta centímetros que poseía y evito todos mis ataques. Me arrodillé con una pierna para impedir un buen corte y una de mis dagas choco con la suya. Forcejamos midiendo nuestra fuerza; yo empujé para evitarle y el no dejó de oprimir. Enseñé mis dientes y ejercí tanta fuerza que me hizo ganar terreno considerablemente. Al ver que le estaba ganando, me hizo el característico truco de rodear mi espada con la suya hasta obligarme a soltarla.

Mi *Tanto* cayó en seco al suelo. No me molesté en recuperarlo. Rodé por la arena y conseguí ponerme de pie. Lancé el único *Tanto* que me quedaba, clavándoselo en el ojo. Otro menos. Un sexto omaní se abalanzó sobre mí, cantando su grito de guerra y con el cuchillo en alto, amenazante. Me di prisa y desenfundé la semiautomática que pendía de mi cintura y apreté el gatillo varias veces; casi vacié el cargador dentro de sus entrañas —oh, mierda. ¡Las bombas!—; también cayó al suelo, sobre otros dos cadáveres. Me dirigí a por los otros dos omaníes con la pistola en mano, dispuesta a reventarles la cabeza como sandias; sin embargo, no me dieron ese gusto. Al ver que llevaba un arma, salieron corriendo en dirección contraria. Procedieron a marcharse por la entrada principal, en el recinto. Les seguí, ignorando lo que en su idioma gritaban y deseando acabar con ellos. Corrí detrás del polvo que levantaban sus túnicas pero al levantar la vista hacia el frente distinguí, a unos trescientos metros, un ejército de soldados omaníes, vestidos con uniforme militar, corriendo hacia mí. Me toqué el bolsillo cerciorándome de que el disquete seguía en mi poder y tras palparlo salí corriendo hacia la playa.

Apreté el botón del transmisor y, pese a sentir una gran incomodidad corriendo y hablándole a mi hombro, me puse en contacto con mi equipo.

— ¡Teniente! ¿Sigue ahí? —nadie contestó—. ¡Joder, Teniente! ¡No me abandone otra vez!

—*Estoy aquí* —respondió por fin.

— ¡Misión cumplida! Repito: ¡Misión cumplida! Me dirijo al punto de encuentro. Ya puede alertar al helicóptero para que venga a buscarnos porque nos sigue la jodida Séptima Caballería.

— *¿Cuántos son?*

—Unos cincuenta o más.

Escuché la primera detonación seguida de un eco. Miré hacia atrás, agachando la cabeza por inercia, y sin dejar de correr pude ver como el ejército me perseguía.

— ¡Teniente, han abierto fuego! ¡El enemigo ha abierto fuego!

— *¡Corra hacia la playa! ¡Corra como si la persiguiera el mismísimo demonio!*

No era momento para amonestarle, teniendo a cincuenta omaníes a mis espaldas, pero no me gustó nada que pronunciase la palabra “demonio”. Aunque si lo miraba como una broma, había sido resultona.

Escuché más detonaciones. Miré a ambos lados descubriendo que no tenía un lugar donde resguardarme. Solo dos paredes de arena y un camino con la tierra más blanca que había visto en mi vida.

Grité atrozmente y caí al suelo. Me ardía, dios mío, me ardía el hombro. Había sentido como la bala atravesaba mi carne y tocaba el hueso. Caí sobre él, incrementando mi dolor, y sentí un gran mareo. Alcancé con urgencia el walkie rezando por que la bala no lo hubiese destruido. Suerte la mía, la bala estaba cerca de la clavícula. Apreté el botón con agonía y pedí auxilio.

—Teniente —dios mío, me habían dado en el hombro, no en la garganta. ¿Por qué me costaba tanto hablar?—, me han herido. Repito: me han herido.

Escuché como Nick gritaba una blasfemia con increíble furia. Nunca le había oído semejante tono de voz.

—*Teniente, ¿A dónde va?* —Esa era la voz de Darkness—. *¡No puede abandonar su*

puesto!

— ¡*Vamos, seguidme!* —me pregunté porque Nick mantenía el botón del walkie apretado—. *Little Jhon, siga corriendo hacia nosotros; vamos en su busca.*

—Sí, Nick, sí. —respondí, exhausta, sin percatarme de que había nombrado su nombre, algo prohibido en una misión.

Impulsada por el coraje me levanté; ignoré el dolor que nacía de mi hombro y que se esparcía por todo el brazo y parte del omoplato. Empecé de nuevo la marcha, percatándome de que habían ganado terreno. Y más que iban a ganar; apenas podía correr sin zarandearme. Mi chaleco estaba empapado en sangre, puede que por la pérdida tuviese este terrible mareo. No podía más.

Cuando estaba a punto de rendirme pude ver, tras la esquina, como aparecía mi equipo con los fusiles en alto y disparando contra los omaníes sin mediar palabra. Joke avanzó deprisa hasta que me alcanzó y me pasó el brazo por mi cuello para poder descansar sobre él. Observé su rostro. No pude encontrar sentimiento de angustia por haber sido herida. Solo había concentración y un auténtico depredador luchando por proteger a su compañera. El mareo desapareció, llevada por la emoción del momento tan intenso que estaba viviendo. Siete personas, siete amigos; abandonando su punto de vigilancia para proteger a otro. No solo era trabajo en equipo. Era amistad. Verdadera amistad.

Me sentí despejada y decidí ayudarles. Saqué otra de mis armas —la anterior la había perdido y no recordaba el momento— y me uní a la matanza. Diez sobre diez. No fallé ni un disparo. Caían como patitos de feria y mientras tanto, corríamos hacia la playa.

Aun así eran demasiados y pronto se nos acabaría la munición.

— ¿Dónde está el helicóptero? —me atreví a preguntar.

— ¡Está en camino! —me contestó Nick. Llevaba el fusil apoyado en el hombro y no disparaba a lo loco. Lo hacía minuciosamente. Cómo conseguía correr y disparar dando en el objetivo no lo sabía.

Las turbinas del helicóptero resonaron no muy lejos. Corrimos más motivados en busca de nuestro salvador. Cuando llegamos a la playa nos resguardamos tras las rocas y las usamos de barricada hasta que llegara el aparato.

Me dejé caer, casi desvanecida, apoyándome en la roca. Grité de dolor al impacto con la piedra. Observé mi herida y comprobé que estaba cicatrizando con la bala dentro. Nick se acercó a mí e hizo lo mismo, entre tanto el resto de compañeros disparaban a matar.

—Es una herida limpia pero no ha atravesado el hombro. Tendrán que sacarte la bala cuando lleguemos. Mientras tanto te haré un torniquete para cortar la hemorragia —mientras lo decía se ponía a ello. A mí me pareció una estupidez que me colocara una venda cuando mi cicatrización se estaba ocupando de ello pero le dejé hacer su trabajo. Cuando terminó se sentó a mi lado y después se irguió un poco para disparar unas cuantas veces—. ¿Qué es eso de las bombas nucleares?

Había olvidado por completo mi aviso para que no disparasen y puesto que entendí perfectamente la curiosidad de Nick me propuse a explicárselo.

—El disquete no contiene información sobre un ataque al Presidente de los Estados Unidos. Son los doce códigos que activan las doce bombas nucleares que había dentro

del habitáculo. Hace doce años, Shaper traficó ilegalmente y consiguió las bombas. Y para que no le implicaran con ellas las escondió aquí.

— ¿Tiene aliados en Omán? —preguntó Nick sorprendido.

—Sí. O a lo mejor los omaníes interceptaron las bombas y se las robaron. El caso es que Shaper está dejándose el alma por recuperarlas. Lo que me hizo deducir que esa fue la razón para crear La Cámara Oscura, un lugar donde nadie puede entrar y salir con vida. —Pausé un momento para recuperar el aliento—. Hasta que Shaper supo de mi existencia y mis capacidades. Fue cuando vio el cielo abierto y me entrenó para sacar partido a mi telequinesia.

— ¡Por dios, Jeriel! ¿Cómo sabes todo esto?

—No estuve en Seattle. —Confesé con paciencia.

El helicóptero apareció y lanzó una ráfaga de balas contra los omaníes, matándolos a todos en menos de treinta segundos. Caían como el agua de la lluvia. Desmembrados, agujereados y destrozados por el calibre del M4A1.

Ver tantos cadáveres hizo que me diese cuenta de que había participado en una masacre sin justificación alguna. Me había involucrado en una guerra que no era mía.

A lo lejos, escuchamos más gritos; voces amenazantes. Todo mi equipo y yo divisamos a lo lejos otra partida de omaníes corriendo deprisa hacia nosotros. Joke sacó los prismáticos y miró a través.

—Son unos treinta, Teniente. Y si nos damos prisa ni verán cómo nos largamos.

Giramos el cuello en dirección al helicóptero. Permanecía a unos quince metros sobre el mar, evitando el agua que levantaba la turbina. Dimos unos pasos decididos a meternos en el agua y nadar hacia él pero nos paramos en seco al ver que soltaban una barca como la nuestra. Cuatro soldados la siguieron y en breve el motor de ésta se puso en marcha. Darkness hizo el ademán de ir hacia ella; supongo que no quería permanecer más tiempo en este lugar. Sin embargo, la mano de Nick evitó que diese un paso más al apoyarla sobre su pecho.

—No —advirtió.

—Teniente, nos persiguen —aclaró mi amigo—. ¡Nademos hacia ella!

—No. Esa barca no es parte de la misión. Las órdenes eran que cuando viniese el helicóptero a buscarnos nadaríamos hacia él.

Jadeé a causa del cansancio. Me importaba un pimiento si se hubiesen saltado las normas. Quería largarme de allí ya.

—Teniente —Montenegro estaba alarmado por las voces que se acercaban a nosotros—, ¡por dios, larguémonos de aquí!

—No. —Nick parecía desconfiar. Me habría gustado saber que pasaba por su mente porque así no estaría comiéndome la cabeza de porqué seguíamos en tierras omaníes.

—Nick... me desangro —pensé que con eso conseguiríamos meterle prisa.

Esperamos hasta que la barca hinchable llegó hasta la orilla y los cuatro soldados bajaron de ella.

— ¿Qué hacen, por dios? —Gritó Nick—. Las órdenes eran que nadásemos hasta el helicóptero.

—Cambio de planes —dijo uno de ellos. Acto seguido sacaron sus armas y apuntaron contra nosotros.

— ¿Pero que hacen? ¡Bajen las armas! —ordenó Nick.

—Teniente, tenemos órdenes para no dejar que el soldado Jorden suba al helicóptero.

Nos quedamos mudos ante semejantes palabras. Nick era el desconcierto personificado.

— ¿Cómo ha dicho? —apenas le escuchamos y tras un silencio largo pensé que se había vuelto de piedra. Me equivoqué—. ¡Le ordeno que bajen las armas y dejen que subamos al helicóptero!

El soldado al mando ignoró la orden de Nick y me miró directamente.

—Entrégueme el disquete.

Mi mente estaba totalmente en blanco. Desde luego esto era una encerrona preparada por Shaper. Me había traicionado. No, me había utilizado para conseguir el disco.

— ¿Van a dejarme aquí? ¿Con un ejército de omaníes acercándose? —la pregunta era estúpida. Claro que pensaban hacerlo.

—Jorden, usted ha sido un problema desde el principio. No hace falta explicarle como ataja los problemas el General. —Elevó la pistola hacia mi cabeza y me dijo—: ¡Deme el maldito disco!

— ¡No se lo des! —me sugirió Joke.

Resistirme habría sido un error. Treinta soldados enemigos corriendo hacia nosotros. Una herida de bala en el hombro y una conspiración. No, demasiados problemas en mi contra como para ponerse a discutir en la orilla de la playa. Pese a la mirada de advertencia que Nick me regaló, metí la mano en el bolsillo trasero de mi pantalón y saqué el disquete. Joke se movió nervioso, tratando de evitar lo inevitable. Extendí el disco hacia el soldado al mando y se lo entregué.

— ¡No, Jeri, no!

—Joke, estaré bien.

— ¡Y una mierda!

Joke fue rápido en sus movimientos y le arrebató la pistola a uno de los soldados de un golpe. El forcejeo fue rápido y todos nos movimos con la intención de ganar. Éramos más, ¿no? Lo habríamos hecho de no ser porque uno de ellos disparó repetidamente al aire. Nos agachamos por inercia y comprendimos, tras ser apuntados de nuevo con las armas, que esto iba en serio.

— ¡Basta o dispararé sin dilación! —Gritó el cabecilla.

—Basta —dije—. Haced lo que os ordenan.

— ¡Jorden! —Joke me censuró. Supongo que por rendirme tan rápido.

Giré el cuello y fijé los ojos en los de Nick. Brillaban con fuerza. No supe si por el dolor o por impotencia. Sabía cómo acabaría todo esto, lo pude ver en su rostro. Dios mío, cuantas veces me avisó de que Shaper me mataría. Cerré los ojos, reconociendo que tenía razón. Todo esto era culpa mía.

—Subid a la barca, deprisa.

— ¡No, no, no! —Joke suplicó.

—Entréguennos todas sus armas. Y usted —se refirió a mí— entregue todo su equipo y sus armas.

No opuse resistencia y obedecí, sintiendo que me quedaba desnuda al hacer entrega de todo.

Pude ver como mi equipo subía a la barca con las manos en alto. Incluso Joke, que no dejaba de mirarme con el corazón destrozado por estar viendo que mi final se acercaba.

La lancha se fue alejando mientras yo permanecí abandonada en la orilla del mar, esperando que los omaníes me alcanzaran. Los ojos de Nick no se apartaron un solo instante de mí. Ni siquiera cuando les vi subir al helicóptero a punto de pistola. Me quedé tranquila al ver que estaban lejos de los omaníes. Lo que les ocurriese en la base de Greensay ya no lo sabría.

Subir al helicóptero arrestados no fue lo peor para ellos. Ver a Jeriel a lo lejos, en la orilla, debatiéndose en luchar o huir, si lo fue. Si huía no tendría posibilidades de sobrevivir. Y si se enfrentaba a tantos soldados, tampoco.

Nicolas observó cómo los omaníes alcanzaban a Jeriel, golpeándola despiadadamente. Cayó al suelo, intentándose levantar y ponerse en pie. Uno de los golpes la dejó sin consciencia, volviendo a caer al suelo, inmóvil. Nicolas se preguntó por qué no hizo uso de sus capacidades para tratar de tener una oportunidad.

Continuó mirando sin poder evitar sentirse culpable. Que la mataran era cuestión de horas, tal vez días. Pero teniendo en cuenta que habían sido traicionados por su propio General, nadie pediría un rescate por Jeriel.

Era cuestión de horas.

Cerró los ojos y suspiró con derrota.

Atravesaron el mar con los corazones desgarrados; callados. Permanecían arrestados y ni siquiera les habían dado una razón al hacerlo. Nicolas no encontró las palabras adecuadas para dirigirse al soldado que les había arrestado. Prefirió mantenerse callado y cuando llegasen a Greensay, pensaría que hacer al respecto. En un principio, estaba seguro de que Shaper querría interrogarlos y más tarde les dejaría volver a sus habitaciones, descansar y comenzar una nueva etapa en sus vidas sin Jeriel.

Se hundió en su asiento y meneo la cabeza pensando que debió luchar más para salvarla. Era culpa suya que ahora estuviese atrapada en Omán. Si hubiese sido más duro con ella, si la hubiese intentado dominar como tutor suyo que era, ahora no estaría allí. Levantó la mirada para observar a Joke. Sus ojos estaban vacíos, fijos en un punto inexistente; con la cabeza hacia un lado, inerte. No se recuperaría de algo así jamás.

Llegaron a media tarde a la base, cuando más tranquilo estaba todo. Les acompañaron por la pista de aterrizaje sin apuntarles con las armas. Eso habría levantado sospechas en el resto de soldados. En especial por estar Nicolas entre ellos. Les acompañaron en silencio por los pasillos y, al contrario de lo que el Teniente pensó, les llevaron en dirección al agujero. Esto era mucho más que un arresto indebido, pensó Nicolas, esto era más gordo.

Por suerte nadie fue encerrado en el zulo, sino que les metieron de dos en dos en celdas custodiadas por unas gruesas puertas de acero, menos a Joke, que lo dejaron solo. Cuando los soldados que los encarcelaron se marcharon, la angustia les invadió a todos. Durante una hora no pudieron hacer otra cosa sino pensar en lo violento que había sido todo. En como siete soldados no habían hecho nada para evitar lo sucedido.

Al fondo, en la última cárcel, Joke no dejaba de recordar la imagen en la que Jeriel caía al suelo derrotada por los omaníes. La oscuridad del lugar cubrió su rostro y sin querer evitarlo, sin temor a hacerlo, lloró amargamente.

Nicolas se acercó a la puerta de su celda y, esperando que pudiese escucharle, intentó animarle.

—Eh, Joke. —Esperó a que contestase pero tan solo escuchó el llanto de un hombre roto. Se golpeó la frente contra el hierro, sintiendo impotencia de no poder estar al lado de su amigo. Temiendo romperse igual que él y llorar la pérdida de la joven; pero si él no se mantenía entero, ¿Quién lo iba a hacer?—. Vamos, Joke. Se fuerte. —Se sentía una sabandija por no encontrar palabras que le animasen de verdad. Le dio la espalda a la puerta y la golpeó con el pie—. Maldita sea. —Miró a su compañero de celda, Darkness, esperando que el pudiese decir algo pero estaba demasiado rendido como para hacer nada.

Al fondo del pasadizo se escuchó el eco de varias pisadas, acercándose por momentos. Alguien venía. Nicolas se alarmó y advirtió a sus compañeros de que no dijese nada; él sería la voz. La puerta de su celda se abrió escandalosamente y lo primero que pudo ver fue a dos soldados escoltando al General Shaper.

—Buenas tardes, Teniente —su sonrisa delataba la rata que era y bajo el umbral de la puerta dejó claro que de buena no iba a tener nada.

El Teniente se irguió para saludar a un traidor. Sí, eso era. Pero el protocolo era el protocolo y siempre lo había defendido, y lo practicaría hasta con sabandijas como Shaper. Gracias al cielo se percató de la inteligencia de Joke al callar su llanto. No debía mostrar debilidad ante él porque de ser así sería el primero con quien se enzarzara.

— ¿Qué ha ocurrido esta tarde, Teniente?

—Dígame usted, señor. Ha sido el que dio la orden de abandonar a Jeriel.

—Los dos sabemos que Jeriel era un gran problema. —Evitó mirar los ojos implacables de Nicolas Johnson—. Tuve que deshacerme de ella. Sabía demasiado.

— ¿Y por qué nos retiene a nosotros?

—Por dos razones. La primera es para averiguar lo que les ha contado de todo lo que descubrió.

— ¿Lo que descubrió? —preguntó intrigado.

—No se haga el sueco conmigo, Johnson.

—Nosotros no sabemos nada. Jeriel es muy introvertida con sus cosas.

—Lo que me lleva a la segunda razón. Supongo que tampoco saben por qué el disco que Jorden les robó a los omaníes está completamente vacío.

Aquello sí que pilló por sorpresa a Nicolas.

— ¿Vacío?

—Sí, Teniente. Me preguntaba si usted sabe por qué.

—No, señor. No lo sé.

—Muy bien —contestó Shaper algo indignado—. Se quedará unos días aquí hasta que recuerde algo.

—Señor, le repito que yo no sé nada.

—Y ¿sabe qué? Le creo. Estoy seguro de que no le contó nada debido a su immaculado historial. Pero apuesto lo que sea a que el bufón de su amante sí sabe algo.

—Señor —se maldijo a sí mismo por dejar ver impaciencia en su rostro y en su voz—. Le aseguro que Sawler tampoco sabe nada.

—Eso lo veremos, Teniente.

—General —le llamó Nicolas. Trataba de hacer tiempo para evitar que fuese a por Joke; no estaba seguro de que pudiese soportar la presión de Shaper—. ¿En base a qué nos mantiene arrestados?

Shaper sonrió astutamente.

—En base a que aquí se hace lo que yo ordeno.

Le dio la espalda y caminó hacia la celda de Joke, dispuesto a sacarle toda la información.

—Buenas tarde, soldado Sawler.

Joke permanecía apoyado sobre la pared de granito con una pierna estirada y la otra doblada, fingiendo insensibilidad. Era lo único que tenía como arma contra Shaper.

Al ver que el soldado no le saludaba ni le mostraba el protocolo apretó la mandíbula y decidió ir directo al grano.

—Sin paños calientes, ¿Qué ha pasado con el disquete?

—No sé de qué me habla. —Tenía la voz ronca y le dolía por haber llorado.

—El disco está vacío. ¿Qué sabe de eso?

—Nada.

Shaper empezó a perder la paciencia, no obstante, optó por sujetarse un poco más.

—Dígame, entre las noches que follaban juntos, ¿le contó algo fuera de lo común?

— ¿Cómo qué?

—Como que me robó dos millones de dólares bajo el nombre de Amanda Garden.

Joke frunció el ceño.

—Vaya, por la cara que ha puesto veo que no sabe que su amante ha usado una identidad falsa para robarme.

—Dudo que Jeriel hiciese tal cosa. —Y en verdad lo creía. Jeriel no era una ladrona.

—Pues me temo que sí. Aunque si le soy sincero los dos millones me dan igual. —

Cambió el gesto de su rostro por otro más agresivo—. Quiero saber que ha ocurrido con el disco.

—Yo no sé nada.

— ¿Dónde he oído eso antes?

Shaper miró a sus escoltas y les hizo una señal para que se lo llevaran.

— ¿A dónde me lleva? —quiso saber mientras le arrastraban por el áspero pasillo subterráneo.

Caminaron por varios pasajes hasta que llegaron donde Jeriel y él pudieron hablar en solitario. Sintió un latigazo en el estómago que le recordó que no volvería a verla nunca más. Se le enrojecieron los ojos pero calló el dolor para así seguir mostrando entereza. Cruzaron la puerta que había frente al almacén y entraron en un ascensor que jamás había visto. Éste les llevó a otro pasillo y al acceder por él llegaron a una inmensa sala donde el blanco predominaba en todos los rincones. Si, esa era la sala de la que Jeriel habló. Pero, ¿por qué le llevaban allí? Recorrieron la sala con tranquilidad. Joke supuso que no quería levantar sospechas y así todo el mundo pensaría que era uno más entre ellos. Llegaron al final, donde ya no había nadie, y con una tarjeta, Shaper abrió una nueva puerta. Al entrar, Joke sintió que su fortaleza fingida se veía reducida a cenizas. Las paredes estaban descuidadas y el olor que se respiraba era una mezcla de moho y sangre. Allá donde mirase había máquinas de tortura. No hacía falta ser muy listo para saber que pretendían hacerle. Se dio la vuelta deprisa y trató de salir de allí. Uno de los escoltas de Shaper advirtió su intención y le golpeó con el puño en el estómago, obligándole a doblarse de dolor. Aprovecharon que estaba fuera de combate para arrastrarle hasta una silla de madera bastante desgastada. Le ataron a ella y esperaron órdenes de Shaper. Ahí se acabó el coraje de un soldado que acababa de perder a la persona más importante de su vida. Su cuerpo comenzó a temblar y tuvo que hacer gran esfuerzo por evitar que no se derramara su orina.

Shaper percibió el miedo de Joke y se acercó a él con una mirada intrigante y su espeluznante sonrisa.

— ¿Tiene miedo?

—No, señor. —Su voz tembló, descubriendo su mentira, pero no le importó.

— ¿Alguna vez le han torturado con descargas eléctricas? —preguntó Shaper con malicia. Joke observó a uno de los ayudantes del General. Llevaba en la mano un

aparato alargado con una especie de esponja chorreando agua.

—No, señor. —De acuerdo, ya no podía fingir entereza. Estaba muerto de miedo y sus ojos lo reflejaban claramente. La tortura era la prueba más dura para un soldado.

—Está de suerte porque le vamos a brindar un homenaje. —Hizo una pausa y clavó sus ojos en los de Joke—. A menos que quiera contarme lo que sabe.

—Me temo que la noche va a ser larga, señor, porque yo no sé una mierda. —Contestar con valentía no le iba a librar de la tortura, pero al menos les tocaría la moral.

En efecto, lo consiguió. Shaper mostró enfado en su cara. Hizo una señal y uno de los soldados adiestrados agarró una manguera, abrió el grifo y bañó a Joke por completo. Éste se dio cuenta de que iban en serio y que no pararían hasta que hablase. No lo haría, en parte porque apenas sabía nada de lo ocurrido, en parte porque le debía lealtad a su novia. Cerró los ojos y aceptó lo que viniese.

Shaper se percató de ello y trató de romper ese muro de integridad fuese como fuese. Se acercó a él y le habló claro.

—Mire, hijo, estoy muy mayor para este tipo de cosas y usted es joven para vivirlas. Así que, ¿Por qué no me dice todo lo que sabe y nos ahorramos este momento?

Joke clavó sus ojos en ese rostro del demonio. Se recordó a sí mismo que él fue quien dejó a Jeriel en manos de los Omaníes. Que él dio la orden de que la abandonaran.

—Váyase a tomar por culo.

Shaper endureció el semblante y asintió con la cabeza.

—Muy bien, Sawler. Usted lo ha querido. —Chasqueó los dedos y se apartó un par de metros.

Los ayudantes del General se colocaron guantes gruesos, tomándose su tiempo. Era parte de la tortura, supuso Joke. Uno de ellos se acercó con el cacharro en mano y lo posó sobre su pecho. Joke sintió que todo se rompía en su interior debido al dolor agudo que emanó la descarga eléctrica. Su cuerpo se tensó sin darle orden al cerebro y gritó desgarradoramente durante el tiempo que duró la descarga. Las lágrimas se mezclaron con el agua que chorreaba de su cuerpo y sintió que la orina se derramaba en contra de su voluntad. Cortaron la energía y le dejaron descansar uno segundos.

—Vamos, Sawler, dígame lo que sabe y esto terminará.

Joke cerró los ojos, aún le dolía el cuerpo por dentro. En su pecho apareció una marca roja bastante grande. Deseó llorar pero ahogó ese sentimiento. La saliva le chorreó por las comisuras de los labios y antes de derramarla toda escupió a Shaper en la cara.

— ¡Hijo de puta! —Exclamó el General ofendido por su actitud—. Esto no funciona. Probemos otra cosa.

—Eso, probar a chupármela. Con calma, que hay para todos.

—Empezar por la boca; a ver si así deja de hacerse el duro.

Cuando recuperé el conocimiento sentí un dolor intenso que recorría todo mi cuerpo. Permanecía tirada en el suelo con una postura nada cómoda. Intenté mover un brazo pero el cansancio que envolvía mi cuerpo no me lo permitió. Respirar profundamente tampoco me ayudó en nada salvo a llenarlos con un aire basto y condensado. Cuando mi mente estaba totalmente despierta recordé los últimos acontecimientos que me habían llevado a esta cárcel repleta de putrefacción. Los omaníes me habían apaleado hasta dejarme inconsciente. Cuando desperté me apedrearon y tras ver que no conseguían sacarme información me torturaron durante dos horas, volviendo a perder el conocimiento. Estoy segura de que me habrían violado de no ser porque mis heridas comenzaron a cicatrizar deprisa. Eso les asustó mucho y me tiraron como un despojo a esta jaula oxidada.

Recordar todo el daño que me habían causado rompió la poca dignidad que me quedaba y bramé en llanto. Lamenté por completo mi decisión de darle su merecido a Shaper sin pensar en las posibles consecuencias que acarrearían mis actos. Pese a que todo estaba calculado se me olvidó prepararme para una cosa: mi moral.

Cuando mis ojos se cansaron de llorar hice un aspaviento de dolor y me di la vuelta para ver mejor el lugar donde me tenían encerrada. Era una cárcel de granito, pequeña, y sin cama ni retrete. La reja era débil y agrietada por su vejez. Daba a una especie de patio de arena donde el sol se reflejaba hasta cegarte. Podía escaparme de allí en cuanto quisiera, era fácil de abrir; pero no lo hice, aún necesitaba recuperarme de las palizas.

Me miré el hombro para ver cómo estaba la herida de bala. Había cicatrizado por completo con la bala dentro. Debía sacármela o me crearía una infección. Busqué a mi alrededor con la esperanza de encontrar una piedra afilada o un trozo de metal entre toda la basura que había dentro. Solo encontré humedad y soledad en aquella cárcel.

El sudor impregnaba mi cuerpo a causa de lo vivido y del calor que hacía en ese condenado país. Mi piel y mi pelo desprendían un hedor repugnante. Me senté en el suelo y acomodé la espalda sobre la pared. Un movimiento tan sencillo terminó por agotarme del todo. Necesitaba dormir pero antes debía analizar mi cuerpo de heridas o roturas de hueso. Si habían quebrado alguno, la capacidad de cicatrización había acelerado en las últimas horas porque no tenía nada roto; sin embargo, me dolía el hombro. Me ardía por dentro. Descansé bruscamente la cabeza sobre la pared y me dejé vencer. Al mirar hacia el patio vi un pequeño destello que me hizo fijar más la vista. Desde aquí no veía claramente lo que era pero apostaba a que era un trozo de cristal. No importaba lo que fuese, seguramente me serviría. Hice uso de mi telequinesia para hacerme con él y en menos de cinco segundos lo tenía al lado de mi pierna. En efecto, era un trozo de cristal. No estaba muy afilado pero parecía suficiente para lo que iba a emplearlo. Rompí la tela de la camiseta para dejar al descubierto la cicatriz del hombro y con el cristal comencé a cortar la carne con profundidad. Mis ojos se llenaron de lágrimas y apreté la mandíbula con fuerza para evitar gritar. Aun así gruñí con furia mientras la carne se rasgaba. Dejé caer el cristal sobre mi regazo y palpé la nueva herida con mis dedos. Abrí con ellos la carne hasta

hundir dos de ellos y busqué la bala. Me estaba mareando solo de sentir los ligamentos y el músculo bajo estos. La cara me tembló de sufrimiento pero cuando logré encontrar la bala mi rostro se tensó. La saqué de mi cuerpo y la observé con minuciosidad. La punta se aplastó al contacto con mi hueso. Sin ánimos de idolatrarla dejé que cayera al suelo. Solté una exclamación dejando salir todo el aire de mis pulmones y entonces sí, descansé. O al menos esa era mi intención, solo que alguien se acercó para ver si seguía viva. Un omaní con túnica blanca me observó a través de los barrotes. No le veía el rostro debido al turbante pero me importó muy poco su presencia; estaba agotada.

Abrió la puerta con una llave de latón y entró en la cárcel con fusil en mano, aunque no me apuntaba con él. Durante unos instantes no me quitó el ojo de encima hasta que se decidió por hablar.

—Deber estar muerta —había que reconocerlo, su inglés era pésimo pero al menos intentaba conversar conmigo, lo cual era de agradecer puesto que lo que más habían hecho era golpearme.

—Ojala —dije con paciencia.

—Tu cicatrizar rápida —de nuevo ese tema. Empezaba a estar un poco harta—. Nosotros creemos que tú ser hija de Alá.

Parecía que el omaní iba a comenzar un discurso religioso de por qué creer en su dios y yo no estaba por la labor de escucharlo; así que, fui directa al grano.

—Quiero hablar con Said Sabagh.

El omaní tensó su rostro y comenzó a gritarme en su idioma.

—No te molestes. No te entiendo.

Me azuzó con el fusil y comprendí que le había ofendido en algo.

—Sa-id Sa-bagh —repetí lentamente, como si fuese tonto—. Quiero hablar con Said Sabagh.

Continuó gritándome en un idioma que me parecía insoportable para el oído.

—Me da igual lo que me digas —le expliqué con decisión—. No me moveré de aquí hasta que no me lleves ante él.

—¿De qué conocer a Sabagh?

Agradecí que por fin dejase de gritarme en un idioma que no entendía y usara un inglés chapurreado para comprendernos.

—Eso es asunto mío —le contesté—. Quiero hablar con él.

Vi que el omaní se mostraba dudoso sobre qué hacer. Sin embargo, se movió deprisa y se marchó de la celda con rapidez. De nuevo sola. Aproveché a dormir hasta que alguien me hiciera caso.

No tardó en volver, apenas habían pasado unos minutos. Abrió la puerta y me indicó con el fusil que me levantase.

—No pienso moverme de aquí hasta que no...

—Sabagh atender al prisionero. —Me explicó antes de que terminase la frase.

Traté de levantarme pero no pude. El dolor de mi cuerpo me lo impidió. Me quedé de piedra cuando vi que el soldado se colgaba el fusil al cuello y me agarraba de un brazo con delicadeza. Pasó mi brazo por encima de su hombro y me ayudó a ponerme en pie. Le miré con sorpresa.

—Gracias.

Dijo algo en su idioma que no entendí pero por el tono de su voz parecía un “de nada”.

Al salir de la cárcel el sol abrasador se pegó a mi piel sofocándome. En serio, prefería estar en esa jaula mugrienta. Caminamos a mi ritmo por unos pasillos llenos de suciedad y luego llegamos a una estructura más o menos elegante, teniendo en cuenta que la pobreza de este país se masticaba en cada grano de arena. Era un pequeño cuartel pintado de color verde oscuro. Dentro hacía fresco, lo que agradecí. En las paredes no había cuadros ni detalles de decoración. Eran prácticos, desde luego. Sin embargo, accedimos a una habitación grande y repleta de baratijas decorativas que daban un aspecto más militar. Estandartes e insignias colgaban de las paredes. Se masticaba el patriotismo en ese lugar. De pie, varios soldados omaníes, hacían guardia. Y descansando sobre una mesa de escritorio un hombre de estatura media con el rostro árabe más bello que jamás había visto. Su pelo era negro azabache y caía hasta los hombros en un manto de rizos muy fijados. Tenía los ojos caídos, tristes, que reflejaban honestidad y a la vez la frialdad. Dios, como me recordaba a Nick. Sus galones me indicaron que era Coronel y que los demás soldados estaban a su orden.

—Tengo entendido que no habla nuestro idioma —su voz era suave, con un inglés perfecto y un suave acento procedente de su tierra. Negué con la cabeza por cortesía—. Entonces hablaré con usted en su idioma. Soy el Coronel Said Sabagh. Me han notificado que deseaba hablar conmigo.

—Así es.

—¿Cuál es su nombre?

—Jeriel Jorden.

—¿Soldado?

—Sí.

—¿De qué nación?

—Me temo que no puedo darle ese tipo de información.

—Entonces, a lo mejor puede decirme de que me conoce. O tal vez —pausó para dar fuerza a sus palabras— pueda explicarme como ha entrado en nuestra cámara y consiguió robarnos el disquete. —Se mostraba serio, pero no frío.

—Tampoco puedo darle esa información.

—Soldado Jorden —se alejó del escritorio y de él cogió una pequeña carpeta marrón. Al abrirla pude ver de soslayo una fotografía mía en blanco y negro. Mierda, era mi historial militar— no sé si es consciente de que ha entrado en nuestro país sin ser invitada, nos ha robado algo muy valioso y ha matado a muchos de mis hombres. —Giró el cuello con lentitud hacia mí y me clavó una mirada tenaz—. No se encuentra en situación de negarnos dicha información.

—Lamento haber ofendido a su país, pero no puedo darle lo que me pide.

Rodeó su barbilla con unos dedos largos, firmes y fuertes, mostrando estar pensando. Me observó detenidamente, tal vez preguntándose qué hacía alguien tan joven a las órdenes del gobierno. Caminó lentamente hacia mí sin intentar asustarme. Solo intentaba averiguar qué hacía yo en un lugar como ese. Centró sus ojos negros en mí, esperando a algo que no supe descifrar. Me pesaba su mirada y aparté mis ojos, fijándolos en el suelo.

—Sus heridas cicatrizaron delante de nuestros ojos. ¿A qué se debe ese milagro?

—No es ningún milagro. No sé por qué ocurre y tampoco...

— ¿Por qué guarda lealtad a la gente que la ha abandonado? —su pregunta me atizó el corazón de forma desprevenida—. ¿Qué clase de gobierno hace algo así?

Guardé silencio.

— ¿Es usted un cabeza de turco?

—No.

—Pero no la desean entre los suyos. —Sus firmes palabras me rompieron del todo; sentí que me faltaba el aire y él lo percibió. Me dio la espalda y leyó el contenido de la carpeta—. Jeriel Jorden, nacida en Canadá; huérfana a temprana edad. Reclutada ilegalmente —enfaticó esta última palabra— en el grupo de las fuerzas armadas más importante de Estados Unidos, bajo la protección de Andrew James Shaper. —Dejó caer la carpeta sobre el escritorio y miró hacia el techo—. Me pregunto por qué un General de ejército querría reclutar a una niña de trece años en el equipo más importante de Estados Unidos.

— ¿Cómo han conseguido mi historial militar? —mi voz sonó dura, agresiva. Debí controlarla. El Coronel se dio la vuelta para clavar sus ojos en mí, esta vez llenos de dureza.

— ¿Nos considera un pueblo de paletos incivilizados? —me sorprendió que hablase en plural—. También tenemos nuestras formas de conseguir información. Usted está aquí sin permiso —levantaba la voz al hablar y caminaba haciendo aspavientos, le había enfadado—, ha cometido atrocidades contra mis hombres. Solo por eso deberíamos darle muerte. Pero aquí estoy, en nombre de mi pueblo, brindándole otra oportunidad y usted la rechaza con su negativa. ¿Por qué no se muestra más humilde y pone de su parte?

¿Eso quería? Muy bien, estaba dispuesta a poner de mi parte.

—Said Sabagh, nacido en Salalah y criado por Abdel y Na'imah Sabagh. Su padre era alfarero y su madre se dedicaba a la crianza de sus otros tres hijos, más tarde caídos en combate. Se reclutó a los veinte años y pronto fue escalando puestos hasta llegar a Coronel. Su ejército le admira por la honestidad que muestra con los presos; por su frialdad cuando hay que proteger al pueblo. Y por su capacidad de usar el dialogo para hallar paz. Actualmente preside en los desiertos de Omán, evitando la capital salvo cuando intercepta tráfico de drogas o hay represalias en los pueblos. Esposo de Rabab y padre de Abdel Ra'ûf, muertos en una guerrilla que jamás debió darse. En resumen, un hombre demasiado bueno y recto como para vivir demasiado en un mundo de poder.

Le miré con entereza y esperé a que dijese algo. Su rostro lo decía todo; estaba fascinado.

—No creo que esa información se la haya dado su General.

—Digamos que no me dijeron mucho sobre este país y decidí averiguarlo por mí misma.

—Recuperamos de sus ropas lo que nos robó. ¿Hizo una copia del disco? —Me sorprendió su facilidad para cambiar de tema.

— ¿Y si lo hubiera hecho?

—Si lo hizo... no es consciente del error que ha cometido —puede ver temor en

su semblante. Sabía el porqué.

—Sé que Shaper y usted fueron amigos en una época pasada. Conozco con detalle el tema de las bombas nucleares. —Paré un instante para pensar—. Por eso no se lo di. —Sonreí por el cambiazco que le metí a ese sucio General. Seguramente ahora estaría tirándose de los pelos.

La boca de Sabagh se arqueó, reflejando gratitud en su rostro.

—Su General la ha utilizado, soldado. Y quiero que comprenda que nosotros somos sus amigos.

—Todos sois iguales para mí.

—Se equivoca, soldado Jorden. Robamos esas bombas porque sabíamos que en manos de Andrew se les daría mal uso.

—¿Y en las tuyas no? —No pude evitar reírme.

—Nuestra intención es destruirlas.

—¡Pero qué generosos!

—No era nuestra intención, es cierto. Creamos La Cámara Oscura para evitar que Shaper pudiera acceder a los doce códigos pero es obvio que ha encontrado la forma de hacerlo. Y puesto que no los ha conseguido, no parará hasta tenerlos en sus manos.

—Eso se lo aseguro —me envalentoné un poco y me acerqué hacia el Coronel—. No sabe de lo que es capaz de hacer con tal de salirse con la suya.

—Lo sé mejor que usted, soldado. Yo estuve presente cuando exterminó un pueblo entero con el gas Mophal.

Me quedé paralizada ante esa información.

—Por eso tiene que destruir esas bombas —le pedí tragando saliva.

Said Sabagh me examinó con una sonrisa en los labios y agachó la cabeza.

—Sargento —uno de los soldados se acercó a él—. Que preparen ropa limpia y un baño para la señorita Jorden. Va a pasar unos días como mi invitada y quiero que se sienta cómoda entre nosotros.

De acuerdo, ahora comprendía por qué le respetaban tanto. Había conseguido que yo misma sintiese admiración hacia mi enemigo.

Llevaron a rastras a Joke por el pasadizo, inconsciente y cubierto de sangre. Le metieron en la celda y cerraron con llave. Nicolas se acercó a la puerta e intentó ver algo por una ranura pero no consiguió nada. No llegó a pensar jamás que la tortura estuviese en la cabeza de Shaper. Torturar a los suyos sin remordimiento alguno. ¿Qué era lo que Jeriel había descubierto? Empezó a flaquear, angustiado por lo que estaban pasando sus amigos.

— ¿Por qué nos mantienen con vida? —fueron las primeras palabras que Darkness dijo desde que les encerraron.

—Porque no podrían justificar nuestra muerte. Recuerda que nos han visto volver de la misión. —Nicolas acercó la boca a la rendija y trató de ponerse en contacto con su amigo—. Eh, Joke. ¿Cómo estás? ¿Qué te han hecho?

—Déjale descansar —comentó Darkness con desgana.

Nicolas le hizo caso y se sentó a su lado, esperando que mantuviese una conversación con él, al menos para despejar su mente.

— ¿Has conseguido dormir algo?

—No —respondió Darkness con la voz apagada.

—Yo tampoco.

Hubo un silencio en la celda que les incomodó; parecía como si todos pensaran en lo mismo. Darkness reflejaba en su rostro la derrota; un peso le castigaba enormemente.

—Prometimos no perder un compañero más.

Nicolas apoyó la cabeza sobre la pared y suspiró con fuerza.

—No podíamos hacer nada. No te mortifiques.

El hombre negro miró de soslayo a su Teniente, resaltando el blanco de sus ojos en la oscuridad.

— ¿Es que no lo lamentas?

—Jeriel sabía a qué se exponía.

—Eso no responde a mi pregunta.

El Teniente respiró fuerte por la nariz, cerrando los ojos y permitiendo que la soledad de aquel lugar le embriagara.

—Jeriel era como una hija para mí. Intenté hacerla entrar en razón pero no se dejó ayudar. —Miró fijamente a su amigo con el rostro arrugado—. No pudimos hacer nada.

—Pero ella sí.

Nicolas le miró con el ceño fruncido, aunque la oscuridad de la celda no lo reflejaría.

—Jeriel pudo hacer uso de sus habilidades para defenderse.

—Es verdad —afirmó pensativo— ¿Por qué no lo hizo?

—Puede que no quisiera hacerlo.

— ¿Con que fin?

—Y yo que sé. ¿Tú sabes lo que pasaba por la mente de esa chica?

—No —respondió Nicolas con tristeza. ¿Por qué en un año, con todo el tiempo que

habían pasado juntos, apenas sabía nada de ella?—. Pero ya no importa. A estas alturas debe estar muerta. —La voz le vibró más de lo que hubiese deseado, a pesar de intentar mantener la entereza; no podía, estaba a punto de desbordarse.

Al fondo, en la celda de Joke, escucharon como se removía por el suelo, llorando sin fuerzas y suplicando ayuda a Dios. Todos sus amigos corrieron a las puertas de sus celdas y le llamaron.

— ¡Eh, Joke! ¡Eh! —Nicolas sabía que sus gemidos no eran normales—. Joke, ¿estás bien?

Joke guardó silencio un instante mientras las lágrimas surcaban su rostro. El suelo raspaba su mejilla, adhiriéndole un estremecimiento extraño.

—No... no estoy bien —su voz sonó débil y triste—. Me han castrado, Nick.

El Teniente retrocedió unos pasos al escuchar la noticia. Su rostro afligido expresaba el tormento de un hombre justo. Respiró con esfuerzo, dejándose caer al suelo de rodillas. No pudo soportar más presión y comenzó a llorar en silencio, hundiéndose en el dolor de su amigo.

—Me han castrado, Nick —se lamentó entre lágrimas—. Me han castrado.

— ¡Maldita sea! ¿Por qué hacen esto? —vociferó Darkness golpeando con fuerza la puerta de metal.

—Creen que guardamos información referente a los asuntos ilegales de Shaper —hablar de ello ayudaba al joven soldado a no pensar en el daño que le habían causado — pero yo no les he dicho nada —rugió con una sonrisa excéntrica—. ¡No les dije nada a esos hijos de puta! —Rio atronadoramente—. ¡No les dije nada!

Sus amigos volvieron a sentarse en el suelo, escuchando la demencia de Joke, excepto Nicolas; no podía creer lo que estaba ocurriendo. El estado de Joke era el resultado de la inmadurez de Jeriel. Si no hubiese metido las narices donde no la llamaban ahora estarían jugando a las cartas apostando garbanzos. La odió por un instante. La odió profundamente. Y a continuación se sintió despreciable porque la razón de su odio era que había fracasado. Debió luchar hasta la muerte por defender a Jeriel y cuidar de Joke.

Caminó tambaleante hasta un rincón y se acurrucó en él tratando de evitar escuchar los gemidos de dolor de su mejor amigo.

Las túnicas que usaban los omaníes parecían estar hechas con inteligencia. La tela gruesa evitaba que el calor del sol se filtrase, procurando un frescor inexplicable. Me gustaba. Una vez limpia y con las heridas curadas recuperé mi vitalidad. Algo que necesitaba para ayudar a Said en lo que necesitara.

Nos trasladamos a una región llamada Nizwá donde vivía actualmente el Coronel. Su casa era una pequeña mansión sin muchos lujos pero con un amplio equipo de servicio. Me proporcionaron una habitación con todo detalle y ropa. Atrás dejé el uniforme militar para convertirme en una especie de rehén invitada. Aún no podía comprender la hospitalidad que me estaba ofreciendo Said Sabagh tras haber formado parte de una matanza en su pueblo. Él decía que mi alma estaba cautiva y que mi camino se había descarrilado. En mi opinión, creo que comprendía que yo solo había seguido las instrucciones de un tirano y que mi deber era cumplirlas.

Su hogar era fresco y estaba limpio. Por los pasillos que daban al patio corrían casi una decena de niños, joviales, jugando con el agua de la fuente central que había en el cenador, sin temor a que les pudiese ocurrir nada.

Por la tarde me convocó en su despacho para hablar a solas; algo que disfrutaba mucho. Hablar con Said Sabagh era como tener en frente a un gran sabio de alguna tribu. Las cosas que aprendí en esos cuatro días sobre su cultura y sus costumbres militares me ayudaron a comprender lo egoísta que era el ser humano, complicándose la vida sin más razón que el materialismo. El Coronel podía vivir en una gran fortaleza, en la capital, pero allí, decía él, era donde se corrompía el hombre que posee poder en una mano y un arma en la otra. No buscaba dominar su pueblo, sino crecer junto a él y luchar en unidad, bajo la protección de su dios.

En la mesa de su despacho permanecían revueltas decenas de fotos de Shaper; se remontaban a veinte años atrás. En ellas se reflejaba la codicia del General, con pueblos destruidos en un solo día. Hurto de armas peligrosas y amistad con enemigos del gobierno americano. Durante dos décadas se había mantenido muy ocupado. Hasta que el Coronel Sabagh y Shaper rompieron su amistad por diferencias a la hora de emplear las bombas. El General quería venderlas al primer postor, importándole poco que el comprador fuese enemigo directo del gobierno. Solo quería dinero y poder. Said llegó a preocuparse por la ambición de su amigo, y temiendo que provocara el hundimiento de varios países, las robó. Durante muchos años no supo qué hacer con ellas. Por un lado deseaba destruirlas pero si las guardaba le proporcionarían protección para su país de un ataque masivo. Al descubrir que Shaper intentaba recuperarlas creó La Cámara Oscura, lo que no fue suficiente para evitar la catástrofe.

—Tiene que destruirlas —concluí al mirar la foto en blanco y negro de un montón de cadáveres asfixiados por un gas mortal—. Shaper está descontrolado.

—No es fácil deshacerse de doce bombas nucleares, Jeriel —su acento me gustaba. Era suave, como su voz, y no se dejaba llevar por la ira con facilidad—. Desmontarlas llevará su tiempo.

—Cuanto antes empiece, mejor —sujeté con mis dedos otra foto en la que aparecían él y Shaper, aún amigos. Se les veía jóvenes. Sin embargo, Shaper siempre resultó

tener crueldad en sus ojos verdes—. ¿Siempre fue así? —pregunté sin dejar de mirar la fotografía.

—Cuando ascendió consiguió contactos importantes que en mi opinión tenían las manos manchadas de sangre. Siempre fue codicioso, si es a lo que te refieres.

Seguí mirando fotografías que mostraban el terror que todo humano juzgaría. Hombres decapitados, mujeres violadas y ahorcadas en árboles. ¡Santo cielo! ¿Esa era la evolución que el hombre buscaba para el futuro?

— ¿Cómo lo conseguiste?

—Levanté la mirada y me encontré con sus ojos negros, casi suplicando que se lo contase.

— ¿Cómo conseguiste el disco sin morir?

Si se lo decía, no solo traicionaría a mi país adoptivo sino que pondría al descubierto mi secreto. Sin embargo, Said Sabagh había mostrado su amistad conmigo. Me había perdonado el matar a su gente, me dio un hogar y me alimentó. Se lo debía aunque solo fuese por gratitud. Dejé la foto sobre la mesa y me concentré en el vaso vacío que tenía a su lado. Con una simple orden el vidrio llegó hasta mi mano. Said Sabagh se echó hacia atrás al verlo, con el rostro entre sorprendido y asustado.

—Telequinesia —le expliqué.

— ¿Es... es un defecto congénito? —Dudó al preguntar. Acababa de descubrir que había algo que le provocaba temor.

—La gente diría que es un don.

— ¿Esa forma de cicatrizar también es...?

Asentí con la cabeza.

— ¿A qué se debe?

—No lo sé.

—Es un don extraordinario, sin duda alguna. —Sonrió levemente—. ¿Qué más cosas puedes hacer?

—Podría haber acabado con todo su ejército yo sola cuando me detuvisteis.

— ¿Y porque no lo hiciste? —preguntó curioso.

—Porque sabía que Shaper me traicionaría. Tenía muchas formas de hacerlo pero optó por dejarme en tierra para que me dieseis muerte. En la base, destruirían mi expediente. Y toda prueba de que yo existía desaparecería. Y aquí, me enterrarías en una fosa común. Jeriel Jordan desaparecería. Pero —hice una pausa para servirme más té y en parte para preparar con sutileza lo que iba a decir a continuación— supongo que se toparán con Amanda Garden. Y eso le habrá trastocado todos sus planes.

— ¿Quién es Amanda Garden?

—Yo —levanté una ceja sin dejar de sonreír, esperaba que entendiese lo que quería decirle. Un asentimiento de cabeza me lo corroboró.

— ¿Qué ha podido hacer Amanda Garden para trastocar los planes de un General?

—Viajar a Japón, a China, Indonesia, Inglaterra... —le relaté sin importancia— y entregar información que destruiría su carrera por todo el mundo. Ciertos contactos tienen órdenes claras de que si no llamo cierto día pactado con ellos es que me ha ocurrido algo y harán pública toda esa información.

— ¿Qué consigues con eso?

—Que me deje libre —mi voz sonó pesada.

— ¿Tienes amigos? —la pregunta fue rara y no tenía que ver con lo que estábamos hablando.

—Sí, claro.

— ¿Saben algo de tu plan?

—Bueno... poco.

Said se levantó con energía de su silla y comenzó a recoger todos los informes y fotografías.

—Tienes que partir a tu país.

Le miré asombrada mientras se movía por la estancia con nerviosismo.

— ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

Se detuvo en seco y clavó sus ojos tristes sobre los míos.

—Porque no has ganado, Jeriel.

—No le entiendo.

—Tienes que llamar a tus contactos y ordenarles que no revelen esa información.

—Pero ¿por qué?

—Nadie debe saber de la existencia de esas bombas. De ser así, nadie creerá nuestra intención de destruirlas y pensarán que pretendíamos atacar a Estados Unidos. Somos dos naciones en guerra. Somos enemigos. Y la gente les creerá a ellos.

—Dios mío... —de pronto comprendí que aún podía nacer una guerra por mis actos.

—Debes volver a tu país. Tus amigos estarán bajo arresto, si es que no les han matado.

Mis ojos se abrieron más al escucharle.

— ¿Por qué crees que les tienen arrestados?

—Porque son las reglas de este juego. Si descubren quién es Amanda Garden, si descubren sus movimientos, tendrán custodiados a tus amigos para sacarles información. Les torturaran para conseguirlo y después les mataran. —Al mover el cuello para mirarme sus rizos golpearon su rostro, obligándose a apartarlos con una mano—. Debes evitar la muerte de más personas inocentes y conseguir que Shaper te deje marchar para hacer esa vida que tanto anhelas. Tu don —pausó sin dejar de dirigirse a mí— es muy peligroso en sus manos —corrió hasta una estantería de dónde sacó un libro de color verde oscuro. Al abrirlo extrajo un disquete que me resultaba familiar—. Ten esto y entrégaselo a tu General.

— ¿Qué? ¿Se ha vuelto loco? ¿Quiere que se lo entregue?

—Esto permitirá que salgas de la base y hagas una vida normal.

— ¿Cómo se supone que voy a conseguir eso después de todo lo ocurrido?

—Si sigues mis indicaciones todo saldrá como debe. Alá nos ayudará.

—No creo en tu dios —confesé.

—Pues cree en el tuyo porque lo necesitarás.

Mi punto de vista hacia Omán había cambiado por completo tras la hospitalidad del Coronel; sentí que había crecido como persona en esa semana y pensaba poner en práctica todo lo que me enseñaron.

El sol abrasaba, como siempre, iluminando la arena de la playa como si de un diamante se tratara. Habían preparado mi marcha con todo detalle, me entregaron un pequeño barco con suficiente combustible para volver a mi país. Los omaníes esperaban pacientes a que el Coronel y yo nos despidiéramos. Fueron unos días muy intensos y de nuestras conversaciones nació una pequeña amistad que recordaría con intensidad durante años.

—En días tan despejados como este es cuando Alá refleja el amor que siente por nosotros —comentó Said mientras miraba a un cielo sin nubes. Hice caso omiso cuando nombró a su dios, que era muy diferente al mío. Colocó los brazos en jarras y me miró con una suave sonrisa que perfilaba su belleza iraní—. Has de partir.

Asentí con un movimiento y me incliné hacia el suelo para coger una mochila con suministros que tuvieron la amabilidad de entregarme. La coloqué en mis hombros y me dispuse a despedirme.

—No pensé que un enemigo pudiese darme tan buena compañía —volvió a sonreírme y yo le imité. Fue consciente de que el sentimiento era recíproco—. Ha sido un verdadero placer conocerte, Jeriel Jorden.

—He aprendido mucho de usted, Said Sabagh. Puede que algún día volvamos a vernos.

—Eso espero —sujetó mi cuello suavemente, apoyó su frente sobre la mía y cerró los ojos. Le imité pensando que esa era la manera de despedirse. Se alejó de mí lentamente y me dijo—: te deseo suerte.

Asentí lentamente con la cabeza y me puse en marcha. Arrastramos el barco hasta el mar y subí deprisa. Una vez puse en marcha el motor me fui alejando de aquel país al que tanto odié cuando lo pisé por primera vez y que tanto me enseñó hasta el momento de marcharme.

El viento quemaba mi rostro mientras el sol se escondía de todos nosotros. Mi viaje por tierras Omaníes había concluido, acababa de llegar al puerto de Greensay y me esperaba una caminata hasta llegar a la base militar. Bajé del barco y lo varé. Una vez en tierra firme emprendí mi viaje hasta el lugar del que trataba de huir desde hacía tanto tiempo. La noche era cerrada y apenas se veía nada en el bosque, pero conocía bien el camino.

De pronto, no sé qué pasó. Algo me alteró por dentro y sentí la urgencia de llegar cuanto antes a la base. Comencé a correr como si huyera de algún ser diabólico y centré todas mis fuerzas en mis piernas, que corrían como jamás lo había hecho. El camino de piedras. Ya le veía. Estaba cerca, muy cerca. Y cuanto más cerca más grande se hacía la sensación de que alguien inocente iba a morir.

La valla estaba frente a mis ojos. No aminoré la gran velocidad que llevaban mis piernas y de un salto me agarré de la parte superior, llena de espinos y me dejé caer por mi propio peso al otro lado de la base. Entonces sí, me quedé quieta y olí el aire. Percibí miedo, dolor y valor. Mucho valor.

Caminé lentamente hasta que cuatro soldados empuñando sus armas contra mí, se acercaban con paso prevenido.

— ¡Levanta las manos, Jorden! ¡Donde pueda verlas!

Como soy una niña buena, obedecí. Y sonreí. Porque ya estaba en casa.

Darkness también fue torturado con descargas eléctricas, y golpeado brutalmente. Sus ojos estaban hinchados en sangre y tenía el labio inferior partido. Su fortaleza le ayudó a aguantar hasta el final y su ignorancia de lo que estaba ocurriendo le permitió no revelarles nada sobre el asunto. Volvieron a meterle en la celda, abandonándole en la oscuridad, como al resto de sus compañeros. Les tuvieron sin comida y sin agua para que se volvieran vulnerables.

Nicolas era el único que aún no había sido interrogado. Estaba seguro de que era una estrategia para desmoralizarle. Ver como destrozaban a su equipo, ver el estado en que les devolvían a las celdas, pretendía solo una cosa: que Nicolas Johnson contase todo cuanto sabía. Y estaba seguro de que pronto llegaría su turno. Además, el arresto no podía durar mucho más; si seguían prohibiéndoles la comida y el agua, morirían. Shaper no podría justificar algo así ni con sus mejores métodos. O les acusaban de algo ya o tendrían que soltarles.

Pasaron horas hasta que volvieron a por ellos. La puerta de la celda de Nicolas se abrió y supo que había llegado su turno. Dos soldados le esposaron y se dirigieron con él hacia Cloe. Mientras llegaban a su destino, se preguntó si estaría preparado para un tormento que le esperaba. Como ejecutor había sido instruido para ello y sin embargo no estaba seguro de cuánto podría soportar. Lo que le habían hecho a sus amigos... a Joke, casi le derrotó. Se prometió aguantar tanto como él, hasta la muerte si era necesario.

Los ayudantes de Shaper abrieron una puerta y entraron todos por ella. La luz era débil pero permitía ver la clase de antro que habían montado para desmoralizar a cualquiera nada más entrar. Le rodeaban varios aparatos de tortura.

En aquel lugar no estaban solos. Shaper esperaba de pie al lado de otra persona arrestada; le mantenían esposado a una silla. Permanecía con la cabeza agachada; parecía agotado.

—Teniente Johnson —saludó Shaper jovial—. Me sorprende que aún guarde entereza tras lo que ha podido ver en el semblante de sus compañeros.

—Ya le he dicho que no sabemos nada —su voz sonó dura pero controlada. Miró de reojo a un par de soldados ocupados en rebuscar en una mochila grande, pensó que era del otro malogrado que acompañaría con sus gritos.

—No se preocupe por eso. Ya no necesitamos que nos cuente nada —sonrió malvadamente y giró la cabeza en dirección al arrestado—. Ahora la tenemos a ella —con un movimiento rápido agarró el pelo de la persona esposada y tiró hacia abajo, descubriendo el rostro de Jeriel Jorden.

Nicolas abrió la boca desmesuradamente; no esperaba semejante sorpresa.

—Tú estabas...

—¿Muerta? —terminó la pregunta el General.

—Yo vi cómo te atrapaban.

—Pues nos ha engañado a todos. Otra vez —estas últimas palabras guardaban resentimiento.

El semblante de Jeriel estaba cubierto de heridas que ya no sangraban. Le habían

atizado a conciencia, pero sus ojos prometían fortaleza.

—Hola, Nick —saludó con la voz apagada.

—Muy bien, Jorden. Supongo que sabrá para qué hemos traído a su amigo.

—No van a conseguir chantajearme.

—¿Prefiere que le matemos? —chasqueó los dedos y de forma inmediata agarraron al Teniente, le desnudaron y le esposaron de mala manera a unas cadenas que colgaban del techo. Un pequeño aspersor de emergencia salpicaba agua sobre su cuerpo. Los matones del General se acercaron a él con el artilugio de descargas eléctricas con que mortificaron a los demás.

—Jorden, suelte por ese pico lo que le pedimos y le dejaremos en paz.

—Que le jodan.

Shaper respiró tan fuerte que se le dilataron las aletas de la nariz. Con un movimiento de cabeza dio orden de que electrocutaran a Nicolas.

Gritó atronadoramente al sentir como la electricidad entraba en su cuerpo. Se revolvió brutalmente intentando evitar la esponja sin conseguirlo. Pararon un instante y Shaper volvió a preguntar a Jeriel.

El rostro agotado de Nicolas tras la descarga emocionó a Jeriel. Lo mismo les había hecho a los demás y todo por culpa de su juego. Sintió un peso enorme en su interior pero si flaqueaba ahora, el plan se iría al garete. Con lágrimas en los ojos decidió aguantar.

—Que le jodan —repitió con fiereza.

Shaper la golpeó y sus ayudantes volvieron a descargar electricidad sobre el cuerpo de Nicolas. De nuevo, volvió a gritar. El pelo sucio de varios días se le pegaba a la cara a consecuencia del agua. No sabía si aguantaría mucho más pero deseaba que Jeriel no dijese nada o les matarían a todos. Tarde o temprano terminaría todo.

—Vamos, Jorden —comenzó a decir el General—. Dígame que le hizo al disco y todo esto terminará. Tuvo que guardar los códigos antes de formatearlo, así que revélemelos.

—*Un hombre rico de Nottingham cruzaba por el río* —Jeriel inició una canción a pleno pulmón—, *¡pero qué tontorrón! ¡Tropezó con un cordón! Y miradle ahora, tiene frío* —Jeriel estalló en risas apagadas, estaba cansada pero debía continuar—. ¿No cree que Robin Hood sea sensacional? Habla de un miserable tirano que cree que puede controlarlo todo con poder pero un día aparece alguien que está dispuesto a enfrentársele, y entonces el tirano, asustado, intenta matar al contrincante, que promete traer paz a su pueblo.

—Robin Hood robaba a los ricos para dárselo a los pobres. Que quiera compararse con él es infantil.

—Yo le robé dos millones de dólares —volvió a carcajear, disfrutando del enfado que estaba naciendo en Shaper.

—El disquete, Jorden —enseñó los dientes para resultar más amenazante. Jeriel contestó con más risas.

—Es usted un arrogante —era el momento. A Nicolas le habían dejado tranquilo un rato y Shaper se había desconcentrado. El plan continuaba—. ¿Qué le hace pensar que el disquete que entregué era el auténtico?

Shaper irguió la cabeza y le tembló la mejilla.

—Le di el cambiazo delante de todos y ninguno se dio cuenta —de nuevo se rio atronadoramente. Sus risas resonaban con el eco de la habitación, incrementando la demencia que pretendía mostrar—. Ni siquiera Nick lo vio. ¡Ah! Soy una máquina.

— ¿Dónde lo tiene? —preguntó muy deprisa.

—En la mochila —parecía estar borracha. No podía dejar de reír—. ¡A ver, paleta! —Le gritó a uno de los soldados que rebuscaba entre sus cosas—. En el bolsillo de fuera.

El propio Shaper caminó hasta ella y apartó de un manotazo al soldado. Rebuscó en el bolsillo indicado y sus dedos lo palparon. Al sacarlo se le dibujó una sonrisa vencedora y miró de soslayo a la muchacha. A continuación, salió de la habitación acompañado por sus secuaces y se dirigió al ordenador central.

Mientras tanto, Jeriel borró su risa de la cara y se dirigió a su amigo.

— ¿Estás bien?

—Pensé que habías muerto —aseguró con los ojos casi cerrados por el cansancio. Nunca había estado tan falto de energía.

—Siento haberos hecho sufrir. De verdad que lo siento.

— ¿Por qué les has dado el disco? —No quería escuchar palabras de disculpa en ese momento—. Ahora nos matarán.

Fuera de la habitación de tortura, Shaper gritó el nombre de Jeriel atrozmente y se escucharon unos pasos rápidos acercándose de nuevo. Jeriel sonrió ampliamente.

—No, no lo harán.

Shaper interrumpió en la habitación como si le hubiese invadido un demonio y desenfundó su arma reglamentaria. Apuntó con ella a la frente de Jeriel y gritó con fuerza.

— ¡Ese disco no contiene los doce códigos encriptados! ¡Es un puto virus informático!

—Se equivoca, Shaper. Es un virus cojonudo.

Disfrutó unos segundos viendo como el semblante confuso del General se hinchaba de puro enfado.

— ¡Párenlo ya! —Les gritó a los operarios de Cloe.

— ¡Señor, el ordenador central no responde! —confesó con el miedo reflejado en sus ojos.

—Es un programa decodificador. Entrará en todos los documentos del ordenador que tanto se ha esmerado en ocultar y a medida que los va leyendo los envía directamente a los ordenadores del Pentágono. Solo yo tengo la contraseña para pararlo —giró el cuello sin dejar de sonreír y prestó atención a Shaper—. ¿Le parece si hacemos un trato?

Shaper se dejó llevar por la ira y agarró a la muchacha por la pechera, levantándola de la silla. Algo no iba bien. Si estaba esposada a esta, la silla también debía levantarse. Descubrió con sorpresa que llevaba un buen rato liberada.

—Am, esto —dijo al ver que Shaper le miraba las manos aterrado—. Era por si se complicaba la cosa, no tardar mucho en actuar.

Habría querido preguntarle porque no intentó huir, salvar a su amigo de la tortura, pero le urgía parar el virus. La sujetó por un brazo y la arrastró hasta el ordenador central, tirándola sobre él de un empujón.

—Párelo —ordenó.

Jeriel se sentó en el escritorio que tenía al lado y mostró el semblante serio.

—Antes vamos a negociar.

— ¿Negociar? —preguntó sonriente—. Está rodeada de hombres dispuestos a matar por mí solo por la lealtad que me tienen. No está en situación de negociar.

—De hecho, sí. —Llenó sus pulmones de aire y comenzó con el discurso que tenía preparado—. No estuve escondida estos días como le he dicho. Tuve el privilegio de conocer a un antiguo amigo suyo: Said Sabagh.

Andrew Shaper cerró los ojos lentamente y soltó el aire con fuerza por la nariz.

—Me cuidó muy bien, la verdad. Y le encantó explicarme porque guardaban los códigos en La Cámara Oscura. —Notaba impaciente al General, mirando de soslayo el ordenador central. La pantalla anunciaba que el virus había completado un cinco por ciento de la documentación. Era lento, así que se tomó su tiempo para explicarse—. Pero no se preocupe, antes de que me cogieran guardé el disco en un lugar seguro. Ni usted ni él lo conseguirán jamás —Pausó un momento—. A menos...

— ¿A menos que? —Gritó el General.

—Que hagamos un trato.

— ¿Quiere un trato? —Sonrió pérfidamente—. Hagamos un trato.

—Muy bien —contestó ella contenta—. Tres cosas a cumplir.

— ¿Cuáles? —Preguntó impaciente.

—Que me licencie con honor. Que me deje marchar de aquí y que salga de mi vida para siempre.

— ¿Solo eso? ¿No quiere dinero? —Preguntó sarcástico.

—Aún me queda algo de los dos millones que le robé. No será necesario.

Shaper chasqueo con los dedos para apresurarla con el ordenador.

—Párelo.

Jeriel pareció pensárselo pero al final cedió.

—Necesitaré mi portátil para apagarlo.

Un soldado se movió deprisa hacia la habitación de tortura y llevó la mochila a Jeriel. Esta sacó un ordenador portátil y conectó varias cosas de su mochila al aparato. Observó la pantalla del ordenador central de Cloe. Llevaba un diez por ciento. Tecléo deprisa en el suyo y se paró en seco.

—De hecho, vamos a hacer algo más. Voy a explicarle un par de cosas.

—Jorden, no tenemos tiempo.

— ¡Pero si tenemos casi una hora hasta que acabe el virus! —exclamó con sarcasmo. Le sonrió y comenzó a relatar—. Cuando descubrí sus hazañas en esta misma sala supe que me iba a matar. Así que tuve que iniciar un plan para sobrevivir. Mandó que me violaran como advertencia y yo como respuesta saqué parte de la información del ordenador. Luego le cogí prestados los dos millones y viajé por todo el mundo con el dinero en una mochila y una identidad falsa. Amanda Garden. En varios países encontré a gente dispuesta a ayudarme por una suma de dinero. Lo que hice fue hacer entrega de esa información a lo largo de cinco continentes diferentes. Veinticinco copias a diferentes culturas y naciones. Tengo un acuerdo con varias personas: si no les llamo en las fechas ajustadas en el calendario, harán entrega de toda la información que extraje a la CIA, a la BBC... y la humanidad se enterará de

todo lo que ha hecho a lo largo de su inmaculada carrera militar. No hace falta decir lo que le esperaba a usted.

— ¡Se está tirando un farol! —Shaper sonrió con desprecio. Estaba seguro de que no era más que un intento de salvar el cuello.

—Sabía qué pensaría eso —dijo levantando un dedo para anotarlo—. Porque una niña de trece años no es capaz de hacer todas esas cosas, ¿verdad? Por eso preparé algo especial. Algo que le hiciera entender que no era un farol. —Tecleó un botón de su ordenador y lo giró para que pudiese ver lo que la pantalla mostraba. Shaper se acercó y al distinguir lo que exponía en ésta su rostro envejeció diez años—. Frank y Nelly —le clavó la mirada y endureció su rostro, descubriendo su lado más cruel—. Tiene dos nietos encantadores, General Shaper.

La pantalla del ordenador reveló fotografías de dos niños pequeños encerrados en una pequeña habitación con dos camas. Era lo más despiadado que había hecho en toda su vida y no se sentía orgullosa de ello. No obstante, eran muchas vidas las que ese hombre estaba dispuesto a sacrificar por obtener más dinero y poder.

—Aquí termina su juego, Andrew —llamarle por su nombre de pila consiguió que despegara la vista de la pantalla y se centrara en ella.

— ¿Qué les ha... que les ha hecho? —Le fallaba la fuerza de las piernas y hubiese querido sentarse, incluso llorar por ver como sus manos habían llevado a que sus nietos sufrieran las consecuencias.

—De momento nada —repuso Jeriel con calma—. Pero o acepta el trato o en dos horas estarán muertos.

Shaper se alarmó al leer en los fríos ojos de Jeriel que estaba dispuesta a hacerlo. En ese momento descubrió que había entrenado al soldado que tanto anhelaba, dispuesta a enfrentarse a su propio país si era necesario. De estar en otra situación habría sonreído orgulloso de su creación.

— ¿Qué es lo que quiere? —Se vio obligado a doblegarse. Era humillante, pero lo hizo.

—Lo que le he pedido. Y ya que estamos, deje en paz a mis amigos. Si les ocurre algo en mi ausencia utilizaré la información.

—Organizaré todo hoy mismo para que pueda marcharse cuanto antes.

—No tan rápido. No quiero que me deje en la calle. Buscará unos padres que quieran adoptarme.

— ¿Qué? —preguntó confuso.

—Quiero unos padres, Shaper. Que me quieran —miró al techo con aire soñador— y que me den el amor que siempre me fue negado.

—Creí que solo pedía tres cosas.

—Ah, bueno. Estoy abusando de su confianza.

El General se encogió, agotado, y afirmó con la cabeza.

—De acuerdo. Ahora suelte a mis nietos.

—Cuando me haya largado de aquí —cerró el portátil y suspiró vencedora. Se acercó al ordenador central y tecleó un código de letras. En la pantalla se inició una ventana preguntando si quería cancelar el proceso. Tecleó “yes” y al instante todo quedó anulado.

— ¿Qué pasará con los códigos? —Preguntó más tranquilo ahora que todo se había

relajado bastante.

—Shaper —Jeriel centró la mirada en la mesa, pensando lo depravado que resultaba su ambición—. Las bombas han sido destruidas. Ya no podrá acceder a ellas. Pero si quiere le consigo los códigos que tanto anhela.

El General cerró los ojos, derrotado y humillado por su propia creación.

— ¿Me devolverá la información?

—Jamás. Es mi seguro de vida.

—He de reconocer que ha jugado excelentemente.

—Lo sé —recogió sus cosas y caminó en busca de Nicolas. Aún estaba maniatado a las cadenas. No esperó a que le desataran. Con una orden, su mente abrió las esposas, liberando al hombre. Nicolas cayó al suelo y Jeriel se acercó a él.

—Eh, Nick. Ya ha pasado todo.

—Los tiene encarcelados —le avisó casi sin fuerza—. Los retiene encarcelados.

Jeriel comprendió que se refería a sus amigos. ¡Cuánta razón tenía el Coronel Said Sabagh! Conocía los movimientos de Shaper al dedillo.

Le ayudó a levantarse del suelo y permitió que se apoyara sobre ella. Le acercó la ropa para que se vistiera y caminaron juntos hacia las cárceles para liberar al resto del equipo. El Teniente la miró profundamente y se giró para abrazarla, suspirando tranquilidad sobre su pelo negro.

—Ha sido una semana infernal.

—Lo ha sido para todos —repuso ella.

— ¿Qué ha ocurrido con Shaper? —Preguntó después de apartarse de ella—. ¿Por qué nos ha liberado?

—Porque he ganado, Nick —sus ojos se humedecieron por la emoción que sentía—. He ganado.

—No es cierto —le aseguró el Teniente.

Mis compañeros habían sido liberados de sus celdas; sus caras, amoratadas, y sus cuerpos cansados, deseaban conocer la verdad de todo lo que había pasado.

Estábamos congregados en la prisión de Joke, quien se había llevado la peor parte. Permanecía tirado en el suelo, su cuerpo estaba repleto de morados y su temperatura era muy alta. La suciedad de la celda había llegado a sus heridas, causándole infección. Traté de reanimarle para poder hablar con él y cuando abrió los ojos con lentitud, lo primero que vio fue mi rostro. La poca consciencia que tenía le hizo creer que estaba delirando. Para él yo estaba muerta. Sus ojos doloridos pudieron ver al resto de nuestros amigos acompañándome.

—Joke, despierta —le supliqué.

—Estás muerta. —susurró con un hilo de voz.

Mostré impaciencia y sin saber que hacer volví a inclinarme hacia él.

—Vamos, Joke. Tenemos que llevarte al hospital —sin pensar lo que hacía desabroché el pantalón de Joke para cerciorarme de que lo que me había contado Nick era cierto. Si lo era, tenía que verlo. Y después mataría a Shaper con mis propias manos. El calzoncillo blanco mostró que todo seguía allí. Le habían torturado aplastándole los testículos, pero estaban allí. Suspiramos con tranquilidad.

—Joke, no te han castrado. Solo hicieron que lo creyeras para que hablaras. Joke —le llamé—. ¡Joke!

No pudo escuchar la buena noticia. Había caído inconsciente.

— ¿Cómo escapaste de Omán? —El primero en preguntarme fue Nick, siempre preparado para dar la talla. Supongo que estaba ansioso por descubrir mi ingenio.

—No escapé. Me dejaron marchar. —Era consciente de que mis amigos tenían la mirada clavada en mí—. ¿Sabíais que Shaper trabajó en el pentágono y que fue trasladado a Canadá? Le vino de perlas para hacer de las suyas ya que tenía una base militar a su mando. —Al ver que eso no satisfacía la curiosidad de mis amigos decidí contarle todo desde el principio—. Cuando Shaper me trajo a Greensay no llegó a pensar que su astucia se volvería contra él. Como bien sabéis, hurgué en el historial de Shaper descubriendo las atrocidades que había cometido. Por un error mío, me descubrió e intentó mantenerme a raya atacando a mi hermano y después a mí. Hicimos un trato: yo guardaba su secreto y Shaper me dejaba vivir. Pero, aunque no nos lo dijimos, ambos sabíamos que esto era tan solo una estrategia para controlarme hasta que cumpliera mi misión en Omán. De una forma u otra me necesitaba para hacerse con el disquete. Puesto que sabía lo que pretendía preparé un plan para salvar el culo y me hice con parte de la información que averigüé en Cloe para destruirle de por vida. La guardé en casa de Joke y esperé hasta que me dieran permiso de vacaciones.

<<Con el dinero que le robé al General —no pude evitar sonreír—, viajé por todo el mundo y me encargué de que esa información fuese protegida con el fin de que, si nos mataban a mí o a vosotros, saliera a la luz. Para esto utilice una falsa identidad que me permitió dar pasos que, con mi corta edad, no habría podido conseguir>>.

<<Anteriormente a esto, me hice con una lista de hackers y otros contactos para llevar a cabo mi plan. Esta lista me llevó a Japón>>.

— ¿Estuviste en Japón? —Nick me miró desconcertado, supongo que por haberle dicho que estuve en Seattle.

—También estuve en otros sitios. —Esto no era importante así que continué—. En Japón inicié una investigación más profunda sobre Shaper y allí descubrí la existencia de Said Sabagh, Coronel en Omán y antiguo amigo de Shaper. Tienen una bonita historia entre ellos. Pasé a contarles de dónde nacieron las doce bombas nucleares y cómo éstas rompieron su amistad. El ímpetu de Shaper por conseguir los códigos que, de haber caído en sus manos, habría utilizado como acusación contra Omán—. Yo imaginaba que tras conseguir los códigos me mataría. Me había convertido en un problema para él, sabía demasiado y puesto que jamás le he jurado lealtad, él estaba seguro de que le traicionaría. Así fue. Mi intención, nada más volver a la base tras cumplir la misión, iba a ser ponerme en contacto con el Coronel Sabagh y advertirle de las intenciones de Shaper.

<<Como todos sabéis, el General me dejó en tierra para que me mataran los omaníes. Y casi lo hicieron. Me torturaron y me golpearon en un intento de sacarme información. Sin embargo —pausé un instante para recuperar el aliento—, al ver que las heridas que me causaban cicatrizaban tan deprisa se asustaron y me encerraron en una celda de la que podría haber escapado sin problemas. Si no lo hice fue porque no me interesaba. Necesitaba hablar urgentemente con el Coronel y tras un día encerrada

en una prisión pequeña, lo conseguí. Fue indescriptible la manera tan rápida con la que nos entendimos. Said Sabagh me hospedó en su casa y me alimentó como a una invitada. Y, tras contarle las intenciones de Shaper, me ayudó a volver a casa. Con un regalo en la mochila y un plan, que si salía bien, ganaríamos todos menos Shaper>>.

<<Me hizo entrega de un virus acojonante. Capaz de decodificar información, contraseñas y desviarlas por medio del satélite a donde yo quisiera. Estos Omaníes... —Bromeé—. Así que, entregué a nuestro queridísimo General un disquete exactamente igual al de La Cámara Oscura. Deberíais haber visto su cara cuando descubrió que de nuevo le había dado el cambiazo>>.

<<Si os preguntáis porque hice uso de dicho virus os lo diré: para comenzar con las negociaciones. Agarrado por los huevos, Shaper ha accedido a dejarme marchar de aquí, con honor. Me dejará en paz para siempre. En esto último, os incluí a vosotros —dije con voz amistosa>>.

Vi que Nick intentaba preguntarme algo pero me adelanté a él.

—Como era de suponer, Shaper no aceptaría este chantaje así como así; ni con virus ni con palabras. Así que, opté por tener un plan B. Desde la pequeña mansión del Coronel Sabagh, enviamos instrucciones a ciertos contactos para que secuestraran a los nietos del General, antes de que yo llegara a la base militar.

— ¿Qué? —Todos me gritaron lo mismo al unísono, reacción que esperaba, claro está.

—Teníamos que hacerlo. Sé que es horrible porque son los menos culpables de toda esta historia. Pero, joder, no tenía más elección.

Pude ver como mis amigos juzgaban mi acción con sus miradas.

—Están bien —les aseguré para tranquilizarles—. Los he utilizado para presionar al General y que me conceda lo exigido. En cuanto lo haga, les soltaré y todos ganamos. —Volví a pausar un momento. Mi historia había terminado y esperaba sus opiniones—. Creo que ya está.

— ¿Y qué hay de las doce bombas nucleares? Habrá que dar parte de ellas.

—No será necesario. Las están destruyendo —aclaré.

Entre mis amigos se hizo un silencio que delataba la oposición que opinaban contra mis actos.

—Sé lo que estáis pensando. Que estoy loca y soy tan depravada como él. Puede ser, pero necesito marcharme de este lugar y arreglar todos los errores que he cometido. Necesito una segunda oportunidad.

—A cualquier precio, por lo que veo —la amonestación de Nick hizo que me sintiera pésima persona. Seguramente lo era. Y no dejó de decirme con sus ojos negros que ellos también habían sufrido por mi culpa. Puede que eso no me lo perdona nunca.

— ¿Qué harás cuando te vayas de aquí? —me preguntó Grace.

—Comenzar a vivir —contesté sin necesidad de pensar en la respuesta.

Chester Copernell despertó plácidamente en su cama, arropado con sábanas de seda negras. A su lado dormía una mujer rubia de la cual desconocía su nombre. Acostumbraba a pasar la noche con fulanas, una manera de no tener que soportar la negativa de algunas mujeres cuando deseaba hacer algo inusual. Tras una noche de humillaciones que no olvidaría, la mujer que se mantenía boca abajo, descansaba de las brutalidades que se tuvo que dejar hacer por dos mil dólares. Su espalda y glúteos estaban magullados.

En el rostro de Chester se dibujó una mueca repleta de maldad y lujuria. Se movió lentamente para colocarse sobre ella y embestirla de nuevo. La mujer despertó alarmada por el dolor que sentía y de sus ojos brotaron lágrimas de vergüenza. No gritó y tampoco se quejó. De hacerlo, la golpearía nuevamente y eso terminaría por acabar con ella. Se mantuvo callada, tratando de fingir que su cuerpo no respondía a las sacudidas de Chester y sintió alivio cuando su cliente terminó.

—Lárgate ahora mismo —dijo Chester con aspereza. Salió de la cama y se dirigió hacia la ducha donde se despojó del sudor y de los fluidos de la prostituta. Agachó la cabeza, permitiendo que el agua caliente cayera sobre su nuca. En breve le servirían el desayuno y leería el periódico.

La mansión donde vivía actualmente constaba de tres pisos y un sótano. En cada una de las diez habitaciones que tenía la casa había una cruz sobre el cabecero de la cama y en ambos lados de ésta, dos cuencos de plata con agua bendita. Las luces de la casa eran tenues y rojizas, cortinas de gruesa tela que prohibían entrar los rayos del sol. Le encantaba la oscuridad. Sin embargo, ese día necesitaba un poco de luz. Fue hasta la terraza y allí se sentó en una silla reclinada a esperar de su comida.

Uno de sus sirvientes caminó deprisa hasta él, su rostro parecía preocupado. Al quedar frente a Chester, éste último le observó con detalle las manos. Se suponía que en ellas traería una bandeja de plata con su desayuno y el periódico de la mañana. Su labio superior tembló ligeramente por la ira y esperó a que su sirviente se explicase.

—Amo, debe venir conmigo. Hay información que debería ver.

—¿Es importante? Tengo hambre.

—Amo, es muy importante.

Durante un par de segundos le mantuvo la mirada, esperando que su asistente la apartara por la presión de la suya. Sin embargo, no lo hizo. De acuerdo, pensó, es importante. Se levantó de la silla y caminaron juntos por los recovecos de la mansión. Tras tres o cuatro minutos llegaron a una puerta con un sistema de clave que no tardó en introducir Chester. Accedieron dentro y bajaron por unas escaleras en forma de caracol. Las paredes eran de piedra deformada. Varias antorchas desprendían una luz tenue que se reflejaba en los muros de la cueva. En medio del agujero varias mesas formaban una U, repletas de ordenadores y la última tecnología. En una de ellas permanecía sentado un joven que tecleaba deprisa en su ordenador sin perder de vista el monitor. La presencia de Chester le cortó la respiración.

—Señor, no se lo va a creer —comenzó a decir atropelladamente—. Aún estoy trabajando en lo que he descubierto pero estamos casi seguros de que se trata de ella.

— ¿De quién?

—De Jeriel Campoy. —Hizo una pausa para crear expectación en sus palabras—.

Creemos que sigue viva.

Por un instante Chester Copernell sintió un fuerte mareo que le obligó a sentarse en la mesa del informático.

—Continua. —Dijo con los ojos cerrados.

—Hace tres días recibimos el chivatazo de que la base de datos del pentágono ha sufrido un ataque informático y han quedado a la vista el programa de protección de testigos. Buscamos en el listado y ¿a quién hemos encontrado? —Dio con fuerza a una tecla y apareció el rostro de una joven morena—. Estamos seguros de que es ella, aunque el cambio es notable.

Chester se acercó bastante a la pantalla para dejarse deleitar por lo que tenía delante. Sí, el cambio era notable pero parecía ella.

—Parece ser que un militar la encontró casi muerta y la llevó a la base cooperativa de Canadá donde estaba destinado. Le entregaron una nueva identidad, Jeriel Jorden, y la entrenaron para que sirviese como Seal. Acaba de recibir los honores y ahora abandona el ejército. Desconozco a dónde se dirigirá pero estamos investigando, señor. Hemos enviado un equipo para que la espíen.

—Muy buen trabajo —aprobó Chester. Estaba eufórico por dentro pero no se dio el gusto de mostrarlo ante sus sirvientes.

—Señor, si quiere podemos enviar un helicóptero e ir a por ella. Estamos a pocas horas de allí.

—No tan deprisa. Si ahora es un Seal, estará protegida. Y no tenemos intención de enfrentarnos al gobierno. Seguir investigando y entregarme un informe cuanto antes. Si esa chica es Jeriel Campoy, debemos ir con cuidado o se nos escapará de nuevo.

—Sí, señor.

No dijo más. Se levantó de la mesa y salió de aquel lugar frío y húmedo para regresar a la terraza. Volvió a sentarse en el mismo lugar, disfrutando del día soleado con el que le habían brindado el mejor de los regalos. Jeriel Campoy había resurgido de la muerte. Se sentía animado. Más que animado, iba a estallar de emoción. Apartó los brazos para permitir paso a su bandeja con el desayuno. Excelente café caliente con unas tostadas y un gran zumo de pomelo. Exhalo el aire de sus pulmones ruidosamente, con el rostro centelleante y dio el primer mordisco.

Epílogo

No pasaron muchos días desde que regresé de Omán hasta que Shaper tuvo en sus manos mi licencia; sin embargo, puedo decir que hubo mucho movimiento hasta que recibí mi deseada carta. Para empezar, mis amigos se recuperaban de sus heridas y tuvieron que volver a su trabajo. Joke tuvo que permanecer ingresado en el hospital hasta que la infección remitiera y Nick... Nicolas deseaba que me marchara cuanto antes de allí. Ambos estábamos de acuerdo en algo y es que una base militar no era lugar para alguien como yo. En realidad, creo que todo el mundo opinaba lo mismo.

En la base nadie llegó a enterarse de lo que ocurrió en Cloe, algo que puedo asegurar que agradeció Shaper. Lo único que pudieron notar fue un cambio considerable en el comportamiento del General. Supongo que la razón era que sus nietos aún seguían bajo mi poder. Fue constante a la hora de pedir que los soltara, ahora que había aceptado nuestro trato. No obstante, él sabía que era una excelente negociante y no iba a entregárselos hasta que no saliera de allí. De ahí que se moviera tan deprisa. Utilizó todos sus contactos para buscarme un lugar donde permanecer y, pese a sus esfuerzos, no lo encontró. Le vi desesperado ante la posibilidad de que me enfadara.

El jueves, a principios de primavera, el General me hizo llamar a su despacho y acudí en seguida, segura de que me iba a entregar la carta donde dijese que era licenciada con honor y que abandonaba la base para siempre. Antes de entrar llamé, por cortesía nada más. Al entrar, encontré a Shaper con el rostro desenfadado, estaba tranquilo, cosa que me sorprendió. Caminé hasta uno de los sillones y con calma me senté. El General me clavó sus ojos verdes unos instantes. Pensaba en algo que no era capaz de adivinar. Con un movimiento me extendió un sobre blanco con el logotipo de la base. Sonreí. No necesitaba leerla.

—No he encontrado una familia que quiera adoptarla —ya esperaba esa noticia, por lo que esperé a ver que tenía preparado para mí—. Sin embargo, —se inclinó hacia uno de los cajones de su mesa y de allí sacó un folleto grande repleto de color— he encontrado un hogar para huérfanos estupendo.

—¿Un orfanato? —Pregunté confusa. No, eso no era lo que yo buscaba.

—No es exactamente un orfanato. Es un centro de acogida.

—¿Qué diferencia hay?

—Que aquí se tramitan la mayoría de las adopciones. —Me entregó el folleto y me dispuse a revisarlo con interés—. He hablado con la directora y está de acuerdo con poner tu adopción en primera lista.

—Me parece bien —afirmé casi sin escucharle. Estaba embelesada con el centro de acogida, era un lugar bonito a primera vista. Cuidado con detalle, repleto de jardines y árboles que daban sombra en las tardes de calor que me esperaban. Pensé que este era un lugar que debía conocer, aunque solo fuese por unos días.

—Dispondré un jeep para que la lleve en dos horas, así que haga el petate y despídase de todo el mundo si lo desea. En cuanto a mí, no quiero volver a verla

jamás.

Levanté la mirada hacia sus ojos y sonreí. El sentimiento era mutuo. En su semblante regresó el hombre asustado de hacía días cuando le notifiqué el secuestro de sus nietos. Ahora, en esos ojos que acababan de perder todo índice de vida, me suplicaban que le hiciese entrega de los niños. Cuando aceptó me encargué de que fueran bien atendidos y constantemente cuidados. Al mirar a Shaper, me pregunté que se habría inventado para tranquilizar a la familia de los pequeños durante los días que mantuve secuestrados a los niños. Daba igual, no me interesaba. Porque una mentira más no me iba a ayudar a descubrir lo que pasaba por la cabeza de tan “honorable” militar. No obstante, accedí a la súplica que desprendían sus ojos.

—En el barrio de Sídney Brown. —Me incliné hacia él con el dedo alzado y le advertí con claridad—. Si intenta jugármela, si acude a la policía o intenta poner en práctica alguno de sus planes haré que toda esa información vea la luz.

—Deje de amenazarme, Jorden. Mi única intención es recuperar a mis nietos y perderla de vista para siempre.

—Muy bien.

—En cuanto a aquel trato que hicimos hace meses...

Al principio no sabía a qué se refería pero caí en la cuenta. De nuevo, sonreí.

—¿Ayudarme a vengarme de mis padres?

—Me veo en la obligación de no ayudarla.

Clavé mis ojos sobre los suyos y me puse muy seria.

—Nunca le necesité.

Shaper echó hacia atrás el cuerpo y se recostó en su sillón, esperando que me explicase.

—He aprendido mucho en mi estancia aquí; y ahora sé utilizar mis habilidades. ¿Qué le hace pensar que puedo necesitar su ayuda militar? Lo que yo tengo es suficiente para llevar a cabo mi deseo.

Shaper se rascó la nariz con nerviosismo. Sin más que decir me levanté de la silla y me dirigí hacia la puerta con la carta de mi libertad y el folleto de mi nuevo hogar. Al cerrar la puerta detrás mía caminé por el ancho pasillo y suspiré. Sentí cómo las espinas que rodeaban mi corazón desaparecían y encontraba descanso al saber que ese era mi último día como militar. Era el momento de las despedidas. En dos horas me marchaba.

Me llevó tiempo hacer entender a mi hermano porqué deseaba ser adoptada por personas desconocidas, tal vez porque ni siquiera yo estaba segura del todo. Al principio se mostró enfadado, llegó a gritarme incluso, pero tres días dan para pensar mucho y llegó a la conclusión de que no podía hacerse cargo de mí. Aunque seguía sin estar de acuerdo, era consciente de que todo lo que dijese no me haría cambiar de opinión.

— ¿Y te vas ya?

—Cuanto antes mejor, no quiero que hayan cambios a última hora.

—Pero... pero eso es dentro de nada.

—De todas formas no es un adiós. Ni siquiera una despedida. Podrás visitarme al centro y si me adoptan, pues también podrás hacerlo.

Marcos se mantuvo callado un instante, pensativo. Se mordía el interior del labio con ímpetu. Eso era un claro síntoma de que buscaba opciones para evitar que me marchase.

—Teníamos planes —dijo con la voz apagada—. Hace años, nosotros teníamos planes.

Recordé cuales eran esos planes a los que se refería, sin embargo, había llovido tanto desde entonces, habíamos cambiado tanto que me parecían sueños difusos del pasado.

—Marcos, eso fue hace mucho tiempo —dije con pesar.

—No sé si eres consciente del desprecio que me estás haciendo —agachó la mirada hacia su pijama, una forma más de no aceptar lo que estaba a punto de ocurrir.

—No vas a dejar de ser mi hermano solo porque busco un hogar donde vivir.

—Es que no lo entiendo —negó con la cabeza mientras sonreía pertinaz—. No entiendo este afán por buscar un nuevo hogar.

— ¿Y qué es lo que tú me propones? ¿Vivir en la base? Aquí no avanzo, Marcos.

Siguió negando; de acuerdo, no lo aceptaba y tampoco me iba a deslomar por conseguirlo.

—Me voy, Marcos. Lo quieras o no. Aquí te dejo la dirección del centro de acogida —la escribí en un papel y se la entregué—. Cuando te den el alta, ven a verme. —Le di un beso en la frente y con algo de remordimiento me marché de la habitación.

Mi siguiente parada era en la habitación de Joke. Aunque en ningún momento su vida estuvo en peligro si le mantenían con antibióticos para reducirle la infección de las heridas y medicación para bajar la inflamación de los testículos. Le encontré tumbado en la cama, arropado hasta las axilas, con la cabeza mirando hacia la ventana, distraído con los sonidos de fuera. Me acerqué hasta la cama y me senté a su lado. Joke giró la cabeza hacia mí y sonrió débilmente.

— ¿Cómo te encuentras?

—Me duele todo —sus ojos estaban amoratados y la parte inferior de la mandíbula también. No quería caer en el dramatismo pero verle así, con un rostro tan masculino y hermoso, ahora desfigurado, sentía que se lo había hecho yo misma. Agaché la cabeza al notar la pesadumbre en mi interior—. ¿Has venido a despedirte?

—Sí.

—¿Cuándo te vas?

—En un rato.

Joke respiró profundamente, desolado.

—No sé porque todos os esmeráis en dramatizar con el asunto. No me voy para siempre. Solo voy a estar un poco más lejos.

—No es porque te marchas. Es por cómo estás haciendo las cosas.

—Ya estamos. —Dije impaciente—. Pues Nick está encantado.

—Claro, así podrá dormir por las noches sin tener que estar preocupado por los líos en los que te metes.

Sonreí ante la certeza de esas palabras. Me habría gustado insistir en que mi marcha era lo mejor para todos, sin embargo, cansada de explicarme, busqué otro tema de conversación que nos repercutía a ambos.

—¿Seguimos juntos, Joke?

Fijó sus ojos en los míos y esperó un instante, supongo que a terminar de pensar lo que iba a decirme. Se relamió el labio inferior y se preparó para contestar.

—Casi te pierdo dos veces. En el centro de investigación y en Omán. No puedo permitirme estar al límite del abismo una vez más. He sufrido mucho a causa de tenerte a mi lado. Pero eres totalmente necesaria en mi vida. Te quiero en ella para siempre, Jeriel.

Agaché la cabeza y sonreí levemente.

—Yo también te quiero, Adam.

Hubo un silencio entre nosotros. Me acerqué a sus labios y los besé con suavidad. La calidez de su piel rodeó mi cuerpo en un abrazo repleto de amor. ¡Oh, como echaba de menos esa sensación! Desde nuestra discusión apenas pude hablar con Joke. Acababa de recuperar todo lo que estuve a punto de perder por mi estupidez. No quería perderlo. Le necesitaba. Le amaba.

—Debes irte a hacer el petate, ¿no?

—Sí, y a despedirme de todos.

—Pues date prisa. No vaya a ser que Shaper cambie de opinión.

Sonreí una vez más y me puse en movimiento después de volver a besarle.

Al llegar a la base fui directa a mi habitación para hacer el petate. Me embriagaba una sensación nerviosa que tenía en el estómago. ¡Dios mío, me marchaba de la base! Me repetí tres veces esta idea, tan cercana, tan próxima a realizarse... Pensando en las cosas que haría nada más salir de aquí no me di cuenta de que ya tenía casi terminada la maleta. Me temblaban las manos y no podía evitar mordirme los labios con brusquedad. Terminé de meter algunas cosas y cerré la cremallera de mi macuto. Observé la habitación con detalle. La primera vez que entré en ella, mis compañeras me lo pusieron difícil; y al poco tiempo encontré en ellas amigas que me apoyaron en todo lo que necesité, en especial con Carla.

Era mucho lo que dejaba allí: desazón, aprendizaje, dolor y humillación. Aquí me había convertido en mujer, en adulta y en alguien implacable. No podría olvidar jamás ese lugar.

Coloqué el petate en mi hombro y recogí la carta que me entregó Shaper. Ya estaba lista para zarpar. Me di la vuelta y salí de allí sin mirar atrás.

En el pasillo encontré a mi equipo y a McNair, esperándome para despedirse. No lo esperaba, la verdad. Sonreí emocionada, con los ojos empañados, y me acerqué a ellos para decirles adiós. Tras varios abrazos y un par de lágrimas, me desearon lo mejor. Pude notar tristeza en el rostro de Carla, realmente me había cogido cariño. Y McNair, mi sargento, mi instructor más terrible, me apretó con fuerza la mano. No dijo nada, no hizo falta. Ambos sabíamos que cada uno había realizado su trabajo perfectamente.

—Promete que escribirás y que nos veremos de vez en cuando —me pidió Carla.

—Claro que sí —aseguré—. Pero tendremos que vernos fuera porque no pienso volver a pisar este lugar en mi vida.

Tras unas risas, de nuevo ese silencio que tanto detestaba. Miramos al suelo por inercia, esperando que alguien dijese algo gracioso; algo que rompiese este desagradable momento.

—Deberíamos irnos ya —Nick, siempre salvándome.

Volví a colocar mi mochila en la espalda y caminé detrás de él, hacia el jeep. Una sensación de vacío me obligó a derramar un par de lágrimas. Las borré de mi rostro deprisa, no quería que me viesan llorar. No miré atrás, temía flaquear a causa de mi aprecio hacia esas personas que tanto me habían cuidado.

Una vez fuera, en el campo, vi el jeep esperando a llevarme a mi nuevo hogar. Nick no paró sino que se subió al coche, pero yo hice un recorrido a todo el campo que me rodeaba. Soldados entrenando, otros charlando. Algunos trabajando. Parecía que dejaba media vida en este lugar y sin embargo nada cambiaría en él tras mi marcha. Era el ejército, todo continúa pese a las bajas.

Bajé las escaleras y me acerqué a la parte trasera del jeep donde dejé mi petate. Subí al coche, al lado de Nick y cerré la puerta con fuerza.

—Ya podemos marcharnos.

El sol brillaba con fuerza y nos protegimos con las gafas de sol. El motor del coche rugió y nos pusimos en marcha, hacia el horizonte. Devorábamos la carretera sin miedo, sin pausa; manteniendo nuestros corazones callados. ¿De qué íbamos a hablar? Todo estaba dicho ya.

A los veinte minutos de salir de la base, el paisaje cambió. Nos rodearon los árboles espesos, convirtiendo sus alrededores en bosques profundos y oscuros. En uno de ellos empezó mi historia, mi vida, y sin embargo, ahora que los veía, que me recordaban al principio de una pesadilla, sentía que ésta no había comenzado aún. Siempre rodeada de bosques, siempre presentes. Y, sin embargo, no comprendía la razón, de querer significar algo.

La tarde caía y el crepúsculo nos indicaba el camino hacia mi nueva partida. Siempre de allí para aquí, errante vida sin finalidad.

Giré mi cuello para mirar a Nick. Él hizo lo mismo, sonriendo levemente y volviendo a mirar a la carretera. Suspiré, más por temor que por otra cosa. Ansiedad, diría yo. Nick me llevó a la base hacía casi un año y de ella mesacaba. Como buen amigo, respetuoso y dispuesto a remediar el error que cometió conmigo llevándome a la cueva del diablo, me salvaba una vez más. No quería decirle nada. Como si hacerlo me alejara de él, algo que no quería. Me negaba a ello. Era un padre, un hermano. Un guardián.

Dormité un buen rato, cansada de guardar silencio. Cuando Nick me palmeó el hombro para despertarme descubrí que ya era casi de noche.

—Mira.

Giré mi cuello hacia el frente, donde Nick me indicaba con un dedo y la vi. La casa de acogida que salía en el folleto no se acercaba ni un poco a la belleza que nacía entre las montañas. Una inmensa infraestructura grisácea, envejecida, repleta de ventanales de cristal. Mi boca se abrió ligeramente ante el impacto al verla. Nick y yo nos miramos, entusiasmados.

Treinta minutos después, tras cruzar una inmensa verja negra, bajábamos del coche, frente a la gran puerta con columnas dóricas del centro de acogida. Las luces nacían de cuatro faroles de exterior. Había que reconocerlo, era bonito. No obstante, imaginaba que la vida de esos chicos no era precisamente lo que ellos deseaban y posiblemente esta decoración pretendía única y exclusivamente la comodidad de éstos. Las puertas del centro eran grandes y con un grosor considerable. Éstas se abrieron de par en par con un sonido ronco y en el umbral apareció una mujer rubia, posiblemente tendría unos sesenta años; vestida con un traje de chaqueta de color rosa palo. Su rostro era duro pero la emoción permanecía en él. Maquillada con detalle, ni muy ostentoso ni falto de color. Sus movimientos al andar prometían elegancia y firmeza. Reflejaba autoridad por todos los costados. Caminó hacia nosotros y esbozó una sonrisa que me permitió ver sinceridad en ella.

—Buenas noches. Soy Helen Kishword, directora de este centro. —Clavó sus ojos azules sobre mí. ¿Se podía ser tan bella a esa edad?—. Supongo que tú eres Jeriel.

Asentí con la cabeza, intimidada por su presencia. Nick se presentó y apretó la mano de aquella mujer.

—Puesto que es muy tarde y los chicos están a punto de cenar en el comedor, dejaré para mañana la rutinaria presentación del centro, Jeriel. Debes estar cansada del viaje.

En cierto modo nos estaba diciendo que nos despidiéramos. Se apartó a una distancia aceptable para darnos algo de intimidad. Me giré hacia Nick y le miré con fuerza. ¿Ya estaba? ¿Esto era todo? ¿Llegar y despedirse de la persona que tanto había velado por mí?

Su mano se posó sobre mi hombro y lo apretó con estima. Suspiró con fuerza y se preparó para decirme unas palabras.

—Dios sabe que he hecho lo posible para hacer bien las cosas contigo. No sé si lo he conseguido pero te aseguro que he tratado de ser una especie de padre para ti. Ojala fuese así porque habría evitado mucho dolor en tu vida. —Mis ojos se empañaron sin poder evitarlo y las lágrimas brotaron deprisa. Nick me sujetó las mejillas con sus manos y me acercó a él—. Eres testaruda como tu sola y sabes meterte en líos que podrían matarte, pero dios, Jeriel, no cambiaría ni un solo ápice de tu personalidad. —Fue la primera y posiblemente la última vez que vería emocionarse al Teniente Nicolas Johnson—. No olvides lo que la vida te ha intentado enseñar a pesar de haber sido tan dura contigo. No olvides que tienes amigos que estarían dispuestos a morir por ti. Y por favor, no olvides que te seguimos necesitando.

Me abracé a él con fuerza y lloré. Tenía tanto que agradecerle... respiré su aroma, siempre tan deleitable. Recordé la primera vez que le vi, subido a su caballo, bajo la lluvia imponente de los alrededores de Greensay y la confianza que le prodigué desde

el principio. Me alejé de él para decirle algo.

—Eres la mejor persona que he conocido, Nicolas Johnson. Posiblemente sea la única capaz de leer lo que hay dentro de tu corazón y esa es mi recompensa por haberte conocido. —Volví a abrazarlo. Si me lo hubiesen permitido no me habría despegado de los latidos de su corazón. Pero desde ese momento ambos viviríamos en lugares diferentes, caminos diferentes. Era el momento de separarse.

Me aparté de él y fijé la vista en el suelo. Odiaba las despedidas. Noté como me sujetaba la cabeza con sus manos y me besaba el pelo. La muestra de cariño más dulce que un padre puede entregar a un hijo.

—He de irme —sentencio.

Levanté la mirada, aceptando el final, y asentí.

Fue rápido. Se dio la vuelta, dejándome en manos de Helen Kishword y caminó hacia el jeep. Conociéndome y sabiendo que no apartaría mis ojos de él hasta verle desaparecer en los confines de la carretera, levantó una mano y se dio la vuelta para despedirse. Le imité, levantando la mía efusivamente y le dije adiós con un movimiento. Se subió al jeep y pronto se puso en marcha. Por un momento, al ver como se alejaba, temí no volver a verle y una nube oscura se posó en mi corazón. No aparté la mirada hasta que, tras un punto de luz, desapareció detrás de la montaña.

Me sentí vacía y sola. Mirando alrededor descubrí que estaba en un nuevo lugar, una nueva aventura. La directora del centro me esperaba en el umbral de las puertas de madera. No sabía que me depararía si las cruzaba. No sabía si me iba a ir mejor o peor. ¿Qué me ofrecería ese nuevo hogar? ¿Felicidad? No lo averiguaría si no la traspasaba.

Con coraje caminé hacia la mujer y sin dilación crucé el comienzo de mi nueva vida.

Nota explicativa de la autora

En esta historia tomo como referencia el grupo más importante de las fuerzas armadas de E.E.U.U: Los Navy SEALs. A pesar de la escasa información que pude encontrar sobre este grupo —al que respeto profundamente—, tuve que inventar datos en varios aspectos relacionados con su entrenamiento y convivencia en una base militar. Paso a detallar los más importantes:

1) *Los SEALs reciben un entrenamiento de seis meses**. Yo incluí varios meses más de entrenamiento para poder adaptar en la novela la historia del personaje principal.

2) Hasta donde llega la información que pude recoger en internet y la biblioteca, *las mujeres no pueden ser miembros de los SEALs. No hay excepción*. En la novela recurro a crear varios personajes femeninos para ayudar en la evolución del personaje principal.

3) En los SEALs, *hasta que el voluntario es admitido y puede ingresar en los SEAL pasa un año y medio de entrenamiento, al que hay que sumar un año más de entrenamiento hasta el primer despliegue en combate*. Por falta de disponibilidad a la hora de documentarme, tuve que resumir el entrenamiento a nueve meses.

4) Aunque hablo del armamento básico con el que cuentan los SEAL, prácticamente no menciono el modelo de armas y qué tipo de armas se permiten, para evitar el aburrimiento al lector. No obstante, admito que le hago entrega al personaje principal de dos armas blancas no permitidas, para dar más emoción a la historia.

5) Por las entrevistas que hice a varios soldados con información verídica sobre los SEALs, debo aclarar que actualmente los SEALs no tienen una base militar de coalición en Canadá. De hecho, este escenario imaginario me lo sugirió uno de los ex soldados que entrevisté, para así evitar errores de documentación en mi historia y que ésta resultara más creíble. Tanto Greensay como su base militar son producto de mi imaginación, como también el centro de investigación en la Bahía de Qwita.

6) Si algún lector con conocimientos sobre los SEALs encuentra información errónea sobre éste grupo en mi novela, debo aclararle que es producto de mi imaginación para así poder desarrollar mi historia. Es una herramienta a la que acudimos los escritores.

Si esta historia fuese leída por algún militar, pido disculpas de antemano si en algún momento se ha sentido ofendido. Mi intención es todo lo contrario y por eso he hecho todo lo que estaba en mis manos para mostrar respeto a tan distinguidas Fuerzas Especiales, de la que soy gran admiradora desde que era adolescente.

*Información sacada de Wikipedia. No me hago responsable de la veracidad de la información de dicha página.

Agradecimientos

Seguramente esta sea la parte más complicada a la hora de escribir porque siempre te dejas a alguien que, por supuesto, merece estar en esta página. Sin embargo, al ser mi primera novela creo que voy a ser escueta y mencionaré a aquellas personas que realmente han tenido que ver con esta aventura.

Comenzando por mi familia, esas personitas que, pese a los altibajos, siempre están ahí, sujetando mi mano para ayudarme a levantar del suelo. A mi padre, Alonso y a mi madre, Isabel, por entregarme la vida y tener que soportar día a día mi carácter. A mis hermanos, por esa unión que nos caracteriza, por los buenos momentos y por los malos, que sin ellos no podría haber superado. Por quererme como me quieren y por darme la mejor amistad que existe, sin complicaciones y sin exigencias. Alonso, Olga, Billy, sois los mejores hermanos del mundo.

A mi perra, Kira, el ser más bondadoso. El amor que me ha dado, la amistad que me ha entregado durante todos estos años es un ejemplo para todo ser humano. Te quiero con todo mi corazón, Torreznita.

A Laura Belda, una buena amiga y mi fan número uno, que estuvo ahí en momentos difíciles. Nunca olvidaré cómo pasé de ser una conocida a una amiga más en tu círculo. Cada día, cuando me recuerdas lo importante que soy para ti, es cuando comprendo lo que he ganado estos últimos años.

A Joana Pol, escritora mallorquina que me enseñó la mitad de todo lo que sé. Jamás olvidaré todos los consejos prácticos que me dio y uno que procuro tener siempre en cuenta. Y es que este mundo literario es traicionero.

A Laura López Alfranca. Bendita sea tu imaginación. Y todos los conocimientos que tienes del mundo editorial y “escrituril”.

A Héctor Saz, por leerme. Por animarme a continuar con la novela cuando yo pensaba que era una pérdida de tiempo. Por ser un amigo.

A Yara, una de las personas más importante que ha pasado por mi vida. Porque creyó en mí cuando ni yo misma lo hacía. Porque me entregó los mejores años de amistad que he tenido, intensos y repletos de cariño. Y a su familia, por su amistad y hospitalidad. Familias como esta te marcan para siempre.

A Ruth, mi mejor amiga. Mi confidente. Mi colega de desvaríos mentales. Y la mujer más fuerte y luchadora que he conocido jamás. Eres un ejemplo a seguir. Me debes un mojito light de esos tuyos. Y una juerga por Alicante.

Gracias a todos los soldados que entrevisté para ser documentada sobre la vida de un soldado en una base militar. Por petición unánime, no daré nombres ni señalaré a qué grupos militares pertenecía. Pero gracias de corazón a todos por hacer esta historia más fácil de escribir.

A la gente que ha leído mis relatos, a todas aquellas personas que se mueren por leer esta novela y que están esperando a que termine la trilogía de una vez por todas.

Gracias por vuestra paciencia.

A todos, gracias. Os gusten mis historias o no. Porque en esta vida lo único que importa es el cariño que te tienen las personas. Ese es el verdadero valor de la vida.

-
- [1] Literalmente significa “oscuridad”. Un juego de palabras creado por el color de piel del personaje.
- [2] Significa “chiste” o “broma”.
- [3] Seiscientos cuarenta y cinco Km.